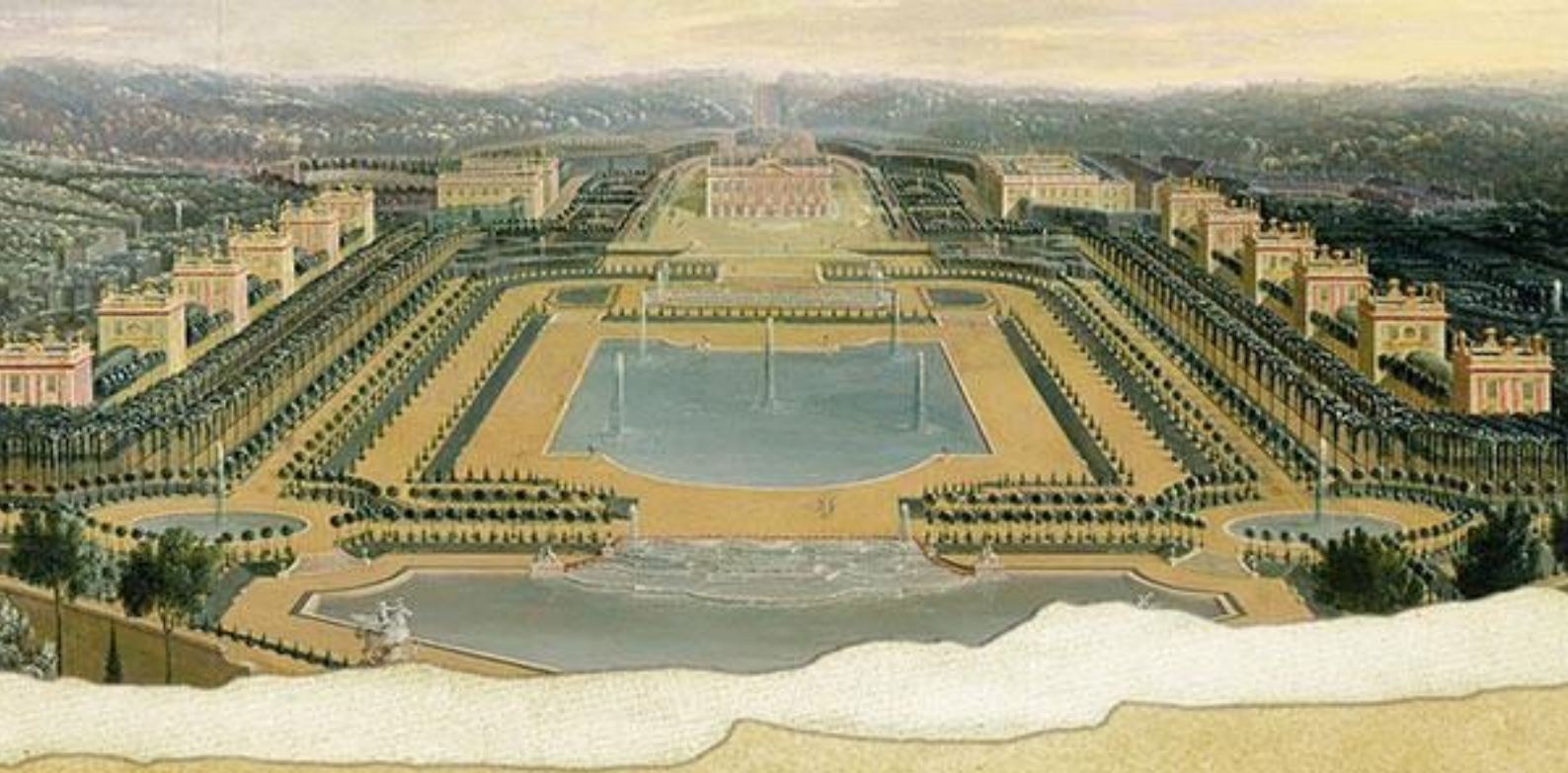


JAQUE AL TRONO

CRISTINA MUÑIZ



Lectulandia

El misterio del collar que prendió la llama de la Revolución Francesa.

Cuando estalla el escándalo del collar de María Antonieta, la nobleza ve la ocasión de mostrar su descontento en un juicio que despierta la expectación de todo el país. Aprovechando la conmoción política, un grupo de liberales urde un complot para desprestigiar a la reina. Ésta encarga a un noble cortesano la investigación del caso. Su primer sospechoso es un magistrado con quien guarda antagonismo por amar ambos a la misma mujer.

Mientras, la agitación de la vida pública es cada vez mayor. La pretensión del rey de que las clases privilegiadas paguen impuestos provoca la virulenta oposición de éstas que mantienen en jaque constante al trono. La pugna crea nuevos e insospechados poderes: los Partidos Políticos, la Prensa, clandestina y efervescente, y la Opinión Pública, que se hace dueña de las calles y será imparable. Todo ello desemboca en la Revolución más famosa de la Historia mientras intensas relaciones de amor, amistad y enemistad se fraguan entre los personajes que intentan superar el frenesí de peripecias en la que se ven inmersos.

Lectulandia

Cristina Muñiz

Jaque al trono

ePub r1.0
x3l3n1o 23.04.14

Título original: *Jaque al trono*
Cristina Muñiz, 2009

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi marido,
a mis hijos y a mis padres,
con todo mi amor.

Capítulo I

Luche De Briand

Era una niña cuando me casé. Tenía dieciséis años. Mi marido había cumplido ya los cuarenta y dos. A pesar de ello, yo estaba muy ilusionada. Albert Briand, duque de Nuartres, era un hombre muy rico, educado, culto, de gustos y maneras refinadas, y aunque mucho mayor que yo, confiaba en que sería cariñoso y considerado conmigo. Pero no fue así. Me instaló en habitaciones separadas de las suyas y me castigó con una absoluta indiferencia. Apenas lo veía durante el día, y por la noche sólo me visitaba cuando creía que estaba en condiciones de concebir. Dada la desgana y frialdad con las que me trataba llegué a creer que era fea y desagradable.

¡Pobre niña! ¡Qué poco sabía de nada! Más tarde descubrí que mi esposo se había casado obligado por la necesidad y el deseo de tener descendencia, y que desde hacía ya muchos años mantenía una relación estable y secreta con su secretario, un hombre serio de su edad que me había demostrado desde el principio una gran antipatía. A mi marido no le gustaban las mujeres y, por supuesto, tampoco le gustaba yo. En cuanto nacieron nuestros dos hijos me instó a que pasara una temporada en Versalles, donde una amiga suya, la princesa de Lamballe, me acogería bajo su protección. Se quedaba con nuestros hijos y se deshacía de mí.

Corría por entonces el año 1783 y ya silbaban entre los cortesanos vientos de descontento con el Régimen, especialmente con María Antonieta, diana de todas las críticas; vientos que volaban sin encontrar obstáculo alguno hasta París, donde se recrudecían y se esparcían por el resto de Francia. Pero a mí, que había permanecido tanto tiempo recluida en la residencia de campo de mi esposo en el Languedoc, de todo aquello no me habían llegado sino lejanos y amortiguados susurros, de forma que cuando apareció ante mí el Palacio de Versalles sólo pude quedarme deslumbrada por su magnificencia y desconcertante ajetreo. Nada tenían que ver aquellos bulliciosos salones y jardines, abiertos a todo el que quisiera y por los que transitaban miles de personas entre visitantes, peticionarios, ministros, secretarios, embajadores, cortesanos, guardias…, con el apacible aislamiento del que había sido hasta entonces mi hogar conyugal.

Y mi destino era, además, el epicentro de aquel torbellino. La princesa de Lamballe era, junto con la duquesa de Polignac, una de las mejores amigas de la reina, así que de pronto me vi trasladada, sin transición ni preparación alguna, de mi pacata soledad al círculo de los privilegiados, envidiados y juerguistas amigos de Su Majestad.

Con mis limitadas experiencias vitales no podía esperarse de mí que me comportara en aquel ambiente como alguien distinta a lo que era a mi llegada: una mujer cohibida y acomplejada, un satélite apagado y deslucido al que todos ignoran en medio de aquellos refulgentes astros. Todas las damas de la corte me parecían impresionantes, infinitamente superiores a mí en todo, y arrancada de la querida compañía y entrañable abrazo de mis hijos me sentía allí sola, insignificante e infeliz.

Pero entonces conocí a Paul Bramont.

Pensé que se había aproximado a mí por iniciativa propia, hasta que, mucho más tarde, supe que lo había hecho a petición de la princesa de Lamballe, quien a su vez lo hizo a instancias de mi marido y no sin antes consultarle. Mi esposo deseaba que mi estancia en Versalles fuera definitiva y no meramente temporal, como me había expresado a mí para convencerme y conseguir que me trasladara sin oponer demasiada resistencia, y para ello pensó que lo mejor sería facilitarme relaciones que, al crearme lazos, me indujeran a permanecer allí. Por otra parte, debió de considerar que el que acabara teniendo un amante era algo inevitable, y al adelantarse eligiéndolo él se aseguraba de que yo no escogiera a alguien inadecuado. Tenía gran preocupación por que su inclinación sexual se mantuviera en el más estricto secreto, y aunque confiaba en mi discreción, garantizada por el bien de mis hijos, temía que mi posible íntimo confidente abriera al conocimiento general la ventana que hasta entonces había estado tan cuidadosamente cerrada. Era necesario alguien que fuera de fiar.

Encontró el hombre ideal en Paul François Bramont, conde de Coboure. Amigo personal de la princesa de Lamballe, por quien le fue recomendado, hijo de los duques de Toulanges, era todo un caballero, elegante, serio, prudente y reservado. Además, era joven y apuesto —mi esposo no olvidaba que tenía que ser de mi agrado —, y estaba disponible o al menos no tenía en aquel momento relación sentimental conocida. Antes de dar su definitiva aprobación, mi marido quiso conocerlo, y con la excusa de visitarme se presentó en Versalles. Paul, que por aquel entonces aún desconocía sus intenciones y lo que de él esperaba, se mostró comunicativo y amable, aunque probablemente estaba extrañado por el interés y afinidad que le demostró aquel desconocido duque de Nuartres. La impresión de mi esposo fue de lo más favorable: el candidato fue aceptado y mi protectora recibió la señal oportuna.

La princesa omitió, en su solicitud a Paul, toda referencia a la voluntad de mi esposo. Su querida amiga, la duquesa de Nuartres, le dijo refiriéndose a mí, era tan desgraciada por haber perdido el amor de su marido, estaba tan triste, apenada y deprimida, que necesitaba con urgencia que alguien le prestara un poco de atención, pues de lo contrario temía lo peor. Si su buen amigo, el conde de Coboure, quisiera hacerle este favor, no sólo se ganaría su agradecimiento, sino que podía tener la seguridad de estar realizando una buena acción. Paul se resistió. No gustaba de ese

tipo de encargos. La princesa insistió. Sólo una pequeña temporada, le pidió, un pequeño esfuerzo. Tampoco era necesario que se dedicara a mí con exclusividad.

Ante la insistencia de la princesa, Paul se avino a concederme la oportunidad de agradarle. Después de todo, no tenía nada mejor que hacer ni estaba interesado en nadie en particular. Por lo que a mí respecta, que un hombre me hiciera objeto de sus atenciones me resultaba tan novedoso que lo recibí con la máxima cordialidad, ignorante como estaba de lo forzado de aquel acercamiento. Paul parecía encontrar agradable mi trato, y yo me esforzaba en que lo fuera, pues, con independencia de cualquier otra emoción que él pudiera inspirarme, yo era plenamente consciente del privilegio que suponía la deferencia de un hombre de sus cualidades y condición, y porque, tengo que reconocer, por entonces ningún otro rivalizaba con él ni había en el horizonte quien pareciera interesado en hacerlo. A pesar de todo, yo no me hacía ilusiones, pues en todos nuestros encuentros no percibía por su parte más que desapegadas muestras de simpatía, y su comportamiento nunca me indujo a pensar que buscara en mí algo más que ligera conversación con que aliviar el tedio de las reuniones sociales.

Por ello me sorprendió el encontrarme de pronto un día en sus brazos y al poco en su cama. Por entonces yo todavía no estaba convencida de mis sentimientos hacia Paul, pues aunque pensaba en él a diario y anhelaba su compañía, me asaltaba la razonable duda de si lo que me alimentaba era más la necesidad de despertar interés en alguien que el interés que ese alguien me inspirara a mí. Pero cuando llegó el inesperado momento le correspondí sin el menor signo de titubeo y me reservé para más tarde la debida reflexión sobre mis verdaderos deseos, pues conociendo el orgullo de Paul Bramont y la tibieza de su pasión por mí, habría bastado un solo inoportuno gesto de rechazo para que me dejara plantada con diligente presteza y no me dedicara en el futuro salvo los buenos días; y eso hubiese supuesto para mí una pérdida que por entonces no me veía capaz de afrontar.

Y aquella primera vez que estuve con Paul me ocurrió algo completamente nuevo: gocé. Con mi marido, que me había disfrutado lo mínimo que su objetivo procreador le exigía, yo ni me había aproximado a ello; de forma que hasta ese momento no sabía que pudiera experimentar algo semejante. El descubrimiento de aquella indescriptible sensación que me sobrevenía después de ser madre de dos niños fue extraordinario, y me dejó, jadeante y conmocionada, inerme sobre las sábanas. Me sinceré con Paul, en quien intuía una sensibilidad y generosidad muy superiores a las que su pose altiva y su sobria reserva permitían vislumbrar, y no dudo de que esa confidencia y lo que ello suponía incrementó su estima por mí, y a mí me dejó en un estado de completa dependencia afectiva de él.

Tras iniciar mi relación con Paul las cosas fueron cambiando poco a poco. Tener un amante de esa categoría era todo un toque de distinción, y a partir de entonces se

me prestó mayor atención. Otros hombres se molestaron en cortejarme, y damas de rango superior al mío, que hasta entonces sólo me habían dirigido esporádicamente la palabra por deferencia a la princesa de Lamballe, comenzaron a invitarme a sus veladas y a solicitar mi presencia en sus reuniones. Sedienta de su aceptación, yo me esforcé en imitarlas. Me vestía como ellas, hablaba como ellas y me comportaba como ellas. Y cuanto más como ellas era, más integrada me sentía, hasta que llegó un momento en que no era yo la que necesitaba la aceptación de los demás, eran los demás los que buscaban la mía. Conseguí el cargo de camarera de la reina y pasé a ser un miembro activo de su círculo. Había alcanzado el éxito en la corte, y con él la superación de mis traumas, la apreciación de mi propia valía y mi éxito personal.

A medida que experimentaba esa transformación, también fue evolucionando mi relación con Paul. Nuestros lazos, basados en la confianza, el respeto y el cariño, se fueron estrechando cada vez más, hasta que ambos creímos haber encontrado una estabilidad emocional suficientemente placentera como para propiciarnos mutua felicidad. Durante una temporada, que se extendió a algo más de dos años, fuimos dichosos juntos.

Hasta que apareció André Courtain.

La primera vez que lo vi fue en los jardines de Versalles.

Era el verano de 1785 y acababa de estallar un escándalo mayúsculo que había alterado a todo el mundo y cuyos ecos aún retumbaban: el rey había mandado detener al cardenal de Rohan, acusado por María Antonieta de haber cometido una estafa para apropiarse de un valiosísimo collar de diamantes haciendo creer falsamente a los joyeros que lo adquiría para la reina y en su nombre. El cardenal, que ante la estupefacción de todos había sido arrestado delante de la corte entera, engalanada instantes antes de la celebración de la misa solemne que él mismo debía oficiar, y encerrado en la Bastilla, declinó la gracia de someterse a la clemencia del rey después de haber sido objeto de semejante trato y solicitó hacerlo a la jurisdicción del Parlamento de París.

Ése era el tema de conversación que ocupaba a Paul y a su padre, mientras los tres paseábamos a la caída de la tarde, cuando mi mirada distraída fue atraída por su persona. Estaba sentado en un banco, conversando con una mujer. A ella no hubiese podido identificarla ni un segundo después, pues ni siquiera la miré un instante; mi vista no podía apartarse de él, y en él siguió posada hasta que llegamos a su altura. Puede que entonces él notara algo, porque desvió la suya hacia mí y me saludó con una casi imperceptible inclinación de cabeza. Yo desvié la mía inmediatamente, azorada, como si hubiese sido pillada en falta. Mi consternación duró aún algunos minutos, y aunque al cabo me relajé un poco, no lo conseguí del todo ante la previsión de que pasaríamos de nuevo por el mismo sitio a nuestro regreso. Y así

ocurrió, pues dimos la vuelta en cuanto llegamos al final del sendero. Paul seguía conversando con su padre, y yo no pude, ni quise, evitar volver a mirar hacia el banco. Seguía allí, si bien más próximo a su acompañante que minutos antes, y aunque esta vez me preparé para enfrentarme con entereza a cualquier gesto que quisiera dirigirme, se encontraba tan concentrado en su conversación que no percibió mi presencia. Continué mi camino, y antes de llegar al palacio ya lo había olvidado.

Pero volví a verlo pocos días después. Nos cruzamos en las escaleras principales. Él bajaba conversando con un hombre y yo subía sola. Lo reconocí de inmediato. Pasó a mi lado, pero no me dirigió ni una mirada. Yo, por el contrario, no aparté la mía de él mientras descendía hasta que desapareció de mi campo de visión.

Una nueva coincidencia se dio un par de días después, en uno de los salones. Estaba él en compañía de varias personas. Si no hubiera sido por su presencia, yo no me habría detenido, pero aproveché la de unos conocidos míos para unirme a ellos y observarle algo más. Pude, incluso, oír aislados fragmentos de su diálogo, al que estuve más atenta que a la charla de mi grupo. Una semana después, en la ópera, me descubrí buscándolo a través de mis anteojos; encontrarlo me costó media función, y la otra mitad estuve permanentemente pendiente de él.

Era ineludible aceptar que había despertado mi interés, y a éste siguió la curiosidad. Conocer su nombre, título y posición económica me costó bien poco: lo supe en cuanto me lo propuse. Esta última no lo desmerecía, pero tampoco era nada brillante. Era titular de un marquesado, pero modesto, tanto que nadie había oído hablar del marquesado de Sainte-Agnès. Carecía de padrinos o valedores en la corte, en la que no estaba introducido en absoluto, algo que además resultaba obvio por las personas a las que trataba y los sitios que frecuentaba, siempre aquellos, jardines o salones, a los que tenía acceso cualquiera. Supe también que se había instalado en una habitación de alquiler de una casa de huéspedes, lo que evidenciaba sus limitados medios, y que su intención era la de permanecer indefinidamente en Versalles con la esperanza de obtener un buen cargo.

Pronto descubrí, no obstante, sin más recurso que el de observarlo, que si algún día conseguía mejorar su posición sería gracias a un golpe de suerte, porque él no se valía a tal fin de la menor astucia. No le habría resultado difícil lograrlo si hubiera empleado alguna estrategia, pues era obvio que tenía éxito entre las mujeres y un romance apropiado lo hubiera elevado de un plumazo a estratos superiores, pero elegía sus amistades al azar, y a sus damas, todas ellas jóvenes y agraciadas, claramente por inclinación, lo que hasta el momento le había comportado el desperdiciar alguna buena oportunidad sin siquiera darse cuenta. Tres meses después de su llegada se había granjeado cierta reputación de conquistador, pues se le atribuían ya diversos amoríos, pero no había ascendido un ápice, y si seguía comportándose de igual forma, lo que parecía previsible atendiendo al carácter que

empezaba a adivinarle, así seguiría.

En cuanto a éste, me refiero al carácter, me fue revelado también sin demasiada dificultad, pues bastaba reparar en él para descubrir trazos no despreciables de su personalidad. Era extrovertido y expansivo, parecía que la timidez o la reserva eran ajenas a él; distraído y nada observador, centrado habitualmente en sí mismo y en sus inmediatas necesidades; actuaba a golpes de impulso y no se detenía en la reflexión; directo en sus formas, no por ello descortés, pero no parecía usar de doblez alguna ni valerse de la hipocresía; llamativo como era, tanto por su físico como por su comporta miento, recibía frecuentes atenciones de las mujeres, a las que él no se resistía, actitud que lo perjudicaba pues le impedía elegir con la debida exigencia, causa tal vez de que sus romances fueran de tan corta duración y más bien pudieran calificarse de aventuras; gustaba de la música, que escuchaba con atención, y tocaba más que correctamente el violín, lo que había podido presenciar por mí misma en alguna ocasión; también leía, aunque a rachas, pues tan pronto pasaba días seguidos absorbido durante horas por esa actividad como durante otros tantos no se le veía ni con un panfleto en las manos.

A mí no me convenía conocerlo. Es más, no me convenía en absoluto. Mi matrimonio con el duque de Nuartres, mi relación con el conde de Coboure, mi amistad con la princesa de Lamballe y mi cargo en la corte me posicionaban muy por encima de él, tan por encima que yo para él era casi inabordable. Por otra parte, mi unión con Paul pasaba por un momento muy dulce y satisfactorio, y no había motivo racional que me aconsejara buscar ningún otro amorío, algo que sólo podía perjudicarme. En aquel momento, mi interés por André Courtain era tan platónico que no dejaba de ser un mero entretenimiento completamente inofensivo, y así debía seguir siendo, y lo sería mientras no cometiera el error de conocerlo.

No obstante, a pesar de mis buenas intenciones, finalmente caí en la tentación.

La ocasión se presentó con motivo de un baile de disfraces que se celebró en el Hôtel de Ville de París. Paul no gustaba de las fiestas populares multitudinarias, odiaba el alboroto, la confusión y los excesos que iban asociados a este tipo de celebraciones, así que no asistió, y aunque yo lo hice acompañada de un grupo de amistades, eran éstas de la clase que permitía independizarse con facilidad. También a mi favor puedo jurar que no lo busqué, primero porque no sospechaba que hubiese acudido y, segundo, porque pretender encontrar a alguien entre aquel gentío en tan inmenso edificio era algo casi ilusorio. Pero la casualidad me jugó una mala pasada, pues lo colocó justo a mi lado, de lo que me percaté no sin sobresalto.

Coincidimos al final de una pieza de baile junto a una columna en la que ambos, y cada uno por su cuenta, nos refugiamos de la marea humana. Él iba disfrazado de pirata y yo llevaba un conveniente antifaz. Estaba recibiendo las disculpas de mi

acompañante, que había prometido el próximo baile a otra dama, cuando descubrí que también él se había quedado solo.

—Lamento decirle, caballero, que lleva usted un pésimo disfraz —inicié con desenfado.

Me dirigió una mirada jovial con la que me evaluó de pies a cabeza en un instante, y replicó:

—Nada extraño, señora, pues todo lo hago, en general, pésimamente; aunque le agradecería que me expusiera el motivo de su justa censura.

—Es obvio: el disfraz tiene por objetivo ocultar la identidad. El suyo, por el contrario, no lo consigue; es usted del todo reconocible.

—Es un favor que brindo a cuantos deseen eludirme a tiempo —sonrió cortés—, pero temo que para usted es ya demasiado tarde pues ahora tendrá que permitir que me presente.

—¡Presentarse en un baile de disfraces! —descarté condescendiente—. Pero en su caso ni siquiera es necesario. Le digo que lo he reconocido. Usted es el señor André Courtain, marqués de Sainte-Agnès.

Me miró de nuevo, esta vez fijamente a los ojos a través del antifaz, y hasta levantó el parche negro que cubría el suyo izquierdo para escudriñarme mejor.

—¿Nos conocemos? —dudó.

—Yo a usted, sí; usted a mí, no.

Enarcó las cejas.

—Insoportable desventaja que debe usted equilibrar de inmediato. Descúbrase, señora.

Negué.

—Tendré que deducir, si tanto empeño tiene en ocultarse, que abriga malas intenciones.

—De las peores. —Sonreí, sin poder evitar un inoportuno rubor.

—Qué prometedor —insinuó.

—No pretendo prometerle placeres —enderecé—, sino dispensarle consejos. Considéreme algo así como su ángel de la guarda.

—Eso sí sería decepcionante. Preferiría que fuera usted una mujer de carne y hueso. De todas formas, escucharé agradecido cuantos consejos quiera usted regalarme, siempre que no se ofenda si no los sigo. Soy tan torpe —sonrió burlón— que pudiera ser incapaz de ponerlos en práctica.

—No creo que la torpeza se cuente entre sus defectos, pero sí la imprudencia. Debo advertirle de que su reputación corre peligro.

—¿Mi reputación? —se extrañó risueño.

—Prodiga usted tanto sus favores a las damas —osé soltarle, amparada por el anonimato y el licencioso ambiente que nos rodeaba— que corre el riesgo de perder

credibilidad. Debería reservarse para un romance que en verdad le interese.

Me miró con jocoso asombro.

—Confieso que no estoy tan orgulloso de mis actos como para desear que esté usted tan al corriente de ellos. Pero ya que fatalmente es así, dígame —de nuevo el destello guasón brilló en su expresión—: ¿es usted el alma generosa que se ofrece a salvarme de mi errático camino?

—¡No! —descarté con una risa breve—. No me estoy refiriendo a mí misma. Yo no estoy disponible.

—Pues en verdad no puedo saber si lo lamento —dijo inclinándose hacia mí— puesto que no me permite usted ver su rostro. Entonces, ¿cuál es, en su opinión, el romance que me conviene?

—Uno que le ayude a posicionarse bien, naturalmente —concluí, mirándolo de frente.

No respondió a esto porque pareció considerar, por primera vez, y más por el tono que empleé que por las palabras que acababa de pronunciar, que le estuviese hablando en serio. Volvió a evaluarme con la mirada, pero esta vez con intención distinta.

—Intuyo que la bien posicionada es usted —pareció deducir—. ¿Qué he hecho para ganarme su atención?

A esta pregunta, que carecía de socarronería alguna y expresaba una franca curiosidad, era yo quien no podía contestar.

—Soy su ángel de la guarda, ya se lo he dicho —bromeé forzadamente—. Ahora he de irme —me advertí a mí misma.

Me cogió la mano para retenerme. El contacto fue tan inesperado que perdí la serenidad que había conseguido mantener durante toda la conversación. Confié en que el antifaz lo hubiese ocultado.

—No se puede ir así —me musitó al oído, alterándome aún más con su proximidad—. Tiene que decirme quién es usted.

Me solté, alarmada por la turbación que me había asaltado tan súbitamente, y me perdí entre el gentío.

Después de aquel episodio decidí no aventurarme más y olvidarlo para siempre. El pasatiempo había dejado de ser tal; ya no podía observarlo con distanciamiento ni conformarme sólo con eso, y tratarlo más comportaba el riesgo ya experimentado de alimentar en mí unos sentimientos totalmente inadecuados. Pero el seguir viéndolo era inevitable pues era imposible no coincidir en alguna ocasión, y ante el peligro de que me reconociera me obligué con mayor esfuerzo a rehuirlo. Hasta que no transcurrieron al menos dos meses, no volví a sentirme tranquila y segura ante los esporádicos encuentros.

Fue entonces, cuando me creía ya fuera de peligro, cuando cometí el segundo

error. Éste fue insalvable y después ya no pude rectificar y perdí todo control de la situación.

También sucedió en un baile, pero esta vez se celebró en Versalles, en el Salón de los Espejos. Yo estaba en un corrillo en el que se encontraba la señora de Polignac. Él se detuvo cerca de uno de los ventanales, el próximo al nuestro, y pronto fue rodeado por tres mujeres. Esto llamó la atención de Yolanda de Polignac, que lo miró.

—Parece que nos estamos perdiendo al individuo de moda —dije, fingiendo no formular más que un comentario malicioso—. Aunque, mirándolo bien —incité—, no entiendo por qué.

Yolanda lo analizó críticamente, le gustó lo que vio y me contestó a la vez que me hacía un guiño:

—Tendremos que averiguarlo.

Unos días después el marqués de Sainte-Agnès recibió una invitación a una cena que celebraba la señora de Polignac. Era un privilegio que para él debía de resultar insólito. Todo el mundo sabía la insuperable posición que la favorita de María Antonieta tenía en la corte, y él no conocía a nadie próximo a ese círculo que explicase tal distinción. Acudió, por supuesto, y yo descubrí su presencia en el mismo convite, pues no se había considerado tal medida de suficiente entidad o interés para mí como para informarme previamente de ello. De todas formas, no me extrañó, pues las palabras de la anfitriona ya me habían hecho suponer que tarde o temprano le caería ese favor.

André Courtain ocupó un sitio en el extremo más alejado de la mesa, en la que había unos treinta comensales, pero los asistentes no alcanzaban el número suficiente como para que su donaire pasara desapercibido, máxime cuando era la novedad que acaparaba el interés de todos. El éxito que cosechó en aquella primera velada le valió una nueva invitación de la camarilla de los favoritos, en la que yo no tuve intervención alguna. Transcurridas otras dos o tres reuniones en las que su ocurrente ingenio quedó fuera de toda duda, se le sometió a la prueba definitiva de presentarlo a María Antonieta. Y a ésta Courtain le gustó, como a los demás; después de todo, tenía los debidos requisitos de juventud, apostura y capacidad para la diversión. Su única posible deficiencia, que ni siquiera podía considerarse un defecto, el hecho de que no fuera rico, era para ella fácil de subsanar. Se le admitió, pues, en el círculo, se le otorgó un cargo de cierta relevancia y escasa dedicación en un ministerio, se le concedió una pensión acorde con los gastos que debería soportar para seguir el ritmo de vida de los demás, y pasó así de ser un don nadie a ocupar una de las posiciones más privilegiadas de la corte.

—Y ello —me dijo un día a media voz, tras una conversación en la que había salido a relucir su fulgurante progreso— sin necesidad de un romance conveniente. Todo gracias a mi ángel de la guarda.

La afabilidad con que pronunció estas palabras es indescriptible, e inaudita en él, o al menos yo nunca había visto que se la dedicara a nadie. Él estaba de paso y continuó su camino sin esperar mi respuesta. Yo quedé aturdida y conmovida, viéndolo desaparecer por la puerta. Habían transcurrido varios meses desde aquel lejanísimo baile en el Hôtel de Ville, y en ningún momento, a pesar de que ahora coincidíamos continuamente, había demostrado que me hubiera reconocido, ni cuando nos presentaron ni en ninguna ocasión posterior.

No pude obviar aquellas palabras y seguir como si nada. Hasta la fecha había mantenido a raya mi tormento personal. Las nuevas circunstancias habían comportado que pasara de verlo de forma esporádica por breves instantes a hacerlo diariamente y durante gran parte del día, y eso tenía su precio, pues estaba ya claro para mí, por su persistencia e intensidad, que mi interés por él no era caprichoso ni vano, que aumentaba cuanto más lo conocía y que no podía esperar que desapareciera sin más. Por ello había evitado volver a tener cualquier conversación privada con él e intentado mantener nuestro trato en el ámbito genérico del grupo.

Ahora, sin embargo, necesitaba una explicación.

Busqué la ocasión propicia, y me costó tres días encontrarla. Paul había salido de caza y Courtain había anunciado la víspera que él no lo haría, pues le molestaba un tendón en la pantorrilla desde la última cabalgata; así que, por la mañana temprano le anuncié con un billete mi inminente visita, y recibí su pronta aceptación de la mano del mismo mensajero que se lo había librado. En menos de media hora me presenté en su casa, un apartamento privado en el principal de un inmueble de la avenida París de Versalles, al que se había trasladado desde que mejorara su situación económica.

Me recibió en el salón principal. Intercambiamos los saludos de rigor, le pregunté por el estado de su pierna, me contestó que mejoraba, y antes siquiera de tomar el asiento que con un gesto de la mano me ofrecía, le solté:

—He venido para que me aclare usted las palabras que me dirigió el otro día.

Él me miró unos instantes, con la misma afabilidad que me dedicara entonces, y respondió:

—Estoy en deuda con usted. Consideré de justicia expresárselo.

Mi asombro fue mayúsculo. Yo por entonces ignoraba el poder que el agradecimiento tenía en él y la exagerada magnitud con la que lo experimentaba.

—No entiendo —dije con sinceridad—. No me debe usted nada.

—Usted es la dama que conocí en el Hôtel de Ville.

Había acudido allí con el firme propósito de negarlo en el supuesto de que avistara la mínima duda en él pero, llegado el momento, me pareció absurdo sostener esa mentira.

—¿Cuándo lo supo?

—Poco después del baile. En cuanto volví a verla.

—¿Y cómo? —me extrañé.

—No era muy difícil. —Sonrió—. La figura, las manos, la boca, la voz… en fin, francamente, lo difícil hubiese sido no reconocerla. —Como yo seguía mirándolo con sorpresa, añadió—: Mi primer impulso fue decírselo, pero comprobé que tenía especial interés en no ser reconocida, de forma que decidí averiguar antes quién era usted. Y una vez lo hube sabido pensé que mi iniciativa podía considerarse interesada, así que me abstuve… hasta el otro día. Supongo que en mi actual situación estoy libre de esa molesta sospecha.

—Comprendo —respondí al fin, superando mi estupor—. ¿Y qué averiguó sobre mí? —me interesé.

—Lo que sabe todo el mundo: su nombre, el de su marido y el de su amante —me miró con malicia—. Entendí por qué me dijo que no estaba disponible: un tercero sería quizá excesivo.

Aspiré aire.

—También he sabido que tiene dos hijos —añadió.

—Sí —admití.

—Ha vivido usted mucho —observó.

No supe cómo tomarme ese comentario.

—Así es —repliqué molesta—. ¿Demasiado para usted?

Rompió a reír.

—Es usted demasiado buena para mí, es cierto —pacificó—. Aun así me atrevo a ofrecerle mi amistad, si se digna aceptarla. Cuando recibí la invitación de la señora de Polignac supe que se la debía a usted.

—No es cierto. Le invitó ella motu proprio.

—Lo que no entiendo —continuó como si no me hubiera oído, o peor, como si no me hubiese creído— es por qué me ayudó usted sin conocerme. ¿Alguien se lo pidió? Si estoy en deuda con alguien más, quisiera saberlo.

—Nadie me ha pedido nada respecto de usted, se lo aseguro —respondí, con una mezcla de alivio y decepción al comprobar que él no intuía la verdadera razón—. La única que quizá merece su reconocimiento es la reina. Su cargo y su pensión se los debe a ella.

—Eso también lo tengo presente —apuntó.

Siguió una pausa en la conversación, pero no en la comunicación. De alguna forma, difícil de definir, seguíamos en contacto a pesar de permanecer en silencio.

—¿Dónde puedo encontrarla cuando el conde de Coboure esté de cacería? —preguntó.

Me alteré ante la inesperada proposición que encerraba esa pregunta. Quizá sí intuía más de lo que yo había supuesto. La decencia me hubiese obligado a responder que en ningún sitio, y que sería feliz de verlo en la estimada compañía del conde que

de tal forma se beneficiaría también de su trato; pero teniéndolo ante mí, la tentación fue invencible.

—Aprovecho para pasear o leer en los jardines. —Pequé y enrojecí levemente—. Mi lugar preferido es el estanque de Neptuno.

Me levanté, inquieta, en cuanto hube dicho esto, y esbocé que se había hecho demasiado tarde y debía marcharme. Él aceptó mi despedida, aunque ambos sabíamos que nos veríamos con todos los demás en breve, y que a la mañana siguiente nos encontraríamos a solas y a escondidas en el estanque de Neptuno, donde yo nunca antes había ido ni a pasear ni a leer.

Durante los días siguientes nos estuvimos reuniendo prácticamente cada mañana. Yo llevaba mi libro, que me servía de coartada; él se presentaba con las manos vacías, pues nada parecía necesitar disimular. Conversábamos, a veces sentados, otras paseando. Al principio, André se comportó con una absoluta corrección. Me trataba con respeto y seriedad, como a una buena amiga por quien se siente reconocimiento. No galanteaba, no se tomaba ningún tipo de licencia, guardaba las distancias. Su compañía era sumamente agradable, pues era abierto y expresivo, y con él se podía hablar de cualquier tema, y ninguno, por íntimo que fuera, parecía incomodarlo. La contrapartida era que esperaba lo mismo de su interlocutor y ninguna pregunta era por él considerada como impertinente o incisiva, así que tuve que acostumbrarme a que en el momento más inesperado me hiciera la más embarazosa de ellas sin el menor sonrojo. Nuestra cita no solía durar más de una hora. Después, aunque nos veíamos con los demás, nunca mencionábamos nuestros encuentros, en un tácito entendimiento de mantenerlos en secreto, y ninguno de los dos concedía al otro en público más atención que a los demás.

A mí no dejaba de maravillarme que él acudiera a nuestro rincón. Aunque yo no me consideraba poco agraciada, no creía tener los atractivos que parecían servirle a él de reclamo. Juventud y alegre extraversión eran las cualidades comunes en todas sus elegidas, y yo no sólo había traspasado la treintena, sino que mi carácter era más bien serio y comedido. Y tampoco podía decirse que él no tuviera dónde elegir: las mujeres revoloteaban a su alrededor sin ningún esfuerzo por su parte, a veces incluso sin que pudiera evitarlo. Y teniendo un abanico tan amplio donde elegir, más acorde con sus preferencias, ¿qué hacía acudiendo cada día a nuestro rincón?

El colmo de mi desconcierto tuvo lugar el día en que me contó, sin rebozo, que para reunirse conmigo había abandonado en el lecho a su querida de la noche anterior. La imaginaba desnuda entre las sábanas mientras él salía a hurtadillas para no despertarla. Yo la tenía bien presente; hacía algún tiempo que lo perseguía. Había sido doloroso para mí presenciar cómo ella había ido ganando terreno día a día mientras yo, acompañada por Paul, no podía hacer otra cosa que desviar la mirada y

seguir su galanteo de soslayo. Y la estocada había tenido lugar la víspera, cuando, al mirar por la ventana, extrañada por su ausencia en el salón de juegos, los descubrí besándose en el Patio de Mármol. La tristeza que me invadió fue tan devastadora que dudo si conseguí ocultársela a Paul.

Adivinaba lo que había seguido a aquel abrazo, y había estado a punto de no acudir a nuestro punto de encuentro aquella mañana, convencida de que él no asistiría. Al final había ido por si acaso y asombrosamente allí estaba André, ocupando el banco de siempre.

—Pero… —le pregunté perpleja, cuando me hubo confirmado su aventura nocturna— ¿no se molestará ella cuando se despierte?

—No, ya le advertí que tenía que salir temprano. De todas formas —sonrió zumbón—, ¿es el humor de ella lo que le preocupa?

—Bien —admití—, no me preocupa nada en especial, sólo que… me sorprende el comportamiento de usted.

—¿Qué es lo que le sorprende? Hoy yo he hecho lo mismo que hace usted todos los días. También usted deja a Bramont para reunirse conmigo.

Efectivamente. Ese paralelismo es el que me asombraba, porque no creía que sus motivaciones fueran las mismas que las mías.

—Yo no abandono a Bramont —fue lo único que se me ocurrió replicar—. Él está de cacería.

—Yo tampoco a Blanche. Ella está durmiendo —se mofó.

Sonreí y bajé la cabeza. Mi justificación era ciertamente indefendible.

—En realidad —continuó—, también a mí me sorprende que usted deje a Bramont para citarse conmigo. Y creo que con mayor motivo. Después de todo, yo apenas conozco a Blanche, aún no significa mucho para mí. Pero se supone que usted quiere a Bramont, ¿no?

Lo miré analítica.

—¿Le molesta eso? —vislumbré de pronto.

—Supongo que no más que a usted mi amorío con Blanche. —Sonrió mordaz—. ¿Le ha molestado? Le he permitido presenciarlo en toda su parte visible para que tenga la posibilidad de constatarlo.

—¿Ha exhibido su romance ante mí a propósito?

—Digamos que hubiese podido ser más discreto. Pero me pareció interesante que usted experimentara lo que se siente desde mi perspectiva habitual.

Mi pasmo fue tal que creo que hasta me olvidé de parpadear.

—De todas formas —agregó con un destello tunante—, la explicación a nuestros encuentros es muy simple. Lo que nos une a usted y a mí es la *amista*. —la palabra la pronunció con ironía reconocible—, porque usted cree en la amistad pura entre hombre y mujer, ¿verdad?

—Veo, por su tono, que usted no.

—Oh, sí, desde luego que sí. Siempre que ninguno de los dos quiera acostarse con el otro.

André no solía abusar del descaro, pero sabía esgrimirlo cuando la ocasión lo requería. Si había querido dar un golpe de efecto que me delatara, lo consiguió. Enrojecí y apenas pude contener una sonrisa de excitación.

—En ese caso —le pinché—, no debe de tener usted muchas amigas.

—¿Y usted? ¿Tiene muchos amigos? En lo que de ellos dependa —me halagó—, lo dudo mucho. —Me miró sobrio—. Créame. Mucho.

Tuve que tragarme otra sonrisa de complacencia, pero creo que se me escapó por la comisura de los labios.

—¿Puedo, al menos, contar con la de usted? —quise comprobar.

—Sin duda menos que yo con la de usted —devolvió sugerente.

Ahora ya no disimulé. Me reí quedamente de satisfacción. André Courtain me deseaba, al menos tanto como a cualquier otra. Fue para mí un descubrimiento dichoso, como lo fue también el saber que le importaba mi relación con Paul y que había deseado despertar mis celos. Todo aquello superaba con mucho lo que yo había esperado, y aunque no era bastante para que me arrojara a sus brazos, sí lo fue para alimentar mis ensoñaciones y mis ilusiones.

A partir de esa conversación nuestro trato ya no fue el mismo. André me acababa de anunciar que iba a cambiar el paso en su danza conmigo, y si había querido tantearme, mi reacción no debió de desalentarlo. Los juegos de seducción, que él sabía practicar con gracia arrebatadora, irrumpieron de pronto, ganando mi alma y mi mente pedazo a pedazo, día a día. Hasta que llegó un momento en que nada más me importaba, ni en nada más pensaba, que en André Courtain.

Y ocurrió lo inevitable: nuestra complicidad se manifestó fuera de nuestra hora privada, bajo la mirada de los demás. André era cada vez menos comedido, tampoco tenía ningún interés en serlo; tal vez yo bajé también la guardia, y los demás empezaron a notar algo y fijaron su atención y sus comentarios en nosotros, y también, por verse claramente afectado, en Paul.

Éste se mostraba cada vez más serio y más sombrío. Las reuniones con su padre, magistrado del Parlamento, habían aumentado de frecuencia a medida que avanzaba la instrucción del caso del cardenal de Rohan por el asunto del collar. Las investigaciones parecían apuntar hacia la inocencia del cardenal y hacia el craso error de la reina al acusarlo injustamente. A lo anterior se añadía la preocupación por un déficit público cada vez mayor, que la política del ministro Calonne no estaba en la línea de combatir. Y yo, con la ingenuidad y escasa perspectiva que proporciona la implicación directa, atribuía a esas preocupaciones lo brumoso del ánimo de Paul.

—¿Saldrás mañana de caza? —le pregunté un día en que había estado lloviendo toda la tarde.

—Sí, claro —me respondió con voz neutra, sin mirarme—. Así tendrás ocasión de encontrarte con Courtain. Por cierto, salúdalo de mi parte.

Me quedé clavada en el suelo mientras oía cerrar la puerta.

Aquella noche no pude dormir. Al día siguiente me enteré de que alguien nos había visto en nuestro escondite y había esparcido la noticia, y de que se hacían cábalas sobre si Paul lucía ya cornamenta o sobre cuánto tiempo tardaría en hacerlo.

—Me encanta su aroma —me dijo André un día, inclinándose sobre mi nuca—. Pasaría horas cerca de usted aunque sólo fuera para olerlo.

Cerré los ojos, trastornada.

—Vamos a tener que dejar de encontrarnos aquí —acopié valor para decirle.

Se enderezó. Quizá se lo temía.

—¿Por qué? —preguntó seco, aunque sabía la respuesta.

—Todo el mundo se ha enterado. Es… violento.

—A mí no me violenta lo más mínimo que se sepa ni que se deje de saber. Pero supongo que los problemas los tiene usted —añadió con acritud, en clara alusión a Paul.

—Sí —confirmé—. Yo no puedo continuar así. Es insostenible.

—¿Y entonces?

—Pues… nada. Nos veremos con todo el mundo, y ya está.

—Ah, ¿ya está? —disintió resentido.

No contesté, pero desvié la vista. Permanecimos en silencio durante algunos minutos. La contrariedad de él era palpable. Al cabo, pensando en que no tenía sentido prolongar aquella agonía, me levanté dispuesta a marcharme. Él me cogió la mano, algo que hacía con frecuencia, aunque yo no había conseguido superarlo y el contacto continuaba emocionándome.

—Aquello que me dijiste una vez —me tuteó de pronto—, que no estabas disponible… ¿es irremediable?

Se me paró el corazón ante esa insinuación. No era del todo inesperada. Hacía días que existía el riesgo de que cayera en cualquier momento, y si André se había refrenado era sin duda por la inseguridad que le producía la solidez que atribuía a mi relación con Paul. Se lanzaba ahora que sonaba la última nota, pero él y yo no escuchábamos la misma melodía. Era imposible que André fuera consciente de la intensidad de mis sentimientos hacia él. Nadie que no los haya experimentado puede comprenderlos, y yo estaba convencida de no significar para él mucho más que aquella Blanche con la que había terminado apenas una semana después de intimar. Probablemente a él le bastaba una breve aventura a espaldas de Paul, pero yo no podía jugar a eso: ni por la consideración que le debía a éste, ni por lo que sentía por

el propio André. Pero tampoco olvidaba que yo había estado tolerando, y hasta incentivando, su devaneo conmigo, y no soportaba que considerara mi comportamiento incoherente o veleidoso, o que se sintiera desdeñado. Tenía que hacérselo comprender.

—¿Por qué me haces esa pregunta? —le pregunté con calidez—. ¿Estás, acaso, enamorado de mí?

Quedó mudo. La pregunta le sonó a dulce amonestación, y lo era, porque yo no esperaba respuesta, sino sólo indicarle que no iba a permitir que me tomase a la ligera. Simplemente no podía. Me destrozaría. Como suponía, él no supo qué decir, y su silencio y visible confusión confirmaron mi suposición.

Después de aquello me preparé para vivir un infierno. Suprimidas nuestras citas, no sólo iba a tener que soportar el pesar de privarme del que había sido el momento más pleno de mis últimos días, sino que supuse que él pasaría página sin mucho lamento y me sustituiría bien pronto en sus atenciones. Sin embargo, pronto comprobé que no lo conocía cuanto creía. Su reacción no fue la esperada. El André que vi horas después, y el que se mostró en los días sucesivos, parecía otro. Alicaído, apático, poco participativo, desinteresado…; era una sombra de sí mismo. No era posible que él estuviera más afectado que yo, pero así como yo intentaba ocultarlo y sobreponerme ante los demás, él no hacía ningún esfuerzo en ese sentido. Su estado de ánimo, de visible abatimiento, dominaba su conducta por completo. Y, por supuesto, todo el mundo se percató de ello. Él no lo hacía con este objetivo, pero tampoco tenía el contrario; simplemente le importaba bien poco que los demás supieran lo que sentía o cómo se sentía, o quizá es que no podía evitarlo por carecer de toda capacidad de disimulo. Y así, como yo hacía esfuerzos por ocultar mis penas y él las mostraba sin tapujos, todos me atribuyeron a mí su depresión, y empezaron a preguntarse, y hasta a preguntarme a mí, qué le había hecho al pobre marqués para dejarlo tan desolado.

Obviamente, Paul por aquel entonces ya se había dado cuenta de que algo grave ocurría. Pero éste, la perfecta antítesis de André, era la opacidad absoluta. Nada me preguntaba, apenas nada insinuaba; era imposible saber lo que pensaba o lo que sentía. Todo lo que podía percibir de su interés era su persistente observación, su gravedad y la agudización de su introversión.

Transcurrieron así un par de eternas semanas, hasta que un día, tras la celebración de una misa en la capilla real, aprovechando que ambos nos habíamos quedado los últimos en el cortejo de salida, André interrumpió mi paso tomándome por el brazo y llevándome hacia un lado. Yo me sentí apurada, pues sabía que Paul notaría que no había salido detrás de él, y que tampoco lo había hecho André, y que al poco lo notarían también todos los demás; pero no podía desasirme tan fácilmente de él porque hacía siglos que no intercambiábamos en privado dos palabras y casi lo

necesitaba para sobrevivir. De forma que me encontraba así, nerviosa y angustiada por la situación, cuando me espetó, sin preámbulo alguno, en tono apremiante:

—¿Y tú? ¿Estás enamorada de mí?

Me quedé desconcertada. André me miraba con intensidad, exigiendo una respuesta inmediata. Su pregunta, al contrario que la pareja que yo le había formulado en su momento, no tenía matiz ninguno. Era lo que aparentaba: una simple pregunta. Necesitaba saberlo, despejar esa duda.

Me olvidé de todo, de los que estaban dentro y fuera de la iglesia, de quién nos veía y quién no, del tiempo y del lugar; sólo lo tenía presente a él y contesté:

—Sí. Pero quiero olvidarte.

Registró las dos respuestas y preguntó:

—¿Y por qué?

—Primero porque tengo pareja y pretendo serle fiel. Y segundo porque no me correspondes en igual medida.

—¿Qué peso tiene el primer considerando? Si el segundo fuera falso, ¿qué peso tiene el primero?

—Mucho. Pero no sé por qué me haces estas preguntas si aún estás conjeturando sobre el segundo.

—Te echo de menos. Estas semanas he estado intentando dejarte en paz, pero no puedo seguir. No puedo retenerme más. No puedo actuar contra mis propios impulsos, me destruye.

—Que eches de menos a la amiga no significa que ames a la mujer.

—Por favor —me contradijo—, no digas tonterías. Pienso en ti constantemente. No soy feliz así. Estoy amargado. —Se aproximó más a mí, hasta que su rostro casi rozó el mío—. Lucile —pidió—, necesito estar contigo.

Su sinceridad era manifiesta. La emoción me embargó y tuve que apoyarme en la pared. Él se inclinó hacia mí para mantener la cercanía, e intuí que me hubiera besado si no hubiera sido por respeto al lugar en el que estábamos.

—¿Y qué puedo hacer? —dije mientras me sentía desfallecer.

—Rompe con Bramont.

Apenas lo hubo pronunciado, una figura próxima a nosotros nos sobresaltó y nos volvimos. Era Paul. Estaba detenido a escasos pasos. Sentí un ahogo. Era posible que hasta nos hubiera oído.

—¡Ah! —exclamó, sin dirigir una mirada a André—. Estás aquí. Creía que te había perdido. ¿Vienes?

Dio a la pregunta un aire casual, pero su rígida expresión me reveló su carácter requirente y su doble sentido. La incisiva mirada de André sobre mí instándome a que me quedara me demostró que él también la había entendido así. Aquélla fue la primera vez que hubo un enfrentamiento entre ambos por mi causa.

No contesté, pero sin dirigir yo tampoco una mirada a André, salí del templo con Paul.

Es de comprender el profundo trastorno que me produjo aquella conversación. La idea de que me correspondía, que fue germinando y ganando magnitud paulatinamente en mi interior, me abrumó y me desequilibró. Durante los días siguientes no estuve en mí. No sabía lo que hacía, ni cuándo lo hacía. A ello se unió el reto de enfrentarme a la situación, para lo que me faltaba la serenidad de ánimo necesaria. Romper con Paul no era para mí una decisión trivial. Mi matrimonio me había sido impuesto y fue desafortunado; Paul era la única verdadera relación que había tenido en mi vida. Por otra parte, André, con su facilidad para iniciar y finalizar relaciones, me inspiraba inseguridad. Dudaba de que para él la nuestra tuviera la trascendencia que merecería mi ruptura con Paul. Pudiera ser que su carácter apasionado e impaciente le hiciera creer en la veracidad de su declaración, pero que su afecto no tuviera consistencia ni constancia.

De todas formas, la iniciativa no quedó en mis manos. La tomó André. Entró en acción, y cuando él entraba en acción no valía la pena desgastarse pensando, porque nadar contra su corriente era casi imposible. Pasó a cortejarme tenaz y ostensiblemente delante de Paul, delante de todos. Se acabaron toda prudencia y toda discreción. Entabló abiertamente batalla contra Paul por mí. Como tenía la fortuna o desgracia de carecer de sentido del ridículo y de no conceder importancia a lo que los demás pudieran opinar de él, Paul, mucho más orgulloso, reservado y celoso de su intimidad, se vio en desventaja en esta guerra. Paul era incapaz de disputarse con André, ni con nadie, el hecho de ocupar un sitio a mi lado en la mesa, o hacerse molesto en un paseo con quienes me acompañaran hasta quedarse a solas conmigo, o imponer su voluntad de que formáramos pareja de juego aun obligando a otro a cambiar la suya. Paul no tenía la desvergüenza de hacer todo esto; ni siquiera la falta de amor propio necesaria para demostrar que concedía alguna importancia a las acciones de su rival. De esta forma, André tenía las de ganar en sus objetivos, que yo creía eran dos: uno, que no lo olvidara como yo le había dicho que pretendía, y desde luego, esto lo consiguió plenamente; dos, llevar la situación a un extremo tan insostenible que yo me viera empujada a terminar mi relación con Paul.

Por mi parte, apenas podía hacer nada por aliviar tal escenario. La complacencia por las atenciones y la compañía de André apenas compensaban el malestar y remordimiento que soportaba intuyendo el sufrimiento de Paul, que a menudo se veía sometido a escenas violentas y casi afrentosas causadas por el descaro del primero. Aquello no podía sostenerse. Debía tomar una decisión.

Pero esta vez fue Paul quien se me adelantó.

Capítulo II

Paul Bramont

Esa determinante noche los había tenido a los dos delante de mí, al otro lado de la mesa. Courtain estaba sentado junto a Lucile, tan junto a ella que permanecían hombro contra hombro. Los tenía a ambos presentes como se tiene presente una daga clavada en el costado. Pero no podía mirarlos directamente. No podía demostrar que estaba más pendiente de ellos que de los demás, de forma que me veía obligado a pasear mi vista de objeto en objeto y de persona en persona, en un bailoteo constante, para que el posarla en ellos no llamara la atención. Primero miraba las copas semivacías, luego las bandejas de dulces, y después, como por accidente, la mano de ella que Courtain acariciaba con la excusa de admirar uno de sus anillos que, por cierto, le había regalado yo. ¡Cuántas veces había esperado de Lucile un gesto de rechazo y cuántas veces me había visto defraudado y ofendido por su complicidad! Así ocurrió también en aquella ocasión. Pero de nuevo tenía que desviar la vista antes de que alguien la captara.

En fin, estaba tan concentrado en ese esfuerzo de ver sin mirar que apenas participaba en la conversación. Y tenía que decir algo gracioso, porque hacía rato que no hablaba, y el resultar aburrido, aunque sólo fuera por una noche, era lo único que se precisaba en aquel círculo para caer en desgracia. Por contra, Courtain estaba exultante. Esta vez le cuchicheó algo a Lucile en la oreja, tan cerca que hubiese podido mordérsela sin apenas moverse. Y ella, ¿se apartó? No, claro. Sonrió. No sólo sonreía con los labios. Toda su piel exhalaba sonrisa.

Por fortuna entró una ráfaga de aire fresco por las puertas abiertas del balcón. El calor que desprendían las velas y el que tenía dentro de mi cuerpo provocado por la comida y la bebida, y por la irritación, lo confieso, me estaban haciendo sudar. Vaudreuil realizó una imitación burlesca del conde de Mounard, que había salido despotricando de la antecámara del rey después de haber pasado dos meses esperando ser admitido en su presencia sin haberlo conseguido. Fue especialmente graciosa la caricatura que hizo de su cojera, que lo había obligado a balancearse a un lado y a otro como un tentempié cuando descendía las escaleras, mientras refunfuñaba hablando solo con la cara roja como un pimiento por la indignación. Había jurado y perjurado que nunca volvería. Vaudreuil ironizó sobre lo lamentable del suceso pues, según dijo, ahora Versalles había perdido a uno de sus más graciosos bufones. Los demás sonrieron para premiarle lo ingenioso de su broma.

—No importa, conde —intervine dirigiéndome a Vaudreuil, refiriéndome a la

pretendida pérdida del «bufón»—. Aún le tenemos a usted.

Para mi fortuna, la chanza aún fue más celebrada que la anterior. Salvado de nuevo en el último momento. Había sido arriesgada, por supuesto. Vaudreuil era el amante de la duquesa de Polignac, de la favorita de la reina, y además Gran Halconero del reino. No resultaba muy recomendable ofenderlo. Pero María Antonieta, sentada a la cabecera de la mesa, se rió. En consecuencia, Vaudreuil no podía darse por ofendido o hubiese hecho el ridículo, arriesgándose a que después todo el mundo se burlara de su enojo como él acababa de hacer respecto al conde de Mounard. Así que Vaudreuil también sonrió y me dirigió, por entre medio de dos velas, una mirada de advertencia. Me la devolvería en cuanto pudiera.

Yo también recordaba al conde de Mounard. Un ajuste privado de cuentas entre él y un mariscal, por la disputa sobre ciertas tierras que la resolución de un pleito había declarado de propiedad del conde, había comportado la expulsión de su hijo de la Academia de la Marina de Brest, en la que el mariscal tenía una gran influencia. El conde había acudido a Versalles a pedir justicia y la readmisión de su hijo, cuya expulsión era una bochornosa deshonra para él y su familia. Ni se le había recibido. Con un patrimonio modesto a pesar de su título y sin ningún protector en la corte que lo introdujera, no tenía ninguna esperanza. La historia personal del propio Mounard, que una década atrás había tenido que abandonar la corte ignorado y dejado de lado a causa de la cojera que una caída de caballo le había ocasionado, era otro ejemplo de la cruel indiferencia que reinaba en aquel edén de arbitrarios dones y privilegios. Pero ¿qué nos importaban las desgracias ajenas a aquel grupo de íntimos de la diosa Fortuna, encarnada en la joven y caprichosa veleidad de María Antonieta, en cuyo Olimpo no tenían cabida ni viejos ni tullidos ni aburridos? ¿Qué podían importarnos sus infortunios si no era para despreciarlos socarronamente y divertirnos a su costa?

—Deja ya a toda esa pandilla, Paul —me había dicho mi padre el día anterior—. ¡Si supieras lo que se dice de vosotros! Os pasan a todos por el mismo rasero: frívolos, despilfarradores, aprovechados… son los términos más amistosos que he oído.

Rencor y envidia. ¿Cuál era la causa, si no, de ese descontento tan extendido? «Celos, Señora, le decían, sólo celos porque no les hacéis caso.» Pobre María Antonieta. ¿Es que acaso tenía que ser amiga de todos? ¿Es que no podía elegir a sus propias amistades? ¿Y no era normal que beneficiara a sus amigos? «Por supuesto, Señora, cómo no.» Para mí, en concreto, una renta anual de treinta mil libras. No estaba mal, por no tener otra obligación que la de mantenerme joven, despreocupado, elegante, frívolo y divertido. Sobre todo divertido.

—Te estás idiotizando con toda esa panda de inútiles —me había dicho mi padre —. ¿Es que no sabes lo que se dice de ella? Los más finos aseguran que tiene amantes por doquier y dudan de la legitimidad del delfín. Los más groseros los

llaman directamente puta y bastardo. No me gustaría que el nombre de mi hijo apareciera en uno de esos calumniosos panfletos que corren de mano en mano y que se leen entre risillas en los salones. Márchate antes de que la capital te cierre sus puertas. Conviértete en un hombre de provecho del que pueda sentirme orgulloso. Ocupa mi cargo de magistrado en el Parlamento de París cuando presente mi dimisión, tan pronto acabe el proceso contra el cardenal de Rohan.

Courtain apoyó su brazo en el respaldo de la silla de Lucile, y ésta se limitó a sonrojarse mientras notaba su proximidad envolvente. Aquello no había quien lo aguantara por más tiempo. Ya ni siquiera me era dable disimular mi irritación, pues aquella exhibición resultaba tan provocadora que nadie podía creer en mi indiferencia. Aun así, me esforcé en aparentarla y reí otra estúpida gracia que ni tan sólo escuché, mientras ocultaba en mi interior el torbellino de celos y frustración que me corroía.

El conde de Artois, el hermano del rey, explicó un nuevo juego de naipes que había aprendido. Yo no atendí. No me interesaba lo más mínimo. Desvié la mirada y me encontré con la de Lucile. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes. La quería.

Luego Courtain soltó una carcajada. Sin duda era la réplica a algo que alguien dijo y que me perdí. Las carcajadas de Courtain eran muy características. Normalmente no obedecían a la risa, sino a la burla.

Aquella risotada removió todo mi hastío que salió ya a flote, ahogándome. Estaba harto. Estaba harto de las carcajadas de Courtain, del cortejo de éste a Lucile, de la rivalidad entre todos los favoritos, de las crueles burlas a los demás, de no poder ser aburrido cuando me viniera en gana. Harto de las cenas y de los juegos de naipes, de las mascaradas, de ver siempre las mismas caras, de rendirle pleitesía constante a la reina. Harto de que la vida se me escapara de las manos sin hacer nada de provecho. Necesitaba un cambio o mi espíritu moriría en el estancamiento de aquel ambiente cerrado, falso, encorsetado, sin libertad, sin principios, sin metas u objetivos que no fuera ganar y conservar lo ganado en aquella constante rivalidad que acababa por pudrir los caracteres más nobles.

—Márchate de Versalles —me había dicho mi padre.

Harto de ver cómo la reina se abandonaba de esa manera a la irresponsabilidad y a las evasiones cuando el Tesoro Público amenazaba con la quiebra y cuando el odio hacia ella se estaba extendiendo como una epidemia. Harto de que no se emprendieran las reformas valientes y decididas que el país necesitaba. Harto de que no se pudiera tratar en aquel círculo tema alguno que fuera mínimamente serio.

Me asfixiaba en Versalles.

La reina se levantó y todos los demás la imitamos. Quería que nos trasladásemos al saloncito contiguo para entretenernos con ese juego nuevo que el conde de Artois

había explicado. Courtain le ofreció el brazo a Lucile y ella me miró unos instantes, como pidiéndome permiso para apoyarse en el hombre que deseaba con intensa pasión, algo tan evidente en su expresión que ya ni siquiera pude sentir celos u odio, sino tan sólo tristeza.

Desvié la vista de ella sin hacerle señal alguna y esperé turno hasta que encontré la ocasión de acercarme con discreción a María Antonieta.

—Perdonad, Señora —le dije a media voz—, pero os ruego me permitáis retirarme.

—¡De ninguna manera, mi querido conde! —exclamó jovial, en tono bien audible para todos, mientras me tomaba del brazo—. Si se va seremos número impar y no podremos jugar. Y además, la velada no sería lo mismo sin usted. Le ruego encarecidamente que se quede.

Ahora no podía retirarme sin ofenderla. A la reina le bastaba formular un ruego para ser obedecida, y eso era lo que esperaba.

—Insisto humildemente, Señora —dije mientras me desasía con suavidad de su brazo y le hacía una cortés reverencia—. No me encuentro demasiado bien y sólo haría que estropear la diversión de Su Majestad.

Noté cómo el aire se paralizaba y todas las miradas se concentraban con estupor en mi persona. María Antonieta me miró con un destello de orgullo en el fondo de sus ojos y moduló, ya sin sonrisa en los labios ni signo alguno de familiaridad:

—En ese caso, señor, está usted disculpado. Su salud me es muy querida. Sólo espero que se recupere prontamente.

Volví a hacer una profunda reverencia. Luego, sin mirar a nadie, evitando en especial posar mis ojos en Lucile, me alejé del grupo solo y salí de los jardines del pequeño Trianon sabiendo que había perdido para siempre el derecho de retorno.

Cuando aquella noche llegué a mis aposentos era tarde, pero no sentía deseos de dormir ni de nada en concreto. Perdí la vista a través de los ventanales de mi dormitorio, hacia la oscuridad en la que ellos dos se encontraban, allí afuera, juntos y libres por fin. Había un silencio muy pesado, de los que enturbian la mente a altas horas de la noche, en especial una ligeramente embriagada por el vino, como estaba la mía. Era tal el silencio que hasta oía el zumbido sordo de mis propios oídos.

Tras desvestirme me tumbé en el lecho y cerré los ojos. Extendí el brazo hacia el lado que quedaba a mi derecha y que estaba vacío. La noche anterior habíamos dormido juntos. Y tan sólo eso. Buenas noches y media vuelta. Media vuelta para pensar en Courtain sin que yo la estorbara; para entregarse libremente a ensoñaciones y a deseos que no me tenían a mí por objeto. Ésa era la causa, sin duda, de que hubiésemos intimado tan poco últimamente. Era posible que incluso entonces pensara en él.

Me enderecé. La negrura era absoluta a causa de las cortinas corridas que pendían del baldaquín. Las aparté y me levanté, descalzo sobre el pavimento de madera. Tenía coñac en algún sitio y avancé hacia él, guiándome gracias a la claridad de una luna casi llena que entraba sin estorbo por los amplios ventanales. Cogí la botella de cristal holandés punteado, la destapé de su tapón de aguja y lo vertí en una de sus copas a juego. Las noches eran todavía frescas en aquel mes de mayo y en esa sala la chimenea no estaba encendida, pero no me molestaba el ligero temblor de mis manos mientras bebía. ¿Qué importaba el frío? ¿Qué importaba nada? Al diablo con todo. Vertí otro poco en la copa y me lo bebí de un trago. Tras el primero la garganta se había habituado y ahora pasaba mucho mejor. Un poco más y ya podría dormir.

—Señor conde, señor conde…

Al parecer debía de llevar tiempo llamándome, pues se había decidido a zarandearme con suavidad. Por la claridad comprendí que ya era de día. El sueño debía de haberme vencido por fin la noche anterior.

—¿Qué ocurre? —pregunté malhumorado, percibiendo la amenaza de un ligero dolor de cabeza que prometía agudizarse en cuanto me moviera.

Lucile. Había venido. Lo recordé todo entonces y la desazón volvió a angustiarme. No quería verla. ¿Qué podía decirme que tuviera algún sentido, que pudiese arreglar nada? Hasta era posible que hubiese venido a comunicarme su romance nocturno antes de que me enterara por otras bocas, confiando en que ese alarde de espontánea sinceridad menguara en algo su culpa. No. No quería ni aliviar su conciencia ni tener menos motivo para sentir esa ofensa profunda que mata cualquier resto de amor y que cierra las puertas definitivamente al perdón. No quería oír ni saber nada al respecto.

Me senté en la cama. La luz me hirió en los ojos y la presión en mi cabeza palpitó un par de veces. Tendría que recibirla, era una cuestión ineludible.

Lucile permanecía de pie, detenida frente a la chimenea, que continuaba apagada. Cuando me vio sonrió levemente, pero era sólo una expresión de cortés saludo. La de sus ojos, cuyo enrojecimiento delataba que no había dormido lo suficiente la víspera, no mostraba alegría alguna.

—Buenos días —saludé, pero sin acercarme a besarla como solía.

—Buenos días —respondió ella, conservando también su posición distante.

—¿Tienes frío? —pregunté, percibiendo en ella un ligero estremecimiento—. Permíteme que encienda el fuego.

—No, por favor —me interrumpió—. No te molestes. No estaré mucho tiempo.

La aclaración me hirió y me detuve, permaneciendo erguido y retraído con las manos hundidas en los bolsillos del batín.

—¿Qué ocurrió ayer, Paul? —preguntó, en un tono mezcla de reproche y alarma —. Nunca te he visto cometer una incorrección semejante. ¿En qué estabas

pensando? Sabes bien las consecuencias. Si no te disculpas inmediatamente te retirará su amistad, si no lo ha hecho ya. Y ni qué decir de mi humillación cuando me abandonaste delante de todos. ¿Qué ocurrió, Paul?

—Creí que serías tú la que tendrías algo que contarme —corté con calma.

—¿A qué te refieres? —Enrojeció levemente—. Yo no tengo nada que contar. Si no quieres creerme a mí —negó con sobriedad—, cualquiera podrá decirte que mi velada acabó como cualquier otra, salvo que me dejaste humillada y preocupada.

Era sincera, lo creí de inmediato. No había pasado la noche con Courtain. Nada había ocurrido todavía entre ellos. La presencia de los demás lo habría evitado. Mi inesperada retirada, que les señalaba acusadoramente a ambos, había roto la idílica burbuja de inconsciencia en la que habían flotado. Pero esa fidelidad forzada ya no me bastaba. Ahora veríamos hasta qué punto le interesaba Courtain y hasta qué punto yo la había perdido.

—No voy a disculparme —sentencié con calma, refiriéndome a la reina—. Me voy de Versalles.

—¿Qué? —exclamó atónita.

—Voy a trasladarme a mi residencia de Saint-Jacques, en la capital —continué—. Sustituiré a mi padre en su cargo de magistrado del Parlamento de París tan pronto presente su dimisión. Dejo la corte y dejo Versalles.

La sorpresa la dejó muda por unos instantes. Yo le mantuve la mirada, intentando no traslucir ninguna emoción.

—Pero ¿por qué? ¿Qué…? No entiendo nada, Paul.

—Yo creo que sí que entiendes —repliqué contundente—. Ya no me resulta grato permanecer aquí.

—Paul, si es por el marqués de Sainte-Agnès… —se atrevió a pronunciar.

—Es por muchas cosas —interrumpí, deseando evitar que la conversación se centrara en él y que los celos parecieran mi principal motivación—. Ya te lo he dicho. Quiero ocupar el cargo de mi padre cuando él se retire. Quiero trasladarme a París. Estoy harto de esto. La corte casi ni me alienta. Ha perdido todo su protagonismo. Es allí donde está el centro de gravedad. Aquí sólo quedamos los contados favoritos de la reina, que no hacemos más que ganarnos el odio de todo el mundo. Dime, ¿para qué voy a quedarme? ¿Qué hay aquí que me retenga?

—Yo. Espero.

—Tú estarás donde quieras estar. Tampoco hay nada aquí que te retenga.

Era cuanto necesitaba decirle. Ella también podía trasladarse a París si lo deseaba. Su hermana vivía allí, apenas a unas travesías de la que sería mi nueva residencia. Perdería su cargo de camarera de la reina, que le comportaba una pensión necesaria dada la escasa manutención que le pasaba su marido, pero yo podía compensarla económicamente de forma más que generosa. Incluso podía seguir acudiendo a la

corte aunque ya no formara parte del círculo íntimo de la reina. Nada la retenía tampoco a ella. Nada excepto Courtain. Pero tendría que elegir. Yo no estaba dispuesto a pasar ni una sola noche más como la de la víspera. Ni una más.

—Sigo sin entenderte, Paul —se resistió, nerviosa—. Aquí tenemos una posición inmejorable. Muchos estarían dispuestos a hacer cualquier cosa por estar en nuestro lugar. La reina puede cometer errores, pero es la reina después de todo. Y toda esa gente poderosa que dices que está descontenta, lo está porque no está donde tú estás. Si estuvieran en tu lugar, te aseguro que no se sentirían descontentos. Así que no puedo entender el motivo que te impulsa a querer echarlo todo por la borda.

—Intento salvarme a mí mismo, Lucile —respondí—. Supongo que eso aún te resultará más incomprensible, pero no me siento capacitado para explicártelo. Sólo puedo decirte que he de marcharme de aquí. No lo aguanto más. Si me quedo, mi reacción de ayer se volverá a repetir en cualquier momento. He llegado al límite, ¿entiendes eso?

Calló y bajó la vista. Ahora era su mente práctica la que trabajaba bajo esa frente blanca, amplia.

—Hace tiempo que lo tienes decidido, ¿verdad? —preguntó.

—Hace tiempo que lo vengo meditando, sí —maticé.

—No me habías dicho nada.

—Te lo digo ahora.

—Y en esos planes de futuro ¿dónde quedo yo? Es decir, ¿dónde quedamos nosotros?

—La decisión es tuya. Puedes venir conmigo si lo deseas.

—Si yo lo deseo… —repitió con una sonrisa triste—. Qué elegante forma de ponerme contra la espada y la pared. Sabes bien que yo no quiero dejar Versalles. Aquí lo tengo todo… o lo tenía hasta hoy. Una posición excelente, una pensión generosa, amistades más o menos sinceras, pero amistades… ¿Qué tengo yo en París? Nada. No puedo vivir abiertamente contigo. No puedo tener residencia propia porque no podré mantenerla. Y vivir con mi hermana…, sabes bien que Claire y yo nos entendemos porque nos vemos poco. Me fuerzas a abandonarlo todo y me lo presentas como un deseo mío.

—Yo no te fuerzo a nada.

—No. Sólo castigas mi decisión. Porque si mi voluntad es quedarme, te perderé. ¿No es eso?

Me acerqué a ella y alargando mi mano, rocé sus dedos. Ante el contacto, me la tomó con firmeza y calor. Eso me animó a decirle, a media voz:

—Ven conmigo Lucile, te lo ruego.

—¿Hay algo que pueda hacer o decir para hacerte cambiar de opinión?

Negué con la cabeza, mirándola a los ojos. Me mantuvo la mirada unos instantes,

estudiándome. También ella me conocía lo suficiente como para saber que una vez tomaba una decisión rara vez me echaba atrás.

—¿Cuándo te vas? —preguntó.

—No lo he pensado. Pero cuanto antes. Hoy mismo, de ser posible.

Me soltó entonces la mano y la apoyó en la repisa de la chimenea, de mármol de veteado tono verdoso, mármol cipolino importado del Piamonte por arquitectos italianos.

—Hoy no puedo irme contigo —me dijo al fin, volviéndose hacia mí—. Ni quizá mañana. No estoy preparada para tomar una decisión de esa importancia con tal rapidez e irreflexión. Has de entender que yo no soy una nómada dispuesta a seguirte al simple chasquido de tus dedos.

—Yo no he pretendido… —protesté.

—No sé lo que has pretendido, pero es lo que me pides. Tú llevas tiempo meditando sobre ello, pero yo no. Nunca antes me lo habías comentado, y ahora, sin recabar antes mi opinión, cuando ya tu decisión es irrevocable, me pides que abandone el único sitio donde me he sentido a gusto y he sido feliz.

—Quizá yo he contribuido en algo a que te haya sido tan grato —apunté dolido.

—Naturalmente —replicó de inmediato—. No soy yo la que te pide que te vayas. Eres tú el que se va, contra mis deseos y mi voluntad.

—No sé como lo logras, pero siempre consigues aparecer tú como la víctima. No quiero seguir discutiendo —añadí para acallarla—. No es así como te ganaré y eso es lo único que deseo. Ambos sabemos lo que hay de trasfondo en todo esto y no desaparecerá simplemente por negarlo o silenciarlo. Considero justo que te tomes tu tiempo para meditar con calma qué es lo que quieres. Por mi parte, mis ideas están muy claras: quiero marcharme y te quiero a ti. Lo primero espero conseguirlo hoy mismo; y en cuanto a lo segundo, esperaré el tiempo que precises.

Pareció buscar una respuesta, pero su honestidad se impuso y no replicó. Comprendía bien a qué trasfondo me refería y la inconveniencia de hablar con claridad de ello, porque no podía prometer sin incumplir, ni negar sin mentir.

—¿Es ésta nuestra despedida? —preguntó, con un rastro de melancólica tristeza.

—No veo la necesidad de otra.

Lucile entonces se acercó hasta mí y me besó brevemente en los labios. Tuve el impulso de abrazarla y responder a ese beso que tal vez fuera el último, pero ella se separó antes de que iniciara el movimiento y la ocasión se perdió.

Cerré la puerta tras Lucile y permanecí estático junto a su quicio. Tenía que despedirme de la reina. De María Antonieta. La cortesía también me imponía el hacerlo de otras personas de la corte con quienes tenía amistad, pero era menos indispensable dada la intención que tenía de seguirlas viendo. A ella, sin embargo, no.

No volvería a verme agraciado con su trato. Dulce y risueña Señora. Alegre y coqueta, caprichosa y despreocupada, ignorante y juguetona. Diríanse cualidades que podían ser propias de la mujer más vulgar, pero qué carisma conferían esas gracias a una mujer de su poder y elevadísima posición. ¿Quién no aspiraba cada día a conseguir una sonrisa suya, quién no se afanaba por ganar el favor de una de sus palabras? A vos, Señora, os dejo. Ningún rencor os guardo, pues sólo favores de vos he recibido. Y no negaré que en alguna ocasión, en el calor de un baile, en la proximidad de una confidencia, en el licencioso contacto de un abrazo casual, os he deseado. ¿Quién no desea lo que idolatra? Pero nunca os he amado. Ni como mujer, ni como reina. Como lo primero, porque os ha faltado sensatez, responsabilidad y bondad. Y como soberana, porque nunca os habéis comportado como tal.

Me dirigí a la antesala del salón de recepción de María Antonieta, atestado como siempre de aspirantes a ganar el favor de su atención. Entre ellos, el grupo de los favoritos, en el que distinguí la cabeza dorada de Lucile. Estaba en compañía de Vaudreuil, la Polignac y todos los demás, los que antes de la cena de la noche anterior eran mis afines y ahora me miraban de reojo con altivez y me ignoraban con desdén, secreta pero manifiestamente satisfechos de mi caída, como lo habían estado de la de muchos que me habían precedido en similar suerte.

Era obvio que Lucile, por el contrario, había sido calurosamente aceptada. Esa actitud sólo podía obedecer al conocimiento de su ruptura conmigo. Qué rapidez en dar la noticia. Ni un solo día de luto me había guardado, no fuera a ser que su ausencia por tal largo tiempo la perjudicase en el aprecio de aquellas amistades tan profundas y sinceras.

Me aparté hacia uno de los balcones, esperando y deseando que nadie viniese a importunarme. Aparenté interés por lo que pasaba en el exterior, observando el ir y venir de la gente en el Patio de Mármol.

—Buenos días, conde —saludó alguien a mi lado.

Lo observé con un rápido vistazo de soslayo. Me bastó eso para notar la tensión que se ocultaba bajo su aparente cortesía despreocupada. Courtain no era muy ducho en el arte de ocultar sus emociones y estados de ánimo.

—No sabe el disgusto que me ha producido enterarme de que abandona usted Versalles —continuó ante mi silencio.

El sarcasmo tampoco se le daba bien, pero lo ensayaba de vez en cuando.

—Supongo que el mismo que a mí me produce el perderlo a usted de vista —devolví.

—Ya. Pero mejor dejemos de confesarnos nuestro mutuo aprecio o acabaremos echándonos a llorar. —Sonrió con tirantez—. Tengo entendido que va usted a ocupar el cargo de magistrado que ostenta su padre en el Parlamento de París —añadió.

Apreté los dientes y aspiré aire. Al parecer Lucile no había omitido detalle

alguno.

—Marqués —intenté deshacerme de él—, no merezco el honor de su atención.

—Es usted en exceso modesto, conde. —Sonrió—. Todo lo contrario, me temo que es usted quien se ve condenado a soportarme durante unos minutos. Tampoco es tan grave. Después de todo, si las simpatías personales fueran el único móvil, ¿quién se hablaría en Versalles?

No repliqué. La persona de Courtain, en realidad, no me desagradaba. Era un hombre con un apreciable empuje interior que lo impulsaba como un resorte hacia adelante sin detenerse ante obstáculos que frenarían a la mayoría y que él ni siquiera parecía ver. Tenía, además, importantes dosis de simpatía, resultante de la combinación de ingenio y sinceridad. Al principio, su presencia en nuestro círculo había sido como una bocanada de aire fresco que yo, cansado de la hipocresía y falsedad de aquel ambiente, agradecí; sus bromas eran las únicas que reía con autenticidad, y sus comentarios no sólo eran inteligentes, sino, lo más inusual, carecían de doblez o de mala intención y nunca pretendían el lucimiento personal ni se basaban en la mofa o en el escarnio de los demás. Mi punto de vista cambió, claro está, cuando descubrí su interés por Lucile.

—Aún no ha contestado a mi anterior pregunta —recordó—. ¿Va a ocupar el cargo de magistrado en el Parlamento?

—Sí —espeté—. ¿Es que tiene usted aspiraciones semejantes?

—¿Yo? —exclamó Courtain casi riendo—. No. Qué ocurrencia. Eso me obligaría a trasladarme a París, y por el momento mis intereses están aquí. Lo que me sorprende es que los suyos ya no lo estén. Supongo que sería excesiva impertinencia el preguntarle a qué se debe el cambio.

—Supone bien —zanjé de inmediato—. Pero no se inquiete por mí. La vida le resultará mucho más placentera en mi ausencia. Por de pronto podrá ocupar mi cargo de consejero, si es que no le importa aceptar lo que otros rechazan.

Sonrió.

—Ciertamente no tengo escrúpulos de esa índole. Le sustituiré con sumo placer.

—Entonces me voy tranquilo.

—¿Y ocupará el cargo antes o después del proceso contra el cardenal de Rohan?

Ahora lo observé con más desconfianza que irritación. En aquellos salones nadie hablaba ni del Parlamento, esa antipática institución de pares y magistrados díscolos que osaban oponerse de vez en cuando a la Corona, ni del proceso que éste debía seguir contra el cardenal de Rohan por el asunto del collar. Si en aquel círculo no podía tratarse tema alguno serio o preocupante, nada que alterase la felicidad de la reina y perturbase su paraíso de alegría y diversiones, ¿quién iba a atreverse a mencionar ese proceso tan inconveniente y tan peligroso para ella?

—Insiste mucho sobre esa cuestión.

—Supongo que no lo apreciará, pero con ello lo distingo a usted de la mayoría de los imbéciles que nos rodean. Con cualquier otro hablaría de la última representación en el «Italien». Pero siempre me ha parecido que usted era susceptible de mantener conversaciones sobre temas de mayor enjundia. Quizá me equivoqué. Le ruego me disculpe —marcó una ligera pausa y continuó, burlón—. Dígame, ¿qué opinión le merece la última representación en el «Italien»?

Suspiré pacientemente.

—Asumiré el cargo una vez termine el proceso. ¿Era este dato de importancia para usted?

—Relativo —contestó—. Como lo son cualquiera de los votos que pueden decidir la condena o la absolución de la reina.

—Querrá decir, de Rohan —corregí, precisamente porque había comprendido la intencionalidad de su pretendido error—. La condena o absolución de Rohan. La reina es la acusadora, no la procesada, marqués.

—Formalmente sí —asintió perdiendo de pronto su esforzada flema, que al ser contraria a su carácter nunca podía mantener durante mucho tiempo—. Pero todos sabemos que lo que está en juego no es sólo la suerte de Rohan, sino el honor de la reina. Si Rohan es absuelto sin cargos, el honor de la reina quedará gravemente maltrecho. Imagino que el Parlamento debe de estar deseando vengarse de la indiferencia con la que lo ha tratado la Corona —continuó ante mi intrigado silencio —. Pero desacreditar a la Corona puede tener consecuencias graves, incluso para el propio Parlamento, que además pueden ser desestabilizadoras.

—Ya me ha oído —interrumpí—. Yo no decidiré sobre esa cuestión.

—Pero su padre sí. Piénselo. Usted tiene la posibilidad de sondear la opinión de los magistrados y de hacérselo comprender antes de que sea tarde.

Sostuvimos nuestras miradas unos instantes. La suya era grave, pero no de enemistad. La mía tampoco debía de serlo. Por unos momentos el asunto personal que nos mantenía enfrentados había pasado a un segundo plano. Courtain demostraba una inquietud que yo compartía, aunque tal vez mi posicionamiento fuera distinto del suyo. Él me pedía que intercediera ante mi padre y los demás magistrados en favor de la reina, cuando mi inclinación era más bien la contraria. Consecuencias desestabilizadoras… Se había llegado a un punto en que ya no las temía más que al poder absoluto, incompetente e inconsciente que estaba llevando al Estado a la bancarrota. Pero, en cualquier caso, no pensaba pronunciarme al respecto ante Courtain.

—No quiero hablar más sobre ese tema. No voy a ser el embajador de la reina entre los magistrados del Parlamento. Voy a mantenerme completamente ajeno a esa cuestión.

Courtain calibró si la insistencia podía reportar algún fruto. Debió de adivinar que

no porque, con una sonrisa de compromiso que daba por terminada la cuestión, pronunció:

—Bien. En ese caso, le confieso que tengo otra preocupación, aunque si se la expongo seguramente incurriré en su desagrado.

—Me extrañaría que esa consideración pudiera detenerlo.

—Evidentemente se trata de Lucile de Briand.

Quedé paralizado unos instantes, con sentimiento mezcla de asombro e irritación.

—Supongo que ya se habrá percatado de que siento un vivo interés por esa dama —continuó.

—Pues no —respondí escocido—. No tenía la menor idea.

—Vamos, vamos, Bramont —canturreó Courtain—. He jugado limpio. La he cortejado delante de usted.

—Es usted muy considerado.

—En realidad no debería odiarme por ello, sino compadecerme. En semanas de esfuerzos sólo he conseguido algunas sonrisas amables, fracaso que atribuía a la consistencia de su unión con usted. Imagine por tanto mi confusión al enterarme de que abandona usted Versalles.

—Pues así es, le confunda o no.

—No lo dudo. Pero la cuestión es si esa separación significa que ha finalizado su relación con usted. Ese insignificante detalle es el que me tiene sumido en la incertidumbre.

—Entiendo. —Arqueé las cejas comprensivo.

—Ella ha dado a entender que es así —persistió—; pero para calibrar la libertad de su declaración hay que considerar que de otra forma no sería aceptada tras el proceder de usted de anoche. De manera que mi escepticismo es mayúsculo. —Esperó mi reacción, pero como viera que seguía sin soltar prenda continuó, agravando y bajando la voz—. Es inútil eludir ciertas cuestiones que son evidentes. Tenemos un conflicto de intereses manifiesto, conde, tanto si quiere hablar de ello como si no. Tengo la costumbre o, mejor dicho, la necesidad de atacar los problemas de frente; algo que puede sorprender quizá, dado que no parece la forma de proceder habitual entre estas paredes, pero no sé conducirme de otra. La amo y la quiero para mí, no me avergüenza ni me incomoda el decírselo, y haré lo posible por conseguirla, sin más límite que el de su propia voluntad —marcó una pausa, para asegurarse de que entendía la exclusión que hacía de la mía—. ¿Ha finalizado su relación con ella o no? Es todo lo que quiero saber.

—No —mentí tajante, con toda la alevosía imaginable que me dictó la indignación.

Enrojeció mientras congelaba la mirada.

—¿Se va con usted? —articuló al fin.

—Yo me adelanto, pero ella me seguirá pronto, sí.

Courtain bajó la vista, trastornado. Me había creído a pies juntillas. Inaudito.

—Entonces, ¿a qué viene esta comedia? —preguntó alterado, señalándola a ella —; ¿por qué dar a entender que han roto su relación?

—Usted lo ha dicho —continué, preguntándome hasta dónde daría de sí su credulidad—: para no perder su cargo. Necesita la pensión, y yo ahora soy un proscrito.

—Pero si le sigue a usted, se sabrá pronto —objetó con acierto.

—No necesariamente —fue cuanto se me ocurrió contestar, esperando que no me pidiera detalles de cómo conseguiría evitarlo.

Por fortuna en aquel momento se anunció la entrada de la reina y Courtain no tuvo opción de seguir interrogándome. Todos nos volvimos hacia la puerta que dos ujieres abrían con solemnidad. María Antonieta entró en la estancia y dirigió a la concurrencia, que la observaba expectante, la semisonrisa amable y modesta que se puede permitir quien se sabe admirada y casi divinizada. Saludó a la duquesa de Polignac, a la princesa de Lamballe y a algunos otros de los presentes. Cuando pasó junto a mí, en su trayectoria hacia la sala contigua, carraspeé para llamar su atención.

—¡Ah, conde! —Exclamó con frialdad—. ¿Se encuentra ya mejor?

Hice una profunda reverencia.

—Tener el privilegio de veros, Señora, debería de bastar para curar al más grave de los enfermos —pronuncié con automatismo—. Pero me temo que mi salud está delicada. Si Vuestra Majestad lo permite, me retiraré a descansar una temporada a mi residencia de Saint-Jacques.

—Me entristece saber que su estancia en la corte ya no lo hace feliz —fue su inmediata respuesta, sin entonación alguna que permitiera descubrir más que absoluta indiferencia—. Pero si su bienestar lo requiere, tiene mi venia. ¿Y usted, marqués? —Dijo, volviéndose hacia Courtain y haciendo ostensible que cualquier atención hacia mí había finalizado—, ¿también nos abandona?

—Nunca, Señora —repuso éste—. No hasta que Su Majestad se aburra de mi presencia.

La reina agradeció con un leve gesto la cortesía y continuó su camino. La comitiva desapareció tras ella y la sala quedó vacía. Paseé la vista por aquel espacio, en un acto interior de muda despedida. No obstante, cuando yo mismo atravesé el umbral, algunos minutos después, lo hice con completa tranquilidad de espíritu y el sentimiento de que el cambio sería para mejor. Demasiado tiempo llevaba creyéndome en el mundo por pensar que éste se centraba en Versalles, cuando en realidad el mundo lo había desplazado de su núcleo y pronto lo expulsaría incluso de su círculo.

Cuando Paul marchó, sentí un profundo alivio. Hasta ese momento no me había percatado de hasta qué punto estaba agotada emocionalmente y necesitada de soledad. Ahora, por fin, tendría mi propio espacio, tanto físico como mental, algo que precisaba para rehacerme y recuperar una serenidad que había perdido.

Pero, para ello, debía alejarme también una temporada de André. Él me tenía completamente obnubilada; viéndolo era incapaz de pensar con claridad; hasta la voluntad me tenía subyugada. Y sabía que ahora que Paul se había ido, la impaciencia de aquél exigiría mi entrega inmediata, y yo no me veía capaz de pasar de unos brazos a otros con aquella rapidez. Necesitaba un lapso de tiempo, aunque fuera breve, para poner orden en mis emociones, para aceptar en mi interior el final de ese capítulo de mi vida que se cerraba, y para sentirme libre antes de entregarme a otro.

Eso me hizo forjar la idea de un corto viaje. La medida no era forzada, ya que la semana siguiente era el cumpleaños de mi hijo Philippe, y siempre había acudido a Nuartres en fecha tan señalada. No lo fue, excepto en la premura en su ejecución pues decidí marchar aquel mismo día sin ni siquiera despedirme en persona de André por miedo a que una entrevista con él precipitara lo que yo quería sosegar. Le dejé, eso sí, una nota explicativa en la que le decía escuetamente la verdad: me trasladaba a Nuartres para una breve estancia por el antedicho motivo.

Así que partí, anhelante de la compañía de mis hijos, los únicos seres que podían devolverme la calma que necesitaba. Pero cuando llegué, me esperaba una desagradable sorpresa. Mi marido no me recibió con satisfacción. No era mi presencia lo que le disgustaba, pues había aceptado que ésta tendría lugar de vez en cuando ante mi natural imperativo de ver periódicamente a mis hijos, sino el motivo, que le llegó antes que yo por no sé qué vías. Mi relación con Paul le había resultado muy cómoda y con ella estaba tranquilo, por lo que mi ruptura con él no le causó alegría alguna; pero lo que ya lo llenó de profunda alarma fue la posibilidad de que iniciara un romance con el marqués de Sainte-Agnès. Las referencias que había solicitado y obtenido de su carácter y personalidad no podían ser, desde su punto de vista, más amenazadoras. Un individuo imprevisible e incontrolable. ¿Qué irreflexivas e imprudentes reacciones podía llegar a tener? Desaprobaba por completo que iniciara relación íntima alguna con ese sujeto. Si infringía tal prohibición, no podría poner los pies en su casa, y ya podía despedirme de volver a ver a mis hijos. Y si pretendía reclamar su custodia debía recordar que la fortuna y relaciones le pertenecían a él, y cualquier batalla que yo iniciase en ese sentido la tenía perdida de antemano.

La amenaza me torturó lo indecible, porque con la distancia, lejos de olvidarlo, desesperaba por no verlo. Si mi intención al refugiarme en Nuartres había sido la de aclarar mis ideas, no tenía más que reparar en quién las acaparaba todos los minutos

del día. Fueran cuales fuesen las razones que mi sensatez opusiera a tal elección, la volatilidad y multiplicidad de sus amoríos, los limitados medios económicos suyos y míos, la coacción de mi marido…, mi corazón no cejaba en su empeño obsesivo: André, André, André. La serenidad que buscaba no podría encontrarla así. Me enfrentaría a lo que fuera por él, porque no era libre de elegir.

Con esta firme determinación emprendí el camino de regreso a Versalles, y aunque estaba impaciente por llegar, hice escala en París para visitar a mi hermana Claire.

Y fue una suerte, pues gracias a esta decisión pude enterarme, antes de reencontrarme con él, de cuán fundadas eran las advertencias que se me habían hecho, y que me había hecho yo misma, sobre André Courtain.

—Lucile —me dijo mi hermana tomándome por ambas manos—, antes de que te lo encuentres de frente por sorpresa o de que te lo explique cualquier malintencionado, prefiero darte yo la noticia. Es sobre el marqués de Sainte-Agnès.

—¿Qué ocurre? —pregunté intrigada.

—Verás…, el marqués… tiene una nueva amante.

Se me congeló la sangre en las venas.

—No es verdad —me resistí.

—Es muy reciente —continuó Claire con suavidad—. Se empezó a saber la semana pasada. Se llama Elisabeth de Fontseau. Es la esposa de un oficial de un regimiento de dragones —se interrumpió—. Lucile… cariño… ¿te encuentras bien?

No, no me encontraba bien.

—Lo siento —se condolió mi hermana instándome a que me sentara y haciéndolo ella a mi lado—. Pero, si quieres un consejo, olvídalo. Vuelve con el conde de Coboure. Bramont es un hombre consistente y fiable. El marqués no es más que espuma de champaña.

Al día siguiente no volví a Versalles, como había ideado en un principio. La noticia cambió radicalmente mis planes. Permanecí convaleciendo en casa de Claire, encerrada en mi alcoba, sin salir, sin ver apenas a nadie, sin leer, sin escribir, sin hablar, sin hacer nada que requiera presencia de ánimo. Pasaba la mayor parte del tiempo tumbada en la cama o balanceándome en la mecedora del dormitorio, traumatizada.

Hasta el tercer día no pude llorar.

Capítulo III

Paul Bramont

Cuando me instalé en mi nueva residencia de la capital, la expectación por el proceso del collar estaba en pleno apogeo, tanto que las casas de huéspedes y los albergues de la ciudad estaban llenos a rebosar para acoger a la gran cantidad de forasteros que se habían trasladado desde provincias para seguir de cerca aquel acontecimiento. Por todas partes se hablaba de ello, cada cual con su propia versión de los hechos, especulando sobre la inocencia del cardenal y sobre el papel que la reina había tenido en todo aquel asunto. Los discursos de la defensa de Rohan se habían distribuido bajo la columnata del palacete Soubise en medio de tal muchedumbre enloquecida por hacerse con un ejemplar que las fuerzas del orden se habían visto obligadas a intervenir para evitar un tumulto.

En verdad la historia en sí tenía tales dosis folletinescas que despertaba la máxima curiosidad popular, y tales grados de inverosimilitud que la natural incredulidad del público había propiciado las más variadas versiones, suposiciones y rumores. Pero la importancia de este escándalo iba mucho más allá de lo anecdótico; lo importante era su trascendencia política, de consecuencias todavía insospechadas.

Existía la generalizada sensación de que era necesario un cambio, de que la gran rueda que debía ayudar a avanzar al país había dejado de funcionar, y que por su culpa una Francia rica, pujante e ilustrada había quedado atascada sin poder prosperar. Una corte inútil despilfarraba en placeres, favores a escasos privilegiados o en mala gestión los fondos del Tesoro Público, sin que nadie supiera cuál era su finalidad o su objetivo. Un rey bondadoso pero débil, inhibido en su autoridad por su inseguridad y complejo ante sus propios cortesanos, que a pesar de su incapacidad para gobernar con mano firme y mente despierta se arrogaba para sí el poder absoluto, del que no sabía hacer uso. Junto a él, una reina que sólo se interesaba por su propia diversión y que gastaba dinero a manos llenas en frivolidades y en engrandecer el patrimonio de sus elegidos. Y unos ministros que dejados de la mano de tales monarcas, sin más apoyo que sus muchas o pocas luces, su mucha o poca energía o su mucho o poco sentido de la responsabilidad, rodeados de la misma intrigante y frívola corte, sin una dirección política clara, carecían de la capacidad e incentivo necesarios para acometer reformas en profundidad y, salvo contadas y escasas excepciones, se limitaban a sobrellevar la maquinaria pesada, oxidada y lenta de la burocrática administración del país.

Y en medio de ese sentir general, más o menos compartido por todos, se alzaban

las voces de los más progresistas, que ganaban cada vez más adeptos: la soberanía no reside en el monarca, proclamaban, sino en la voluntad general de los ciudadanos, hombres nacidos libres e iguales en la Naturaleza, y sólo a través del Pacto Social han delegado el poder en el soberano, que únicamente será legítimo mientras sirva al interés público y no a su interés particular. Las máximas del ensalzado Jean Jacques Rousseau se repetían con convicción y adoctrinamiento. La monarquía absoluta no es la única forma de gobierno posible. Ya la antigua Grecia conocía la democracia. América, esa nación nueva y joven, llena de dinamismo y de fuerza, era un ejemplo real que demostraba que podía existir otro régimen. Allí se habían sacudido el yugo del poder absoluto. No había reyes, no había corte, no había privilegiados por capricho regio. Allí imperaba la democracia y la igualdad.

Pero, por defectuoso que sea el sistema, ¿cómo atacarlo? ¿Cómo despertar al rey y al Gobierno de su parálisis, atrincherados como están en la tradición de su sagrada soberanía absoluta?

Hasta la fecha, de ninguna forma. Mas, sorpresivamente, el propio trono nos ofrecía una oportunidad. Había lanzado a la luz pública, al dominio público, y lo que no era menos importante, a la jurisdicción del Parlamento de París, una estafa millonaria en la que estaba involucrado de lleno el nombre de la reina y que permitiría ventilar con impunidad en los estrados de su tribunal los escándalos de la corte, e, indirectamente, juzgarlos. Un tribunal formado por pares y magistrados pertenecientes a la nobleza, profundamente descontentos también por el escaso, por no decir nulo, papel político que les concedía la Corona, y que debían juzgar a un cardenal que era también, y no por casualidad, todo un príncipe de Rohan, perteneciente a una familia de la más elevada nobleza de Francia. O sea, uno de los suyos, a quien la reina, esa austríaca vástago de los Habsburgo que había despreciado sistemáticamente a la gran nobleza del país, se había atrevido a humillar, a deshonrar, a mancillar, como si cualquiera, por muy reina que fuese, pudiese arrastrar por el lodo y encerrar a uno de los grandes señores feudales de Francia.

El espectáculo estaba servido: ¿se atrevería el Parlamento de París a enfrentarse a la reina declarando inocente al cardenal?; ¿desafiaría el Parlamento la voluntad regia, la acusación directa y personal de la mismísima reina?; ¿se abriría por fin una brecha en el blindado poder de la Corona?

En cuanto a la historia en sí, nadie podía negar que fuera de lo más sugestiva e inaudita.

Para empezar, la protagonista principal era una auténtica descendiente de los Valois, antiguos reyes de Francia, aunque, eso sí, por vía ilegítima, de tal forma que su desfavorecida rama familiar había venido tan a menos generación tras generación que de niña se había visto obligada, prácticamente, a mendigar el pan por las calles;

hasta que la rueda de la Fortuna la puso bajo la protección de una buena dama, la marquesa de Boulainvilliers, quien, enternecida por la triste suerte de la niña de regio abolengo y escandalizada de que una descendiente de reyes se viera en tales circunstancias, se convirtió en su benefactora y le costeó una buena educación. Años después, la niña, transformada en una bella joven, se casó con un teniente llamado La Motte.

La buena de la marquesa, que conocía al cardenal de Rohan, posibilitó el conocimiento entre éste y su protegida, que tras su matrimonio se hacía llamar condesa de La Motte Valois. La reciente condesa, que se había dejado ver en diversas ocasiones en Versalles, presumía a menudo de ser íntima amiga de la reina, y el cardenal, que contaba con el disfavor de ésta y ansiaba conseguir su gracia, creyó y confió en esa supuesta amistad. De tal forma se inició una correspondencia secreta entre la reina y Rohan a través de su íntima amiga, la condesa de La Motte Valois, que actuaba de correo entre uno y otro. Avanzada ya su relación a través de esa secreta correspondencia, la reina pidió al cardenal, siempre mediante la intermediación de la condesa de La Motte Valois, que comprara para ella el valiosísimo collar de diamantes de los joyeros Böhmer y Bassenge con la máxima discreción, es decir, sin que el hecho llegara a conocimiento del rey. El cardenal, que todavía no había intercambiado personalmente una sola palabra con la reina, pidió una entrevista con ella, y la reina se la propició una noche, a escondidas, en un oculto rincón del jardín de Versalles. Tras dicha supuesta entrevista, el cardenal, ya convencido, firmó el contrato de compra del collar, que lucía asimismo la firma de la propia reina en señal de conformidad y aceptación, y entregó el collar en mano a la condesa de La Motte Valois para que ésta se lo entregara a su vez a la soberana. Al cabo de unos meses venció el primer plazo, y cuando los joyeros reclamaron el pago a la reina, ésta negó tener conocimiento alguno de esta historia.

La principal cuestión era si había existido o no esa supuesta amistad entre la reina y la condesa de La Motte Valois, pues si existió tal amistad y el collar había sido entregado a la reina, no habría habido estafa, sino a lo sumo impago de una cuantiosísima deuda. Por el contrario, si no hubo tal amistad y el collar nunca había sido entregado a la reina, la estafa era clara y la cuestión a dilucidar sería, entonces, quiénes habían sido sus partícipes y si el cardenal de Rohan se encontraba entre ellos.

Las declaraciones vertidas en el juicio eran categóricas: dicha supuesta amistad nunca había existido. La reina no conocía a La Motte. En consecuencia, la presunta correspondencia entre el cardenal y la reina era falsa: las supuestas cartas de la reina habían sido falsificadas por otro de los acusados, Rétaux de Villette, amante de La Motte. De igual forma había sido falsificada la supuesta firma de la reina que constaba en el contrato de compra del collar. En cuanto a la secreta entrevista en el jardín de Versalles, había sido otra patraña. En la causa estaba implicada una joven,

una mujer pública llamada Oliva, de cierto parecido físico con la reina, quien había confesado haberse hecho pasar por la soberana en dicha ocasión. En consecuencia pues, según las pruebas vertidas durante el juicio, era concluyente que la reina no había tenido ningún conocimiento de este asunto y que se había abusado de su nombre para cometer una estafa.

Respecto al cardenal, a quien la reina había creído en un principio autor voluntario, motivo por el que lo había acusado y hecho prender, había quedado asimismo acreditado que no se había quedado con el collar, el cual, por cierto, había sido desmontado y sus piedras preciosas vendidas en Inglaterra por el esposo de La Motte, sino que Rohan se lo había entregado a ésta en la confianza de que se lo daría a su vez a la reina. Por tanto, era de igual modo concluyente que el cardenal simplemente había sido engañado y utilizado por la pandilla de estafadores para ganarse la confianza de los joyeros, y que no era coautor del delito de estafa.

Ahora los magistrados deberían decidir el grado de culpabilidad de los diferentes partícipes, la pena que a cada uno se debía aplicar, y en lo concerniente al cardenal de Rohan, si, a pesar de no poder ser considerado coautor, era culpable de imprudencia temeraria por haber creído que la reina había estado manteniendo correspondencia secreta con él, se había entrevistado con él a escondidas y le había pedido que intermediara en la compra de un collar sin conocimiento del rey; es decir, si haber creído que la reina era capaz de tal desvergonzada conducta había sido una negligencia merecedora de sanción, o si, por el contrario, dado el habitual comportamiento de ésta, el cardenal estaba plenamente excusado de su involuntaria participación. En el primer caso, se salvaba el honor de la reina, en el segundo se la humillaba públicamente.

Pero, en cualquier caso, el juicio de los magistrados no sería el juicio del pueblo. Éste quería creer en la culpabilidad de la reina y nadie lo convencería de lo contrario. La imaginación popular suponía a María Antonieta amante a la vez de su amiga La Motte y del cardenal, y aseguraba que ambos estaban encubriendo a la soberana a cambio de inmunidad o de favores que les concedería una vez acabado el proceso. Y como no confiaba en la independencia e imparcialidad de las instituciones, el pueblo no daba crédito tampoco a la versión de la policía relativa a que el collar había sido desmontado con objeto de intentar vender sus piedras en Londres, sino que lo suponían en poder de la reina. La opinión pública atribuía a la reina toda la culpabilidad, y no perdonaría a su Parlamento que condenase a Rohan. Si así lo hacía, no volvería a obtener su apoyo frente a la Corona y quedaría barrida cualquier posibilidad de aumentar su influencia política.

Aquel día, 31 de mayo, era el señalado para la deliberación y pronunciamiento del Tribunal. Hoy, mi padre, junto con el resto de sus sesenta y tres miembros, debería

emitir su voto. En pro o en contra del cardenal. En pro o en contra de la reina.

En aquellos momentos nos dirigíamos hacia el Palacio de Justicia. Mi padre estaba sentado a mi lado, en el interior de la carroza, con semblante grave y silencioso. Había recibido muchas visitas durante los días anteriores. Visitas de representantes de la familia Rohan, de otros magistrados que ya tenían decidido su voto y de adeptos al duque de Orleans, el primo del rey, conocido por su oposición a la Corona. Había recibido muchas presiones y estaba preocupado.

—¡Cochero! —exclamó mi padre contrariado—. ¿Qué ocurre?

El vehículo se había detenido. Un agente a caballo se nos había acercado.

—Las calles están colapsadas —informó—. No se puede seguir en coche.

—Soy el duque de Toulanges —anunció—. Soy magistrado del Parlamento. Comprenderá que he de llegar allí como sea.

—Le aconsejo que vaya andando. Es la única forma. Yo le abriré paso.

—¡Pero cómo es posible! —protestó indignado—. ¿Cómo no han previsto esto? ¿Quién es el responsable del orden?

Los tres —mi primo Didier venía con nosotros— bajamos del vehículo.

Didier Durnais había sido el pariente que aquella ola de curiosos había traído a la ciudad, en este caso a mi misma casa. Era un joven abogado que había querido trasladarse a París para seguir de cerca el proceso y, sospechaba yo, también para intentar situarse ventajosamente en la capital, dado que había ya terminado su pasantía en su ciudad natal, Rennes; de forma que mi recién ganada independencia se había visto pronto aderezada con la compañía de mi huésped, por tiempo, me temía, indefinido.

Observamos el panorama. Desde el muelle podía distinguirse la oleada humana que convergía hacia la Cité desde la otra orilla del Sena y la muchedumbre que se iba acumulando en ambas. Era un espectáculo asombroso. Asombroso especialmente por el motivo que había impulsado a toda aquella gente a lanzarse a la calle. No recordaba ninguna ocasión en que el veredicto de un Tribunal hubiese levantado tanta expectación.

—¡Es fabuloso! —exclamó Didier, dándome un codazo cómplice—. ¡Hoy es un día histórico, Paul! ¡Hoy es un día histórico!

Hacía algunos años que no había visto a Didier, y me había reencontrado con un entregado idealista que defendía con pasión las máximas más progresistas. Aunque yo pudiera compartir en esencia sus ideas, reconozco que estaba lejos de sentir la efervescencia que dominaba a mi primo, tan encendida que a menudo provocaba la sonrisa de sus contertulianos, y que si no llegaba a caer en el ridículo era sólo porque su ingenuidad y buenas intenciones resultaban tan patentes que invitaban más a la indulgencia que a cualquier otro sentimiento despectivo.

Siguiendo al jinete, nos hundimos en la masa de gente. Los más próximos

miraron con curiosidad a mi padre, que llevaba puesta su peluca blanca y su solemne toga de magistrado, y se fueron apartando respetuosamente a su paso. De pronto, uno de ellos exclamó:

—¡Viva el Parlamento!

Fue la señal para que prorrumpieran en un estruendo de aplausos y de ovaciones como «¡Viva el Parlamento!», «Rohan libre», «¡Abajo la tiranía!», que nos fue ensordeciendo y encogiendo el alma mientras avanzábamos por aquel pasillo humano. Aquélla era la primera vez que mi padre se sentía objeto de la ovación popular y me consta que el hecho lo impresionó y conmovió profundamente. Fue quizá la mayor presión que había sufrido hasta entonces.

En Francia existían hasta trece parlamentos distribuidos en diversas provincias. No eran instituciones legislativas, sino meramente judiciales, y no prevalecía una sobre las demás. El Parlamento de París era sólo uno de los trece parlamentos, la instancia judicial más alta, eso sí, pero sólo respecto de su propia demarcación territorial, y aunque la del Parlamento de París era con diferencia la más extensa del reino, no abarcaba ni con mucho la de toda Francia. La única facultad política que correspondía, en puridad, a los parlamentos era la de registrar los edictos, reglamentos y ordenanzas reales, y las únicas disposiciones que podían dictar eran las de orden público. Más de una vez el Parlamento se había negado a registrar las disposiciones reales aplicando un derecho de veto que la Corona no reconocía y que había acabado, en diversas ocasiones, con la disolución forzosa del Parlamento disidente. Ése era el gran pulso entre la Corona y los parlamentos. El pulso histórico por el poder.

Entramos en el edificio y lo recorrimos hasta llegar a la Grande Salle. Era ésta un amplísimo vestíbulo dividido en dos naves por anchas columnas. Constituía la antesala de la sala de deliberaciones, la Grand’Chambre, donde se reunirían los magistrados para deliberar y dictar su sentencia.

A diferencia de la calle, las caras que allí se veían no eran anónimas. Se distinguían, resaltando de entre todos los demás por sus túnicas encarnadas, los magistrados del Parlamento. Aquí y allá habían algunos desperdigados que conversaban con otros individuos. Su primer presidente, el marqués d’Aligre, se contaba ya entre ellos.

Otro foco de atención lo constituían diversos miembros de las familias Rohan, Soubise, Marsan y Brionne, todas ellas emparentadas con el principal acusado, el cardenal de Rohan, y cuyo linaje nada tenía que envidiar al de los propios Borbones. Se habían apostado cerca de la puerta de acceso a la sala de deliberaciones y esperaban allí el paso de los magistrados con el semblante adusto, marcial y altivo de grandes señores profundamente heridos en su dignidad. Para evitar que algún mal observador no apreciase suficientemente su estado de ánimo, iban vestidos de

riguroso negro, como sombríos y amenazantes guardianes del honor ultrajado de su legendaria casta. La grave y solemne presencia de los miembros de aquellas familias que formaban parte de la más alta y antigua nobleza de Francia, que estaban allí para manifestar con su acusatorio silencio que esta vez el rey se había pasado de la raya, impresionó a todos los presentes, y sin duda también fue una influencia de considerable peso en el ánimo de los magistrados.

Por supuesto, también estaba presente el equipo de los abogados de Rohan, con Target a su cabeza; Doillot, el defensor de La Motte, los abogados de los demás implicados y el fiscal general, Joly de Fleury. No faltaban tampoco diplomáticos de diversas embajadas que a no dudar correrían a informar a sus soberanos en cuanto se conociera la sentencia. Estaba claro que cualquiera que fuera ésta se extendería desde allí hasta el último rincón de Europa.

Llegada la hora, los miembros del tribunal se dirigieron a su sala en medio de la reverencia de los asistentes, que guardaron silencio hasta que el ujier cerró la puerta. Eran las seis de la mañana. Se iniciaban las deliberaciones.

Paseando distraídamente la mirada, divisé a unos conocidos míos, maître Desmond y el vizconde de Saltrais. Opté por unirme a ellos. Intercambiamos los correspondientes saludos y les presenté a Didier.

—Bien, conde —comentó Desmond—; veo que al final tenía usted razón y que la reina no tuvo nunca el collar.

Desmond era abogado. Era un individuo de trato correcto y agradable, pero bastante gris. Tenía un rostro redondo y blando, de ojos pacíficos y opacos, un cuerpo que tendía a la obesidad y un tono de voz algo aflautado y uniforme. Trabajaba en el bufete Desmond et Bernier, aunque el Desmond de la firma no era él, sino su padre. Si no hubiese sido por tradición familiar posiblemente no hubiera sido letrado. Pertenecía a ese tipo de familia burguesa adinerada que transmite las profesiones de padres a hijos durante generaciones. A su despacho era al que mi padre, y yo mismo por imitación, teníamos encomendados nuestros asuntos legales, en especial la administración de todos los inmuebles y fincas que poseíamos en París. El condado de Coboure y mi patrimonio personal los había adquirido de mi abuelo materno, ya fallecido. Por esa causa ambos éramos, para ellos, clientes diferenciados.

—Eso es lo que han dicho —intervino Saltrais con la sonrisa amable y condescendiente que se dirige al ingenuo.

—Bajo juramento —reafirmó Desmond.

—Sí, sí. —Rió con suavidad Saltrais, como si eso supusiera garantía alguna.

—En realidad —intervino Didier—, ¿qué importa que el collar lo tenga la reina, La Motte o Rohan? ¡A mí eso me da igual! Lo importante, lo verdaderamente importante, es que unos joyeros, proveedores habituales de la reina, se lo ofrecieran porque creyeran que ella podría haberlo comprado, porque todo el mundo sabe que es

una despilfarradora, que ha gastado millones en sus jardines de Trianon y en otros palacios, y en regalos para sus amigos, y que una mujer frívola e irresponsable elige ministros y distribuye los cargos públicos entre unos favoritos que son tan frívolos e irresponsables como ella, mientras crece el déficit, aumentan los empréstitos y el dinero tiene cada vez menos valor. ¡Este sistema está podrido, absolutamente podrido, y el collar ese es sólo una muestra pestilente de la porquería que hay detrás! ¡El cardenal de Rohan ha de salir absuelto, absuelto sin tacha ni cargo alguno para vergüenza de la reina y de todo su podrido sistema!

El discurso de Didier había ido ganando en acaloramiento, en una tónica a la que yo ya estaba acostumbrado pero que sorprendió a Desmond y a Saltrais. Este último, en especial, lo miró con displicente interés, lo que animó a Didier a añadir, como colofón:

—¡Sólo así habrá una oportunidad de introducir en este país un régimen diferente!

—¿Y a qué régimen se refiere usted? —Saltrais parpadeó con desdeñosa cortesía.

—¡A la monarquía parlamentaria, por supuesto! —proclamó—. A la separación de poderes. Sin duda conoce usted las teorías de Montesquieu.

—Sin duda —confirmó Saltrais, sonriendo con suficiencia—. Veo que es usted un hombre muy… fervoroso. Interesante.

Al contrario que a Desmond, al vizconde de Saltrais le podía ser aplicado cualquier calificativo excepto el de hombre gris. De unos cuarenta años, aire mediterráneo y discreto señorío en todo su porte, de él era destacable su carácter fuerte e impositivo, su mente rápida y sagaz, y su brillante capacidad para el razonamiento y la oratoria. Su aplomo y dominio de sí, unido a una inteligencia apreciable gracias a su facilidad de comunicación y a una virilidad que tenía mucho más de calidez que de agresividad, le conferían cierto innegable carisma que atraía tanto a hombres como a mujeres. Saltrais era escuchado y respetado donde fuera, y tal era su poder de convicción que hasta sus errores pasaban a menudo por aciertos. Había formado parte del círculo próximo a María Antonieta durante los primeros años del reinado de ésta, pero según las malas lenguas, que en este caso parecen dignas de crédito, fue expulsado por tomarse excesivas familiaridades con la reina. Su esposa era la hermana de Lucile, y eran incontables las veces que Claire había llamado a nuestra puerta anegada en lágrimas al enterarse de alguna de las numerosas infidelidades de su marido, a pesar de lo cual se consideraba, incomprensiblemente, incapaz de dejar de quererle.

—Veo que la corte ha enviado a su secuaz —moduló Saltrais con una mueca descalificadora.

Todos volvimos nuestra atención hacia donde miraba él.

Contemplé a Courtain, que permanecía solo en la entrada. Aunque todos los que

estaban cerca lo conocían, fue evidente que fingieron no haberlo visto para evitar saludarlo. Courtain tenía, en realidad, muy pocos enemigos, pero en aquellos momentos constituía un símbolo con el que nadie quería verse identificado. Se sabía que había defendido activamente la posición de la reina y que había visitado a algunos magistrados —a mi padre entre ellos— para intentar convencerlos de que su reputación no debía salir perjudicada de aquel asunto. Nadie, pues, se le acercó.

Aún permanecí inmóvil unos segundos, esperando la reacción de alguien o que Courtain, ante la incómoda situación, se marchase; pero cuando su mirada se encontró con la mía cedí al impulso de saludarle. Honestamente reconocía mérito al valor que había demostrado defendiendo una causa perdida que sólo podía granjearle antipatías y enemistades. Y por otra parte, las noticias que tenía de Lucile habían atenuado bastante mi indisposición contra él. El pronóstico que le anunciara en Versalles se había cumplido en parte: ella, en verdad, había partido ese mismo día, apenas unas horas después que yo; Courtain, por el contrario, había permanecido en Versalles. Corolario de lo anterior es que ellos dos no estaban juntos ni lo habían estado; pero aún había más: él, quizá por lo que yo le dije o por cualquier otro motivo, se había dado por vencido y con una prontitud desconcertante había iniciado ya una relación con otra mujer.

Así pues, en aquella ocasión me acerqué a él con un ánimo mucho más predispuesto al diálogo que en nuestro último encuentro.

—Esta vez es usted el que está en terreno hostil —lo saludé.

—Intercambiamos los papeles, ¿eh, conde? —respondió.

—No todos —me desquité.

Me captó, y como no esperaba el golpe, lo acusó en su rostro.

—No, no todos —tragó—. Les deseo, a usted y a ella, mucha felicidad.

—Gracias. —Sonreí—. Muy amable de su parte. También yo a usted, aunque vista la rapidez con la que se rehace de los desengaños no creo que necesite muchos votos en ese campo.

—Prefiero no hablar de ese tema.

—Qué novedad. Por mi parte no hay inconveniente. ¿Cómo han ido sus sondeos? —Cambié de asunto, refiriéndome a las entrevistas que había mantenido—. ¿Viene confiado?

—Algo —repuso sin demasiado entusiasmo—. Entre los magistrados las opiniones parecen bastante divididas. Pero cuento con el voto favorable de la mayoría de los quince eclesiásticos. Ya sabe que no le tienen demasiada simpatía al cardenal.

Hizo una pausa y luego añadió:

—Es inaudito cómo la opinión pública ha elevado a ese individuo a la categoría de héroe. Un vividor, un derrochador y un mujeriego. Sabrá usted que cuando estuvo de embajador en Austria montaba un escándalo tras otro, hasta que la emperatriz

María Teresa suplicó a Francia que la libraran de ese libertino. Eclesiásticos como ése son un desprestigio para la Iglesia. Por eso creo que los demás prelados votarán en su contra.

—Pero ha estado encerrado en la Bastilla —señalé—. Eso despierta muchas simpatías.

—Desde luego no basta para despertar las mías. Si estuviera usted en la posición de su padre, ¿votaría a favor de la absolución de Rohan?

—Confieso que estaría tentado.

—Y supongo que eso le parece muy progresista; pero es un grave error. Además, usted se ha visto beneficiado con la amistad de la reina; ¿qué hay de su lealtad hacia ella?

—¿Y qué hay de la lealtad de usted a Francia?

—Siendo leal a la reina, soy leal a Francia.

—Mucho me temo que el error no es mío sino suyo, Courtain.

Guardamos silencio porque había comenzado a esparcirse un rumor que aumentaba de intensidad a medida que se iba extendiendo. Observé intrigado al grupo formado por Didier, Desmond y Saltrais. Alguien se había acercado a ellos y les estaba diciendo algo. Saltrais, al oírlo, blandió una amplia sonrisa.

—Los magistrados Robert de Saint Vincent y Dionys de Séjour han solicitado la pena de muerte para la señora de La Motte —nos informó Didier.

—No puede ser —murmuró Courtain palideciendo—. Estuve hablando con Joly de Fleury —añadió refiriéndose al fiscal general—. Me aseguró que en este caso no cabe la pena capital.

De pronto se abrieron las puertas de la Grand’Chambre. Los que estaban apostados cerca se apartaron a un lado y se hizo el silencio. Al cabo vimos desfilar a algunos magistrados que abandonaban la sala. Eran los eclesiásticos. A pesar de la postura oficial de Roma respecto a la aplicación de la pena capital, no querían participar en un juicio en el que la misma se había propuesto.

Miré de reojo a Courtain, que parecía muy tenso, y después a Saltrais que, en contraposición, se mostraba satisfecho. Me pregunté si ya había tenido previo conocimiento de aquella propuesta que no podía tener otro objetivo que el de disminuir el número de los magistrados contrarios a Rohan. Mi mirada y el reciente triunfo debió de decidirlo a acercarse a nosotros.

—¿Qué hace usted aquí, marqués? —Fue el agraviante saludo que dirigió a Courtain—. ¿Viene en representación de la corte?

—No. He venido a informarme, igual que usted.

—Para correr a informar a la reina —lo acusó.

—Supongo que no le negará el derecho a ser informada.

—Que yo sepa —continuó Saltrais sibilino—, a la reina no se le ha privado

todaví. de ningún derecho. Al menos *hasta ho*..

—¿Me está provocando, vizconde?

—Eso depende de la facilidad con la que se deje usted provocar. Simplemente le hago notar que hoy no es bienvenido aquí.

—Esto no es su casa y no necesito su bienvenida —contestó encendido Courtain —. Si desea que me marche tendrá que utilizar la fuerza. Pero le advierto que yo haré otro tanto. Y si éste no es lugar adecuado, podemos arreglarlo donde usted quiera y a la hora que usted diga.

—Bueno, señores —zanjé contundente, para evitar la réplica de Saltrais—, es muy temprano. Las deliberaciones pueden durar muchas horas, así que será mejor que todos nos tranquilicemos. Vizconde, ¿qué es eso que lleva bajo el brazo?

Saltrais quedó en suspenso unos segundos, lapso en el que pareció considerar si valía la pena mantener el enfrentamiento con Courtain. Finalmente se impuso su sentido común, y ahogando un suspiro de indulgencia, me ofreció:

—*La Gaceta de Ámsterda*..

—Gracias. Se la devolveré. Con permiso —manifesté, y tras hacerles una leve reverencia me aparté del grupo para buscar un sitio tranquilo donde leer.

Me senté en un banco próximo e intenté concentrar mi atención en la lectura, mas al poco me vi de nuevo interrumpido. La puerta de la sala de deliberaciones había vuelto a entreabrirse y un nutrido grupo se había concentrado a su alrededor. Me levanté y me mezclé entre los curiosos, en busca de noticias. Los rumores iban esparciéndose y llegaban fragmentados. Parecía que a La Motte no se la condenaría finalmente a la pena de muerte, sino a cadena perpetua. Luego corrió un clamor más intenso porque la noticia era también más espectacular: además de con la pena de prisión, sería castigada a ser azotada y vapuleada en público y a ser marcada en el hombro con un hierro candente con la inicial de la palabra «ladrona».

Los comentarios sobre aquella resolución no duraron en exceso. Se presuponía ya de antemano que La Motte sería declarada culpable, y una vez descartada la pena de muerte, cuál fuera el castigo era de interés menor comparado con una posible absolución del cardenal de Rohan. Pero según las impresiones que circulaban a mi alrededor, la discusión sobre esa importante cuestión que tenía a medio mundo en vilo aún se haría esperar. Llevaba ya mucho rato allí y estaba cansado. Decidí salir a dar una vuelta para despejarme. Con esa intención me dirigí hacia el vestíbulo de entrada. En mi trayectoria pasé cerca de una de las columnas, junto a la que se encontraba Courtain conversando con unos diplomáticos extranjeros.

—¡Cómo! —me interpeló—. ¿Se va usted?

—Volveré —le informé—. Voy a comer algo.

—¿Adónde?

No lo había decidido aún, pero adivinando su intención lo hice en ese momento:

—Al Café de Foy.

Me despedí con un gesto de cabeza y salí al exterior. Cuando llegué al local, situado en las galerías del Palais Royal, me senté a una mesa visible. Estaba seguro de que Courtain vendría.

El Palais Royal había sido en sus orígenes el Palacio Cardenalicio, que el cardenal Richelieu legó a su muerte a Luis XIII, y su sucesor Luis XIV a su hermano Felipe, y éste a sus descendientes, por lo que, a pesar de su nombre, no pertenecía al rey sino a su primo, el duque de Orleans. El nuevo dueño se había embarcado en la construcción de tres nuevas hileras de edificación que circundaban su amplio jardín, y que en su planta baja adoptaban la forma de galerías abiertas de columnas bajo cuyos pórticos se podía circular. La reforma arquitectónica resultó tan costosa que el duque se había visto en la necesidad de poner en alquiler y venta los recientes inmuebles, y sus nuevos ocupantes instalaron en ellos tiendas, cafés, restaurantes y locales de reunión y diversión de diversa índole. De esta forma, la vida de la ciudad había inundado el Palais Royal convirtiéndolo en uno de los espacios más populares de París; y no precisamente el de mejor reputación: como el palacio y el jardín seguían siendo propiedad privada del duque de Orleans, la policía no tenía acceso a su interior, y en él se refugiaban jugadores, agitadores, se vendían libros prohibidos, y los opositores políticos encontraban el lugar más favorable para exponer sus opiniones. Todo ello constituía un foco de atracción para miles de ciudadanos de toda condición e ideología, que lo hacían brillar de ambiente y animación desde la mañana hasta bien entrada la madrugada.

El Café de Foy era uno de los locales más conocidos y concurridos del Palais Royal. Me senté a una de sus mesas exteriores, bajo los frondosos castaños. Estaba observando distraídamente el ir y venir de los transeúntes cuando lo distinguí entre ellos.

—Que aproveche —saludó Courtain, cuando llegó frente a mí—. Tiene un aspecto excelente —comentó observando las viandas que me habían servido.

—No se prive usted, se lo ruego —lo invité—. Siéntese, lo estaba esperando.

—¿Ah, sí? —Sonrió mientras tomaba asiento—. Entonces supongo que también sabrá usted a qué he venido.

—Es posible —contesté.

Se rió. Esta vez no fue una carcajada, sino una risa natural, sosegada.

—Bien pues, dígalo, ¿a qué he venido?

—No quedaría bien que lo expusiera yo —objeté.

Me miró y alzó una ceja, con escepticismo. Luego una sombra mudó su expresión y manifestó:

—He venido a agradecerle su intervención. Si no hubiese sido por usted, ahora

tendría una cita de madrugada con el vizconde de Saltrais en el bosque de Boulogne.

—Exagera —respondí con convicción—. Saltrais no es ningún descerebrado. Pero si así hubiese sido, de usted habría sido la culpa. No le dejó muchas salidas.

—La de retractarse —me punzó.

—En efecto. No es que me importe —añadí—, pero si no permite a sus adversarios otra opción que la de retractarse o batirse en duelo, le auguro una corta vida.

—Tengo mucho que aprender de usted, conde.

—Si yo quisiera enseñarle…

Rió de nuevo, quedamente, con sincera simpatía. De pronto, no obstante, pareció darse cuenta de la inconveniencia de aquel inesperado e involuntario chispazo de mutuo entendimiento y bajó la vista. Yo también velé la mía. El pasado era demasiado reciente y sus secuelas demasiado vivas para que pudiéramos olvidarlo.

Cogí la botella de vino y escancié el líquido en el segundo vaso que había pedido en previsión de la llegada de Courtain.

—Bien, conde —dijo—, ahora que estamos tranquilos, explíqueme por qué considera que absolver a Rohan será un beneficio para Francia.

—Yo no he dicho tal cosa. Sólo he dicho que estaría tentado de hacerlo. Estaría tentado porque necesitamos un revulsivo. Las cosas van mal, supongo que estará de acuerdo. Pero convengo en que desprestigiar a la reina no es positivo, a no ser que se quiera prescindir de la monarquía.

Me miró con expresión de asombro.

—¡Vaya Bramont!, con usted voy de sorpresa en sorpresa. ¡Supongo que no será republicano!

—¿Y por qué se escandaliza? El propio Voltaire dijo que la mejor forma de gobierno es la república. La verdad es que la forma de gobierno me tiene sin cuidado, mientras funcione. Y la que no funciona es la actual. Mire las instituciones que tenemos. Se las podría criticar todas, desde la primera a la última.

Así lo hice, en un razonado alegato. Courtain me escuchó, e iba asintiendo, como si me diera la razón. Pero luego expuso su opinión. Estaba de acuerdo con los males, pero no en que se acusara de todos ellos al Gobierno. Hizo un vehemente alegato de defensa del rey exponiendo todos los cambios que ministros anteriores habían pretendido llevar a cabo con su apoyo y que habían fracasado por la oposición de las clases privilegiadas que ahora se alzaban contra él. Manifestó su temor a que se atacara el poder del monarca porque, según él, ello llevaría al desorden y a la anarquía, y sólo a través de su autoridad se podían conducir de una forma prudente y controlada las reformas necesarias.

Yo disentí.

—Luis no tiene la energía necesaria para llevarlas a cabo —le rebatí—. Y no

conseguirá el consenso necesario. Sólo con la promulgación de una Constitución y con la instauración de un Parlamento representativo se podrá lograr. Luis y María Antonieta jamás apoyarán con decisión ese cambio.

—Bien, entonces, ¿qué propone? ¿Les cortamos la cabeza, como hicieron los ingleses con Carlos I, e instauramos en su lugar una república u otro rey educado en las nuevas ideas? Luis es un buen hombre. Es justo y es honrado. Y si no lo apoyamos a él, ¿qué nos queda? El desastre. ¿Es que no lo ve? No puedo simpatizar con esta corriente de agitación que no hace más que tambalear los cimientos sin tener ni un rumbo, ni un proyecto, ni un plan preconcebido. Hace años que Chesterfield dijo que en nuestro país se dan todos los síntomas para que estalle una gran revolución. Y si abandonamos a Luis, es lo que ocurrirá.

—Yo no creo en los visionarios. Lo que vaya a ocurrir no lo sabe nadie y quien acierte lo hará por pura suerte. Pero, en cualquier caso, no hay que tener tanto miedo a las revoluciones. Inglaterra tuvo la suya, y ahora está mucho mejor que antes. Las colonias americanas soportaron su guerra por la independencia, y el resultado ha sido positivo.

—Bramont —me recriminó Courtain negando con la cabeza—, está usted loco. Es un loco teórico, como la mayoría de los reformistas que corren por ahí. Las revoluciones quizá sean buenas para las generaciones que las siguen, pero para las que les toca vivirlas es desastroso. Violencia, caos, anarquía, miseria… Y la guerra. Estamos rodeados de monarquías absolutas. ¿Cree que nos dejarían tranquilos mientras derrocamos a Luis e instauramos una república democrática? Eso quizá funcione en América, porque está muy lejos y es una civilización nueva, sin Historia. Pero nosotros estamos en el centro de Europa. Antes me ha citado usted a Voltaire. Permita pues que le cite yo a Montesquieu: no hay forma de gobierno que en sí misma sea superior a las demás, la mejor es aquélla que mejor se acomoda a la nación a la que se quiere aplicar. Y aquí no podemos instaurar de golpe una república democrática. Todo lo más una monarquía parlamentaria y con el derecho de voto restringido a las clases ilustradas. Y eso, siempre y cuando se actúe con mucho tiento.

—Bien. —Sonreí—. Ya me ha concedido usted algo. Empecemos por una monarquía parlamentaria e ilustrada. Ahora sólo hay que proponérselo al rey. Un simple trámite. ¿Quiere ser usted el mensajero?

Acogió mi broma con una sonrisa breve.

—Pues aunque no lo crea, me prestaría a ello, llegada la ocasión.

—Sí, sí que lo creo. —Reí socarronamente—. Lo creo capaz de todo.

—Usted, por el contrario, no haría nada. Usted es un indolente, Bramont. Tendría que haberse visto sentado en aquel banco leyendo, como si estuviera en el entreacto de una obra de teatro esperando que continuase la función, mientras yo tanteaba a los diplomáticos extranjeros para saber cómo reaccionarían en caso de una posible

absolución de Rohan. Es usted un contemplativo. Pero es tiempo de ser prácticos y de luchar por los propios intereses. Nos empujan por detrás. Ellos también quieren su parcela de poder. Y a eso es a lo que se reduce todo, a la lucha por el poder y por la riqueza. Todas esas bonitas disquisiciones sobre la libertad, y la igualdad, y la soberanía popular serán instrumentalizadas por unos y por otros según su conveniencia. O entramos en acción, o nos barrerán como clase. Con o sin revolución.

—Bien, Courtain —repuse molesto por su juicio sobre mi persona, que además no consideré acertado—. Quizá tome en consideración sus palabras y me convierta en lo que usted llama «un hombre de acción». Pero puede que entonces se arrepienta de lo que me ha dicho hoy aquí. Y ahora, con su permiso —dije levantándome—, regreso al Parlamento. ¿Usted se queda? —insinué.

—Sí —asintió—. Comeré algo más. Temo que mi estómago es más difícil de satisfacer que el suyo.

Volví al Palacio de Justicia, meditabundo. La conversación con Courtain me había dejado una cierta sensación de desazón.

—Ya han empezado con el cardenal de Rohan —me comunicó mi primo Didier —. El fiscal general ha propuesto, a lo que puedo recordar, que sea sentenciado a presentarse aquí dentro de ocho días a declarar públicamente que ha sido culpable de temeridad criminal, de falta de respeto a los reyes y de haber contribuido al engaño de los joyeros, que pida públicamente excusas al rey y a la reina y que sea despojado de todos sus cargos y desterrado de las residencias reales. El decano de la Asamblea ha pedido la absolución pura y simple.

Permanecimos de pie esperando y esperando. Cuando ya desesperábamos, entrada la noche, después de diecisiete horas de deliberaciones, por fin hubo pronunciamiento. La puerta se abrió y alguien, precipitándose entre el gentío que apenas le dejaba paso, gritó:

—¡La sentencia! ¡La sentencia! ¡Ya se ha dictado la sentencia contra el cardenal de Rohan!

André Couriain

Salir del Palacio de Justicia había sido una auténtica odisea. Nada más conocerse el fallo estallaron en la Grande Salle eufóricas manifestaciones de celebración y entusiasmo. Los asistentes se agolparon en torno a los magistrados a medida que iban saliendo de la sala de deliberaciones, lanzando vítores y aplausos, estrechándoles las manos, llenándolos de felicitaciones. La noticia corrió como reguero de pólvora por pasillos y ventanas, por el aire mismo que se extendía por todas partes, y el gentío que esperaba en el patio y escaleras exteriores, exultante de alborozo, se lanzó hacia

el interior. Apenas había tenido opción de elegir mis movimientos. Me había tenido que limitar a dejarme arrastrar por la marea humana y a abrirme paso, muy dificultosamente, hasta la calle. Por fortuna mi altura me permitía respirar. Luego la riada, que no cesaba de gritar «¡Viva el Parlamento!» y de agitar pañuelos, y de vociferar, y de vitorear, me arrastró hasta el Pont Neuf.

A medida que me iba alejando del centro el camino se fue despejando, pero aun así las calles estaban rebosantes de animación. Parecía que todo París se había lanzado a ellas. La noticia pasaba de boca en boca en medio de manifiestas expresiones de júbilo. Se abrazaban unos a otros, exhalaban gritos de entusiasmo, lanzaban vítores desde los balcones. Si hubiesen tenido cañones, hubieran lanzado salvas. Estaban todos como borrachos de alegría, como si acabáramos de ganar una gran guerra.

Me adentré por las callejuelas interiores. Había dado instrucciones a mi criado de esperarme con un caballo en el cruce de las calles Saint-Honoré y Saint-Denis. Me calcé las botas, monté y salí galopando hacia Versalles. Tenía la esperanza de ser el primero en informar a María Antonieta.

Cuando llegué era tal mi prisa e impaciencia que ni siquiera llevé mi montura a las caballerizas. Me limité a saltar del cansado animal y a dejarlo a la dudosa confianza de un desconocido mozo que podía ser tal o un simple ladronzuelo. Luego corrí hacia el palacio y recorrí a toda prisa escaleras y salas hasta la antesala del dormitorio de la reina.

—Tengo que hablar con Su Majestad —jadeé ante el ujier que guardaba la puerta del Gran Gabinete tras mi fatigosa e impaciente carrera—. Traigo noticias importantes del Parlamento de París.

—Su Majestad ya las conoce —dijo con el tono cortante y altivo de quien no está dispuesto a atender súplicas ni razones—, y no quiere ser molestada.

Me hundí en la decepción. Había pasado dieciocho horas en el Palacio de Justicia, había luchado contra el gentío, había cabalgado a toda velocidad por el polvoriento camino de París a Versalles, y todo para nada. Permanecí aún unos segundos delante de mi interlocutor, intentando asimilar el fracaso. Tan evidente debía de ser mi abatimiento que el hombre, que también me conocía y me sabía perteneciente al círculo próximo a María Antonieta, se atrevió a decirme, con mayor amabilidad:

—Lo siento, marqués; pero a la reina le ha afectado mucho la noticia. Es mejor que se retire usted.

Comprendí que no podía hacer nada más. Volví sobre mis pasos, apesadumbrado. ¡Qué silencio reinaba entre aquellas paredes! En las salas, en las escaleras, en el patio, sólo habitaba la soledad y el silencio. Ahora lo percibía con su peso abrumador. No era el silencio de la tranquilidad, de la paz, del sosiego. Era el silencio del abandono, del rechazo, del aislamiento. Un silencio funesto y amenazador. En

especial si se lo comparaba con el júbilo y la alegría que dominaban París, donde todo eran cánticos, flores, vino y fiesta. Todavía resonaban en mis oídos los vítores de la gente al conocer que el cardenal había sido absuelto sin cargo alguno. Tenía grabada en la memoria la expresión de triunfo de Didier Durnais y la mirada soberbia que Saltrais me había dirigido. Sólo Bramont había sido cortés conmigo. «Lo siento», me había dicho. Y era para sentirlo. Después de todos los esfuerzos que había hecho, de todas las personas a las que había visitado para intentar convencerlas… ¡qué desastre! Veintisiete votos contra veintidós. Si no hubiesen echado a los eclesiásticos con aquella pérfida maniobra…

Qué sola estaba la corte. Y qué sola estaba la reina. Ahora se apreciaba estremecedoramente.

Capítulo IV

Lucile De Briand

—Lucile, ¿cómo estás, querida? —Era la baronesa de Ostry, una anciana dama a la que debía tributarse toda clase de consideraciones—. Permíteme que me apoye en tu brazo. Este bastón es una absoluta inutilidad. Sólo sirve para demostrar que soy ya una vieja tan inútil como él mismo.

Aquel día se había organizado un picnic con juegos al aire libre en los bosquecillos inmediatos al Palacio de Versalles. Era una excursión informal, que no requería invitación ni contaba con la presencia de ninguno de los miembros de la familia real. Yo había acudido con mi hermana Claire. Habíamos llegado ya al lugar designado para almorzar y pasar el resto del día hasta el atardecer entre paseos y juegos al aire libre. Los vehículos habían sido estacionados y ahora caminábamos por un sendero que atravesaba un extenso prado, verde intenso en aquella época incipientemente estival del año, bajo un cielo azul embellecido por escasas pero espectaculares nubes algodonadas.

—Con mucho gusto —ofrecí, mientras notaba la presión de su peso—. ¿Cómo se ha animado a venir? El paseo podría fatigarla.

—Gracias por tu interés, querida, pero ya he tomado mis precauciones —dijo mirando hacia atrás, donde dos sirvientes la seguían transportando una silla de mano —. Un poco de ejercicio me irá bien. ¿Te dije que estuve en casa de los duques de Toulanges, los padres del joven Bramont? Tienen como invitado a su sobrino, ese muchacho… ¿Cómo se llama?… ¿Lo conoces?

—Me temo que no. Por cierto, le presento a mi hermana, la vizcondesa de Saltrais.

—Encantada, encantada. ¿Saltrais? —Continuó como si hiciera un esfuerzo de memoria—. Me suena ese nombre, pero ahora no recuerdo… En fin, ¿de qué estábamos hablando?

—Me decía que había estado en casa de los duques de Toulanges.

—Eso, sí… ¡Vaya!, ¡malditas avispas! —Protestó mientras abanicaba su mano junto a su oído—. Confieso que me dan pánico desde que un día me picó una en un párpado. ¡Deberían exterminarlas a todas! ¿Conocéis algún otro insecto más abominable?

—No. Las hormigas, quizá —insinué.

—Sí, las hormigas —me apoyó con decisión mi hermana—. Las hormigas también son muy molestas.

—¡Pero no tanto como las avispas! —se reafirmó la baronesa.

—Puede que no —convine, lanzando una mirada de soslayo a mi hermana. No era aconsejable llevarle la contraria a la baronesa.

—En fin, qué importa —continuó—. ¿Así que no conoces a Didier Durnais? ¡Ah, mirad! —exclamó jovial—. ¡Ahora he recordado su nombre! Didier Durnais. Es un joven abogado con la cabeza llena de ideas extremistas. No sé adónde vamos a ir a parar con esta juventud exaltada. ¡El colmo de la desfachatez ha sido la colecta que ha organizado el duque de Orleans para la ladrona esa del collar! ¿Dónde se ha visto que toda la nobleza del país vaya a la cárcel a visitar y hacer regalos a esa sinvergüenza? Una cosa es oponerse al Gobierno, y otra muy distinta alinearse con los delincuentes. Hay que mantener el decoro, digo yo. ¡Supongo que no habréis ido, jovencitas!

—No —me alegré de poder contestar.

—¡Y ni se os ocurra! —gritó la mujer enrojeciendo súbitamente y amenazándonos con su abanico cerrado—. Me he enterado de que la princesa de Lamballe ha intentado visitar a la condenada. ¡La mejor amiga de la reina! ¡Ahora a saber a qué murmuraciones habrá dado lugar por su imprudencia!

Era cierto. La Motte estaba recibiendo numerosas visitas en su celda de la Force en la Salpêtrière. El rey había aceptado la sentencia en cuanto a la puesta en libertad de Rohan, pero había dictado contra él otra *lettre de cache*. por la que lo destituía de todos sus cargos y lo obligaba a exiliarse de París. La medida había irritado de nuevo a los opositores, pues habiendo sido absuelto Rohan sin cargo alguno no había en su opinión razón de justicia para infligirle ese castigo, no debiendo bastar para aplicar tal pena a alguien el mero resentimiento de otra persona, aunque ésta fuera una reina, lo que demostraba el abuso al que los súbditos estaban sometidos por la autocracia de la Corona. Por otra parte, la ejecución de la sentencia contra la señora de La Motte había sido un lamentable y bochornoso espectáculo que había puesto una vez más en evidencia lo cruel e inhumano del sistema de Justicia. La rea había sido trasladada al patio para aplicarle el castigo corporal al que había sido condenada, pero como se resistiera presa de un ataque de terror e histeria, tuvieron que reducirla a pura fuerza a fin de estamparle en el hombro el hierro candente con la marca de ladrona. Mas al conseguirlo, la torturada se revolvió bruscamente de dolor, de forma que la segunda aplicación del metal al rojo vivo, que tenía por destino el otro hombro, cayó de pleno en su seno, con el consecuente alarido desgarrado de la que apareció a ojos de todos, no ya como una criminal, sino como una desgraciada víctima de la barbarie institucional. La suma de ambos desafortunados sucesos había incitado nuevas manifestaciones de civilizada rebeldía, entre las que se encuadraban las visitas amistosas y compasivas a la condenada a la prisión, y hasta una colecta solidaria que la duquesa de Orleans había organizado a favor de la presa. Y de todas esas visitas,

era sin duda la más incomprensible y la que había despertado más murmuraciones y comentarios la de la princesa de Lamballe.

—Se murmura que la reina la envió para que diera esperanzas a La Motte de que pronto quedaría en libertad en cumplimiento de su promesa de protegerla si la encubría —manifestó Claire, con voz cada vez más insegura ante la alarmada mirada de advertencia que le dirigí.

—¡Habladurías! ¡Necedades! —Explotó la baronesa—. ¡Aaah! ¡Ahora recuerdo! ¡Saltrais, el vizconde de Saltrais! ¡Otro exaltado! Ya quedó todo aclarado en el juicio ¿no? Para eso están los juicios ¿no? La reina no sabía nada, el cardenal fue engañado y La Motte esa estafó a todo el mundo y se quedó con el collar. ¡Ha sido condenada y ha de pagar su delito como todos los delincuentes! ¿A qué vienen ahora tantas murmuraciones y cuchicheos y visitas a la cárcel? No, si acabarán convirtiéndola en una mártir. Y todo con el altruista ánimo de ofender a María Antonieta.

—¡Si al menos los verdugos no se hubiesen equivocado…! —aún coleteó, rebelde, Claire.

—Sí, fue un desgraciado accidente —admitió la anciana—. Pero fue condenada a ser marcada. Condenada por el Parlamento, ¡por ese Parlamento que tanto vitorearon los exaltados! Si no se hubiese revuelto como una fiera tendría la marca en el hombro. En todo caso, eso no justifica las conductas fuera de lugar. Paz y orden. Eso es lo que necesitamos todos. Paz y orden, y no alborotadores exaltados.

—Nosotras no somos ningunas exaltadas —intenté aplacarla.

—Lo sé querida, lo sé. —Sonrió la mujer maternalmente—. Sólo quería advertirlas para que no se dejen llevar por las malas influencias. ¡Ah! Por fin nos detenemos. Empezaban a dolerme los pies. Creo que me sentaré a la sombra. ¿Querréis compartir el picnic conmigo? He traído confitura de frambuesas y paté de hígado de oca que he preparado yo misma.

Dejamos elegir a la baronesa, que escogió ubicarse bajo la sombra de un árbol cerca del linde del bosque. Los criados extendieron los manteles y fueron extrayendo los alimentos de las cestas. La baronesa de Ostry se sentó en su silla; nosotras lo hicimos sobre unos almohadones. Otros grupos se fueron acomodando de igual forma por la explanada, excepto los más jóvenes, que organizaron diversos juegos de los llamados campestres y que practicaron delante de los demás, para nuestro entretenimiento.

—Ahí está el conde de Mounard —exclamó la baronesa mientras lo saludaba con la mano invitándolo a que se uniera a nosotras—. ¿Quién es el que va con él? ¡Oh! —exclamó con mezcla de sorpresa y reprobación al reconocerlo—. ¡Dios nos guarde! Creo que es ese exaltado del que os he hablado, el joven sobrino de los duques de Toulanges. Ya he vuelto a olvidar cómo se llama. En fin, esperemos que no se toque la política.

Ambos llegaron hasta nosotras, acudiendo al reclamo de la baronesa de Ostry, y tras los saludos y oportunas presentaciones, se sentaron en el suelo, alrededor del mantel que habíamos extendido.

—Les estaba diciendo a estas jóvenes que sería muy oportuno no estropear un día tan plácido hablando de política —advirtió la baronesa, lanzando una fugaz y severa mirada a Durnais—. ¿Están de acuerdo, caballeros?

—Ya lo creo, señora —repuso Mounard—. Más que hablar, podríamos saborear estos deliciosos manjares.

—¿Qué es esto de aspecto tan turbio? —preguntó Didier Durnais arrugando la nariz.

—¡Nada de turbio, joven! —Rebatió la baronesa levantando el mentón—. Es mi paté de hígado de oca. ¡Lo he hecho yo misma!

—Entonces debe de ser excelente —intervino halagador el conde de Mounard—. ¿Podemos probarlo?

—Por supuesto. No lo he traído para compartirlo con estas molestas avispas —refunfuñó mientras su cabeza rehuía una que le rondaba—. ¿Quieres pasarles a estos caballeros unas rebanadas de pan, querida? —me pidió.

Así lo hice, valiéndome para ello de una bandeja que un criado había preparado. Pero, al levantar la vista, tuve un sobresalto mayúsculo. Allí, paseando a lo lejos, por el camino que minutos antes habíamos seguido nosotras, estaba André Courtain, en compañía de una mujer.

—Querida —pronunció la baronesa, que había seguido atentamente mi mirada—, ahí está tu amigo, el marqués de Sainte-Agnès. ¿Sabes que tiene una nueva amante? —me preguntó con una exclamación escandalizada—. ¡Y todos los que creíamos que bebía los vientos por ti! Debe de ser esa joven —dedujo, entrecerrando los ojos para enfocarla mejor—. De hombres tan inconstantes no hay que fiarse, querida —volvió a mí—. ¡Menos mal que no lo habías aceptado; al menos, puedes ir con la cabeza bien alta!

Nada dije, pues bastantes esfuerzos hacía en superar mi consternación. La baronesa siguió con la mirada puesta en André y su compañera, que parecían conversar amigablemente.

—De todas formas, confieso que me muero de curiosidad por conocerla —continuó la baronesa—. ¿Tienes inconveniente, querida, en que los invite a unirse a nosotros? Jacques —dijo dirigiéndose a su criado, antes de que yo hubiese tenido ocasión de contestar—, ve al encuentro del marqués de Sainte-Agnès y trasládale mis saludos y mi invitación a que nos acompañe en el almuerzo. Rápido, antes de que alguien se nos adelante. ¡Y no te olvides de extender la invitación a su amiga!

Todos me miraron para analizar mi reacción, excepto la baronesa, y yo reprimí un suspiro mientras les devolvía una sonrisa de compromiso antes de concentrarme de

nuevo en mi rebanada de paté de hígado de oca. El sirviente cumplió su encargo con la celeridad solicitada y André, tras localizar visualmente a la baronesa, no pareció dudar un momento en aceptar la propuesta.

Cuando llegaron, yo había tenido tiempo de acompasar mi ritmo cardíaco y recuperar el temple. André estaba tranquilo, distendido. Presentó sus respetos a la baronesa, y cuando paseó su mirada por los demás para hacer otro tanto con éstos, me descubrió. Su semblante cambió radicalmente y quedó petrificado, con la vista clavada en mí, como si yo fuese una inesperada aparición.

—Marqués —dijo la baronesa—, le advierto que hay avispas por aquí. Si no cierra pronto la boca puede que tenga un desagradable accidente. ¿Os he explicado que una vez me picó una en un párpado? ¡No quiero ni imaginar una picadura en la lengua! ¡Qué cosa más atroz!

—¿Cuándo has vuelto? —me preguntó André a bocajarro, prescindiendo de todos los presentes, a quienes todavía no había saludado; prescindiendo de su pareja, a la que no había presentado; prescindiendo también hasta de mi deseo de no ventilar todas mis acciones ante los demás.

—Hace unos cuantos días —contesté opaca—. ¿Nos presenta a su acompañante, marqués?

No lo hizo enseguida. Siguió unos instantes con la mirada posada en mí, desconcertado. Finalmente, con absoluta desconcentración y desinterés, nos presentó a Elisabeth de Fontseau. Era una joven espigada, de grandes ojos castaños; bella, por supuesto. Ella tomó asiento junto a la baronesa a petición de ésta, quien se había convertido de facto en la anfitriona del informal picnic, y como era yo la que ocupara hasta entonces ese privilegiado lugar, me aparté para dejar sitio a la pareja, que se colocó entre aquélla y yo, quedando André a mi diestra.

—¿Has venido sola? —me preguntó él, esta vez a media voz por cuanto me tenía a su lado.

—Con mi hermana.

—¿Y Bramont? —preguntó sin pausa.

—No ha venido —contesté, sin entonación y sin mirarlo.

Iba a formular otra pregunta, pero no se decidió. La recién llegada, por la novedad, atrajo la atención de los presentes, en especial de Durnais y del conde de Mounard, que la introdujeron en la conversación preguntándole por las circunstancias personales de su estancia en Versalles. André no participaba en la charla. Parecía absorto, todavía trastornado por la sorpresa de mi presencia; inquieto. Yo en su lugar estaría profundamente avergonzada, pero no estaba segura de que fuera eso lo que él sentía. Por mi parte, fingía ignorarlo; no lo miraba, no hacía ademán alguno de notar siquiera que lo tenía a mi vera; pero la verdad es que estaba tan pendiente de él que hubiese podido contar sus parpadeos.

La señora de Fontseau explicó que se habían entretenido visitando una granja del camino. ¡Cómo gustaba de la Naturaleza exenta de todo artificio, cual ensalzaba Rousseau, su gran maestro! Habían visitado el establo y el corral, y había cogido un conejito de apenas unos días, lo que la había enternecido hondamente, y hasta había querido comprarlo para evitar que lo sacrificaran de adulto, pero desistió de la buena acción por la imposibilidad de tenerlo en su apartamento de Versalles. Apenas había podido contener las lágrimas.

—Ahora, querida —intervino la baronesa—, cuando regrese tome un baño sin falta. Los corrales y establos suelen estar repletos de pulgas y parásitos. Sin duda lleva más de uno incrustado en las ropas. Los insectos son la maldición de Dios. Los creó para recordarnos que este mundo es un valle de lágrimas. ¿Por qué creen que se inventaron las ciudades? ¡Para huir de ellos! Y aun así, no conseguimos librarnos del todo.

La muchacha, palideciendo, miró alarmada su falda y hasta no pudo disimular el rascarse aprensivamente.

—Parece que los jóvenes ya han terminado de jugar —observó Durnais.

—Han hecho una pausa para comer —aclaró la señora de Fontseau—. Luego continuarán y nosotros nos uniremos a ellos —dijo dirigiéndose a André, mientras se apoyaba provocativamente en él, con una confianza que revelaba la intimidad existente entre ambos—. Esta vez no te podrás librar. Pero te prometo que dejaré que me pilles con facilidad —terminó con un guiño.

Bajé la vista, sin saber en qué ocupar mis manos, pues ya había terminado mi rebanada.

¡Pero cómo se podía ser tan canalla!, me sublevé en mi interior. ¡Con el cirio que había montado delante de todos, barriendo a diestro y siniestro como un vendaval como si yo fuera la luz de sus ojos! Cuando pensaba que hasta Paul se había visto obligado no sólo a romper conmigo, sino incluso a abandonar Versalles y su cargo de consejero para no sufrir más su desvergüenza… ¡Y apenas unas semanas después…! Pero Señor… ¿cómo era posible?

Me toqué la frente. Sin duda tenía fiebre. Nadie racional podía pensar en su actuación sin sufrir una enfermedad.

—Me perdonarás —intentó zafarse él, contestando a la invitación de su amante —, pero mi médico me ha prohibido correr durante la digestión, de forma que he adoptado la sana costumbre mediterránea de hacer una buena siesta después de comer.

—¡Oh! —Saltó la baronesa—. ¡Pues yo voy a cambiar de médico! Hace tiempo que pensaba en ello, pero ¡me acaba de decidir usted, marqués! Siestas… ¡He aquí lo que necesito! ¡Y no todas esas pócimas que me receta el mío, que sólo sirven para darme retortijones!

—Al decir luego —aclaró la señora de Fontseau, que no parecía dispuesta a que André la dejara de lado con tanta facilidad—, no me refería a inmediatamente después de comer. Tendrás tiempo de hacer tu siesta. —Sonrió.

Dicho esto se inclinó hacia él y le susurró unas frases al oído, cuyo tema, dado el contexto, podía suponerse.

Aquello colmó la medida.

—¿Un poco más de vino? —pregunté cortés a Andrés, resurgiendo de mis cenizas.

—Sí, gracias —aceptó.

Cogí una botella, tomé su copa y la llené. Pero cuando la tendí hacia él choqué con su brazo y derramé todo el contenido sobre la entrepierna de sus claros calzones de seda. La rojiza mancha se extendió sobre la tela, provocando las carcajadas de todos los reunidos. André se quedó inmóvil, observando el desastre.

—¡Oh, marqués, no sabe cuánto lo siento! —me lamenté—. Ha sido un fatal accidente.

—No tiene importancia —disculpó.

—Quizá la harina podría hacer de secante —dije, mientras cogía un pote de polvos blancos y lo escanciaba sobre André.

—¡Querida! —exclamó la baronesa horrorizada—. ¿Crees que es una idea acertada?

—¡Oh, Dios mío! —Dije con máxima desolación—. ¡Qué torpe soy! ¡No era harina, sino azúcar! Con lo dulce que es usted, es sin duda un condimento que no necesitaba.

Las carcajadas eran estruendosas, y nadie creía ya en mi buena fe. André se levantó y expuso con desparpajo su facha ante todos, mientras él mismo examinaba el pastel que se había formado en su bajo vientre y parte de su muslo izquierdo.

—Espero sepan disculparme, damas y caballeros —anunció con el formulismo debido—. Imperativos visibles me obligan a dejarlos.

Se movió, pero yo me volví en ese instante y tropezó con mi pierna, lo que estuvo a punto de hacerle caer de bruces al suelo. Fue rápido de reflejos y pudo enderezarse, pero el traspié inevitable fue tan cómico que volvió a provocar la risa de todos.

—Lo lamento terriblemente —dije—, ¿está usted bien?

—Todavía. Pero si quiere acabar conmigo, señora —respondió, marcando una reverencia—, hágalo de una vez. No me someta a esta tortura.

Esta sátira renovó las risas y acentuó mi irritación.

—¿Podríamos intercambiar un par de frases? —me invitó él—. Desearía saber por qué me considera usted digno del trato que me está dispensando.

—Por supuesto, faltaría más; pero no se me ocurre que usted pueda ser indigno de nada —concluí de forma mordaz.

Me levanté a mi vez, para lo que él me ofreció su mano.

—¡Ah, no! —Exclamó la baronesa—. ¡No irán a dejarnos! Pelearse en privado es una desconsideración para todos los demás. ¡Con lo que nos estábamos divirtiendo…!

No hicimos caso a esta petición y comenzamos a andar hacia el linde del bosque.

—Pero ¿qué ocurre? —oí a mis espaldas que pronunciaba con incomprensión Elisabeth de Fontseau.

Anduvimos sin pronunciar palabra un trecho entre la arboleda; yo, agitada por la ira y el dolor; él, lo ignoro, pues no lo miré, aunque pudiera ser que también, a juzgar por las zancadas que daba. Cuando la distancia nos permitió perder de vista a todo el mundo y sólo los árboles nos rodeaban, preguntó, molesto:

—Qué, ¿ya te has vengado?

—Todo lo contrario. Le he hecho a usted un favor. ¡Ahora se podrá quitar los calzones, su afición preferida!

Se detuvo en seco.

—Al menos ¡yo no engaño! —me afrentó.

—¡No, desde luego! Se muestra usted tal y como es. Todo el mundo sabe que es un veleta, ¡y ahora lo sé yo también!

Esta embestida le dolió de verdad. Lo noté. Esa percepción me hizo zozobrar un poco. Lo quería, no podía evitarlo.

—Ya que estás decidida a insultarme constantemente, abreviaré lo máximo posible esta conversación. Tan sólo aclárame una cosa: ¿estás con Bramont o no?

—¿Cómo? —me desconcerté—. Pero ¿de qué estás hablando? ¡Claro que no estoy con Bramont!

Me miraba con tanta fijeza que me sentía agredida.

—Desapareciste el mismo día que él —cuestionó.

—¡No desaparecí! ¡Te dejé una nota! Te decía claramente que iba a Nuartres, al cumpleaños de mi hijo.

—¿Y qué sentido tenía eso? ¿Cómo iba a creerlo?

—¿Cómo que cómo ibas a creerlo? —exclamé atónita—. Gracias a Dios tengo un hijo y gracias a Dios cumple años. ¿Dónde está el sinsentido?

—¿Por qué no te despediste personalmente? ¿Qué impresión me podía causar tu desaparición el mismo día de la marcha de Bramont con dos breves líneas escritas aduciendo la primera excusa que te pasó por la mente?

—¡No fue una excusa! Pero, Dios mío, ¿será posible que esté teniendo esta conversación?

Nos interrumpimos ambos, agitados, intentando asimilar lo que estábamos entendiendo.

—¿Así que no te fuiste con él? —Pareció empezar a comprender.

—¿Eso es lo que creíste? —me desesperé—. Y si dudabas de lo que te dije, ¿por qué no lo comprobaste?

—Pues, aunque te parezca mentira, hice más que eso: le pregunté al propio Bramont, y me dijo que te ibas con él. Tonto de mí por creerlo. Debí recordar el dicho: en el amor y en la guerra…

—¡Y lo creíste a él en lugar de creerme a mí!

—¡Los dos os fuisteis el mismo día! —se exasperó—. Habíamos estado juntos la víspera, Lucile, ¿he de recordarte a qué hora acabó la velada?, ¡y ni una sola vez, ni una, hiciste mención ni del cumpleaños de tu hijo ni de que tuvieras intención de emprender un viaje al día siguiente! ¿Debía considerar eso normal?

Callé, impactada por la noticia de aquel desgraciado malentendido.

—Está bien —me rehíce—. Te equivocaste. No me fui con Bramont. Mi nota era cierta. He estado en casa de mi marido celebrando el cumpleaños de mi hijo y pensando en ti. Necesitaba pensar. Por eso me fui. Pero cuando regresé supe que no había nada en lo que pensar. ¡Nada! Todo había sido humo. ¡Una espectacular humareda!

Ahora fue él quien se quedó en silencio, también impactado por el descubrimiento de su confusión, que en su caso tenía la vertiente positiva de saberme, de pronto, libre.

—Así no estás con Bramont… —murmuró.

—No —exhalé.

Hizo un gesto de tocarme, pero yo levanté rápidamente las manos para detenerlo.

—Pero tú sí estás con la señora de Fontseau —le recordé.

—¡Por favor! —Protestó con desdén—. Ella no…

Se interrumpió, tragándose las palabras. Fue consciente, en ese instante, de las consecuencias de su precipitado amorío.

Aspiró aire y se amasó el cabello. Yo esperé. Al cabo me miró de frente.

—Creí que te habías ido con Bramont —repitió.

—Sí. Ya lo has dicho. Te creo. Pensaste que me había ido con Bramont —marqué una pausa y repetí a mi vez—: Pero estabas equivocado.

—No fue culpa mía.

—No —le concedí—. No fue culpa tuya. Tu confusión es comprensible.

—Pero no me perdonas —concluyó.

—Tus motivos no me parecen suficientes para que apenas un mes después estés en brazos de otra —respondí con serenidad—. Lo siento.

Me miró impotente.

—¡No esperarías que me quedara agonizando por tu causa! —se le ocurrió al fin.

—¡No, por favor! —Reí con amargura—. Un mes de celibato, ¡jamás te pediría

un sacrificio tan inhumano!

—¡No esperaba tu regreso, Lucile! ¡Creí que me habías plantado…! Me sentí… —Bajó la cabeza, buscando la palabra. Como no la encontró optó por aproximarse a mí—. Yo no puedo quedarme en una habitación oscura esperando que la depresión me aniquile —justificó—. He de combatirla huyendo hacia adelante. Cada uno tiene su forma de ser, Lucile. Me habías dejado, te había perdido, habías escogido a Bramont…, lo soportaba mejor estando con alguien. Es mi manera de defenderme del sufrimiento…

—Tu manera de defenderte… —musité para mí misma, con la mirada nublada—, ¿sabes el dolor que has causado con tu manera de defenderte?

—No hay nada irreparable —declaró, acariciando mi mejilla con su pulgar—. Sigo sintiendo lo mismo por ti.

—¿Y qué sientes por ella? —Levanté la frente, apartando sus manos.

Me miró confuso. Yo me mostraba desafiante, y no estaba muy seguro de la respuesta que debía dar.

—Es… —titubeó— agua pasada.

—¿Agua pasada? —me mofé agria—. Un mes y ya es agua pasada… qué deprisa vive usted, marqués…

—No, no me has entendido… —intentó corregirse.

—¿Y yo? ¿Cuánto tiempo podré mantenerme en la candelera? ¿Podré conservar tu interés dos meses, tres, quizá?

—¡Sabes que nada tiene que ver una situación con la otra! ¿A qué viene eso?

—¿Y cuánto tardará otro malentendido en arrojarte a los brazos de otra mujer para consolarte? No, yo no sé si la situación es o no la misma… Pero no es una cuestión de saber, ¡es una cuestión de creer! ¡De credibilidad! ¿Entiendes? Una persona ha de poder creer que su pareja estará allí, siempre, permanentemente… —clamé—. ¡Ha de poder creer en ella, en su integridad, en su constancia, en su fidelidad!… ¡Y yo he dejado de creer en ti! ¿Lo entiendes o no? —Hizo un movimiento con la mano, para tomar la mía—. ¡Déjame en paz! —lo rechacé.

Esta vez no tuvo palabras con las que replicar. Yo tampoco tenía nada más que decir. Aún nos mantuvimos en silencio uno junto al otro durante algunos momentos, asimilando la ruptura, irremediable. Como sólo me ocurría con él, la comunicación entre ambos se mantenía a pesar de no pronunciar palabra. Al final me decidí a alejarme porque las lágrimas borbotaban ya en mi garganta.

No podía permanecer en Versalles, ni tampoco en París; en ningún sitio donde me lo pudiera encontrar. Debía alejarme hasta olvidarlo. Después reharía mi vida, todavía no sabía cómo ni con quién. Sólo sabía que no podía volver con Paul y no podía confiarme a André.

Decidí ir a casa de mis padres, pues era el único lugar que seguía sintiendo como mi hogar, y estaba lo bastante cerca de la residencia de mi esposo como para poder ver a mis hijos con frecuencia. Esta idea, la de volver a estar con ellos, fue el único consuelo que me sostuvo durante mi largo viaje hacia las templadas y fértiles tierras del Languedoc, dulcemente bañadas por el aire del Mediterráneo. Dejaba a mis espaldas, y en esta ocasión de forma definitiva, mis aposentos en Versalles y mi cargo de camarera de la reina con su correspondiente pensión.

Mi padre ostentaba el título de barón, pero no todos los títulos nobiliarios se sustentan sobre ricos patrimonios, a menudo ni sobre medianos. Mis padres pertenecían a la pequeña nobleza de provincias, descendiente de las ramas no primogénitas o desfavorecidas de fortunas quizá mayores, que con frecuencia tenían menos medios que los burgueses acomodados de su misma comunidad o incluso que campesinos dueños de buenas tierras o de granjas productivas. Ellos, por castillo, tenían una casa rústica rodeada de cultivos, distante no menos de diez millas de la población más cercana. Yo nunca los había visto bailar minués en palaciegos salones, ni pasear por floridos jardines, ni ser atendidos por criados vestidos con librea. Yo nunca había visto a mis padres entregados al ocio ni a diversiones. Siempre los había visto trabajando de sol a sol con sus propias manos, en los campos, en la granja, en el huerto. Gracias a su título, eso sí, tenían el privilegio de no pagar impuestos ni derechos a ningún otro señor, y también de que los llamaran, con cierto respeto, barón y baronesa, pero no disfrutaban, precisamente, del de llevar una vida regalada.

Mis padres estaban al corriente de mis tribulaciones, pero el remordimiento que sentían por el fracaso de mi matrimonio los había hecho desistir, hacía ya mucho tiempo, de darme consejos o formularme reconvenciones. La honda alegría de volver a tenerme en casa fue el único sentimiento que me manifestaron a mi llegada, en forma de calurosos y acogedores abrazos, y ni siquiera un halo de preocupación o de congoja por mi extraña situación planeó ni por un instante en el ambiente.

Por suerte, no había allí mucho tiempo para pensar. Las labores eran tantas y tan inagotables que las horas pasaban en una constante actividad. Cuidar de los cultivos, de la granja y de la casa ocupaba la jornada entera desde el alba hasta el anochecer. Por la noche me acostaba tan agotada del esfuerzo realizado, que conciliaba el sueño en cuanto cerraba los ojos y dormía sin desvelos ni insomnios que mi organismo no se podía permitir.

Los fines de semana eran mis días dichosos, cuando mi esposo permitía que mis hijos, Philippe y Ève, vinieran a visitarme. El duque prefería que ellos fueran a la granja en lugar de que yo me llegara hasta el palacio, según sus palabras para que al tiempo pudieran ver a sus abuelos, pero, a mi parecer, para evitar verme a mí y para que los niños se percataran de la diferencia de clase y de estilo de vida que existía entre sus dos progenitores. Si pretendía que la comparación le beneficiase, erraba en

sus cálculos, porque unos niños de siete y cinco años no sabían apreciar las ventajas de comer servidos por lacayos con librea bajo altos techos de hermosos frescos, en vez de por su abuela en una cálida cocina, ni de jugar con sus caros juguetes de madera y peluche en lugar de con animales vivos y reales. Mis hijos adoraban la granja. Les entusiasmaba que las gallinas picotearan la comida de sus manos, y seguir a los patos y asustarlos, y acariciar a los conejos, y subir al carro de su abuelo tirado por el buey, y recoger los tomates directamente de la planta, y untarse las manos con cerezas trituradas al preparar mermelada, y esconderse en el granero, y acompañar a pastar a las vacas, y jugar con el perro. Los domingos no venían hasta antes del almuerzo, porque acompañaban a su padre a misa, pero todo el resto del sábado y del domingo lo pasaban conmigo.

Y así el tiempo iba transcurriendo, semana tras semana, mes tras mes. El recuerdo de André era un castigo; mas mi sufrimiento no hizo sino afianzar mi determinación. Sufriría la enfermedad sentimental que me había tocado padecer, pero la superaría y sanaría, y nunca más volvería a acercarme al causante de ella.

Capítulo V

1

Carta de Claire de Brezé a Lucile de Briand

Querida hermana:

[…] ¿Sabes la última? Corre el rumor de que el ministro Calonne ha planteado al rey una reforma fiscal consistente en imponer una contribución territorial a todos los propietarios, sin excepción. Oséase, pretende abolir las exenciones fiscales de nobleza y clero, y de tal forma conseguir mayores ingresos con los que paliar el enorme déficit.

¡Puedes imaginar cómo ha caído la noticia! Muchos son muy liberales y progresistas mientras no les suponga ningún sacrificio, pero ahora no hacen más que criticar el despilfarro de la corte, la pésima administración del gasto… En fin, que el avispero está bien agitado. Y aún se agitará más, porque Calonne ha tenido otra idea, ésta aún más original: como teme, con todo fundamento, que los parlamentos se opongan al registro de la medida, quiere someterla previamente a la consideración de una Asamblea de Notables. ¿Y qué es eso? Confieso que yo tuve que preguntarlo, pues parece que la última tuvo lugar durante el reinado de Luis XIII, ¡imagina la de libros y papeles que ha tenido Calonne que desempolvar para resucitarla.

Bueno, el caso es que la cuestión podría afectarte a ti indirectamente, pues parece que varios diputados de los Estados Provinciales formarán parte de esa Asamblea, y como tu esposo, el duque, lo es de los del Languedoc, es muy probable que lo nombren y tenga que trasladarse a París, con lo que, al menos por un tiempo, tendrás mayor libertad para estar con tus hijos.

Quisiera no tener más que esa buena noticia que darte, pero lamento tener que hacerte también una advertencia, aunque independiente de lo anterior: Courtain te está buscando. Vino a visitarme, y él mismo me lo ha dicho, rogándome que te traslade su petición de entrevistarse contigo. Él creía que estabas en casa de tu esposo, y allí te ha escrito (adivino que el duque no te habrá informado), pero como le eran devueltas todas las cartas sin abrir fue hasta Nuartres mismo, y por fortuna para ti ni te encontró ni le dijeron dónde podía hacerlo (imagino que de esto tampoco te ha informado el duque). Pero ahora sospecha ya que estás en casa de nuestros padres, y me ha preguntado sus señas, que me he negado a facilitarle, como

puedes imaginar. No olvides, Lucile, lo que has sufrido por su causa. Aun así me creo en la obligación de decirte, por si no lo sabes, que desde la memorable excursión no se le volvió a ver con la señora de Fontseau y, en realidad, desde entonces no se le ha visto con ninguna otra.

Carta de S. M. el rey al duque de Nuartres[1]

Señor:

Habiendo estimado que el bien de mis asuntos y de mi servicio exige que las medidas que me propongo […] sean comunicadas a una Asamblea de personas de diversas condiciones y de las más cualificadas de mi Estado, he considerado, atendiendo al rango del que usted goza, no poder hacer mejor elección que la de su persona, y estoy seguro de que en esta ocasión me dará nuevas pruebas de su fidelidad y de su adhesión. Fijo la apertura de esta Asamblea para el 29 del mes de enero próximo de 1787, en Versalles, donde se presentará usted al efecto, a fin de asistir a dicha apertura y escuchar lo que será propuesto por mi parte […].

Escrito en Versalles, el 29 de diciembre de 1786

Firmado: LUIS

Carta de la baronesa de Ostry a Lucile de Briand

Querida niña:

Tu esposo, el duque, ya está en París, y ha tenido la gentileza de aceptar mi invitación a hospedarse en mi casa. Pero esperaba que vinieras con él. ¿Se puede saber, niña, qué haces todavía en el Languedoc? ¿Es que aún no has descubierto que el campo se creó para las bestias y los insectos? A estas alturas, hija mía, debes de estar ya muerta de hastío y repleta de picaduras. ¡Espero tu regreso inmediato! ¿Crees que puedo aguantar yo sola al duque? ¡La apertura de la Asamblea se ha retrasado hasta el 22 de febrero! ¿Qué quieres que haga mientras tanto yo sola con tu esposo ocioso? Excepto la lectura y la música, nada más le divierte. ¡Ni siquiera juega a las cartas! ¿Concibes a alguien más aburrido que un renegado de las cartas? Me culparás a mí por haberlo invitado, y no te falta razón, pero habiendo sido amigo de mi difunto marido me sentía obligada. Yo, en el fondo, soy así, una sentimental.

En realidad, fuentes de diversión no faltan por aquí. El duque tiene una inmejorable ocasión para empaparse del descontento general y participar de la envalentonada oposición que se agita por todas partes. Querida, antes confiaba en

identificar a los exaltados, pero ahora proliferan tanto que estoy completamente rodeada. Los peores son esos jóvenes con la cabeza llena de pájaros saltimbanquis que quieren el Parlamento de los ingleses y una nueva Constitución. ¡Menudo disparate! ¡Nos van a llevar a la perdición con sus ideas extravagantes! Pero yo, que me tengo con todo fundamento por un modelo de ecuanimidad, debo decir asimismo que, de la misma forma que critico a los exaltados, reprocho al Gobierno el que haya permitido que lleguemos hasta esta situación. Porque lo que tampoco es de recibo, amiga mía, es que después de lo mal que lo ha hecho, ahora se pretenda que los platos rotos los paguemos sólo nosotros, la nobleza y el clero, a base de renunciar a nuestros privilegios económicos, y no ellos, la Corona y el Gobierno, que son, en definitiva, los responsables, y que no parecen dispuestos a renunciar a nada. ¡Si unos tenemos que repartir dinero, otros tendrán que repartir poder, digo yo! Y en eso es comprensible el enojo de muchos y el vendaval de oposición que se ha levantado. ¡Pero sin perder el buen juicio! Calma y serenidad, calma y serenidad. ¿Será tan difícil?

CATHERINE

Extractos de las Memorias del duque de Nuartres

22 de febrero de 1787

HÔTEL DES MENUS-PLAISIRS, VERSALLES

SESIÓN INAUGURAL DE LA ASAMBLEA DE NOTABLES[2]

—Señores —pronunció el rey ante todos: príncipes de sangre, nobles, consejeros, miembros del alto clero, presidentes de parlamentos, miembros de la Cámara de Cuentas, de la Cour des Aides, diputados de los Países de Estado, lugartenientes civiles y jefes municipales de diversas villas; en total ciento cuarenta y cuatro notables—, los he escogido de entre los diferentes órdenes del Estado para hacerles partícipes de mis proyectos […]. Los proyectos que les serán comunicados por mi parte son grandes e importantes. […]. Como todos ellos tienden al bien público, […] cuento con que […] ningún interés particular se levantará contra el interés general.

—Debo reconocerlo, no me he cuidado de disfrazar nada —confesó el ministro Calonne posteriormente—, el déficit anual es muy considerable.

Siguieron estólidas explicaciones sobre las causas del insostenible déficit, ninguna de las cuales se debían, según su versión, a su política errática de gastar a manos llenas para intentar incentivar la economía. Gasto de unos fondos que el Tesoro no tenía y que el ministro había tenido que obtener recurriendo a la misma desastrosa solución que sus antecesores: la emisión de empréstito tras empréstito que

no se podía reembolsar sino con la emisión de otro nuevo para cubrir el anterior más sus correspondientes intereses, en una sucesión fatal que nos ha llevado prácticamente a la bancarrota.

—Es imposible dejar al Estado en el peligro inminente al cual le expone un déficit como el existente —siguió Calonne—; […] imposible hacer ningún bien, de seguir ningún plan de economía, de procurar a las gentes ninguno de los alivios que la bondad del rey les destina, mientras subsista este desorden. […]. Su Majestad se ha sensibilizado vivamente de la necesidad de […] aportar el remedio. Pero ¿cuáles pueden ser estos remedios?

Nos removimos inquietos en los asientos. No conocíamos las medidas exactas que iba a proponer Calonne, pero sí su orientación.

—Tomar más dinero a préstamo —introdujo— sería agravar el mal y precipitar la ruina del Estado. Aumentar los impuestos sería castigar a las gentes que el rey quiere aliviar. Economizar hace falta sin duda: Su Majestad lo quiere, hace, y hará, cada vez más; […] pero el economizar sólo […] no será suficiente […]. ¿Qué queda que pueda suplir todo lo que falta […] para el restablecimiento de las finanzas?… los abusos. Sí, señores, ¡es en los abusos mismo donde se encuentra un fondo de riqueza que el Estado tiene derecho a reclamar y que debe servir para restablecer el orden! ¡Es en la proscripción de los abusos donde reside el solo medio de subvenir a las necesidades!

Ahora los asientos ya nos quemaban. ¡Llamar abusos a nuestros ancestrales privilegios pecuniarios!

—Tales son los abusos cuya existencia pesa sobre la clase productiva y laboriosa —siguió alegando en un ambiente que ya no atendía a sus razones—; los abusos de los privilegios pecuniarios, las exenciones a la ley común, y tantas exenciones injustas, que no pueden liberar a una parte de los contribuyentes sin agravar la suerte de los otros […]. Su Majestad se ha volcado […] en establecer el mismo principio de uniformidad y de igualdad proporcional en el reparto del impuesto territorial, sin admitir ninguna excepción […]. ¡Recordad —terminó diciendo a un público que se le había vuelto completamente hostil— que se trata de la suerte del Estado, y que los medios ordinarios no pueden ni procurar el bien que el rey quiere procurarle, ni preservarlo de los males que quiere prevenir […]!

Carta de la baronesa de Ostry a Lucile de Briand

Querida niña:

No quieras saber cómo está París. Si no quieres dejar el campo por miedo a añorar a los animales, pierde cuidado, aquí los encontrarás de todas clases, especialmente asnos. Tengo los oídos sordos de tanto oír rebuznar. Principalmente esos exaltados,

el marqués de La Fayette, al que llaman el héroe de la independencia americana, que ojalá se hubiese quedado allí, y otros varios de su calaña, a quienes Calonne ha tenido el dudoso tino de nombrar miembros de la Asamblea. Si esperaba encontrar un rebaño de ovejas mansas, se ha encontrado con uno de cabras locas. Uno se levanta para tildar el tributo de ilegal, el otro para exigir el presupuesto exacto de la nación, el siguiente para denunciar la mala gestión del Gobierno… Lo importante es oponerse, y el que primero toma la palabra envalentona al siguiente, y éste al otro que la dice un poco más gorda, y así cada vez el discurso y los ataques a Calonne suben de tono. Hoy hay más gente en los clubes y en los cafés que en el teatro, tal es la agitación reinante. Y la moda es oponerse, oponerse y oponerse. ¡Si vieras la de panfletos que revolotean por toda la ciudad ridiculizando a Calonne y a los notables!

¡Ah!, y tengo que hablarte del duque de Orleans sin falta. ¿Sabes cuál es su último escándalo? ¡Durante una cacería persiguió a un ciervo por toda la ciudad, con todo su séquito y jauría de perros incluidos, hasta la misma plaza Luis XV! ¿Puede imaginarse semejante extravagancia? ¡Y en ése es en quien los exaltados ven un posible nuevo rey, un sustituto para Luis XVI! ¿Puedes creerlo? ¡Bonito cambio! No es que Luis me entusiasme, pues sin duda le faltan luces y sobre todo carácter, pero a aquél le falta seriedad y responsabilidad.

Cambiando de tema, no puedo tampoco privarme de mencionarte al joven Courtain, que vino a visitarme con el principal objetivo de preguntarme tu dirección actual, dato que le he negado. Espero, querida, haber respetado con ello tu voluntad, aunque te confieso que tanto empeño me enternece, ¡Hasta se la ha preguntado al joven Bramont! Puedes imaginar la cara que habrá puesto éste… No sé, ¡digo yo que tanto tesón debe de basarse en sentimientos auténticos!; ¿estás segura de que no quieres replantearte tu postura? En fin, a mí no me hagas caso; como te dije, soy una vieja sentimental incorregible. Tú haces muy bien en mantenerte firme, aunque eso te haga desgraciada. ¿Qué importa la felicidad, después de todo?

Bien niña, te dejo ya, que mi vista se cansa si la fijo mucho rato. Espero verte en París y en mi casa en la celebración de mi cumpleaños, ¡y date por amenazada con la pérdida de mi amistad en caso contrario!

Agrega mis mejores sentimientos y besos para ti y para tus encantadores hijos.

CATHERINE

Extracto de las Memorias de Paul François Bramont, conde de Coboure

25 de mayo de 1787

Inicio, a sugerencia de mi padre, este Diario —que no será personal ni tampoco escribiré diariamente, por lo que acabará perdiendo tal nombre— para consignar los

acontecimientos que considere de relevancia política y de los que tenga conocimiento directo por el cargo que ostento en el Parlamento de París, a fin de continuar la similar labor que mi padre ha realizado durante todos sus años de magistrado, y por si la misma pudiera servir algún día para mejor ilustración de la Historia o de quienes la estudien y reconstruyan, si es que se me puede perdonar tan ambiciosa pretensión.

Principio en el día de hoy, 25 de mayo de 1787, por ser la fecha en que ha sido disuelta la Asamblea de Notables convocada a instancias del ministro Calonne; pues no quiero privarme de exponer mi visión de lo que ésta ha sido y ha representado.

La Asamblea se dividió en siete comisiones para estudiar las propuestas de Calonne que éste presentó en forma de informes.[3] «Indefinido, desproporcionado y dispendioso» es como calificó la comisión presidida por el duque de Orleans el llamado impuesto territorial. La presidida por el príncipe de Conti exigió «antes que nada, la remisión de las cuentas de 1786 y 1787 y de las economías propuestas». La oposición fue general. La verdad es que resulta incomprensible la negligencia con la que el ministro ha llevado todo este asunto. La idea de convocar una Asamblea de Notables había surgido para combatir la esperada oposición de los parlamentos, y su ventaja consistía en que sus miembros podían ser escogidos por la Corona y de tal forma asegurarse su adhesión. Pero parece que Calonne creyó cumplido su objetivo con la sola ocurrencia de su convocatoria, olvidando que la Asamblea le tenía que ser afín. Podría haber tanteado a los posibles candidatos para nombrar a los que le fueran adeptos, o, como mínimo, podría haber tenido la astucia de evitar que la Asamblea estuviera dominada por las clases privilegiadas, pero, asombrosamente, nada de esto hizo. ¿Qué diferente reacción esperaba de una composición tan o más conservadora que la de los propios parlamentos?

Sin embargo, a pesar de la soliviantada oposición que provocó su propuesta de reforma, lo que lo enterró definitivamente fue su famoso *Manifiesto*.

—Pienso[4] —había pronunciado el hermano del rey, conde de Provenza, en la segunda sesión tenida en la Asamblea de Notables, que se celebraba a puerta cerrada —, que sería bueno (…) guardar el secreto de lo que pase tanto en nuestras asambleas generales como en nuestras asambleas particulares. Es la conducta que yo pienso seguir, y no puedo, señores, sino exhortarles a actuar de igual forma.

Pero Calonne, quebrando este general entendimiento de guardar reserva sobre lo que se debatía, enrabiado por la oposición que estaba encontrando, difundió públicamente las medidas que pretendía aplicar en un Manifiesto en el que acusaba a los notables de poner trabas a su proyecto progresista simplemente por defender sus privilegios.

Y esto ya no se lo perdonaron. A partir de este momento, Calonne estaba acabado. Sin duda tenía razón: el motivo de fondo es ése, pero unido al descontento por un régimen que había entrado en decadencia y que exigía nuevos sacrificios sin

perspectivas de mejorar la política ni la administración, algo que obviamente silenció el ministro. Calonne pidió al rey la disolución de la díscola Asamblea, pero en el pasillo contiguo los influyentes pidieron exitosamente a Luis la destitución de aquél.

Para sustituirlo en el cargo, los notables apoyaron a uno de los suyos, Loménie de Brienne, arzobispo de Toulouse, pero éste, sin saber cómo combatir el déficit, modificó en algo la propuesta de su antecesor y se presentó ante la Asamblea para pedir como ministro la aprobación del plan que como notable había combatido. Aquéllos se sintieron decepcionados de que uno de los suyos, que había accedido al ministerio gracias a ellos, defendiera el maldito impuesto por el que habían hecho frente a Calonne, pero ahora no podían arremeter contra su defendido como habían hecho contra aquél, de forma que buscaron otras formas de oposición.

Y la más trascendente fue la planteada por el sector liberal.

—Afortunadamente para la Asamblea[5] —pronunció el marqués de La Fayette ante la Comisión de la que formaba parte, presidida por el hermano menor del rey, el conde de Artois—, no es ella la que sancionará nuevos impuestos. Este derecho imprescriptible de determinar las cargas públicas pertenece solamente a los representantes de la nación […] —esta idea, en sí misma revolucionaria, no era aceptada por la Corona—, la época es tal que debemos suplicar a Su Majestad […] la convocatoria de una asamblea nacional.

—¡Cómo, señor! —exclamó asombrado el conde de Artois—. ¿Pide la convocatoria de los Estados Generales?

—Sí, señor, e incluso algo mejor que eso.

El silencio acogió sus palabras, pero éstas no cayeron en saco roto. Los Estados Generales del Reino eran una institución histórica que había reunido ocasionalmente, a iniciativa del rey, a los tres estamentos del Estado: clero, nobleza y comunes, para someterles a consideración determinadas cuestiones. Pero La Fayette había hablado de algo «incluso mejor»; había hablado de una asamblea nacional auténticamente representativa… que decidiría en materia de impuestos…, es decir, por tanto, con poder legislativo; y esa idea no iba a ser fácilmente olvidada.

Dado el cariz que tomaban las cosas, Brienne propuso la disolución de la Asamblea de Notables, que ha tenido lugar en el día de hoy. Ahora el debilitado Gobierno presentará la reforma fiscal a los parlamentos para su registro, ahora que ya ha sido rechazada por una primera institución y se ha fortalecido y alentado la oposición.

Y la cuestión es, ¿qué hacer? Los magistrados sólo tendremos dos opciones: o la aceptamos, o siguiendo la idea lanzada por el marqués de La Fayette exigimos la convocatoria de los Estados Generales. La primera sería la conservadora, la segunda la liberal y arriesgada, pues no sabemos a dónde podría llevarnos invitar a los *comune*. a esta fiesta.

2

Paul Bramont

Cada año la baronesa de Ostry organizaba un baile para celebrar su cumpleaños, a pesar de que las fechas variaban entre sí hasta meses, de forma que nadie sabía a ciencia cierta el día exacto de la efeméride, y mucho menos la edad de la veterana dama. Y yo asistí, por supuesto, como medio París. ¿Quién iba a atreverse a lo contrario?

Aquel día mi principal preocupación no era la Asamblea de Notables, ni el Parlamento, ni los Estados Generales del Reino. Pensaba en Lucile. Su esposo, el duque de Nuartres, había iniciado el viaje de regreso al día siguiente de la disolución de la Asamblea. No se había quedado ni siquiera a la fiesta, a pesar de haber sido huésped de la baronesa, pero a la anfitriona no parecía importarle, lo que me dio a entender que la convivencia entre ellos había llegado ya al límite y que ambos se alegraban de perderse mutuamente de vista cuando todavía se podían seguir llamando, sin reservas ni rencores, «amigos». Quizá su ausencia había decidido a Lucile a acudir, y así me lo había anunciado, insistiéndome en su deseo de hablar conmigo.

¿Qué querría comunicarme que no pudiera anticipar por carta? Algo tan personal que no deseara plasmarlo en un papel. Sólo podían ser dos cosas: o había decidido volver conmigo, o había elegido a Courtain.

—Conde —me estaba diciendo Desmond—, tengo que hablar con usted sobre un tema profesional.

Lucile apareció en ese instante en la verja del jardín, que yo vislumbraba desde mi posición en el salón destinado a comedor. Iba acompañada de su hermana Claire y del marido de ésta, el vizconde de Saltrais.

—¿De qué se trata?

—Por cierto, Desmond —interrumpió mi primo Didier, que estaba conmigo—, ¿no necesitáis otro abogado en vuestra firma?

—Somos un bufete pequeño, de sólo dos socios. No tendríamos suficiente trabajo para alguien de su nivel —lo agasajó—. Lo lamento, porque sería un honor poder contar con su colaboración.

Mientras Didier se sobreponía del amable rechazo, yo observaba a Lucile, que se había detenido junto a la fuente para saludar a unos conocidos.

—Bien, verá —intentó recuperar mi atención Desmond—. Supongo que sabe que es propietario de un inmueble en la calle Saint Denis, a la altura del mercado de Les

Halles.

—¿Ah, sí? —repuse sin ningún interés.

—Sí. En la planta baja hay un local que se lo tenía alquilado a un hombre llamado Miraneau. Éste había instalado en él un taller de confección, especialmente de ropa para el hogar, ya sabe, colchas, mantas, sábanas…, cosas así.

—Ya, ¿y?

—Ha fallecido y no tiene hijos varones. Sólo tiene dos hijas… —En esos instantes Lucile estaba saludando a la baronesa de Ostry en el vestíbulo, que yo veía a través de las sucesivas puertas abiertas de doble hoja—. ¿Me escucha, conde?

—Le estoy escuchando… sólo tiene dos hijas.

—El caso es que hace poco la mayor vino a verme al despacho. Es una familia burguesa que siempre ha vivido sin dificultades pero que apenas tiene patrimonio, excepto el piso en el que vive. Todos sus ingresos provenían del taller de confección, pero ni la viuda ni sus hijas tienen idea de llevar el negocio. Así es que las pobres están desesperadas. Se ven en la ruina.

—Tendrán algún pariente que las ayude —respondí.

—Sólo un hermano de la viuda. Un campesino de un pueblo cerca de Rennes. Pero su posición es casi peor que la de ellas. Lo que pretende la viuda es traspasar el negocio y, con lo que consiga, intentar sobrevivir ella y sus hijas hasta casar a alguna de éstas.

—Ya. ¿Y qué pretende, Desmond —me mofé con dejadez—, que me case con una de ellas?

Lucile estaba a punto de entrar en la sala.

—Perdone, maître —lo corté—; ya me lo contará más tarde. Tengo que saludar a una persona.

Ella había traspasado el umbral de la puerta del salón y paseaba inquieta la mirada entre los asistentes. Salí a su encuentro.

—Hola, Paul —me susurró tenuemente.

—Hola —contesté, sin ningún tipo de ceremonia. Me di cuenta, con sorpresa, de que estaba nervioso—. ¿Cómo estás?

—Bien… —inició con embarazo—, ¿por qué no vamos a un sitio más aislado, donde podamos hablar con tranquilidad?

Acepté su sugerencia y la conduje hacia la biblioteca, que imaginé debía de ser, en aquellos momentos, la habitación más desocupada. Mientras nos abríamos paso entre la concurrencia para llegar a nuestro destino, entablé con ella una conversación amable y frugal que nos entretuvo hasta que, detenidos ambos en un rincón de la sala, junto a la balconada que comunicaba con el jardín, consideré llegado el momento de abordar el tema:

—Bueno, Lucile, tú dirás. Yo mantengo la proposición que te hice cuando dejé

Versalles. Para mí nada ha cambiado en lo que a nosotros se refiere. Desearía volver contigo, y creo que tú ya has tenido tiempo suficiente para decidir lo que quieres hacer.

Ella parpadeó, azorada. Esa indecisión me anticipó que su respuesta iba a ser negativa.

—Verás Paul, quisiera poder explicártelo de forma que…

—No hay nada que explicar, Lucile —la interrumpí, molesto por el esbozo de conmiseración—. Lo que tienes que decirme se dice en dos palabras. Y cuanto más directas mejor. No necesito circunloquios.

Me miró, y viendo mi expresión, soltó:

—No voy a volver contigo. Estoy enamorada de André Courtain.

Fue como si me hubiera arrojado un cubo de agua helada en pleno rostro. Ni siquiera el sospecharlo consiguió paliar el efecto de aquella verdad desnuda, salida de la propia boca de Lucile. Me pasé la mano por la cara, como si realmente precisara secarla.

—¿Es así como querías que te lo dijera? —dijo ella pesarosa, con la mirada velada.

Luego guardó silencio, con la cabeza gacha. Yo también. Estuvimos uno frente a otro sin pronunciar palabra durante unos momentos.

—Paul…, lo siento; no se me ocurre qué más decir.

—¿Estás con Courtain? —quise saber.

Negó con la cabeza.

—Creí que podría hablar con él también esta noche. He venido expresamente a París para hablar con ambos. La baronesa me ha dicho que lo ha invitado; pero no lo he visto aún. Tú tampoco, supongo.

No, pero no contesté. Estaba empezando a desear que aquella lamentable conversación terminara.

—¿Cómo están tus hijos? —pregunté, para zanjar el tema.

El ardid no hubiese sido necesario, pues Lucile no me escuchaba ya. Estaba con la mirada absorta fijada en un punto situado más allá de la balconada.

Me volví con curiosidad y yo también lo vi. Courtain estaba sentado en uno de los bancos que rodeaban el ornamental pozo del centro del jardín, junto a una mujer con la que departía, *tête à tête*. con visible agrado. Tenía la mano de ella entre las suyas y estaba vuelto hacia la joven, en una pose corporal que demostraba que le estaba prestando toda su atención.

Reparé en la faz de Lucile. Estaba blanca y petrificada.

—¿Sabe que has venido? —pronuncié.

Negó con la cabeza, aunque apenas la movió, traumatizada.

—Es un bastardo —vomitó ella, sin quitarle sus inyectados ojos de encima.

—No te precipites; a lo mejor es su hermana.

Courtain no tenía hermanas; ambos lo sabíamos. Ella me miró con odio, aunque no era yo quien se lo inspiraba. En ese momento vimos a la pareja levantarse del banco que ocupaba. La mujer se colgó con confianza del brazo de Courtain y juntos avanzaron hacia el interior del edificio.

—He de marcharme —anunció Lucile, súbitamente apremiada—. Por favor, no le digas que me has visto ni que he estado aquí.

—Descuida.

—¡No quiero volver a verlo en mi vida! —Rechinó, con los ojos velados por las lágrimas—. Si te reconforta, Paul, tú me hiciste feliz.

Ten la seguridad de que quien más ha perdido con lo que ha pasado he sido yo.

No opiné al respecto. Lucile solicitó a un sirviente que le trajera su capa, y esperó la prenda retorciéndose las manos de impaciencia, temiendo que Courtain pudiera descubrirla en cualquier momento. Estaba al borde de una crisis de nervios y de llanto, y casi me compadecí de ella. En ese momento me resultó evidente que estaba enamorada; quizá, reconocí con pesar, más de lo que nunca lo había estado de mí. Estuve a punto de pronunciar alguna frase exculpatoria referente a Courtain a fin de consolarla, pero el conato murió en mi garganta. No iba a ser yo quien posibilitara el emparejamiento de ambos, ni tampoco quien apostara por su comportamiento en tema de faldas.

Por fin llegó la capa. Lucile se cubrió con ella apresuradamente. En su desgracia, sintió de pronto un ramalazo de afecto hacia mí y me besó en la mejilla.

—Adiós, Paul. Escríbeme, por favor. Me quedaré a vivir en casa de mis padres, ya lo he decidido. No voy a volver a París.

—De momento… —maticé—. Nada es para siempre.

No replicó. Se cubrió la cabeza con la capucha y desapareció como una sombra, avanzando veloz por el jardín hacia la salida.

Me quedé mirándola mientras se alejaba. Ella no me quería cuando me fui de Versalles, no me había querido estos últimos meses en que yo había alimentado la esperanza de recuperarla. Lo amaba a él. Estaba confirmado. La idea se fue haciendo cada vez más y más corrosiva en mi alma, hasta que el deseo de abandonar aquella estúpida fiesta se hizo irresistible. ¿Qué demonios hacía allí?

Pero en ese momento se anunció una audición de fragmentos de ópera que se iba a interpretar en la sala de baile. Faltar era impensable, pues sin duda la baronesa estaría tomando nota mental de los ausentes para no volver a invitarlos jamás. Entré segundos antes de que el lacayo se dispusiera a cerrar la puerta, en un salón que estaba ya lleno a rebosar. La orquesta y los cantantes esperaban al fondo sobre una tarima, y la baronesa estaba sentada junto a ésta, orientada al público en lugar de hacia los músicos, vigilándonos a todos con semblante autoritario en clara

advertencia de que le declararía la guerra al primero que se atreviera a abandonar la sala, a hacer ruido, a silbar o a llevar a cabo cualquier acción que entorpeciera el concierto. Y no era, en realidad, en balde tal medida, pues las piezas de ópera elegidas por la baronesa eran nada menos que de *Orfeo y Eurídice*. del maestro alemán Gluck, el antiguo profesor de clavicordio de María Antonieta cuando ésta era todavía archiduquesa de Austria, el gran protegido de la reina cuando estrenó en París su ópera *Ifigenia*. y su defendido a ultranza cuando se entabló el encendido enfrentamiento entre los defensores del tradicional Piccinni y los del reformista Gluck. Era por tanto éste el compositor favorito de María Antonieta, y de ahí que la baronesa lo hubiera escogido y nos obligara a todos a escucharlo sin toser, en reprimenda por la reciente actitud de rebeldía hacia la Corona y el Gobierno de sus exaltados invitados.

Cuando después de la última nota se acallaron los débiles aplausos —pues una cosa era ofender a la baronesa y otra renunciar a los propios principios— y los lacayos abrieron la puerta para dejar salir a los prisioneros, seguí la corriente de los evacuantes y me dirigí nuevamente a la biblioteca. Mi intención era deslizarme por su abierta balconada, tal y como había hecho Lucile minutos antes, pues era una salida mucho más discreta que la principal. Atravesé las diversas estancias, cuidando de no posar la vista en alguien que pudiera verse animado a saludarme, y llegué sin tropiezos a mi meta. Allí estaba, por fin, el balcón abierto y despejado, invitándome a ir en pos de la soledad y de la tranquilidad de la noche, y me lancé contenida y disimuladamente hacia él.

—¡Bramont!

Me detuve en seco.

Era el vizconde de Saltrais. Estaba sentado en el extremo de un confortable sofá Luis XV ubicado frente a la chimenea, en compañía de Desmond, que ocupaba el otro extremo, y de Didier, que lo hacía en una butaca del mismo estilo. Los tres me observaban sonrientes, invitándome con su expresión a unirme a ellos. Pensé en alegar cualquier excusa para marcharme, pero hacerlo a tan temprana hora hubiese despertado su curiosidad, y no deseaba especulaciones ni comentarios sobre mi persona. Sólo me hubiese podido ir de haber pasado desapercibido.

—Siéntese, por favor —dijo Saltrais—. Estoy poniendo en práctica un experimento, y lo necesito.

—Usted dirá —respondí sin interés, mientras hacía como me pedía.

—Estábamos hablando de la señora de La Motte —introdujo Saltrais.

—¿La señora de La Motte? —pregunté extrañado. Hacía tiempo que no oía hablar de ella—. ¿La del collar?

—Sí, la del collar.

—Creía que ese tema había quedado ya resuelto.

Saltrais esbozó una semisonrisa y se recostó satisfecho en el respaldo, demostrando que era la respuesta que esperaba.

—¿Lo veis? —exclamó—. ¿Qué os decía? Ahí lo tienes. Ya nadie habla de ello. Pero si no se habla de ello, se olvidará. ¿Y qué habremos conseguido con esa sentencia? Hemos de aprovechar ahora que la opinión pública está sensibilizada para acabar de movilizarla. El Gobierno presentará la reforma fiscal al Parlamento, y éste necesitará del apoyo incondicional de aquélla. Pero la reforma fiscal es un tema muy árido y demasiado técnico para despertar el interés popular. Necesitamos otro más vulgar. Y el asunto del collar lo es, y no deberíamos desaprovecharlo. Durante y después del proceso, todos estaban entusiasmados. Aún se prolongó un poco el interés gracias a la colecta que organizó el duque de Orleans a favor de La Motte, y todo el mundo se volcó a visitarla a la prisión. Pero hace tiempo que no ocurre nada nuevo. La gente, para mantenerse interesada, necesita espectáculo, espectáculo constante. ¿Os imagináis que ahora la reina liberase a La Motte? ¡Qué gran acontecimiento sería! Una fuente constante de espectáculo. Primero, todas las suposiciones apuntarían a que La Motte protegió a la reina a cambio de inmunidad. Y después, ¿os imagináis a esa pájara guardando secretos? Extendería la mano al primero que estuviera dispuesto a pagarle por contar la verdad, o mejor, «su verdad». La verdad de La Motte puede ser muy explosiva y terriblemente beneficiosa para nosotros.

—Pero Saltrais —lo ridiculizó Desmond—, la reina no va a liberar a la señora de La Motte sólo para que usted tenga el placer de aniquilarla políticamente.

—Hay muchas formas de conseguir que la reina libere a la señora de La Motte —dijo Saltrais con aire enigmático.

—¿Formas? ¿Qué formas? —Inquirió Desmond—. Ninguna legítima, sin duda. Ha sido condenada por el Parlamento. La reina no está legitimada para liberarla.

—¿Legítimas? —Despreció Saltrais—. Amigo mío, estamos hablando de política, ¿entienden? De política. ¿Qué tiene que ver la legitimidad con la política? ¿Es legítimo que estemos sometidos a la autocracia de una reina que sólo mira por su interés personal y no por el de su reino, y al de un rey cuyo mal gobierno ha llevado al país prácticamente a la bancarrota? ¿Qué es más ilegítimo? ¿Intentar derrocar ese sistema para sustituirlo por otro mejor, o seguir sosteniéndolo aun a sabiendas de que es dañino y perjudicial? A mí me hace mucha gracia la gente que se llena la boca con las palabras Libertad e Igualdad y que después no está dispuesta a hacer nada por conseguirlas.

—Yo no soy de ésos. ¡Haría cualquier cosa por ello! —prorrumpió Didier con calor.

—¿Cualquier cosa? —Ahondó Saltrais, subrayando sus palabras—. Eso está muy pronto dicho. Piénselo bien. ¿Qué estaría, en realidad, dispuesto a hacer? ¿Estaría,

por ejemplo, dispuesto a transgredir la ley? ¿A convertirse en un fugitivo de la Justicia? ¿A tenerse que exiliar? ¿A perder su fortuna o su vida?

—Póngame a prueba y lo sabrá —repuso Didier.

—¿Y usted, conde? —me preguntó directamente—. ¿Qué estaría dispuesto a hacer?

—¿Qué está usted tramando, Saltrais?

—¿Yo? Nada. Yo soy sólo un pensador. Me limito a incentivar malas acciones en los demás —replicó con cinismo.

—Por cierto —interrumpió Desmond, como si acabara de recordar algo—. Tengo que acabar de explicarle aquel asunto, conde.

—¿Qué asunto? —Rememoré—. ¡Ah sí!…, ¡el de la viuda! —Suspiré con cansancio—. Lo último que recuerdo es que querían traspasar el negocio. Lo que no acabé de captar es qué pinto yo en todo esto.

—Es que si no lo consiguen no podrán pagar el alquiler. Necesito su consentimiento para condonarles el pago hasta que encuentren un nuevo inquilino.

—¡Ah! El alquiler… —desdeñé. ¿Sólo se trataba de eso? Pero Desmond me observaba con tanto interés que hice un esfuerzo por fingir que me tomaba en serio la cuestión—. ¿Siguen trabajando en el local?

—No. Está vacío e inactivo. Despidieron a todos los trabajadores. No podían pagar los sueldos.

—¿Y de qué período de tiempo hablamos, aproximadamente?

—Indefinido. Me temo que por el momento no hay nadie interesado.

—Aquí hay algo que yo no acabo de entender, si permiten que me inmiscuya —intervino Saltrais—. Lo habitual es que cuando un inquilino no paga la renta se le desahucie, ¿no es así? Entonces, ¿qué es lo que tiene de especial este caso? ¿Acaso la viuda le ha enternecido el corazón porque es joven y guapa?

Desmond enrojeció de tal manera que comprendí que estaba a punto de perder la paciencia.

—Un trimestre —resolví para concluir—. Les doy un trimestre para que consigan el traspaso. Si en ese tiempo no hay perspectivas de ello, que desalojen el local. ¿Conforme?

Desmond asintió con la cabeza, lanzando una contrariada mirada a Saltrais, que se la devolvió jocoso.

Estaba ya pensando en deshacerme del grupo y ensayar otra vez mi plan de fuga, cuando apareció la baronesa intempestivamente para requerirnos a todos los caballeros que estábamos allí refugiados que nos presentáramos de inmediato y sin excusa alguna en el salón de baile, donde éramos del todo necesarios para hacer honor a dicho divertimento. Era imposible zafarse de la distinguida dama, que se quedó allí marcial comprobando la ejecución de sus órdenes. En escasos instantes sus

presas fuimos conducidas, cual manso rebaño azuzado por su cayado, hasta la sala en cuestión, donde vinimos a reforzar los efectivos masculinos existentes en el lugar, ciertamente minoritarios. Y una vez allí, armándome ya de absoluta resignación, tuve que cumplir con el deber social de someterme al tedio de participar en tres piezas de baile seguidas.

Entre vuelta, paso y giro descubrí a Courtain, también dedicado a la danza. En una ocasión su pareja fue la joven desconocida del jardín, pero en las demás distribuyó sus atenciones equitativamente entre otras, jóvenes y no tan jóvenes, incluida la propia baronesa, a la que con su desvergonzada insistencia consiguió arrastrar al centro del salón, mérito remarcable teniendo en cuenta que la pobre mujer no bailaba ya nunca, y hasta tal extremo fue apreciada la excepción que, tras el baile, el esfuerzo de la anciana, acalorada y risueña, y por extensión, el logro de su galán, fueron premiados con calurosos aplausos.

Después de ese glorioso momento, que sin duda fue el culminante de la fiesta, la orquesta hizo un descanso, y tuve ánimos para aproximarme a Courtain y felicitarlo por su atenta hazaña. Tras intercambiar con él algunas frases triviales, pasó cerca de nosotros la joven causante del disgusto de Lucile.

—¿Quién es? —no pude resistirme a preguntarle.

—Lo siento, conde —repuso—; si ha despertado su interés debo advertirle que es de las pocas mujeres casadas que conozco que es feliz en su matrimonio.

—Esa deducción, ¿se debe a que no ha sucumbido a las artes seductoras de usted?

—No. —Sonrió—. Yo ya no ejerzo, Bramont; ya tengo el corazón robado, como usted bien sabe. Nos hemos encontrado por casualidad; no sabía que estaba en París. Es una amiga de la infancia, casi de la familia; fue la prometida de mi hermano mayor.

Callé. Su hermano había muerto en la guerra de la independencia americana.

El conocimiento de la equivocación de Lucile acabó de arruinar aquella nefasta velada, así que esta vez decidí marcharme a pecho descubierto, dispuesto a batallar contra cualquiera que intentara impedírmelo. Rehuí a la baronesa, aun a riesgo de ganarme su enojo, y sin despedirme de ella, ni de nadie, salí con paso ligero y directo por la puerta principal.

Capítulo VI

Marionne Miraneau

Sólo un trimestre. No conseguiría vender el negocio en sólo un trimestre. Ni quizá en dos, ni en tres. Nadie estaba interesado. El abogado había sido amable con nosotras: se había ofrecido a gestionar el traspaso, pero no había tenido éxito. Y yo no podía reprocharle nada. Él creía que me había abandonado en sus manos, mas yo no me había cruzado de brazos. Me había desgastado las suelas de los zapatos yendo a visitar a todos los empresarios del gremio. A todos les había trasladado la oferta. Sólo estaban dispuestos a comprarme las telas y el material almacenado. Pero con lo que me ofrecían por ello no podríamos subsistir ni cuatro meses.

¿Cómo era posible que mi vida hubiese dado un vuelco semejante de repente y sin la mínima advertencia? Nunca había pensado en la pobreza como algo que pudiese llegar a afectarme. Ser pobre para mí significaba simplemente no ser rico. Pero ahora ésta se alzaba ante mí amenazadora, como un monstruo descomunal capaz de devorarme, de arrasar toda mi vida, y la de mi madre, y la de mi hermana. En aquellos momentos, mientras salía del despacho de maître Desmond, ubicado en un elegante inmueble de la isla de Saint-Louis, el pánico me estrangulaba el alma.

Si hubiese nacido hombre todo esto no me estaría ocurriendo. Mi padre me habría enseñado el negocio y yo hubiese podido continuarlo, asegurando mi propio bienestar y el de mi familia. Pero ¿qué sabía yo del negocio? Nada. Creo que sólo había pisado el taller un par de veces en mi vida. Incluso aunque la empresa hubiera ido mal hubiese podido buscar un trabajo digno. Quizá habría estudiado alguna carrera. Quizá sería médico o abogado o boticario o notario; o habría aprendido un oficio: el de carpintero, curtidor, tapicero, albañil o… qué más da. Algo con lo que ganarme la vida. Pero ¿qué podía hacer yo si no tenía profesión ni oficio, si no sabía nada del comercio? Doncella o dama de compañía era lo mejor a lo que podía aspirar. O tal vez pudiera ocuparme como camarera en una taberna, u obrera en un taller. Pero sólo tal vez.

Porque, lo más desalentador era que, a pesar de las duras condiciones de trabajo y de lo escaso del salario, los que tenían un empleo podían considerarse afortunados. No había en la ciudad grandes fábricas que contrataran a numerosos obreros. Había algunas pocas, como la fábrica de papeles pintados de Réveillon, que empleaba unos cientos, o la Manufactura Real de Tapicería, o la cervecería Santerre, que ocupaba a un centenar…, mas, en general, la mayoría eran talleres pequeños, como el de mi padre. Pero ni las fábricas ni los pequeños talleres estaban necesitados de tantos

trabajadores como demandantes de empleo había y que llegaban, día tras día, a engrosar el número de los que pasaban de ilusionados solicitantes de trabajo a parados desesperados, para acabar, en la última fase, como desgraciados mendicantes durmiendo en las calles o suplicando en la puerta de las iglesias.

Los pobres… Nunca había creído que pudiera ser uno de ellos.

¿Qué le diría a mi madre? Ella estaba segura de que traspasaríamos el negocio por una abundante suma que nos permitiría mantener nuestro nivel de vida al menos hasta que una de nosotras se casara. Mi madre no había asimilado nada bien la muerte de mi padre. Lloraba a menudo. Mi hermana y yo le habíamos ido ocultando objetos y recuerdos personales de papá para que su visión no la atormentase tanto. Quizá aquel proteccionismo no era lo más indicado. Quizá si le ponía al corriente de nuestra espantosa situación reaccionara como había tenido que hacer yo. Pero me resultaba muy duro hacerle eso. ¿Qué le diría?

Vivíamos en la calle Saint-Denis, en el barrio de Les Halles, el gran mercado de la ciudad; en el principal de un inmueble de tres plantas. Entré en el vestíbulo y me dirigí hacia la puerta que conducía al salón principal, donde esperaba encontrar a mi madre; pero un apelante «chis, chis» me hizo volver la cabeza. Mi hermana Edith estaba en el otro extremo del pasillo dirigiéndome enérgicas y silenciosas señas para que me acercara.

—¿Qué ocurre? —le pregunté cuando estuve a su lado, sorprendida por su enigmática actitud.

Sin decir palabra, me tomó de la mano y me obligó a entrar en su habitación, cerrando luego la puerta tras de mí con mucho cuidado de no hacer ruido.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre? —protesté intrigada.

Edith me miró con la excitación y trascendente preocupación de quien se cree en posesión de un secreto de vital importancia. Sin mediar palabra, se acercó a su cómoda y, tirando con fuerza de dos manillas de bronce, abrió el primer cajón y sacó su joyero, una delicada caja de cerámica de gres decorada con flores esmaltadas. Lo abrió y extrajo de su interior un trozo de papel doblado.

—No sabía qué hacer —susurró—. No sabía si debía enseñárselo a mamá o no.

—¿Qué es?

—Lo encontré esta tarde en el recibidor. Alguien debe de haberlo introducido por debajo de la puerta.

Me tendió el billete con gran ceremonia. Lo tomé con cierta cautela. Edith había conseguido transmitirme que se trataba de algo muy importante, o cuanto menos muy misterioso. Lo desplegué. Eran unas cuantas líneas escritas a mano. Decían lo siguiente:

Señora de Miraneau:

He tenido conocimiento, a través de unos amigos comunes, de que padece ciertas

dificultades económicas. Pláceme comunicarle que tengo una oferta que quizá sea de su interés.

La espero a las diez de esta noche en el bar Marie. Sólo me identificaré si acude sola.

Mientras tanto, reciba la expresión de mis saludos más distinguidos.

UN AMIGO

Bajé el escrito y lo apreté contra mi pecho, sobresaltada. ¿Qué era aquello, un milagro? Volví a observarlo, tras suspirar hondo un par de veces. No estaba firmado. ¿De quién podía ser y qué podía pretender? Era evidente que no se trataba de una oferta para adquirir el negocio. Nadie que tuviera esa intención hubiese enviado un anónimo, ni hubiese citado a solas a mi madre por la noche en un local de mala reputación como era aquel Marie. ¿De qué se trataba, entonces? No era un cualquiera quien lo había escrito. El estilo de la letra era depurado, la redacción denotaba un nivel cultural alto y el papel era de buena calidad. Un caballero. Pero ¿por qué un hombre de buena posición tenía que ocultar su nombre y recurrir a una cita a escondidas?

—¿Qué te parece? —me preguntó Edith.

—Muy extraño.

—¿Vas a decírselo a mamá?

—¡No! —negué—. Has hecho muy bien en enseñármelo a mí primero.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Iremos?

—Yo iré. Y ni una palabra a mamá. ¿Estamos? —Mi hermana me miró con angustia—. Tranquila —la alivié—. No pasará nada.

Ignoro si conseguí tranquilizarla, pero a mí el nerviosismo me estranguló el estómago durante toda la cena impidiéndome pasar bocado. El bar Marie se encontraba bastante cerca de mi casa, en la calle Aux Fers, a apenas diez minutos andando. La nocturnidad la tornaba solitaria y la cubría de sombras inquietantes, pero tenía que ir. Una oferta. Fuera cual fuese, merecía la pena escucharla.

Me escabullí después de cenar, cuando mi madre se hubo retirado a dormir. Me había cubierto con una capa negra con capucha y anduve a paso acelerado por la calle desierta, con la vista baja e intentando no mirar ni a derecha ni a izquierda, como si al evitar ver a los demás me volviese yo misma invisible. A pesar del temor y la aprensión, conseguí llegar a la entrada del Marie sin ningún contratiempo. El local en cuestión era un sótano al que se accedía desde la calle tras descender unos cuantos peldaños. Abrí la puerta con cierto resquemor. Ninguna mujer decente entraba allí, ni siquiera acompañada. Era un bar de alterne, dedicado a los transportistas del mercado.

El ambiente estaba cargado; olía a vino, cerveza, tabaco y humedad rancia. Era

una nave de paredes de piedra desnuda y techo abovedado. Había sido una bodega tiempo atrás. En cada una de las mesas descansaba una vela, pero sólo lucían encendidas las ocupadas, seguramente para economizar, de forma que el local estaba casi en penumbra, pues había muy poca gente: tan sólo un grupo de cinco oseis individuos bastante ruidosos que ocupaban las del fondo, y un hombre solo en una próxima a la puerta. Deduje que ése era el individuo en cuestión.

Me acerqué a él. El hombre se levantó al verme, con modales exquisitos, propios de persona de calidad que no sabría comportarse de otra forma. Era joven, de apariencia agradable. No se había quitado la capa, pero se sintió obligado a descubrirse, y al quitarse el sombrero pude verle bien el rostro. Era un caballero, sin duda. Su aspecto me tranquilizó en gran manera.

—La señorita Miraneau, imagino —me recibió—. Esperaba a su madre.

—Soy yo quien se ocupa de todos los asuntos concernientes a mi familia.

—Está bien. Siéntese, haga el favor.

Lo hice. Él entonces ocupó su sitio, enfrente de mí, al otro lado de la mesa. Extraje la misiva que había recibido y la dejé sobre ella.

—¿Es esto suyo?

Cogió el escrito, y sin leerlo ni desdoblarlo lo enrolló y prendió su extremo con la llama de la vela. Esperó a que se consumiera y luego dejó caer las cenizas al suelo, que deshizo con su bota. Aquella presurosa destrucción no me dio buena espina.

—¿Puedo saber quién es usted? —le espeté.

—Señorita Miraneau —dijo con tono pacificador—, si hubiese querido identificarme, ya lo hubiese hecho antes. Verá, necesito algo de usted, y estoy dispuesto a pagar por ello.

—¿Qué es? Por la forma que tiene de conducirse supongo que no es nada honrado. Yo no quiero problemas con la Justicia —repuse tajante.

—Puede elegir entre arriesgarse a tener problemas con la Justicia, o asegurarse problemas con el dinero —añadió en el mismo tono tranquilo—. Verá, vamos a hacer lo siguiente: yo voy a exponerle lo que estoy dispuesto a ofrecerle, y si a usted le parece interesante le explicaré lo que pretendo a cambio. No se inquiete. No hay compromiso alguno. Si no le interesa, se marcha tranquilamente y yo ya buscaré a otra persona.

—¿De qué me conoce usted? ¿Quién le ha hablado de nosotras?

—No voy a contestar ninguna pregunta de esa índole. Lo siento, es una de las condiciones. Pero puede irse si lo desea.

Me miró con seguridad y cierta sorna, sabedor de que no iba a moverme. ¿Cómo hacerlo sin haberme enterado de nada?

—Hable de una vez.

—Estoy dispuesto a entregarle en este momento quinientas libras, en oro.

La suma me impresionó. Quinientas libras me permitirían un cierto desahogo durante algunos meses. Pero a su vez me asustó. Si alguien estaba dispuesto a pagar quinientas libras debía de tratarse de algo importante.

—Quinientas libras puede ser mucho o poco, dependiendo de lo que se pida a cambio —repuse con espíritu negociador—. Y desde luego, no solucionan mi vida.

—Pocas cosas solucionan la vida —dijo, esbozando una sonrisa plácida—. Aunque yo puedo ofrecerle una.

Hizo una pausa para provocar mi impaciencia y dar más efecto a sus palabras. Disfrutaba de su superioridad, de saberme desesperada. O me lo pareció a mí, que en realidad lo estaba.

—Tengo entendido que su padre tenía un negocio bastante próspero —dijo—. Es una pena que se vean obligadas a traspasarlo. Por mucho que les ofrezcan, nunca equivaldrá a los beneficios que podrían obtener si lo explotaran ustedes mismas.

—Pero ¿cómo sabe todo eso? —exclamé sorprendida. Luego, recordando su advertencia, suspiré y le aclaré—: Mi padre ya tuvo un encargado hace tiempo y lo único que hizo fue robarle. No conocemos a nadie de confianza a quien encomendar esa gestión.

—Claro, claro. Lo comprendo. Pero queda otra opción.

Hizo otra pausa. Estaba empezando a ponerme nerviosa.

—¿Ha pensado en ser usted misma la que regente el negocio? —me dijo al fin.

—¿Yo? Yo no sé nada de nada.

—Podría aprender. Conozco a un empresario del mismo ramo que estaría dispuesto a tomarla a usted como aprendiz el tiempo necesario, sin cargo alguno. Con las quinientas libras podría hacer frente a sus gastos mientras tanto. Y luego, se acabarían los problemas, si es que no le asusta trabajar.

La luz. Por fin una luz al final del camino. Sí, ¿por qué no? ¿Por qué no podía aprender yo? La industria era próspera, desde luego.

No había más que ver el nivel de vida que habíamos mantenido. Mi padre no había conseguido ahorrar, pero no había dejado ni una deuda. El negocio estaba saneado. ¿Por qué no?

—No aceptará a una mujer como aprendiz —opuse, pero con la esperanza de que me lo rebatiera.

—La aceptará. Este hombre está en deuda con un amigo mío que a su vez quiere hacerme este favor a mí. Aceptará, no lo dude.

—¿Y qué garantías tengo yo de ello? Si hago lo que usted espera, ¿qué garantías tengo de que cumplirá su palabra? Ni siquiera sé quién es usted, ni su amigo, ni el amigo de su amigo.

—Tendrá que confiar. Nada es perfecto.

El dueño del local, un hombre grueso de mediana edad que no debía de haberse

mudado de camisa desde hacía semanas, dejó una jarra de barro y dos vasos ante nosotros. Mi contertuliano escanció el vino.

—Bien. ¿Qué quiere? —pregunté cuando el hombre se hubo alejado lo suficiente para no oírnos.

—Algo muy fácil. Sólo necesito su local una noche. Está vacío, ¿verdad?

—Sí —repuse a media voz. No llegaba a comprender. ¿Mi local?

—Necesito que un día determinado usted se asegure de que no haya nadie en el local, que deje allí un camastro con sábanas, mantas y una palangana de agua, y que me facilite una copia de las llaves para que quien yo quiera pueda acceder allí ese día en concreto. Nadie deberá entrar en él desde las nueve de la mañana de ese día hasta las nueve de la mañana del día siguiente. Eso es todo.

Las llaves, el camastro, el local vacío…

—¿A quién van a esconder allí? —pregunté.

—No puedo decirle nada más. Es incluso mejor para usted no saber nada más. Como ve, es algo muy sencillo.

—No puedo aceptar sin saber de qué se trata.

Él se encogió de hombros.

—Usted misma. Hay muchos otros locales en París. Yo encontraré cualquier otro, y a usted, ¿qué le espera si no acepta? No conseguirá traspasar el negocio, supongo que ya lo sabe.

—¿Y si le digo que sí, tomo el dinero y luego me arrepiento?

—Sabré dónde encontrarla —amenazó con suavidad.

Tomó un sorbo de vino. Yo lo probé también. Estaba aguado.

—¿Y bien? —preguntó.

—Creo que no tengo alternativa —repuse.

Dejó el vaso y me extendió su mano derecha a la vez que me miraba fijamente. Esperaba que se la estrechase. Dudé unos instantes. Si lo hacía, me metería en un buen lío, lo intuía. Pero si no lo hacía, era el desastre. Se la tomé. Noté su apretón. Luego él sacó del interior de su capa una bolsa pequeña de cuero que sonó a monedas y la dejó sobre la mesa.

—Las quinientas libras —me dijo—. Puede contarlas si lo desea.

No tenía intención de contar dinero en aquel lugar. Cogí la bolsa y la oculté rápidamente.

—No hace falta. Estoy segura de que es correcto.

—Esta noche deje la llave del local bajo el felpudo de su puerta. Mañana la encontrará en el mismo sitio; yo ya habré hecho una copia. Un día de éstos recibirá una pequeña nota. Sólo pondrá una fecha. Ése será el día. No recibirá ningún otro mensaje hasta al cabo de otros tres; indicará un nombre y una dirección. Es la del empresario que la tomará como aprendiz. Es inútil que le hable a él de todo esto

porque no sabe nada. Sólo sabrá que tiene que aceptarla como aprendiz. ¿Lo ha entendido?

Asentí con la cabeza.

—Bien. Perdone que no la acompañe, pero no creo conveniente que nos vean juntos. He elegido este sitio pensando en la proximidad de su casa.

Comprendí que habíamos terminado y que me estaba despidiendo. Me levanté. Él también lo hizo, pero fue sólo por educación.

Y no pretendía moverse del sitio. Esperaba que yo me fuera primero, sin duda para asegurarse de que no lo siguiera. Eso precisamente me dio la idea contraria.

Nada más pisar la calle miré a ambos lados. Ahora me sentía fuerte, renovada. Ya no tenía miedo. Había superado la enigmática entrevista, había salido sin daño aparente de aquel indecente lugar, llevaba quinientas libras encima y perspectivas de un trabajo que me permitiría regentar mi negocio. Percibía que mi vida había dado un nuevo vuelco y que el mundo volvía a pertenecerme. Tendría problemas sí, seguramente, pero me sentía capaz de afrontarlos. El monstruo aterrador de la pobreza se alejaba y yo volvía a ser persona.

Así que miré a ambos lados, sin temor, con decisión. No era nada probable que un caballero como ése hubiese venido hasta allí andando, ensuciándose sus lustrosos zapatos con las inmundicias que la gente arrojaba por la ventana y las heces de los caballos. Su carruaje debía de estar esperándolo en algún sitio. Pero no se veía.

De pronto oí un relincho. No podía ver el coche, pero sin duda estaba allí, oculto a la vuelta de la esquina. Me escondí en el entrante de una portería. No me había detenido a calcular las posibilidades de que me descubriera o a sopesar las consecuencias de que ello ocurriese, pero era consciente del riesgo y por ello estaba nerviosa y el corazón me martilleaba.

Al cabo de unos minutos oí el chirriar de la puerta al abrirse y el portazo que dio al cerrarse. También oí unos pasos subiendo los cuatro peldaños hasta el nivel de la calle, una pausa, y los mismos pasos alejándose hacia el vehículo. Todavía no me moví. Esperé que éste se pusiera en movimiento, cruzara la travesía y quedara oculto por el muro de la esquina de enfrente. Entonces corrí hacia allí. Me pegué contra la pared y asomé la cabeza con precaución. El coche estaba ya casi llegando a la calle Saint-Honoré. Lo fui siguiendo con cautela, siempre arrimada a la pared, con cuidado de no dejar que me tomara demasiada ventaja ni de acercarme más de lo imprescindible. No obstante, la carrera empezaba a ser muy fatigosa para mí. Mi perseguido avanzaba ahora a mayor velocidad, y mi corsé apenas me dejaba respirar, provocándome un dolor intenso en el costado. Cuando llegué a la altura del Palais Royal, aquél era tan agudo que casi ya no podía dar ni un paso más. Por fortuna la carroza se detuvo entonces.

Volví a ocultarme en una portería. Observé que mi misterioso perseguido descendía del vehículo y se adentraba en el Palais Royal. Aquello suponía una gran contrariedad. Ese lugar era por la noche uno de los mayores focos de atracción para los que buscaban diversiones, algunas de no muy excelente reputación. Así que ni tenía la seguridad de poder seguirlo a cualquiera de los lugares que las propiciaban, ni de no perderlo entre el gentío que los frecuentaba, ni, aun consiguiendo ambas cosas, de no encontrármelo de frente en cualquier giro inesperado. Era mucho mejor no perder de vista su coche. Tarde o temprano volvería a él. La cuestión era cuánto tiempo debería yo permanecer allí, en medio de la calle a esas altas horas de la madrugada. En aquel momento me detuve a pensar que estaba corriendo un riesgo evidente. París no era nada segura por la noche. Había muchos pordioseros, y parados desesperados, y maleantes. Y yo llevaba quinientas libras encima. ¿Y si me asaltaban?

—¿Puedo ayudarla?

Me sobresalté. Un hombre se había acercado silencioso hasta mí, avanzando por mi espalda. Lo miré con el corazón encogido. Era un mendigo. Estaba sucio y apestaba.

—No. Márchese —le dije con brusquedad, intentando no traslucir mi temor.

—He observado que viene siguiendo a ese carruaje —dijo acercándose más a mí y mareándome con sus emanaciones corporales—.

Estaba sentado aquí, en la esquina, y la he visto correr detrás del coche.

—Márchese o gritaré —le contesté.

—No me hable así, señorita, se lo ruego. Hace dos días que apenas pruebo bocado. Sólo necesito unas monedas, unas pocas monedas. Haré lo que quiera por unas pocas monedas. Era aparcero en el campo hasta hace un mes. Estoy fuerte y sano. Si me lo propongo puedo seguir a ese carruaje hasta Calais.

Lo volví a mirar, aún con profundo recelo. En la penumbra sólo podía distinguir los ojos brillantes de mi «asaltante», adivinar su silueta y poco más. Era una locura confiar en un desconocido de ese aspecto. No obstante, ¿podría yo seguir el vehículo hasta donde fuese con ese corsé que me estaba asfixiando y con ese dolor en el costado?

—No llevo dinero encima.

—Tiene usted cara de honrada, señora. Dígame dónde puedo encontrarla mañana y yo me fío de que me pague.

Sacudí la cabeza y desvié la mirada.

—¿Por qué le sigue usted? —El mendigo no cejaba en su empeño—. ¿Quiere saber a dónde va? Yo le diré todo su recorrido, con pelos y señales. ¿Quiere saber con quién habla? Le daré su nombre y apellidos. Averiguaré lo que sea. Para usted es sólo una libra. Para mí es mi supervivencia.

—Quiero saber dónde vive y cómo se llama —cedí al fin. Yo no podría seguirle larga distancia, debía ser realista. Y la noche era peligrosa y atemorizante, y quizá la espera sería larga. Largas horas en la soledad y oscuridad expuesta a ser abordada por cualquier otro individuo que tuviera intenciones más aviesas que las que se adivinaban en mi actual interlocutor. Deseaba volver a casa.

—Conforme. Mire, me quedaré aquí hasta que salga, aunque tarde tres horas. Y luego lo seguiré. ¿Dónde quiere que la encuentre mañana?

—¿Cómo puedo fiarme de ti? —Pregunté al fin—. ¿Y si te quedas dormido mientras esperas? ¿Y si me mientes mañana?

—Tengo tanta hambre, señora, que es imposible que me quede dormido. Y si teme que le mienta, mañana podemos ir juntos a comprobarlo antes de darme el dinero. Yo también me arriesgo: ¿y si pierde el interés y mañana no aparece?

—Apareceré, te lo aseguro. Mañana a las diez, delante de la iglesia de Saint-Merri.

Al día siguiente acudí puntual a mi cita. Pero no tuve que esperar. Sentado en las escaleras de la iglesia estaba mi investigador privado. Se levantó nada más verme. A la luz del día su aspecto era igual de sucio y andrajoso, pero más inofensivo, con su rostro juvenil y sus ojos claros y de mirada nítida. Ciertamente parecía un buen muchacho. Un buen muchacho sin suerte, como muchos otros.

—¿Ha traído el dinero? —fue lo primero que me preguntó.

—Sí. ¿Y tú? ¿Has averiguado algo?

—Le dije que lo haría —contestó orgulloso—. Soy de fiar yo, a pesar de mi apariencia.

—Está bien, venga, suéltalo ya.

—Es un tipo importante, ¿sabe? —Repuso, dejando escapar un silbido—. Vive en un palacio fabuloso, en el Faubourg Saint-Germain. Es el conde de Coboure. Se llama Bramont, Paul François Bramont.

El conde de Coboure… El propietario de mi local…

Confieso que no lo había sospechado, pero encajaba perfectamente. Ni mi familia ni yo teníamos contacto alguno con personas de la elevada clase social a la que parecía pertenecer el individuo del bar Marie, y el conde de Coboure podía saber de mi existencia, de la del local y estar al corriente de nuestra apurada situación a través de los informes de su abogado.

De todas formas, todo seguía siendo bastante confuso. No acababa de imaginar para qué lo necesitaba el conde, ni por qué pagaba tanto por una sola noche, sobre todo teniendo en cuenta que siendo de su propiedad y adeudándosele ya dos meses de renta podía desahuciarnos y recuperar su posesión. Quizá calculaba que el desalojo forzoso requeriría tiempo y necesitaba el local en breve. Pretendía ocultar a alguien.

Casi me lo había confesado. Pero ¿para qué? ¿Y por qué precisamente ahí?

—¿Está satisfecha de mi actuación? —me preguntó el mendigo. Aún estábamos frente a la puerta de la iglesia de Saint-Merri.

Ya casi me había olvidado de él.

—Sí —le dije, mientras extraía una libra de mi bolso de mano y se la tendía—. Pero ahora vas a llevarme a esa dirección. Quiero saber exactamente dónde vive.

—Eso le costará otra libra.

—La fuente dineraria ya se ha agotado, amiguito —le dije, en un tono que no hubiese esperado de mí misma—. Te diré lo que te daré a cambio: una comida caliente.

—Preferiría una libra.

—Ya. A mí unas cuantas tampoco me irían nada mal.

—Está bien —se resignó—. Una comida caliente.

Atravesamos París a pie hasta la orilla izquierda del Sena y hasta el Faubourg Saint-Germain. La residencia del conde de Coboure se encontraba en una rica travesía salpicada de palacios. Observé con curiosidad las ventanas de la fachada, mas de pronto me inquietó la idea de que pudiera verme, así que no me entretuve. No consideré conveniente arriesgarme a que supiera tan pronto que había descubierto su identidad. Más adelante… quizá. Quizá algún día acabaría cruzando la puerta de aquellos muros.

Volví a casa en compañía de mi amigo mendigo, que me seguía como una sombra. Cuando llegamos frente a la entrada miré con cierta aprensión el felpudo. La noche anterior había dejado debajo las llaves de mi local para que el conde pudiera hacerse una copia. Me pregunté si las habría devuelto ya. Era casi mediodía. Lo levanté suavemente con la punta del pie. El corazón me dio un vuelco. Allí estaban las llaves, y junto a ellas una pequeña nota. Permanecí inmóvil, mirando el trozo de papel como si se tratara de una serpiente venenosa.

Mi acompañante, que dijo llamarse Daniel Lacroix, y que sin duda debía de estar más que asombrado tanto de los objetos encontrados bajo el felpudo como de mi reacción, se agachó, cogió ambos y me los tendió. Desplegué el escrito frente a mí, de forma que él no pudiese leer el contenido. El mensaje era muy escueto: *«Mañana, a partir de las nueve»*. Sentí un súbito vacío en el estómago. ¿Mañana? ¿Tan pronto? ¿Y si la noche anterior le hubiese dicho que no? ¿Hubiese tenido tiempo de encontrar otro sitio? ¿Tan seguro estaba que iba a aceptar?

—¿Se encuentra bien? —Me preguntó Daniel—. Se ha puesto pálida. ¿Malas noticias?

Tendría que llevar aquella misma tarde el camastro que me habían pedido. ¿Cómo llevarlo yo sola? Imposible. Necesitaba ayuda. ¿Iba a confiar lo ocurrido a mi hermana o a mi madre? No: si las cosas iban mal sería mucho mejor que no

estuvieran involucradas. ¿Y no llamaría la atención trasladar una cama a un taller? Sería preferible llevar sólo un colchón enrollado y cubierto con una manta o una sábana. Parecería un rollo grande de tela. Dado el tipo de negocio que tenía mi padre sería mucho más discreto.

¿Y después? ¿Me limitaría a esperar noticias en mi casa sin saber lo que estaba ocurriendo en mi local? No. Era evidente que me convenía estar informada a tiempo por si ocurría algo que no debiera ocurrir. Tendría que vigilarlo. Pero ¿cómo hacerlo sin ser vista?

Miré a Daniel. Él me ayudaría.

Daniel Grounard

La Miraneau cumplió su palabra. Me llevó a su casa, me presentó a su madre y a su hermana, que me miraron como si yo fuera una aparición de ultratumba y a ella como si fuese una desquiciada por traer allí a alguien tan nauseabundo, y bajo la estupefacción de ambas me condujo a la cocina y me sirvió un plato de lentejas y una buena ración de pan. Engullí sin levantar cabeza, mientras notaba a las otras dos mujeres observándome con curiosidad desde el pasillo, como si el acercarse más comportara peligro de infección. Oí que la madre cuchicheaba frases con la Miraneau que me parecieron de reprimenda, pero yo seguí centrado en la ocupación de llenar mi estómago con toda la celeridad que pude, no fuera a ser que alguien de pronto cogiera una escoba y me echara de allí como a una cucaracha.

Sólo después de haberme bañado y mudado con las ropas limpias que la Miraneau me dejó, percibí que era contemplado por las habitantes de la casa como un ser humano.

—¡Qué cambio!, ¿eh? —me animé a decir con satisfacción mientras me observaban boquiabiertas de hito en hito como si no pudieran creer que fuera la misma persona que habían visto antes.

Era cierto que el cambio era espectacular. No sólo ya no apestaba, cuestión importante para evitar provocar aversión, sino que, al deshacerme de mi barba mugrienta y de la porquería solidificada de mi cabello, mi rostro lampiño se había hecho visible. Y yo sabía, porque así me lo había dicho siempre mi madre, que tenía cara de no haber roto un plato en la vida. Mientras analizaban mi nuevo ser, les obsequié con la más amable e inocente de mis sonrisas.

—Sí… —murmuró la hermana, que se llamaba Edith, y que me pareció, lo juro, que se ponía colorada.

—Bien —continué, algo turbado por la reacción de la muchacha—. Han sido muy amables conmigo, pero no quiero abusar más. Me iré.

—No, por favor —exclamó la chica precipitadamente—. ¿No quiere tomar un

poco de café?

La madre y la Miraneau la miraron con pasmo.

—Eh… si no es demasiada molestia… —atiné a carraspear.

La Miraneau nos miró alternativamente con mezcla de alarma y contrariedad.

—No hay tiempo —interrumpió autoritaria—. Tienes que ayudarme a trasladar un colchón a un local.

—¿Un colchón? —Contesté sin borrar mi sonrisa—. ¿Es para nosotros dos? ¿No cree que es demasiado pronto? Aún no nos conocemos lo suficiente…

Miré a la muchacha, llamada Edith, para demostrarle que la broma se la dedicaba a ella, y recibí en recompensa una risa tintineante que me sonó de maravilla. La moza era bien bonita, y además simpática.

—Ven —me ordenó la Miraneau con sequedad.

La seguí a regañadientes, no sin antes lanzar a Edith una mirada de disculpa que recibió con una prometedora sonrisa. ¡Vaya!, me entusiasmé, ¡eso sí era suerte! Aún estaba embobado cuando la Miraneau me arrastró a un dormitorio y me explicó sus planes esforzándose en captar mi distraída atención. Había allí una cama cuyo colchón quería que trasladara a un local cercano. Eso me pareció medianamente cuerdo y acepté sin pedir nada a cambio. Pero después pretendía que al día siguiente me apostara en la calle y vigilara el lugar veinticuatro horas seguidas, y eso ya entraba de lleno en una excentricidad similar a la de perseguir de madrugada carruajes de condes desconocidos, así que me negué, y nos enzarzamos en un regateo que acabó con su promesa de permitirme dormir allí a partir de entonces si aceptaba. La tentación de tener un techo sobre mi cabeza —y de poder volver a ver a la chica, por qué negarlo— era irresistible y me avine, a pesar de que imaginé que nadie encarga a otro que vigile su propio local si no es que espera que ocurran cosas anormales.

Quitamos las ropas de la cama y enrollamos el colchón. Lo cubrimos con unas sábanas y una manta. Era pesado, grueso, relleno de lana. Me lo cargué al hombro, mientras la Miraneau trasladaba una palangana y una jarra de agua. El taller estaba dividido en tres dependencias: una nave de trabajo con mesas de costura, un almacén al fondo lleno de telas y utensilios, y una habitación destinada a despacho. La mujer entró en esta última, arrimó la mesa escritorio a la pared, y me indicó que dejara el colchón en el espacio que había quedado libre. Luego lo cubrió con las dos sábanas y la manta, como si fuera a servir de lecho. Yo me limité a seguir sus instrucciones y no hice pregunta alguna. No quería saber nada de nada. Bastantes problemas tenía yo.

No me llamaba Daniel Lacroix, como le había dicho. Tampoco era cierto que fuera aparcero, ni que llevara ya un mes en París. Le había mentido. Pero mis asuntos eran cosa mía, igual que los de ella eran cosa suya. Ni yo le preguntaba sobre sus cosas, ni quería dar explicaciones de las mías.

La Miraneau me permitió dormir en su local aquella noche, pero a las ocho de la mañana vino a buscarme para asegurarse de que lo dejaba todo en orden y ocupaba mi puesto de vigilancia. Quería que pareciera un vagabundo dormitando en una portería, a fin de no llamar la atención, así que me obligó a vestir nuevamente mis ropas sucias. Todo aquello era de lo más rarillo, pero yo seguí sin preguntar, no fuera a ser que me contestara, y me acomodé sin chistar lo mejor que pude frente al inmueble, preparado para pasar un día aburrido y otra noche en vela.

Yo soy de un pueblo llamado Villefont, situado en el sudeste de Borgoña, que forma parte de una baronía. El castillo del barón estaba situado justo en la plaza mayor, adosado a la iglesia. Era un edificio muy adusto, que a mí me parecía frío y feo, quizá porque su sombría presencia nos recordaba constantemente que teníamos un amo. En teoría ya no éramos sus siervos, pero de hecho el barón era dueño de todo. Era el dueño de la mayoría de los campos, del agua del río y hasta del molino. Para pasar por sus caminos teníamos que pagar un peaje. Nadie excepto él podía cazar ni cortar leña en los bosques. Los campos, en puridad, se habían ido vendiendo a los campesinos, pero a cambio de unas rentas perpetuas fijas, tanto si la cosecha era buena como si no, bajo pena de ser desposeídos de las tierras e incluso prendidos si no las pagaban.

Nosotros pagábamos por todo. Pagábamos los impuestos estatales, los locales, los diezmos a la iglesia, los derechos de peaje, el impuesto sobre la sal y los derechos del barón, y encima teníamos que prestar nuestro trabajo forzoso para las obras públicas y aportar hombres para el ejército. Mientras, el barón vivía ricamente, preocupándose tan sólo de recaudar aquí y allá, de contar su dinero y de ir de caza con otros nobles ricachones que como él también estaban exentos de pagar impuestos. Por todas partes se hablaba de la corrupción de los funcionarios y de los agentes de la Corona, pero la mayor corrupción era aquella legal que se desplegaba diaria e impunemente delante de nuestras narices.

Yo, por suerte, no era campesino. Era el hijo del panadero. Mi padre era el único panadero de la población. Hacíamos panes de diversos tipos. El mejor, hecho con la flor de la harina y con levadura de cerveza, era para el barón. Luego otro pan de calidad algo inferior, mezcla de harina blanca y sémola, era el que vendíamos a la mayoría de nuestros vecinos. Por último, el pan hecho con harina de cebada y con los restos que sobraban de la masa, era para los que no podían pagar el anterior.

El pan era la base de nuestra alimentación. Nada más levantarnos desayunábamos pan remojado con leche, o rebanadas tostadas untadas con mantequilla. Los campesinos, cuando iban a trabajar, se llevaban un buen pedazo que engullían a mediodía con queso, o si no tenían o no podían adquirirlo, refregado con ajo y cebolla. Al volver de los campos ingerían un caldo de legumbres en el que rehogaban

migas de pan, o, cuando podían, trozos de carne que cortaban encima de rebanadas para que el jugo no se perdiese y las empapase. No se concebía un día sin pan. El pan mataba el hambre. Sustituirlo por otro tipo de alimentos en cantidad suficiente para llenar el estómago estaba al alcance de muy pocos. No había día más largo que un día sin pan.

El barón de Villefont, con no sé qué motivo, quiso organizar una gran fiesta, una fiesta que durase todo el sábado y todo el domingo. Iban a asistir nobles ricos e importantes no sólo de la comarca, sino de toda la provincia. Esperaba por lo menos unos sesenta invitados. Todo el pueblo estuvo patas arriba durante la semana anterior. La baronesa quería que su vetusto castillo medieval luciera como el oro, y necesitaba manos. La mayoría de las jóvenes del pueblo tuvieron que ayudar a cambio de una paga mísera y de descuidar sus campos o sus otras tareas. Pero el follón no estalló hasta que el barón le dijo a mi padre que iba a necesitar todo el pan para los banquetes con los que pensaba agasajar a sus invitados. ¡Todo el pan! ¿Cómo todo el pan? ¿Y los demás qué? ¿Qué íbamos a comer los demás mientras duraran la juerga y diversiones aristocráticas?

Se armó un buen revuelo. La mañana de la víspera a que llegasen los foráneos nos reunimos en la taberna, y comenzamos a maldecir, y a insultar al barón y a toda su familia y a todos sus invitados y a las autoridades y al rey y a todo el mundo. Estábamos furiosos. ¡No vamos a dejar que nos quiten el pan! Eso gritábamos, y al final nos pusimos de acuerdo y fuimos en comandita hasta el molino. Rompimos la cerradura, entramos en tropel y lo saqueamos. Nos hicimos con toda la harina y con los granos que aún no habían sido molidos. Lo dejamos vacío. Mientras cargábamos con los sacos alguien vino corriendo a advertir que el barón había enviado un mensajero a Mâcon para pedir auxilio a las autoridades. Nos dispersamos como por arte de magia, pero no soltamos el botín, que desapareció en los sótanos, buhardillas, cocinas y corrales. Algunos hasta lo enterraron. Cuando llegaron las fuerzas del orden, varias horas después, registraron todas las casas, pero no encontraron ni un solo grano, ni un solo saco de harina.

El barón quería encarcelar al pueblo entero. El juez de Mâcon, sin embargo, le hizo razonar. Le dijo que le señalara a los cabecillas o que escogiera unos cuantos de entre los más revoltosos, que eso bastaría para dar una buena lección a los demás. Mi prima trabajaba como ayudante de cocina en el castillo. No sé cómo se enteró de que yo estaba en la lista negra, pero vino a advertirme de que al día siguiente vendrían a prenderme.

No esperé a que amaneciese. Huí aquella misma noche hacia París. De eso hacía diez días. Llevaba tan sólo tres en la capital. Me llamo Daniel Grounard. Pero Daniel Grounard debe de estar siendo buscado por la policía, así que, a partir de ahora, me haré llamar Daniel Lacroix.

La verdad es que no sabía lo que la Miraneau esperaba que viese. En cuanto se abrieron las tiendas y tenderetes del mercado, el tráfico y el bullicio fueron considerables. El desfile de vehículos y carros por la calle Saint-Denis era constante. De la portería que conducía al patio interior donde estaba el local de la Miraneau, común con otros locales y viviendas, entraba y salía gente con frecuencia. ¿Era todo aquello normal? ¿Había algo que debiera remarcar?

Un carro descendía en aquellos momentos por la calle Saint-Denis. Era grande, de cuatro ruedas, tirado por dos caballos robustos. Lo conducía un hombre barrigón, vestido pobremente, que ocultaba su rostro bajo un sombrero de paja, aunque no así las greñas canosas que le sobresalían cubriéndole el cuello. Transportaba cajas de verduras. No podía distinguir muy bien de qué tipo de alimentos se trataba, pero yo diría que eran lechugas, o coles, o algo por el estilo.

Se detuvo frente al edificio en cuestión, echó el freno y bajó del vehículo. Abrió los portalones de la portería de par en par y volvió a subir al pescante, interrumpiendo mientras tanto el tráfico. Intentó entonces entrar, pero no efectuó una maniobra lo suficientemente amplia y el carro se encalló contra la esquina de la pared. Refunfuñó y bajó de nuevo para examinar el terreno. Los conductores de los demás coches, que se habían detenido a causa de su maniobra, empezaron a protestar con gritos e insultos. El individuo volvió a tomar las riendas y obligó a los caballos a retroceder, despertando sus relinchos que armaron un buen escándalo. Pero no reculó en la dirección apropiada y sólo consiguió volver a topar con la misma esquina. Se oyó el crujir de alguna tabla de madera al ceder por el golpe. Aquel individuo sabía tanto de conducir carros como yo de bailar el minué. Los demás conductores, impacientes y exhibiendo un humor de perros, iniciaron maniobras para soslayarlo, y el hombre tuvo que esperar a que la calle volviese a despejarse. Dudé unos instantes, pero al final, aunque sólo fuera para que dejara de armar jaleo, me levanté y me dirigí hacia él.

—¡Eh, amigo! —le dije—. ¿Te echo una mano?

—Pues… si tiene la bondad…

«Si tiene la bondad…» Vaya forma de hablar. Supuse que el extraño sujeto formaba parte de los líos de la Miraneau, pero seguí sin hacerme cábala alguna. Subí al vehículo y conseguí hacerlo pasar por el umbral hasta el patio interior comunitario del inmueble. La puerta del local de la Miraneau estaba a la izquierda, pero yo me hice el loco. No tenía por qué saber nada más. El individuo me dio las gracias y me ofreció unas monedas, gesto que me confirmó que no era un carretero corriente. No había pensado en cobrarle nada, pero no se me ocurrió rechazarlas. Salí y oí cerrarse los portalones detrás de mí, y sin mirar volví a ocupar mi antigua posición.

Caía la tarde. Ya cerraban los puestos del mercado. Me acurruqué envuelto en mi manta, dispuesto a pasar allí el resto de la noche. Quizá me adormecí un poco

después de cenar el pan con queso que me había dado la Miraneau. Me desperté intermitentemente durante la madrugada, sólo para constatar lo incómodo que estaba, la soledad de la calle, y la ausencia de movimiento en la portería en cuestión.

Al amanecer el vecindario recuperó su actividad. Ya transitaban los carros que venían de los campos para descargar en el mercado. También salió mi amigo, el rico vestido de pobre, conduciendo el suyo. El cargamento estaba igual que la víspera. Pasó por delante de mí, pero no me hizo señal alguna. Yo fingí que dormitaba.

Aunque las instrucciones que había recibido habían sido muy imprecisas, supuse que mi misión había terminado. Me levanté, me desperecé y fui en busca de la Miraneau. A pesar de que la hora era muy temprana, estaba despierta y vestida. Llevaba el mismo atuendo que el día anterior. Creo que no había llegado a acostarse.

—Durante el día entró y salió gente constantemente. También entró un carro de verduras, que salió hace unos diez minutos. Eso es todo.

—¿Quién iba en el carro?

—Un hombre.

Se precipitó a la calle, sin ni siquiera ponerse un chal. La seguí de mala gana porque, a pesar de mis cabezaditas, estaba muerto de sueño. Fuimos hasta el local.

—¡No entres! —exclamó cuando llegamos a la puerta.

Obedecí y permanecí en el umbral. Ella, sin embargo, entró. Trazó una trayectoria anormal, avanzando arrimada a la pared, como evitando pisar el suelo por el centro. Cuando estuvo a cierta distancia, se arrodilló y pegó la cara al pavimento. Pobre mujer, estaba como una regadera, pensé.

—Hay huellas de dos personas aquí. Mirando el polvo a contraluz se distinguen —dijo de pronto, enderezándose.

—Mire, a mí no me líe. En el carro había sólo un hombre.

—Di mejor que tú sólo viste a un hombre —me corrigió.

—Bueno —repuse con desinterés—, como quiera. ¿Puedo dormir ahora?

Me miró sin verme, pensando en sus cosas. Luego avanzó hacia donde me encontraba y cuando estuvo a mi lado, asintió mudamente sin detenerse y salió.

Yo me adentré hasta el cuartito donde sabía que estaba el colchón. Al lado de la palangana descubrí, tirado en el suelo, un pañuelo oscuro, de esos que las mujeres se ponen para cubrirse la cabeza. No estaba allí el día anterior.

Marionne Miraneau

Al tercer día, tal y como el conde me había prometido, encontré en el buzón de mi puerta una nota que me indicaba un nombre y una dirección. El nombre era Richard Bontemps, y la dirección, calle Saint-Marc, entre las calles Richelieu y Montmartre.

Fui hasta allí. A mitad de travesía descubrí un gran taller de confección, que debía

de ser, por lo menos, tres o cuatro veces más grande que mi local. Sus puertas abiertas, dos enormes hojas de madera maciza, daban directamente a la calle. Encima del umbral colgaba un letrero que rezaba: «Bontemps e hijos.» Pregunté por el dueño y me indicaron las oficinas situadas en el primer piso de la portería contigua. Subí y llamé a una puerta en la que lucía una placa de bronce con el mismo nombre.

—¡Está abierto! —respondió una voz ronca.

Abrí con cautela y entré. Era una estancia de un solo ambiente, que se abría al exterior mediante tres ventanas desnudas, de cristales sucios. En medio de la sala, separadas entre sí y enfrentadas la una a la otra, había dos mesas escritorio, tan desgastadas y saturadas de papeles como las librerías que las rodeaban. Tras cada una de ellas había sentado un hombre. Uno de ellos, el mayor, debía de rebasar los sesenta. Era voluminoso, de ojos oscuros, algo hundidos, enmarcados en un rostro redondeado por unas mejillas gruesas y colgantes. Su afeitado no era apurado y en su piel brillaban reflejos canosos. Llevaba puestas unas lentes de montura fina de oro, sujetas con una cadena del mismo metal. El otro, el más joven, debía de estar próximo a los cuarenta. Ambos tenían un notable parecido físico que revelaba su relación paterno-filial. No había nadie más en las oficinas de Bontemps e hijos.

Los dos hombres me miraron expectantes. Decidí dirigirme al padre.

—¿El señor Bontemps? —pregunté.

—Servidor —repuso mientras bajaba la cabeza para poder examinarme de arriba abajo por encima de sus lentes.

—Mi nombre es Marionne Miraneau —me presenté.

Desvió la mirada y reanudó su actividad de apuntar números en una libreta.

—Lo sé —dijo secamente—. Hoy estoy muy ocupado. Vuelva dentro de quince días.

¿Quince días? Pero ¿qué decía aquel buen hombre? Cada día sin ingresos resultaba demasiado caro para que quince no se convirtieran en una verdadera catástrofe para mi economía familiar. Miré consternada al joven, sin querer aceptar que estaba siendo despachada. Éste esbozó una semisonrisa relajada y arqueó las cejas señalando a su padre, como animándome a que insistiera.

Avancé unos pasos, hasta que la falda de mi vestido rozó la mesa.

—Supongo que el conde de Coboure le ha hablado de mí —tanteé.

Levantó la vista de su tarea, con expresión de contrariedad.

—¿El conde de qué? —gruñó—. No conozco a nadie que se llame así.

—Pero… —respondí confusa— alguien le ha hablado de mí, ¿no?

Dejó la pluma y cruzó sus manos encima de la mesa.

—Ya le he dicho que vuelva dentro de quince días.

—No puedo esperar quince días —insistí.

—Y yo no puedo atenderla ahora, señorita —se irritó él.

Había una silla junto a la mesa y me senté en ella, o, mejor dicho, me dejé caer en ella mientras lo miraba con determinación.

—Entonces esperaré hasta que pueda hacerlo.

—Pero ¿qué hace? —Protestó, mientras era víctima de un acceso de tos, una tos que removió algo turbio en sus pulmones y que le congestionó el rostro—. ¡No puede quedarse aquí!

—Lo que no puedo hacer es marcharme, señor Bontemps —le contesté, suavizando el tono para no provocar innecesariamente su enojo, que parecía de fácil efervescencia—. No sé si está usted al corriente de mi situación…

Tosió un poco más, carraspeó y se quitó las lentes, dejando que reposaran sobre su nutrido pecho, colgando de su cadenilla. Lanzó un suspiro con el que intentó imponerse tolerante paciencia y abrió un cajón de su escritorio, del que extrajo una pequeña caja de rapé esmaltada y montada en plata.

—Sí, señorita. Estoy al corriente de su situación —dijo, mientras golpeaba dos veces la caja cerrada—. Y, como soy mucho más viejo y tengo mucha más experiencia que usted, voy a darle un consejo desinteresado: vuélvase a casa. —Abrió la cajita y llegó hasta mí el reconocible aroma del tabaco—. Vaya a ayudar a su madre y busque un marido que cuide de usted. Es joven y guapa. Si mi mujer encontró uno —añadió, sonriendo por su sagacidad—, usted no tendrá problemas.

También sonreí amablemente, agradeciéndole la simplicidad de su consejo, pero repuse:

—Créame que si tuviera otra opción no estaría aquí.

—Quien pensó en introducirla a usted en este oficio —continuó en tono de reprimenda— ni lo conoce, ni tiene idea alguna de cómo funciona. ¡Sólo así se explica que se le haya ocurrido semejante disparate! Esto no es como reunirse a tomar el té con otras señoras a cotillear sobre las tendencias de la última moda, ¿sabe usted? —expuso mientras comprimía los polvos con una pulgarada y pellizcaba luego el rapé con el índice y el pulgar—. Éste es el mundo de los negocios, de la competencia, de la rivalidad. Todo son problemas: los obreros quieren más sueldo, los proveedores aumentan los precios, la competencia intenta quitarte los clientes, éstos no pagan, las máquinas se estropean y los bancos piden intereses desorbitados por los préstamos. —Se llevó el pellizco que había mantenido entre los dedos a la nariz y sorbió por ambas ventanillas con fuerza, arrugándola y moviéndola después, intentando minimizar sus muecas. Cuando recuperó la paz con su atacada pituitaria, me miró, satisfecho de su elocución, y añadió, con tono paternal—: Váyase a su casa y dentro de unos meses me lo agradecerá. Todo se arreglará, ya lo verá. Dios aprieta, pero no ahoga. Tenga confianza.

—Y la tengo señor —repuse persistente—. Tengo confianza en que podré sacar adelante el negocio de mi padre.

Frunció nuevamente el ceño.

—¿Cree que todo el mundo sirve para esto? ¡Pues se equivoca! Ahí tiene, por ejemplo, a mi hijo —añadió señalándolo acusadoramente—. He intentado que mame este negocio desde que nació, y a pesar de ello es un auténtico inútil. Si le dejara al frente de esto, nos arruinaría en una semana. Y si mi propio hijo no sirve, ¿qué se puede esperar de una mujer? ¡Váyase a casa, le digo!

Miré al otro Bontemps, aturdida por aquella inesperada y, a mi parecer, innecesaria humillación a la que su padre lo había sometido. No obstante, aquél no parecía afectado. Se limitó a encogerse de hombros.

—Lo que a mí me gusta es escribir —aclaró con voz pausada.

—¡Escribir, escribir…! —Refunfuñó el viejo, mientras extraía de su bolsillo un pañuelo manchado con restos de rapé y se sonaba con él para expulsar el que ahora tenía en la nariz—. Tú lo que quieres es ser un muerto de hambre, eso es lo que quieres ser —continuó mientras terminaba de limpiarse y volvía a guardar la usada prenda—. ¡Bueno, ea, se acabó la conversación!

Volvió a tomar la pluma, agotada ya toda la paciencia de la que parecía capaz, y se concentró en su trabajo, intentando ignorarme. Me acordé entonces de las palabras que me había dicho el conde de Coboure en el bar Marie.

—Creo que estaba usted en deuda con una persona —me atreví a decir con calculada contención—. ¿He de entender que no va a saldarla?

Me miró como si acabara de abofetearlo. Se levantó con energía, tanta que hizo caer la silla a sus espaldas con gran estrépito.

—Pero ¿cómo se atreve? —rugió enrojeciendo—. ¡Yo no le he negado mi ayuda, señorita! ¡Sólo he intentado evitar que pierda usted miserablemente el tiempo y que cometa un grave error!

—Se lo agradezco —repuse, levantándome a mi vez para permanecer a su altura. De hecho, yo era un palmo más alta que él—. Pero ya le he dicho que no tengo otra opción.

—Testaruda, ¿eh? Muy bien. ¡Usted lo ha querido! Vamos a ver, ¿qué sabe usted hacer? —interpeló—. ¿Sabe leer y escribir?

Casi me ofendí.

—Por supuesto, señor —contesté—. Sé leer y escribir incluso en latín. He estudiado música y solfeo, arte, literatura e historia. Y he leído a los clásicos.

—¡Bah! ¡Todo eso no sirve para nada! —Cogió enérgicamente un trozo de papel, untó su pluma en el tintero y garabateó unos números. Luego me tendió la hoja, sacudiéndola delante de mí—. ¡Sume esto!

Cogí el folio. Había escrito una columna de tres números, de tres cifras cada una de ellas. Hice el cálculo, razonando con torpeza bajo la presión de la severa y enojada supervisión del señor Bontemps. Luego se lo presenté, sonrojándome ante el

advenimiento de la previsible reprobación. Le echó un rápido vistazo y repuso:

—Ha tardado usted mucho y el decimal no es un nueve, sino un ocho. Lento y mal. Ahora hágame usted a mí la misma prueba.

—Estoy segura de que debe de hacerlo muy bien, señor —contesté molesta.

—Escriba tres números de cuatro cifras y súmelas. Asegúrese esta vez de que están bien sumadas. Luego cántemelas y yo, calculando de memoria, le daré el resultado. ¡Vamos, no se duerma!

Suspiré con contrariada resignación e hice como me pedía. El hombre se había vuelto de perfil a mí y esperaba con las manos cruzadas a la espalda, balanceándose sobre sus pies, con la cabeza alta, impaciente por exhibir sus habilidades.

—¿Ya está?

Le canté los números. Elevó la vista hacia el techo, subió y bajó mecánicamente sobre sus talones un par de veces y al cabo se giró hacia mí y me dio una cifra.

—¿Es correcta? —preguntó.

—Sí.

—Y rápido, ¿eh? —exclamó reventando de orgullo.

—Estoy impresionada, señor.

Levantó la silla que había dejado caer anteriormente y se sentó de nuevo, con expresión de satisfacción.

—Bien —concluyó—. ¿Ve aquella mesa auxiliar de allí? —dijo, señalándome una pequeña, llena de papeles, que estaba arrinconada frente a una ventana—. Pues siéntese y practique sumas, restas, divisiones y multiplicaciones. Cuando haya conseguido la suficiente agilidad mental, pasaremos a la siguiente lección.

—Pero… —protesté.

—¡Vamos, vamos…! —Me increpó ventilando su mano—. ¡Que no tengo todo el día, yo! Ya me ha hecho perder bastante tiempo.

Consideré oportuno obedecer y no replicar. A su manera me había aceptado, que era lo esencial. Así que me senté en el pequeño pupitre. Reconozco que mi formación en matemáticas y cálculo había sido muy deficiente. Al día siguiente el señor Bontemps me sometió a una nueva prueba, y no encontrando el resultado satisfactorio me volvió a desterrar a mi rincón, dejándome sola otra vez con los números. ¡Aquello era infernal! Llegué a sospechar que pretendía desalentarme y que me mantendría en esa ocupación poco molesta para él por tiempo indefinido. Pero finalmente, un día pasé su examen.

Entonces me inició en la teneduría de los libros de contabilidad. Era un trabajo más distraído que el anterior, pero muy minucioso. También me familiarizó con los efectos de comercio, las letras de cambio y los pagarés. Cuando tuviera todo eso dominado, me dijo, cuando conociera al dedillo todo el trabajo de despacho, bajaríamos a planta y me enseñaría a distinguir las diferentes clases y calidades de

telas y de materiales, y a conocer en profundidad la producción. Y sólo cuando supiera todo eso, me permitiría tratar directamente con sus proveedores, sus clientes y sus bancos. Me enseñaría a negociar y a olerme los engaños, me dijo, lo más importante de todo.

Quizá para él eso fuera lo más importante. Para mí lo esencial era que aquel buen hombre me estaba dando una verdadera oportunidad de salir adelante, y que bajo sus maneras gruñonas y malhumoradas latía un mal disimulado orgullo e íntima satisfacción de poder transmitir cuanto sabía a alguien que lo valoraba y lo agradecía con toda el alma.

Capítulo VII

André Courtain

La víspera había recibido una enigmática citación para comparecer ante el secretario de la reina. Tuve que esperar algunos minutos en la antesala de la biblioteca del rey, donde iba a tener lugar la reunión. Uno de sus balcones estaba abierto y para pasar el rato me asomé a él. Proyectaba sobre el patio principal del palacio. El día estaba nublado y cargado de humedad.

—Marqués, puede pasar —me anunció el ujier.

Entré. No había estado antes en aquella estancia. Era amplia, clara, revestida de librerías en todas sus paredes, excepto en la zona reservada a la chimenea, que estaba encendida. Había una mesa escritorio y otra de consulta, redonda, amplia.

Mi asombro fue mayúsculo al comprobar que no sólo estaba presente el secretario de la reina, sino también ésta misma, el rey y el jefe de policía de París, Thiroux de Crosne. Luis estaba de pie, detrás de su escritorio; María Antonieta, sentada junto a la chimenea. Su secretario y el jefe de policía permanecían derechos entre ambos monarcas. Los cuatro formaban un semicírculo abierto que me observaba con gravedad mientras el ujier cerraba las puertas al salir de la estancia.

—Le agradecemos que haya acudido a nuestra llamada con tanta prontitud —dijo Luis en cuanto las puertas se cerraron—. Ha ocurrido un acontecimiento que consideramos grave y preocupante. ¿Quiere tomar asiento? —me invitó, mientras él hacía lo propio.

Me senté en una butaca, frente a la reina, intentando superar mi estupefacción. Los otros dos nos imitaron.

—Por favor —continuó Luis dirigiéndose a Thiroux de Crosne—, ¿puede poner al marqués al corriente de los hechos?

—Con vuestra venia, sire —introdujo éste, y luego, dirigiéndose hacia mí, anunció altisonante—. Jeanne de Saint Rémy La Motte se ha fugado de la casa de corrección de mujeres de la Salpêtrière.

Dicho esto me observó, esperando mi reacción. Reflejé sorpresa y moderada conmoción, mientras cavilaba qué tendría que ver todo eso conmigo.

—Si este suceso nos preocupa tan gravemente, marqués —intervino Luis—, no es por el hecho en sí mismo de la fuga de esta mujer, sino por los calumniosos y pérfidos rumores que personas malintencionadas han extendido por todo París y que apuntan a que la reina ha sido la artífice de semejante maniobra presuponiendo su intervención en ese enojoso asunto del collar. Su honor está comprometido y nuestro

deber como rey y como esposo es aclarar lo antes posible todo este asunto y acallar de una vez por todas a los calumniadores.

—Puede creerme si le digo —moduló María Antonieta con ojos vidriosos— que soy muy desgraciada. Ya sólo me encuentro a gusto recluida en las habitaciones de mis hijos. La última vez que acudí al teatro fui recibida con silbidos e insultos. La señora Vigée Lebrun no se ha atrevido a exhibir en público el último retrato que me hizo por miedo a que fuese ultrajado. El jefe de policía, aquí presente, me ha sugerido que no vuelva a dejarme ver por París porque no podría garantizar mi seguridad. En estos mismos salones y pasillos de Versalles se me gira la cara. Ya ni siquiera guardan las formas y me afrentan abiertamente. En mi tocador, en mi escritorio, entre las ropas de mi cama o en la servilleta de mi mesa, encuentro panfletos que me insultan y me calumnian despiadadamente. Por todas partes siento el odio, marqués, un odio que me hostiga sin compasión.

Y no contentos con eso quieren acabar de poner a toda la opinión pública en mi contra involucrándome en la fuga de esa mujer. Contésteme usted si puede, ¿qué les he hecho yo?, ¿qué quieren de mi?[6]

Siguió un consternado silencio. Era evidente que María Antonieta no esperaba de mí la respuesta a esa pregunta y a nadie se le ocurrió palabra alguna de consuelo que no sonara a falsa u oportunista, porque era cierto que el descontento general se estaba ensañando especialmente con ella.

—Deseamos que dirija usted la investigación de este asunto —reveló Luis.

Me quedé atónito. Ya me temía algo semejante por el rumbo que había tomado la conversación, pero me había resistido a darle crédito. Miré al jefe de policía, que era a quien correspondía esa competencia. No parecía sorprendido. Sin duda ya se le había informado antes de mi llegada.

—Será para mí un honor serviros, sire —repuse sumamente inquieto por la grave responsabilidad que me caía encima—. Pero no sería honesto si no confesara que no tengo la más mínima experiencia en asuntos de esta índole y que desconfío de mi propia capacidad para concluir con éxito una investigación tan complicada y delicada.

—Evidentemente contará con la incondicional e inestimable colaboración del jefe de policía y de todo el cuerpo —reafirmó Luis mirando a éste con intención.

—Por supuesto —se apresuró a contestar el interpelado.

—Bien —exclamó Luis levantándose—. Pues eso es todo. No quisiéramos robarle más tiempo —continuó, dirigiéndose de nuevo a Thiroux de Crosne.

Éste se dio por aludido y se levantó rápidamente. Yo iba a hacer lo mismo, pero Luis interrumpió mi acción diciendo:

—Le rogamos que se quede unos minutos más, marqués. Aún tenemos otro asunto que tratar con usted.

De Crosne me miró con una expresión de sorpresa que, no obstante, supo corregir. Hizo una profunda reverencia al rey y a María Antonieta, y tras despedirse del secretario y de mí con una inclinación de cabeza, se retiró de la estancia.

Cuando se hubo cerrado la puerta, aún prevaleció el silencio durante algunos instantes. Luego Luis salió de detrás de su escritorio. Con movimientos lentos y pausados tomó una de las sillas que descansaba junto a la mesa redonda y la colocó frente a la chimenea, cerca de María Antonieta y de mí. Se sentó. El secretario de la reina hizo otro tanto. No distábamos unos de otros más que escasos palmos.

—Debe de haberle extrañado que le confiemos a usted esta misión —comenzó Luis.

No me pareció oportuno contestar con una rocambolesca frase cortesana, y repuse llanamente, con sinceridad:

—Así es, sire. Creo que no soy la persona más adecuada.

—Se equivoca —repuso Luis con cierto deje cansino—. Hay otra complicación que por el momento preferimos guardar en la más estricta confidencialidad, porque aún tenemos la esperanza de poder evitarla, pero que ha arrojado una clara luz en todo este asunto.

Luis hizo una pausa y miró de soslayo al secretario invitándolo a intervenir.

—Hemos sabido —me informó éste— que en cuanto La Motte llegó a Londres un editor británico le ofertó una importante suma de dinero a cambio de sus Memorias, que han de hacer especial hincapié en su amistad con la reina.

—¡Su amistad conmigo! —Resopló María Antonieta con reprimido gesto de desesperación—. ¡En mi vida he intercambiado una sola palabra con esa horrorosa mujer! ¡Tiemblo de pensar en las mentiras y calumnias que es capaz de inventar!

—Estamos convencidos —continuó el secretario— de que su fuga de la prisión y esta propuesta para que edite sus Memorias no son dos actos independientes, sino que todo ello ha sido organizado por las mismas manos con el propósito de desprestigiar a la reina.

—Tenemos el convencimiento —me dijo Luis con calma—, de que la huida de esta mujer ha sido organizada desde arriba, por personas muy próximas a Nos, y por móviles políticos. Es por eso que lo hemos llamado.

—Perdonad, sire —farfullé confuso—, pero no acabo de entender…

—He solicitado a la duquesa de Polignac —intervino María Antonieta— que se traslade a Londres a entrevistarse con esa mujer para intentar convencerla, contra entrega de una importante suma de dinero, de que desista de publicar esas pretendidas Memorias. Y si he recurrido a una amiga tan querida para que realice tan ingrata labor es porque ya apenas si puedo fiarme de nadie, ni siquiera de muchos que antes alardeaban de ser mis amigos y que me han abandonado en cuanto no han podido seguir aprovechándose de mi generosidad para lucrarse.

Hizo una pausa y posó en mí su mirada humedecida. Me impresionó el drástico cambio que se había operado en aquella mujer. Cuán distinta era la María Antonieta que ahora tenía delante de mí de la que yo había tratado antes de que comenzara el proceso contra el cardenal de Rohan. Había desaparecido de su rostro aquella expresión alegre y liviana, aquella coquetería galante y jovial. Su porte, su vestimenta, sus maneras, sólo traslucían ahora tristeza y gravedad.

—Deseo descubrir a los autores de esta conspiración —continuó—, pero, sobre todo, deseo que queden desenmascarados ante la opinión pública. Que el pueblo sepa que ha sido utilizado y manipulado por unos desaprensivos y que yo nunca tuve nada que ver con este escandaloso asunto del collar. Y para ello necesito que alguien de mi estricta confianza, alguien que me sea fiel y leal, alguien que no pueda ser blanco de presiones políticas o de despreciables maquinaciones, ponga su celo en esta investigación y se asegure de que no van a destruirse o a ocultarse las pruebas de mi inocencia.

Inclinó su cuerpo hacia adelante, extendió su brazo derecho y me tendió la mano. Respondí a su invitación, tomándosela con la mía izquierda. Noté sus dedos fríos y secos.

—Usted, amigo mío, ha defendido públicamente mi nombre aún sabiendo que ello le acarrearía la enemistad de muchos. Intervino activamente para intentar evitarme esta humillación que me ha infligido el Parlamento. Me ha demostrado su lealtad y confío en usted. Por ello he solicitado al rey que le encargue la investigación de este asunto. Le ruego que no me defraude cuando más lo necesito.

Me oprimió la mano para reforzar su petición, una petición tan personalísima que, viniendo de ella, tuvo la virtud de conmoverme profundamente.

—Le doy mi palabra, Señora, de que pondré en este asunto todo mi empeño —repuse.

—Bien, bien —aprobó Luis—. Sabíamos que podríamos contar con usted.

Ahora sí que la reunión había terminado. Hice una reverencia al rey y a la reina y me dirigí hacia la puerta. Cuando casi estaba a punto de traspasarla, Luis me dijo:

—Marqués, es posible que en este asunto estén involucradas personas a las que conozca personalmente o con las que, incluso, tenga relaciones de amistad. Aunque así fuera, sea inflexible.

Me pregunté si se refería a alguien en concreto o si sólo era una advertencia. De cualquier forma, repuse:

—Lo seré.

Marionne Miraneau

La noticia de la evasión de Jeanne de La Motte no tardó en extenderse por todo París

provocando el consecuente torrente de rumores, comentarios, debates y hasta artículos en octavillas que las propias vendedoras del mercado facilitaban bajo mano a sus buenas clientas. Cuando llegó a mi conocimiento, quedé paralizada en medio de la calle, con la mano crispada sobre el papel cuya comprensión me dificultaba la impresión que me había llevado. ¡La Motte! Quizá la fugitiva más famosa de los últimos años, la más célebre, en realidad, que yo recordara en toda mi vida. ¡La Motte! Tuve que buscar un sitio apartado donde sentarme, porque las piernas me flaqueaban. Lo hice descuidadamente sobre unas cajas amontonadas y arrimadas a una pared junto a la salida de un almacén de carne, mientras el trasiego de transportistas, comerciantes y consumidores continuaba delante de mí.

La Motte. Había sido ella. Era ella, sin duda, la que se había ocultado en mi local. No era necesaria una aguda perspicacia para llegar a esa conclusión. Eran demasiadas las coincidencias para que se debieran meramente al azar. Después de que Daniel me enseñara el pañuelo que había encontrado en el local, que no era mío ni de mi madre ni de Edith, era evidente que quien había pernoctado allí había sido una mujer. Ambos acontecimientos, la fuga de La Motte y la misteriosa visita a mi local, habían tenido lugar el mismo día. El hecho de que sólo se hubiera podido ver al conductor del carro demostraba que la mujer iba oculta en su interior, pues no pudo haber entrado de ninguna otra forma, y, por tanto, si debía esconderse, que se trataba de una prófuga. Y el que fuera una persona de tanto renombre como ella explicaba la intervención de alguien de la talla del conde de Coboure. No cabía pues duda alguna de que yo, sin saberlo, había participado en la huida de esa mujer.

La noticia había sido tan sorprendente e impactante que tardé en recuperar mi serenidad de ánimo. No obstante, a medida que la iba aceptando, empecé a pensar que, paradójicamente, el hecho de que se tratara de La Motte, y no de cualquier otro criminal corriente, debía tranquilizarme en lo que a mi seguridad se refería. Era sabido por todo el mundo que esta fuga había sido auspiciada por la reina, en recompensa por haber silenciado la condenada su intervención en el asunto del collar. Así pues, estando la reina detrás, no era de temer que las autoridades iniciasen investigación alguna en aras a descubrir a los culpables. El propio maître Desmond me había dicho que el conde de Coboure había sido amigo íntimo de la reina, lo que corroboraba la teoría de la intervención de ésta, pues sin duda el conde había actuado bajo su beneplácito o siguiendo sus propias directrices. Y si él había actuado por orden de la soberana, yo, indirectamente, también, de forma que, en contra de las apariencias, yo estaba del lado de la autoridad. Aquella reflexión hasta me arrancó una sonrisa de alivio, y levantándome ligera y recompuesta, volví tranquilizada a mi casa.

André Courtain

Inicié las investigaciones de inmediato.

Empecé por visitar la prisión, para conocer las circunstancias exactas en las que había tenido lugar la evasión. Fue sorprendente descubrir que la fugada no se había valido de agujeros en la pared ni de cerraduras forzadas; se había limitado a salir de su celda y de la propia prisión sin encontrar impedimento alguno y sin que, al parecer, nadie se percatara inmediatamente de ello.

Tal facilidad demostraba que la presa había contado con la connivencia de alguien interno, así que solicité de la Oficina Policial de Cárceles y Correccionales la lista completa del personal de la Force de la Salpêtrière a fin de saber quiénes habían tenido la ocasión de colaborar en la huida; y de someter, a éstos y al resto, a un interrogatorio.

—¿Cuál era su actividad la noche en cuestión?

Era ya el sexto trabajador que interrogaba y comenzaba a perder la esperanza de obtener algún tipo de información que me resultara provechosa. Todos decían no saber nada y no haber visto nada, con más temor en sus semblantes que sinceridad. Por de pronto sólo había podido averiguar que dos de los empleados no se habían vuelto a presentar a sus puestos a partir de aquella fecha; es decir, habían huido también, y fácil era deducir de ese hecho su participación en el caso. Uno de ellos era la celadora de la galería donde estaba la celda que ocupó la prisionera. El otro era el vigilante de la puerta de entrada a la prisión. No había duda de que la fuga la había propiciado el soborno de los dos desaparecidos.

—Señor, yo soy un pobre desgraciado —me respondió encogiéndose sobre sí mismo para hacer más creíble aquella afirmación— que da gracias al cielo por este humilde trabajo que su señoría debe de considerar despreciable pero que a mí me concede la dignidad de poder alimentar a mi familia. Mi labor consiste en algo tan burdo, pero a la vez tan necesario, como recoger los desperdicios de la cocina y trasladarlos a uno de los vertederos que hay en las cercanías de la ciudad.

—¿Y no viste salir a nadie que te llamara la atención?

—No, ilustrísima. Habitualmente no permanezco en la calle más tiempo del necesario para cargar los sacos de desperdicios en el carro, y luego vuelvo a la cocina para buscar los restantes. Voy y vengo, voy y vengo, ¿comprende? Y mientras estuve allí, no vi salir ni entrar a nadie; antes al contrario, ni siquiera entró quien parecía que debería haberlo hecho.

—¿Qué quieres decir? ¿A quién te refieres?

—Oh, a nadie, señoría, a nadie. A nadie importante. No era más que un carro de verduras.

—¿Un carro de verduras? ¿Y qué tiene de particular?

—Bien —repuso bajando la voz—, a mí me pareció inhabitual. Claro que yo, con mi poco entendimiento, no lo relacioné con este asunto. Pero ahora que su señoría,

con su gran perspicacia, me hace reparar en ello… Sí, es extraño en verdad, porque se detuvo delante de la puerta y el cochero permaneció sin moverse, cuando lo normal hubiera sido que entrara en el patio o descargara la mercancía. ¿Acaso esperaba a alguien? —Arqueó las cejas.

—¿Viste subir a alguien en el carro?

—Ay, ilustrísima, ya hubiese querido yo tomarme un pequeño descanso para recuperar el aliento, pero el trabajo me reclamaba y no me quedé allí para observar. Ahora lamento haber sido tan diligente. Si, por el contrario, hubiese sido un vago holgazán, habría permanecido allí ocioso mirando las estrellas y al misterioso carromato y ahora le podría ser de mucha más utilidad.

—Tienes mucha verborrea para ser tan ignorante como pretendes. ¿Tienes algo más que decirme, que no sea mera charlatanería?

—No excelencia, salvo que ningún cargamento de verduras fue conducido a la cocina, y en realidad, nadie allí lo esperaba. Si se me permite la deducción, yo diría que se fue igual que llegó.

No obtuve más información de los demás. Nadie más pareció haber visto o recordar el carro de verduras, y, en cuanto a las visitas que había recibido La Motte en los días previos a su fuga, habían sido tantas que era imposible deducir nada de ellas. Al parecer, toda la aristocracia había ido a verla, hasta lo había intentado la propia princesa de Lamballe, quien además tuvo que pasar la vergüenza de que la presa no quisiera recibirla.

De momento había conseguido dos pistas: los vigilantes desaparecidos y el carro. Tenía, pues, la misión de descubrir si los dos primeros aún permanecían en París y el itinerario del segundo.

La ficha policial de los empleados me condujo hasta la vivienda de éstos. Como era de esperar, ambos habían desaparecido sin dejar señas. El vigilante de la entrada a la prisión era de origen inglés, nacido en Birmingham, y quizá hubiera regresado a su tierra, y de la celadora no se sabía nada. Eso me privaba, por el momento, de seguir aquella pista y opté por centrarme en la del carro.

Recientemente se había levantado en torno a París una muralla que pretendía asegurar el pago de impuestos sobre las mercancías que entraban a la capital. Esta muralla, sin ningún valor defensivo y con único objetivo impositivo, se abría mediante barreras aduaneras que estaban vigiladas por efectivos de la Compañía de Infantería de la Guardia de París, que dependía, en su escalafón superior, del jefe de policía. Gracias a su autorización recabé el listado de los que habían estado de guardia el día de la fuga, y todos ellos fueron interrogados. Ninguno recordaba ningún carro de verduras pasado el mediodía, que era cuando se había descubierto la fuga. Pudiera ser que no repararan en algo tan poco llamativo, pero el tránsito de mercancías solía tener lugar a primera hora de la mañana, cuando llegaban los

proveedores de la ciudad o cuando salían los parisinos que abastecían las poblaciones vecinas. Claro que también los vigilantes de la puerta en cuestión podían haber sido sobornados, pero al menos ninguno de ellos había huido como los vigilantes de la Salpêtrière.

Cabía, por tanto, la posibilidad de que La Motte hubiese pernoctado en la ciudad. No era descabellado. De haber salido inmediatamente se arriesgaba a que la noticia de su fuga hubiese llegado a las puertas de la muralla antes que ella y a que los guardias estuviesen alertados, con el consiguiente peligro de ser descubierta. Lo cierto es que la diligencia en dar la alarma había sido tan deficiente como todo lo relacionado con ese asunto, así que sin duda las hubiese pasado sin dificultad, pero no podía saberlo y hubiese sido imprudente. Habría sido más cauto ocultarse aquella noche en cualquier barrio de París y salir a la mañana siguiente escondida en el carro de verduras, fácilmente camuflada entre el gran volumen de carruajes que a aquella hora entraban y salían de la capital, cuando ya todos la supondrían huida la víspera en carruaje o en barco por el Sena.

Todas las suposiciones eran posibles, pero decidí estudiar la segunda opción, porque si había salido inmediatamente de París, poco más iba a aportarme la pista del carro. Por el contrario, si se había ocultado aquella noche en la ciudad, descubrir dónde podía ser sumamente ilustrativo.

Marionne Miraneau

Permití que Daniel siguiera durmiendo en el local hasta que tuviera ingresos con los que sufragarse un alojamiento propio. Y lo cierto es que no tardó en conseguir trabajo en el mercado. Primero fueron faenas temporales y esporádicas: cargaba y descargaba mercancías, limpiaba almacenes, hacía recados… Le pagaban por horas, que tenía que negociar cada vez que le hacían un encargo. Pero era un chico desenvuelto y extrovertido, y esas cualidades, junto a la ventaja de su extrema juventud, le habían hecho ganarse la simpatía de la mayoría de los comerciantes. Se detenía a conversar con ellos y había logrado que lo conocieran en todo el barrio. Al cabo de unas semanas nos dio la buena noticia de que el señor Martin, el panadero, lo había tomado como ayudante. Al parecer, en algún momento de su misterioso pasado, Daniel había conocido el oficio de panadero.

Poco después de encontrar empleo en la panadería, Daniel dejó el local sin que yo tuviera que pedírselo, lo que me alivió en grado sumo, y se trasladó a una buhardilla de un inmueble de la calle Aux Fers, un habitáculo minúsculo que compartía con otro muchacho llamado Gérard con el que había entablado amistad.

El recinto resultaba extremadamente pequeño para ellos dos, porque, además de ser de reducidas dimensiones, el tal Gérard, no sé por qué medios, había conseguido

una aparatosa imprenta y la tenía allí instalada. Con ella imprimía folletos y panfletos que distribuía gracias a la intervención de un librero ambulante de muy dudosa reputación conocido como señor Hugot. Gérard solía acudir a las inmediaciones del Palais Royal y ofrecía a escritores desconocidos la posibilidad de publicarles sus trabajos. Tanto podían ser artículos de contenido político como poemas e incluso anuncios y textos de contenido erótico. A todos les cobraba por ello. Luego entregaba las publicaciones al señor Hugot, y si se vendían éste le ofrecía una parte de los beneficios que obtenía.

En puridad, sólo podían venderse aquellas publicaciones que hubiesen pasado el control de la censura y tuvieran la autorización de la policía. La libertad de prensa no existía. Cualesquiera otras eran ilegales y podían ser decomisadas en cualquier momento. Pero las publicaciones clandestinas eran tantas que en la práctica ya habían dejado de serlo. De hecho, al señor Hugot lo mejor que le podía ocurrir era que las autoridades declarasen prohibida alguna obra, porque desde ese momento ésta adquiría tal fama que podía venderla bajo mano triplicando y cuadruplicando su precio. De esa forma, con ese tráfico ilegal, era como obtenía sus mayores beneficios.

En definitiva, el compañero de Daniel actuaba fuera de la ley imprimiendo y distribuyendo publicaciones no autorizadas; su socio, el señor Hugot, la violaba directamente vendiendo libros prohibidos, y mucho me temía yo que Daniel colaboraba con ambos para conseguir mayores ingresos.

Pero lo peor es que los trabajos preparatorios de dichas actividades tenían lugar en mi casa, donde se reunían Daniel, el tal Gérard, un amigo de éste llamado Jacques y mi hermana, que no había dudado un instante en zambullirse en la empresa con fervoroso entusiasmo. Y es que, desde que Edith conoció a Daniel, había cambiado mucho. Dejó de ser una niña despreocupada y desocupada para convertirse en una activista política que transpiraba entusiasmo y rebeldía, probablemente influida por sus nuevas relaciones, pero también porque ya despuntaba la mujer que había en ella, y porque Edith nunca había sido ni tímida, ni sumisa, ni conformista.

Además, sospechaba que entre Daniel y Edith había más de lo que ambos declaraban, pero ella no me había dicho nada y yo no quería preguntar. Me hacía la desentendida, a fin de evitar convertir su relación en oficial. No es que tuviese nada personal contra él, pero reconozco que lo consideraba insuficiente para lo que mi hermana merecía. También había omitido hacerle comentario alguno a Edith en ese sentido, porque una vez que lo había insinuado me había acusado agriamente de tener prejuicios clasistas. Y sí, era cierto, los tenía. Puede que estuviera mal, pero no lo podía evitar. Aquel muchacho era agradable, incluso para una muchacha de la edad de Edith, hasta atractivo, pero apenas si sabía leer y escribir, no tenía ninguna educación ni parecía tener aspiraciones de adquirirla, y, por el momento, no tenía ningún porvenir.

Una tarde en que Alain, el hijo del señor Bontemps, me acompañó a casa en coche, lo invité a subir. Le había comentado con despreocupación que uno de los amigos de mi hermana tenía una imprenta, y desde entonces estaba loco porque se lo presentara. Deseaba publicar alguno de sus escritos y estaba dispuesto a pagar, dijo, lo que le pidieran. Le sugerí que no se mostrara tan desprendido o se aprovecharían de ello, pero no me pareció que valorara en mucho mi consejo.

Cuando entramos en la vivienda, el entusiasmo de la cuadrilla volcada sobre la mesa redonda del salón era superior al habitual. Habían traído gran cantidad de papeles de diferentes tamaños y caligrafías que habían esparcido sin orden aparente por encima de la mesa, en torno a la que se agrupaban todos.

—¡Marionne! —Exclamó mi hermana con expresión exaltada en cuanto atravesé la puerta—. ¡El Parlamento de París se ha opuesto al registro de los nuevos impuestos y ha vuelto a reclamar la convocatoria de los Estados Generales! ¡Míralo! —Exclamó hundiendo sus manos entre los papeles—. ¡Todas las plumas se han puesto a escribir sobre ello! ¿No quieres leer algún artículo? Los hay que son formidables.

Yo no había seguido de cerca los acontecimientos políticos. Demasiados problemas y preocupaciones personales había tenido en los últimos meses, que aunque parecían encarrilados en modo alguno estaban aún solucionados. Todavía no había iniciado la explotación del negocio, no teníamos ingresos de clase alguna, las quinientas libras habían empezado a menguar y en su mayor parte serían necesarias para la inversión inicial, y no sabía si después de tanto esfuerzo el negocio sería o no rentable tras el cierre temporal y habiendo entrado en vigor el acuerdo que liberalizaba el comercio con Inglaterra y que restaba competitividad a nuestros productos textiles. No sabía si aquella casa que Edith parecía considerar un valor seguro seguiría siendo nuestra al cabo de un año o si habría tenido la necesidad de venderla. De forma que, ¿qué me importaba a mí el Parlamento de París y sus actuaciones? Lo doloroso era que, si bien había sido yo misma la que había intentado que mi familia sufriera lo menos posible, comprobaba día a día que me encontraba absolutamente sola en mi angustia, y esa soledad cada vez me costaba más de sobrellevar. Mi hermana y mi madre se comportaban como si todo estuviese solucionado y todavía disfrutáramos de los prósperos tiempos en los que vivía mi padre, y me veían a mí como la aguafiestas que había decidido caprichosamente agriarse el carácter.

No obstante, las noticias políticas habían llegado a mis oídos, como a los de todo el mundo. Después de la disolución de la Asamblea de Notables, el Gobierno había presentado las reformas rechazadas por ésta a los parlamentos; pero el de París se había negado al registro de las relativas a los nuevos tributos y había solicitado la convocatoria de los Estados Generales argumentando que eran los únicos que podían aprobar nuevos impuestos. Así que el rey se había visto obligado a imponer el

registro por la fuerza mediante un *lit de justice*. sesión que permitía al monarca ordenarlo directamente supliendo de tal forma la omisión del Parlamento. Cabe entender que estos *lit de justice*. como actos extraordinarios que eran de imposición de la voluntad regia sobre la de los parlamentos, no despertaban ninguna simpatía.

—Lo siento amigo —dijo Jacques a Alain tras las oportunas presentaciones, señalando con un gesto de cabeza todo el material que tenían esparcido sobre la mesa —, pero en este momento lo que nos sobran son escritores. —Miró a los demás y continuó—. No vamos a poder imprimir todo eso. Tendremos que hacer una selección. Y pensar que hace unos meses teníamos que buscarnos la vida por los cafés del Palais Royal, y ahora no damos abasto con tantas peticiones.

Paseé una mirada observadora por el mueble. Ciertamente estaba cubierto por numerosos manuscritos desparramados sin orden alguno. Un documento me llamó la atención, pues estaba impreso. Lo cogí.

—Es el acta de la sesión del Parlamento, del *lit de justic*. de ayer —me informó Jacques—. He conseguido una copia.

Señores:[7] […] Es siempre con pena que me decido a hacer uso de la plenitud de mi autoridad y a no recurrir a las formas ordinarias; pero mi Parlamento me constriñe a ello hoy, y la salud del Estado, que es la primera de las leyes, me obliga a ello.

¡Eran palabras del rey!, descubrí con sorpresa. Era el discurso que el rey había pronunciado ante los magistrados del Parlamento, trascrito en aquella acta. ¡Vaya! ¿Qué le dice un rey a un Parlamento díscolo que se niega a aceptar sus leyes? Seguía el discurso del guardasellos:

Así, reducido a la triste necesidad de aumentar las imposiciones, el rey ha de preferir que los tributos sean pagados a su Tesoro por la clase más acomodada de sus súbditos.

Elevé la vista hacia Jacques.

—¿Estamos seguros de que queremos oponernos a esto? —dije—. ¿Ahora estamos en contra de que los ricos paguen impuestos?

Jacques sonrió con suficiencia, y examinando rápidamente el papel por encima de mi hombro, señaló con su índice unas líneas y leyó:

—«Pero considera [el rey] que por la constitución de la monarquía él es el único administrador de su reino; que debe transmitir su autoridad a sus descendientes tal y como la ha recibido de sus augustos ancestros.» A esto es a lo que tenemos que oponernos. —Me miró—. Nosotros no estamos en contra de la imposición de la subvención territorial; estamos en contra de la monarquía absoluta. Pero tenemos que aprovechar la oposición que se ha puesto en marcha con motivo de aquélla, subirnos

al carro, ¿comprendes?, incluso empujarlo, aunque de momento lo estén conduciendo las clases privilegiadas. Y cuando ellas quieran pararlo, que querrán hacerlo mucho antes que nosotros, deberemos seguir empujándolo hasta llegar donde a nosotros nos interese llegar.

—Caramba, ¡qué clarividencia! En fin, espero que sepáis lo que hacéis.

—Vale la pena que leas las palabras del presidente del Parlamento, que pronunció su discurso después del guardasellos… mira, aquí: «En la imposibilidad en que se encuentra, sire, vuestro Parlamento de votar por unas imposiciones tan opresivas, no puede sino reiterar las más vivas instancias al efecto de suplicar a Vuestra Majestad, por el mantenimiento de su autoridad […]» ¡Fíjate en el reto! «que le plazca acordar la convocatoria de los Estados Generales […].»

—¡Pero Marionne…! —me reclamó Edith—. ¿Cómo puedes quedarte tan impasible? ¿No te das cuenta de lo que significa? ¡Es lo más emocionante que le ha pasado a este país en años… qué digo en años, en décadas, en siglos, en milenios! ¡Los Estados Generales! ¡Por fin vamos a poder meter baza nosotros, nosotros, y no sólo los privilegiados!

—¡Eh, eh! —exclamó Jacques—. No echemos tan pronto las campanas al vuelo. El Gobierno no va a aceptar, así como así, la convocatoria de los Estados Generales. Tenemos que estar preparados para movilizarnos. El rey tiene al ejército y a la policía, pero el Parlamento ha de tenernos a nosotros. Hay que estar dispuestos a salir a la calle en su defensa, si es necesario. Hemos de publicar los artículos que inciten a la acción, los que enfaticen la necesidad de no dejar pasar por alto esta ocasión. Aquí tenemos material más que de sobra. Sólo se trata de que lo seleccionemos bien. Venga, manos a la obra. Mañana deberíamos repartir un buen número de ejemplares.

—Si me lo publicáis, soy capaz de escribir un artículo tan incendiario como me pidáis —intervino de pronto Alain.

—Marionne —sonrió Jacques—, ¿tienes pluma y tintero?

Al día siguiente, Alain tuvo la satisfacción de ver publicado por vez primera un artículo suyo, y de observar cómo éste era leído por decenas de personas en los cafés y clubs del Palais Royal, al que se trasladó para poder presenciar en persona el reparto de los folletos. Se sentía feliz. Parecía que después de aquello considerara que ya lo había conseguido todo en la vida y que podía morir en paz.

—Entonces, ¿ha valido la pena? —le pregunté.

—¿El qué?

—Venderse. Venderse por una publicación.

Me miró ofendido.

—No me he vendido. Creo en lo que he escrito.

Alain y yo no volvimos a hablar sobre el tema. Supuse que seguía encontrándose con Daniel, Jacques y Gérard, pero por unos días evitó hacerlo en mi casa. Le había

ofendido porque había acertado en mi reproche. Puede que Alain creyera en lo que había escrito, pero no en cómo lo había escrito. Él era un hombre centrado y razonable, y su artículo estaba sobrecargado de incitación a la rebelión. Era lo que Daniel y Jacques querían y lo que él nunca hubiese redactado por propia iniciativa.

Al primer artículo siguieron otros. Ahora que no tenían que buscar material como antes, sino que éste los buscaba a ellos, dejaron de ceder la venta de su folleto al señor Hugot y lo repartieron ellos mismos. Los acontecimientos políticos reclamaban cada vez más la atención popular, así que vendían publicaciones a porrillo. La imposición por la fuerza del registro del edicto estableciendo la subvención territorial y de la declaración sobre el impuesto del timbre exacerbó la indignación de los parlamentarios, que declararon el registro nulo e ilegal; y hasta acusaron al antiguo ministro Calonne de malversador de fondos públicos y ordenaron su detención. El Gobierno anuló esta orden, pero tal era ya la incertidumbre de en quién residía realmente la autoridad, que hasta el propio ex ministro decidió refugiarse en Inglaterra.

Yo, por mi parte, intentaba continuar con mi propia vida, y todo cuanto ocurría en las altas esferas me parecía demasiado alejado de mí como para que tuviera que preocuparme seriamente. Incluso consideraba el interés de los demás por los acontecimientos políticos como mero entretenimiento, pues ¿qué nos importaban a nosotros, en realidad, las peleas entre el Parlamento y la Corona? Nuestra vida estaba en nuestras casas, en nuestros trabajos, en conseguir el pan de cada día. Y a ese fin yo seguía acudiendo al taller del señor Bontemps y trabajaba con ahínco para aprender cuanto pudiese, e, interiormente, iba concibiendo ya mis propios planes para la próxima inauguración de mi taller, mientras mi hermana se divertía correteando por las calles para vender folletos con sus amigos.

André Courtain

—Señor, con todos mis respetos, lo que pide es imposible.

Era el comisario principal del barrio de Les Halles. La entrevista tenía lugar en sus oficinas, y el hombre estaba cómodamente reclinado en el sillón que se ocultaba tras su mesa impoluta. Era gordo y panzudo, y tenía aquel aire de inflexible superioridad que los cargos importantes provocan en los individuos mediocres.

—No debe de haber reparado —continuó— en que éste es el gran mercado de la ciudad, señor. Decenas y decenas de carros de verduras recorren diariamente sus calles. ¿Cómo pretende que alguien recuerde el recorrido de uno en concreto, del que, además, no facilita dato alguno de identificación? Ni aún con la mejor voluntad es posible una labor de esa índole. Lo lamento.

—Antes de perder toda esperanza se podría preguntar a los componentes de la

patrulla nocturna que estuvieron de guardia aquella noche. Quizá alguno de ellos recuerde algo.

—La patrulla, señor —repuso el hombre en el tono del que habla con quien es incapaz de entrar en razón—, está para vigilar que no haya alborotos ni desórdenes, no para fijarse en pacíficos carros de verduras estacionados en mercados.

—Tengo entendido que la policía también cuenta con la colaboración de observadores, de… ¿cómo los llaman?

Lanzó un enorme suspiro y elevó los ojos a las alturas, en un gesto de impaciencia.

—Supongo que ya sabe —continué, siendo yo el que empezaba a perder el buen humor— que esta misión me la ha encomendado Su Majestad el rey personalmente. Excuso decir que será informado de la colaboración que me preste usted en este asunto. Si se consiguiera alguna pista importante gracias a ella, qué duda cabe que se tendrá en cuenta a la hora de sopesar posibles futuros ascensos. Pero lamento decirle que es también mi obligación informarle de lo contrario, si no encuentro la necesaria.

Me miró largamente.

—Infórmese sobre mi influencia en la corte, comisario —añadí, al comprobar que mi primer aserto había hecho su efecto—. Estoy seguro de que no quedará defraudado. —Me levanté y aduje, con seca autoridad—: Volveré dentro de una semana. Espero que tenga un informe preparado que refleje el interés que sin duda le merece este asunto.

Contestó con la misma mirada, seria y concisa, mientras observaba silencioso e inmóvil cómo salía de su despacho.

Volví transcurrida una semana, tal y como había prometido. Me recibió alegre y jovial, con una amplia sonrisa, y hasta tuvo la cortesía de hacerme una reverencia.

—Pase, pase, excelencia. —Ahora ya me designaba con esa dignidad—. Podrá informar a Su Majestad de que no hemos escatimado esfuerzos para servirle.

—¿Tiene noticias?

—Así es, así es. Un milagro. ¡Un verdadero milagro! Tenía razón, no hay que perder nunca la esperanza. Pero deje que se lo explique con todo detalle —añadió mientras tomaba asiento en su sillón— para que comprenda el gran despliegue que hemos organizado. Como usted sugirió interrogamos a los guardias de la patrulla nocturna que estuvo de servicio aquella noche, pero ninguno recordaba nada. Luego citamos a todos nuestros informadores, los del barrio, se entiende, también con resultado infructuoso, hasta que uno de ellos que vive en la calle Saint-Denis nos comentó que un día, mientras comía en su casa, le llamó la atención el relincho de unos caballos en la calle, pues al parecer armaban un buen escándalo. Se asomó a la ventana y vio un carro cargado de verduras que intentaba entrar en la portería del inmueble que tiene enfrente. Se había encallado contra la esquina de la pared, de ahí

que los animales armaran alboroto. Le pareció extraño porque dice que en esa portería sólo hay dos locales: una pescadería y un taller textil que estaba inactivo desde que falleció su titular, y que nunca antes había visto entrar allí mercancías de esa clase. También he de decirle, antes de lanzar las campanas al vuelo, que el hombre no recordaba la fecha con exactitud, pero nos dijo que podría haber sido ese día. En fin, luego hemos hecho averiguaciones sobre ese inmueble. Tiene un patio en su interior, en el que convergen tres puertas en la planta baja: la pescadería y el taller textil que, efectivamente, está inactivo, y la entrada a una casa de siete viviendas, una en el principal y dos en sus restantes tres pisos. Hemos confeccionado una lista con el nombre de todos los propietarios e inquilinos. Aquí la tiene usted.

Me alargó un papel, que tomé. Antes de examinarlo, le pregunté:

—¿Los ha interrogado?

—No —repuso, enrojeciendo levemente como si le hubiese sorprendido cometiendo una negligencia—. No quise alarmar al vecindario antes de hablar con usted. Me dijo que era un asunto reservado, que debía llevarse con discreción…

—Así es, así es —lo tranquilicé—. Ha hecho un buen trabajo. Subrayaré a Su Majestad la ayuda que me ha prestado y lo haré constar en mi informe.

Sonrió complacido y cruzó las manos sobre su vientre, con satisfacción.

Examiné la lista. Pasé nombre tras nombre, sin que ninguno de ellos me dijese nada especial. Hasta que de pronto, al llegar al del propietario del taller textil, me sorprendí. Reconozco que todavía no había barajado ningún nombre en concreto, pero precisamente él…

—¿Algún conocido, marqués?

«Es posible que en este asunto estén involucradas personas a las que conozca personalmente o con las que, incluso, tenga relaciones de amistad», me había dicho Luis. En el listado constaba el nombre de Paul François Bramont, conde de Coboure, como propietario del local textil. «El propio Voltaire dijo que la mejor forma de Gobierno era la república…» «No hay que tener tanto miedo a las revoluciones…» «Quizá tome en consideración sus palabras y me convierta en lo que usted llama un hombre de acción. Y puede que entonces se arrepienta de lo que me ha dicho hoy aquí.»

No, no había que precipitarse. Después de todo, sólo tenía un carro de verduras que un día indeterminado había entrado en un edificio en el que Bramont tenía un local en propiedad. La fugitiva pudiera no haberse ocultado en el carro. Pudiera, además, no ser el mismo carro. Y pudiera no ser el día. Y Bramont debía de tener propiedades esparcidas por todo París.

En cualquier caso, era una pista, y no podía descartarla. De forma que salí de la comisaría en compañía de los dos alguaciles y me dirigí hacia la vivienda de los inquilinos del taller textil.

—¿La señora Miraneau? —inquirí, consultando la lista, a la joven que me abrió la puerta.

—Es mi madre —me contestó abriendo los ojos como platos ante la visión de los dos hombres uniformados que me acompañaban—. ¿Quién pregunta por ella?

—André Courtain, marqués de Sainte-Agnès —anuncié—. Se trata de una visita oficial. Tengo que hacerle unas preguntas.

Marionne Miraneau

Una noche, al llegar a casa, mi madre y mi hermana me salieron al encuentro en el mismo recibidor, antes incluso de que pudiera desprenderme de la capa, como si me hubiesen estado esperando con impaciencia. Fue entonces cuando me lo dijeron, con expresión mezcla de inquietud e incomprensión. Me contaron que aquella mañana se habían presentado dos alguaciles en nuestra casa, en compañía de un tal marqués de Sainte-Agnès, que había querido visitar y examinar nuestro local mientras les interrogaba sobre un carro de verduras que presuntamente había entrado en él ocultando a un prófugo de la Justicia.

¡La policía en mi casa…! Lo que tanto había temido, el motivo por el que había hecho que Daniel pasara en la calle la noche en cuestión, había ocurrido después de casi tres meses sin ninguna noticia ni novedad, cuando ya creía conjurado cualquier peligro.

—¿Y qué contestasteis? —pregunté, todavía agarrotada por el impacto de la noticia.

—¡Y qué íbamos a decir! ¡Que se trataba de un error, por supuesto! —exclamó mi madre.

—¿Y se fueron?

—Sí, claro, supongo que comprendieron que se habían confundido. ¿Sabes tú algo de esto, Marionne?

Negué en silencio, aturdida. Luego me encerré en el despacho. Necesitaba ocultarme a su vista, o mi madre acabaría dándose cuenta de mi angustiosa preocupación. Permanecí unos momentos absorta, apoyada en la puerta que acababa de cerrar tras de mí. ¿Era posible que se llevase a cabo una investigación, a pesar de todo? Dios mío, entonces, mi suposición contraria había sido errónea. Pero ¿cómo habían llegado hasta mi casa y sabían del local y del carro de verduras? Me senté tras la mesa, con el alma aterida. Entonces una carta que había sobre ella llamó mi atención. Era de maître Desmond. La cogí y la abrí. Con una redacción depurada y recargada, me recordaba que estaba próximo a expirar el trimestre de condonación de las rentas y que debería reiniciar el pago a su término, o, en caso contrario, hacer entrega de la posesión del local.

¡Qué rápido había pasado el tiempo! Ya dicen que las desgracias nunca vienen solas. Tenía que pagar ya el alquiler. Calculé rápidamente. No estaría preparada para retomar el negocio hasta, como mínimo, unos tres meses más. Las quinientas libras habían desaparecido en parte, a pesar de nuestros esfuerzos por economizar. Tenía que mantener a mi familia durante ese período en que no tendríamos ningún otro tipo de ingreso, y, además, para reiniciar la actividad necesitaría hacer una inversión inicial. Claro que podría pedir un préstamo, pero ofreciendo el piso como garantía, y si las cosas no iban bien, ¿qué sería de nosotras? Nos veríamos literalmente en la calle. La vivienda era lo último que me quedaba, el último recurso, y no podía arriesgarla. Tardaría unos cuantos meses en conseguir que el taller empezara a rendir, y mientras tanto tendría que soportar los costes del alquiler, personal y suministros, sin ingresos. Era imposible. Quinientas libras no daban para tanto.

El pánico volvió a hacer presa en mí. Hacía apenas una hora mi horizonte estaba despejado y veía mi porvenir con optimismo y esperanza. Pero esta visión se había basado en una falsa representación de la realidad. Las quinientas libras habían sido sólo una bocanada de aire, y la perspectiva de poder regentar el negocio sólo una ilusión, pero en verdad seguía estando en el fondo del negro pozo. No conseguiría salir adelante. Iba a perder el local en breve, y tendría que vender el piso, por lo que nos veríamos obligadas a malvivir en uno de aquellos miserables áticos amueblados. Y no era cierto que la fuga de La Motte no fuera a ser investigada y yo estuviera segura. Lo estaba siendo, y yo ya era sospechosa, y acabarían por detenerme, juzgarme y posiblemente condenarme. Mi situación no sólo no había mejorado desde mi entrevista en el bar Marie, sino que había empeorado, pues ahora no sólo me amenazaba la pobreza, sino algo mucho peor, a pesar de la atrocidad de la anterior.

¡Menudo engaño había perpetrado sobre mí el conde de Coboure!, sonreí con amargura. Qué ingenua y estúpida había sido. Qué poco le había costado inducirme a caer en la trampa. Él, por su posición, debía de saber que se llevaría a cabo una investigación, que la participación de la reina iba a ser ocultada y disimulada en lo posible ante las propias instituciones y autoridades del reino, y había buscado una cabeza visible tras la que parapetarse. Yo. Una pobre desgraciada en difícil situación económica dispuesta a todo por un poco de dinero y que nada sabe y de nada va a enterarse. Me convence con el cebo de las quinientas libras y la esperanza de poder continuar regentando mi negocio, y me presenta ciertamente a quien pueda enseñarme, pero no amplía el plazo completamente insuficiente de carencia en el pago del alquiler porque se reserva la intención de recuperar el local y rentabilizarlo lo antes posible, ya que en realidad no piensa esperar a que yo esté en condiciones de hacerlo, ni siquiera confía en que en alguna ocasión llegue a estarlo. Ha cumplido escrupulosamente su palabra, pero sólo en la forma, no en el fondo, como el Diablo, con quien nunca se puede pactar, pues por mucho que se concreten las condiciones

siempre acaba engañando sin que se le pueda reclamar. De manera que el conde lo consigue todo: la fuga de la evadida con el consecuente agradecimiento de la reina por el servicio prestado, la inmunidad ante las autoridades pues soy yo la incauta que ocultó a la evadida, y la recuperación del local para volverlo a alquilar. Por mi parte, me hundo en la ruina, en la miseria y en la penuria, pero ése no es su problema.

Ése no, pero el conde sí tiene otro que desconoce. Desconoce que descubrí su identidad y que sé quién está al frente de la investigación. Desconoce que puedo presentarme ante el marqués de Sainte-Agnès y declarar y atestiguar en un posible posterior juicio que fue el conde quien me pidió la posesión del local la noche de la evasión. Desconoce que mi suerte y mis actuaciones no le son tan indiferentes como cree y que el insecto pisoteado tiene un aguijón con el que él no contaba.

Había llegado el momento de hacerle una visita al conde de Coboure.

Capítulo VIII

1

Marionne Miraneau

Serían aproximadamente las ocho de la tarde cuando llegué a la residencia del conde de Coboure. Reparé en la piedra exterior. Los arcos, las columnas, los frontones, las cornisas… Barroco. Debía de tener apenas un siglo de antigüedad. Barroco tardío, sobrio, reposado y de corte clasicista, con líneas rectas horizontales y verticales entrecruzándose regularmente en su fachada, siguiendo probablemente las directrices constructivas de la Academia de Arquitectura del Louvre de entonces. Puede que estudiar Arte no sirviera de nada, como despreció el señor Bontemps, pero el saber siempre confiere, como mínimo, una íntima satisfacción. Aunque no aligeraba en nada mi problema, me dije, mientras, tras subir los cuatro peldaños que daban entrada al edificio, me armaba de valor y determinación para llamar a la puerta principal, consciente, más de lo que lo había sido hasta ese momento, de lo difícil de la misión que me había llevado hasta allí.

Tardaron tanto en responder que por tres veces tuve que violentar mi fuerza de voluntad para repetir la llamada y vencer la tentación de desistir y marcharme de allí. Por fin se abrió la solemne puerta, tras la que me recibió la expresión adusta de un individuo impresionante con su traje de librea. De un solo vistazo me examinó de arriba abajo. Por mi indumentaria y mi carencia de carruaje o medio alguno de transporte debió de deducir que mi categoría era muy inferior a la del dueño de la casa, porque utilizó un tono altanero y falsamente amable al decirme:

—Buenas tardes. ¿Qué desea usted?

—Desearía ver al conde de Coboure —manifesté, con la máxima cortesía de la que fui capaz.

—¿La espera a usted? —inquirió arqueando las cejas con escepticismo.

—Dígale que soy Marionne Miraneau. Marionne Miraneau —insistí.

—Marionne Miraneau —repitió él, con un deje que me pareció despectivo—. ¿Cree que el dato será suficiente para Su Excelencia?

—Haga la prueba —repuse, de forma ya poco amistosa.

Lo consideró unos segundos y luego replicó, recuperando su falsa y rígida amabilidad:

—Sígame, haga el favor.

Se apartó para cederme el paso. Penetré en el amplio vestíbulo, en el que se

erigían unas fabulosas escaleras de mármol con balaustrada, adornadas en sus paredes con frescos que reproducían escenas cortesanas. Mi guía me condujo, no obstante, hacia la izquierda, y atravesamos una galería tan ancha como el salón principal de mi casa, abierta en su muro interior por arcadas de vidrieras a través de las cuales se divisaba un jardín, y adornada, en su pared interior, por una sucesión de bustos alzados en sus pedestales y estatuas en su mayoría de tamaño natural. Cada una de aquellas obras de arte debía de costar una fortuna. ¿Para qué necesitaba el conde mi alquiler? ¿Por qué una persona que tenía todo aquello arruinaba la vida de otra por el miserable alquiler de un modesto local?

La galería desembocaba en una sala amplia y cuadrada que a pesar de su tamaño no parecía tener otra función que la de servir de antesala o distribuidor. Más allá continuaba la galería, tras otra puerta pareja y frontal a la que habíamos atravesado.

—Espere aquí, por favor —me indicó, señalándome unos taburetes acolchados de madera dorada arrinconados junto a la pared.

Hice ademán de obedecer su indicación de sentarme, pero en cuanto mi simpático guía hubo desaparecido, permanecí de pie, demasiado inquieta para someterme a la inmovilidad. Paseé por la estancia, observándola con curiosidad. Su decoración arquitectónica era recargada y ostentosa, con abundancia de molduras doradas de motivos vegetales en puertas y techo, a diferencia de la galería clasicista, blanca y luminosa que acabábamos de atravesar, quizá construida en fecha posterior. Las paredes estaban hendidas por no menos de cinco puertas, cuatro principales de doble hoja y una de servicio que distinguí a pesar de estar disimulada. También esta sala tenía hermosos frescos en el techo, con figuras y motivos alegóricos representativos de las artes, y cuatro espléndidos cuadros repartidos en cada una de sus cuatro paredes, todos ellos pertenecientes a la escuela manierista, probablemente francesa. Luego anduve lentamente hasta el umbral más allá del cual proseguía la galería. Era similar a la anterior, pero abierta en lugar de acristalada, y adornada con jarrones orientales. A través de sus arcadas se divisaba un claustro reducido, con una fuente ornamental en su centro, donde una petrificada figura femenina semidesnuda dejaba caer agua de su cántaro. Miré hacia arriba. El edificio debía de tener unos tres pisos, sin contar con la buhardilla. Me pregunté cuántas habitaciones tendría aquel palacio.

—Señorita —oí que llamaban a mis espaldas.

Me volví, era el mismo hombre. No parecía muy contento de descubrir que había traspasado los límites que me había marcado.

—Esto es muy grande, ¿verdad? —comenté con tono ligero, intentando combatir su adusta expresión.

—Depende de con qué lo compare, señorita —repuso seco y altanero—. El señor conde no puede recibirla, pero lo hará el señor Rocard, su secretario.

—Tengo que hablar con el conde en persona —insistí.

—Tengo instrucciones de conducirla hasta el señor Rocard o hasta la salida —pronunció—. Usted elige, señorita. —El tratamiento lo añadió tras marcar una pausa, como si hubiese estado a punto de olvidarlo.

—Veré al señor Rocard entonces —convine. Quizá ese Rocard fuera más tratable que aquel individuo.

El hombre volvió sobre sus pasos, invitándome con un gesto a que lo siguiera. Lo hice hasta otra estancia, más pequeña que la anterior, en la que llamó con tres suaves golpes de sus nudillos a una de sus puertas y entró sin esperar respuesta.

—La señorita Miraneau —me anunció.

Entré. Era un despacho de proporciones reducidas, en comparación con el resto de las salas que había atravesado hasta entonces. Había una mesa escritorio en su centro, con dos butacas frente a ella. Detrás, un hombre que debía de tener unos cuarenta años de edad. Vestía muy formal, con peluca empolvada, casaca y chaleco bordados, y corbatín de encaje. Jugaba afectadamente con un monóculo montado en oro que le colgaba del pecho. Tuvo la deferencia de levantarse para recibirme.

—Buenas tardes, señorita. Tenga la amabilidad de sentarse —me dijo, mientras con un gesto de la mano despedía al lacayo.

Me adelanté y me senté.

—Bien. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Le agradezco que me haya recibido, señor, pero yo, en realidad, quería hablar con el conde de Coboure.

—Lo comprendo, lo comprendo —dijo con suavidad, reclinándose en el respaldo de su asiento—. Pero yo soy su secretario. Me encargo de todos sus asuntos. Hablar conmigo es como hablar con él. ¿Por qué no me expone la causa de su visita?

Adiviné que sería inútil insistir más, así que repuse:

—Verá. Yo soy la inquilina de uno de los locales del conde. Está situado en la calle Saint-Denis. Mi padre falleció hace poco y actualmente atravesamos una difícil situación. El conde tuvo la generosidad de condonarme el pago de tres mensualidades, pero por desgracia aún no estamos en condiciones de afrontar el del presente. Por ello he venido a solicitarle la gracia de que me lo prorrogue unos meses más, seis en concreto, momento en el que estoy segura de que podré satisfacerlo y compensarle de la demora con el pago de intereses.

Me escuchó pacientemente hasta que concluí y entonces dijo, con su mismo tono cortés:

—Lamento que haya usted perdido el tiempo viniendo hasta aquí. El señor conde jamás se ocupa personalmente de estos asuntos. Le facilitaré la dirección de su abogado, maître Desmond. Él la escuchará y la atenderá con mucho gusto —concluyó, al tiempo que tomaba su pluma.

—No se moleste. Ya he hablado con maître Desmond.

Interrumpió su acción y me miró con desconcierto.

—En ese caso —contestó dejando de nuevo la pluma en su tintero de plata—, me temo que no haya nada más que apelar.

—Quizá si el conde me escuchara sería más comprensivo.

—Eso es del todo imposible —sentenció, esbozando una sonrisa acartonada—. Ya le he dicho que el conde no se ocupa nunca de estos asuntos.

—Quizá haga una excepción en esta ocasión.

Por la forma en que me miró, comprendí que había agotado su paciencia.

—Estoy desolado, señorita, pero ya he pronunciado mi última palabra en lo que atañe a esta cuestión —contestó con sequedad, mientras se levantaba y extendía su mano hacia una campanilla que había sobre la mesa, sin duda con intención de llamar al criado para que volviera a conducirme hasta la salida.

Ante el gesto, todas las alarmas de mi ser se dispararon. Sabía que si me dejaba echar de allí estaba perdida. No. No me expulsaría. La combinación del miedo y de la rebeldía me impulsaron a ordenarle:

—No toque esa campana.

Se detuvo bruscamente y me miró como si no diera crédito a lo que estaba oyendo. Fue la transmutación de mi tono y de mi expresión, más que mis palabras, lo que lo dejó perplejo. Antes de que pudiera reponerse de la sorpresa, me levanté y continué, en el mismo tono de quien está dispuesto a todo:

—Dígale al conde que Marionne Miraneau está aquí y que quiere hablar con él. Dígale que he descubierto su identidad, y que si no se muestra razonable sé de otras personas que estarán encantadas de saber de su intervención en un asunto tan turbio y escandaloso. Vaya y dígaselo.

—Pero… —farfulló el hombre—, ¿de qué asunto está usted hablando?

—El conde lo sabe perfectamente.

Por unos instantes tuve la satisfacción de ver al formal Rocard perdiendo su condescendiente seguridad. Se estiró los faldones de la casaca brocada de seda de Lyon y dijo con gravedad:

—Creo que, efectivamente, iré a hablar con el conde.

—Será lo mejor.

Salió de detrás de su mesa y se dirigió, muy erguido, hasta una puerta situada en frente de la que yo había atravesado para penetrar en aquel despacho. Con el pomo ya en la mano, me miró un último instante, con ofendido desafío, antes de salir de la habitación.

Me dejó sola, sumergida en mi angustia. ¿Qué pasaría si el conde se negaba a recibirme? ¿Qué haría yo? No acudiría al marqués ése que llevaba la investigación, por supuesto. Nada ganaba con denunciar a aquél cuando ello comportaba necesariamente acusarme a la vez a mí misma sin garantía alguna de recibir mejor

trato por mi colaboración, suponiendo además que me dieran crédito a mí y no al noble propietario de todo aquello, supuesto mucho más probable. Madre de Dios, me lamenté, dónde me había metido. Mi amenaza no era más que mera jactancia, sin fundamento e irrealizable.

Se abrió la puerta. Era el señor Rocard.

—El conde la recibirá —me anunció.

Exhalé un suspiro con el que intenté imprimirme valor y ánimo. Fuera factible o no, era mi única baza. Recordaba su rostro en el Marie. A pesar de la firmeza que demostró, me pareció una persona amable y flexible. Si me recibía, tenía ya media partida ganada.

Me levanté y seguí al señor Rocard a través de un par de salas hasta una estancia espaciosa, sin duda una biblioteca, a juzgar por las librerías repletas de volúmenes que cubrían sus paredes. En un rincón, un globo terráqueo de grandes proporciones apoyado sobre un pie de madera tallada, y, próximo a él, una mesa redonda de consulta con un candelabro que alumbraba dos tomos abiertos y otros cuantos cerrados amontonados con cierto desorden. La chimenea estaba encendida, y a su oscilante y tenue resplandor se iluminaba con apagados brillos el cuero oscuro de dos sillones colocados frente a ella. Sentado en uno de ellos había un hombre joven, de una treintena de años. Su indumentaria era muy informal, en comparación con la del señor Rocard. No llevaba peluca, iba en mangas de camisa, sin chorrera ni puños de encaje, y estaba aquélla desabrochada descuidadamente en su parte superior, dejando entrever el inicio del vello de su pecho. Su postura era, además, displicente. Estaba recostado sobre el respaldo, más bajo de lo que la corrección dictaba, con el tobillo de una pierna apoyado sobre la rodilla de la otra. No se movió ni un ápice cuando me vio entrar.

Reprimí mi contrariedad. Había esperado ser recibida ya por el conde de Coboure, pero al parecer volvían a someterme al escollo de una nueva instancia. No sabía quién era ese individuo, pero a aquellas alturas ni siquiera me interesaba. Por muy importante que fuera el conde y por muy insignificante que me considerara a mí, ni él ni sus soberbios servidores conseguirían que me marchara de allí sin verlo, no al menos pacíficamente.

—¿Así que usted es Marionne Miraneau? —introdujo.

—Ya le he dicho al señor Rocard que quería hablar con el conde de Coboure en persona —repuse cortante.

Se enderezó sobre su asiento, se señaló a sí mismo con el dedo pulgar de la mano izquierda y repuso, en un tono nada amigable:

—¡Yo soy el apelado! Por las palabras que le ha dicho a mi secretario daba por hecho que me conocía.

Lo miré incrédula. Mi primer pensamiento fue que me estaba engañando, y quedé

petrificada, escudriñando su rostro. Pero su expresión adusta y airada no permitía la duda y no era posible que la memoria me fallase hasta el extremo de no reconocer al del Marie. No era él. ¡No era él! Quien tenía ante a mí era el conde de Coboure y no era el sujeto del Marie. ¡Maldito Daniel! ¡Maldito hijo de su madre! Se había equivocado, o me había mentido. ¿Cómo pude confiar un asunto tan importante a un extraño? ¿Y ahora qué iba a hacer? ¿Qué iba a hacer yo ahora?

De pronto fui consciente de lo delicado de mi situación. Aquel hombre al que yo acababa de afrentar era posible que no supiera nada de nada. No sólo era posible, era muy probable. Y no era un cualquiera, no. Era un noble rico e influyente, magistrado del Parlamento y, además, propietario de mi local. ¿Y quién era yo?

—Al parecer —su tono era enojado, aunque intentaba reprimirlo—, tiene usted algo con qué chantajearme. —Descruzó su pierna, apoyó el pie en la pata del sillón que tenía frente a él, y lo empujó con brusquedad—. ¿Por qué no se sienta y me lo cuenta?

No. Aquél no tenía la cara amable y flexible del otro. Me asusté.

—Perdone, excelencia —balbucí con nerviosismo—. Me temo que ha habido una terrible confusión.

—Eso es indudable, señorita. Tengo la absoluta certeza de no haber intervenido en nada turbio ni escandaloso. De todas formas, me interesa su historia. Siéntese y cuéntemela.

No podía hacerlo sin correr el riesgo de que me denunciara. Precisamente a un magistrado. En menudo compromiso me había metido Daniel con su equivocación, intencionada o no.

—No hay nada que explicar, excelencia —contesté—. Se ha tratado, simplemente, de un malentendido. Le ruego que acepte mis más humildes excusas.

Le hice una reverencia y di media vuelta con intención de salir de allí, pero me topé con el señor Rocard. No me había percatado de que no había salido de la habitación y había permanecido todo el tiempo detrás de mí y delante de la puerta. A pesar de que debió de adivinar mi intención, no se apartó para cederme el paso. Me volví hacia el conde y lo miré interrogativamente.

Éste se levantó con parsimonia y se acercó hasta mí. Era alto. A pesar de que yo no era de escasa estatura, mis ojos le llegaban a la altura de la barbilla.

—Verá —me dijo—, no me resulta nada grato que haya sujetos por ahí que vayan haciendo cosas desagradables y a quienes se confunda conmigo. Comprenderá que esa situación me inquiete y necesite aclararla.

—No hay motivo de inquietud —me apresuré a decir—. Yo era la única confundida y ya he salido de mi error. Nadie más lo molestará, se lo aseguro.

—¿Qué es ese asunto turbio y escandaloso en el que me ha creído involucrado? —insistió.

Desvié la mirada de él y guardé silencio.

—¿A quién ha confundido conmigo? —volvió a preguntar.

Seguí sin contestar.

—Creo, señor —intervino Rocard—, que deberíamos llamar a la policía.

¿A la policía? Me volví hacia él, atónita. Ni por un instante se me había ocurrido que pudiesen entregarme a la policía mientras desconociesen el motivo de mi visita. Nada había hecho, que ellos supieran, que justificara esa acción. Miré escéptica y asustada al conde, esperando una lógica reacción negativa ante semejante descabellada propuesta. Tenía la vista puesta en su secretario.

—¿Con qué cargos? —le preguntó a Rocard.

—Lo ha amenazado, excelencia, y además ha intentado robarme el reloj de oro que tenía sobre la mesa.

—¡Eso es mentira! —protesté airadamente.

—Yo lo atestiguaré, señor —continuó el hombre—. Es seguro que me creerán a mí y no a esta señorita que tiene dificultades económicas y le debe dinero.

¡Vaya con el elegante y formal señor Rocard! ¡Menudo gusano!

—¡Es mentira y usted lo sabe! —le dije al conde casi gritando—. ¡No formularía contra mí una falsa acusación!

—¿Y por qué no? —repuso, mirándome con calma desde su altura—. Usted acaba de hacerlo conmigo.

—¡Pero en privado, no ante las autoridades! —me defendí.

—Ah, ¿eso es lo único importante? Entonces, para usted no tiene importancia que la acuse de ladrona mientras lo haga en privado. ¿Es correcto?

—Yo he reconocido que estaba en un error. Le he pedido excusas. No he intentado llevarme ningún reloj.

—Pero sí es cierto que me ha amenazado —argumentó.

—Me he retractado —contra argumenté.

—No basta. Exijo una satisfacción. O me cuenta su historia, o llamo a la policía.

—¿Quién amenaza ahora?

—Yo —replicó contundente—. No es agradable, ¿verdad? Tampoco lo ha sido para mí. ¿Me contará su historia?

—No —contesté.

Luego pensé que quizá podría haberme inventado cualquier cuento, pero en aquel momento de tensión no se me ocurrió.

El conde dirigió una mirada a su secretario y le dijo, con una calma que me dejó helada:

—Proceda —le ordenó. Luego bajó la mirada hasta mí y añadió—: Quizá la policía sea más efectiva en su interrogatorio.

Rocard le hizo una reverencia y salió de la sala. Pasó por mi mente aprovechar la

circunstancia para huir, pero calculé que mis posibilidades de éxito eran nulas. Sin duda me retendrían hasta que llegaran las autoridades. Noté cierto desmayo y comenté:

—Creo que ahora sí me sentaré.

—Por favor —me invitó él, con una cortesía que en aquellos momentos era más que sarcástica.

Me dirigí hacia uno de los sillones y me dejé caer sobre él. El conde de Coboure avanzó hasta la mesa redonda, se sentó y siguió leyendo uno de los libros que estaban abiertos, con absoluta frialdad, como si nada de lo que ocurría le afectase lo más mínimo.

Yo estaba tan embotada que no podía pensar. No podía explicarme cómo había ocurrido aquello, cómo se había podido producir esa confusión. La noche que Daniel me abordó, no me conocía de nada. Yo era una completa extraña para él. ¿Cómo era posible que me hubiese dado el nombre precisamente del propietario de mi local, no tratándose de él? No podía habérselo inventado. ¿Fue una trampa? ¿Era posible que Daniel hubiese sido enviado por el del Marie? Transcurrió algún tiempo entre el momento en que éste desapareció en el interior del Palais Royal y mi conversación con Daniel. Quizá aquél se había dado cuenta de que lo seguía y envió al primer mendigo que encontró para que me hiciera desistir de mi acción y me diera un nombre falso que pudiera creer. O quizá fue a Daniel a quien descubrió a mitad de camino y lo indujo a mentirme al día siguiente. En cualquier caso, sólo el del Marie pudo haberle dado a Daniel el nombre del conde de Coboure. Así que, en algún momento, Daniel se había concertado con él para darme pistas falsas. ¡Y había dormido en mi local y era amigo de mi hermana, si no algo más!

Pero, de momento, lo único que podía hacer era mantener la boca cerrada. El robo frustrado de un reloj era mucho menos grave que colaborar en la fuga consumada de La Motte. Si hablaba sería mucho peor el remedio que la enfermedad. Y si no lo hacía, quizá recibiría ayuda del misterioso individuo del bar Marie. Podría hacerle saber mi situación a través del señor Bontemps. Era probable que me sacaran del enredo si prometía a cambio mi silencio. De todas formas, todo había acabado. Después de aquel incidente mi local estaba irremisiblemente perdido, y la perspectiva de ser detenida, aunque sólo fuera por unos días, me resultaba horrorosa. Era el fin de todos mis esfuerzos.

Debimos de permanecer en aquella situación de espera silenciosa durante algunos minutos, aunque a mí me parecieron una eternidad. Noté que el conde me lanzaba miradas de vez en cuando, pero yo evité encontrarme con ellas.

—No lo comprendo —dijo de pronto—. ¿Es usted capaz de dejarse prender por encubrir a un individuo de quien no conoce ni su identidad? ¿Tanto le teme? Si es el nombre de usted el que está comprometido, puede tener la seguridad de mi completa

discreción.

—Oiga, ¿a qué tanta curiosidad? Ya le he dicho que esto nada tiene que ver con usted.

—Algo tendrá que ver cuando está usted aquí —replicó agrio.

—Fue un error, ya se lo he dicho… Por Dios —supliqué, cubriéndome los ojos con la mano, en un gesto de desesperado abatimiento—, no me torture más. No puedo decirle nada.

Me escuchó con atención, aun después de que hubiese acabado de hablar, como si las palabras todavía estuviesen flotando en el aire. Luego se levantó, con calma, y tomó asiento en el sillón que había frente al mío.

—Ahora no tengo más remedio que creerla —repuso—, dada su tenaz resistencia. Voy a hacer un trato con usted: sólo dígame cuál fue la causa de la confusión y la dejaré marchar. ¿Se trata de alguien que se hizo pasar por mí, que le dio mi nombre?

Negué con la cabeza.

—Si sólo le digo eso, ¿podré irme? —quise asegurarme.

—Sí, ya se lo he dicho.

Suspiré.

—Conocí a un individuo que se negó a identificarse. Entonces yo le pedí a alguien que lo siguiera para averiguar quién era. Y ese alguien me dijo que el individuo en cuestión había venido hasta aquí y que era usted. Está claro que debió de confundirse.

—¿Así que le dio mi nombre y mi dirección? —exclamó—. ¿Y cree usted que debo quedarme tan tranquilo? ¿De qué asunto se trataba? ¿Quién se lo dijo?

—Ése no era el trato —repliqué—. Dijo que si le explicaba…

—¿Y le dio mi nombre? —insistió—. Pero ¿por qué? Si tan sólo siguió a un individuo desconocido hasta mi casa, ¿por qué dio por hecho que se trataba de mí? Podía haber sido una visita, o alguien de la servidumbre…

Me encogí de hombros, en señal de ignorancia. En realidad, estaba segura de que me habían engañado. De que nadie había seguido a alguien hasta aquella residencia. De que me habían dado premeditadamente su nombre para que me diera por satisfecha y no indagara más. Pero si se lo decía, si le decía que no se había tratado de un simple error sino de una acción intencionada, no me soltaría hasta que se lo explicase todo.

Me miró intensamente unos instantes, y algo en su expresión me hizo concebir la esperanza de que se había dado por vencido. Resopló con paciencia, se reclinó hacia atrás, y concluyó:

—Está bien. Puede marcharse.

No tardé ni un segundo en ponerme en pie. No quería darle opción a que se arrepintiera. Fui directa hacia la puerta y salí. Ni siquiera se me ocurrió despedirme

de él. Atravesé a paso acelerado la antecámara, el despacho de Rocard, que estaba vacío, la otra antecámara, el distribuidor, la galería, y estaba a punto de alcanzar el vestíbulo de entrada cuando me sobresalté al ver al conde de Coboure allí, delante de mí. ¿Por dónde había venido, para llegar antes que yo? Miré hacia mi derecha a través de las vidrieras, hacia donde calculaba que debía de estar la biblioteca. Vi la estancia iluminada y comprendí que daba directamente al jardín. Mientras yo había dado toda aquella vuelta, él se había limitado a abrir la balconada que quedaba a ras de suelo y a salir al exterior.

Pensé por unos instantes que había cambiado de idea y que no me dejaría marchar. Pero luego oí el sonido de una carroza que venía en nuestra dirección. Debía de provenir de las caballerizas.

—Me he tomado la libertad de disponer que la lleven a su casa —me dijo—. No son horas para andar sola por las calles.

Me extrañó aquella amabilidad y pensé que quizá sólo pretendía conocer mi dirección. Pero podía saberla a través de maître Desmond, así que no objeté nada. El vehículo se detuvo ante nosotros. Él mismo abrió la portezuela y me tendió la mano para ayudarme a subir. Se la tomé, a pesar de que aquella ayuda me era innecesaria. Cuando ya estuve acomodada, la cerró. Entonces, antes de que se alejara, se me ocurrió preguntarle, a través de la ventanilla:

—¿Iba, de verdad, a entregarme a la policía?

Me miró con una expresión indefinible y me pareció que esbozaba una semisonrisa.

El coche arrancó. Asomé la cabeza para dirigirle una última mirada. El muro del jardín me ocultó su silueta cuando encaró la calle Grenelle en dirección hacia el otro lado del Sena.

El vehículo me dejó en la misma portería de mi casa. Descendí y cerré la portezuela. Al hacerlo, reparé en el escudo que había impreso en ella. Un árbol, con dos leones custodios a cada lado. Luego, observé asombrada el coche. ¿Cómo no lo había reconocido antes?

Aquella carroza era la misma, la misma que yo había seguido la noche en que me entrevisté con el desconocido individuo en el bar Marie.

Claude Desmond

Estaba en una de las salas de audiencia del Palacio de Justicia. Era el turno del abogado contrario. Se había levantado y paseaba su presencia ante el Tribunal. Había coincidido con él en algún otro asunto. Era joven, hacía poco que ejercía, y técnicamente no era ningún maestro. No obstante, tenía una capacidad de oratoria digna de admiración. Sus palabras emanaban de su pecho con una fluidez y una

contundencia extraordinarias. Y, además, tenía una voz grave, profunda y tan potente que cuando la elevaba notaba las vibraciones hasta en el banco en el que me sentaba. Escucharlo me embelesaba. Y si me embelesaba a mí, que era su contrario, ¿qué podía esperarse del tribunal?

Terminó y se dirigió de nuevo a su banco. El asunto quedaba visto para sentencia y el Tribunal se retiró. Recogí mis papeles y cerré mi cartera. Mi colega acabó antes que yo y se acercó a mí. Lo miré. Lo que no envidiaba de él era su cara. La tenía marcada con cicatrices y señales de viruela.

—Felicidades —me dijo, tendiéndome la mano—. Ha sido una buena exposición.

Era mera cortesía. La suya sí había sido brillante.

—Gracias, Danton —repuse, mientras se la estrechaba—. Lo mismo digo.

—Dime una cosa, Desmond —continuó mientras nos dirigíamos hacia la salida de la sala—, ¿por qué un hombre tan rico como tú sigue ejerciendo esta profesión? Deberías retirarte a disfrutar de tu peculio y ceder tus importantes clientes a los abogados que necesitamos hacer esto para ganarnos la vida.

Habíamos llegado a la puerta de la sala. Se despidió sonriente. Su sonrisa siempre tenía un halo despectivo. No sé si por su voluntad o si era mero efecto de la cicatriz que le partía el labio.

—Maître —me informó mi asistente nada más llegar a mi despacho—, el conde de Coboure está aquí.

Lo miré asombrado unos instantes más de lo que un anuncio de tal índole solía motivar. Que mis clientes acudieran a mi bufete no era nada inusual, excepto precisamente en el caso del conde de Coboure que, a lo que podía recordar, hasta la fecha no lo había hecho nunca. Era su secretario, Rocard, quien solía visitarme, y yo tenía encuentros mensuales con el propio conde en un restaurante de las proximidades del Palacio de Justicia.

Me desprendí de la capa y acudí a la sala de visitas. Allí estaba, efectivamente, Paul François Bramont.

—¡Conde! —saludé sonriente—. ¡Qué grata sorpresa! Pase, se lo ruego.

Bramont entró en mi despacho y cerré la puerta tras él. Lo invité a sentarse en la aparatosa mesa cuadrada de reuniones, de caoba maciza. Esa adquisición había sido mi primer capricho cuando mi padre me asignó aquella espaciosa estancia. Lamentablemente el mueble lucía muy poco bajo los numerosos libros y expedientes que lo abarrotaban; estado que, en general, padecía toda aquella habitación, mesa escritorio, librería y suelo incluido.

—Tiene un bonito despacho —me agasajó Bramont, mirando a su alrededor mientras tomaba asiento.

—Gracias. Ordenado estaría mejor. Bueno, lo supongo, porque no recuerdo haberlo visto de esa forma desde que lo estrené hace años.

Bramont sonrió la gracia.

—De todas formas —me apresuré a añadir—, a mi manera está todo en su sitio, aunque no lo parezca.

—No lo dudo —tranquilizó él con cortesía.

Como tras unos breves instantes de pausa pareció no tener intención de introducir el motivo de su visita, comenté:

—Celebro su regreso.

Bramont, como los demás magistrados del Parlamento de París, había recibido una orden de exilio a la ciudad de Troyes tras su osadía de declarar nulo e ilegal el registro ordenado por el rey Pero el castigo no había durado mucho. La oposición había sido tan virulenta y generalizada que el rey, una vez más, había claudicado. «Por todo ello, Nos, por el presente edicto, perpetuo e irrevocable, hemos revocado y revocamos nuestro edicto del pasado mes de agosto relativo […] al establecimiento de una subvención territorial en nuestro reino, y nuestra declaración del 4 del mismo mes concerniente al timbre […].»[8] Revocado. Después de la parafernalia del *lit de justic*. celebrado para imponer el registro por la fuerza, después de haber exiliado a los miembros del Parlamento por haberse atrevido a declararlo nulo e ilegal, después de haber manifestado ante la Asamblea de Notables la vital importancia de la reforma fiscal para enjugar un déficit público inabsorbible… Revocado. Los magistrados habían vuelto a la ciudad convertidos en héroes, vitoreados por un público enfervorizado que había alfombrado de flores el suelo a su paso… por haber conseguido que los privilegiados siguieran sin pagar impuestos…, ¡ah, sí!, y porque exigían la convocatoria de los Estados Generales.

—Tiene usted buen aspecto —continué—. Habré de deducir que el exilio le sienta bien.

—No, es la popularidad —repuso—. Ahora somos los Padres de la Nación, como debe de saber; se nos vitorea en todas partes. Pero dejemos la política. Hoy quiero hablarle de otro asunto.

—Usted dirá. ¿De qué se trata?

—De Marionne Miraneau.

¿De Marionne Miraneau? Eso sí que no me lo esperaba. Le había hablado de la familia Miraneau hacía meses, viéndome castigado con lo que me pareció una absoluta falta de interés. ¿Y ahora venía por primera vez en su vida a mi consulta para hablar de ella? Ni siquiera supuse que recordara su existencia.

—¿Qué quiere saber? —pregunté, transparentando a la vez sorpresa y la mejor predisposición a contestar a sus preguntas.

—¿Cómo le va? ¿Consiguió traspasar su negocio?

—No. Creo que pretende explotarlo ella misma.

—¿Ah sí? Creí que no sabía hacerlo.

—Está trabajando como aprendiz para un empresario del ramo. Un tal Bontemps. Confecciona uniformes para el ejército. Es de confianza.

—¿De confianza? —Semisonrió incisivo—. ¿De confianza para quién?

—Bueno —me aturdí—, ya sabe que no se consigue un encargo semejante así como así, de forma que hice alguna averiguación. Fue recomendado al ministerio por el vizconde de Saltrais padre, hace algunos años.

Bramont pareció meditar, fija la vista en sus manos. Respeté su silencio mientras examinaba su rostro con curiosidad. Todo aquel interés era extraño, e intuí que tenía su origen en alguna causa desconocida y hasta el momento indescifrable para mí, que sin duda él no tenía voluntad alguna de aclararme.

—Creo que el trimestre que le di ya ha pasado —dijo.

—Así es. Le envié una carta recordándoselo.

—¿Y ha pagado?

—Aún no. Le enviaré otro recordatorio. O, si prefiere, insto el desahucio directamente.

—No —repuso—. He cambiado de idea. He pensado en invertir en el ramo de la confección. Creo que tiene futuro.

—¿Cómo dice?

—Quiero que le proponga una asociación —manifestó.

—Perdone —pronuncié confuso—, no acabo de entender, ¿qué clase de asociación?

—Quiero invertir en su negocio —confirmó—. Quiero que le ofrezca cinco mil libras como capital inicial más el alquiler. Yo, a cambio, participaré en los beneficios, cuando los haya.

Permanecí patidifuso unos instantes, haciendo esfuerzos para no reflejar mi asombro una vez hube constatado que tras todo aquello había algo más que no se me iba a explicar. Porque, evidentemente, el móvil económico caía por su propio peso. A no ser…, se me ocurrió de pronto…, a no ser que la hubiese visto. Yo había conocido a Marionne Miraneau y sabía el efecto que podía producir.

—La ha visto —afirmé, como si acabara de descubrir su secreto.

—Pues… sí —repuso burlonamente risueño, en respuesta a mi inesperado reproche—. ¿Algún problema?

No, por supuesto, sonreí avergonzado, pero me molestó, me molestó mucho más de lo que me atreví a traslucir. Me esforcé por no enrojecer.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —quise saber.

No contestó. Se limitó a mirarme, como llamándome al orden. Desvié la vista, consciente de la impertinencia de mi interrogatorio. Ahora estaba todo claro para mí. Al final, todo aquel misterio probablemente se reducía a un mero interés por la persona de ella. Si la había visto era comprensible. Ahora descubría con pesar lo

incauto que había sido creyendo que sólo a mí me había conmovido.

—¿En qué proporción? —reaccioné—. Su participación en beneficios…

—¿Cuál cree justa?

—Teniendo en cuenta que casi todo el capital lo pone usted, como mínimo de dos terceras partes.

Sonrió.

—Es usted muy duro, ¿no cree? Lo haremos al revés. Yo de un tercio. ¿Le parece bien?

—Para ella sí —repuse escueto.

Rió quedamente. Era la primera vez que lo hacía en aquel encuentro. Adiviné que estaba satisfecho de ayudarla, de impresionarla, de que tuviera que estarle agradecida. Lo envidié por ello. Mi intento de auxiliarla con el traspaso del negocio había sido un fracaso, hasta lo había sido mi intermediación para que obtuviera un plazo holgado de condonación del pago de la renta. ¿Por qué no se me habría ocurrido a mí lo de la asociación? Era una forma muy delicada de ofrecer un donativo; ella podía aceptarlo con toda dignidad. Cinco mil libras era una suma respetable, pero yo hubiese podido quizá…

—Dígame —interrumpió—, todos mis asuntos los comenta con Rocard. ¿Por qué éste lo trató conmigo?

Carraspeé un peco y sonreí, algo violento.

—Pues… eh… me compadecí de la situación de esa familia, que además de perder a un ser querido se veía en la ruina, y creí que si trataba directamente el asunto con usted obtendría mayor ventaja para ella. En fin, es una historia que no deja indiferente. Hasta su primo, Didier Durnais, me preguntó al respecto —me justifiqué.

—¿Mi primo? —inquirió abruptamente.

—Sí…, recordará que comenté el tema en la fiesta de la baronesa, estando él presente. Pocos días después me lo encontré en el Palacio de Justicia y aún se acordaba. Es por eso que…

—¿Qué quería saber, exactamente? —incidió.

—Bueno… —farfullé, queriendo quitar hierro al asunto, que consideraba no tenía —. Nos saludamos y me preguntó cómo había acabado la suerte de aquella viuda cuya triste historia había yo contado, y me hizo un par de preguntas más, no recuerdo con exactitud.

Me miró con expresión perpleja e iluminada, como si acabara de haberle hecho una gran revelación. Después perdió la vista pensativa entre los lomos de mis libros. Esperé un tiempo prudencial y al cabo pregunté, para rescatarlo de su ensimismamiento:

—¿Quiere reconsiderar lo de la asociación que me ha dicho?

—No —emergió—. La mantengo. Hágale la propuesta, y si acepta, redacte el

documento.

—¿Y si me discute el porcentaje? —planteé, aunque adivinaba la respuesta.

—Acepte también.

No podía quejarme. Me tocaba un papel bien fácil. Como imaginaba, Bramont entregaba aquel dinero a fondo perdido. Tanto le daba si lo recuperaba o si obtenía beneficio a cambio. Lo único que le interesaba era que ella aceptara. Y no creí que fuera muy difícil.

—¿Está seguro de que no prefiere ser usted mismo quien le traslade esta generosa oferta?

Se levantó, dando por concluida la entrevista, y cuando ya estaba junto a la puerta se volvió hacia mí.

—Ese placer —repuso, mirándome intencionadamente—, se lo cedo a usted.

2

Luche De Briand

Una mañana acompañé a mis padres al pueblo cercano donde solían abastecerse. Estaba el tendero ayudándonos a cargar los fardos en el carro cuando le dijo a mi padre, en tono confidencial:

—Señor barón —siempre lo llamaba así, más por su propia satisfacción que por la de mi padre, pues le gustaba contar con uno entre su poca selecta clientela—, tengo que advertirle de una extraña noticia que ha llegado a mis oídos.

—¿De qué se trata?

—Baignon, mi suministrador de granos, me ha dicho que corre por la comarca un individuo que pregunta de pueblo en pueblo por usted. Hasta le ofreció dinero por la información, y parece que está ofreciendo a todo el que pregunta, y pregunta a todos, una recompensa económica por ella. Incluso le ha pedido al párroco que cuelgue un letrero en la puerta de la iglesia requiriendo la dirección de usted, a lo que el cura se ha negado, por supuesto.

—¡Dios santo! —se alarmó mi padre, que había intentado toda su vida pasar lo más desapercibido posible—. ¿Y dónde está ese señor ahora? Quizá lo mejor sea que le facilite yo mismo mis propias señas antes de que consiga que nos acabe buscando la Guardia Francesa.

—Bueno, precisamente la señora de Canner, la dueña de la casa de huéspedes de Bonlieu, ha venido temprano esta mañana a comprar para presumir de tener alojado desde ayer por la noche a un marqués. —Al oír esto dejé de respirar—. Pensé que lo

decía porque envidia que yo lo tenga a usted como cliente mientras ella sólo hospeda a viajeros de poca monta, y ya le iba a contestar que a mí qué, cuando me contó que el marqués ése, si es que realmente lo es, le había preguntado por usted, y supuse que igual era el mismo tipo que lo anda buscando.

—Entonces —dedujo mi madre, que conocía a la señora de Canner—, ya debe de saberlo todo de nosotros, con pelos y señales.

Durante el viaje de regreso mis padres percibieron mi angustia y no hicieron comentario alguno. Yo había creído que André ya había desistido de encontrarme tras los primeros intentos fallidos y ante mi clara voluntad de romper todo contacto con él, que mi huida y mi prolongado silencio debía de haberle hecho patente. Pero si se había empeñado en tener una entrevista conmigo, no cejaría hasta conseguirla. Había pasado por alto algo esencial: André jamás se daba por vencido.

Él no, pero ¿y yo?

—No quiero verlo —anuncié a mis padres—. No tengo nada que hablar con él.

—Bien —apoyó mi padre—. No te preocupes. Si viene, yo me ocuparé.

No, no quería verlo. Hablar con él solo podía inducirme a caer de nuevo en otra agria decepción. Aunque sus sentimientos hacia mí fueran sinceros, subsistía el insoslayable problema de que para él éstos eran compatibles con mantener relaciones o devaneos con otras mujeres, y para mí eso era incompatible con mi felicidad. Yo no podía ni quería soportar una relación como la que mi hermana tenía con su marido, el vizconde de Saltrais, que la engañaba constantemente. Había presenciado las desgarradas lágrimas de Claire demasiadas veces para trivializar la desesperación de amar a un hombre infiel. No. Eso ya me hubiese resultado insoportable con Paul, pero con André podía hundirme en la miseria espiritual; podía destrozarme aún más que mi desgraciado matrimonio con el duque.

Fue después de comer, lo que hicimos en tensa espera, cuando la inmóvil estampa del camino, enmarcada por la ventana del salón, sufrió de pronto una súbita y esencial variación. Un carruaje apareció a lo lejos. El terreno era llano, y en la planicie el objeto y la estela de polvo que dejaba a su paso se divisaban a varias millas de distancia.

—Ahí está —murmuró mi madre.

Sin decir palabra, mi padre acabó su plato sin prisas, se vistió su casaca y salió calmadamente al exterior. Mi madre y yo seguimos la escena parapetadas en la invisibilidad propiciada por los visillos traslúcidos. El carruaje se detuvo frente a la casa, sobre el suelo empedrado, y mi padre le salió al encuentro. Contuve el aliento cuando se abrió la portezuela y su pasajero descendió del vehículo.

Sí. Era él. Era André Courtain.

Verlo después de tanto tiempo me hirió a traición. Se quitó el sombrero para saludar a mi padre. Intercambiaron varias frases. Vi su expresión de extrañeza,

contrariedad y decepción. La conversación se alargó. Él insistía, mi padre negaba con la cabeza. Finalmente se despidieron, y André volvió a desaparecer en el interior del coche. Mi padre le había dicho que me había ido una temporada a casa de unos parientes y que no esperaba mi regreso en breve.

Estuve observando alejarse el vehículo hasta que desapareció.

Al día siguiente la rutina se reanudó. Pero al despertar pensé en André, como había hecho durante toda la víspera y como haría durante toda esa jornada y las sucesivas. Ya me conocía a mí misma en estos trances, y sabía que mi obsesión me martirizaría un mínimo de un par de semanas antes de perder algo de intensidad y convertirse en algo tolerable.

Por eso me ofrecí a llevar yo las vacas a pastar aquella mañana. Lo había hecho con frecuencia de niña, y ese día necesitaba alejarme de todo y quedarme a solas con mis martilleantes pensamientos.

Cuando los animales llegaron a su prado habitual, me senté en una roca que, algo elevada sobre un terraplén, ofrecía una hermosa panorámica sobre la llanura. El paraje era fresco, pues estaba situado en una colina, pero el bosque circundante lo resguardaba del viento. El sol todavía no se había elevado lo suficiente para deshacer la escarcha, y el aire olía a pino, musgo y tierra húmeda.

Llevaba ya allí sentada un buen rato, cubierta con mi chal, con la vista perdida en el horizonte, cuando me llamó la atención un sonido en el linde de la arboleda. Era un sonido como de algo al caer. Lo atribuí al movimiento de algún animal pequeño, tal vez un pájaro o una ardilla, pero cuando dirigí mi mirada hacia su origen, tuve un sobresalto mayúsculo.

Era una figura humana la que se movía, y a quien descubrí, con un vuelco de corazón, fue a André. Estaba sentado en un tronco caído y se entretenía lanzando con energía pequeñas piedras contra el árbol que tenía enfrente.

Yo estaba tan asombrada que no fui capaz de moverme. Pero tampoco él lo hizo, a pesar de que sin duda me había visto; era incluso seguro que me había seguido. Permanecimos así, cada uno en su posición, durante varios tensos y silenciosos segundos, hasta que de pronto se levantó, avanzó a largas zancadas hasta donde yo me encontraba, me miró de frente con la mandíbula contraída, y después, sin mediar palabra, como si yo no fuera digna de ello, descendió en dos pasos el abrupto desnivel que separaba aquel prado del contiguo, y siguió su camino. Se alejaba ya, ventilando su cólera, que parecía ondear al viento como su casaca abierta, cuando con un brusco movimiento dio media vuelta y, superando de un salto el empinado y resbaladizo desnivel, llegó hasta mí y espetó:

—¡¿Tan monstruoso soy que necesitas esconderte de mí hasta el extremo de obligar a tu padre a mentirme?!

No esperó mi respuesta. Su indignación era tal que parecía tener dificultades para respirar con regularidad. Con movimientos abruptos dio de nuevo media vuelta y descendió otra vez el terraplén. Allí se detuvo, dándome la espalda, la vista perdida en el horizonte y las manos en jarras suspendidas en sus caderas. Estaba fuera de sí. No lo había visto jamás en ese estado. Se adivinaba que su temperamento permitía explosiones de ira como la que ahora le asaltaba, pero eran tan poco frecuentes que yo nunca había sido testigo de una. Ahora era la causante.

—Si no quieres verme —gritó ladeando la cabeza—, ¿por qué no me lo dices a la cara? —Se volvió del todo hacia mí—. ¡¿Qué demonios temes de mí para no atreverte a decirme lo que sea a la cara?! —se desgañitó.

Subió de nuevo las tres gradas naturales e irregulares, congestionado.

—¿Sabes cuánto tiempo hace que te busco? —me reprochó—. ¿Sabes a cuántas personas he molestado para averiguar dónde estabas? ¿Qué se supone que hubiese hecho yo si no hubiese descubierto tu mentira? ¿Seguir buscándote? —Respiró, esforzándose en recuperar el aliento—. ¿Sabes lo que te pasa? —espetó, encendido —. ¡¡¡Que tienes miedo!!! ¡Tienes miedo de desafiar a tu marido y de apostar por mí! ¡Es más seguro esconderse aquí, en el hogar paterno, con la pensión de tu esposo, que aventurarte conmigo! ¿Sabes lo que eres? ¡¡¡Eres una cobarde!!! Y te digo más: ya no me importa si me quieres o no; ¡¡¡ya no me importa porque soy yo quien empiezo a pensar que no me mereces!!!

Dicho esto dio media vuelta, y se alejaba de nuevo cuando yo, que había tenido tiempo de superar mi estupefacción, grité a mi vez, vomitando toda la rabia que llevaba acumulada en mi interior:

—¡Te vi!

Se paró en seco.

—Te vi, André —repetí la acusación—, en la fiesta de la baronesa…

Se acercó lentamente a mí.

—¿Estuviste en París, en la fiesta de la baronesa? —preguntó atónito—. ¿Y no…? —La sorpresa le impedía articular las palabras—, ¿…Y no me dijiste nada? ¿Estuviste allí y ni siquiera me saludaste?

—Sí, y te vi.

No me escuchaba. Se había llevado las manos a la cabeza.

—¡Estuviste allí y no me dijiste nada…! —murmuró para sí mismo, como si estuviera ya ante el acabose.

—Te vi.

—¡¿Qué es lo que viste, maldita sea?! ¡¿Qué es eso tan terrible que viste?! ¡A ver, a ver, explícamelo! ¿Qué demonios viste que te impidió hasta hacerme saber tu presencia?

—Lo sabes perfectamente.

—¡No sé nada, Lucile! ¿Es que no ves que no sé nada? ¿De qué cuernos estás hablando?

—¡Esa mujer! —Exploté yo, alzándome de pie sobre la roca en la que había permanecido sentada—. ¡Esa mujer a la que cortejabas en el jardín, junto al pozo, a la vista de todo el mundo! Fui a París a hablar contigo, pero ¡te vi!; ¿lo entiendes?; ¡te vi y me marché!

—¿Martha? —balbució con ojos como platos—. ¿Estás hablando de Martha?

—¿Me preguntas su nombre? ¿Crees que me importa su nombre? ¡Estabas galanteando con ella! ¿Lo niegas? ¡Di tú ahora! ¿Lo niegas?

André no dijo nada. Su ira se había transmutado en consternación. Se apartó de mí y necesitó algún tiempo para superar su estupor y reaccionar. Yo bajé de la roca, y esperé, agitada y con el alma en vilo. Al cabo volvió hacia mí, sin levantar la cabeza.

—¿Sabes? —me dijo rezumando un rencor contenido y amargado—, ahora me doy cuenta de que la última vez que hablamos, durante el picnic, yo no te entendí. Creí que simplemente estabas enfadada y que lo único que tenía que hacer yo era corregir mi error y volver a intentarlo. Pero tú hablaste de credibilidad…; y ahora lo entiendo. Ahora entiendo lo que quisiste decir. Pero eso es mucho más difícil de arreglar Lucile…; sinceramente, yo no sé cómo hacerlo…

—¿Lo niegas? —volví a preguntarle con suavidad. De pronto algo en su actitud me había hecho temer el haberme equivocado.

—¡Tú no puedes pasarte la vida sospechando de mí cada vez que le dirijo la palabra a una mujer…!, ¡y yo no puedo pasarme la vida negando tus sospechas! —objetó acertadamente—. Tú lo dijiste, Lucile, y tenías razón: es cuestión de credibilidad. ¡Pero yo no puedo hacer nada más de lo que ya hago para que creas en mí! —protestó ácido—. Y por lo visto, no es suficiente.

Me miró con pesaroso encono, como si todo estuviera perdido y él no pudiera hacer nada por remediarlo. Había también en su mirada un destello acusador: la culpa era mía, parecía decirme; él era noble e inocente, y yo malpensada e injusta, y él no podía evitar eso. Me dio la espalda y descendió, esta vez sin vuelta atrás, por el transitado terraplén.

Tardé tres días en asumirlo. Me había equivocado. Estaba segura. Su actitud había sido más reveladora que si me lo hubiese dicho con palabras. Tenía miedo de haber errado en mi juicio y de que ese error me hubiese llevado a perderlo injustificada e irremisiblemente. Algo esencial se había roto con aquel episodio. Su enojo no había sido mero arrebato; tenía calado hondo, yo lo había percibido con toda claridad. ¿Qué hacer? No podía resignarme a que todo acabara así, con la duda implantada en mí y el rencor en él.

Fui hasta la posada de Bonlieu. La señora Canner me informó de que había

partido el mismo día de nuestra conversación. No me extrañó, no confiaba en que permaneciera allí. Ya debía de estar en París, o casi a punto de llegar. No me quedaba más remedio que seguir sus pasos.

Tras tres días de fatigoso viaje, y aún peor, de horas y horas de no tener nada más que hacer en la móvil soledad del carruaje que darle vueltas a las ideas en la cabeza, llegué a Versalles, y apenas me hube acomodado y descansado algo, me dirigí hacia el edificio donde estaba su apartamento. Cuando traspasé el umbral de la portería, estaba nerviosa. ¿Qué había pasado para que de pronto me sintiera deudora suplicante en lugar de acreedora ofendida? Ni siquiera sabía qué iba a decirle si perduraban en él el enfado y el resentimiento que me había demostrado.

No lo había avisado. Mientras subía las escaleras, suspiré hondo, cargándome de coraje. Había cruzado por mi mente la idea de que estuviera con otra. No podía evitarlo. No podía evitar la sospecha. Por eso no bastaba una disculpa… porque versaría sólo sobre lo anecdótico. El problema de fondo seguía existiendo.

Llamé a la puerta. Se abrió. Me salió al encuentro su mayordomo.

—Lo siento, señora —me dijo—. El señor no está. Partió ayer hacia Londres.

Capítulo IX

1

Paul Bramont

La incursión de Marionne Miraneau en mi casa me produjo una profunda desazón. Algo de peso había ocurrido que yo ignoraba; ésa fue la impresión que me causó el sorprendente e inusual comportamiento de aquella joven. ¿Qué era ello y en qué medida me afectaba?

Desmond conocía a Marionne Miraneau y por ello me entrevisté con él. Y el resultado fue mucho más esclarecedor de lo que esperaba, y también desgraciado y sorprendente. Didier. Sí, Didier. Fue a mi primo Didier a quien Marionne Miraneau ordenó seguir y a quien confundió conmigo. El simple hecho de que Didier preguntara a Desmond por ella no hubiese bastado para que diera por incontestable y fuera de duda tal suposición, pero el añadido de que Marionne Miraneau hubiese empezado a trabajar como aprendiz para un antiguo amigo del vizconde de Saltrais padre era determinante. La conexión entre Miraneau y Saltrais, dándose la coincidencia de que ella había entablado conocimiento con alguien que residía en mi casa, confirmaba que se trataba de Didier, pues éste a su vez mantenía una estrecha relación con Saltrais.

La ascendencia de Saltrais sobre Didier sí me era conocida, y hasta me constaba. Y con tal afirmación me reprocho a mí mismo mi negligencia, pues nada había hecho por evitar esa amistad de tan dudosa conveniencia para él. El vizconde y su círculo podían ejercer una poderosa atracción sobre un joven inflamado de altruismo y sediento de protagonismo y aceptación, y Saltrais, con su seguridad y sus contundentes máximas, sabía y podía despertar la admiración de un muchacho ingenuo e influenciable. Si Didier había participado en aquel misterioso, peligroso y secretísimo asunto, lo había hecho indudablemente manipulado e inducido por el vizconde, pues a pesar de su ventilada valentía, arrojo y predisposición, no hubiese sido capaz de emprender ninguna empresa de calibre por sí mismo. Saltrais, por el contrario, sí, y más capaz aún era de valerse para ello del apasionamiento de mi idealista, atolondrado e incauto primo.

Recientemente, además, Didier se había incorporado al prestigioso despacho de abogados del cuñado de Saltrais, el primer socio de la firma Fillard et Montcard. Curioso que tanto él como Marionne Miraneau hubiesen conseguido trabajo gracias a las influencias de Saltrais. Era un premio, estaba claro, por hacer algo que

seguramente no deberían de haber hecho. Les había pagado a ambos de igual forma.

Lo que por mucho que me esforzara era incapaz de deducir, era la posible relación entre cualquiera de ellos dos y Marionne Miraneau. Es posible que después de mi aportación a su negocio, ella se aviniera a facilitarme una información que tan tenazmente me había negado en nuestro único encuentro, pero no quería que mi acto pudiera ser considerado como un intento en ese sentido. Había deseado ayudarla, simplemente, quizá porque a pesar de su entereza, o puede que debido a ella, su desesperación había conseguido impresionarme. La recordaba sentada frente a la chimenea, con las manos entrecruzadas en el regazo, el rostro sombrío y la frente pensativa, sin pestañear, rogar ni suplicar, a pesar de su evidente angustia, dispuesta a ser detenida antes que a revelarme su secreto, mientras volvía a mi memoria el relato de Desmond sobre el reciente fallecimiento de su padre y su ruina sobrevenida, que entonces escuché con indiferencia pero que la visión de ella me revelaba ahora traumática y devastadora. Era comprensible y justificada su desesperación, que sin embargo ella sobrellevaba con fortaleza y valentía. Algo de ella había quedado grabado en mí, porque no la olvidaba, y no había podido dejar de interesarme por su suerte. Por ello le había preguntado sobre ella a Desmond, y por eso le había hecho ese ofrecimiento, decisión que había robustecido el saber que pretendía explotar ella misma el negocio. Esa nueva muestra de coraje acabó por granjearle mi sincero respeto. Y no quería que ese acto mío desinteresado se convirtiera o aparentara ser lo contrario.

No. No volvería a interrogar a Marionne Miraneau. Tampoco a mi primo Didier, marioneta incauta en manos expertas, que además nada me diría por una mal entendida lealtad hacia Saltrais. Era a éste a quien pediría explicaciones, a quien sin mediar conmigo palabra alguna había implicado en un asunto «turbio y escandaloso» a mi primo, que en cierta forma estaba bajo mi tutela, y a la arrendataria de una de mis propiedades, que por ello, también en cierta forma, estaba bajo mi protección.

Ansiaba, pues, hablar con él. Pero cualquier momento o lugar no servía, pues quería que Didier estuviera presente. Saltrais podía engañar con facilidad. Se lo permitía su mente calculadora, su dominio de sí y su capacidad de simulación. Su carácter no tendía a la mentira o al engaño, más bien era directo y nada ambiguo, pero me parecía capaz de ello si servía a sus fines. Saltrais no carecía de escrúpulos, pero tenía una moral un tanto peculiar. Consideraba que términos tales como la bondad o la maldad, el honor o el deshonor, la verdad o la mentira, en la vida real no se dan nunca en forma absoluta, dado que toda conducta es consecuencia o causa de otras que la condicionan y relativizan. Esta manera de pensar le concedía gran libertad de acción, pues le permitía conciliarse fácilmente con su conciencia. Pero Didier era demasiado joven todavía para haber interiorizado convenientes filosofías atenuantes de sus propias faltas. Era un libro abierto. Si estaba presente en la

conversación, su expresión delataría a Saltrais si intentaba engañarme y confirmaría las verdades que me dijese. Lo necesitaba.

Ahora sólo me quedaba esperar que la ocasión propicia se presentara.

—Los ministros están desesperados —me estaba diciendo aquella mañana mi padre, mientras desayunábamos en su gabinete—. Necesitan dinero, y felizmente les habéis frustrado la reforma fiscal con la que pretendían aumentar los ingresos. Ahora sólo les queda recurrir de nuevo a los empréstitos.

—¿Te refieres a esa medida que según Calonne supondría «agravar el mal y precipitar la ruina del Estado»? —disentí.

—¿Qué otra solución les queda? —moderó mi padre.

—Convocar los Estados Generales.

—Aunque convocaran los Estados Generales, hay necesidades perentorias que no podrían esperar a que éstos adoptaran decisiones efectivas. ¿Cómo conseguirías tú esos fondos inminentes para cubrir las urgencias?

Miré a mi padre con prevención. Aunque ya había renunciado a su cargo de magistrado, seguía en contacto con sus antiguos colegas, los alineados en las filas conservadoras. Yo, por el contrario, lo estaba en la minoría progresista; de ahí que pretendiera a menudo convencerme de sus ideas para que luego yo las defendiera entre los liberales. Y lo conocía lo suficiente como para saber que ahora, con sus maneras razonadas y suaves, estaba intentando conducirme hacia su terreno.

—¿Dónde quieres llegar? —tanteé, prudente.

Mi padre ocultó una sonrisa.

—Los ministros ofrecen convocar los Estados Generales a medio plazo a cambio de que el Parlamento apruebe registrar un nuevo empréstito —descubrió al fin—. El guardasellos Lamoignon se lo ha propuesto en privado a Duval d'Eprémesnil. —Duval era un líder destacado entre los magistrados conservadores—. ¿Te das cuenta del logro que supone? Era impensable hace apenas nada. Todo un éxito para el Parlamento.

—Suena muy bien —contesté cauto—. Tanto que me extraña. ¿Qué período abarca ese «medio plazo»; y a qué importe ascenderá el empréstito?

—Esta mañana voy a una reunión para comentar los detalles. ¿Por qué no vienes conmigo?

No contesté porque en ese momento nos interrumpió mi secretario, Rocard, que venía a entregarme la correspondencia del día, como acostumbraba a hacer a aquella hora.

—El señor Didier Durnais —me informó, neutro, mientras me tendía formal la bandeja de cartas— ha recibido una misiva del vizconde de Saltrais. ¿Se la entrego yo o prefiere hacerlo usted mismo?

No era una pregunta inocente, pues le había ordenado que me advirtiera enseguida si mi primo recibía algún mensaje del vizconde.

—Yo lo haré —me ofrecí—. Gracias.

Tomé las cartas, incluida la dirigida a Didier. No podía abrirla delante de mi padre, a quien hubiera escandalizado ver violar la correspondencia ajena, así que la reservé para más tarde y abrí otra, de uno de los magistrados con los que yo tenía mayor afinidad. Era una cita para una reunión en su residencia aquella misma tarde. Por la precipitación de la convocatoria supuse que su causa sería la comentada propuesta ministerial, de la que también habría tenido conocimiento.

—De acuerdo —contesté a mi padre, refiriéndome a su invitación, pues me daba tiempo de asistir a las dos reuniones—. Te acompañaré.

Antes de salir, tuve ocasión de dedicar en un aparte mi atención al billete de Saltrais. En el reverso estaba su sello, estampado en lacre color burdeos. Lo partí y desdoblé el papel. *«Esta noche en el Café de Foy, a la hora habitual. No faltes. Lo que esperábamos, ya ha llegado*. No había firma, ni sello, ni despedida.

La hora habitual era las once de la noche. La ventaja de tener a Didier alojado en mi casa es que mi servicio me mantenía informado de sus actividades. Lo que no era habitual era el día, pues solían reunirse los martes y los viernes, y era jueves. La alteración se debía, a todas luces, a aquello que *«ya ha llegado»*. de importancia tal que merecía una reunión de urgencia.

Retuve la epístola durante toda la jornada. No requerí para ello de artificios, pues no coincidí con Didier hasta la hora de cenar. Por la mañana acompañé a mi padre a su cónclave. Los conservadores estaban a favor de aceptar la propuesta del ministro. El Gobierno no quería más enfrentamientos con el Parlamento, pero tampoco a ellos les gustaban los desórdenes, ni las manifestaciones, ni soportar exilios; también querían la paz institucional. Ahora no vendría de un empréstito más…, y si a cambio el rey prometía la convocatoria de los Estados, aunque fuera a medio plazo, podían considerar que habían alcanzado una victoria muy honrosa.

Por la tarde acudí a la cita con mis colegas liberales. Éstos, al contrario que los anteriores, consideraban la propuesta inaceptable. Los Estados Generales debían convocarse de forma inmediata, no podía esperarse ni tres, ni dos, ni siquiera un año. Si el déficit era ya del todo insostenible, ¿cómo podía pensarse en seguir aumentándolo a base de emitir empréstitos durante meses, quizá durante años, sin adoptar al mismo tiempo las reformas de urgencia necesarias? ¿Debía evitarse el hundimiento de un barco abriendo más boquetes en su casco? El rey iba a convocar una *sesión rea*. para presentar el empréstito al registro del Parlamento. La consigna era oponerse. Y algo más: no revelar nuestra postura hasta el último momento. Parecía que los ministros daban por hecho el acuerdo, y en esa confianza iban a arrastrar al rey a la sesión. Si se olían la oposición podían recurrir al procedimiento

del *lit de justice*. que permitía al rey imponer el registro por la fuerza, privándonos de la *voz y vot*. al que teníamos derecho en una *sesión real*. Era conveniente no alertarlos y sorprenderlos en la misma sesión, cuando ya no tuvieran capacidad de reacción.

—Puede que tengamos un buen espectáculo —me comentó mi colega al despedirnos—. Los afines al duque de Orleans, Sabathier y otros, también se opondrán, y no tienen intención de ser moderados. Están decididos a convertir al duque en el líder de la oposición. Se comenta que hasta pagan a agitadores para que ensalcen su figura en el Palais Royal a fin de ganarse a la opinión pública.

Ese liderazgo no lo apoyaría yo. No confiaba en el duque. Pero sí convergía con la estrategia de mis compañeros, que me obligaba a guardar el secreto de sus deliberaciones ante mi mismo padre. Con la máxima incomodidad tuve que contestar con elusiones las preguntas que me formuló al respecto durante la cena. Mi transparencia no era tampoco mayor con mi primo, sentado a mi diestra, a quien estaba ocultando la nota de Saltrais desde aquella mañana.

Después de cenar, Didier subió a sus habitaciones, pues los jueves no solía salir. Yo lo seguí al cabo de poco y entré en éstas sin hacerme anunciar. Lo encontré sentado frente a la chimenea, leyendo un libro, todavía vestido.

—Perdona que te moleste —inicié—. Hoy me entregaron junto con mi correspondencia esta carta dirigida a ti. La abrí sin darme cuenta. Lo siento.

—No tiene importancia —repuso cogiéndola. Al ver de qué se trataba enrojeció levemente y me miró para comprobar el efecto que me había producido su posible lectura.

—Espero no dártela demasiado tarde, pero yo mismo no la leí hasta hace escasos minutos —mentí—. Por curiosidad, ¿qué es eso que estabais esperando y que ya ha llegado?

Didier enrojeció aún más. Sonrió torpemente e intentó ganar tiempo colocando el libro que tenía entre manos en la librería. A pesar de ello no se le ocurrió nada y acabó viéndose obligado a balbucir:

—Pues… no sé… no sé a qué se refiere.

—Habla de ello como si estuvieras al corriente —insistí con amable incredulidad —. Esto me ha recordado que hace tiempo que no voy al Palais Royal. Creo que hoy voy a acompañarte —anuncié.

El rostro de Didier cambió el color encarnado por el amarillo. Me miró con pavor, lo que me demostró que aquella noche se iba a tratar algo que yo no debía saber. Sin embargo, aunque a todas luces era evidente que no quería que fuera con él, no se veía tampoco con coraje suficiente para negarse, teniendo en cuenta que desde hacía meses gozaba de mi hospitalidad y que las amistades que ahora me estaban vedadas le habían sido presentadas por mí mismo.

—Dispondré que nos preparen el carruaje —determiné, antes de que se le

ocurriese alguna excusa—. Te espero en el vestíbulo.

Didier no se apresuró en bajar, pero al cabo apareció. Superado el primer momento de apuro, habría sopesado las alternativas para concluir que no tenía ninguna. Su mejor opción era la de aparecer conmigo frente a Saltrais y compañía, y dejar a éste, hombre de muchos más recursos, la improvisación de una solución.

Entramos en el Café de Foy. Seguí la vista de Didier y distinguí al vizconde de Saltrais, que estaba sentado a una mesa larga de madera situada al fondo, en compañía de otros nueve o diez individuos, todos ellos pertenecientes a su círculo. Escuchaban a uno de ellos, a quien reconocí como el conde de Mounard, que leía en voz alta un documento. Dado que debía de ser confidencial, el tono era quedo y los oyentes se inclinaban sobre la mesa aguzando el oído para poder seguir la lectura.

—Espérame aquí —tuvo arrestos para pedirme Didier—. Voy a avisarles de que has venido.

Opté por seguir sus instrucciones y sentarme a una mesa vacía que había cerca de la entrada. Empeñarme en acompañarle de nada hubiese servido, pues Saltrais ya me había visto y por tanto quedaba descartado que pudiera oír algo por azar aprovechando el factor sorpresa. Vi a Didier inclinarse hacia el vizconde y decirle algo en voz baja. La vista de éste estaba clavada en mí mientras mi primo le informaba de las inevitables circunstancias que habían hecho que me presentase allí. El desvío de su atención había despertado la curiosidad de los próximos a él, que también me miraron, hasta que el propio conde de Mounard creyó oportuno suspender la lectura. Finalmente Saltrais esbozó una sonrisa a sus compañeros, que pretendió ser tranquilizadora, se levantó y se dirigió hacia mí, en compañía de Didier, que lo seguía rezagado, como el incompetente alumno que ha sido incapaz de resolver un problema y se cobija tras el maestro forzado a solventarlo.

—Buenas noches, conde —me saludó con amigable cortesía—. Hace tiempo que no lo veíamos por aquí.

—Así es. Pero hoy he leído por casualidad la nota que le había dirigido a mi primo y he sentido curiosidad.

—La nota iba dirigida a él y estaba lacrada —remarcó Saltrais mientras tomaba asiento en la mesa que yo ocupaba y era imitado por Didier.

—Cierto —confirmé.

Saltrais me observó. Al contrario que Didier, no había dado crédito a que hubiese leído su carta por error, y debía de preguntarse qué me había motivado a cometer esa grave trasgresión.

—¿Y qué es lo que ha despertado su curiosidad? —preguntó, en el mismo tono amable—. A lo mejor puedo satisfacerla.

—Sin duda —aseveré—. ¿Qué es ese documento que leen con tanta atención?

Saltrais volvió a mirarme, con penetración. Dudaba. Estaba decidiendo si podía o no contestarme. De lo que dudaba era de mí, de mi reacción. En ese instante supe la naturaleza del asunto «turbio y escandaloso». Era política, con toda seguridad. De haber sido de otra índole me hubiese mentido o se hubiese negado abiertamente a darme una respuesta. Pero estaba calculando si me podía ganar como adepto. Saltrais siempre intentaba engrosar las filas de sus simpatizantes, de los comprometidos con la causa de la Libertad, según su expresión. Y también estaba calculando las posibles consecuencias de que, tras desvelarme lo que quiera que fuese, no ganara mi adhesión. La toma de decisión le arrancó un suspiro de tensión, con el que me reveló que, a pesar de su inseguridad, había decidido arriesgar.

—Es el borrador de las Memorias de la señora de La Motte.

Me quedé perplejo. Permanecí aturdido unos instantes, sin saber qué decir. Miré a Didier, mientras interiormente decidía si el caso era o no grave. Sería una publicación prohibida, por supuesto, y por tanto ilegal, y todo el que hubiese participado en ella habría transgredido la ley Varios escritores habían sido encarcelados por publicar y difundir libros prohibidos; eran tristemente conocidos los casos de Voltaire y Diderot. Pero también era cierto que las publicaciones clandestinas abundaban y que la mayoría de las veces quedaban sin castigo alguno, y de que el tema carecía por completo de reprobación social, pues estaba extendido el convencimiento de que debería existir la libertad de prensa y que la censura debía ser abolida. Así que, si ése era el asunto «turbio y escandaloso», no estaba muy seguro de cuál debía ser mi actitud al respecto. Y seguía sin comprender la relación de Marionne Miraneau con aquello.

—¿Así que la señora de La Motte ha decidido explicar con todo detalle cómo perpetró su estafa? —dije con cierta sorna—. Quizá quiera crear escuela. Aunque teniendo en cuenta que ha sido arrestada, condenada y se ha quedado sin el botín, no parece que merezca la pena seguir su ejemplo.

—Conde… —sonrió Saltrais—, la señora de La Motte no cometió ninguna estafa. En estas Memorias desenmascara esa mentira oficial, urdida sólo para proteger a la reina, como buena amiga suya que es. Pero honestas personas han conseguido convencerla de que le debe la verdad a la Historia, y que eso está por encima del interés particular de otra, aunque ésta sea su querida amiga la reina.

—Y supongo que esas buenas personas no se han limitado a convencerla de que escriba sus Memorias, sino que incluso la habrán ayudado a redactarlas —dije, dirigiendo una indicadora mirada hacia el grupo concentrado en torno al conde de Mounard.

Saltrais sonrió de nuevo, como anunciando que había acertado pero que no era esperable que él así lo admitiese.

—La señora de La Motte es la única autora —aseveró—. Aunque, como en

ocasiones no tiene muy claro el objetivo, hay que orientarla.

—¿Y cuál es ese objetivo? No creo que la señora de La Motte tenga otro que el de ganar dinero. Imagino que le habrán pagado bien por «iluminar al Mundo».

—Empieza a expresarse bien, Bramont. —Rió Saltrais, estimulado—. «Iluminar al Mundo.» Cierto. Ésa es la expresión. Y ése es el verdadero objetivo. Esas Memorias contienen una verdad explosiva. Una verdad que convulsionará los cimientos mismos de la Corona y de la monarquía absoluta.

—Me parece que confía demasiado en el poder de sus propios actos —repliqué en tono lineal.

—Un hombre solo poco puede hacer. Es labor de muchos, de cuantos más mejor. De eso se trata precisamente —continuó haciendo un gesto hacia los documentos cuya lectura seguía interrumpida varias mesas más allá—. De despertar a los espíritus dormidos.

—¿Y qué dicen esas pretendidas Memorias para ser capaces de conmocionar a la opinión pública y hacer peligrar la Corona?

—En realidad, nada que no se haya murmurado y dicho ya. Que todo el juicio fue una farsa para encubrir a la reina. Que fue María Antonieta quien se quedó con el collar y la señora de La Motte una pobre víctima sacrificada por su inconmensurable amor y lealtad a su reina y gran amiga. Un amor, por cierto, no sólo espiritual. La señora de La Motte nos descubre el amoroso corazón de la reina, que no distingue entre hombres y mujeres, y que ha entregado, junto con su cuerpo, a sus queridas amigas la duquesa de Polignac y la princesa de Lamballe, además de haber sido amante de la propia autora y, por supuesto, del cardenal de Rohan. Puede que haya futuras entregas de Memorias en las que nos deleite con los detalles de sus amoríos, que por lo visto no se desarrollan sólo en pareja.

—No puedo creerlo —reproché, asqueado e indignado—. No puedo creer que sea capaz de propiciar semejante bazofia repleta de calumnias y embustes. No creo que usted quiera una Libertad nacida de la Infamia.

—Esperaba que se escandalizara —sonrió, con su perpetuo aire de superioridad —, pero, cuando se lo explique, lo entenderá. En el fondo subyace la verdad, Bramont, la que importa. Puede que las historias de la señora de La Motte no sean rigurosamente ciertas, pero lo que sí lo es, es que María Antonieta es indigna del cargo que ostenta y que la monarquía absoluta es un régimen que propicia el abuso y la represión de las libertades.

—Y si ésa es la verdad de fondo, ¿por qué no la aflora a la superficie y deja de utilizar falsedades que le desacreditan? ¿No basta denunciar las cosas que realmente se han hecho mal, las verdaderas causas de que sea necesario un cambio? ¿No puede limitarse a ventilar los verdaderos delitos de la reina para tener que inventarse y fabricar esta porquería?

—¡Qué poca visión tiene, Bramont! —exclamó Saltrais—. ¿Qué quiere que le digamos al pueblo? ¿Que la reina reparte favores entre sus amistades? ¿Que despilfarra fondos públicos en fiestas, palacios y joyas? ¿Que coloca en los cargos públicos a sus favoritos? ¡A eso ya están acostumbrados! Lo vienen oyendo desde el reinado de Luis XV. ¿Por qué iban a levantarse contra Luis XVI, si no lo hicieron contra su abuelo, que era mucho peor? No. Hay que darles algo más palpable, algo que su moralidad no pueda tolerar. Dígales que su reina es una ladrona de collares y una puta que se acuesta con mujeres y que participa en orgías, y los despertará. Así es como funciona. La opinión pública es un campo de cultivo del que pueden crecer grandes cosas. Pero hay que alimentarlo, hay que nutrirlo.

Me miró unos instantes y continuó, alentado por su propio discurso:

—Cuando estas Memorias se publiquen, María Antonieta ya no podrá volver a levantar la cabeza. El rey tiene que verse obligado a convocar los Estados Generales de forma inminente y para ello la presión de la opinión pública debe ser irresistible, porque además los Estados han de tener las facultades suficientes para establecer nuevos principios constitucionales. Y sólo un rey vencido cederá a semejantes pretensiones. Y estas Memorias serán un grano más, pero un grano de mucho peso. La Corona quedará desacreditada. Ahora sí que creo firmemente que estamos comenzando a construir el camino hacia el parlamentarismo.

—Entiendo… —musité, reclinándome hacia atrás y cogiendo la copa de vino que nos habían servido—. Veo que aprovecha bien las oportunidades. Ha sido un afortunado golpe de suerte para sus propósitos el que la señora de La Motte se haya fugado de la prisión. ¿O también en eso la ayudaron? —bromeé.

No obstante, apenas acabé de pronunciar esas palabras, la sonrisa se me heló en el rostro. Me asaltó el recuerdo de la conversación mantenida en la fiesta de la baronesa. Aquel día Saltrais había intentado persuadirnos de lo beneficioso que sería que la señora de La Motte escapara de la prisión para que ganara credibilidad la tesis de la culpabilidad de la reina. De pronto, observando el rostro audaz y resuelto de Saltrais por encima de la copa que sostenía frente a mi boca, lo vi todo claro. Aquella noche Saltrais nos había tanteado a Desmond, a Didier y a mí a fin de saber si podría contar con alguno de nosotros para tal empresa. Y lo había hecho Didier. «Póngame a prueba», le había dicho. «Hay muchas formas de hacer que la reina libere a La Motte», dijo. Como, por ejemplo, hacerlo por ella, y aun contra la voluntad de ella.

Miré a Didier, que aunque no había intervenido en la conversación la había seguido atentamente. Mis palabras lo habían obligado a bajar la vista, azorado, refugiándola en sus inquietas manos entre cuyos dedos no dejaba de dar inútiles vueltas su vaso de vino. Como seguí mirándolo con persistencia, acabó por llevárselo a los labios, presa de nerviosismo, con un ligero pero perceptible temblor que era una pura confesión. Luego volví a centrarme en Saltrais, cuyo triunfalismo arrancaba

destellos a sus ojos. No lo reconocería abiertamente, pero no parecía interesado en evitar que yo mismo llegara a esa conclusión. Sí, no había duda alguna. La redacción de las pretendidas Memorias de esa mujer y su fuga formaban parte de la misma trama, y había sido obra de los mismos artífices. Y entre dichos artífices estaban Saltrais y el imbécil de Didier.

Haber colaborado en la fuga de La Motte sí era grave. La publicación de las pretendidas Memorias también podría serlo, pero hacía tiempo que Versalles y París estaban inundados de panfletos y libelos contra la reina con total impunidad para sus autores, y la intervención de Didier debía de haber sido muy tangencial. Pero colaborar en la huida de un preso era diferente. Cualquiera que hubiese sido su grado de participación, lo situaba fuera de la ley y lo convertía en delincuente. Miré con pesar y angustiosa preocupación a Didier, oprimiéndome la percepción del desastre. Un joven abogado que iniciaba una vida llena de oportunidades y que podía haber visto truncada toda su carrera y arruinado su futuro por un craso e inconsciente error al que se había visto arrastrado por irresponsable e insensata valentonada sin sopesar sus consecuencias.

—¿Hasta qué punto te has involucrado? —le pregunté.

—¿En qué? —balbució, con mirada esquiva.

—No es momento para idioteces —le reproché, sintiendo ira contra él por haberse perjudicado y puesto en peligro de una forma tan estúpida.

—No se ha involucrado más que los demás —intervino calmadamente Saltrais.

—¿Quiénes son los demás? —le espeté, airado también contra él por haber utilizado a Didier.

—No hace falta que todos lo sepan todo —contestó con complacido misterio—. Tampoco todos saben de la simulada participación de usted.

—¿Mi simulada participación? —repetí agrio—. ¿Qué significa eso?

—Vamos, Bramont —contemporizó—. Conmigo de poco sirve negarlo. Pero ya le he dicho que he guardado la información con discreción.

—Pero ¿de qué está hablando?

Saltrais creyó por fin que no entendía lo que me estaba diciendo y miró desconcertado a Didier.

—¿No era suyo el local? ¿No me dijiste que era suyo el local?

—¿Local? ¿Qué local? —interrumpí dirigiéndome a Didier, abrumado por un alarmante presentimiento.

Saltrais lo miraba a su vez, inquisidor.

—¿Así que él no lo sabía? —pareció deducir con enojo—. ¡Me ofreciste su local sin que él lo supiera!

Didier parecía a punto de derretirse ante el acoso de ambos. Nos miró alternativamente, rojo como la grana, con ojos vidriosos.

—Yo… no creí que fuera necesario que él lo supiera —le explicó a Saltrais—. Yo nunca… yo nunca le dije a usted que él lo sabía.

Saltrais no contestó, pero no hacía falta, pues su expresión lo decía todo. Miraba a Didier con mezcla de ira, sorpresa y desprecio, como si hubiese descubierto de pronto que el ser racional que tenía a su lado no era tal. Luego me observó a mí, que esperaba, con la comprensible alteración de ánimo, una explicación. El local era sin duda el que ocupaba Marionne Miraneau y estaba relacionado con la fuga de la señora de La Motte. Mi local. Mi local relacionado con la fuga de la señora de La Motte. Me habían implicado sin yo quererlo ni saberlo en la comisión de un delito de considerable gravedad.

—Le dejo a solas con su bien amado primo, que sin duda tiene cuentas que rendirle —dijo Saltrais con sibilina parsimonia—. Pero antes le diré una cosa, Bramont, y le ruego que me escuche con mucha atención. Le aseguro que creí que lo sabía. Jamás hubiese aceptado la solución propuesta de no haberlo creído así, pues lo hubiese considerado excesivamente arriesgado y una absurda temeridad. Y tampoco le hubiese dicho palabra alguna sobre las Memorias de la señora de La Motte si no hubiese creído que, aunque prefería no revelarlo, aprobaba nuestra iniciativa, como pensaba que demostraba el que hubiera facilitado una de sus propiedades para la empresa. Puesto que no ha sido así, puesto que nada sabía y además, por lo que veo, tampoco comparte nuestras ideas, ha sido un error por mi parte el haberle facilitado tanta información, y de ello me arrepiento tanto como se pueda imaginar. ¡Pero…! —advirtió—, medite bien lo que va a hacer con esa información. Sepa, y no es una amenaza sino una realidad, que la condenada y presa por la Justicia, la señora de La Motte, se ocultó la noche de su huida en el local que tiene usted en propiedad en la calle Saint-Denis, y sepa que Courtain, a quien la reina ha encargado personalmente la investigación de este caso, lo ha descubierto y sospecha de usted. No obstante, de nada le servirán sus sospechas mientras no tenga pruebas, y ninguna prueba nos interesará que consiga mientras nada sospeche de nosotros.

Por el contrario, si emprende usted contra nosotros alguna acción, sea bien consciente de que mantendremos ante quien sea su propia implicación, que nadie creerá involuntaria, y la de su primo, aquí presente, que por estupidez ha abusado de su confianza y de la mía. ¿Está entendido?

No contesté. Era incapaz de contestar, tal era la cólera que me embargaba. No había podido adivinar para qué habían utilizado mi local, pero el uso que le habían dado no podía ser peor que la peor de las posibilidades. Esconder en él a la fugitiva la noche de su huida me convertía de pleno en cómplice de aquel acto delictivo. Y no sólo eso. Además, era de mí, del más inocente, del que no era sino víctima de actos ajenos, de quien Courtain sospechaba.

—Me parece que la situación es la contraria, vizconde —proferí, deteniendo su

ademán de levantarse—. Me ha involucrado contra mi voluntad en un acto delictivo. Ha puesto en peligro mi buen nombre, mis bienes, mi carrera y hasta pudiera ser que mi libertad. No espere zafarse de la deuda que ha contraído conmigo con la mera manifestación de que creía que yo lo sabía. Debiera haber hablado conmigo antes de utilizar una propiedad mía para ese peligroso y comprometido fin, y no limitarse a presuponer mi aceptación. Tampoco debería haber involucrado a mi primo sin antes consultármelo, puesto que sabe que Durnais es mi pariente, mi huésped y en cierta forma estaba bajo mi protección, pero le resultó mucho más conveniente extraerlo de mi influencia para poder aprovecharse mejor de su inexperiencia en pro de sus objetivos. Y, sobre todo, no debería haber liberado a una criminal, ni apoyado la publicación de un libelo repleto de injurias y calumnias. Así que la advertencia se la hago yo a usted. No sé cómo ni de qué forma, pero arrégleselas para que Courtain deje de considerarme uno de los sospechosos y no quede rastro alguno de mi nombre en el expediente de su investigación. Envíele un anónimo, un falso confidente o presionen a la criminal ésa que tienen a salvo en Londres para que lo convenza de que se escondió en cualquier otro sitio menos en mi local. Si no lo hace así, Saltrais, si mi nombre no está libre de cualquier tacha o sospecha en breve, yo mismo buscaré mi propia salvación, aunque para ello tenga que pactar con Courtain, y aunque para pactar con él tenga que facilitarle esa información sobre cuyo uso me aconseja tanta prudencia. ¿Está entendido, vizconde?

Saltrais enrojeció ligeramente y reprimió una inmediata respuesta que a punto estuvo de salir de su boca. No obstante, se impuso antes el tiempo necesario para beber un trago. Cuando dejó de nuevo el vaso, parecía haber vuelto a recuperar la calma.

—Bramont, recuerde que no somos enemigos naturales, y que lo que ahora nos enfrenta se ha debido a un desgraciado malentendido que yo soy el primero en lamentar. Quizá tiene usted razón y debí actuar como dice. O quizá era razonable suponer que su primo le era lo suficientemente próximo como para no ofrecer un inmueble de usted para ocultar en él a la señora de La Motte el día de su fuga sin contar con su conocimiento y consentimiento, y también quizá era razonable suponer que su primo es un adulto que tiene la racionalidad suficiente como para poder tomar sus propias decisiones sin contar con su constante supervisión. En cualquier caso, lo que hice, o mejor dicho, lo que no hice, que fue consultarle a usted, lo omití sin deseo ni voluntad alguna de causarle perjuicio, y en la medida en que se lo pueda evitar o minimizar actuaré en consecuencia, siempre que no sea usted quien con sus actos me perjudique deliberadamente a mí o a cualquiera de mis colegas.

—Pues piense en cómo evitarlo, porque no me contentaré con promesas ni buenas palabras. Conozco su elocuencia, vizconde, pero a mí sólo se me satisface con hechos.

—Le recomiendo que utilice otro tono —masculló, esta vez sin intentar reprimirse—. En modo alguno estoy en deuda con usted y lo que por usted haga, si decido hacerlo, será por favor, no por obligación, así que elimine su tono de exigencia.

Esta vez no esperó respuesta y se levantó, volviendo a la mesa de la que se había separado. Yo permanecí con la vista baja, intentando apaciguar mi enojo que, ahora, una vez desaparecido Saltrais, se centraba en el imbécil de Didier. Permanecimos así escasos minutos, él sin atreverse a moverse, yo conteniéndome para no pronunciar palabra, pues sólo tenía ánimos para abominar de él.

—Bien —estallé al fin—, ¿qué pasó?

Didier se encogió de hombros, con abatimiento.

—No tengo excusa, Paul. No pensé… en las consecuencias. Ya sabes la autoridad con la que se expresa Saltrais, y me sentí honrado de que pidiera mi cooperación. A mí me encargaron la misión de buscar un lugar seguro en el que la fugitiva pudiera pasar la noche del día de su huida. Yo no conocía París, y no tenía amistades, así que, cuando casualmente me encontré con Desmond en el Palacio de Justicia, me acordé de aquel local del que había hablado en la fiesta de la baronesa, que ahora estaba inactivo. Fui a visitarlo y me pareció ideal para ocultar un carro, que es lo que utilizaría La Motte para salir de la prisión. Se lo dije a Saltrais, que aceptó enseguida la idea. Yo estaba satisfecho de haber sido útil, y como había prestado también juramento de guardar secreto, no se me ocurrió decírtelo. Además, el local era tuyo, por supuesto, pero había una inquilina que tenía la posesión directa y no creí que a ti pudiera comprometerte en nada. Y eso es todo, Paul. No pensé que…, no pensé que pudiera perjudicarte.

Suspiré con exasperación.

—¿Qué sabe Marionne Miraneau?

—Nada —replicó de inmediato—. Le dije que necesitaba el local una noche, pero no le expliqué para qué. Le ofrecí quinientas libras y la promesa de que un empresario del ramo de la confección la tomaría como aprendiz. Quisimos asegurarnos de que ella aceptara. El local estaba muy bien situado y el haber encontrado el lugar idóneo tan pronto nos posibilitaba llevar a cabo la acción inmediatamente. Saltrais temía alguna infiltración y consideraba que cuanto más se tardara en ejecutarlo, más riesgos se corrían.

Asentí, en señal de comprensión y conclusión.

—Didier, lamento decírtelo, pero has sido un estúpido. Te has dejado manipular, has puesto en peligro tu futuro y tu posición, me has involucrado en un acto criminal del que se me considera sospechoso y has defraudado mi confianza. —Lo condené—. En una cosa te doy la razón: no tienes excusa. Así que te quiero fuera de mi casa de inmediato, esta misma noche.

—No…, no hablarás en serio —repuso, azorado, probablemente más por la declaración de enemistad que entrañaban mis palabras que por el hecho de tener que buscar otro alojamiento—. Paul… fue una torpeza, de acuerdo, pero no… —Me miró desesperado—. ¡Has de perdonarme Paul! Fue… la inexperiencia, tú lo has dicho.

—¿Qué pretendes? —bramé, a media voz—. ¿Que te dé una palmadita en la espalda y acepte tus disculpas? Primero: ya no me fío de ti. Por maldad o por estupidez, eres un peligro. Saltrais es capaz de utilizarte para vigilarme sin que ni siquiera te enteres. Así que te quiero fuera de mi casa por mi propia seguridad. Segundo: hay errores que no se saldan con un «lo siento». En tus manos está paliar el mal que has hecho, y entonces, y sólo entonces, tendrás derecho a solicitar mi perdón. Y ahora vuelve con tus amigos y empieza a pensar en la forma de sacarnos a ambos de esto.

Se quedó perplejo, las manos muertas sobre la mesa, la expresión de estupefacción congelada en el semblante. Me di cuenta de que no era consciente aún de su culpa, ni de la gravedad de sus actos, y que encontraba injusto y desproporcionado mi rencor. Y me percaté también de que la sorpresa de sus ojos era la propia de un niño, de la mente de un niño en el cuerpo de un hombre de veinte años.

—Pero… Paul —despertó al cabo—, por favor, has de comprender… ¿Adonde, adonde voy a ir?

—Adonde quieras. Cómprate una casa, o alquila una, ahora que eres un distinguido abogado de una gran firma. Ya te he dicho que no te quiero en mi casa ni en casa de mis padres.

—Está bien Paul… me iré —aceptó, con los ojos enrojecidos por el pesar—. Pero escucha. Son peligrosos. No hagas nada, Paul. La amenaza de Saltrais va en serio. Y otra cosa. En cuanto a Courtain, cuando vuelva, adviértele. Ha ido a Londres a entrevistar a La Motte; está husmeando mucho por ahí, y se sabe. Quieren pararle los pies. Que tenga mucho cuidado.

—Con menuda gente te has juntado, Didier. —Lo reprobé—. Con menuda gente te has juntado. Pero, en cuanto a la amenaza, no olvides, ni permitas que Saltrais olvide, que la mía también va en serio.

Me levanté, eché unas monedas sobre la mesa, que tintinearon y rodaron esparciéndose sobre su superficie, dirigí una última mirada al grupo del fondo, donde el conde de Mounard había reanudado la lectura de las dudosas Memorias, repasé con rapidez todos los rostros que lo cercaban, y dando media vuelta, salí del local.

2

Charlotte Lymaux residía en un palacete cercano al Palacio de Luxemburgo. Su marido había sido banquero, al igual que su padre, y la unión matrimonial había consumado el deseo de ambas familias de fusionar su ingente patrimonio. La señora Lymaux debía de ser una de las mujeres plebeyas más ricas de Francia, y esa inestimable cualidad le había hecho conquistar la aceptación y devoción de la más alta nobleza. Y ello a pesar de su confesado republicanismo, de su libertinaje y de su imperdonable autosuficiencia.

Desde el fallecimiento de su marido, la señora Lymaux, que había querido recuperar desde entonces su apellido de soltera, había tenido numerosos amantes. Tomados en su conjunto constituían un grupo de individuos de lo más heterogéneo. Los había jóvenes, viejos, solteros, casados, nobles, burgueses, intelectuales… Ningún hombre sabía si poseía las características apropiadas para tener el privilegio de su elección. Con todo, su escandaloso comportamiento no era óbice para que muchos hubiesen intentado arrastrarla al matrimonio. No era de extrañar, teniendo en cuenta que a ese respecto su fortuna era un poderosísimo reclamo.

Pero sin éxito. La señora Lymaux ya había anunciado en diversas ocasiones que jamás volvería a casarse. No, decía, mientras las leyes siguieran equiparando la capacidad legal de la mujer casada a la del menor de edad, mientras el matrimonio siguiera condenando a la mujer a un estado de permanente dependencia y subordinación del marido. Porque otra de las extravagancias de la señora Lymaux era su ferviente defensa de los derechos de la mujer. Se decía que tenía el libro *Sobre la igualdad d*. los *dos sexos*. de Poullain de La Barre, sobre su mesita de noche. Si alguien quería ganarse sus simpatías no tenía más que alegar la injusticia que suponía la desigualdad de la mujer. El marqués de Condorcet o Diderot, que defendían con sinceridad la misma idea, contaban con su máximo respeto, y era bien conocida su amistad con otras mujeres consagradas a lo que ella llamaba «la lucha por la verdadera igualdad», tales como Marie Olympe de Gouges o Claire Lacombe.

Sus ideas las trasladaba a su comportamiento y a su vida privada. Había creado una fundación de ayuda económica desinteresada a las mujeres solteras o viudas que quisieran emprender cualquier tipo de negocio. Si Marionne Miraneau lo hubiese sabido en su momento, no se hubiese visto en la necesidad de aceptar las proposiciones de Saltrais y compañía. Todos los martes su salón era lugar de reunión de mujeres «ilustradas»: intelectuales, escritoras, pintoras, o de cualquier otra que tuviera inquietudes políticas. Tomaba para sí la libertad sexual que se arrogaban los hombres, de ahí que no ocultara sus romances, sino que hiciera de ellos una bandera de su causa. Si la sociedad toleraba, y aun sonreía, la promiscuidad sexual masculina, ¿en base a qué justa moralidad se atrevía a condenar la femenina? Ésas eran sus

ideas, y pobre de aquel o aquella que se atreviera a discutírselas.

Los jueves, al contrario que los martes, los hombres también éramos admitidos en su salón, y allí nos dábamos cita el sector liberal. Yo solía acudir, como hice también aquella noche, en la que nada más llegar comprobé que la concurrencia era mayor de la habitual. Los últimos acontecimientos nos tornaban a todos en sedientos de intercambios de información y de opinión, opinión que en ocasiones se formaba precisamente en el curso de las tertulias.

La sesión real del 19 de noviembre[9] había tenido ya lugar y se había saldado con el exilio del duque de Orleans y la detención y encarcelamiento de dos de sus afines: Sabathier y Fréteau de Saint-Just. Era cierto que no habían sido moderados, y fue cierto también que hubo espectáculo. Lo inició y propició el propio guardasellos Lamoignon, que, confiado en que la aceptación de su propuesta estaba asegurada, cayó en la lamentable tentación de aprovechar para lanzarnos un discurso severo y reprobador con el que pretendió recordar las máximas de la autoridad absoluta del rey en un ejercicio tan pueril, pues en mente de todos estaba su reciente claudicación, como irritante: «[El rey] sólo a Dios debe su poder supremo, […] es el jefe soberano de la nación […] el poder legislativo reside en la persona del soberano, sin dependencia, sin partición. […] sólo al rey corresponde el derecho de convocar los Estados Generales. […] sólo él debe juzgar si esta convocatoria es útil o necesaria.» Etc., etc. Tras caldear así a la oposición, acabó de sublevarla con su propuesta: establecía en su edicto empréstitos graduales para los próximos ¡cinco años! y prometía convocar los Estados Generales antes del transcurso de dicho período. ¡¡¡Cinco años!!! Los progresistas tuvimos que hacer esfuerzos por no saltar de los asientos. Cuando tras los dóciles discursos de los conservadores llegó su turno, Sabathier condenó abiertamente el edicto y solicitó la convocatoria de los Estados Generales sin dilación alguna. Otros le siguieron en la misma línea. «[…] este edicto es una calamidad de la que más para la cosa pública —pronunció el veterano Robert de Saint-Vicent— […] ¿quién puede oír hablar todavía de empréstitos sin temblar? […]. ¿Espera usted —continuó dirigiéndose al controlador general— que el favor que le ha llevado al ministerio lo mantendrá en él tanto tiempo? ¡Después de sólo ocho meses, usted es el cuarto ministro de Finanzas, y forma un plan que no puede cumplirse sino en cinco años!» El propio Duval d'Eprémesnil pidió que la convocatoria de los Estados se adelantara a 1789: «Sire, acordadla por el amor de todos los franceses.» Cuando llegó la hora de emitir los votos, Lamoignon previo el fracaso, así que se acercó al rey y le aconsejó, *sotto voc*., que ordenara el registro prescindiendo de la votación, como si se tratara de un *lit de justic*. y no de una *sesión real*. Y así lo hizo Luis, con absoluto quebrantamiento de las formas, dando pie, con su irregular actuación, a la entrada en escena del duque de Orleans, que por fin encontraba la ocasión de hacer su gran estreno: «Sire —pronunció, con vocalización

casi ininteligible—, suplico a Vuestra Majestad que me permita deponer a sus pies y en el seno de la corte la declaración de que considero este registro *ilegal*. y que será necesario, para *descarg*. de los que han asistido y deliberado, hacer constar que se hace por *orden expres*. de Su Majestad.» El duque no era nada ducho en oratoria, así que probablemente las palabras no eran suyas, sino dictadas por Sabathier, pero, en cualquier caso, la Asamblea quedó paralizada al oírlas. A pesar de todas las críticas e insolencias que hubiese podido oír hasta el momento, aquellas pocas y escuetas frases desafiantes pronunciadas por un príncipe de sangre, por su primo hermano, ante todos los parlamentarios reunidos, era la mayor de las afrentas que el rey hubiera imaginado recibir. Luis, que tampoco era ningún maestro en oratoria, fue incapaz de encontrar la frase brillante que le hubiese permitido salir airoso del trance, así que se limitó a balbucir: «Me da igual —luego, corrigiéndose, añadió— ¡Sí, es legal porque lo quiero yo!» Se ordenó el registro del edicto y el rey abandonó encolerizado la sesión. Tras conocerse las posteriores órdenes de exilio y detención contra el duque y sus partidarios, una diputación se había presentado ante Luis: «[…] Vuestro Parlamento consternado suplica muy humildemente a Vuestra Majestad que devuelva al príncipe de sangre y a los magistrados la libertad que han perdido por haber dicho libremente, en vuestra presencia, lo que les ha dictado su deber y su conciencia […].»

Pero los castigos no se habían levantado. En esto Luis se había mostrado inflexible.

Y ahora, ¿qué? ¿Se emitiría el empréstito escalonado y esperaríamos cinco años a que los Estados Generales fueran convocados?

Éste era el tema de conversación que aquella noche acaparaba el interés de todos los presentes. Entre éstos había varios miembros del Parlamento. Y seguidores del exiliado duque de Orleans, entre los que pude distinguir al vizconde de Saltrais, al conde de Mounard, y a mi primo Didier. Y, cómo no, en su papel de anfitriona, destacaba la presencia de la señora Lymaux, que iba paseando de círculo en círculo, inmiscuyéndose, de vez en cuando, en sus conversaciones.

Había la creencia generalizada de que yo era su último capricho, y, sin embargo, todavía no había recibido de ella ninguna clara manifestación que me indujera a creerlo. Conmigo alternaba la coquetería con la frialdad, y tan pronto me hacía objeto de sus atenciones como de su total indiferencia. No obstante, en aquella ocasión estaba, al parecer, de suerte, pues en cuanto me vio me dirigió una sutil sonrisa.

—Conde —saludó cuando me acerqué a presentarle mis respetos—, ¿cómo se atreve a llegar tarde a mis tertulias?

—Le ruego acepte mis excusas, señora —respondí, esforzándome por no bajar la vista a su prominente y tentador busto—. Lo único que puedo decir en mi descargo es que no creí que percibiera mi ausencia entre tantos invitados.

—Mucha gente y pocas personas. ¿Quién dijo esa frase? Alguien que debía de

sentir lo mismo que yo en este momento. Venga conmigo —dijo, cogiéndose de mi brazo—. Alejémonos. Sólo oigo tonterías y necedades. Usted me ayudará a recuperar la confianza en el género humano.

—Espero no decepcionarla.

—Hace tiempo que lo vengo observando. Sólo me decepcionará si no se muestra usted tal y como es; algo habitual por otra parte, según he creído apreciar.

—Debo de disimular muy mal entonces, si todo el mundo se da cuenta de ello.

Me miró, incisiva y viva.

—Yo no soy todo el mundo —matizó—. Soy una mujer interesada en un hombre. Pocas cosas escapan a unos ojos así.

No me esperaba la declaración, y me quedé sin capacidad de réplica. Comprendí que aquella mujer no jugaba. Observaba, decidía lo que quería, e iba a por ello. Lo malo es que yo no me había detenido ni un minuto a pensar lo que quería respecto a ella. No obstante, me dejé conducir dócilmente hasta una galería abierta, bañada por la brisa nocturna con su perfume a jazmín, y desde la que se podía observar el jardín, las estrellas y una tímida luna menguante. La única iluminación de la galería era la que provenía del exterior, mero tenue resplandor a aquella hora de la noche, y la escasa del vestíbulo que se filtraba a través de las vidrieras. Estaba vacía. Un lugar romántico, propicio para la intimidad.

Paseamos lentamente en dirección al extremo más alejado de la entrada. Charlotte se apoyó en una esquina, los brazos abiertos posados en dos columnas góticas, la cabeza reclinada hacia atrás, la piel de sus hombros desnudos resplandeciente por el contraluz, su silueta entallada. Parecía una diosa romana dispuesta a ser amada.

—¿Sabe qué he oído decir? —pronunció lánguida—. Que vamos a acabar provocando una revolución con nuestra cabezonería.

Me extrañó que hablara de política en aquel ambiente claramente buscado para otro objetivo.

—Que estamos despertando a la opinión pública con nuestros rugidos —continuó —, y que si les damos entrada en las instituciones a través de los Estados Generales, nos devorarán. Y todo por no pagar un maldito impuesto. Hay quien dice que el Tercer Estado no se va a contentar con entregaros el poder a vosotros, los nobles, para volver hambrientos a su cubil.

—¿Y usted teme lo mismo?

—Creo que el rey ha tenido su oportunidad —repuso—, y que ahora nos toca a nosotros tomar las riendas del gobierno de esta nación. Y creo que el miedo no es buen consejero. Pero es a usted a quien pido opinión.

Me acerqué a ella. Su hermosa visión, su pose entregada, la tenue oscuridad, la brisa refrescante, empezaban a hacer su efecto. Aquella conversación no me interesaba nada en esos instantes.

—Opino como usted —me limité a decir.

—Esperaba un discurso más brillante. —Rió.

—Creo que la sangre ha dejado de fluir hacia mi cerebro. Debe de estar concentrada en algún otro sitio.

Me había acercado tanto a ella que mis pies rozaban ya el bajo de su vestido. Ella seguía, no obstante, reclinada hacia atrás, hacia el precipicio que se abría tras las arcadas.

—¿En su corazón? —ironizó.

—Puede. —Sonreí.

Me atreví a tocar su hombro con mi mano y a pasar la yema de mis dedos suavemente por la piel de su escote, bajo el collar que se exhibía en él, siguiendo su contorno. En mi trayectoria llegué al nacimiento de sus senos y palpé el ligero montículo de éstos y su abrupta ranura. A medida que mis dedos la rozaban, la piel de ella se erizaba. Seguí sin detenerme la ascensión hasta su otro hombro, marcando un completo semicírculo.

—Este collar ha encontrado una hermosa mujer en la que lucir.

Los deseos de conversación de Charlotte Lymaux habían desaparecido también. Con mirada grave y ansiosa puso una mano en mi brazo y lo oprimió, atrayéndome hacia ella. Posé mis manos en su largo cuello, y lo acaricié. Con una mano en la cintura la hice cambiar de posición y me coloqué en la que ella ocupara antes. No quería permanecer de espaldas al vestíbulo. Atraje a Charlotte hacia mí y la besé, mientras con el rabillo del ojo seguía a través de las vidrieras el movimiento que tenía lugar tras ellas. La galería estaba a oscuras y desde el interior no era visible, pero éste estaba profusamente iluminado y todo se divisaba desde mi posición. Charlotte besó mi cuello. Lo hacía bien, condenadamente bien. Ahí estaban. El vizconde de Saltrais salía en esos momentos del salón, acompañado de maître Fillard, el conde de Mounard y Didier. Ya era tarde, y muchos habían emprendido la retirada, por lo que no era raro que ellos hicieran lo mismo. Pero en lugar de bajar las escaleras, se detuvieron mientras Fillard abría con cautela una puerta y, tras otear su interior, hacía un gesto a los demás para que se aproximaran y entraran. Así lo hicieron, cerrándola tras de sí.

—Charlotte, ¿qué hay tras esa puerta?

Ella volvió sorprendida el rostro en la dirección que le indicaba.

—Nada especial. Una pequeña sala.

—Unos individuos acaban de entrar en ella y querría oír lo que dicen. ¿Puedes ayudarme?

Me miró unos segundos.

—¿Quiénes son?

Hubiese preferido no decírselo, pero comprendí que esa información era para ella

condición sine qua non.

—El vizconde de Saltrais y compañía.

—Ven —aceptó resuelta.

Salimos de la galería. Charlotte anduvo rápidamente por el ancho pasillo, temerosa de que alguien que quisiera despedirse la interrumpiese, hasta el final del corredor. Entramos en un dormitorio. La estancia estaba a oscuras. La atravesó con seguridad, y yo la seguí casi a tientas. Abrió el cajón de una cómoda y extrajo un manojo de llaves. Luego se dirigió hacia un enorme tapiz que colgaba del techo, tras el que había una puerta oculta. La abrió y recorrimos un pequeño pasillo interior de techos bajos. Dejamos varias puertas a nuestra izquierda, tres o cuatro, pertenecientes a otras salas que habíamos pasado de largo. Finalmente se detuvo frente a una. Con cuidado para evitar ser oída, introdujo una llave en su cerradura y la abrió. La apertura la cubría totalmente, al igual que la anterior, un enorme tapiz. Ahora se oía a la perfección cuanto se decía al otro lado.

—No voy a aceptar el más mínimo reproche —estaba diciendo Fillard con cierto calor—. Fui todo lo rápido que pude. Londres y Lisboa no están una junto a la otra, precisamente.

—Debió haber ido por mar, como le dije —replicó Mounard—, en lugar de…

Charlotte permanecía silenciosa a mi lado. No sabía si era conveniente que oyera todo aquello, pero no podía echarla. Apoyé mi mano en la pared, junto a su cabeza, me incliné sobre ella y volví a besarla. Quizá entreteniéndola consiguiera que no prestara atención. Charlotte me respondió con ardor, como si lo hubiese estado esperando.

—Fillard tiene razón —interrumpió Saltrais—. Éste no es el momento de hacer recriminaciones ni de discutir entre nosotros. Lo hecho, hecho está. Ahora tenemos que pensar en cómo solucionar esta situación.

—Yo digo que no podemos dejar que Courtain y el vigilante de la Salpêtrière lleguen a París —replicó Fillard.

—¿Cree usted que lo reconocería? —preguntó Didier.

—Sí —repuso Saltrais—, Sin duda. Tuve con él dos conversaciones. Si me ve, me reconocerá enseguida.

Coloqué a Charlotte suavemente de cara a la pared, le indiqué que apoyara los brazos en el muro, junto a su cabeza, y empecé a desabrocharle los botones del vestido, mientras besaba sus hombros y su espalda.

—Por cierto, ¿qué vamos a hacer con Bramont? —dijo Fillard.

—Bramont no me preocupa, por el momento —repuso Saltrais.

—Sí, no nos desviemos del tema —cortó Mounard—. ¿Y si intentamos sobornar al tipo ése para que no lo identifique?

—Lo tendrán muy vigilado —opuso Fillard—. No podremos llegar hasta él. Y,

además, no podemos fiarnos. Yo digo que basta de correr riesgos. La única forma de estar seguros es impedir que lleguen a París.

Charlotte reprimió un gemido mientras mi boca recorría su columna vertebral y mis manos se introducían por la apertura de su corpiño desatado, acariciando su cintura y sus costados liberados.

—¿Y cómo piensa impedirlo? —preguntó Didier.

—Hay muchos bandoleros por los caminos —repuso Fillard con voz grave.

—¿Quiere decir…? —preguntó Didier alarmado.

—No viajan solos —interrumpió Mounard—. Courtain se hace acompañar por dos agentes. Son cuatro. Tres de ellos armados.

—Pues que los nuestros sean ocho y todos ellos armados —añadió Fillard—. No serán tan difíciles de conseguir.

Hubo una pausa. Yo también me detuve, limitándome a posar mis labios en los hombros de Charlotte y a unir mi cuerpo al de ella, a quien enlazaba por la cintura instándola a la inmovilidad. No quería que un sonido incontrolado nos delatase.

—Así que los asesinamos a los cuatro —dijo entonces Saltrais, con su habitual tono pausado—. Y luego lo mejor es que hagamos lo propio con Bramont. Así acabamos con los testigos. Claro que quedará el jefe de policía, que debe de estar informado de las averiguaciones de Courtain, y quizá incluso hasta el secretario de la reina. Matémoslos también. Pero, aun así, no todo el peligro estará conjurado. Quedamos nosotros, cómplices de siete asesinatos. ¿Y si alguno se va de la lengua? Tendremos que matarnos también entre nosotros, hasta que sólo quede uno.

—¿Dónde quieres ir a parar? —protestó Fillard.

—Hasta ahora mi único delito ha sido liberar a una mujer, que ha sido objeto de torturas, de una pena de prisión a la que estaba condenada de por vida, y facilitar cierta versión del comportamiento de la reina que, aunque no sea muy verídica, considero necesaria para lograr objetivos de interés mayor. Si queréis convertiros en unos asesinos, allá vosotros, pero conmigo no contéis para eso.

—Ni conmigo —repuso Didier rápidamente.

Recuperé el movimiento. Había sido inevitable que Charlotte lo oyera todo, pero confiaba en que no entendiera muy bien de qué se trataba. Y, especialmente, esperaba que fuera discreta.

—Muy bien —replicó Fillard cortante—. Muy bella esa postura. Yo tampoco quiero matar a nadie. Pero tampoco quiero pasarme el resto de mi vida en la cárcel. Si el vigilante de la Salpêtrière te reconoce, te detendrán. Y la policía conoce métodos para arrancar la verdad que ni el hombre más valiente resiste. Si te prenden, estamos todos en peligro. Si no vamos a impedir que ellos lleguen a la ciudad, no debes estar aquí cuando lo hagan. Te tendrás que exiliar de París… indefinidamente.

—Así lo comprendo yo también. ¿Cuándo se espera que regrese Courtain?

—No creo que tarde demasiado —repuso Fillard—. Justo lo necesario para arreglar el papeleo y hacer el viaje desde Lisboa. El vigilante consiguió refugiarse en la embajada británica, pero Courtain ha solicitado que se lo entreguen.

—Si todo depende de los trámites, tendremos que hacer lo posible por complicarlos.

—Yo me encargaré de eso —se ofreció Mounard—. Conozco al embajador inglés en Lisboa. Pero no aseguro el éxito. No podemos correr el riesgo de demorar su partida, vizconde.

—Estoy de acuerdo —convino Saltrais—. ¿Cuándo pensaba usted regresar a Londres?

—El próximo lunes —informó Mounard—. Tengo el viaje preparado para ese día: los caballos de repuesto y la embarcación en Calais.

—Bien. Iré yo en su lugar y me quedaré allí. Tendrá que darme el borrador de las Memorias para que pueda ultimarlas con esa mujer.

Subí mis manos, que tenía detenidas en la cintura de Charlotte, por su estómago, en una suave caricia, hasta llegar a sus senos, que aún ocultaba el vestido abierto por la espalda. Los cogí, uno con cada mano, y los retuve en su cuenco, oprimiéndolos suavemente, mientras ella volvía a hacer un esfuerzo por reprimir un suspiro.

—Confieso que me alegro de librarme de ese viaje —estaba diciendo el conde de Mounard—. Estoy viejo ya para tanto trote. Pero quizá esa mujer, La Motte, no sea muy receptiva con usted. No lo conoce y se ha vuelto muy desconfiada. Se siente amenazada.

—Tendré que ganarme su confianza, entonces —replicó Saltrais—. Si no lo consigo, tendrá que ir usted a Londres.

—Pero tú no volverás —insistió Fillard.

—No cuñado —contestó—. No temas. Soy el primer interesado en no ser apresado y torturado.

La conversación había terminado. Percibí cómo salían de la sala y cerraban la puerta tras de sí. También debió de oírlo Charlotte, porque me cogió de la mano, mientras con la otra se sujetaba delante de sus pechos el vestido, que dejaba su espalda al descubierto algo más abajo de su cintura, y me guió de tal forma hasta el dormitorio que habíamos atravesado antes. Una vez allí se dirigió directa al lecho, acabó de salir de la prenda, abrió la ropa de la cama y se introdujo en su interior, a la espera de que yo me desnudara y acudiera a su lado.

Me senté en la cama y me quité los zapatos. Intenté sintetizar en mi mente cuanto había entendido de la conversación que acababa de escuchar, mientras me desprendía con parsimonia de mi ropa.

—Conde… —susurró Charlotte con dulzura—, ¿acabará usted de desnudarse esta noche?

Lo estaba ya de cintura para arriba y de rodillas para abajo. Me desprendí con premura de mis calzones, pues su reproche estaba justificado, y me metí bajo las sábanas junto a ella. Saltrais no era un asesino, era un alivio saberlo, pero seguía teniéndome en sus manos. Mientras estuviera comprometido, ellos podían chantajearme. Tenía que librarme de esa situación. Abracé a Charlotte. Sin la ropa, su cuerpo era suave y cálido, y lo notaba por toda mi piel. Nos besamos mientras mi mano descendía por su conocida espalda hasta sus todavía no exploradas nalgas.

Y tras hacer el amor con Charlotte Lymaux, ideé un plan.

Capítulo X

Marionne Miraneau

La oferta del conde de Coboure, transmitida por boca de maître Desmond, se parecía tanto a un milagro que por unos instantes quedé aturdida mientras el abogado monologaba exponiendo los tecnicismos jurídicos del acuerdo. Cinco mil libras. ¡Cinco mil libras! ¡Y yo que creía que después de mi desafortunada incursión el conde iba a desahuciarme lanzándome a sus perros! Cinco mil libras y el alquiler. Bendito fuera. Bendito fuera él entre todos los hombres.

Aunque… una vez asimilada la idea, pude analizar su liberalidad bajo un prisma más racional. La carroza era la misma. Esa circunstancia evidenciaba que Daniel no me había mentido: el individuo del Marie fue a la residencia del conde tras salir del Palais Royal. Debió de tratarse de un enviado suyo. Quizá me recibió con intención de descubrir lo que sabía en realidad, pero al comprender que yo no lo relacionaba con aquél decidió interpretar aquella escena de hombre injustamente acusado para acabar de ahuyentar mis sospechas. Y para evitar que yo realizara nuevas tentativas desesperadas y por si acaso descubría algo más, había decidido comprar mi lealtad. Por cinco mil libras.

En cualquier caso, aquélla era para mí una oferta irrechazable, así que firmé sin leerlo el documento que Desmond me tendió, en el que ya estaba estampada la rúbrica del conde, y después tomé el pagaré salvador. Cuando salí de su despacho me sentía tan liviana que hubiese podido volar.

Ahora ya podía independizarme del señor Bontemps y reiniciar la actividad. No es que lo supiese todo, pero creía tener la experiencia suficiente para atreverme a lanzarme por mi cuenta, y, sobre todo, debía hacerlo, porque no podía seguir consumiendo el capital sin hacerlo productivo. Afortunadamente el señor Bontemps había resultado ser, bajo su apariencia autoritaria y adusta, una excelente persona, y creo que me había tomado estima, y, a riesgo de resultar inmodesta, que hasta se sentía orgulloso de mí. Se consideraba mi tutor en este mundo de los negocios, y no se resistía a dejarme suelta sin ampararme con su supervisión. Venía a visitarme a menudo a mi taller para asegurarse de que encargaba el mobiliario, maquinaria y utensilios apropiados; revisaba los precios a los que adquiría las telas, y me repetía una y otra vez las mismas recomendaciones, a las que yo, por amabilidad, atendía como si las escuchara por vez primera.

La maquinaria y mobiliario que había pedido tardaron tres semanas en llegar, pero, a la sazón, mi antiguo taller empezaba a parecerse a lo que había sido en tiempo

de mi padre. El almacén estaba lleno de telas y había conseguido recuperar a tres de las costureras que habían trabajado para nosotros. También empleé a un par más de aprendices, y contaba con la ayuda de mi hermana. Quería que ella trabajase conmigo para que aprendiera el oficio y no quedase desamparada si a mí llegaba a ocurrirme algo. Por otra parte, necesitaba a alguien de confianza al frente del local, porque yo pasaba la mayoría de las horas del día visitando a nuestros antiguos clientes con la pretensión de recuperar a alguno de ellos.

En resumen pues, a finales de noviembre de 1787 mi negocio estaba en pleno funcionamiento y mis arcas a la espera de obtener los beneficios de la inversión.

Eran las tres de la tarde. Estaba en mi despacho con Edith, repasando las cuentas, cuando me anunciaron la visita de maître Desmond. Desde que había reemprendido la actividad solía visitarme una vez por semana. Me levanté para salir a su encuentro mientras mi hermana se escabullía encantada a mis espaldas, como hacía siempre que podía. Desmond estaba detenido bajo el quicio de la puerta de entrada, sin atreverse a traspasarla. Al verme se quitó educadamente el sombrero con su mano izquierda, porque en la derecha sostenía un ramo de flores.

Nos saludamos y lo conduje hasta el despacho. Cerré la puerta, e iba a sentarme en mi escritorio cuando interrumpió mi acción tendiéndome el ramo.

—Mi presente habitual —ofreció.

Era cierto. Nunca olvidaba su ramillete.

—Gracias.

—¿Qué tal? —inquirió—. ¿Cómo van las cosas?

—Bien, bien —contesté—. Ya hemos recuperado casi un tercio de nuestros antiguos clientes, y hace unos días conseguimos uno nuevo muy importante, un hospital, que nos hará pedidos frecuentes. Por suerte la memoria de mi padre aún pesaba sobre muchos de ellos, y presentándome con el aval de alguien solvente y conocido en el ramo como el señor Bontemps, se me está recibiendo con relativa aceptación. Confío en poder seguir aumentando la clientela.

—Estupendo. Y, si me permite la pregunta, ¿cómo va de fondos? Se lo digo porque…, en fin, en los negocios es algo normal ampliar capital, y si necesita un nuevo socio… yo… yo estaría dispuesto a hacer una aportación.

—Gracias, maître —agradecí, asombrada. De él no conocía ninguna razón oculta para su generosidad—. Es usted muy amable, pero por el momento no es necesario.

—Bien, de todas formas quiero que sepa que mantengo mi ofrecimiento por si en alguna ocasión lo precisara. —Bajó la vista hacia su sombrero, al que dio un par de vueltas entre sus manos, y luego, volviendo a levantarla hacia mí, me dijo—: Yo no soy tan rico como el conde de Coboure, claro está, pero mi situación no es precisamente apurada… quiero decir que es desahogada… buena, ¿me comprende?

—Eso es estupendo —me congratulé—. Lo celebro por usted. Sé lo que es pasar

apuros económicos y le aseguro que no es nada agradable.

—Bueno, no se lo he dicho para vanagloriarme, sino para que no vuelva usted a pasar esos apuros de los que me habla. Confío en que después del tiempo que hace que nos conocemos…, bien, sería un honor para mí que me considerara usted amigo suyo.

Era siempre tan amable y atento que le sonreí con sinceridad. Hizo una pausa y de pronto me preguntó:

—¿Qué edad cree usted que tengo?

No era frecuente que Desmond me hiciera preguntas personales de esa índole.

—Por favor, no me ponga usted en ese apuro. Yo para adivinar edades soy un desastre.

—El mes próximo cumpliré treinta y cinco años —reveló—. Mi familia cree que ya es hora de que me case y funde una familia. Hasta me han escogido una candidata, pero quisiera ser yo quien eligiera a mi futura esposa.

Vaya. Por lo visto hoy era el día de las confidencias.

—Es natural. Está usted en su derecho —repuse anodinamente.

—En teoría es fácil de decir, el problema estriba en que mi elegida me corresponda.

Cuando dijo eso me miró de tal forma que comprendí, alarmada, que se estaba refiriendo a mí.

—Piense que si no le corresponde, es que no le merece —dije con voz neutra, y luego añadí, para desviar el tema—. ¿Dará usted un informe favorable de mi situación al conde de Coboure?

Soltó una sonrisa breve, y volvió a mirar su sombrero. Era una sonrisa provocada por la decepción. Se había dado cuenta de mi maniobra.

—Por supuesto —repuso—. No tiene que inquietarse en ese sentido.

—Bien. Dígale al conde que, si algún día quiere visitar mi taller, será un honor para mí enseñárselo y darle las explicaciones que considere oportunas.

Me pareció que al decir eso, su expresión se tensó.

—Es usted muy amable —contestó—. Se lo diré. Pero yo de usted no esperaría esa visita. El conde es un hombre muy ocupado, ¿sabe? —Pensó unos segundos y agregó—: Sobre todo desde que tiene una nueva amante, la señora Lymaux. ¿Ha oído hablar de ella?

Era seguro que sabía que no la conocía. ¿Por qué me contaba eso?

—Probablemente no se mueve en mis círculos —repuse.

—Es una viuda muy atractiva y muy rica.

—Ah. Pues si es muy rica entonces es seguro que no se mueve en mis círculos —bromeé.

Sonrió a modo de tregua y luego dijo:

—Mañana por la noche voy a la ópera. ¿Puedo pedirle que me acompañe? Tengo un palco reservado.

—Pues… —dudé.

Desmond pretendía cortejarme. Menuda sorpresa. Quizá ya venía haciéndolo desde hacía tiempo y yo no había reparado en ello. Que me visitara con tanta frecuencia, y que me trajera siempre flores… lo había considerado una mera atención, pero por lo visto no se trataba sólo de eso.

—Por favor —insistió.

—De acuerdo —convine, sin mucho entusiasmo.

—Estupendo —selló alegre. Luego se levantó y yo lo imité—. Bien, no la entretengo más. La veré mañana.

Lo acompañé hasta la puerta de entrada y salí con él al exterior.

—Maître, por cierto —se me ocurrió de pronto—, hace tiempo fui a visitar al conde a su residencia… No sé si se lo comentó…

—Lo hizo, sí —repuso escuetamente.

—Estaba en compañía de un joven de unos veinte años —mentí, describiendo al del bar Marie. Quizá tuviera suerte y Desmond, sin darse cuenta, me lo identificara —, estatura media, cabello castaño oscuro, ojos grises, con los dientes algo separados…

—Ah…, sí…, su primo Didier Durnais…

Permanecí en silencio un segundo. No había esperado que fuera tan fácil.

—Vive en la residencia del conde, ¿verdad?

—Hasta ahora sí, pero creo que se ha mudado hace poco. ¿Por qué?

—No, por nada.

En ese instante elevé la vista y descubrí a Daniel y a Edith en un rincón del patio, cogidos de la mano y en actitud cariñosa. La desvié de ellos y sonreí cortésmente a Desmond mientras me besaba la mano como despedida. Luego volví a entrar en el taller y me encerré a trabajar en mi despacho.

Edith entró al cabo de poco. Se sentó silenciosamente a mi lado y me ayudó a archivar documentos y a escribir algunas cartas. Tenía una expresión que casi me dio envidia. Edith estaba enamorada, y ese estado le hacía irradiar una felicidad y una alegría de vivir que no podía evitar desear para mí misma. Pero ¿con quién?, ¿con Desmond? Desmond era un buen hombre, me resultaba agradable, y además era un buen partido. Si lo aceptaba me daría seguridad y una vida tranquila y estable. Pero en aquel momento me pareció imposible que yo pudiera llegar a sentir por él lo que mi hermana parecía experimentar junto a Daniel. Quizá si llegaba a conocerlo mejor…

—Señorita —dijo alguien asomándose en el umbral de la puerta—, una de sus trabajadoras me ha dicho que podía entrar. Espero no importunarla. ¿Me recuerda

usted?

Lo miré de arriba abajo, más por sorpresa que por necesidad de reconocerlo.

—Por supuesto, señor Rocard —respondí, sin poder resistir el impulso de levantarme—. Me sería difícil olvidarlo. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias a Dios.

—¿Y su preciado reloj? —chanceé.

Esbozó una semisonrisa y extrajo su reloj de oro del bolsillo del chaleco.

—En su sitio, por fortuna.

—Por fortuna para mí, supongo. Pase, haga el favor. ¿A qué debo la distinción de su visita? ¿Conoce a mi hermana Edith? Edith, éste es el señor Rocard, el secretario del conde de Coboure.

A mi hermana no se le ocurrió otra cosa que hacerle una reverencia.

—Es un honor, señorita —repuso. Luego, mirándome, añadió—: Me envía el conde de Coboure con una invitación para usted. Le ruega que, si le es posible, acepte cenar con él esta noche en su residencia. Y, en caso de que ya tenga un compromiso previo, le ruega le indique a qué hora puede él venir aquí a visitarla.

Me quedé de piedra. ¿El conde quería verme? Al asombro siguió la preocupación. Al ver a Rocard había supuesto que venía a conocer detalles económicos de mis cuentas, que maître Desmond no me había pedido, o a contrastar la información que éste le habría facilitado, pero si el interés provenía directamente del conde, y si además quería verme en persona, es que querría tratar del otro tema, de aquel en el que no me atrevía ni a pensar.

—Dígale al conde que mi casa es su casa y que puede venir siempre y a la hora que desee —pronuncié sin entusiasmo pero con medida gentileza—. No obstante, acepto complacida su invitación.

—Así se lo comunicaré. Gracias.

Mi hermana se mantuvo seria y formal hasta que nuestro visitante hubo desaparecido, pero luego exclamó, dando saltitos de excitación:

—¡Marionne! ¡Una cena con el conde de Coboure! ¡Qué emocionante!

Mi adusta y concentrada expresión le llamó la atención, y mudó la suya.

—¿Crees que… que querrá pedirte que le devuelvas el dinero? —preguntó alarmada.

—No, mujer —descarté—. El dinero le sale por las orejas a ése. Además, no puede, tengo un contrato.

Me querría ver por el asunto de la señora de La Motte. Ahora ya tenía el convencimiento. Después de su generosa aportación debía de suponer que no me animaría a negarle contestación. Y era cierto, ahora no podría hacerlo. Pero ¿hasta qué punto debía hablar? Empecé a notar un nerviosismo creciente.

—Estupendo —se reconfortó Edith—, pues entonces ponte guapa. Podrías llevar

aquel vestido rojo que te regalamos por tu cumpleaños. Estás muy extremada con él.

—¿Aquél con el que se me ve todo? —protesté—. ¡Quita, quita! Me pondré el vestido azul de los domingos y ya está.

—¿Aquél tan cerrado? Pero Marionne —protestó Edith desilusionada—, ¡piensa, piensa! ¡Si cazaras a un conde! ¡Sería fabuloso! Ya no necesitaríamos trabajar. Viviríamos en un palacio fabuloso y…

—Edith, nosotras nunca cazaremos a un conde. Los nobles de su categoría no se casan con burguesitas pobretonas. A lo sumo las convierten en sus amantes hasta que les regalan un hijo ilegítimo. Así que arremángate y aprende cuanto puedas, que te tocará trabajar muchos años.

Guardamos silencio. Edith se quedó taciturna, como una niña a la que acabaran de negar un capricho. Pero se rehízo pronto, y ya en casa intentó de nuevo convencerme de que me pusiera el vestido rojo. Y para mi desgracia en esta ocasión tuvo a mi madre de su parte: una cosa era ir a la iglesia, y otra salir de cena; no podía presentarme ante un hombre de la mundología del conde vestida como una mojigata, y mucho menos teniendo un vestido tan espléndido que aún no había tenido ocasión de estrenar.

Así que, inevitablemente, a las siete y media de la tarde nos presentamos, mi llamativo vestido y yo, en la residencia del conde de Coboure.

Cuando llegué a la residencia del conde me hicieron esperar, como de costumbre, en la ya conocida antecámara, la de las galerías. Intenté distraerme observando las hermosas pinturas que pendían de las paredes, pero mi estado de ánimo, de creciente nerviosismo, me hacía impermeable a su arte, de forma que decidí emplearme de nuevo en la asignatura pendiente de escudriñar unos pasos más la parte de la galería que me estaba prohibida. Mas, apenas extraje la cabeza por ella, di un respingo. El conde acababa de aparecer por su otro extremo.

Me pareció poco oportuno retroceder para disimular mi atrevimiento cuando ya había sido descubierta, de forma que lo esperé clavada en el suelo. En esta ocasión iba magníficamente vestido, con casaca y calzón de terciopelo, chaleco de seda, y bordados y encajes bastantes, en cantidad y calidad, como para que yo nunca antes en mi vida hubiese visto un traje tan costoso. Intenté mantenerme firme mientras lo veía avanzar directo hacia mí, porque su visión me produjo un inevitable impacto.

—Señorita Miraneau —saludó sonriente—, es un placer volver a verla.

Estaba a punto de hacerle una reverencia, cuando me asombró al ser él quien con un ademán me pidió la mano para cumplir con dicha ceremonia.

—Para mí es un honor —repuse, intentando disimular mi confusión—. Ha sido muy amable al invitarme.

—No, al contrario. La amable ha sido usted por venir a pesar de avisarla con tan

poco tiempo.

—Por la noche no suelo tener compromisos —contesté con espontaneidad.

Me arrepentí de inmediato de mi simpleza, con la que podía haber dado a entender que no tenía mejor ocupación. No obstante, el conde me sorprendió gratamente al sonreírme con simpatía. Me indicó con un gesto que la dirección a seguir era la zona desconocida de la galería, y tuve una infantil satisfacción al poder atravesarla por fin de pleno derecho, nada menos que acompañada por el dueño de la casa.

—Maître Desmond me ha dicho que está usted haciendo muchos progresos en su empresa —me dijo mientras caminábamos.

—Oh, sí. Pasar de no tener ningún cliente a tener alguno, puede considerarse un enorme progreso. Por cierto, ¿a quién le compra usted su ropa del hogar?

—Supongo que a partir de ahora se la tendré que comprar a usted.

—Buena idea —aprobé—. Por ser quien es le haré un buen descuento. Y, además, teniendo en cuenta que una tercera parte de los beneficios son para usted, estaría tirando el dinero si se la comprara a otro.

—Una observación acertada, y muy mercantilista. —Sonrió—. Pero —matizó, como si el tema le importara—, la calidad ¿me la puede asegurar?

—Oh, desde luego. Hoy no he venido preparada, pero otro día le puedo enseñar el muestrario de nuestras telas.

Habíamos llegado al final de la galería. Desembocaba ésta en unas escaleras sobrias de mármol cuya sencillez parecía anunciar el acceso a la zona más privada del palacete. Con todo, aquellas escaleras eran mucho más distinguidas que las centrales de mi propio edificio.

—Las sábanas de mi cama, por ejemplo —continuó él bajando el tono de voz mientras subíamos los peldaños—, son de puro algodón. Suelo dormir ligero de ropa y no soporto el tacto de otro material. ¿Puede suministrarme tela de esa pureza?

Lo miré desconcertada. ¿Es posible que estuviera galanteando? ¿O quizá sólo quería saber si me ruborizaba al mencionar su desnudez mientras dormía? Parpadeé incrédula, pero no sólo parecían evidenciarlo sus palabras, sino también su incisiva y socarrona mirada.

—¿Con bordado o sin bordado? —pregunté en tono profesional.

—Sólo uno pequeño —concretó—. El de mi escudo, en una esquina. ¿Quiere que se las muestre?

Sí. Estaba coqueteando. ¡Vaya! Esto sí que era inesperado.

—Por supuesto —asentí sin dudar—. Hágame llegar mañana a mi taller un juego de sus sábanas de cama, y le haremos una réplica exacta.

Sonrió con un guiño casi imperceptible.

—Es usted muy hábil esquivando proposiciones indecentes.

—He recibido una educación muy completa —repliqué—. Me han preparado para todo tipo de contingencias.

Soltó una risa fresca y alegre, y me dije que si la velada continuaba así iba a ser mucho más agradable e incitante de lo que había supuesto.

—Confío en que maître Desmond le trasladara mi agradecimiento por su generosa aportación —me atreví a recordar—. Espero no defraudarlo.

—Estoy seguro de que no lo hará. Sólo deposito mi confianza en quien la merece.

Estas gentiles palabras las acompañó con un gesto de cabeza de una cortesía tan exquisita, que yo misma me vi respondiéndole de igual forma. Cuando el caballero quería, reconocí con cierta alarma, sabía ser encantador. Me recordé a mí misma, como precaución, que estaba frente a nada menos que un amigo de la reina, un cortesano de élite de Versalles que debía de ser más que ducho en el arte de la adulación y de la seducción, y que si se esforzaba en aplicar su maestría conmigo, pobre profana, sin duda me encandilaría como a una inofensiva polilla.

Las escaleras desembocaban en su primera planta en un rellano que abocaba al pequeño jardincillo de la galería. Desde allí entramos en una estancia de reducidas proporciones, en la que me llamó la atención una mesa redonda de pequeño diámetro, ya equipada para la cena, exclusivamente para dos comensales, con un candelera de plata en su centro. El salón comunicaba con otra estancia de la que emanaba música de cámara, interpretada, según distinguí, por dos violines y un violonchelo. Dos lacayos vestidos con librea y coronados con pelucas blancas esperaban como dos estatuas apostados a ambos lados de la chimenea.

—¿Se trata de una velada romántica? —quise bromear para aligerar la impresión del escenario.

—Sólo he intentado que el ambiente fuera agradable. Le he pedido que viniera porque tengo que hablarle de un asunto. Aunque —y ahora sus ojos chispearon maliciosamente—, si quiere una velada romántica, estoy dispuesto.

—No, no, gracias —descarté amable—. Por mí no se esfuerce usted.

—Lástima —dijo arqueando las cejas en muestra de resignación—. Entonces ya no la castigaré más con mis insinuaciones. ¿Permite?

Hizo ademán de solicitarme la capa, y al quitármela me pareció vislumbrar en su rostro una expresión de admiración mientras con una rápida mirada me examinaba de arriba abajo. En aquel momento me alegré de haberme puesto aquel vestido rojo.

Dejó caer la prenda en los brazos de su sirviente, que la retiró deshecho en reverencias. Luego apartó una silla de la mesa y me invitó a sentarme. Lo hice y él ocupó la suya delante de mí. Al instante nos sirvieron el vino y los platos con manos enguantadas, y los criados se retiraron andando hacia atrás y con una reverencia. Aunque todo aquel lujo y ceremonia era para mí asombroso, evité mirarlos para no demostrarlo en exceso.

—Bien, Marionne… perdone, ¿puedo llamarla así?

—Claro.

—Ya sé en qué consiste ese asunto turbio y escandaloso del que me habló —anunció súbitamente.

—Supuse que querría preguntarme sobre ello.

—No me hace falta. Es probable que en estos momentos sepa mucho más que usted.

—¿Lo dice por presumir?

Se sonrió y clavó en mí una mirada tan significativa, que me di cuenta de que era yo la que en esos momentos estaba coqueteando. Enrojecí bruscamente y, al comprender que él lo habría notado, enrojecí aún más.

—Lo siento —me corregí, emergiendo de entre las llamas que incendiaban mi rostro—. No pretendía ser descortés.

—No lo ha sido —repuso, recostándose lentamente en el respaldo de su silla mientras me estudiaba—. Dígame, ¿se ha preguntado qué opinión me merece usted?

—No —contesté, sorprendida e incitada por aquella pregunta—. No he creído que se molestara usted en tener una opinión sobre mí.

—¿Y por qué no? —pareció confirmar—. ¿Por qué cree que le di las cinco mil libras?

Era en verdad una interesante pregunta.

—Imagino que quiere que sea discreta… —respondí con cautela—, y, por supuesto, lo tiene garantizado.

Su semblante se endureció.

—Le dije que yo no había tenido nada que ver. Me he enterado de lo ocurrido a raíz de mi entrevista con usted.

—Fue a su primo al que confundí con usted —no pude reprimirme de revelar—. Le ruego que no se enoje conmigo —añadí, con la máxima cordialidad de la que fui capaz—. Es normal que yo también hiciera mis averiguaciones.

Marcó una pausa y replicó:

—¿Y se le ha ocurrido pensar que quizá mi primo actuó por su cuenta y que yo nada tuve que ver? —Esperó a que yo diera alguna muestra de creerlo así, pero como me limité a mirarlo, agregó—: Además, La Motte se alojó la noche de su fuga en el local que usted ocupa. Es usted culpable y no le interesa hablar.

—Yo no soy culpable —me defendí con calor—. Su primo me pidió el local, pero no me dijo para qué lo quería.

—En cualquier caso, su posición es sospechosa y comprometida, así que le interesa guardar silencio por su propia seguridad, de forma que no hubiese sido inteligente que yo le diera las cinco mil libras con ese objetivo. ¿Está de acuerdo con mi razonamiento?

Asentí dócilmente. No valía la pena discutirle sus motivaciones.

—Bien, entonces volvemos al punto de partida. ¿Por qué le di las cinco mil libras?

Me encogí de hombros.

—No lo sé.

—¿Cree que fue para enriquecerme con un tercio de sus posibles futuros beneficios?

—No. Eso seguro que no —Me reí.

—Pues, ¿por qué, Marionne?… ¿Cree que fue para ganarme sus favores tras invitarla a cenar una noche…? —Me miró risueño.

—No, por favor —descarté de inmediato, sonrojándome levemente—. Doy por hecho que puede usted conseguir a la mujer que quiera sin necesidad de soltar un sou.

Nada más lo pronuncié, me mordí la lengua.

—¡No me diga! —exclamó él fingiendo complacida sorpresa—. ¿Eso cree? Es usted muy amable en su juicio sobre mí; le agradezco la lisonja. —Empezaba a extrañarme que no aprovechara mi torpeza para lanzarme una pulla mayor, cuando añadió—: ¿Significa eso que tengo francas expectativas de seducirla a usted esta noche?

Ahí estaba.

—No. —Me fundí—. No significa eso.

—¿Ah, no? Vaya, pues lamento constatar —continuó dulzón— que su amable premisa ha fallado a la primera.

Bebió un poco más de vino, observándome con regodeo por encima de su copa.

—Bien —suspiró, abriendo las manos en un gesto elocuente—. No sé, se me están acabando las ideas. Descartado el interés, descartado el pecado… ¿Se le ocurre a usted algo?

—¿Benevolencia?

—No me dedico a hacer obras de caridad.

—Pues no lo sé. Me rindo.

—A lo mejor me gustó usted.

Me quedé patidifusa y dejé de tragar cuando tenía el pescado justo en la campanilla. El resultado fue que me atraganté y empecé a toser compulsivamente. Me cubrí la boca con la servilleta mientras notaba que el esfuerzo me hacía saltar las lágrimas.

—¿Son mis palabras las que han causado este accidente? —dijo mientras me ofrecía solícito mi copa—. Si es así deberé disculparme; pero no creí que le resultara tan sorprendente. ¿No me cree capaz de tener buen gusto?

Bebí y respiré hondo, intentando superar la crisis.

—Señor —me impuse por encima de su chanza, con la voz todavía rota—, lo que

dice no es que sea sorprendente, es que es increíble. Le recuerdo que iba a entregarme a la policía… Ahora bien, si de lo que se trata es de decir disparates…

Ahora se rió a placer. Era evidente que se lo estaba pasando en grande a mi costa.

—Aquello fue sólo una comedia para inducirla a contarme lo que quería saber.

—¡Oh! Pues estuvieron muy convincentes. Usted y el señor Rocard tienen una gran compenetración. Supongo que deben de dedicar algunas horas al día a ensayar.

Sonrió y me dijo con desenfado:

—¿Sabe? Me pregunto por qué no la invité antes. Es usted muy divertida.

—Tampoco usted es aburrido.

—Gracias. Y además, es usted preciosa, Marionne, si me permite el cumplido, y esta noche está francamente deslumbrante.

Quedé perpleja y me encendí de nuevo, quizá por enésima vez aquella noche. El halago me sonó a sincero y me impresionó de tal forma que tuve que desviar la vista de él para no enrojecer hasta la raíz del cabello. Recordé lo que me había dicho Edith y lo que yo le había contestado. Quizá no iba a ser tan fácil como había creído no querer saber nada del conde de Coboure.

Él observaba mi reacción con alegre deleite. Le encantaba azorarme.

—Veo que ha terminado el pescado —me dijo—. ¿Estaba aceptable?

—Oh, sí, sí. Exquisito.

—Ahora hay tres platos más. ¿Cree que podrá con ellos?

—¿Tres platos más? —pregunté escandalizada—. ¿Cuál de ellos es el postre?

—El último. —Sonrió—. ¿Prescindimos de los demás?

—Por mí sí, si usted no…

—Por mí no hay problema. Estoy desganado. —Me miró con picardía y añadió —: Debe de ser la emoción de su compañía.

No tenía los ojos muy grandes, pero a la luz de las velas eran claros, cálidos y muy expresivos, sobre todo cuando los acompañaba con aquel movimiento de cejas vivido y juguetón. Noté que sus ataques empezaban a hacer su efecto en mi ánimo y me alarmé. Aquel hombre no me convenía. La inferioridad de mi condición respecto de la suya era excesiva. Marionne, Marionne, sé sensata.

—¿Cómo es que todavía no se ha casado usted? —le solté de pronto.

El golpe fue eficaz. Pestañeó un par de veces, y se volvió hacia los sacrificados lacayos para indicarles con un leve gesto que trajeran los postres.

—¿De verdad le interesa? La única mujer con la que hubiese querido hacerlo ya estaba casada.

—Qué oportuno —osé bromear—. Pero ahora tiene usted una amante.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Desmond.

—Se ha dado buena prisa en informarla —reprochó.

Los sirvientes dejaron delante de nosotros una enorme fuente repleta de frutas, pasteles y dulces, y nos dejaron solos.

—Es sólo una amiga —explicó.

—Una amiga íntima —maticé.

—Depende de en qué sentido interprete lo de «íntima». Si es en el que me imagino, sí. Pero no por eso deja de ser sólo una amiga. —Tomó un dulce de la fuente y añadió—: Desmond la pretende, ¿verdad?

No estaba preparada para aquel contraataque, así que tardé unos segundos en responder.

—No lo sé.

—Ya. Va a verla cada dos por tres. Sabe que yo no tengo ninguna necesidad de estar tan al día de sus asuntos.

También yo cogí un dulce. Sus supuestos celos complacían más a mis oídos que la música de cámara que se filtraba desde la habitación contigua.

—¿Le interesa Desmond? —inquirió, sin tregua.

—¿Tengo que contestar a eso? —Quise hacerme la interesante.

—Yo le he dicho lo que hay entre Charlotte Lymaux y yo. Y le aseguro que no acostumbro a hacer confidencias. En serio, ¿le interesa?

—Aún no lo tengo decidido. Es una persona agradable.

—¿Sólo eso?

—Y un buen hombre.

—Ah.

Permanecimos en silencio. Él tenía su vista puesta en mí, pero no estaba segura de que en esos momentos sus pensamientos estuvieran centrados en mi persona, de forma que dije:

—Quizá debería explicarme el motivo por el que me ha invitado hoy.

Se quedó inmóvil unos instantes, lanzó un suave suspiro de desbloqueo y dejó la servilleta sobre la mesa. Luego se levantó y me tendió la mano. Se la tomé y me levanté a mi vez, y, al hacerlo, comprobé que estaba excesivamente próximo a mí. Nos cruzamos la mirada unos instantes, y no sé qué vi en su expresión, pero el pulso se me disparó y tuve que bajar la cabeza, turbada.

—Iremos a la sala contigua —me dijo con naturalidad, como si nada hubiese ocurrido—. Estaremos más cómodos.

—Bien —lo secundé, sin saber bien lo que decía.

La mencionada estancia era un salón de paredes guarnecidas con tapices renacentistas. Cuando hubimos entrado, cerró las puertas. Me invitó a ocupar el sofá frente a la chimenea y él lo hizo en uno de los sillones. Ya no se oía la música. Supuse que habían dejado de tocar. Me preparé. La parte galante de la velada había terminado.

—¿Conoce al marqués de Sainte-Agnès? —inició—. Está encargado de la investigación de la fuga de La Motte.

Me tensé. Lo sabía. Ya sabía yo que ése era el asunto del que quería tratar.

—No personalmente, pero vino a mi casa y estuvo haciendo preguntas a mi familia.

—¿Ah, sí? No estaba al corriente. ¿Y qué le dijeron?

—Encontró sólo a mi madre y a mi hermana. Y como ellas no saben nada, lo negaron todo.

—Bien… —aprobó—, bien. El marqués de Sainte-Agnès ha estado bastante tiempo fuera de París. Estuvo en Londres entrevistándose con esa mujer y ha descubierto que la noche de su fuga se ocultó en nuestro local. Ayer me enteré de que dentro de pocos días regresará a París y presumo que, ahora que tiene la confirmación, querrá volver a interrogarla. Me ha parecido necesario advertirla para que esté preparada por si eso ocurre.

Palidecí. Era cierto que no estaba preparada. Había pasado tanto tiempo sin que nada ocurriera que había pensado que ya no me volverían a importunar.

—¿Me detendrá? —pregunté, intentando que mi voz sonara firme.

—No lo creo. No debe de estar seguro de su participación en este asunto. Es de mí de quien sospecha. Por eso opino que, si la interroga, lo mejor es que usted se reafirme en lo que dijo su familia. Niegue cualquier conocimiento de esta cuestión. Si es convincente, es probable que ello disipe sus sospechas sobre usted. Yo tenía medios para saber que el local estaba vacío, y como propietario puedo tener una copia de las llaves. Hubiese podido esconder allí a la señora de La Motte sin que usted lo supiera. Creo que lo mejor es que le hagamos creer esa versión.

Lo miré con extrañeza. Él parecía muy tranquilo, tanto que pensé que debía de haber algo más de lo que me estaba diciendo.

—¿Por qué quiere cargar usted con todas las culpas? —inquirí, inclinándome hacia delante.

Noté que su mirada resbalaba suavemente desde mi rostro hasta mi escote. Me miré a mí misma y pregunté, molesta:

—¿Qué está mirando?

—Lo que usted me está mostrando —repuso con total sosiego.

Supe a lo que se refería y me enderecé inmediatamente. Ya sabía yo que aquel vestido acabaría poniéndome en un compromiso.

—Ha sido un descuido —me excusé, enrojeciendo bajo su guasona mirada—. Hubiese sido muy elegante por su parte no reparar en ello —lo recriminé, mientras me subía los bordes de la tela, en un gesto más simbólico que práctico, porque su diseño no permitía excesiva variación.

—Querrá decir, disimular que he reparado en ello —repuso con el mismo

comedimiento—. No hacerlo hubiese sido contra natura.

—Bueno —resoplé, deseando abandonar aquel tema—. ¿Por qué quiere cargar usted con todas las culpas?

Él no contestó enseguida. Durante unos segundos pareció esforzarse en recuperar la seriedad, y cuando creyó haberlo conseguido, dijo:

—Si usted confiesa no demostrará mi inocencia; todo lo contrario: facilitará al señor Courtain una prueba testifical contra mí, prueba de la que ahora carece.

—Si explicara que no fue usted sino su primo quien…

—Gracias —me interrumpió seco—. Así Courtain tendrá tres culpables en lugar de uno: usted, mi primo y yo; y prueba contra los tres en base exclusivamente a su confesión. Creo que es una rentabilidad que superará con mucho sus expectativas.

Había vuelto a aparecer ante mí el conde de Coboure que conociera en nuestro primer encuentro. Y no era para menos. Resultaba que su suerte y la de su primo dependían de mi declaración. Ahora se desvelaba la causa de la entrega de las cinco mil libras y del despliegue de tanto seductor encanto durante aquella velada. Sí, ahora quedaba al desnudo su verdadera motivación. A pesar de ello, no me sentí en modo alguno engañada. Yo ya lo había sospechado cuando acepté el dinero, y si el conde quería ganarse mi voluntad, prefería que utilizara miel, como había hecho, que palos, como hubiese podido hacer.

—La verdad —dijo—, si le estuviera pidiendo que confesara entendería su oposición. Pero no comprendo qué beneficio cree usted que puede obtener de reconocer su participación.

—Estoy convencida de que si colaboro seré tratada de muy distinta forma que si lo niego todo y luego, por otra vía, se descubre la verdad.

Era posible que me ganara la benevolencia de las autoridades si les explicaba sin reservas todo lo que había ocurrido, máxime si además facilitaba el nombre de Didier Durnais. Por el contrario, si lo negaba todo y acababan por saber de mi intervención, ya sería imposible que creyeran en mi inocencia.

—Lo que yo no entiendo —dije— es que se ponga usted tan tranquilamente en mis manos. Que yo declare en el sentido que usted me indica, ¿es la única defensa que tiene en este asunto?

Me miró largamente. Yo opté por esperar el resultado de su reflexión y nada añadí. Al cabo se levantó, y, con movimientos lentos y pausados, se sentó en el sofá, a mi lado.

—Obviamente, tengo otros recursos. No obstante, preferiría no utilizarlos. Y creo, con sinceridad, que lo que le propongo es lo mejor para todos, usted incluida.

—¿Cuáles son esos recursos?

—No considero necesario detallárselos.

—Quiero saber si yo también puedo valerme de ellos. Yo no tengo ningún

recurso, conde. Estoy completamente desamparada.

—El recurso de usted —sentenció él— soy yo.

El pavor me inundó al oír sus palabras. Él. Él era mi recurso. Dios bendito. Aspiré aire, para que el nerviosismo no me traicionara empujándome a pronunciar palabras inadecuadas, y por fin dije, con toda la serenidad que pude acopiar:

—Recientemente he descubierto, por un golpe muy duro que aún no he acabado de superar, que es peligroso quedar a merced de un tercero.

—¿Me está diciendo que no se fía de mí? —Sonrió.

—No se trata de falta de confianza —intenté desagraviarlo—. Se trata sólo de seguridad.

—Ya. Y supongo que el que se sienta segura es indispensable para que acepte usted mi sugerencia —callé, en señal de confirmación—. Pues, en cualquier caso —prosiguió—, que confíe en mí es necesario, pero voy a darle algunos detalles que quizá permitan que se quede usted más tranquila. Dentro de poco tendré en mi poder algo que me permitirá negociar con el marqués de Sainte-Agnès en condiciones muy ventajosas; hasta el extremo de que tengo la certeza de poder conseguir, si fuera preciso, tanto mi impunidad como la de mi primo e incluso la de usted.

—¿Qué es ese algo?

—Es importante. Créame. Saber eso le basta.

No, no me bastaba. Ese «algo» lo tendría él, así que yo seguiría dependiendo de él. Y él ni siquiera lo tenía todavía. Y yo ni siquiera sabía de qué se trataba. Y menos si el marqués participaba de la valoración que el conde hacía de ese «algo» como para asegurar la impunidad de tanta gente.

—¿Cuándo lo conseguirá?

Dudó en contestar.

—Dentro de tres días —concedió.

—¿Cómo?

—Eso tendrá que dejarlo en mis manos.

—¿Y si el marqués me interroga antes?

—No lo hará. No estará aquí antes de tres días. Es físicamente imposible.

—¿Y si no lo consigue usted?

—Lo conseguiré. Y si no, volveremos a hablar. —Alguna expresión involuntaria de mi rostro debió traslucir mis pensamientos, porque concluyó—: Lo siento. Pero mi consejo es cuanto le puedo ofrecer. Si no quiere seguirlo, usted misma, pero cometerá un grave error.

Estaba claro que él había llegado al límite de cuanto estaba dispuesto a decirme; y, con aquella escasa información, yo no sabía lo que haría ni lo que dejaría de hacer. Pero como él esperaba una respuesta, asentí en silencio. Eso pareció satisfacerlo y entonces me tomó con suavidad un mechón rizado de pelo que se había desprendido

de mi recogido.

—Se le ha caído esto —me dijo afectuosamente, mientras lo dejaba escurrir entre sus dedos.

Esperé a que finalizara su caricia, que tuvo la virtualidad de producirme una corriente emotiva. Dios santo, me irrité conmigo misma, ¿era posible que me dejara embaucar por tan poco? Necesitaba la mente fría y despejada; y no estaba dispuesta, no estaba dispuesta, repito, a dejarme manipular.

La velada había terminado. Me acompañó hasta la puerta de entrada, y cuando llegó el carruaje, que puso de nuevo a mi disposición, me besó la mano como despedida. No fue un gesto de cortesía. Noté el contacto de sus labios y la caricia de su pulgar sobre la piel.

—La tendré al corriente —se despidió cálido—. Y gracias por su colaboración, Marionne. No dude de que sabré apreciarla en lo que vale.

Asentí. El bribón se las sabía todas.

Al día siguiente, al volver al taller después de una visita a uno de mis clientes, me encontré con un paquete encima de la mesa. Era voluminoso. Lo abrí y, al ver su contenido, reí brevemente. Era un juego de sábanas blancas de algodón. Desdoblé la cabecera y busqué la esquina. En ella había un pequeño escudo bordado con hilos de oro.

—Marionne —exclamó mi hermana entrando de súbito en el despacho—, el repartidor quiere saber cuál es la dirección que… ¿qué es eso?

—Edith —le dije, tendiéndole la ropa—, encarga que hagan diez juegos iguales a éste. Asegúrate de que la tela sea la misma. Es importante. Son para el conde de Coboure.

—¿Has conseguido al conde de cliente? —Se animó cogiendo las telas—. Felicidades. Veo que la cita de ayer fue provechosa. ¿Qué le cobraremos?

Observé cómo mi hermana sostenía las sábanas entre su brazo y su pecho, y contesté:

—Nada.

Paul Bramont

Necesitaba hacerme con el borrador de las Memorias de la señora de La Motte, el que Saltrais y compañía habían estado leyendo y corrigiendo, y que ahora iban a devolverle para la confección de la versión definitiva. Con toda seguridad tendría anotaciones hechas a mano de sus correctores inspiradores, y por tanto constituía una prueba de extraordinario valor contra ellos. Si Courtain no emprendía ninguna acción contra mí, los documentos comprometedores permanecerían guardados en un cajón, pero en cuanto me viera en peligro los utilizaría para canjear por ellos mi libertad y la

salvaguarda de mi buen nombre.

Saltrais iba a sustituir al conde de Mounard en su ida a Londres. El viaje era mi única oportunidad de hacerme con esos documentos. Pero ¿cómo? La primera ocurrencia fue la del asalto, pero me repugnaba la idea de emplear contra el vizconde una violencia que él se había negado a utilizar contra Courtain e incluso contra mí mismo, máxime cuando la acción no la podía ejecutar yo para no descubrirme ante él, y si debían hacerlo terceros armados su resultado era incierto y podía tener un trágico final. No quería que Saltrais resultase malparado. No sentía odio hacia él, a lo sumo desaprobación por su actuación y enojo por la estúpida manera en que me había involucrado, pero esos sentimientos no acumulaban el rencor suficiente para desearle un mal de esa envergadura. Mi motivación era, como había dicho Marionne, cuestión de seguridad, no de resentimiento.

Estaba sumido en la indecisión, cuando se me ocurrió un procedimiento infinitamente más sencillo. Las dos veces que había viajado a Londres con Lucile nos habíamos alojado en un albergue que le había sido recomendado por su hermana Claire por ser en el que Saltrais se alojaba cuando hacía el camino a Calais. Era, por tanto, muy probable que el vizconde pernoctara allí, en cuyo caso lo único que yo tenía que hacer era conseguir las llaves de su dormitorio y entrar en cuanto tuviera la oportunidad.

Animado por este plan, que consideré seguro y sin riesgo, envié a Rocard a la posada con la misión de hacerse con la llave maestra. Rocard ofreció al posadero cien libras por ésta. El dinero ablandó al pobre hombre. Aun así quedó aturdido y se resistió débilmente. ¿Para qué la quería? Una petición tan extraordinaria le hacía temer la comisión de un delito bajo su techo. Rocard se lo explicó, aunque una vez le hubo arrancado juramento de guardar estricta confidencialidad: su señor tenía una amante, que viajaba con su esposo, y los tres se alojarían allí en un par de días; su señor la precisaba para entrar en el dormitorio de la mujer cuando el esposo estuviera dormido. La picaresca le pareció tan graciosa al posadero, que se echó a reír a carcajada limpia y ya no puso objeción alguna. Le prestaría la llave maestra al donjuán de su señor cuando se presentara. ¿Su nombre? Carotti, se le ocurrió a Rocard. Era figurado, por supuesto, adivinó el posadero. Sí, por supuesto, devolvió la sonrisa Rocard.

Todo estaba preparado. Acudiría yo mismo. No quería delegar en nadie el hurto de los documentos. Era para mí demasiado importante.

Emprendí el viaje al alba del día en que sabía que lo haría Saltrais. Él sin duda saldría levantada ya la mañana, pues no era madrugador, pero yo debía adelantarme. Partí a caballo, por cuanto no quería ni siquiera a mi cochero como testigo, y cabalgué sin efectuar más detenciones que las necesarias para abrevar, alimentar y dejar descansar a mi animal en las paradas de posta.

Caía ya la tarde cuando llegué al desvío del albergue. Era estrecho, apenas permitía la circulación de un carruaje, y el suelo estaba en pésimo estado, por lo que avancé al paso para evitarle a mi montura una caída accidental en aquella superficie tan traicionera. La vegetación de su entorno era frondosa, y las ramas de los árboles que lo limitaban se unían en sus cúpulas manteniéndolo en una constante sombra revestida de helechos. El edificio apareció súbitamente tras una curva, en medio de una inesperada explanada. Era una casa de campo reformada rodeada de una extensión de campos de cultivo ganada al bosque.

Entré en el establecimiento, me identifiqué ante el posadero como Carotti, sufrí su picara sonrisa de complicidad, y me entregó la llave maestra. Abre todas las habitaciones, me susurró, guiñándome el ojo. Asentí con la cabeza, le entregué bajo mano una bolsa con cien libras, lo que me valió sus agradecidas reverencias, y subí a mi dormitorio.

La estancia era de dimensiones confortables, amueblada con una única cama en su centro, ancha para una persona y justa para dos, un armario viejo con el que casi se topaba al abrir la puerta, y una cómoda a la derecha entrando. Lo mejor del cuarto era la hermosa ventana que, ubicada en la pared frontal, permitía una panorámica visión del camino y de la entrada del albergue, y a través de la cual podría vigilar la llegada de Saltrais.

Apenas había tenido tiempo de coger una silla coja de madera descolorida y colocarla en mi punto de observación, cuando distinguí el sonido de un coche ligero. Era improbable que se tratase de Saltrais, pero miré por curiosidad. Iba conducido por una mujer joven que viajaba sola. Algo en ella me llamó la atención y la observé con mezcla de estupor y alarma. No podía ser. La mujer, cubierta con una capa oscura, bajaba del pescante mientras el mozo de cuadra se hacía cargo de su vehículo. Al reconocerla salí disparado. Iba a bajar de un salto las escaleras, de un solo tramo, para salir a su encuentro, pero ya estaba siendo atendida por el posadero, sonriente detrás de su pequeño mostrador de recepción situado justo a los pies de la escalera.

—¿En qué puedo servirla, señora? —le oí decir.

—Vengo a reunirme con el caballero que acaba de entrar justo antes que yo.

—¡Ah! Claro, naturalmente. —Le sonrió el hombre—. Pero ¿no viaja usted con su esposo?

—¿Mi esposo? —se asombró ella—. No, no. Viajo sola.

—Qué afortunado es el señor Carotti. —Volvió a sonreír el sujeto—. Entonces no va a necesitar la llave… Pero dígale que yo cumplí mi parte y que no puede desdecirse del acuerdo. La habitación del señor Carotti es la número tres.

—¿Carotti es el señor que ha entrado aquí antes que yo? —Quiso asegurarse ella.

—Sí. Pero no se deje usted confundir por el nombre… ya me entiende. —Le guiñó un ojo.

Volví mis pasos hacia la alcoba. La recibiría allí. No quería armar un escándalo en el rellano de la escalera ni en el pasillo, donde pudieran oírnos. Marionne no tuvo necesidad de llamar a la puerta. La abrí justo antes de que tuviera opción de ello, la sujeté del brazo y la hice entrar, cerrando después tras ella.

—Bien, ¿qué hace usted aquí? —le espeté.

—Vengo a asegurarme de que consigue usted su «algo» —musitó ella.

—Le dije que la tendría al corriente —le reproché—. Pero… ¿cómo ha sabido que estaba aquí? ¿Es que me ha seguido?

—Sí —reconoció sin rubor.

—¿Que me ha seguido? —No podía creerlo.

—Estuve reflexionando sobre lo que me dijo, y… no me quedé tranquila. Necesitaba más información.

—¿Qué clase de información? —descarté.

—En qué consiste ese «algo» —contestó ella, apurada por mi visible enojo, pero manteniéndose firme—, cómo va a conseguirlo, y cómo puedo tener yo la seguridad de que lo tiene usted en su poder antes de que el marqués me interrogue; aparte de su palabra, se entiende.

—Se entiende —tragué.

—Así que volví a visitarlo ayer. Me dijeron que no estaba, que había ido al Palacio de Justicia. Pedí que le anunciaran mi visita para el día siguiente. Me contestaron que no estaría, que salía de viaje muy temprano y que tardaría un par de días en volver, e hice mis cábalas. Usted me había dicho que conseguiría el «algo» en tres días y…

—Deje de llamarlo el «algo» —rechiné irritado.

—Ah, bien —aceptó con aire inocente—, si me dice de qué se trata podré llamarlo por su nombre.

La taladré con la mirada.

—No sé —arrastré— el precio que tendré que pagar por el error que cometí al contarle lo poco que le conté; sin embargo, le aseguro que he aprendido la lección y que es muy poco probable que reincida en tal equivocación. Pero usted siga, haga el favor. Quiero saber cómo demonios ha llegado hasta aquí.

—Pues si usted salía hoy de viaje, y hoy era el tercer día, la conclusión caía por sí sola: iba usted en busca de lo que me había dicho, así que a las cuatro de la madrugada estaba sentada en un coche de alquiler que detuve en la esquina de su residencia. Lo esperé, lo seguí y ahora estoy aquí.

—Así de fácil —mascullé, irritado conmigo mismo por no haberme percatado de ello—. Lástima que tanta diligente iniciativa haya sido despilfarrada en vano, porque va a marcharse ahora mismo. Tengo algo importante que hacer y no puedo ocuparme de usted.

—No le pido que se ocupe de mí.

—Escúcheme, no voy a darle más información de la que ya le he dado. ¿Lo ha entendido? Sabe lo suficiente y la mantendré al corriente de lo que necesite saber a su debido tiempo. Y ahora márchese.

—¿Qué significa esa llave que no necesita de la que ha hablado el posadero? —dijo, mirando a su alrededor y localizando el instrumento junto a ella, encima de la cómoda—. ¿Es ésta? —preguntó cogiéndola.

—¡Suelte eso! —le ordené.

Ella cerró con fuerza la mano sobre el objeto y la escondió detrás de su espalda.

—¿Para qué es? —insistió—. Parece una llave maestra. ¡Ah…! —Sonrió con lucidez—. Entiendo…, ¿es así como va a conseguir la cosa esa? Se trata de algo que tiene alguien que se aloja aquí, en otra habitación. Y usted se lo va a quitar.

—Marionne… no me haga perder la paciencia. ¡Devuélvamela!

—¿De qué se trata? —continuó deduciendo ella—. ¿Documentos?, ¿cartas?, ¿instrucciones escritas sobre la fuga de la señora de La Motte?

—Voy a decirle lo que voy a hacer: voy a quitarle esa llave a la fuerza si no me la entrega en dos segundos, y luego la echaré a patadas de mi habitación y pediré al posadero que se deshaga de usted. Me está muy agradecido, así que no dude de que me hará caso.

—Si me pone usted la mano encima, gritaré tan fuerte y tan alto que escandalizaré a la posada entera. Y si pretende taparme la boca, me revolveré de tal forma que creerán que tiene usted aquí encerrado a un animal salvaje.

Enfrentamos las miradas unos instantes. Yo no iba a tocarla y ella no iba a gritar. Y ambos lo sabíamos.

—Deme la llave —le pedí una vez más, con serenidad y gravedad.

Marionne extrajo su mano de detrás de su espalda, la extendió dócilmente hacia mí y la abrió. Cogí el instrumento que sostenía su palma abierta y lo dejé en el sitio que ocupara antes.

—Haga lo que le dé la gana —le dije colocándome frente a la cómoda—. Yo voy a asearme y me importa bien poco que esté usted aquí.

Cogí la jarra de agua y vertí su contenido en la palangana. Me deshice bruscamente del chaleco y de la camisa sudada, que apestaba a animal después de horas de cabalgar, y los arrojé al suelo, quedando desnudo de cintura para arriba. Quería que ella se sintiera incómoda y comprendiera que debía marcharse. Pero Marionne permanecía inmóvil junto al mueble, la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados. Me incliné sobre la palangana y me lavé enérgicamente la cara, pasando mis manos mojadas por el cabello en un intento de peinarlo hacia atrás. Con el rostro goteando cogí la pastilla de jabón, la humedecí en el agua y la froté con vigor en mis axilas y en mi pectoral. Luego aclaré la espuma con el agua que recogía

con la mano, y cogí una toalla de aseo con la que me sequé con movimientos rudos. Notaba la mirada de ella posada sobre mí, siguiendo todas mis acciones, y me estaba empezando a poner nervioso.

—¿Qué está mirando? —le espeté con acritud.

—Lo que usted me está mostrando —me parafraseó ella.

—¿Y qué tiene de especial lo que le estoy mostrando? —gruñí sin prestarle atención mientras buscaba una camisa de recambio en mi bolsa de viaje.

—No había visto nunca antes a un hombre desnudarse en privado. ¿Todos lo hacen así, arrojando la ropa al suelo?

Elevé la vista y posé los ojos en ella. Era doncella. La noticia me conturbó. Me vestí rápidamente la prenda que ya tenía en las manos. En realidad no era sorprendente, porque la moralidad burguesa era muy estrecha, y normal que siendo soltera lo fuera, pero me impactó simplemente porque no me había detenido a pensar en ello.

—En ese caso le presento excusas por mi comportamiento —pronuncié, obviando su chanza—. Pero ésta es mi habitación y yo no la invité a venir —dije a continuación—. Es más, le pedí que se marchara y le advertí de que iba a asearme.

—Todo eso es cierto. No me debe usted ninguna disculpa.

—Lo sé —no pude reprimirme decir.

—Además, la visión me ha resultado grata —añadió sonriente.

—No crea que me va a conquistar con zalamerías —le respondí agrio—. Sepa una cosa: no hay nada que me saque más de quicio que se me siga, se me espíe o se fisgue en mis asuntos.

Me dirigí hacia la ventana, mi puesto de vigilancia abandonado por la aparición de Marionne, y esperé que mis cálculos fueran correctos y que todavía faltase algún tiempo para que Saltrais llegara.

Ella salió de su rincón junto a la cómoda, se deslizó hasta donde yo estaba y me imitó mirando al exterior.

—¿Se puede saber qué hace? —le pregunté.

—¿Qué hace usted? ¿Espera a alguien? ¿A esa persona que tiene lo que quiere usted conseguir?

Era desesperante.

—Apártese de ahí —le ordené con cansancio.

—¿Por qué? —protestó ella—. Aquí no hago ningún daño.

—No quiero que la vean. Apártese.

—Pueden verlo a usted.

—Yo sé quién no ha de verme y sabré apartarme a tiempo. Pero a usted le dominará la curiosidad y no querrá ocultarse aunque yo se lo indique. Así que apártese ahora.

—No sería así si me dijera de quién se trata.

—No voy a decirle nada. Es usted un auténtico peligro.

—Yo podría entretenerlo mientras usted entra en su habitación.

—La comida será suficiente entretenimiento —contesté—. Es un gourmet incorregible. No se perderá la cena por nada, ni la interrumpirá por nada. Así que tengo tiempo más que suficiente si usted me deja hacer lo que tengo que hacer.

Marionne no replicó y se apartó. Creí que por una vez había optado por obedecerme, pero como no me fiaba de ella seguí sus movimientos por el rabillo del ojo. Se acercó hasta la cómoda y se miró al espejo. Examinó su peinado, pasándose la mano por el cabello, y luego su ropa, elevando la tela para olería, rechazándola a continuación con un gesto de desagrado. La vi acercarse hasta su propio maletín de viaje, que había dejado sobre la cama, abrirlo y extraer de él un cepillo. Fruncí el ceño. ¿Qué se proponía ahora? A continuación deshizo su peinado, extrayendo una a una todas las horquillas, palpándose la cabeza por si descubría alguna oculta. La cascada cayó suelta, un cabello largo y abundante, ensortijado con pequeños tirabuzones que lo recorrían desde la raíz a la punta, brillante como hilos de seda natural y de aspecto aún más suave que ésta. Volví a mirar por la ventana, maldiciendo el haber dejado de hacerlo por unos instantes y haberme quedado absorto por una simple mata de pelo. Pero un segundo después estaba mirándola de nuevo. Observé su maniobra de cepillarlo, deteniéndose en los enredos, que combatía encerrando en su puño la zona rebelde, frotándola una y otra vez sin misericordia hasta que el peine podía pasar sobre ella sin inconvenientes. El resultado fue una cabellera vaporosa, suelta, voluminosa. Espectacular.

Suspiré, lamentándome de verme obligado a admirarla en esos instantes, y volví la cabeza hacia el camino. Pero un sonido de telas llamó mi atención. Comprobé asombrado, casi escandalizado, que Marionne se había desprendido de su corpiño, que dejó caer sobre la cama.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —le regañé, mientras me levantaba y me acercaba a ella.

Marionne estaba frente al tocador, de espaldas a la ventana, es decir, de espaldas a mí antes de que yo me moviera. Ahora, sin embargo, me tenía de frente, pues yo me había apoyado en el marco de la puerta, donde podía verla a la perfección e incomodarla cuanto pudiera, que no era entonces otro mi objetivo. Ella, que había iniciado un ademán para quitarse la blusa que vestía bajo el corpiño desprendido, detuvo su acción y se cruzó de brazos, en un gesto autoprotector.

—Voy a mudarme y a asearme. También yo tengo derecho, ¿no? —protestó.

—No en mi habitación. Si quiere asearse, alquile una para usted.

—No me separaré de usted hasta que consiga lo que ha venido a buscar, ya lo sabe. Y necesito asearme. Conducía yo y he tragado todo el polvo del camino.

—Una mujer no se desnuda delante de un hombre. ¿No le ha enseñado eso su madre?

—Usted se ha desnudado delante de mí.

—No es lo mismo —argumenté—. ¿Quiere que le explique el por qué?

—Búrlese cuanto quiera, pero ahora voy a cambiarme y a asearme porque he de bajar al comedor.

—No bajará a ningún sitio.

—Lo haré —me retó ella—. Bajaré a entretener a ese individuo al que tiene que quitarle no sé qué. Y lo haré limpia, peinada y oliendo a agua de rosas.

—¿Y cómo piensa entretenerlo? —me mofé—. A ver, dígame Marionne, ¿qué está usted dispuesta a hacer?

—¿Por conservar mi libertad? —respondió ella grave, clavando una mirada verde y nítida en mis pupilas—. Si me cogen presa, mi madre morirá del disgusto y nos hundiremos en la miseria. Ahora soy yo quien mantiene a mi familia. ¿Quiere que le diga lo que estoy dispuesta a hacer para que eso no ocurra? La respuesta es sencilla: cualquier cosa que suponga un mal menor. Y ahora, ¿puede dejar que acabe de mudarme? Estoy cogiendo frío.

—Hágalo. Yo no se lo impido.

—Me está mirando, y eso me lo impide.

—Usted me estuvo mirando a mí.

—Pero es distinto, usted lo ha dicho. ¿Tengo que explicarle el porqué?

—No va a bajar a ver a ese hombre —concluí—. Así que vístase y déjese de tonterías.

Marionne me miró con los ojos vidriosos de rabia y apretó los labios con determinación. Se dio la vuelta y se quitó la blusa pasando la prenda por su cabeza con un movimiento rápido, de tal forma que de cintura para arriba sólo la cubría ahora su ropa interior, una camisola escotada de tirantes ajustada al cuerpo. No había esperado esa reacción, y me sonreí interiormente de su atrevimiento. Aunque el cabello suelto le cubría prácticamente toda la espalda, pude observar, y reconozco haberme fijado, que no llevaba corsé, por lo que el talle que se perfilaba bajo la tela era el suyo natural, sin artificios.

Avancé dos largos pasos y, rebasándola, me coloqué de nuevo delante de ella. Marionne exhaló un pequeño grito de sobresalto y se cubrió el cuerpo cruzando los brazos en forma de aspa.

—Creí que era usted más caballeroso —me reprochó.

—Pues siento mucho decepcionarla. Si se empeña usted en ofrecerme un espectáculo, no crea que voy a desaprovecharlo.

Ella, por toda respuesta, volvió a darme la espalda, quedando de nuevo frente a la cómoda. Repetí los dos pasos en sentido contrario, y quedé en la posición anterior.

Me miró con encono.

—Le advierto que dando tantas vueltas acabará usted mareada y tendré que acostarla en la cama en ropa interior —le solté.

—Se está usted divirtiendo, ¿verdad? —replicó ella, rehaciendo con sus brazos el escudo protector.

—Reconozco que en este momento sí —repliqué—. Ya le dije que es usted divertida. Lo único malo es que no he venido aquí a divertirme, sino a hacer algo de suma importancia, y me está haciendo perder el tiempo peligrosamente; así que espero que si pierdo mi oportunidad me dé usted a cambio algo que lo compense.

—Si no se hubiera movido de su sitio, yo ya habría terminado y usted no habría perdido ni un minuto de su tiempo.

—Quiero que se vaya, Marionne —dije severo, recuperando la seriedad—. Váyase, por favor. Las cosas podrían torcerse y necesito estar libre. Todavía no entiendo qué hace usted aquí.

—Tan sólo pretendo tener las mínimas garantías para hacer lo que usted me pidió el otro día que hiciera —replicó ella—. Yo lo que no entiendo es que plantee tanta resistencia a algo que hago en su beneficio. Y espero que no crea que baste para doblegar mi voluntad la imposición de meros convencionalismos.

Dicho esto se colocó desafiante frente a la palangana de agua que descansaba sobre la cómoda, y como si alguien estuviera separándoselos a la fuerza, apartó sus brazos, que dejó caer a ambos lados, dejando a la vista la parte delantera de su camisola. La fina tela de muselina blanca insinuaba la forma y el volumen de sus senos con total claridad. La súbita visión me sorprendió e impactó de tal manera que me quedé mudo e inmóvil, sintiendo que el deseo se encendía en mi interior. Marionne cogió la toalla de aseo, la introdujo por uno de sus extremos en el agua enjabonada, y la pasó humedecida por su largo y fino cuello; luego por sus hombros descubiertos, de los que acabaron cayendo los delgados tirantes, y después por su escote hasta el borde mismo de la camisola, bajo la que se deslizaron algunas traviesas gotas que trasparentaron la tela allí donde la mojaron. El frío del agua había erizado sus pezones, que se marcaban enhiestos. Había deseado a Marionne la noche anterior, mientras cenaba con ella, pero entonces el deseo había sido agradable e incitante, mientras que ahora era tan abrasivo que me estaba indisponiendo.

—¿Es, de verdad, rigurosamente indispensable que esté usted mirando? —prorrumpió ella.

Marionne había detenido su acción. Mantenía la mirada clavada en la pared, y la tez congestionada por la indignación y por el embarazo que estaba soportando a causa de mi silenciosa observación. Desvié inmediatamente los ojos de ella y, alterado y aturdido, volví a mi puesto de observación.

Perdí la vista en la tranquilizadora noche que se extendía sobre el camino y el

bosque que lo ocultaba más allá de la explanada. Ya no se trataba de la necesidad de ver la llegada de Saltrais, sino de aspirar una bocanada de aire fresco, de calmar mis encendidos sentidos, y de recuperar mi serenidad. Era difícil, no obstante, porque el sonido de agua que ella provocaba no ayudaba a ello, y menos aún el descubrir que su imagen se reflejaba en el cristal de la hoja abierta de la ventana. Intenté imponerme la disciplina de mantener los ojos fijos en el exterior, pero se desviaban rebeldes, volviendo a la atrayente imagen una y otra vez. Ahora Marionne, confiada en que yo le daba la espalda, estaba vuelta hacia mí con la camisola entreabierta mientras buscaba la ropa de recambio en su maletín. Tuve que colocarme la mano en la frente a modo de pantalla para reconducir mi mirada a su primitivo objetivo.

La decisión fue en hora buena, porque ahí estaba. Por fin. Llegaba en carroza, su aparatosa carroza de viaje, que yo conocía bien y pude distinguir nada más verla. Saltrais era un sibarita, además de un gourmet, y viajaba rodeado de cojines, mantas, vino, frutas, dulces y cuantos placeres y comodidades se pudiera proveer.

Lo a punto que había estado de no verlo, el grave riesgo que había corrido de perder una oportunidad única en la que me jugaba tanto, me sobrecogió y me ayudó a sobreponerme de golpe.

—Ahí está —exclamé levantándome y corriendo la cortina.

Afortunadamente Marionne estaba ya vestida.

—¿Es él? ¿El que esperaba?

—Sí —respondí—. Ahora siéntese y estese muy quieta. He de saber a qué habitación va, de forma que tendré que entreabrir la puerta. No hará ruido, ¿verdad?

—No, no se preocupe, estaré muy quieta.

La abrí, apenas una ranura. Habíamos dejado que la noche cayera sin encender vela alguna, de forma que la estancia estaba a oscuras. Pegué el oído. Oía murmullo de conversaciones en el piso de abajo. Después, unos pasos que subían por las escaleras, claramente audibles pues éstas eran de madera y crujían a cada presión que sufrían. Entorné hasta que la ranura dejó de existir. Los pasos continuaron por el pasillo, pasaron de largo y se detuvieron al poco. Distinguí el abrir de una puerta y, entreabriendo nuevamente la mía con cautela, me atreví a atisbar en su dirección. Vi su movimiento al cerrarse, dos más allá, en la pared de enfrente. Era la habitación señalada con el número ocho. Volví a ocultarme y esperé.

Al cabo de un rato percibí de nuevo el caminar de Saltrais abandonando su cuarto y bajando por las escaleras.

Marionne se levantó entonces.

—¿Qué hace? —Me inquieté.

—Ya se lo he dicho. Voy a bajar a entretenerlo mientras…

La cogí por el brazo, con suavidad.

—Marionne —le susurré al oído, percibiendo el aroma de su cabello—, no puede

bajar. Él no puede verla. Ahora no sabe quién es usted, pero cuando se dé cuenta de que le han desaparecido los documentos que yo le voy a quitar, pensará en un hurto, y si usted ha estado conversando con él sospechará de usted, más aún si cuando vuelva a París descubre que la bella dama del albergue era la que cedió su local para ocultar a la señora de La Motte. Y si sospecha de usted, la extorsionará para que se los devuelva. Y lo que es peor, pensará que usted sola no ha podido tramar todo esto y que yo estoy detrás, y me descubrirá a mí también. ¿Lo entiende? —Marionne asintió en silencio—. No aparecerá de pronto —quise tranquilizarla—. Ha bajado a cenar y tiene buen apetito. No abandonará su mesa.

Había llegado el momento. Encendí la vela de un candil y salí. El pasillo estaba vacío y silencioso. Avancé hasta su alcoba. Introduje la llave maestra en la cerradura y la hice girar con facilidad. Entonces me di cuenta de que Marionne estaba a mi lado. Le hice señas con la mano para que volviese a la habitación, pero negó con la cabeza, y como no quise ponerme a discutir allí la dejé acompañarme.

Cerré la puerta. Dejé el candil sobre el primer mueble que encontré. A su escasa luz examiné visualmente el resto de la habitación. No había ninguna bolsa ni equipaje a la vista. Me dirigí hacia el armario y lo abrí. Dentro había un maletín. Estaba cerrado con unas correas. Las deshice y registré su interior. Sólo había ropa. Volví a cerrarlo y lo guardé de nuevo en el armario. Marionne se acuclilló junto a la cama y miró debajo, y la expresión de su rostro congestionado por la postura cuando se enderezó me indicó que tampoco había visto nada. Comencé a inquietarme. ¿Dónde demonios lo tendría? Ahora que estaba tan cerca de conseguirlo no podía aceptar un fracaso. ¿Dónde escondería yo algo importante? Ella entonces me señaló el lecho, y comprendí que se estaba refiriendo al colchón. ¿Debajo del colchón? Era posible. Me introduje debajo de la cama, de espaldas al suelo, y analicé los tablones. Allí estaba. Salí de debajo del mueble, levanté el elemento y cogí el bulto. Era una cartera de piel de ante. La abrí. Dentro había papeles. Saqué parcialmente uno de ellos y me fue suficiente la lectura de unas pocas palabras para confirmar que era lo que buscaba.

Le hice una seña a Marionne y ambos salimos del dormitorio.

—Marchémonos —le susurré cuando estuvimos en el pasillo.

Ella me prestó su conformidad. La esperé en el corredor mientras recogía nuestro escaso equipaje. Bajamos las escaleras. El comedor estaba separado de la recepción por unas cortinas verdes de terciopelo gastadas. Dejé la llave maestra tras el mostrador de la recepción y salimos del albergue. Nadie nos vio hacerlo. Anduvimos a paso acelerado hasta la cuadra. Localicé mi caballo, lo ensillé, guardé mi bolsa de viaje y los documentos en las alforjas, y conduje al animal por las riendas hasta el coche ligero de Marionne, donde ella estaba colocando los arneses a las bestias. El mozo de cuadra no estaba. Era ya demasiado tarde.

—Suba al carruaje. Ya me ocupo yo —le dije.

Acabé de preparar a los caballos. Até mi montura a la parte trasera del vehículo y subí al pescante. Reprimí mi impaciencia y conduje el vehículo con lentitud para actuar lo más silenciosamente posible. Recorrimos el accidentado sendero del bosque casi a tientas, mientras oíamos aullidos de lobos en la lejanía. Había luna, pero su escasa claridad no conseguía penetrar la frondosidad de las ramas de los árboles. Por suerte el vehículo estaba en buen estado y las ruedas resistieron la sacudida de los socavones. Sólo cuando alcanzamos el camino principal me atreví a acelerar.

El coche era más lento que el caballo, pero ya no tenía la presión de la ida. Era poco probable que Saltrais descubriera la falta de los documentos antes del día siguiente, y, aunque lo hiciera, no tendría ni idea de quién se los había arrebatado ni hacia adonde habrían huido los ladrones. No obstante, una cosa era la prisa y otra la impaciencia, y yo la tenía de poner aquellos documentos a buen recaudo. Ahora tenía ya mi arma de defensa: mi escudo contra Saltrais y compañía, y mi mercancía de trueque para Courtain.

Aunque quería entretenerme lo menos posible, las paradas de posta eran obligatorias. En una de ellas había una tasca abierta a pesar de la hora, pues era madrugada cerrada, y compré dos tazas de chocolate caliente, única bebida capaz de combatir a la vez el frío, el sueño y el hambre. Salí con ambas al exterior y me dirigí hacia el coche.

Decidí entrar en el vehículo, aun a riesgo de despertar a Marionne, que dormía en su interior tumbada en incómoda postura, y su bamboleo al soportar mi peso, y la apertura y cierre de la puerta tuvieron esa consecuencia. Abrió los ojos con aturdimiento, se enderezó apoyándose en su codo y me miró somnolienta.

—¿Dónde estamos?

—A unas cuatro horas de París. Ya falta poco. Le he traído esto, por si le apetece.

—¡Ah! —celebró al verlo—. Me sentará de maravilla, gracias. Me he dormido, ¿eh? —se disculpó mientras cogía la taza con ambas manos para calentarlas.

La miré, pero aparté la vista enseguida. Temía que notara lo deslumbrado que me tenía.

—¿Ya no está usted enfadado conmigo?

—Me extraña que lo pregunte. No me pareció que le importara mucho.

—Sí me importa —me contradijo—. Por supuesto que me importa.

—No lo bastante —le reconvine.

Iba a contestar, pero no se animó y sopló sobre la taza humeante.

—Y ahora que ya no está usted enfadado y que ha conseguido lo que quería —continuó—, ¿va a contestar a mis preguntas?

—No. Ya le dije que no iba a decirle nada más. Estoy bien escarmentado.

—¿Tan terrible ha sido mi presencia?

—Sí, porque yo no la quería.

—Qué poco galante —bromeó ella.

—Es que no merece usted galanterías. Dígame —la provoqué—, ¿cree que es normal que una mujer como usted persiga de madrugada a hombres hasta albergues perdidos en el bosque, se meta a la fuerza en sus dormitorios y se desnude ante ellos? ¿Ya lo sabe su madre, que hace usted estas cosas?

La respiración de Marionne se agitó.

—Deje en paz a mi madre. Ya es la segunda vez que la menciona. Y dígame, ¿es normal que un caballero como usted cabalgue a escondidas de madrugada hasta un albergue perdido en el bosque, para entrar a hurtadillas en el dormitorio de otro y robarle sus documentos, al tiempo que aprovecha para contemplar cómo se lava una mujer contra la voluntad de ésta? ¿Ya lo sabe, su padre, que hace usted todas estas cosas?

Estallé en carcajadas. Provocarla siempre me reportaba réditos.

—En serio —jugué de nuevo—, ¿qué efecto cree que me produjo verla a usted tan ligera de ropa?

Sus ojos se abrieron con aspaviento. Luego se desviaron hacia la ventanilla, buscando una escapatoria.

—No lo sé —replicó incómoda, a la defensiva—, y no me importa. Y no quiero hablar de ese tema. Además —pareció ocurrírsele de pronto—, estoy segura de que su amante, la señora Lymaux —pronunció con remarcada entonación—, le tiene a usted muy habituado a visiones aún mucho más espléndidas, y hasta estoy convencida de que no ha sido la única.

—Ah. —Sonreí—. A ver si comprendo su razonamiento: como estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas, verla a usted me ha dejado indiferente. ¿Es eso, más o menos?

—Ya le he dicho que no quiero hablar de ese tema —replicó seca.

—Entonces…, si por el contrario yo he sido el primer hombre al que ha visto usted en semejantes circunstancias…, le habrá producido un gran impacto. Creo recordar que en la posada dijo usted que el verme le había resultado grato —la pinché.

—¿Busca usted un cumplido? —me atacó al fin.

—Por favor. Los cumplidos de usted me encantan.

—Tiene pelos en el pecho —soltó.

—¿Es eso un cumplido?

—No. Es una constatación.

—¿No me imaginaba con vello en el pecho?

—No lo imaginaba de ninguna manera —respondió ácida—. No rae he dedicado nunca a imaginarlo a usted.

Volví a reír.

—Pues, aunque no le importe el efecto que me haya podido producir, si acepta un bienintencionado consejo, le diré que yo de usted no volvería a hacer algo así; ni siquiera —añadí con toque malicioso— ante un hombre acostumbrado a ver mujeres desnudas.

Recostó la nuca en el respaldo del asiento, fijó con impaciencia la vista en el techo, suspiró y tras unos instantes respondió, con arisco comedimiento:

—Gracias por un consejo tan útil.

—¿No lo considera usted útil?

—No, señor mío —no pudo contenerse—. Olvida usted que yo no estaba delante de un hombre cualquiera. Sabía bien con quién estaba cuando hice lo que hice.

Esta vez no me reí.

—Ahora me ha hecho usted un cumplido, aunque no lo haya pretendido.

Se apaciguó y bebió de su taza. Yo la imité, pero sin apartar los ojos de ella. Quería volver a verla. Había estado pensando en ella durante todo el trayecto.

—La invito a usted a una excursión campestre este domingo —me lancé—. ¿Me hace el honor de aceptar?

Su mano, que alzaba de nuevo hacia su boca para beber, se detuvo.

—¿Tiene algún otro asunto que tratar conmigo? —Parpadeó.

—No. —Contuve la risa.

—Ah. Comprendo. —Bajó la taza—. ¿Los dos solos?

—Yo no necesito a nadie más.

—Ya —marcó una reflexiva pausa—. Bueno, no quiero ser presuntuosa, pero… cualquiera que le oyese pensaría que le intereso a usted. —Parecía asombrada.

—No sé lo que pensaría cualquiera —acepté risueño— pero yo, que lo sé de primera mano, se lo puedo confirmar: me interesa usted.

Quedó muda e inmóvil.

—¿Sorprendida?

—Mucho.

—Espero que gratamente.

Marionne desvió la mirada hacia la evasiva ventanilla.

—No se ofenda, conde, pero tengo que declinar la invitación. De todas formas, le agradezco su amable atención.

—¿Que declina usted mi invitación? —me resistí perplejo.

—Sí —dijo con rotundidad.

Analicé su rostro para descubrir si bromeaba. No lo parecía. De pronto se me ocurrió la posibilidad de que Desmond se le hubiera declarado y ella lo hubiese aceptado. Sabía que había ido con él a la ópera. Pero… ¡no podía ser! La sola idea era desquiciante.

—¿Qué ocurre? —inquirí alarmado—. ¿No es usted libre?

Marionne se echó inesperadamente a reír.

—¿De qué se carcajea? —me quejé.

—Que yo no sea libre —se burló—, ¿es el único motivo que concibe usted para que yo no acepte su invitación?

—Veo que la que se está divirtiendo ahora es usted —la acusé molesto.

—Es cierto, sí, perdone —repuso jocosa—. Ya le dije que no era usted aburrido.

—Tampoco suponía que le resultara a usted tan desagradable —repliqué con inevitable sentimiento de agravio.

—No me resulta usted en absoluto desagradable —tuvo la delicadeza de decir—. Todo lo contrario.

—¿Y entonces?… —protesté con incomprensión—. Si no le gusta a usted la idea de la excursión, estoy abierto a cualquier otra propuesta. ¿Prefiere la ópera?

Marionne borró lentamente su sonrisa.

—No, no se trata del lugar —explicó con amabilidad—. Se trata de… —suspiró, ante el esfuerzo de intentar expresarse—, de lo que le ha inspirado a usted esta invitación. Sé a qué se debe, y me temo que después de lo ocurrido esta noche se ha formado usted una idea muy equivocada de mí.

Maldije para mi interior. Me arrepentí de los picantes temas de conversación que había planteado hacía escasos minutos, que podían haber contribuido a que llegara a esa errónea conclusión. Ni yo la consideraba tan liberal como ella suponía, ni mi interés por Marionne se limitaba a lo que ella imaginaba. Pero quizá no había sabido plantearlo adecuadamente.

—Marionne, creo que es una mujer admirable, y en ningún momento he malpensado de usted —intenté recomponer—. Hoy no tengo más remedio que aceptar su rechazo pero, como no puedo resignarme a que sea definitivo, no se extrañe si le reitero mi invitación en un futuro muy próximo.

—¿Y con qué objetivo? —se resistió ella—. ¿No se da usted cuenta, conde, que nuestra diferencia de clase y condición hace imposible que yo crea que sus intenciones hacia mí tendrán, en algún momento, hoy o en el futuro, un mínimo de seriedad?

—¿Me está usted diciendo que tiene prejuicios clasistas contra mí?

—No, le estoy diciendo que usted los tiene contra mí, y que eso le impedirá siempre verme como una igual.

—Lo que acaba de decir, Marionne —le rebatí pesaroso—, es radicalmente falso, y confío en que algún día me permita demostrárselo.

Callamos ambos. Al cabo de unos momentos salí del coche y volví a ocupar, con el corazón dolorido, mi solitario sitio en el pescante.

Llegamos a la capital cuando el día ya había despuntado. Empezaba a notar el cansancio que parecía empeñado en cerrarme los ojos. Llevaba ya más de veinticuatro horas sin dormir. Casi había estado a punto de hacerlo justo antes de llegar a París, mecido por el bamboleo constante y homogéneo de la lenta marcha a la que me obligaba la procesión de vehículos que querían entrar en la ciudad. Traspasada la muralla, el tráfico seguía siendo igual de denso. A la altura del muelle de San Bernard avanzábamos prácticamente al paso y la circulación ya estaba casi colapsada antes de llegar al puente que conducía a la isla de Saint-Louis.

En un momento en que tuve que detenerme, me sorprendí al ver a Marionne de pie junto al pescante. Había bajado del vehículo y llevaba su capa puesta y su maletín de viaje en la mano.

—Lo siento, tengo que marcharme ya. Ésta es la dirección de la casa de alquiler del coche —dijo tendiéndome un papel—, ¿puede usted pedir a alguien de su servicio que lo devuelva?

—Sí, claro —respondí algo desconcertado.

—Gracias. Adiós.

—Adiós —no tuve más opción que decir.

La vi alejarse, hundiéndose en el gentío como una transeúnte más, y la seguí con la mirada hasta que la muchedumbre se la tragó. Los insultos y berridos del conductor detenido detrás de mí me sacaron del ensimismamiento, y agité las riendas para avanzar unos pies más antes de volver a detenerme.

Un alboroto llamó mi atención. Vi a un individuo corriendo y a otros dos que lo perseguían entre gritos y amenazas. Era evidente que se trataba de un ladrón a quien sus víctimas intentaban alcanzar, y eso me hizo pensar que una vez en la ciudad los documentos no estaban seguros abandonados en las alforjas de mi caballo, atado a la parte posterior del carruaje. Aproveché la siguiente parada para descender y cogerlos. Pero cuando abrí la que colgaba del costado derecho del animal, donde los había dejado, comprobé, atónito, que estaba vacía. Luego bordeé el equino por su grupa y abrí la izquierda. Vacía también.

¿Cómo podía ser? ¿Dónde los había dejado? Estaba seguro de haberlos guardado en la alforja derecha. Me aproximé de nuevo, consternado, hasta el vehículo y abrí su portezuela. Observé los asientos y el suelo del coche, pero estaba vacío. Un sudor frío cubrió mi frente. ¿Me los había olvidado en algún sitio? No, imposible, no los había tocado. Los había dejado en la alforja derecha y no los había tocado. ¿Me los habían robado? Sí, por supuesto. No cabía otra opción. Pero ¿quién y cuándo?, me angustié. Sólo habíamos hecho dos paradas: la primera había sido de madrugada en una parada de posta donde, debido a la hora, no había nadie; y después…, en la segunda, yo no me había separado del carruaje.

Permanecí petrificado unos instantes, mientras un nebuloso temor empezaba a

tomar forma en mi mente. ¿Era posible? Cuanto más lo pensaba, más me lo parecía. Blasfemé mientras cerraba los ojos bajo el peso abrumador de la evidencia. Ella me había seguido únicamente con esa finalidad, la de ver cómo obtenía los documentos para quitármelos. Ése había sido su objetivo desde el principio y yo me había dejado… Dios santo, pero ¡qué estúpido! Había dejado que me siguiera y había permitido que me robara. ¿Se podía ser más memo? Pero ¿cuándo me los había hurtado? En alguna parada, seguramente, mientras yo estaba entretenido cambiando o abrevando los animales o…, en fin, qué más daba. Había estado tan ciego que quizá hubiese podido cogerlos delante de mis narices sin que yo me enterara.

¿Dónde estaría ella ahora? No debía de estar muy lejos. Monté sobre mi caballo, y abandoné el vehículo alquilado por Marionne sin importarme cuál fuera su suerte. Avancé al paso por donde la había visto desaparecer, acelerando allí donde podía, mientras la buscaba ansiosamente con la mirada. La altura de mi montura me propiciaba una ventajosa perspectiva, pero no se la veía por ningún sitio. Pensé que lo más probable es que se hubiese dirigido hacia su casa y fui hacia el puente de la Tournelle que conducía a la isla de Saint-Louis para, a través de ésta, alcanzar la orilla derecha del Sena. A medida que avanzaba, mi rabia iba ganando en intensidad, y ese sentimiento me insuflaba energías. La encontraría donde estuviese.

Fue entonces, cuando ya había cruzado el puente, cuando la distinguí. Sólo había vislumbrado su cabello rizado y su capa oscura, pero estaba seguro de que era ella. Me lancé hacia allí, mas al instante la perdí de nuevo. Cuando llegué a la primera intersección, miré repetidamente hacia los dos lados de la calle Saint-Louis. No estaba, había desaparecido. El pulso me martilleaba azuzado por la exaltación, y me detuve desorientado, intentando calmarme y pensar lo que debía hacer. Entonces reparé en que el despacho de Desmond estaba allí mismo, y no tuve duda alguna de que era donde Marionne se había refugiado. Refugiado de mí. Era inaudito. De mí, que hacía apenas unos minutos hubiese estado dispuesto a hacer cualquier cosa por ella.

Fui al edificio en cuestión, dejé el caballo en la cuadra, y subí de dos en dos las escaleras hasta su bufete. Me salió al paso su secretario, pero no me anduve con contemplaciones y esquivándolo sin mediar palabra me dirigí directamente hacia el despacho de Desmond, perseguido por aquél, que me anunciaba con insistencia que estaba con una visita y que no se le podía molestar. Atravesé el pasillo de dos zancadas e irrumpí en la estancia.

No me había equivocado. Allí estaba Marionne, quien palideció y se levantó de inmediato al verme aparecer. Desmond permaneció detrás de su escritorio, con una expresión de pasmo congelada en su semblante.

—Conde —exclamó—, qué… inesperada sorpresa, y qué presentación más inusual. Como puede comprobar, ahora estoy ocupado, y a no ser que se trate de algo

de suma urgencia…

Yo no había apartado mi encendida mirada de Marionne. No esperé a que Desmond terminara la frase para cerrar la puerta detrás de mí y acercarme hasta ella.

—Devuélvamelos —la increpé.

—Ya no los tengo yo —me contestó ella.

Ni siquiera lo negaba. Tenía la desvergüenza de admitirlo sin sonrojo alguno.

—Dígale que me los dé —insistí, imaginando que se los habría entregado a Desmond.

—No —repuso—. Lo siento.

Entonces miré a Desmond, cuyo asombro parecía ir en aumento.

—¿Qué… qué ocurre aquí? —consiguió articular.

—Esta mujer me ha quitado unos documentos y quiero recuperarlos. ¿Los tiene usted?

—La señorita Miraneau me acaba de nombrar depositario de unos documentos, en efecto. ¿Son ésos los que el conde reclama? —le preguntó a ella.

Marionne asintió.

—¿Y desea usted que se los entregue?

—No —replicó.

—En ese caso…

—¡Maldita sea, Desmond! —bramé—. Esos documentos son míos. ¡Démelos de inmediato!

—Eso no es cierto —intervino ella—. Son míos.

—Esta mujer es una perra mentirosa —escupí con odio, sin dignarme mirarla— y créame que soy benevolente en mi calificativo. Los documentos son míos y no acepto que dude de mi palabra. Si no me los da, tendré que buscarme otro abogado. No creo ser un cliente de poca importancia para este despacho. Según tengo entendido la administración de mis fincas le reporta unos ingresos nada desdeñables.

—Lamentaría mucho esa decisión, se lo aseguro —me contestó con suma calma —, no sólo por los ingresos que ha mencionado, sino porque lo respeto a usted y es un orgullo y una satisfacción para este bufete contarlo entre sus clientes. Pero la situación es la siguiente: dado que hay discusión sobre la propiedad de estos documentos, que además yo no he podido examinar porque no se me ha concedido permiso para ello, y a no ser que usted pueda demostrarme que es su legítimo titular, no tengo otra opción que considerar como tal a quien estaba en posesión de los mismos, que es la señorita Miraneau. Y como además me ha nombrado depositario de ellos, es mi obligación custodiarlos hasta que ella disponga de otro destino. Pero, por supuesto, es usted muy libre de cambiar de abogado, como también debo informarle de que le asiste el derecho de denunciar a la señorita Miraneau si es cierto que se los ha robado.

Resoplé como un toro enfurecido. Miré a mi alrededor, dispuesto a cogerlos a la fuerza, pero no estaban a la vista. Desmond debía de haberlos guardado en su caja acorazada. Me alivió cuanto menos saber que Marionne no había cometido la insensatez de mostrarle su contenido. Pero la situación pintaba muy mal para mí. Era obvio que ninguno de los dos iba a devolvérmelos. La integridad profesional de Desmond era bien conocida, y estaba también embrujado por ella, y en cuanto a Marionne…

—¿Podemos hablar? —le pregunté bruscamente a ella.

Asintió. Desmond se dio por aludido. Nos condujo hacia una pequeña habitación, una estancia adjunta a su despacho que debía de utilizar como sala de consulta, y nos dejó solos.

Durante unos instantes no pude pronunciar palabra. La ira me embargaba de tal forma que hinchaba mi garganta y me había dejado sin saliva.

—¿Así que esto era lo que pretendía? Los peores insultos son pocos para expresar lo que siento.

—Conde… —inició ella con voz suave—, no hay motivo para que me odie de esa manera. Los documentos siguen estando a su disposición. Yo tan sólo los guardaré para usted, aquí, en manos de su propio abogado.

—Después de las atenciones que he tenido con usted, después de… —No pude continuar—. Es increíble. Le juro que jamás pude imaginar una deslealtad y un desagradecimiento semejante.

—Me está usted juzgando con demasiada dureza. Por favor, intente comprenderlo. No voy a revelar a nadie el contenido de esos documentos, ni siquiera a Desmond. No voy a hacer absolutamente nada con ellos. Permanecerán aquí, a disposición de usted, para cuando usted los quiera. Y cuando el marqués de Sainte-Agnès me interrogue, encubriré a su primo y negaré mi participación en esto, y lo haré no porque crea que es lo mejor para mí, sino sólo porque usted me lo ha pedido. Lo único que quiero a cambio es tener la seguridad de que no acabaré en prisión. Teniendo yo los documentos no se olvidará usted de mí cuando pacte con el marqués de Sainte-Agnès, y si usted y su primo están a salvo pero yo en peligro, me ayudará para impedir que en mi desesperación utilice esos documentos para pactar yo por mi cuenta.

—O sea, que los usará para chantajearme.

—Yo no utilizaría esa palabra.

—Pues es la correcta. ¿Sabe de lo que tratan esos documentos?

—He tenido ocasión de examinarlos en el carruaje.

—Mientras se suponía que dormía… Me ha engañado usted cuanto se puede engañar a alguien —dije con profunda amargura—. ¿Cree que la explicación que me ha dado la justifica? No ante mí. No después de las pruebas que le he dado de mi

deferencia hacia usted.

—Es cierto que ha sido usted conmigo generoso y considerado, mucho más de lo que yo podía esperar y, desde luego, mucho más de lo que estaba usted obligado a ser. No es cierto que yo sea desagradecida ni desleal, y espero, yo también, poder demostrárselo algún día. Pero mis circunstancias me obligan a protegerme.

No me los iba a devolver, y cuanto decía no era para mí, después de su comportamiento, más que palabras vacías.

—¿Sabe, Marionne, que en mi situación puedo hacerle un daño incalculable? —intenté asustarla.

—No puede —replicó con súbita dureza— porque sólo con que lo intentara esos documentos saldrían a la luz, y en ellos hay anotaciones manuscritas de diversas personas, entre ellas las de su primo, y no creo que a usted y a su familia los beneficie un escándalo y una deshonra de esa índole.

La miré estupefacto. Miré a la que había sido mi sueño durante las últimas horas, y le dije:

—Sólo espero no tener la necesidad de volver a dirigirle la palabra en mi vida.

No esperé su reacción. Salí de la pequeña sala y cerré la puerta ante ella.

Capítulo XI

André Courtain

Conseguí entrevistarme con La Motte, pero no fue fácil. Teniendo en cuenta que las puertas de su lujoso apartamento de Londres estaban abiertas para toda la aristocracia inglesa, que participaba de la morbosa curiosidad que había llevado a la nobleza francesa a visitarla en la prisión, su reticencia a recibirme sólo podía deberse a que había sido advertida sobre mí. Pero al final el dinero fue un infalible visado para cruzar el umbral de su residencia y pude interrogarla. No me facilitó el nombre de ninguno de los que propiciaron su fuga; es posible que por temor a sus represalias, aunque también porque quizá no los supiera. No obstante, a cambio de las miles de libras que le ofrecí, algo tangible tenía que decirme. Así me confirmó que quien le abrió las puertas de su celda fue la vigilante de su galería. La disfrazaron, según ella, de hombre, y la condujeron por diversos pasillos hasta la salida, donde esperaba un carro de mercancías. Se sentó en la parte de atrás, donde la ocultaron entre cajas de verduras. Me describió al cochero como un hombre «vulgar», viejo y cojo. Luego la trasladaron por la ciudad, no sabe ni porqué calles ni a qué barrio, porque asegura que no veía nada desde su posición. Cuando descendió, estaba en el interior de un local o almacén. También me habló de un pequeño despacho, donde había un colchón en el suelo, además de una mesa escritorio y una librería. Dijo que se acostó, pero que no pudo conciliar el sueño a causa de los nervios y de la inquietud. Al día siguiente volvió a subir al carro, completamente escondida. Salieron de París sin ningún percance, y cuando se detuvieron rato después estaba ya en un bosque a varias millas de la capital. Allí la esperaba un carruaje con otro cochero. Dice que éste tenía un aspecto más distinguido. Era más joven y tenía una cicatriz encima de su ceja izquierda. Estuvo viajando por Francia, no me especificó por dónde, y luego se trasladó hasta Luxemburgo y de allí a Londres.

Después de mi entrevista con La Motte, sometí su residencia a vigilancia, para saber qué franceses iban a verla. Durante varios días, hacia las once de la noche, recibió la visita de Mounard, en ocasiones acompañado también por un editor inglés. La Motte me había descrito al conductor del carro de verduras como «vulgar», viejo, y cojo. Mounard tiene un defecto en la cadera que lo obliga a cojear… Sospecho que también participó; fue quien condujo el vehículo que ocultó a la evadida el día de su fuga.

Cuando consideré concluidas mis pesquisas en Londres, me trasladé a Luxemburgo para intentar entrar en contacto con una tal señora McMahon, quien

parecía haber propiciado el viaje de La Motte hasta Inglaterra. Pude averiguar, más por conocidos suyos que por ella misma, que guardaba para conmigo la misma prevención que me había demostrado La Motte, que era pariente de un abogado bastante conocido de París llamado Fillard. Esa relación familiar me llamó la atención por la coincidencia con la descripción que La Motte me había dado del individuo que la condujo hasta el Luxemburgo. Una cicatriz en la ceja, me había dicho. Fillard tenía una que se la partía por la mitad.

Mi lista de sospechosos iba en aumento, pero no tenía aún prueba alguna contra ninguno de ellos. No pude conseguir de La Motte una confesión firmada y no hubo testigos de nuestro encuentro. Sólo tengo mi palabra; y me temo que es poco para acusar y detener a Bramont, uno de los Padres de la Nación, y a Mounard y Fillard, dos de los afines al ensalzado duque de Orleans. Necesitaba pruebas antes de poder actuar contra cualquiera de ellos.

En pos de encontrarlas me dirigí hacia Birmingham, en busca del vigilante de la Salpêtrière, que presumiblemente había huido allí. Pero se me escapó. A pesar del mutismo de la mayoría de su familia y de los vecinos, hubo quien consiguió acallar su conciencia a cambio de unas cuantas libras y me informó de que había partido la misma víspera de mi llegada. Había sido advertido. Una vez más tuve que sufrir la diligencia de esa sombra invisible que parecía vigilar todas mis acciones.

Partí en su persecución, y sus pasos me condujeron hasta Dover, donde tomó un barco destino Lisboa. No se fletaban a diario embarcaciones con ese rumbo y, o se había limitado a tomar el primero que zarpó, o había recibido instrucciones precisas de alguien muy bien informado. En cualquier caso, aquella maniobra me dejó en tierra, sin más opciones que la de esperar la salida del próximo barco que se dirigiera a dicha ciudad, o de alquilar algún pequeño bote o velero que me trasladara a las costas españolas y, desde allí, atravesar el país hasta Portugal. Me decidí por la que no requería espera, y cabalgué sin descanso a través de la península Ibérica, deteniéndome sólo lo justo para comer y dormir y para reponer nuestras monturas. Tuve la fortuna de que una tormenta obligó a la embarcación de mi perseguido a realizar una prolongada escala en un fondeadero gallego, y eso me permitió llegar, exhausto y dolorido, a la capital lusitana antes de que arribara a puerto.

El día en que su llegada estaba anunciada, lo esperé en el muelle, preparado para detenerlo en cuanto pusiese los pies en tierra, pero cuando el barco ya había atracado y anuncié mis intenciones al capitán, alguien de la tripulación debió de darle el chivatazo y consiguió desembarcar. Fue el propio capitán quien me advirtió de ello al verlo correr por el muelle. Salimos en su persecución, pero el sujeto corría con la velocidad del mismo diablo, esquivándonos y perdiéndonos en el laberinto de las callejuelas, para acabar sumergiéndose, como una exhalación, en la embajada británica, donde no se le ocurrió otra cosa que pedir asilo político.

A partir de ese momento comenzó un *via cruci*. de gestiones y trámites que a punto estuvo de desesperarme y de inducirme a echarlo todo por la borda. En aquellos momentos mi paciencia estaba al límite de su resistencia y no había noche que no maldijera el día en que me habían encargado aquella odiosa misión. Llevaba ya más de medio año fuera de mi país, vagando arriba y abajo, sin casa ni residencia fija, durmiendo en hoteles, albergues y posadas, intentando entrevistarme con personas que me esquivaban y me mentían, y persiguiendo pruebas que se desvanecían en cuanto intentaba cogerlas. Volver…, sólo quería volver y no me hubiese importado enviarlo todo al mismísimo infierno.

La embajada se negó a entregarme a mi perseguido aduciendo que aquel recinto era territorio británico. Tuve que solicitar el auxilio del embajador francés, pero, a pesar de su intervención, el británico siguió manteniendo que sólo una petición expresa y por escrito de nuestro ministerio podía hacerle cambiar de opinión. Insistí en vano en que sólo se trataba de un delincuente común, y su obcecación acabó por hacerme sospechar que había recibido presiones en sentido contrario de alguien muy influyente de mi propio país. Salió la solicitud hacia Francia, pero entre el viaje de ida, el de vuelta, y la lentitud de la burocracia de la corte, pasaron varias semanas antes de que el preciado documento llegase a mis manos, unas semanas que transcurrieron con una lentitud desesperante, a pesar de los banquetes, fiestas, conciertos y actividades lúdicas con las que intentaron distraerme ambas embajadas. Y cuando por fin creía que ya había cumplido los requisitos necesarios, el británico tuvo la feliz idea de solicitar autorización a Londres. Vuelta a esperar, otro mes largo, inacabable, eterno, durante el que tuve tiempo de conocer Lisboa como la palma de mi mano.

Pero por fin, un luminoso día, encapotado y lluvioso pero resplandeciente para mí, me fue entregada mi presa. Y pude emprender el camino de vuelta a casa que, por cierto, no fue nada agradable. Tuvimos que atravesar la meseta manchega en pleno mes de enero, con un frío intenso que nos helaba hasta las ideas, por aquel paisaje árido, a veces nevado, casi deshabitado salvo cuando, de vez en cuando, como un oasis en medio del desierto, una ciudad amurallada nos recibía con su excelente y energética comida. Hacia el este la naturaleza empezó a suavizarse, con parajes más verdes y una temperatura más templada; pero era un viaje forzoso y no de placer, y los dos agentes que me acompañaban estaban tan hartos y hastiados como yo mismo, aún más si cabe, porque a ellos no les motivaba el peso de la responsabilidad que me inducía a mí a seguir adelante, y en París habían dejado esposa e hijos. La promesa de una recompensa económica los había consolado en un principio, pero creo que a aquellas alturas empezaban a considerar que no valía la pena, y todos teníamos que luchar contra nuestro desánimo y mal humor. Para colmo de males nuestro prisionero no se mostró ni dócil ni resignado con su suerte. Por cuatro veces intentó escapar, y

no tuvimos más remedio que reforzar la vigilancia y hacer turnos durante la noche a costa de horas de descanso y de sueño. Afortunadamente fracasó en sus intentos de soborno a los agentes, y las quejas y brotes de rebeldía con los que intentaba entorpecer nuestra marcha no tuvieron más efecto que el de fastidiarnos a todos.

Finalmente llegamos a París el 7 de enero de 1788, aquejados de un cansancio físico y anímico que cegó todo brote de alegría a pesar de haber alcanzado nuestra preciada meta. Pero cuando nos adentramos por las calles de la capital y nos vimos envueltos por su familiar hedor y ajetreo, comenzamos a respirar, aliviados, con la felicidad del exiliado que regresa al hogar.

Habíamos vuelto.

Nos dirigimos directamente hacia el Châtelet, y allí entregué a mi prisionero. Después liberé a mis dos agentes, que tenían tanta prisa por alejarse que apenas tuvieron tiempo de despedirse de mí, y sólo entonces me permití un respiro para situarme y reflexionar sobre mi futuro próximo y los deberes que me acuciaban.

El vigilante de la Salpêtrière me había facilitado los detalles de su conversación con quien le indujo a liberar a La Motte, pero no había sido capaz de darme su nombre, y la descripción que de él hizo era tan poco explícita que resultaba insuficiente para cualquier identificación fiable. Pero aún quedaba la posibilidad de que lo reconociese si volvía a verlo. Y lo haría. Le había prometido la libertad a cambio y eso era estímulo suficiente para superar cualquier otra reserva. Ahora era trabajo mío el presentarle a los sospechosos.

La otra cuestión que tenía pendiente era Lucile. Me enteré, al regresar a mi apartamento, de que había venido a visitarme. Me quedé con su tarjeta de visita en la mano durante largo rato. Yo había roto interiormente con ella después del episodio de Montmair. Pero no la había olvidado. No podía mirar con interés a una mujer sin recordar a Lucile. No es que las comparase; simplemente el recuerdo de ella se interponía. Observé la tarjeta de nuevo. ¿Dónde estaría ahora?

Al día siguiente visité a la baronesa de Ostry.

—Está en Nuartres, querido, con sus hijos. ¡Son las fiestas navideñas! —exclamó, como si yo no tuviera dos dedos de frente.

Navidad, sí claro, sonreí con tristeza. En aquellos momentos yo no podía dejar París. Temía por la seguridad de mi detenido. Teniendo en cuenta las señales que había constatado de la vigilancia a la que yo estaba siendo sometido, la vida del sujeto corría grave peligro. Había adoptado algunas medidas en pro de su seguridad, pero aun así lo sensato era llevar a cabo las identificaciones a la mayor brevedad, pues tarde o temprano las medidas adoptadas podían fallar o ser burladas. Tenía que comenzar los interrogatorios sin demora alguna.

Mi detenido me describió las prendas con las que iba cubierto su sobornador y me

dictó las palabras que le dijo y pudo recordar. Después me paseé por los Juzgados y convencí a unos cuantos abogados, magistrados y oficiales para que se prestaran a la identificación en el papel de falsos sospechosos. Y entre ellos conseguí cazar a Desmond, quien por su relación con Bramont podía también estar implicado, y al que mezclé entre los anteriores, en número total de seis. Trasladé a mi detenido hasta uno de los despachos de los agentes de policía y allí hice entrar uno a uno a mis colaboradores y a Desmond, cubiertos con la capa y el sombrero descritos y con el corto texto que me había dado el preso aprendido de memoria. Éste, atemorizado por los males que le había anunciado caso de mentirme, se tomó en serio su papel y negó con rotundidad que se tratara de cualquiera de ellos. Desmond quedó así descartado.

Después cursé una citación oficial para los otros sospechosos: Fillard y Mounard. A Bramont lo encontré en el restaurante cercano al Palacio de Justicia que solía frecuentar. Estaba solo, con un plato de carne de la que estaba dando cuenta mientras hojeaba una gaceta.

—¿Así que ya ha vuelto? —fue su saludo cuando me detuve junto a su mesa—. Me habían dicho que estaba usted en Londres. ¿Quiere sentarse?

—No, gracias. Tengo prisa. ¿Sabe por qué estaba en Londres?

Se pasó la servilleta por los labios, se reclinó hacia atrás y me contestó, en un tono calculadamente pausado que me hizo vislumbrar su prevención:

—Está investigando la fuga de La Motte.

—Correcto.

—¿Ha descubierto ya a los culpables?

—He hecho importantes descubrimientos, sí. Por ejemplo, he descubierto que usted ocultó a la fugitiva en el local que tiene en la calle Saint-Denis.

Bramont sonrió forzadamente y bajó la vista. Tuve que apartarme para dejar paso al camarero que servía platos humeantes. El local estaba lleno y el trasiego a aquella hora era destacable.

—¿De verdad no quiere sentarse? —insistió Bramont—. Eso me permitiría seguir comiendo. Se me va a enfriar el cordero.

—De hecho no vengo de Londres, sino de Lisboa —continué—, donde he conseguido detener al vigilante de la Salpêtrière que ayudó a la evasión de La Motte. Ahora está preso en el Châtelet. Aunque ya lo debe de saber. Usted y sus compadres se han esforzado mucho en intentar evitarlo.

—Está equivocado. Yo no intervine en esa fuga.

—Si es cierto que no intervino, no tendrá inconveniente en someterse a un reconocimiento.

—Ninguno en absoluto. ¿Cuándo?

Su negativa no me asombró. No esperaba una confesión. Lo único que me reveló su pronta predisposición fue que perdería el tiempo. No debía de haber sido él quien

lo sobornó. Pero de todas formas dije:

—Esta misma tarde, a las cinco. Traiga también a Didier Durnais.

Su expresión permaneció petrificada.

—Se lo diré —contestó en tono neutro—. Pero él hará lo que quiera. Yo no gobierno sus actos.

—Lo supongo. Pero si no viene por las buenas, tendrá que hacerlo por las malas. Creo que es una advertencia que debería trasladarle.

—Decía usted que tenía prisa —recordó—. Si ya ha terminado, quisiera hacer lo propio con mi comida.

Aquella tarde acudió, a las cinco en punto, en compañía de su primo, Didier Durnais. Bramont conservó el temple durante todo el reconocimiento, pero Durnais se mostró nervioso e inseguro. De todas formas, mi testigo negó sin género de dudas que se tratase de alguno de ellos. Y el mismo resultado arrojó el reconocimiento de Fillard y Mounard, que acudieron puntuales a la hora a la que estaban citados.

¿Y ahora qué? Sólo me quedaba ampliar el círculo de sospechosos a base de dar palos de ciego, o bien detener a los que yo sabía culpables, a pesar de no tener pruebas contra ellos, y someterlos a un interrogatorio en profundidad. Pero no podía tomar yo solo una decisión que pudiera tener otro tipo de implicaciones, así que decidí consultar antes con Versalles.

El secretario de la reina escuchó el informe de mis averiguaciones en medio de un hosco silencio de ceño fruncido, las manos a la espalda, mientras paseábamos en un aparte en el Salón de los Espejos.

—Quizá es una tarea demasiado ardua para que la soporte usted solo.

—No entiendo —protesté, intuyendo en su pretendida comprensión un velado reproche a mi diligencia.

—Ha hecho muchos progresos, sin duda. —Sonrió acartonadamente, deteniéndose frente a uno de los ventanales—. Y los indicios que me ha expuesto demuestran que sus sospechas no son infundadas. Pero no encuentro en lo que me ha dicho ningún progreso respecto de lo que ya me anunció usted en el informe que me remitió desde Lisboa, cuando pidió mi intervención para que el Gobierno solicitara la entrega del vigilante de la Salpêtrière. ¿Ha obtenido algún nuevo dato o alguna nueva prueba desde entonces?

—Ya he dicho que he sometido a algunos de los sospechosos a un reconocimiento —me defendí—, pero el vigilante ha negado que alguno de ellos fuera el que lo sobornó. Si se tratara de individuos corrientes los indicios que tengo me hubiesen bastado para detenerlos e interrogarlos. Pero me ha retenido el temor de que la popularidad de que gozan el duque de Orleans y sus allegados convirtiese esa acción en contraproducente para los asuntos públicos.

—Un temor muy fundado —confirmó—. Los parlamentarios sólo pretenden

proteger sus propios intereses, pero lo cierto es que la opinión pública los arropa y han convertido al duque de Orleans en el líder de la oposición. La Corona está en manos de unos jurisconsultos con afán de protagonismo. Hemos de volver a recuperar las riendas; pero mientras tanto, se ha de actuar con cautela. Y, sin embargo, la situación empieza a ser ya apremiante. Hay que encontrar esas pruebas, marqués, hay que encontrarlas para desenmascarar todo este asunto antes de que las calumnias de esa mujer lleguen a publicarse. Será la única forma de restarles credibilidad.

—Lo comprendo perfectamente —repuse desazonado—, pero la verdad es que no sé qué más puedo hacer.

—Bien —concluyó el hombre—; intentaré encontrarle alguna ayuda. Déjelo de mi cuenta.

Volví a mi casa arrastrando los pies como si llevara plomo en los zapatos. Ni una palabra de felicitación, de reconocimiento por el esfuerzo desplegado y los importantes avances realizados. Sabía quiénes eran los culpables. Los había descubierto. Había hecho una buena labor y no había escatimado dedicación a ello. Pero no tenía pruebas, y por amables que hubiesen sido, las palabras del secretario traslucían decepción. El caso no estaba resuelto y eso era lo único importante para él.

Marionne Miraneau

Estaba en el despacho de mi casa, sentada en uno de sus sillones, intentando concentrarme en la lectura de una novela. Últimamente ésta era mi única distracción. Desde que entregara a Desmond los documentos, no me apetecía salir ni ir a ningún sitio. No podía olvidar la expresión del conde de Coboure, mezcla de odio y de dolorida decepción, ni aquellas últimas palabras suyas. Si hubiese podido confiar… Pero no. Había actuado bien. Había obrado cuerdamente, debía asegurarme. No me arrepentía de lo que había hecho, y, sin embargo, no podía evitar padecer una penosa sensación de pérdida cuando pensaba en él. Y cuando no pensaba también. Algo había perdido en ese camino. Algo importante, porque de pronto había desaparecido de mi interior la alegría, la energía, las ganas de hacer cosas. ¿Qué me pasaba? Como si alguien hubiese estado removiendo mi espíritu con una zarza de espinas, tenía la sensibilidad a flor de piel y todo me irritaba o me hacía brotar las lágrimas, y sentía un constante deseo de romper a llorar sin acabar de hacerlo nunca.

Llamaron a la puerta. Sabía que no era para mí y no me moví. Oí voces y risas y exclamaciones provenientes del salón. Intenté hacer abstracción del alboroto y volver a concentrarme en la lectura, pero llamaron de nuevo y llegó hasta mí el intercambio de más voces y de más risas y de más exclamaciones. A cada sonido las líneas escritas se volvían impenetrables e incomprensibles, y debía volver sobre ellas, una y otra vez, intentando inútilmente aislarme de aquel barullo que me iba crispando los

nervios y exasperando hasta que, incapaz de contenerme, me lancé como una furia hacia el salón.

—Pero ¿se puede saber qué ocurre? —bramé desde la puerta abierta.

La reunión estaba formada por Edith, y por Daniel, y por su compañero de piso Gérard y su amigo Jacques, que seguían acudiendo a nuestra casa para preparar sus publicaciones. Estaban buscando un local, decían, un local grande donde poder colocar la imprenta, pero la promesa databa ya de hacía algunas semanas y de momento no parecía que fuera a cumplirse en breve.

—¿Nos ayudas, Marionne? —me preguntó Edith.

—No —gruñí—. Tengo trabajo. ¡Y haced el favor de no armar tanto ruido, que no puedo concentrarme!

Cerré de un portazo. Pero apenas había tenido tiempo de sentarme cuando Edith ya estaba en la habitación, en la que entró como un vendaval.

—¿Se puede saber qué te ocurre, Marionne? —me espetó—. Hace días que estás insoportable. Casi ni te reconozco.

—¿Y qué te importa?

—Mucho me importa, porque tengo que aguantarte a todas horas, en casa y en el taller. Y ya no hay quien te aguante. Hasta nuestros trabajadores están hartos de ti. Desde que volviste de tu viajecito con el ilustre conde estás intratable.

Me sorprendí. Yo no le había dicho nada al respecto.

—¿De qué hablas? —respondí—. Fui a visitar a unos posibles clientes que residen fuera de París.

—A otro perro con ese hueso, Marionne. Alquilaste un coche que devolvió al día siguiente un criado del conde de Coboure.

Así que él había devuelto el carruaje, después de todo. Yo ya lo había dado por perdido; esperaba una reclamación en cualquier momento. Me sentí mal. Cada buena acción suya era un dardo lanzado a mi conciencia.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Me lo dijo el encargado de la cochera cuando vino a devolver la garantía. Lo alquilaste tres días después de cenar con el conde y tras recibir sus blancas sábanas —añadió con retintín—. No sé lo que te pasa. A mí me da igual con quien vayas y no entiendo esa obsesión tuya por ocultármelo todo. ¿Qué te ocurre? ¿Temes que te haya dejado preñada o qué?

—No digas disparates —refuté—. Tú sí que has de tener cuidado de que no te deje preñada Daniel. No os andáis con remilgos, ¿verdad?

—Tenemos cuidado.

—Estupendo. Será fantástico tener a una madre soltera en la familia.

Me miró agriamente y repuso:

—Eres insoportable, Marionne.

—Entonces déjame tranquila —repliqué, queriendo serlo aún más—. Nadie te ha pedido que te metas donde no te llaman.

—Desde luego —dijo, con un tono cargado de reproche—. No sé por qué me he molestado. Sigue así y acabarás más sola que la una.

Ahí terminó nuestra riña, y Edith ya no volvió a hacerme ninguna pregunta, ni yo a ella. Durante los días siguientes apenas si nos hablamos. La pereza y la desgana se apoderaron de mí, y todos los días me marchaba pronto del taller y me refugiaba en mi dormitorio. Cuando el sueño me vencía me acurrucaba en el cobijo de la ropa blanca de algodón que cubría mi lecho, y posaba mi vista en el escudo bordado con hilos de oro que había en su esquina. Los juegos de sábanas que había confeccionado para el conde de Coboure me habían sido devueltos al día siguiente de su entrega, sin ninguna explicación sobre el motivo de su rechazo, aunque resultaba innecesaria. Pero yo había conservado el original que ahora me cubría, como reliquia de lo que pudo haber sido si el mundo y las circunstancias hubiesen sido distintas.

Estaba en mi taller cuando apareció. Lo hizo de una forma tan ostentosa y aparatosa que el asombro paralizó durante unos minutos toda la actividad. Entró en el local dentro de una silla de mano cerrada, profusamente decorada con relieves, pinturas y dorados, sostenida por cuatro porteadores empelucados y uniformados que dejaron el habitáculo en el suelo y le abrieron la puerta con gran solemnidad. Los trabajadores, e incluso yo misma con excepción de la cena con la que me había agasajado el conde, nunca habían visto el despliegue de tanta pompa, y debieron de creer que de aquella caja transportadora de seres humanos iba a descender la misma reina. Por la edad de la visitante comprendieron que no era así, pero el atavio de la dama, con su lujoso y costoso vestido y su altanero bastón con empuñadura de oro, no disminuyó la admiración que había despertado su espectacular entrada.

Me acerqué a ella antes incluso de haber superado mi sorpresa.

—¡Ah! —exhaló—. Aquí se puede respirar. Esas cajas son como una jaula —protestó—. Tendrá la amabilidad de ofrecerme una silla y un vaso de agua, ¿verdad, joven?

—Faltaría más —repuse, sin atreverme a preguntarle quién demonios era—. Si tiene la gentileza de seguirme…

La conduje hasta mi despacho, le ofrecí mi propio sillón, que era más cómodo que las sillas que tenía reservadas para las visitas, y le di un vaso de agua que apuró con ansiedad.

—¡Bueno! —suspiró, tendiéndome el recipiente vacío, que volví a rellenar y dejé en la mesa a su alcance—. Ahora estoy mucho mejor. Gracias, querida. La próxima vez vendré en carroza. Pero el tráfico es tan imposible durante el día… la última vez en que la utilicé quedé atrapada en un atasco durante dos horas. ¡Qué espanto,

querida, no se puede imaginar el desespero! —exclamó, abriendo de una sonora sacudida su abanico nacarado.

—¿En qué puedo servirla, señora? —me decidí a preguntarle.

—Soy la baronesa de Ostry, amiga de la duquesa de Toulanges. ¿Le dice algo ese nombre?

—Pues… con sinceridad… no… Pero —pregunté aturdida—, ¿busca a alguien en concreto? Yo no…

—Usted es la señorita Miraneau, ¿no es cierto? —cortó con rotundidad, más para evidenciar que sabía bien con quién estaba hablando que para constatarlo—. ¿Y no le dice nada el nombre de Toulanges?

—Le pido mil excusas si cometo una incorrección, pero no, no me dice nada.

—Al menos veo que conserva usted su educación. Es un placer tratar con personas bien educadas. No es fácil, entre la juventud de hoy en día. Hay quienes consideran que el descaro es una prueba de carácter. ¡Qué error! Lo que no saben es que con su actitud se descalifican ellos mismos. En fin, no nos desviemos de la cuestión. Los duques de Toulanges son los padres del conde de Coboure. Ese nombre sí le dirá algo, supongo.

Sí, desde luego, me dije a mí misma, mientras me veía en la imperiosa necesidad de buscar el sostén de una silla, sin apartar mi atónita vista de la inesperada y misteriosa dama.

—Claro que sí, querida. —Sonrió maternalmente la mujer—. Ninguna joven con buen sentido que haya conocido al conde podría olvidarlo. —Aquí se interrumpió, esperando un asentimiento por mi parte. Me limité a sonreír con amabilidad—. Veo que sí tiene usted buen juicio. Bien, pues la misión que me ha traído hasta aquí tiene que ver con él. Pero es altamente confidencial, ¿comprende? Tan confidencial que tendré que pedirle que ni siquiera mencione esta conversación al propio conde. A mí me envía su madre —explicó al ver mi expresión de asombro—, no él. Así que le rogaría que cerrara la puerta para que podamos hablar con mayor libertad.

Aquel preámbulo tenía un halo tan misterioso que me apresuré a hacer como me indicaba, presa de la curiosidad. Y también me di cuenta de que no era una medida inútil, pues en cuanto me acerqué a la puerta descubrí que todos los obreros estaban aún pendientes de mi sorprendente visitante. Les lancé desde el quicio una mirada reprobatoria e inmediatamente desviaron la suya y fingieron afanarse en su labor.

—Verá, joven —me dijo la mujer en cuanto me hube sentado de nuevo—, no me voy a andar con disimulos porque sería una absurdidad, así que le diré con toda sinceridad a lo que he venido. He venido a fisgar en su vida privada. Antes de que usted se moleste por esta evidente impertinencia, voy a explicarle la causa de mi interés, que es… —aquí soltó una suave risilla, como anuncio de que lo que iba a añadir era algo atrevido— bastante delicada, porque afecta a la intimidad del joven

Bramont y de su familia. —Se removió inquieta en su silla y se inclinó hacia mí como si estuviese a punto de transmitirme un gran secreto—. La duquesa de Toulanges, la madre del joven Bramont, que es muy amiga mía, está deseosa de que su hijo contraiga matrimonio. Es natural, porque el joven ya está en edad de ello, pero parece que se ha empeñado en martirizar a su madre con sus inapropiadas aventuras. Sabrá usted que tuvo un romance con una mujer casada…

—Algo me comentó, sí —repuse, fascinada por aquellas inusitadas confidencias que me estaba haciendo aquella desconocida baronesa a propósito del conde—. ¿Quién era?

—Lucile de Briand. Supongo que no la conocerá.

Negué con la cabeza pero la miré invitándola a que me diese más detalles.

—Ah, una mujer exquisita, pero, por suerte para mi amiga, la duquesa de Toulanges, eso ya terminó. Entonces creyó que era la oportunidad de que…

—¿Qué ocurrió? —la interrumpí.

La mujer me miró unos instantes, con los labios apretados, como dudando de contestarme.

—No sé si debo decírselo, por respeto al joven Bramont —musitó—. Aunque en realidad, todo el mundo lo sabe, así que por una más… ¡Pero no le diga nunca que se lo he dicho!

—No, no —me apresuré a decir.

—Lo dejó por otro —sentenció.

—¿Ah, sí? —pregunté extasiada—. ¿Por quién?

—Por el señor Courtain, el marqués de Sainte-Agnès. ¿Lo conoce usted?

¡El marqués de Sainte-Agnès! Contuve el aliento… ¡¡¡caramba!!!

—Pues como le decía —continuó la anciana dama—, entonces su madre creyó que era la oportunidad de casarlo convenientemente, pero al joven no se le ha ocurrido otra cosa que liarse con esa libertina, esa extremista que ha tenido más amantes que ideas tiene en la cabeza.

—¿La señora Lymaux? —apunté.

—Ah, veo que está usted al corriente. Así es, así es, ¡con esa depravada! Y parecía que la cosa duraría poco, porque en general a esa mujer sus amantes le duran un suspiro, pero la aventura se está alargando más de lo esperado, y su madre empieza a estar sumamente inquieta. Y ahí es donde entra usted.

—¿Yo? —exclamé atónita.

—La duquesa está buscando candidatas que puedan desviar la atención del joven Bramont de esa viuda excéntrica. Sin embargo, ha fracasado con todas las que ella conoce. El otro día renació su esperanza al enterarse de que su hijo había invitado a una joven a una cena íntima, algo que el conde no ha hecho ni una sola vez desde que se trasladó a su actual residencia, lo que significa que la ha distinguido a usted de

entre todas las demás. Por ello la duquesa me ha pedido que venga a indagar sobre sus condiciones personales y familiares, a ver si son adecuadas para que pueda convertirse en la esposa de su hijo, en cuyo caso está dispuesta a colaborar en todo lo necesario. Por supuesto que éste no debe enterarse de esta maniobra, pues de lo contrario se enojará terriblemente con su madre.

Sonreí apenada.

—No hay distinción alguna —repuse—. Puede usted decirle a la duquesa que su hijo no tiene la mínima intención de volver a verme. A mí también puede tacharme de la lista. Por otra parte —añadí, mientras hacía un gesto señalando a mi alrededor— puede comprobar que mi clase y situación es muy inferior a la del conde.

—Eso no es ahora lo principal. La duquesa hubiese preferido alguien de linaje y fortuna, claro está, pero dado que no hay nadie de esas cualidades que despierte el interés de su hijo, se ha resignado a aceptar a quien él elija. Lo esencial es que sea bien educada y tenga aptitudes para adaptarse al rango que adquirirá tras su matrimonio con él. ¿Comprende usted?

—Es usted muy amable, pero le aseguro que pierde el tiempo conmigo, baronesa.

—¡Mi tiempo no tiene ningún valor, querida! —despreció—. A mi edad estoy retirada de todo. Mi abundante tiempo libre lo dedico a pensar en mis achaques y a quejarme de ellos. Venga —me incitó—, no sea usted tan modesta. Háble me un poco de usted, de su familia, de su educación, de cómo conoció al joven Bramont… aunque sólo sea para que pueda justificar ante mi amiga mi visita aquí.

Callé unos instantes, pero no se me ocurrió el medio de negarme sin resultar grosera. Comencé titubeante, porque no estaba acostumbrada a hablar de mí misma, pero me fui soltando poco a poco. Le conté la educación que había recibido, la vida que había llevado antes del fallecimiento de mi padre, y luego le comenté la tragedia de su muerte y la difícil situación económica en la que nos habíamos visto inmersas y de la que habíamos salido gracias a la bondad de un empresario amigo de la familia y a la generosidad del conde, que me había condonado varios meses de renta y quien, al explicarle nuestros apuros, había convenido en invertir en el negocio una suma de dinero para ayudarme a ponerlo de nuevo en marcha. Para acabar le dije que nuestros encuentros se habían limitado a dos, ya que silencié lo referente al albergue, que todos mis contactos con él los mantenía a través de su abogado, maître Desmond, y que por ello estaba convencida de que ni siquiera había pasado por su mente la posibilidad de entablar relación alguna conmigo.

—Eso usted no lo puede saber, joven —me dijo la mujer—. Pero me parece bien que sea una persona centrada y con los pies en el suelo. Le trasladaré lo que me ha contado a mi buena amiga, y ya veremos cómo se desarrolla todo. Por lo que a mí respecta, creo que es usted una joven encantadora llena de virtudes, y así se lo manifestaré a la duquesa de Toulanges.

La acompañé hasta la salida, incluso cuando ella volvió a subirse en su silla de mano para atravesar el patio, y cuando la vi alejarse calle abajo me inquietó la intuición de que su visita, su explicación y su indagación eran muy extrañas.

André Courtain

Los reconocimientos habían terminado y era preciso esconder a mi detenido, que se había convertido a la vez en mi protegido. Sabía de un monasterio en los Pirineos catalanes, traspasada la frontera, que serviría a mis fines, pues no sólo estaba alejado y aislado entre altas montañas, sino que quedaba fuera de las influencias de cualquiera de los ejecutores o ideólogos de la fuga de La Motte. Lo trasladaría hasta allí con el máximo secreto.

Y puede que a la vuelta pasara por Nuartres…

La carroza ya estaba cargada con equipaje ligero. Llamaron a la puerta. Supuse que era mi criado para avisarme de que todo estaba dispuesto para la partida. Pero, en lugar de ello, me encontré con un desconocido lacayo que me extendía una citación urgente del secretario de la reina. Sufrí una contrariedad, pero no tenía más remedio que acudir a su llamada.

—Ah, marqués —saludó el secretario, saliendo a mi encuentro desde detrás de su escritorio y posando una mano amigable en mi hombro—. Le dije que le buscaría ayuda, y he cumplido mi palabra. Conoce usted, sin duda, a la baronesa de Ostry.

—¿La baronesa de Ostry? —me asombré.

—La misma, la misma. Veo, por su expresión, que sí la conoce. En realidad me pregunto si hay alguien que no lo haga. Es una vieja amiga mía, así que solicité su colaboración. Lo que poca gente sabe es que esa mujer, en tiempos de Luis XV, fue una maestra de la intriga, y aunque se retiró después de su muerte, hoy en día sigue conservando todas sus excepcionales dotes. Con su parloteo insustancial parece que sólo habla y no escucha, pero está atenta a todo y es astuta como un zorro. Y, además, está completamente volcada a nuestro favor. Y me ha hecho saber que ha descubierto algunas cosas que quizá le resulten a usted de utilidad. Le sugiero que hable con ella. Y le ruego que no se relaje, marqués. Comprendo que en ocasiones las dificultades lo hagan caer en el desánimo, pero es mucho lo que está en juego para permitirnos esa debilidad.

—Bien —acepté de mala gana—; ahora estaba a punto de salir de viaje. Estaré de vuelta en pocos días y entonces me entrevistaré gustosamente con la baronesa.

—Marqués —sonrió el secretario, volviendo a apoyar su mano en mi hombro—, ignoro qué asuntos lo reclaman, pero tenga en cuenta que los del rey son lo primero y que en éste no hay demora que podamos validar.

—Claro —me sometí contrariado—. Por supuesto.

Salí hecho un basilisco. La baronesa. ¿Qué podía saber la baronesa que valiera la pena? Una maestra de la intriga… ¡la baronesa!… Ordené a mi cochero que antes de salir de la ciudad se detuviese en su residencia. Me presentaría en su casa y la obligaría a decirme las cuatro tonterías a las que el secretario daba tanta importancia, y luego recogería al preso en el Châtelet y saldría inmediatamente de París hacia los Pirineos, y después… ¡hacia Nuartres! Antes dudaba de ir al encuentro de Lucile, pero la contrariedad acababa de decidirme.

—¡Miren quién está aquí! —exclamó, recibiéndome en su pequeño jardincillo, hasta donde me había conducido su sirviente.

La baronesa estaba junto a sus rosales, con unas tenazas en las manos entreteniéndose en recortar sus tallos y hojas muertas. La saludé con una seca y acuciante reverencia.

—Esta mañana he estado conversando con el secretario de la reina a propósito del asunto de La Motte —abordé sin preámbulo—.

Me ha informado de que solicitó la colaboración de usted al respecto.

—¿Y será posible que hayan tenido que recurrir a mí? —replicó refunfuñando—. Eso demuestra que son todos unos inútiles y unos blandengues. Si reinara Luis XIV, ¿cree que estaría pasando todo lo que está pasando? ¿Cree que a él el Parlamento iba a atreverse ni a chistarle? ¡Pero no tenemos gobernantes, amigo mío, no tenemos gobernantes! Luis XVI será una buena persona, pero mejor estaría cultivando hortalizas que ostentando una corona. ¡Y ese Brienne! ¡Menudo mentecato! ¿Es que consiguió algo de la Asamblea de Notables? No. ¿Es que ha conseguido algo del Parlamento? ¡Que se ponga en entredicho la autoridad del rey, eso ha conseguido! Si el Parlamento se opone, se disuelve y se encierra a los rebeldes. Si hay desórdenes y tumultos, se manda a la guardia y al ejército y se apresa a los revoltosos. Pero en lugar de eso, ¿qué han hecho? ¡Exiliar al duque de Orleans, ese frívolo cabeza hueca, para convertirlo en un héroe! ¿Sabe que el hombre desespera en su destierro porque eso le dificulta ver a su nueva amante, la condesa de Buffon, una mujer de veinte años de la que está perdidamente enamorado y que ha abandonado a su marido para satisfacerlo? ¡Nada de preocuparse por su destino político, menos por el de Francia! Llora como un niño desesperado, rogando se le levante el castigo. Pero ¿lo sabe eso la opinión pública? Si conociera de verdad al títere que ha erigido en líder, se le caería el alma a los pies. Pero con esa medida lo han ensalzado a sus ojos, y no evitan que se siga reclamando la convocatoria de los Estados. ¡Todo es un sinsentido! Un Gobierno así no puede mantenerse, se lo digo yo, no puede mantenerse. —Me miró tristemente y añadió—: Ayudaré a este penoso Gobierno todo lo que pueda, pero en cuanto vea que esto se hunde, me marcharé de Francia. Si llegan a convocarse los Estados Generales se acabó la autoridad y esto será un caos.

Miré a mi alrededor, impaciente, y asentí neutro. En realidad no escuchaba. Sólo

quería acabar cuanto antes para partir.

—¡En fin! —suspiró—. Pero usted no ha venido a que le caliente la cabeza con mis malos augurios, sino a que le participe lo que he descubierto a propósito del asunto ese. Otro fiasco mayúsculo. ¡Primero arman un inmenso revuelo acusando a Rohan, y luego dejan que la culpable se escape! Y ahora todos a temblar por si se le ocurre abrir la boca a propósito de la reina, porque claro, aquí todo el mundo está dispuesto a creer cualquier bazofia que se diga de ella. ¿Cree que todo esto es serio? Dígame, ¿lo cree? —Negué obedientemente con la cabeza—. No, claro que no lo es —resopló—. Y usted intentando deshacer el entuerto, y encima tiene que andar con pies de plomo para no molestar a esos exaltados. —Sacudió la cabeza con desaprobación y luego, mirándome de frente, dijo—. Tengo entendido que espera que su detenido pueda identificar al que lo sobornó, ¿no es así?

—Sí, así es.

—¡Pues olvídese! Fue el vizconde de Saltrais, que en cuanto se enteró de que estaba usted a punto de prender al vigilante ese, huyó a Inglaterra. Está en Londres en estos momentos, y no espere que regrese hasta que no se sienta seguro. El vizconde de Saltrais es el cabecilla, y lo ha tenido a usted vigilado.

¿Saltrais? Sí, desde luego. Cómo no. Saltrais. No lo había descartado, pero no había centrado mis sospechas en él. Sin embargo era también afín al duque de Orleans, y especialmente próximo a Fillard y a Mounard, en cuya compañía lo había visto con frecuencia en el Café de Foy. Asentí con reconocimiento, y confieso que también con el amor propio algo zaherido.

—Cuando el secretario me dijo que sospechaba usted del conde de Mounard, fui a tirarle de la lengua —continuó la baronesa—. El buen hombre me tiene un gran aprecio desde que lo ayudé, hace ya muchos años, a ser presentado en la corte. Yo raramente niego la ayuda a nadie, ¿sabe usted?, no porque sea una santa, sino porque siempre me ha sido muy beneficioso rodearme de personas que me deben favores. —Me miró súbitamente alarmada por haberme hecho esa confesión—. No revelará este pequeño secretito a nadie, ¿verdad?

—¿Qué más le dijo Mounard? —pregunté ya interesado—. ¿Le explicó más detalles de la fuga?

—Ay, hijo mío. No crea usted ni por un momento que el bueno de Mounard me confesó abiertamente haber participado en la huida de esa mujer. En boca de Mounard, Saltrais es sólo un conocido con el que tiene ciertos intereses en común y que ha ido a Londres por asuntos de negocios. Otra cosa es que usted y yo nos lo creamos. Hay que saber escuchar, leer entre líneas y luego pensar y atar cabos. ¿Sabe que el conde de Mounard y el embajador inglés en Lisboa son amigos? Como la pobre chica ésa, Marionne Miraneau…

—¿Miraneau? —pregunté, sin comprender, intentando rememorar los datos de mi

expediente. Y luego añadí, recordando el día en que había ido a visitar a aquella familia—. ¿Se refiere a aquella anciana inquilina del local de Bramont?

—No, me refiero a la hija. Alguien de mi servicio compró información de alguien del servicio del conde, y así tuve conocimiento de las visitas privadas que había recibido en los últimos meses, entre ellas las de esta joven. Amistad tan curiosa merecía cierta atención, así que fui a visitarla con falsos pretextos para sonsacarla —hizo una pausa y añadió—: El joven Bramont…, lo conozco desde que es un niño y siempre me pareció un muchacho inteligente y centrado, pero qué pena, se ha vuelto otro exaltado. ¿Pues no se ha unido a los que exigen la convocatoria de los Estados Generales y se ha aliado con La Fayette y los más liberales de entre los magistrados? Por la amistad que tengo con su madre quisiera protegerlo, ¡pero hay que pararles los pies a todos esos extremistas!

—¿Y qué averiguó de esa joven? —inquirí para retomar el tema.

—¡Que ella participó también, sin duda alguna! No me lo dijo, claro está, pero me desveló que Bramont la ha favorecido económicamente de una forma más que anormal si no existiese algún trato entre ellos. Le perdonó las rentas y le entregó cinco mil libras. Mi consejo es que la interrogue a fondo. Prenderla a ella no armará ningún revuelo y le conducirá a usted hasta Bramont, y Bramont le conducirá al resto. —Me miró sonriente y añadió—: Creo que voy a ofrecerle una taza de té y unas pastas. ¿Le apetecen?

Cuando salí de la residencia de la baronesa, subí a mi carruaje con desaliento. No podía marcharme de París. Miré el cielo plomizo, que parecía reflejar mi estado de ánimo. Estaba atrapado con aquel maldito asunto.

Al llegar al Châtelet dispuse que el viaje con el vigilante al monasterio de los Pirineos lo emprendiera mi agente de confianza, Criseau. Y ordené a dos agentes la detención de la ciudadana llamada Marionne Miraneau.

Capítulo XII

Claude Desmond

A las doce estaba en mi despacho. Fue entonces cuando apareció la muchacha. Entró anegada en lágrimas, con un ataque de nervios, balbuceando palabras entrecortadas e ininteligibles.

—Mi hermana… mi hermana… —decía, entre hipo y sollozos, señalando un lugar imaginario más allá de la pared—. La han detenido, la han detenido…

—Tranquilícese, joven —le dije, sin saber cómo atajar aquel ataque de histeria, cuando, al reparar en ella más atentamente, la reconocí—. ¿Qué dice? ¿Qué han detenido a la señorita Miraneau… a su hermana? Pero ¿cómo, qué…? —me trabé—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, no lo sé. Estábamos en el taller, tan tranquilas, y de pronto vinieron y se la llevaron, y me gritó, mientras la subían al coche de detenidos, me gritó: «¡Avisa a Desmond, avisa a Desmond, avisa a Desmond!»

—¡Vamos!

Salimos de inmediato. Aunque Edith, en su confusión, me había dicho que a su hermana la habían llevado a la comisaría, cuando le pregunté a cuál de ellas, supe que la habían conducido a las oficinas de la Prefectura de Policía, situadas en el Châtelet, lo cual aún me inquietó más.

Ese edificio había sido en sus inicios una fortaleza, o cuanto menos ése era el aspecto que ofrecía su fachada principal, con sus muros de piedra lisos, sus estrechas y escasas ventanas enrejadas y sus torreones sobresalientes de cubierta cónica. En la actualidad era un conglomerado de edificios atravesados en su planta baja por un pasaje cubierto y abovedado que permitía el tráfico entre la calle Saint-Denis y la Cité. Dicho complejo cobijaba en su seno las salas de los Tribunales de Justicia de primera instancia, las dependencias de los comisarios del Châtelet y las oficinas de la Prefectura de Policía, el depósito de cadáveres que se exponían al público a efectos de su identificación, y la prisión, en la que se encarcelaba preventivamente a los sospechosos de haber cometido algún crimen mientras permanecían a la espera de ser juzgados.

La prisión del Châtelet gozaba de siniestra fama y sus condiciones eran lamentables. La construcción medieval de sus pasadizos y subterráneos había sido concebida con nula iluminación y escasa ventilación, y sus deleznables condiciones higiénicas habían propiciado con frecuencia brotes de epidemias de peste que habían hecho estragos entre la población reclusa y hasta habían obligado a trasladar

temporalmente a otros edificios las salas de Justicia para evitar su propagación. A pesar de lo ingrato y forzoso de la permanencia en ese lugar, los presos debían pagar una cantidad diaria por su alojamiento en él, y del importe que fuesen capaces de satisfacer dependía su nivel de confort. Los indigentes eran recluidos en celdas comunitarias, en ocasiones atestadas, sin derecho a más ropa que la que llevaban, y dormían sobre el suelo o sobre unas esterillas que de viejas y usadas eran nidos de parásitos y de porquería. Los que podían pagar el precio exigido tenían opción a lechos de paja amontonada que permitía aislarse del frío de las losas de piedra. Tan sólo los más privilegiados podían conseguir celdas individuales o compartidas con dos o tres individuos, provistas de cama, mesa y silla. La alimentación también dependía de lo que se pudiese o se estuviese dispuesto a pagar. Tal era el régimen que, como de costumbre, se ensañaba con los más desfavorecidos.

Pero la siniestra fama del Châtelet se nutría básicamente de la leyenda de sus espantosas celdas de tortura. Se decía que existía una tan infecta y pestilente que una antorcha no podía permanecer encendida en su interior. Se hablaba de otra con la forma de un cono invertido con el vértice lleno de agua, en la que el preso no podía ni acostarse ni permanecer de pie y en la que estaba constantemente en remojo. Otra destinada a los prisioneros condenados a morir de inanición… Ésas y otras muchas que no quiero recordar. Ignoro si existían en verdad o no, pero en todo caso lo cierto es que en el Châtelet se había practicado y aún se practicaba la tortura, y que había salas que se habían destinado y se destinaban a ello.

Entramos por el acceso que me era más conocido, el situado en un pequeño callejón que abocaba al patio de las salas de Justicia. Subimos las escaleras hasta la primera planta y recorrimos a paso apresurado los corredores hacia las dependencias de la Prefectura de Policía. Una vez allí pregunté a un agente por el inspector de turno de la Oficina de Seguridad, al que conocía por motivos profesionales.

—Sí, es cierto —me confirmó desde detrás de su mesa, revisando distraídamente unos papeles—. Hemos recibido orden de detener a una tal Miraneau.

—¿Por qué? ¿De qué se la acusa?

—Ni idea, amigo —me dijo con parsimonia—. No ha sido cosa nuestra. La orden la ha dado el sujeto ese amigo de la reina, el marqués de Sainte-Agnès. Por mí lo mandaba al carajo, porque no me gusta que externos al cuerpo dirijan investigaciones. Pero… —añadió encogiéndose de hombros— órdenes son órdenes. En estos momentos la tiene ahí dentro, en aquel despacho, interrogándola.

—Quiero hablar ahora mismo con la detenida. Soy su abogado.

—Ya conoce las normas, maître. No se pueden interrumpir los interrogatorios. Lo único que puedo decirle es que pruebe usted mismo, a ver si Courtain lo quiere escuchar. Pero no diga que ha hablado conmigo. Y en cuanto a la señorita —dijo señalando a Edith, que se mantenía plantada detrás de mí—, tendrá que salir de aquí.

Me volví hacia Edith, que me miraba con ojos trémulos, como si yo fuera su salvación.

—Usted ya no puede hacer nada más, Edith —le dije con suavidad—. Yo haré todo lo que pueda por su hermana. Váyase a su casa y espere noticias mías.

—No me iré a casa —me contestó rotunda—. Esperaré fuera, en el patio, hasta que usted me diga algo.

—Está bien —consentí—. Como quiera.

Me lanzó una última mirada suplicante y luego se marchó. Me dirigí hacia el despacho en el que Courtain permanecía con Marionne. El hecho de que hubiera sido él quien ordenara su detención me dio una clara pista del asunto del que debía de tratarse. Pero no llegaba a imaginar la relación que Marionne podía tener con la fuga de La Motte.

Entré sin llamar. Courtain estaba sentado detrás de una mesa, sobre la que vislumbré un documento, y Marionne delante de él. No había nadie más en la estancia. Ella me acogió con una casi imperceptible sonrisa y con una mirada de agradecida esperanza, y al verla en aquella situación, los sentimientos que le profesaba me punzaron vivamente. En varias ocasiones había estado a punto de declararme, pero me había retenido el temor a su rechazo, y cuando estaba haciendo esfuerzos por hacer acopio de valor, ella de pronto había declinado todas mis invitaciones. Pero había seguido visitándola en su taller, y aunque la encontré más reservada y huraña, no por eso había dejado de quererla ni un ápice.

—Desmond —me dijo Courtain secamente—, salga y cierre la puerta, por favor.

—¿Qué ocurre, marqués? ¿No tiene bastante con haberse equivocado conmigo? —le repliqué, refiriéndome a la identificación a la que me había sometido en aquel mismo edificio hacía pocos días—. ¿También tiene que humillar a decentes ciudadanas?

—No empiece con sus melodramas —me espetó—. Si no sale por las buenas, llamaré a los agentes.

—Permítame antes hablar con usted, en privado —le pedí, intuyendo que no conseguiría nada de él mientras se viese obligado a mantener la autoridad frente a su detenida.

Courtain me miró unos instantes, pero al cabo se levantó y me indicó con un gesto que saliéramos.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó con tono hosco, una vez hubo cerrado la puerta tras de sí—. No debieran haberlo dejado pasar.

—Soy su abogado —repliqué, como si eso me diese derecho a estar allí. No era así. No existía el derecho a ser asistido por abogado en la detención ni durante el interrogatorio previo.

—¿Ah, sí? No sabía que hubiera rebajado el nivel de su selecta clientela. Y

también lo es de Bramont, claro. Qué casualidad. Pues escuche: quiero que firme esa declaración, Desmond. Si consigue convencerla, me avengo a pactar con usted su impunidad.

—Pero ¿qué…? —farfullé—. Me temo que tendrá que ponerme al corriente, porque no entiendo nada de nada.

Clavó en mí una mirada escudriñadora y debió de creerme, o cuanto menos dudar, porque me dijo:

—¿Es su cliente y no está informado? La Motte se escondió en el local de Bramont el día de su huida, y esa joven colaboró en su ocultación.

—¡No puede ser! —rechacé, sin poder creerlo—. Debe de tratarse de una confusión. Ellos ni siquiera se conocían cuando…

—Mi certeza sobre esa cuestión es tal —me interrumpió— que si no consigo que ella firme esa declaración por las buenas, la entregaré al comisario encargado del interrogatorio de prisioneros de Estado. Supongo que sabe lo que eso significa.

El espanto me hizo retroceder un paso. En efecto, sabía lo que eso significaba.

—No será capaz… —me atreví a murmurar.

—Ya lo creo que seré capaz, Desmond —masculló—. Estoy harto de que se me tome el pelo. Me han estado vigilando, han intervenido mi correspondencia, me pusieron mil impedimentos para que no pudiera prender al vigilante de la Salpêtrière, y quien tenía que ser identificado por él se ha burlado de mí refugiándose en Inglaterra. ¿Cree que hago esto por gusto? ¿Cree que me he pasado medio año vagando por Europa para ver mundo? Yo también he de responder de mis obligaciones. Así que se acabaron los miramientos. Hable con ella y hágale comprender lo que le espera si persiste en su negativa.

—¿Qué dice esa declaración? —pregunté con suavidad para no irritarlo más, consciente de que la situación era mucho más grave de lo que podía haber imaginado.

—Que ocultó a La Motte en su local y que lo hizo a instancias de Bramont.

—Pero si ella reconoce que…

—Ella no me interesa, Desmond. Sólo quiero una prueba escrita contra Bramont. Me basta con que firme esa declaración y la ratifique en un juicio, llegado el caso. Si firma la dejaré marchar libre.

—¿Estaría dispuesto a asegurar su impunidad también por escrito? —pregunté, viendo un atisbo de esperanza.

Asintió sin dudar.

—Intentaré convencerla —propuse.

—Hágalo por su propio bien —me instigó.

Aspiré hondo antes de entrar en el despacho. No quería asustarla y, sin embargo, era necesario que lo hiciera. La encontré en la misma posición en la que la había dejado. Parecía tranquila, pero su postura, con la espalda enderezada y las manos

aferradas a su falda, era de crispación.

—Gracias por haber venido, maître —me dijo en cuanto hube entrado—. Sabía que me ayudaría.

—Me temo que muy poco puedo hacer, Marionne —le dije, sentándome frente a ella—. Supongo que ya sabe de qué la acusan. —Esperé a que asintiera y continué—: Es un asunto muy serio ¿comprende? Es casi un asunto de Estado. No es lo mismo que si se tratara de un delito común. Quiero decir que en situaciones como ésta no se aplica el procedimiento habitual. Hace siete años que se abolió la *questio*. preparatoria, la tortura a los sospechosos de algún crimen para arrancarles una confesión. Pero es difícil erradicar una costumbre que se remonta a siglos, y hay casos excepcionales en los que aún se aplica, y están dispuestos a hacerlo con usted. ¿Comprende lo que le digo, Marionne? Tienen carta blanca para hacer con usted lo que quieran. Mi consejo es que firme esa declaración. Si lo hace, la dejarán libre y le prometerán por escrito impunidad.

—Pero es que no es cierto —contestó.

—Marionne —dije, atreviéndome a tomarle la mano—, que sea o no cierto es lo de menos. La cuestión es que usted no tiene opción. Si se niega a firmar esa declaración, la someterán a horribles padecimientos y al final se verá obligada a hacerlo. Nadie se resiste a ello, Marionne, lo he visto con mis propios ojos. Y para obtener el mismo resultado, más vale evitarse el sufrimiento. ¿Es que no lo ve?

—¿Qué me harán? —preguntó, con un infantilismo que casi me desesperó.

—Hay muchos sistemas. No sé cuál utilizarán con usted. Pero le aseguro que no hay ninguno bueno. Firme esa declaración, Marionne.

—¿Y qué valor puede tener una confesión arrancada de esa forma?

—Todo. Todo el valor. Puede creerlo.

Se retiró, con el pulso tembloroso, un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla. Me di cuenta de que tenía los labios muy blancos y estaba sudorosa.

—¿Y qué le harán al conde de Coboure si firmo?

—Eso no es asunto suyo —repliqué categórico—. Ha de comprender que usted no está en situación de protegerlo. No tiene alternativa. El conde tiene muchas influencias, es un hombre poderoso. Sabrá defenderse. No debe preocuparse por él.

Bajó la vista y negó con la cabeza.

—Le he dicho a ese hombre —me dijo con voz apagada—, al señor Courtain, que yo no sé nada de todo esto. Quizá sea cierto que escondieran a esa mujer en mi local, pero si lo hicieron, fue sin mi conocimiento. Yo no puedo firmar una declaración reconociendo haber ocultado a esa mujer y acusando al conde de haberme instigado a ello, porque es falso.

—Pero él no la ha creído —musité con pesar—. Usted debe de ser consciente de lo mucho que la aprecio. Si le digo que firme, es porque sinceramente no veo otra

salida.

—Dígame una cosa, maître: si soporto ese interrogatorio manteniendo mi primera versión, ¿me dejarán libre?

—¡No lo aguantará, Marionne! —intenté convencerla una vez más.

Me callé porque en ese instante se abrió la puerta. Courtain se había cansado de esperar y ahora estaba allí, delante de nosotros, con la misma expresión endurecida que le había visto desde un principio. Nos miró a ambos, alternativamente, y luego echó un rápido vistazo al documento.

—Veo que no está firmado.

—Pero lo va a firmar —aseguré, levantándome y cogiendo la pluma que le tendí a Marionne. Ella me observó inmóvil, como si no me viese, y entonces le tomé la mano, le puse la pluma en ésta y, sujetando ambas, las conduje hasta el papel—. ¡Vamos, Marionne! —la conminé—. ¡Firme!

No presentó resistencia alguna, pero negó con la cabeza.

—Yo no sé nada de ese asunto, señor —le dijo a Courtain con voz quebradiza—. Ya se lo he dicho. Si firmara esto, sería una falsedad.

Al oír aquellas palabras, la solté, con desaliento. Ella ni siquiera sostuvo la pluma. Courtain, que permanecía de pie, se reclinó sobre la mesa para acercarse más a Marionne.

—Tengo pruebas de que fue recompensada económicamente por su colaboración —replicó sin compasión—. Cinco mil libras, para ser exactos, que le entregó Bramont poco después de la fuga de La Motte. ¿Cómo puede explicar eso?

—¿Cómo? —intervine—. ¿Es por eso que cree que ella participó en este asunto? ¡Es absurdo! Bramont no le dio ese dinero por esa causa. Lo sé bien, porque yo fui quien intermedió en esa entrega —añadí con calor.

—¿Ah, sí? ¿Y entonces por qué se las dio? Y no me suelte la tapadera ésa de la inversión en el negocio, porque no me lo voy a creer.

Era otro el motivo. Yo lo sabía. Dudé unos instantes, pero me decidí y dije, con toda la gravedad de que fui capaz:

—Se las dio porque está enamorado de ella.

Courtain me miró atónito unos instantes y luego rompió en una breve carcajada.

—Pero ¿qué dice, hombre?

—Es la verdad —repliqué, ofendido por el tono de burla que en realidad ya me esperaba—. Ella no podía pagar el alquiler, fue a pedirle ayuda y a él…, en fin, ella le gustó. Por eso le dio ese dinero. Ésa es la verdad.

Courtain me contempló, ya sin reírse, y luego dijo:

—Lo siento, Desmond. Lo ha intentado, pero no me lo trago. Ya no tiene nada que hacer aquí. Haga el favor de salir.

—Escúcheme, marqués…

—¡No! He dicho que se acabó.

Se abalanzó hacia la puerta y abriéndola de golpe llamó a gritos a un par de agentes. Éstos se presentaron de inmediato. Courtain se sentó a la mesa, garabateó unas líneas y luego, enrollando el papel junto con la declaración que Marionne no había firmado, se lo tendió a uno de ellos.

—Entregad esto al comisario y llevadle a la detenida. Él os dará el resto de las instrucciones.

El otro hombre se dirigió hacia Marionne y tras instarla a levantarse le ató ambas manos a su espalda. Luego, sosteniéndola de nuevo por el brazo, la obligó a salir de la estancia.

—¿Es que usted no va a estar presente? —le pregunté a Courtain, una vez se la hubieron llevado.

—No —contestó mientras recogía su dossier—. Ya me comunicarán el resultado.

En aquellos instantes comprendí que mi única posibilidad era que él presenciara el interrogatorio y me permitiera a mí estar junto a él. Sabía que Courtain no estaba habituado a ver el sufrimiento humano, y aquella visión, cuando no se estaba acostumbrado, era muy difícil de soportar. Él no había servido en el Ejército, ni había participado en ninguna guerra, ni asistido en hospitales, ni visitado los calabozos de las prisiones, ni visto, en cualquiera de sus formas, esa clase de padecimientos. Hasta dudaba de que hubiese presenciado en alguna ocasión las ejecuciones públicas. Yo sí había tenido que acudir alguna vez. Aún se aplicaban a los condenados a muerte, aunque con menos frecuencia que antes, las penas de descuartizamiento y de inhumación en vivo, además de la horca y de la decapitación. Pero no creía que Courtain hubiese tenido el morboso interés de presenciarlas nunca, y mucho menos habría tenido opción de contemplar las torturas a las que se sometía a los interrogados. Era preciso convencerlo para que asistiera.

—Quisiera presenciarlo —le dije—, y que usted me acompañara.

—Ni lo sueñe.

—¿Es que le falta el valor? —intenté provocarlo—. Ella lo ha tenido para someterse a esa prueba, y usted, que lo ha ordenado, ¿ni siquiera tiene el suficiente para verlo?

—Así es. No lo tengo. Y es más, ni siquiera me avergüenzo de no tenerlo.

—Marqués —dije, acercándome a él—, es cierto lo que le he dicho. Bramont le dio el dinero por esa causa.

—Ya le he dicho que no me gustan sus melodramas, Desmond.

—A pesar de ello —insistí—, aún tendrá que oír otro. Esa mujer significa mucho para mí. Si Dios lo quiere y ella también, tengo intención de convertirla en mi esposa. Si me tiene alguna consideración —añadí, mientras notaba que me miraba fijamente — suspenderá ese interrogatorio.

—¿Qué ocurre? ¿Es que medio París se ha enamorado de esa mujer en mi ausencia? Lo siento Desmond —añadió con seriedad—, no puedo hacer lo que me pide.

—Entonces, se lo ruego, si tiene la más mínima humanidad, acompáñeme y permítame estar presente. Estoy desesperado, ¿es que no lo ve? No me fío de que esos salvajes no acaben por matarla. No sería la primera vez que se les va la mano. Por favor, sólo para comprobar que no se exceden… ¿Qué mal puede hacerle?

Me miró unos instantes y luego vociferó:

—¡Maldita sea, Desmond!

A pesar de su exabrupto, supe que se debía a que había aceptado y cerré silenciosamente los ojos con alivio. Lo seguí mientras se dirigía hacia la oficina del comisario y preguntaba dónde la habían conducido. Un agente tuvo que guiarnos hasta la sala que habían destinado para la ocasión, a través de un laberinto de corredores, adentrándonos en las entrañas de aquel edificio que a medida que descendíamos se volvía cada vez más tétrico y más tenebroso. En las plantas subterráneas, comunicadas con las superiores mediante estrechas escaleras de caracol, el ambiente era enrarecido, frío y húmedo, envuelto en una penumbra apenas combatida por las escasas antorchas que pendían de los muros. La aprensión era inevitable mientras avanzábamos por aquel escenario de tormentos.

Seguimos atravesando salas sin ventanas ni ventilación cuyas piedras no habían visto el sol desde que habían sido allí colocadas hacía ya muchos siglos, alejándonos cada vez más de la salida, de donde estaba la luz, el aire y la vida.

Finalmente nuestro guía se detuvo ante una puerta y nos hizo saber con un gesto de la cabeza que tras ella estaba la sala que buscábamos. Courtain intentó abrirla, pero como estaba cerrada llamó varias veces. Nos salió al encuentro un individuo de aspecto ingrato que nos miró con contrariedad.

—Soy el marqués de Sainte-Agnès —le anunció Courtain—, el que ha ordenado esto.

—Esto lo ha ordenado el comisario —contradijo.

—Bajo mis indicaciones —insistió él.

—Bien, ¿qué quiere? íbamos a empezar ya.

Mientras ellos discutían, miré hacia el interior. Era una estancia de tamaño mediano, sin ninguna apertura al exterior. Su centro lo ocupaba una mesa rectangular y alargada, de madera sin barnizar, como las que se utilizan en las cocinas o en los mataderos. Estaba provista de correas y grilletes en sus extremos. Junto a ella divisé un gran tonel, un jarrón y lo que me pareció un embudo. En cuanto vi aquellos objetos, supe en qué consistiría la prueba a la que la someterían. En el interior permanecían otros dos hombres, uno junto a la mesa, el otro al lado de Marionne, a la que habían sentado, todavía maniatada, en una silla. Ella me miró, pero no tuvo

fuerzas para hacerme gesto alguno. Tampoco yo las tenía.

—¿Qué van a hacerle? —preguntó Courtain.

—La prueba del agua —contestó—. ¿La conoce, señor?

—No.

—Es tan efectiva como cualquier otra y no deja señales externas —repuso el individuo con frialdad profesional.

—Ah —musitó Courtain, dirigiendo también su mirada hacia Marionne—. ¿En qué consiste?

—Se principia por desnudar al detenido y arrojarle agua —contestó el hombre, con la solicitud del que quiere mostrar sus conocimientos—. En invierno es muy efectivo porque el agua está helada. La impresión es tan fuerte que se ponen morados, y a la segunda o tercera ducha ya suelen comenzar a hablar.

—¿Y eso es todo?

—No, claro. Si lo primero no da resultado, se les obliga a tragar agua con la ayuda del embudo, hasta que ceden.

—Comprendo —musitó Courtain dirigiéndome una rápida mirada—. Bueno, prescindiremos de la primera parte. No la desnuden. ¿Hay alguien que haya muerto de esto?

—Alguno se ha ahogado. El agua entra tanto en el estómago como en los pulmones. Es poco frecuente, pero a veces es difícil de controlar la medida exacta de…

—¿Por qué no somete a esto a Bramont? —estallé—. ¿No es a él a quien quiere? ¡Teme sus influencias y por eso se ensaña con esta pobre muchacha que no tiene quien la defienda!

—Hay otras pruebas menos arriesgadas pero siempre dejan señales —justificó el verdugo—. Por eso suelo utilizar ésta con las mujeres. Pero podemos emplear cualquier otra si quiere. Está la del punzamiento: se les corta con un pequeño punzón en partes no vitales del cuerpo hasta que confiesan; si hay suerte y las heridas no se infectan curan al poco, pero dejan cicatrices. También está la de las tablillas: se les atan las piernas a unas tablillas rígidas que al partirlas rompen los huesos de las rodillas; no conozco ningún caso de fallecimiento por esa causa, pero generalmente quedan cojos. El de la pelota, que consiste en atarlos e ir apretando las cuerdas hasta que éstas les penetran en las carnes, pero también deja cicatrices. Y está la del estiramiento. Se les cuelga de tal forma que el peso del cuerpo…

—Ya está bien, ya está bien —interrumpió Courtain con hastío—. Hagan lo que tenían pensado, pero vigilen bien para no sobrepasarse. Nos quedaremos a presenciarlo.

Dicho esto, hizo ademán de adentrarse en la estancia, pero el verdugo interceptó su paso alargando el brazo frente a él.

—No estamos acostumbrados a trabajar con espectadores —protestó—. Déjenos hacer nuestro trabajo con tranquilidad, señor. Hace mucho tiempo que estoy en este oficio y sé bien lo que me hago.

Observé con pavor que Courtain dudaba y que estaba dispuesto a alejarse de allí, algo que deseaba, de forma que me apresuré a decir, apartando el brazo del individuo:

—Por supuesto. Pero nos quedaremos de todas formas. No le estorbaremos, esté tranquilo.

Entré decididamente y comprobé que Courtain me seguía con desgana.

—Como quieran —masculló el hombre cerrando la puerta detrás de nosotros—. Pónganse en aquel rincón, donde ella no pueda verlos. No queremos que se distraiga. Y manténganse en silencio.

Seguimos sus indicaciones y avanzamos hacia donde nos había señalado. Entonces empezó la función. Levantaron a Marionne, le soltaron las manos y le indicaron que se tumbara en la mesa, orientada de forma que nosotros quedamos detrás de ella y no podía vernos. Le separaron los brazos y las piernas y ataron sus muñecas y sus pies con las correas y grilletes que había a cada extremo de la tabla. Cuando la tuvieron así sujeta, uno de ellos le obligó a abrir la boca y le introdujo hasta la garganta el cuello del embudo. Marionne tosió ante aquella intrusión y con un gesto rápido de su cabeza se desprendió del molesto instrumento, que cayó al suelo. El verdugo ni parpadeó. Cerró su puño y lo estrelló con un golpe seco contra la mandíbula de ella, arrancándole un gemido de dolor.

—Esto es lo que ocurrirá cada vez que se quite el embudo de la boca —le dijo con calma.

Su ayudante lo recogió y se lo tendió. El hombre volvió a repetir la operación, pero en esta ocasión siguió presionándolo con fuerza una vez introducido, para que ella no se lo pudiera volver a quitar, mientras otro le sujetaba firmemente la cabeza. Marionne se convulsionó en un acceso de náuseas e intentó chillar, pero el aparato se lo impedía, y sólo se oyó un apagado sonido gutural. Entonces le vertieron de golpe el contenido del jarrón, y cuando toda el agua hubo penetrado, lo retiraron rápidamente para dejarla toser. Ella lo hizo con el rostro congestionado y los ojos llorosos por el esfuerzo, intentando afanosamente respirar en medio de sus accesos, pero, apenas comenzaba a recuperarse, volvieron a sujetarla y le vertieron otro jarrón de agua, y después otro, esta vez sin pausa intermedia. Marionne sacudió los pies de forma espasmódica, como si se estuviera ahogando, y su rostro desencajado y sus ojos desorbitados demostraban que así era. Cuando por segunda vez le retiraron el embudo, su tos fue esta vez acompañada de borbotones de agua que le brotaban de la boca, derramándose por su vestido y por la mesa.

Miré suplicante a Courtain, que permanecía rígido con la vista al frente pero con la mirada perdida en algún punto más próximo al que Marionne se encontraba para

evitar ver lo que se estaba desarrollando ante sus ojos. Quise decirle algo para azuzar su conciencia, pero no supe qué, porque el dolor que me transmitía el sufrimiento de ella me había dejado sin habla.

Volvieron a sujetarle la cabeza, y por cuarta vez abocaron en su interior el chorreón de agua. Ella volvió a sacudirse como la vez anterior, pero ahora con menos energía, porque parecía también más agotada.

—La ahogarán —murmuré más para mí mismo que para mi acompañante.

Aquellos salvajes iban a verterle un jarrón más, cuando por fin Courtain tuvo la reacción que esperaba. Se acercó hacia la mesa en un arranque súbito, y sin mediar palabra apartó con un gesto brusco los brazos que le sujetaban a ella la cara y le quitó el embudo. Con la boca libre, Marionne comenzó a vomitar líquido, tosiendo entrecortadamente y aspirando aire con denuedo como si no consiguiera que llegara a sus pulmones, pero como estaba maniatada apenas podía enderezarse y la acumulación de agua amenazaba con ahogarla. Yo también reaccioné y le desaté las muñecas, mientras los verdugos permanecían impávidos, en una silenciosa inmovilidad. Cuando estuvo libre de las ataduras, Courtain la ayudó a inclinarse sobre el borde de la mesa, sosteniéndola por el tronco con su brazo, y entonces ella siguió arrojando, entre accesos de tos y convulsivas arcadas, líquido y más líquido, que se desparramó por el suelo y empapó los pies y las piernas de Courtain, mientras yo le desataba las suyas propias. Superada la primera crisis, Marionne consiguió sentarse en la tabla, con el rostro congestionado y los ojos llorosos por el esfuerzo, y todos sus intentos se concentraron en poder respirar.

—Bien, escúcheme —le dijo Courtain, plantándose frente a ella—. Ahora firmará, ¿me oye?, o de lo contrario volveremos a empezar.

Marionne no tuvo fuerzas ni para mirarlo. Estaba inclinada hacia delante, con el cabello desordenado y mojado cayéndole a ambos lados de la cara. Cuando Courtain acabó de pronunciar aquellas palabras, sufrió otro acceso, y como estaba delante de él, lo manchó de nuevo. Pero él no se apartó. Y entonces ella hizo algo inesperado. Apenas se había repuesto cuando, sin levantar siquiera la cabeza, se reclinó sobre Courtain y apoyó la frente sobre su pecho. Aquel gesto de abandono y de súplica lo cogió desprevenido, y se quedó inmóvil, como si se hubiese convertido en piedra.

—Él no fue —murmuró ella con una debilidad agónica, sin modificar su postura —. Por favor…, por favor…, no más…

Courtain, con Marionne aún apoyada sobre él, me miró y suspiró, y me di cuenta de que estaba vencido. Tras unos instantes la obligó a apartarse, sujetándola suavemente por los hombros. Cuando estuvo seguro de que conservaba el equilibrio, la soltó y le dijo al verdugo:

—Hemos terminado.

Luego se acercó a mí y añadió:

—Llévela a casa y cuando se haya recuperado quiero que me entregue un informe escrito sobre todo lo que sepa con relación a este asunto. ¿Estamos?

Había fracasado, y aquella orden era un postrero aliento de su debilitada autoridad, de forma que para no ofenderlo asentí firmemente con la cabeza y repuse:

—Me aseguraré de que así sea.

Courtain aún dirigió una fugaz mirada a Marionne, luego a mí, y se marchó sin añadir nada más, con un aire mezcla de contrariedad y pesadumbre. Los verdugos comenzaron a recoger sus bártulos con la liviandad de quien ha finalizado un trabajo cotidiano, y yo ayudé a Marionne a levantarse y a sostenerse en pie mientras la conducía hasta el patio exterior, donde la esperaba la angustiada Edith.

Edith Miraneau

Trasladamos a Marionne a casa, y entre mi madre y yo la ayudamos a quitarse las ropas mojadas y a meterse en la cama. Mi hermana intentaba calmarnos asegurándonos con su voz apagada y debilitada que se encontraba bien, porque yo estaba muy alterada como consecuencia del nerviosismo y del miedo que había pasado, y mi madre sufría un acceso de violencia verbal como nunca le había visto mientras se le empañaban los ojos con lágrimas de rabia, llamándolos a todos animales y salvajes sin entrañas, asesinos y monstruos que no merecían ser llamados hijos de Dios. Por su parte, maître Desmond fue en busca del doctor Duplais, el médico que había atendido a nuestra familia desde que yo tenía uso de razón, y cuya vivienda y consulta distaba tan solo tres porterías de la nuestra.

—No es la primera vez que asisto a personas que estaban sanas antes de pasar por las manos de la policía y de los tribunales —le comentó a Desmond tras examinar a mi hermana—. Es incomprensible que hoy en día nuestras autoridades sigan practicando esta barbarie medieval.

La noticia de la «barbarie» a la que Marionne había sido sometida se extendió entre todos nuestros conocidos, y durante los días que duró su convalecencia fue recompensada con numerosas muestras de apoyo y de solidaridad. El asiduo infalible era el pobre Desmond, que a mí casi me daba pena. Venía cada tarde, se sentaba comedidamente en el salón a la espera de que Marionne se despertase, si es que estaba dormida, o acabase de comer, si es que comía, o terminase de asearse, si es que se estaba aseando, o finalizase lo que fuera que estuviera haciendo y pudiera recibirlo. Luego le ofrecía su ramillete de flores, le preguntaba cómo se encontraba y se la quedaba mirando con expresión de corderillo desvalido y con el alma saliéndole por los ojos. Y yo percibía cómo, cuanto más devota era su adoración por ella, más retraída se tornaba Marionne en su presencia, tratándolo con amabilidad y cortesía, pero esquivando su mirada y desviando cualquier conversación que amenazara

derivar en declaración sentimental.

—Desde luego, Marionne —le reprochaba mi madre—, haces cuanto está en tu mano por desanimarlo. ¡Como si te sobraran pretendientes como ése! Un hombre bueno, culto y con fortuna, y tú lo desprecias como si fuera un moscardón. No sé qué clase de educación os habremos dado tu padre y yo para que tengáis tantos pájaros en la cabeza. ¡Y tú no te rías! —me atacaba después—. Tú ya eres un caso perdido. Cada vez vas peor vestida y arreglada y tus modales y tu vocabulario son cada día más vulgares. Y no hablemos ya de esos harapientos que has elegido como amistades. Sin oficio ni beneficio y que sólo piensan en buscarse dificultades y en buscártelas a ti también. Si vuestro padre viviera sabría poneros a ambas en cintura. Pero Dios ha querido que…

—Vamos, mamá, no te pongas lacrimógena —le cortaba—. Es verdad que yo soy un caso perdido, pero Marionne se reserva para el ilustre conde de Coboure. ¿Verdad hermanita?

—¡Vete a paseo! —me replicaba ella dándose la vuelta en la cama.

Desmond no era el único que venía a verla. También lo hizo el viejo e incombustible señor Bontemps en compañía de su hijo.

—¿Cómo se encuentra mi discípula preferida? —le dijo, mientras tomaba una silla y la ocultaba bajo su voluminoso trasero—. Creo que se está aprovechando usted de su situación y que está haciendo el vago más de lo necesario. Haga el favor de recuperarse pronto porque tengo un negocio para usted, pero si no espabila me iré a llamar a otra puerta. ¡Yo no me trato con perezosas!

El Ministerio de Defensa había solicitado al señor Bontemps el suministro de mantas para el Ejército, y como él no podía aumentar la producción estaba dispuesto a cederle el negocio a Marionne a cambio de una comisión.

—Gracias, señor Bontemps. —Sonrió ella—. Tendremos que estudiar el asunto con detalle.

—Por supuesto, por supuesto. De eso ya hablaremos cuando se reponga. ¡Bien! —exclamó dándose dos enérgicas palmadas en las rodillas y levantándose—. ¿A que ya la he puesto de mejor humor?

Las breves visitas y los obsequios fueron continuos, y nosotras casi estábamos desbordadas de tanta amabilidad. El señor Martin, el panadero con el que trabajaba Daniel, nos enviaba cada mañana pan, pasteles y bollos que se negó a cobrarnos. Los «harapientos» de mis amigos, como los llamaba mi madre, le regalaban artículos y folletos que imprimían en la imprenta de Gérard. Los trabajadores de nuestro taller alargaron voluntaria y gratuitamente una hora su jornada laboral diaria para confeccionar un tapiz con el que la obsequiaron. Los comerciantes del mercado prepararon para ella una gran cesta llena de queso, embutidos, fruta, vino y otros alimentos. Diariamente llegaban ramos de flores de nuestros proveedores y también

de alguno de nuestros clientes. La vecina del primero le regaló una cajita de música, y la del segundo un reloj de cuerda, y la del tercero ya no me acuerdo. Todo el mundo nos manifestaba las máximas simpatías a mi madre y a mí cuando nos veían por la calle, y nos daban recuerdos y palabras de aliento para nuestra heroína, la víctima del despotismo del Gobierno, de cuya inocencia nadie dudaba, como demostraba el hecho de que hubiese sido puesta en libertad después del brutal interrogatorio, y luego aprovechaban para llenarlo de insultos y criticar la falta de libertades, y la arbitrariedad de las detenciones, y la desigualdad de trato, que bien diferente hubiese sido todo si ella fuera rica o aristócrata, y los privilegios que no permitían a los ciudadanos trabajadores y decentes obtener buenos puestos en la Administración, en el Ejército o en la Iglesia si no eran nobles, y que las cosas tenían que cambiar, y que era una vergüenza y que no había derecho a que una chica honrada fuera tratada de esa forma.

Marionne, por su parte, envuelta en esa nube de atenciones, se mostraba de un excelente humor. Perdió peso y estaba más pálida y demacrada, pero había recuperado su alegría y su risa, y su mirada volvía a ser viva y risueña como antes, como antes de que se hundiera en aquel pozo de amargura que la había alejado de mí y de todos los que la queríamos. Era como si se hubiese liberado de algo que la hubiese estado atormentando o angustiando, pero ahora yo ya no quería insistir más sobre ello, ni la atosigaba con preguntas, porque me bastaba la felicidad de verla contenta y de que volviese a ser ella misma.

No explicó el motivo de su detención. Mentira. Lo explicó, sí, pero no dijo la verdad, o, como mínimo, no toda la verdad. Mi madre se lo preguntó, y ella contestó que había sido por la misma causa por la que se había presentado la policía en nuestra casa en una ocasión, por la evasión de un fugitivo que creían se había ocultado en nuestro local. Aseguró que estaban confundidos, y que así se lo había intentado hacer comprender, y que al final la habían creído y que por eso la habían dejado libre. Eso dijo. Pero había algo más. Yo no sabía exactamente el qué, pero no podía olvidar aquella misteriosa misiva que le había entregado y la extraña cita que había tenido y que nunca había explicado, y la procedencia desconocida de las primeras quinientas libras que había sacado no sabía de dónde, y la misteriosa razón por la que el conde de Coboure le había entregado otras cinco mil apenas sin conocerla. Eso, y el empeño de la policía en creer en esa supuesta ocultación de un evadido en nuestro local, no me olía bien, y todo me incitaba a creer que Marionne ocultaba algo y que se había metido en algún lío que se empeñaba en silenciar.

Mientras ella se recuperaba, tuve que encargarme de la dirección del negocio. Se veían las cosas de diferente manera cuando se tenía el peso de la responsabilidad que cuando se seguían las órdenes de quien lo tenía. Y no me gustaba. No le cambiaba su puesto, la verdad, y estaba deseando que volviera a dirigirlo para poder liberarme de

la preocupación de mantener su rendimiento, y eso que yo contaba con el apoyo de sus consejos.

Marionne fue sanando, y fue un alivio para mí poder traspasarle las decisiones importantes y el repaso de las cuentas. Se entrevistó nuevamente con el señor Bontemps para comentar en profundidad la oferta que le había hecho, y debieron de llegar a un buen acuerdo, porque comenzamos a confeccionar mantas para el Ejército. Con Marionne repuesta y otra vez al pie del cañón, nos sentimos mucho más reconfortadas, y aquella experiencia me sirvió para valorar su esfuerzo y respetar lo que había hecho por nosotras. Ya no volví a despreciarla por no disfrutar de la vida con la despreocupación con la que yo lo hacía, ni por trabajar tantas horas, ni por tener accesos de mal humor cuando retrasábamos la entrega de pedidos o cuando algún cliente no pagaba. Marionne era el pilar que nos había estado sosteniendo, y por fin fui capaz de comprenderlo.

Capítulo XIII

1

Lucile De Briand

La baronesa insistió tanto que al final tuve que aceptar. Se encontraba sola, aburrida, necesitada urgentemente de compañía. Tenía que ir de inmediato a pasar unos días con ella a su casa de París o moriría de tedio. Además, me tentó, él había aparecido: el marqués de Sainte-Agnès había vuelto ya de su viaje por media Europa. Y no sólo eso, sino que había ido a verla para preguntarle por mí. Y más aún: tenía información muy suculenta relativa a su estancia en el extranjero, información que sin duda me interesaría y que no pensaba participarme a no ser que aceptara su invitación.

—Deja que te cuente, querida, verás —me dijo el día de mi llegada—, he sabido que en Londres tuvo un lío nada menos que con la mujer de un embajador. No te diré de qué país —advirtió, como si ese detalle me importara—, porque me ha sido confiado en el más estricto secreto, pero tú has de enterarte de la parte que te atañe. ¡El marido era treinta años mayor que su mujer! —condenó—. Con una diferencia de edad así, ¿qué podía esperar el buen hombre? En fin, la verdad es que la aventura no duró mucho. Luego tuvo un devaneo sin importancia en Lisboa con una joven: la muchacha se enamoró perdidamente de él, pero el joven Courtain no dio ningún paso decisivo y al final no ocurrió nada digno de mención, para desconsuelo de ella, claro.

Velé la expresión. No podía encontrar satisfacción alguna en las historias que acababa de oír.

—Vamos, niña, no te lo tomes así —me animó—. Es joven, es soltero, es atractivo y no tiene compromisos. ¿Qué esperas que haga? ¿Qué harías tú en su lugar?

—No lo sé. Yo en su lugar hago lo que hago, es decir, nada.

—¿Y crees que el mérito es tuyo, querida? ¡¿Qué esperas que te ocurra de interesante viviendo en la campiña rodeada de bestias y moscas?! ¡Pero ya está bien de tanto aislamiento! —me regañó—. Voy a celebrar un convite con motivo de tu llegada, ¡y pobre de ti que no te diviertas todo lo que puedas!

—Gracias, Catherine —sonreí lánguida—, pero no es necesario.

—¡Oh! ¡Es que no lo hago por ti, querida, lo hago por mí! ¿O es que crees que soy tan vieja que ya no me atraen las diversiones?

No me atreví a replicar.

—Por cierto —agregó—, no te importará que invite al joven Courtain, ¿verdad?

—Posó su mano en mi antebrazo, en gesto confidencial—. Tampoco lo hago por ti, querida, sino por mí. No se lo digas a nadie, que a mi edad daría que reír, pero… ¡es mi danzarín predilecto! —exclamó con excitación contenida.

Y las invitaciones salieron, efectivamente, al día siguiente, entre ellas la dirigida al marqués de Sainte-Agnès, convidándolo a la cena que la baronesa celebraba «en honor de su huésped, la duquesa de Nuartres». La mención explícita de mi presencia fue una petición mía, pues no quería que acudiera sin saberlo. Y esperé, con ansiedad, su respuesta. Ésta llegó casi a vuelta de correo: con las obligadas expresiones de agradecimiento, André Courtain confirmaba su asistencia.

Los dos días que precedieron a la gran noche los pasé carcomida por los nervios y la impaciencia. Habían transcurrido meses desde la última vez que nos habíamos visto, meses durante los cuales yo no había pasado ni un solo día sin pensar en él. Casi hubiese preferido encontrármelo por sorpresa que tener que soportar la tortura de aquella interminable espera. Pero el codiciado momento, como todo, llegó por fin.

—Esperaremos con una copita de vino —indicó la baronesa a su sirviente, ya en el salón—. Éstos son los minutos que más odio —me dijo—, cuando todo el mundo está a punto de llegar y todavía no ha aparecido nadie. Querida, estás preciosa —me tranquilizó con unas palmaditas en la mano al descubrir que me miraba a hurtadillas en un espejo de la pared—. Más de lo que merece, así que deja de inquietarte ya.

Apenas lo hubo dicho, se anunció la llegada del primer invitado. Me sobresalté al oír su nombre. Era precisamente el del marqués de Sainte-Agnès.

—Ya ves, niña —me susurró Catherine—. No le ganas tú en impaciencia.

André apareció en el umbral. Venía solo. Los quince pasos que nos separaban fueron suficientes para que pudiéramos estudiarnos mutua y discretamente después de tanto tiempo. Saludó con ceremonia a la baronesa.

—Gracias por su invitación, señora. Espero no llegar demasiado pronto.

—Marqués, nunca se llega pronto cuando se es puntual —respondió la anfitriona —. La gente no tiene las ideas muy claras al respecto. Tome asiento, haga el favor.

André utilizó la misma ceremonia para saludarme a mí, correcto pero sin ninguna familiaridad ni galantería añadida. Tras ello se sentó en una butaca.

—Además —añadió la mujer—, así puede informarme del resultado de aquella gestión de la que hablamos hace unos días. ¿Ha sido satisfactoria?

Miré a André con curiosidad, pues yo no sabía a qué se refería.

—No del todo —remugó—. No resultó del todo bien.

—¡Vaya! —se extrañó la baronesa—, ¡qué contrariedad!

—Especialmente para la interrogada —respondió sarcástico—. No fuimos muy amables con ella.

—¿De qué hablan? —no me contuve más.

—Oh —se zafó la baronesa—, del asunto ese que el marqués tiene entre manos.

Olvidémoslo. Al menos por esta noche.

—Yo lo olvidaría para siempre, si me dejaran —arrastró él.

—¿No le ha resultado interesante su viaje? —quise saber, sorprendida por la amargura de su respuesta.

—No —respondió amable pero agrio—. No lo ha sido en modo alguno. No ha sido un viaje de placer.

—¡Ah, pillín! —lo rebatió la baronesa blandiendo su índice—. ¡No es eso lo que ha llegado a mis oídos…!

A André el comentario no le hizo gracia, y se notó.

—Siendo así —intervine afable—, celebro que ya esté usted de vuelta.

Me miró.

—Gracias. —Y luego añadió, con clara intención—: También yo me alegro de que esté usted en París.

Nos quedamos en silencio. Antes de que alguno pudiéramos romperlo, se anunció la llegada de otros invitados. Como la baronesa había organizado la cena en atención a mi estancia en su casa, se empeñó en que compartiera con ella los honores de la recepción, y ya no me fue posible seguir conversando con André, quien, a su vez, pronto quedó absorbido por los recién llegados.

Cuando todo el mundo estuvo presente, pasamos al comedor. Catherine había comentado conmigo, la víspera, la composición de la mesa:

—Al joven Courtain lo colocaremos entre mi buena amiga la duquesa de Toulanges y la vizcondesa de Villerone. No son muy jóvenes, pero lo tratarán con cariño maternal —dicho esto reprimió una risilla traviesa. Las dos damas que le había destinado eran, ciertamente, dos matronas de consideración—. A ti, sin embargo, querida, te colocaré entre dos jóvenes apuestos y divertidos… veamos… —paseó la vista por la lista de nombres—, sí, estos dos servirán. Éste siempre te ha demostrado admiración. Hemos de incentivar un poco al marqués —conspiró—. Un poco de rivalidad siempre estimula a los hombres.

Ocupamos los asientos tal y como la dueña de la casa había dispuesto. André había sido colocado enfrente de mí, dos asientos a mi derecha, entre las dos señoras asignadas, que eran la madre y la tía de Paul. Sin embargo, él no pareció en absoluto contrariado por la compañía y, antes al contrario, no tardó en dedicarse a entretenerlas. Tras agasajarlas con galanterías diversas, altamente atrevidas por cuanto la edad de las destinatarias las convertían en inofensivas, pasó a describirles la capital lusitana, sus costumbres, sus especialidades gastronómicas y hasta picaros juegos de palabras en portugués que les hacía repetir en ese idioma sin que ellas entendieran lo que decían, con un pésimo acento de por sí ya jocoso, hasta que, descifrado su significado, rompían a reír ante su involuntario atrevimiento. Pronto la animación del terceto despertó la envidia de los comensales colindantes, que se

unieron a la conversación, y la diversión que desprendía el radio del que André era el epicentro fue tal que intercambié en la distancia una mirada con la baronesa en la que le indicaba que su astuta estrategia había sido un fiasco, mientras ella con un ademán parecía instarme a esperar y confiar. Esperé, como mi buena amiga me aconsejaba, y lo hice prendida, como mosca en tela de araña, en la conversación de mi compañero de mesa, que no sé por qué motivo había creído que podían resultarme de interés los detalles del sistema de amortiguación de su nueva berlina, cuyo mecanismo me estaba describiendo con toda minuciosidad. Cierto es que como el joven estaba a mi vera, me hablaba en voz baja, y como el ruido ambiental era elevado, gracias en especial al jolgorio que emanaba del círculo de André, debía inclinarse hacia mí, de tal forma que podíamos dar la impresión de estar intimando a pesar de no ser el caso en absoluto. Pudiera ser, digo, que ofreciéramos esa imagen porque al cabo de un rato percibí que André había dejado de intervenir en la conversación que flotaba en su entorno y había depositado su mirada en nosotros. Yo sobrellevé el peso aplastante de esa atención intentando no demostrar el haberla advertido y reforzando mis esfuerzos por parecer absorbida por las explicaciones de mi contertulio. La observación, no obstante, se alargó tanto que temí que los nervios acabaran delatándome, pues me resultaba imposible moverme con naturalidad bajo aquella presión. Por fortuna, sus vecinos de mesa reclamaron su perdida dedicación, pero tan sólo la recuperaron a medias, porque desde entonces André no dejó de vigilarme, y yo no dejé de sentirme vigilada. Un guiño cómplice de Catherine, lanzado desde la cabecera de la mesa, casi estuvo a punto de arrancarme una sonrisa de complacencia que me hubiera descubierto por completo.

Terminada la cena, fuimos invitados a pasar al salón de música, donde se anunció una audición. Yo entré en compañía del experto en berlinas y divisé a André, que estaba con una pareja de convidados y aparentemente atento a mi entrada, pues en cuanto traspasé el umbral instó a sus acompañantes a aproximarse a mí.

—Señora —inició formal—, permítame que le presente a unos buenos amigos míos, el señor Dubois y su esposa; para mí —añadió tomando la mano de ella, que guardó entre las suyas mirándola con familiaridad—. Martha a secas.

Capté de inmediato quién era aquella Martha y el propósito de tal presentación. Sonreí con cara de circunstancias e intercambiamos algunas frases amables mientras me quemaba la reivindicativa mirada de André, con la que me instaba a constatar cuán erróneo e injusto había sido mi juicio. Cuando tuvimos que ir a sentarnos, el señor Dubois me ofreció su brazo y él tuvo que hacer lo propio con su amiga; mas los cuatro nos colocamos de tal forma que nosotros dos quedamos uno al lado del otro.

Permanecimos silenciosos mientras duró el recital, y al concluir no me moví. No tenía una intención concreta, pero la presencia de André junto a mí me mantenía pegada al asiento. Y él tampoco lo hizo, ni siquiera cuando nos quedamos solos en

medio de las hileras desordenadas y vacías de sillas que los espectadores habían ya abandonado.

Esperé a que dijera algo, pero como permaneció callado y taciturno, inicié:

—¿Te ha gustado?

—¿El qué?

—Pues… el concierto.

—Ah…, lo siento, no he estado atento. ¿Y a ti?

—Tampoco he estado atenta.

Se sonrió sacudiendo la cabeza, como si no tuviéramos remedio.

—¿Y en qué pensabas? —me atreví a preguntar.

—Pues en ti —dejó caer a plomo, como si acabara de preguntarle una obviedad —. Y tú, ¿en qué pensabas? —me retó, dando por hecho que mi respuesta no iba a ser distinta.

Ahora fui yo la que se sonrió, en confirmación de su suposición.

—¿Cómo te va? —quise saber—. ¿Cómo va tu investigación?

Con aire algo alicaído me relató los avatares de su viaje, la entrevista con La Motte, los principales sospechosos, y falta de pruebas que lo había llevado a torturar a una mujer para arrancarle confesión, lo que había repugnado a su conciencia. La conversación se extendió en el punto relativo a Paul, pues mi incredulidad respecto a su participación era absoluta, pero él me razonó su sospecha con datos objetivos que no pude contradecir. Después me habló de cosas más personales, de su sentimiento de soledad durante aquel largo viaje, de la desmotivación que lo embargaba a veces, de la nula alegría que le producían sus logros en aquella investigación y de la pesada carga que suponían los fracasos.

—He perdido la ilusión. Eso es lo que me pasa —concluyó con una mirada dulce —. ¿Y tú? ¿Qué me dices de ti? ¿Eres feliz? Tú al menos estás rodeada de tus seres queridos.

—No de todos —insinué.

—¿Y quién te falta? —preguntó con suavidad—. Supongo que no soy yo, porque a mí ya me has rechazado dos veces, y no puedo imaginar que alguien rechace, ni siquiera una vez, a quien quiere.

—¿Quieres que rememoremos las circunstancias del caso? —justifiqué.

—Sí, estupendo —aceptó sarcástico—, porque tengo una duda: imagino que la baronesa te habrá informado de mis licenciosas andanzas donjuanescas allende los mares, y sin embargo hoy no me has tirado ninguna copa de vino por encima. ¿Qué ha pasado? ¿Estabas sentada demasiado lejos en la mesa?

Elevé los ojos a las alturas.

—¿O es que el larguirucho ese te tenía tan entretenida que te olvidaste de ello? Por lo menos te habrá recitado la *Divina Comedia*…. no paraba de hablar el buen

hombre, ¡menudo pelmazo!

—Dime una cosa, André: ¿todas las mujeres te aceptan siempre? —lidié cambiando de dirección—. ¿No hay ninguna que te rechace alguna vez?

—¿Excepto tú, quieres decir? —apuntó.

—¿Y qué sientes por ellas? —continué—. ¿Te enamoras, o es sólo placer?

Ahora me miró como si acabara de propinarle un golpe bajo.

—Pues mira: en Lisboa conocí a una muchacha por la que sentí sincero afecto. Hasta me pasó por la mente pedirla en matrimonio.

—¿Ah, sí? —me alarmé.

—Supongo que tengo derecho a intentar ser feliz sin ti, ¿no? Especialmente ahora que ya he roto las cadenas. Cuando una mujer no quiere ni verte, es lo más sensato. ¿No opinas lo mismo?

—¿Qué quiere decir que has roto tus cadenas? ¿Es para eso para lo que has venido esta noche? —Se me ocurrió de pronto—. ¿Para decirme que… que…?

—¿Para decirte qué? —me cortó—. ¿Es que nos quedó algo por decir la última vez que nos vimos?

Callé, sintiendo todo el peso de mi fracaso. Algo en mi desolada expresión lo aplacó porque, atemperando la voz, dijo con llaneza:

—Yo hoy he venido, simplemente, a verte. No tenía preconcebida más intención que ésa. No sabía lo que sentiría al reencontrarte, ni lo que podía esperar de ti.

—Yo también he venido a verte —le confesé sentidamente—. He venido a París con ese único objetivo.

Guardó silencio, desviando la vista hacia el suelo, con los brazos apoyados en las piernas. Permaneció cabizbajo durante lo que me pareció una eternidad. Al fin dijo, enderezándose y suspirando:

—Bien, que ambos queramos vernos mutuamente ya es un cambio sustancial.

No dijo más. Yo adiviné que tampoco quería decir ya nada más. Él todavía estaba resentido, y no estaba yo segura de que ese sentimiento fuera a ser superado y no acabara imponiéndose sobre cualquier otro que yo pudiera inspirarle. André tenía un puntilloso y arraigado sentido del amor propio: de ahí que nunca pidiera favores, que lo ligara tanto el agradecimiento, que no perdonara las ofensas. Y yo, sin quererlo, lo había ofendido, y el resentimiento se apreciaba en cada una de sus frases, aunque él mismo se esforzara por ahogarlo.

—¿Vamos con los demás? —sugerí, comprendiendo que era mejor no forzar más la situación por aquella noche.

Él aceptó con un imperceptible asentimiento y ambos nos dirigimos hacia la sala de baile, sabiendo que la fiesta ya no nos depararía más que algunas gavotas y un par de branles, pero sabiendo también algo que ambos ignorábamos al inicio de la velada: que aunque nada se había todavía ganado, no estaba tampoco todo perdido.

2

Marionne Miraneau

Durante mi recuperación, no tuve ninguna noticia del conde de Coboure. Yo no esperaba ni en sueños que viniera a visitarme, pero sí había confiado en que Desmond le informara de todo lo que había ocurrido. Pensaba que eso sería lo correcto por su parte, dado que era su abogado y que aquel asunto era de interés del conde y lo implicaba personalmente. Y también tenía la esperanza de que, al enterarse de mi comportamiento, se disipara en parte el penoso concepto que parecía haberse formado de mí, y de que me lo hiciera saber a través de alguna nota, de algún mensaje, aunque sólo fuera por mediación de Desmond. Así que cada vez que éste venía a verme, esperaba ansiosa que me trajera alguna novedad al respecto. Pero nada. Nada de nada. Siempre las flores y su eterna cara de embelesamiento. Al cabo de un tiempo ya no tuve dudas. Desmond no se lo había dicho ni pensaba decírselo. Y estaba bien claro por qué no se lo había dicho, y ese motivo me enfureció secretamente.

A aquellas alturas tenía una clara conciencia de los sentimientos que Desmond me profesaba. Le estaba agradecida por lo que había hecho por mí, pero yo no le correspondía. Y ahora sabía que nunca le correspondería. Me había dado una oportunidad a mí misma de que así fuera durante el tiempo en que acepté sus invitaciones, pero, por desgracia, no hubo nada que hacer, y sólo faltó la cena y el viaje con el conde de Coboure para darme cuenta de la diferencia entre sentir atracción por alguien o un mero afecto. Y eso era lo único que yo podía abrigar hacia Desmond, y aquella ola de admiración apasionada que arrojaba encima de mí cada vez que me veía me agobiaba y me hacía desear escapar a la presión de su extrema solicitud. Es curioso que un enamoramiento no correspondido pueda provocar tal sentimiento de rechazo. Curioso e injusto. Pero yo no podía hacer nada. Fue un alivio para mí volver al trabajo y privarlo de la excusa de visitarme cada día, porque había llegado un punto en que el afecto desbordado de Desmond me hacía sentir hasta acosada.

Por eso no le pedí que me acompañara cuando fui al encuentro del marqués de Sainte-Agnès para entregarle el informe que éste me había exigido cuando me liberó. No quería abusar de él ni deberle más favores. Ni tampoco quería que profundizase más en aquel asunto de la señora de La Motte.

Respecto del informe, al principio opté por hacerme la olvidadiza. Pensé que era posible que el propio marqués lo hubiese olvidado también, y que quizá tendría la

suerte de librarme de plasmar por escrito una sarta de mentiras que no me beneficiarían en absoluto si algún día llegaba a saberse la verdad. Pero el requerimiento me llegó en forma de nota traída por un agente. Esperando que ya me hubiese restablecido, decía, tenía la obligación de recordarme mi compromiso y me instaba a que se lo entregase en mano para tener la oportunidad de mantener una nueva entrevista conmigo.

Una nueva entrevista… ¿Qué querría ahora?

No me había citado ni un día ni a una hora determinada, así que los elegí yo, y fue un jueves a las nueve de la mañana. Cogí el informe, que mantenía la versión que ya le había facilitado verbalmente, y me dirigí a las oficinas de la Prefectura de Policía del Châtelet. Pregunté por el marqués, pero el agente que me atendió me dijo no haberlo visto aquella mañana, y llamó a otros dos que estaban ociosamente apoyados en una pared y que, al parecer, formaban parte de «su equipo» de investigación.

—No ha venido y no sabemos si vendrá. Lo mejor es que nos dé el documento. Ya se lo entregaremos nosotros. —Se ofreció uno de ellos.

Lo miré. Esbozó una sonrisa que dejó al descubierto una dentadura amarillenta y deteriorada. ¿Y si lo perdían? ¿Y si se olvidaban? Además, eso tampoco me libraría de volver si el marqués no desistía de su idea de la entrevista.

—Me dijo que se lo diese en mano.

—Pues espere a ver si aparece o vuelva mañana a probar suerte —intervino el otro—. Nunca nos dice con anticipación lo que piensa hacer, así que no podemos ayudarla.

—No puedo perder tanto tiempo —protesté—. Yo también tengo cosas que hacer, ¿saben?

—Bueno —dijo de nuevo el de los dientes—, también puede ir esta noche al Palais Royal. Seguro que lo encuentra en el Café de Foy. Es un asiduo —añadió, riendo por lo bajo.

Asentí por cortesía y me marché. Al Palais Royal. Menuda ocurrencia. Ya me citaría, o vendría a mi encuentro si tanto le interesaba.

Así pensé. Y sin embargo, cuando acabé mi trabajo en el taller, me dirigí hacia allí. No me confesé el motivo. Quizá, en el fondo, buscaba la oportunidad de encontrarme con el conde de Coboure. Había cumplido la palabra dada, y el sufrimiento que había padecido me había purgado de todo sentimiento de culpa. Pero, en cualquier caso, era un motivo oculto que no me atreví a dejar que aflorase. Entregarle al marqués de Sainte-Agnès mi informe era la única justificación que me permití de mi actuación.

Entré en las galerías y me dirigí al Café de Foy. Estaba repleto de gente, como siempre, pero no tardé en distinguir al marqués, porque tenía el cabello de un rubio claro que resaltaba entre las demás cabezas. Estaba de pie, apoyado en una pared

detrás de una larga mesa a la que permanecían sentados otros hombres, y parecía escuchar su conversación. Me aproximé unos pasos, confiando en que me divisara y se acercara a mí antes de que me viera obligada a introducirme en aquel grupo de caballeros, que por su número y elegante aspecto formaba un conjunto algo intimidatorio. Pero me detuve en seco, porque sufrí un pequeño sobresalto al ver de pronto al conde de Coboure. Estaba sentado en torno a la misma mesa, en uno de sus extremos, y sólo distinguía su perfil. Ninguno de los dos me había visto todavía, y me quedé unos instantes desconcertada, pensando que aún estaba a tiempo de retroceder.

Mas entonces me encontré con la mirada del marqués de Sainte-Agnès, que por fin me había visto. En la distancia me envió un gesto interrogativo, señalándose a sí mismo, como preguntándome si era a él a quien buscaba. Asentí, al tiempo que sus señas llamaban la atención del conde de Coboure y volvía la cabeza en mi dirección. Nos sostuvimos la mirada unos instantes, pero luego él la desvió sin mostrar siquiera haberme reconocido. Seguía sin querer saber nada de mí, era evidente, y no pude evitar sentirme dolida.

Una mesa había quedado vacía cerca de donde me encontraba y me senté a ella. El marqués de Sainte-Agnès salió de su encierro solicitando paso entre los que lo rodeaban y se me aproximó. Lo miré con atención cuando se detuvo frente a mí, porque me pareció que tenía un aire distinto, menos adusto y autoritario que la vez anterior.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

—Por supuesto —repuse con sequedad—. He venido por usted. Fui a buscarlo al Châtelet, pero no estaba y sus hombres me dijeron que podía encontrarlo aquí.

Tomó una silla y varió su posición antes de ocuparla. Originariamente estaba encarada hacia la salida, pero me pareció que su acción se debía a que prefería la visión contraria, la del grupo del que acababa de separarse. Luego posó la vista en el documento que yo había depositado sobre la mesa, enrollado y sujeto con una cinta.

—Eso es para mí, supongo.

—Así es —repuse.

Lo cogió sin prisas, lo liberó del cordel que lo envolvía, extendió el papel y le echó un rápido vistazo, pero no lo leyó.

—¿Cómo se encuentra? —me preguntó.

—Antes de conocerlo a usted me encontraba muy bien, gracias.

Se sonrió.

—No me tiene simpatía, ¿eh? No se lo reprocho. Pero quizá le reconforte saber que siento lo ocurrido. Fue un error. Creía cumplir con mi deber, pero hay muchas formas de cumplir con un deber, y la que practiqué con usted no fue la más correcta. Hace tiempo que estoy oyendo a los liberales exigir la abolición de los castigos corporales, y confieso que nunca había considerado esa reivindicación como

prioritaria, pero después de presenciar uno… —agitó levemente la cabeza en señal de reprobación— convengo en que tienen razón. Y ahora que sabe cómo pienso —continuó—, ¿tendrá la amabilidad de decirme cómo se encuentra?

—Pues… bien —me limité a responder, sorprendida por aquel nuevo tono—. Ya estoy recuperada.

—Me alegro. Fue usted muy valiente. Otros hubiesen firmado aquella acusación, aunque no fuera cierta, sólo para librarse del castigo. He pensado mucho sobre ello después, sobre la actitud de usted, sobre su determinación de proteger al conde de Coboure a pesar de lo que tuvo que sufrir. Fue una conducta algo excepcional. Luego le explicaré las conclusiones a las que he llegado. Pero antes leeré lo que ha escrito, si no le importa.

Leyó mi informe, y yo permanecí en silencio, con la vista puesta en el papel que mantenía entre sus manos, mientras repasaba mentalmente su contenido. Estaba algo inquieta. Sabía que no le satisfaría y me preocupaban e intrigaban esas supuestas conclusiones a las que había llegado. Miré al conde de Coboure. Me bastaba alzar los ojos en su dirección para hacerlo. Descubrí el rápido movimiento de sus párpados para desviar su mirada y esquivar la mía. Estaba pendiente de nosotros. Era natural. Debía de preguntarse de qué demonios estaríamos hablando el marqués de Sainte-Agnès y yo.

Éste acabó su lectura y volvió a enrollar el escrito.

—Ya veo que se ratifica en lo que declaró. Pero no menciona las cinco mil libras que le entregó el conde ni la causa de que se las diera.

—Es que no tiene nada que ver con este asunto —me defendí—. Es algo particular entre él y yo. No es de su incumbencia.

—No, no estoy de acuerdo —repuso con suavidad—. Todo lo que usted narra aquí es mentira. —Esperó mi reacción, pero yo ya suponía que no daría crédito a mi versión, de forma que no añadí palabra alguna—. Verá, voy a participarle mis conclusiones. Es del todo inverosímil que el conde decidiera invertir ese pequeño capital en un negocio modesto como el suyo por mero ánimo de lucro. Sólo puede haber dos motivos para que lo hiciera: uno, que fuera una compensación por la colaboración de usted en la ocultación de La Motte; dos, que lo hiciera por afecto personal, como mencionó Desmond. Y casi estoy por creer en este último. Cierto que Desmond es algo melodramático, pero la imaginación no es una de sus virtudes y no lo creo capaz de improvisar aquella explicación que me dio si no hubiese alguna base de verdad. Digamos que estoy dispuesto a creer que existe cierta atracción entre los dos, y eso explicaría la heroica actitud de usted, que no hubiese mantenido en otro caso. Pero —subrayó rápidamente para impedirme interrumpirlo—, en el fondo todo conduce a lo mismo. Tanto las cinco mil libras como su empeño en encubrirlo demuestran que hay alguna relación entre los dos, y usted y el conde nunca hubiesen

tenido ocasión de conocerse si no hubiese sido por el asunto de la fuga. Eso fue lo que los puso en contacto, y por eso sé que ambos participaron en ella.

—No es cierto. Nos conocimos porque yo fui a solicitarle que…

—¡Vamos, vamos! —exclamó cansinamente—. Deje ya de intentar engañarme. No vale la pena. Va a explicarme lo del alquiler, ¿no es cierto? Bramont no conoce ni a uno solo de sus inquilinos. Qué casualidad que a la única que conozca sea a usted, que es precisamente la ocupante del local donde se ocultó esa mujer. ¿No ve que su mentira no se sostiene?

—Está bien —repuse impaciente—. Ya que sus conclusiones son inamovibles, ¿puede decirme qué va a hacer ahora?

—Quizá usted crea que yo tengo algún empeño personal en atrapar a Bramont, pero no es así. Sé que él no fue el cabecilla de la operación, y es a ése a quien quiero. Pero no tengo pruebas. Pretendía conseguirlas a través de usted, pero me ha salido muy testaruda. Así que he pensado que quizá el conde quiera facilitármelas si con ello puede evitarle a usted nuevos disgustos.

—¿Qué disgustos? —pregunté asustada.

—Quiero hacerles un trato a ustedes dos —replicó evitando contestarme. Alzó la mano para llamar a un muchacho que servía las mesas, y cuando acudió a su llamada le dijo, mientras le ofrecía una moneda—. Pídele de mi parte a aquel caballero de allá que se una a nosotros. Dile que es muy importante.

La palabra «disgustos» seguía pendiendo sobre mi cabeza como una cuchilla amenazante, de forma que, mientras el chico se alejaba, le dije:

—Se equivoca al pensar que existe algún afecto entre nosotros. Habrá visto que él ni siquiera me dirige la palabra.

—Sí, ya me he dado cuenta, pero no nos quita el ojo de encima. Sólo pretende disimular delante mí.

—No, no —insistí—. Estamos enemistados.

Me miró sorprendido. El muchacho ya estaba junto al conde de Coboure y éste nos observaba mientras escuchaba el mensaje.

—¿Enemistados? ¿Y por qué causa?

Dudé. No podía decírsela, claro.

—Por… desavenencias comerciales —improvisé.

Soltó una breve carcajada sonora que llamó la atención de los que nos rodeaban.

—Ésta casi me la creo —replicó irónico—. Ahora podré comprobar por mí mismo si es cierto que están enemistados. Pero, aunque sea cierto, le apuesto algo a que conseguiré que se reconcilien.

El conde venía ya hacia nosotros, con expresión adusta. Cuando llegó a nuestra mesa no me dirigió ni un saludo, como si yo fuera invisible, y se limitó a preguntarle al marqués de Sainte-Agnès:

—¿Quería hablar conmigo?

—Así es. Siéntese, por favor. Creo que ya conoce a la señorita Miraneau.

—Sí —repuso seco, lanzándome una mirada esquiva—. Tengo el placer.

—El placer y la suerte, conde —replicó el marqués de Sainte-Agnès. Esperó a que el conde de Coboure hubiera tomado asiento y entonces añadió—: Si no llega a ser por su abnegación, ahora estaría usted detenido y acusado formalmente de participar en la fuga de la señora de La Motte.

—¿De qué está hablando?

—¿No lo sabe? —exclamó fingiendo enorme sorpresa. Luego me miró con aire inocente y me preguntó—. ¿Es que no lo sabe?

Yo bajé los ojos y no contesté.

—¿Qué es lo que no sé? —apremió el conde.

—Vaya —sonrió el marqués volviéndose hacia mí—, ¿así que no se lo ha dicho? Además de abnegada, modesta. Es usted una santa.

—¿Lo dirá usted de una vez?

—Cómo no, conde. Hace unas semanas detuve a la señorita Miraneau y la interrogué. Quería que firmara una declaración acusándolo a usted de haberla inducido a ocultar a La Motte en el local que le tiene alquilado. Pero se negó. Éste es el informe que ha redactado. Quizá le interese leerlo.

El conde de Coboure nos miró a ambos y luego cogió el escrito. Guardamos silencio mientras lo leía. Yo me sentí extrañamente cohibida y desvié la vista de él para no ver su expresión. Pero noté su mirada sobre mí cuando acabó la lectura, y me di cuenta de que ya no había aborrecimiento en ella.

—Lo admirable de esta declaración —continuó el marqués de Sainte-Agnès tomando el documento que el conde le tendía—, aparte de contener más falsedades que verdades, es que la señorita Miraneau la ha mantenido de principio a fin, a pesar de que fue sometida a «la prueba del agua» —hizo una pausa, para comprobar el efecto que sus palabras producían en el conde, en cuyo rostro se dibujó el estupor—. Yo no sabía en qué consistía, pero parece ser que los tribunales están muy familiarizados con su práctica. Supongo que usted, como magistrado, debe de conocerla. No fue muy agradable. Debería haberla visto atada de pies y manos con grilletes a la tabla de tortura mientras dos verdugos la ahogaban con agua helada.

El conde me miró vivamente, con una mezcla de asombro, horror y admiración. Luego centró de nuevo su atención en el marqués.

—¿Lo ordenó usted?

—Sí —contestó firme—. Me temo que sí.

El conde marcó una pausa antes de contestar:

—A pesar de nuestras diferencias, siempre le he tenido respeto. Pero resulta que no es usted más que un miserable.

El marqués enrojeció ante aquel insulto, no sé si de vergüenza, de humillación o de cólera, pero mantuvo una inesperada calma.

—Probablemente tiene razón —contestó con mirada acuosa—. No me siento orgulloso de lo ocurrido, pero supongo que el remordimiento no redime la falta. Le aseguro que estoy hastiado de este maldito asunto. Dimitiría ahora mismo si pudiera. Pero no puedo, y es mi obligación y mi responsabilidad llegar hasta el final. Empeñé mi honor en ello. Usted, que no es un miserable como yo, debe de saber la importancia que eso tiene.

Posé la vista en el marqués. La imagen distante y hostil que tenía de él, forjada durante el interrogatorio, había desaparecido. Por alguna extraña razón no le guardaba rencor, a pesar de que mi sufrimiento se había debido a su intervención, y a pesar de que me había vuelto a amenazar hacía apenas unos minutos.

—Bien —dijo el conde con acidez—; y ahora que ya me ha puesto usted al corriente de sus dignas hazañas, ¿qué es lo que quiere de mí?

—¡Lo que ella no me ha dado! —disparó—. Quiero una prueba contra alguno de los implicados en este asunto.

—¿Y por qué supone que yo puedo conseguir una prueba contra alguien?

—No lo tiene muy difícil. Fírmeme una confesión.

—Yo no participé en esto, Courtain. Ya se lo dije.

—Si no quiere firmar una confesión, acuse a quien sepa que lo ha hecho. Puedo facilitarle nombres, si quiere —masculló—. Si no, la volveré a detener —añadió señalándome—, ¡y esta vez no la soltaré hasta que consiga esa maldita prueba!

Dicho esto se levantó con energía, haciendo rechinar su silla a su impulso, y parecía que ya iba a dejarnos cuando en el último momento se reclinó sobre el conde y añadió:

—¡Piense que el que ella no sufra más penurias está ahora en sus manos! Ya ha padecido bastante por encubrirlo y supongo que no permitirá que siga haciéndolo. Y en cuanto a usted, señorita —continuó—, puede optar por huir si lo desea, porque no voy a disponer que la vigilen, pero si lo hace, no podrá volver a París y tendrá que abandonar su casa, su negocio y a su familia. Piénselo bien.

Dicho esto se alejó y lo vimos salir del local sin entretenerse.

El conde de Coboure no se movió. Yo tampoco lo hice. Dejamos pasar así un par de minutos, sin mirarnos ni hablarnos, mientras ambos superábamos la tensión de la escena mantenida con el marqués, y la preocupación de su nueva amenaza que planeaba sobre mí y cuya responsabilidad de neutralizar había recaído sobre el conde.

Finalmente él exhaló un suspiro y me miro. Esperé ansiosa sus palabras, aquellas que él había confiado en no tener la necesidad de dirigirme en su vida.

—¿Por qué no me avisó?

—¿Cómo?

—Cuando la detuvieron. ¿Por qué no me avisó?

—¿Después de lo último que usted me dijo? —descarté—. Avisé a Desmond.

—Fabuloso —desaprobó.

—Se portó muy bien —me defendí—. Me ayudó mucho.

—Me alegro. —Guardó unos instantes de silencio con la vista perdida en una muesca de la mesa, y luego musitó, más para sí que para mí—. Así que no me acusó…

—Por supuesto que no —me alegré de poder decirle—. Pero he de subrayar que si hubiese firmado una confesión incriminándolo a usted o al señor Durnais me hubieran soltado sin más. Negarme a confesar es lo que me ha ocasionado problemas, y aún sigo bajo amenaza. Por eso, si debía negar todo conocimiento de este asunto, necesitaba los documentos. ¿Me comprende usted ahora?

—¿Y por qué no los usó? ¿Por qué se dejó torturar si los tenía?

—Si los hubiese usado, usted se habría quedado sin defensa. Decidí, primero, intentar resistir el interrogatorio. Si no lo hubiera resistido, o si no me hubieran dejado en libertad, habría tenido que usarlos.

Guardó silencio un largo rato, en el que se dedicó a acariciar reflexivamente la muesca de la mesa.

—Y dígame —dijo mirándome—, ¿no hubiese sido más fácil haber confiado en mí? ¿Se le ha ocurrido pensar que si no me hubiera quitado los documentos podría haberme avisado, no a Desmond sino a mí, y yo la hubiese sacado del atolladero sin menoscabo alguno?

—No es una cuestión de confianza…

—Sino de seguridad, sí —terminó él—, ya lo recuerdo. Pero no es cierto, es de confianza.

—¿Eso cree? —le discutí—. ¿Y si cuando me detuvieron no hubiera estado usted en su casa, o en el Palacio de Justicia, o en algún lugar donde yo lo hubiese podido localizar? Era a mí a quien iban a interrogar en breve. Los documentos necesitaba tenerlos yo.

Calló, circunspecto. Al cabo, dijo:

—Ahora seré yo quien los necesitará para impedir que Courtain la vuelva a detener. Aunque supongo que no me los devolverá hasta que no le presente una prueba fehaciente de que he pactado con Courtain su impunidad. Usted no puede basarse solamente en mi palabra ni en mis buenas intenciones. Es una cuestión de seguridad.

No contesté. Sus palabras, aunque el tono fuera resignado, más bien herido, lo dejaban claro: mi sacrificio no había servido para rehabilitarme del todo en su concepto sobre mí. Puede que consiguiera perdonarme, pero nunca volvería a profesarme estima alguna.

—Vayámonos —dijo sombrío—. Es tarde. La acompañaré a su casa.

Capítulo XIV

Paul Bramont

Marionne estaba sentada delante de mí, en el interior de mi carruaje. Se mostraba alicaída, pesarosa. Mi estado de ánimo no era mucho mejor. Quizá ella había esperado de mí una manifestación de agradecimiento más expresiva; y desde luego la merecía, pues su heroicidad había sido admirable, y su lealtad hacia mí, nadie, ni siquiera mis más allegados, la hubiesen podido superar. Pero en aquellos momentos pesaba mucho más en mí el sentimiento de culpa. No me perdonaba el no haber previsto, o sospechado, que podían someterla a algo así. Ni por un instante había pasado esa idea por mi mente; y hubiese podido, pues como dijo Courtain, los magistrados estábamos familiarizados con esas prácticas. Pero no creí que él… En fin, de haberlo imaginado nunca le hubiese pedido lo que le pedí. Y ella recurriendo a Desmond en lugar de a mí a causa de las últimas palabras que le dije… Me sentía todo lo mal que se pueda imaginar.

Eso, más el peso de la responsabilidad de evitarle a ella nuevos contratiempos, propiciaba que yo también me mostrara grave y apesadumbrado.

—¿No es aquél el marqués de Sainte-Agnès? —preguntó Marionne de pronto, sacándome de mi ensimismamiento.

Observé a mi vez, inclinándome sobre la ventana. Pero no tuve tiempo de ver nada porque recorríamos la calle Richelieu y ya habíamos pasado la transversal a la que ella se refería.

—Me ha parecido que era él —insistió—. Ha entrado en esa bocacalle y tres hombres que caminaban detrás han echado a correr en su dirección —advirtió, como si la situación a su parecer encerrara peligro.

—¿Qué aspecto tenían? —quise confirmar.

—Malo —concretó sin dudar.

Di un golpe seco en la pared delantera del vehículo y éste se detuvo.

—Quédese aquí —le indiqué, mientras bajaba del coche.

Cerré la portezuela y yo también eché a correr, retrocediendo unos pasos hasta el callejón que ella me había indicado. Pero no vi a nadie. No obstante, si en verdad se trataba de Courtain, imaginaba a dónde podría haberse dirigido adentrándose por aquellas callejuelas: a la casa del barón de Trunes, quien celebraba juegos de cartas todos los jueves. Así que me dirigí hacia allí, adentrándome por un par de callejones angostos y oscuros, hasta que me detuvo el sonido de golpes y quejidos que identifiqué como propios de una reyerta. Éstos me guiaron hacia una travesía que

quedaba a mi izquierda, y entonces los vi. Tres hombres estaban golpeando a otro que, arrinconado contra el muro de un edificio, quedaba semioculto entre sus agresores. Proferí un grito de advertencia y me lancé hacia ellos. A pesar de verme, aún se entretuvieron unos segundos más para acabar de ensañarse con su víctima, y luego, a la orden de uno de ellos, echaron a correr. Yo hice lo propio hasta llegar a la altura del agredido, pero al verlo y comprobar que, efectivamente, era Courtain, me detuve en seco. Los tres individuos desaparecieron, y adivinando que no volverían me incliné sobre él y vi que no tenía buen aspecto. Estaba derribado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Tenía un moratón en la frente y un corte en la ceja y su respiración era muy agitada. Mantenía, no obstante, la consciencia, y me sonrió lánguidamente al verme.

—Qué aparición más oportuna, Bramont —dijo con voz debilitada.

—Como todas las mías —me atreví a bromear—. ¿Se encuentra bien?

—La cabeza —murmuró—. Me han golpeado en la cabeza.

Levantó su brazo derecho para llevarse la mano a la zona dolorida, y al hacerlo se entreabrió su casaca. Tenía una enorme mancha de sangre en su camisa que parecía brotar a pocas pulgadas de su clavícula, junto al nacimiento del otro brazo, del izquierdo. Le sujeté el antebrazo para bajárselo con lentitud. Courtain entonces también se percató de la herida y nos cruzamos una silenciosa mirada de preocupación.

—Uno de ellos llevaba un cuchillo —me dijo—, pero no me di cuenta de que… me golpearon por todas partes y no… todo fue muy rápido.

—No se mueva. Voy a examinarla.

—¿Sabe algo de medicina?

—Tanto como usted. Pero no hay nadie más cualificado por aquí.

Iba a abrirle la camisa cuando oí pasos provenientes del callejón donde nos encontrábamos. Me levanté velozmente, alarmado, antes siquiera de ver de quién se trataba. Cuando lo supe respiré con alivio, pero no obstante comenté:

—Le dije que se quedara en el coche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Lo han apuñalado —informé sin tapujos—, por debajo del hombro.

Marionne se arrodilló de inmediato junto a Courtain. Observó la mancha, que desde que yo la viera por primera vez se había agrandado, extendiéndose por todo su pectoral y llegando a la altura de la cintura, y sin ningún miramiento le deshizo el corbatín y le abrió la prenda con un movimiento enérgico, haciéndole saltar los botones y dejando su cuerpo al descubierto.

—¿Eso es pasión? —emitió Courtain.

—No hable —le ordenó Marionne—. Cada vez que lo hace sus palpitaciones se aceleran y aumenta la pérdida de sangre. No quiero asustarlo, pero está sangrando

mucho. Túmbese en el suelo. Conde, deme su casaca y su camisa, rápido.

Parecía que sabía lo que hacía, de forma que la obedecí sin chistar. Me quité la casaca, que ella cogió y dobló colocándola bajo la cabeza de Courtain, a quien obligó a acostarse para que la herida quedase boca arriba y no sangrase con tanta facilidad. El aparatoso líquido empapaba ya todo su torso y se deslizaba hacia el suelo formando un pequeño charco. Marionne cogió luego mi camisa, que utilizó primero para esparcir la sangre a fin de localizar con precisión la herida, y después para taponar la incisión.

—Presione aquí —me pidió.

Así lo hice, arrodillándome a su lado y utilizando el peso de mi cuerpo para ayudarme en la labor. Courtain había optado por cerrar los ojos y su rostro estaba extremadamente pálido. Hasta sus labios habían perdido color. Marionne se quitó la pañoleta que le cubría el cuello y envolvió con ella el tórax y el hombro de Courtain, manteniendo debajo mi camisa.

—Usted que tiene más fuerza —me dijo tendiéndome los dos extremos de su pañuelo— apriete cuanto pueda.

Apreté y entre ambos anudamos los extremos. A pesar de ello, seguí presionando en la zona de la herida, por encima del improvisado vendaje.

—Hemos de llevarlo de inmediato a un médico —me susurró Marionne—. El corte es profundo y abierto, y está sangrando demasiado.

—No conozco a ninguno que viva por aquí. El mío reside en Versalles. Lo conocí cuando estaba allí y no lo he cambiado.

—Demasiado lejos. Yo conozco a uno, el que ha tratado siempre a mi familia. Tiene su consulta a poca distancia de mi casa, en la calle Saint-Denis. No es un médico ilustre, pero…

—Lo llevaremos allí —acepté sin dudar.

Marionne debió de percatarse entonces de mi temblor. A aquella hora de la noche hacía frío, y al desprenderme de la ropa había empezado a tiritar. Ella no hizo ningún comentario y se limitó a quitarse su capa y echármela sobre los hombros. Yo omití cualquier señal de reconocimiento, pero su consideración me abrigó más que la prenda. Me dispuse a cargar con Courtain. Pasé un brazo por debajo de su cuerpo y otro por debajo de sus rodillas y recurrí a todas mis fuerzas para levantarlo. Courtain no era grueso, pero sí alto y corpulento, y pesaba mucho.

—Puedo andar solo —musitó cuando notó que lo enderezaba.

—Eso es lo que se cree —repliqué.

Courtain ya no hizo ninguna objeción más. Conseguí cargar con él, y al hacerlo, comprobé que el charco de sangre que había dejado en el suelo era más que apreciable. Marionne también reparó en ello y me dijo:

—No hay tiempo que perder.

Asentí y comencé a andar lo más rápido que mi carga me permitía. La debilidad había sumergido a Courtain en un estado de semiinconsciencia y era como acarrear con un peso muerto. Entré con él en la carroza y lo tendí sobre uno de los asientos. La pañoleta de Marionne y mi camisa estaban ya empapadas a causa de la hemorragia. Ordené al cochero que se dirigiera a la calle Saint-Denis a toda prisa, y Marionne y yo nos acomodamos en el asiento contrario a la dirección del coche.

Ambos nos mantuvimos silenciosos durante todo el trayecto. Yo no podía dejar de observar la oculta herida de Courtain a través de la que se le estaba escapando la vida. Su rostro estaba tan ceniciento que parecía ya el de un cadáver. A pesar de nuestras confrontaciones, reconocía que había algo auténtico en Courtain, algo sincero y vital que en ese momento aprecié más que nunca. Su brazo izquierdo caía muerto por el borde del asiento, y reclinándome hacia delante le cogí el antebrazo para colocarlo sobre su torso, que oprimí con fuerza antes de soltar, con el ánimo de transmitirle vitalidad.

—Vamos —le dije—. Resista. Ya llegamos.

No me contestó. Ni siquiera noté ninguna contracción en su mano que indicara algún tipo de reacción. Había perdido la consciencia.

Llegamos a la calle Saint-Denis y Marionne me indicó el edificio en el que residía el médico. Nos precipitamos por las escaleras, ella abriendo el paso y yo siguiéndola con Courtain desvanecido en brazos. Llamó a la puerta del doctor con energía e insistencia, hasta que ésta se abrió. Al otro lado apareció un hombre que rozaba ya la ancianidad y que parecía enjuto e insignificante envuelto en su amplia camisa de dormir, con el escaso cabello canoso despeinado y la barba sin afeitar.

—¿Qué escándalo es éste? —gruñó. Luego, reconociendo a Marionne, añadió—: ¡Ah! ¡Es usted! ¿Le pasa algo, hija mía?

—¿Podemos pasar doctor? —pidió apremiante—. Traemos un herido muy grave.

No esperó su respuesta. Entró decididamente, obligando al hombre a apartarse para esquivar su impulsivo movimiento, y yo aproveché la brecha abierta para adentrarme a mi vez.

—Venga —me indicó Marionne ante la paralizada sorpresa del médico, que parecía haberse quedado soldado al pomo de la puerta—. La consulta está por aquí.

La seguí a través del pasillo. Mis brazos comenzaban a ceder al cansancio provocado por el peso de Courtain. Marionne me hizo atravesar una pequeña sala de espera y luego me adentró en una más espaciosa que estaba a oscuras. Sólo el tenue resplandor de la calle que penetraba a través de los ventanales nos permitió vislumbrar el perfil de los muebles y objetos, entre ellos una camilla sobre la que deposité a Courtain. El doctor entró detrás de nosotros en la consulta y la iluminó con el candil que llevaba en la mano.

—Espero que sea realmente urgente —protestó mientras se acercaba al herido.

Marionne ni lo miró mientras se afanaba en deshacer el improvisado vendaje practicado sobre Courtain. Cuando quitó su pañuelo, quedó al descubierto mi camisa que ahora estaba completamente empapada en sangre. El médico se adelantó entonces, apartó la ropa y vio la herida.

—Usted, rápido —me increpó de pronto, como si acabara de percatarse de la gravedad de la situación—, encienda las luces y la chimenea. Usted, Marionne, vaya a despertar a mi mujer. La necesitaré. Y luego vaya a la cocina y ponga agua a hervir.

Encendí las velas, y apenas me había inclinado sobre la chimenea para alumbrarla cuando una mujer de mediana edad, que imaginé era la esposa del doctor, apareció en la habitación. Iba ataviada con una bata, con el cabello recogido en una trenza que le caía a lo largo de la espalda. El médico, ocupado en taponar el corte, ni me presentó ni le dio tiempo a que ni tan sólo me saludara. Nada más verla le pidió que le trajera su instrumental, y a mí que me acercara con un candil y lo mantuviera a escasa distancia de la herida para iluminarla. El hombre, incentivado por su celo profesional, parecía haberse inflamado de energía, y ya no aparentaba ser ni anciano ni enjuto. Apartó la tela que taponaba la herida y comenzó a coserla con pulso firme y seguro, clavando la aguja en la carne, mientras su esposa enjugaba la sangre que no dejaba de brotar y que empapaba sus manos, y las manos del médico, y el hilo, y el instrumental, y que se deslizaba por el pectoral de Courtain, y luego extraía de nuevo la aguja y estiraba el hilo, como si se tratara de un pedazo de tela inerte en lugar de los músculos vivos de un hombre. Así fue avanzando, poco a poco, hasta que logró coser toda la incisión. Cuando terminó, la lavó con trapos humedecidos en el agua hervida que le trajo Marionne, hasta que toda la sangre quedó en la palangana de agua y la herida se descubrió desnuda en forma de zurcido de carne. Luego cogió un hierro que había puesto al fuego y lo oprimió candente sobre su obra, a manera de sello, elevando vapor de agua y un intenso olor a piel quemada.

—Bien —dijo después, mientras se lavaba las manos en la palangana de agua ensangrentada—. Todo lo que se podía hacer ya se ha hecho. Ahora sólo queda esperar.

—¿Está vivo? —pregunté reparando en el aspecto inerme de Courtain, sin poder creer que alguien pudiese aguantar toda aquella carnicería sin inmutarse.

—Sí. Todavía vive. Está desvanecido.

—¿Y vivirá?

—No lo sé —repuso escueto—. Creo que no le han seccionado la arteria, porque la sangre no salía a borbotones, pero no puedo estar seguro. Si le cortaron la arteria mi intervención no servirá de nada y morirá dentro de pocas horas de hemorragia interna. Si no es así, hay alguna esperanza, siempre que no haya perdido demasiada sangre. Por suerte es joven y está bien alimentado. Sólo queda esperar.

Entre ambos condujimos la camilla hasta la llamada enfermería, un dormitorio contiguo a la propia consulta. Una sencilla cama metálica sobre la que lucía un crucifijo monacal de madera, un diván y una mesa desnuda con una silla era todo el mobiliario en un ambiente dominado por el austero e higiénico color blanco. Colocamos la camilla junto al lecho, y sujetando a Courtain por piernas y hombros lo trasladamos a éste a la voz de una. La señora Duplais utilizó un brasero de mano para calentarle las sábanas, y luego lo arropó con mimo de enfermera. Yo me senté en el diván porque me flaqueaban las piernas y notaba un fuerte malestar en el estómago.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el médico.

—Sí, sí —mentí—. Muy bien.

—Puede quedarse a velar a su amigo, si lo desea. Yo me voy a dormir. Si se produjera algún cambio, avíseme. Buenas noches.

—Buenas noches, doctor, y gracias por todo.

Ambos se retiraron, y por unos instantes me quedé solo en la habitación, solo con Courtain. Lo observé unos instantes, pero luego cerré los ojos, porque la cabeza me daba vueltas y las náuseas eran cada vez más intensas. Había visto animales destripados en las cacerías, y tenido el dudoso honor de ser testigo en un par de duelos que terminaron trágicamente. Pero nunca había visto tanta sangre durante tanto tiempo, ni presenciado de forma tan directa los tejemanejes curativos de un médico, y he de reconocer que estaba mareado, tan mareado que temía caer en el ridículo de perder yo mismo la consciencia. Miré con repulsión mis manos, manchadas de sangre, y mi torso, manchado también, y la capa que Marionne me había prestado y que cubría todavía mis hombros, igualmente manchada, y reparé en el hedor de la sangre coagulada que me envolvía por todas partes. Luego me di cuenta, con cierto embarazo, de que Marionne estaba apoyada en el quicio de la puerta y me estaba observando.

—Le pediré al doctor una camisa limpia para usted —dijo—. También le pediré una toalla para que pueda asearse.

Volvió al cabo con las piezas de ropa prometidas y me condujo hasta una salita de aseo. Cuando volví, ya lavado y vestido pero todavía algo transpuesto, encontré a Marionne sentada en una silla junto al lecho.

—Puedo preparar un poco de té, si quiere —me dijo—. Le sentará bien.

—¿No está cansada? ¿No está… afectada por lo ocurrido? —me maravillé.

—Las monjas nos solían llevar a los hospitales algunos domingos para ayudar, en acto de solidaridad cristiana. No nos dejaban tratar con enfermos contagiosos o infecciosos, de forma que asistíamos alos heridos y los accidentados. Me sigue pareciendo desagradable, pero puedo aguantarlo.

—Bien… De todas formas, es muy tarde —dije—. En su casa deben de estar preocupados. Márchese a descansar. Teniendo en cuenta el trato que ha recibido de

Courtain, ya ha hecho más que suficiente por él.

—Creo que a usted tampoco le ha dado muchas muestras de amistad, por lo que sé.

Imaginé que se refería a lo de la fuga de La Motte, y no repliqué. Me limité a dirigir una mirada al convaleciente. Su aspecto cadavérico no parecía haber variado lo más mínimo. Tenía los labios blancos como el papel, la piel del color de la cera y unas profundas ojeras azuladas. Me senté a su lado en la cama y le cogí la muñeca con intención de tomarle el pulso. A mí me parecía muerto. Pero milagrosamente su corazón seguía latiendo, manifestándose en forma de débiles y rítmicos golpecitos en la yema de mi pulgar.

Marionne se levantó y se deslizó hacia la salida.

—¿Se va? —le pregunté.

—Sí. Ya hablaremos otro día. Buenas noches.

—La acompañaré.

Atravesamos las salas y el pasillo hasta el vestíbulo y la ayudé a ponerse la manchada capa que me había prestado. Pero cuando se la hube echado por los hombros sentí el deseo de retenerla unos segundos más a mi lado y me entretuve en atarle las cintas en torno al cuello. Ella se dejó hacer, quieta, y entonces me atreví a mirarla. Su rostro mostraba signos de fatiga y sus ojos estaban empequeñecidos y ligeramente enrojecidos por la falta de sueño. Yo no debía de tener mejor aspecto porque, tras analizarme, me dijo, con un timbre de íntimo cariño:

—Usted también necesita descansar. Intente no pasar toda la noche en vela.

Asentí con la cabeza, y le abrí la puerta para dejarla marchar. Ella la atravesó con decisión, rozándome con su ropa al pasar, a la que su movimiento había dado vuelo. Luego la vi descender, sin correr, pero sin que su ímpetu quebrara un instante, y oí el golpe seco y sonoro del portalón de entrada al cerrarse, cuyo eco vibrante retumbó por el hueco vacío de la escalera.

A pesar de las palabras de Marionne, debía pasar la noche velando a Courtain. No podía permitir que muriese solo, en un lugar extraño, rodeado de desconocidos. Quizá yo no fuera, precisamente, su más allegado, pero era quien estaba ahora a su lado y a quien correspondía permanecer junto a él en aquel trance. No podía abandonarlo.

El doctor Duplais y su esposa ya se habían retirado a descansar. La casa estaba silenciosa y a oscuras. Volví a la consulta con el candil. El reloj de la chimenea marcaba las cinco de la madrugada. Lo dejé sobre el escritorio del médico, me senté y escribí una nota. Tenía los ojos irritados y los párpados me pesaban. A la mortecina luz de la llama las palabras se desdibujaban, aparecían borrosas. No la releí.

Luego me levanté, abrí las puertas del balcón y me asomé. Abajo, en la calle, frente a la portería, divisé mi carruaje, que no se había movido desde que nos dejara

allí hacía algunas horas. El cochero y el lacayo estaban sentados en el pescante del vehículo, conversando amigablemente, al parecer, ajenos al cansancio. La vivienda del doctor Duplais era un principal, de forma que su altura respecto de la calle no era excesiva. Llamé y elevaron la vista. Se levantaron ambos de inmediato. Hice un gesto con la nota en la mano, comunicando que quería que la cogieran al vuelo cuando la arrojara. Charles, el lacayo, se apresuró a situarse bajo el balcón. Siguió con la vista su rápido revoloteo y la prendió antes de que tocara el suelo.

—¡Es muy urgente! —me limité a decir, elevando la voz.

El hombre asintió y yo volví al interior. Oí el sonido del carruaje al ponerse en marcha. Iría hasta mi residencia y lo entregaría a Rocard tras despertarlo, quien a su vez sabría qué trámite darle.

Regresé al dormitorio. Eché un rápido vistazo a Courtain, y no notando cambio alguno en él observé el diván que esperaba para acogerme. Era un banco alargado de madera de respaldo rígido, cubierto con un fino colchón. Me senté para comprobar su dureza que, como me temía, era considerable, y me tumbé en él apoyando la cabeza en el cojín. A pesar de que no me habían dejado una manta para cubrirme y de que sentía frío, creo que me dormí al instante.

Algo me despertó y abrí los ojos. Pero tuve que entornarlos para evitar el deslumbre de la claridad diurna que entraba por la ventana. El lecho se interponía entre el haz luminoso y yo, de forma que su silueta se recortaba a contraluz. La imagen de una mujer llamó mi atención. Estaba dejando una bandeja encima de la mesa auxiliar. Me daba la espalda, pero la reconocí, y al hacerlo la somnolencia desapareció al instante. Sin embargo permanecí inmóvil y cerré los ojos, aparentando estar todavía sumido en el sueño.

Percibí que Marionne, tras desprenderse del objeto que llevaba entre las manos, se volvía hacia mí y me observaba. No tuve duda de ello, aunque no pudiera verla por tener los ojos cerrados. Noté que tras unos instantes de respetuosa quietud se atrevía a aproximarse a mí y se arrodillaba en el suelo, frente a mi rostro. Hasta mí llegó su aroma, sutil, sin rastro de perfumes o artificios, un halo envolvente que destilaba de ella y que la falta de visión me permitía apreciar mucho más. Lo aspiré, esforzándome en que mi cadencia respiratoria reflejara el relajamiento propio del sueño. Entonces su mano se posó con delicadeza en mi hombro. Comprendí que pretendía despertarme. Fingí que el contacto no había surtido efecto y que continuaba dormido. Oí un suspiro apagado que escapaba de sus labios. Seguidamente sentí una mayor aproximación, un leve roce en mi rostro y una caricia de cabellos en mi frente. Me había besado en la mejilla. El impacto de aquel inesperado y significativo gesto me impidió seguir disimulando. Abrí los ojos. La visión de su rostro, tan cercano al mío, acabó de aniquilarme.

—Hola —murmuró ella con embarazo al sentirse descubierta—. He venido por si

el doctor y su esposa me necesitaban. Le he traído el desayuno, lo he dejado sobre la mesa —continuó atropelladamente—. El marqués sigue dormido. El doctor dice que es buena señal.

Tragué saliva y aspiré hondo. La oía sin escucharla. A pesar de que yo nada respondí a sus palabras, ella fue enrojeciendo levemente, lo que me indujo a pensar que lo que la perturbaba era mi mirada. Sin embargo, no debía de molestarle, porque ni se levantó ni se apartó de mí.

—¿Estaba dormido? —dudó.

—Me ha besado —la acusé, percibiendo que su rubor aumentaba de intensidad.

—Lo siento… —Sonrió avergonzada—. Creí que estaba dormido.

—¿Besa a todos los hombres que ve dormidos?

—No —negó azorada—, por supuesto que no.

—No a todos… ¿sólo a algunos?

—No.

—¿Sólo a mí?

—Sí —admitió en un susurro—. Estaba dormido, intenté despertarle y… fue… un impulso.

—¿Y qué la ha impulsado a volver esta mañana aquí, a prepararme el desayuno y a despertarme con un beso?

—Lo dice de una manera que… —Se turbó. Luego, mirándome con determinación, añadió—. Quiero que me perdone. Quiero que me perdone de corazón. Quiero volver al punto en que estábamos cuando conversamos en el carruaje de regreso a París, justo antes de que descubriera que le había quitado los documentos…

—Entiendo. Quiere que la perdone sin tener necesidad de devolvérmelos. Aunque para ello tenga que hacer enormes sacrificios, como prepararme el desayuno, besarme o dejarse torturar en el Châtelet. Espero que no todos le hayan comportado el mismo sufrimiento.

—¿Es eso lo que necesito para ganarme su perdón? ¿Devolverle los documentos?

—¿Sería capaz de devolvérmelos para ganarse mi perdón?

—Ha dado la vuelta a la pregunta.

—Así es.

—Sí —afirmó rotunda—. La respuesta es sí. Sí. Soy capaz de devolvérselos por ganarme su perdón, si es que es posible. No puedo… no puedo vivir con su rencor.

Le había brotado del alma, era evidente. Apoyé mi mano en su cabeza, la acaricié en un movimiento descendente hasta su nuca, la atraje hacia mí y la besé. Marionne reaccionó en un primer instante con sorpresa, pero no ofreció ninguna resistencia. Entreabrió enseguida los labios, permitiendo que yo abordara su boca. La abracé con fuerza, apretándola contra mí, notando el mullido volumen de sus senos a través de

mi camisa, los músculos de su espalda bajo la presión acuciante de mi mano. Una poderosa excitación me inflamó, una excitación que abarcaba pero iba mucho más allá de la meramente física y que me enajenó de cuerpo, mente y espíritu. Marionne se abandonó por completo unos instantes, en que la noté mía sin reserva. Cuando acaricié su cabello y dejé resbalar lentamente mi mano por su cuello, un gemido apagado emanó de su garganta, sonido que me encendió hasta límites casi insoportables. Fue entonces cuando ella pareció volver en sí. Se apartó levemente, trastornada, bajando la cabeza para esquivar mi boca cuando yo intenté recuperar con ansiedad la suya. Se levantó sin atreverse a mirarme, deshaciéndose de mi abrazo, y se alejó con paso titubeante en dirección a la puerta. Yo quedé postrado y jadeante, incapaz siquiera de pronunciar su nombre.

Marionne desapareció por la puerta sin mediar palabra, huyendo de mi, o de sí misma, no lo sé bien. Yo permanecí unos momentos tumbado, intentando recuperar la serenidad, o, como mínimo, recomponerme lo suficiente para poder ponerme en pie. Después me senté y respiré profundamente un par de veces. Por fin me levanté y me dirigí hacia el balcón. Quería verla salir a la calle. Había oído el sonido de la puerta de entrada al cerrarse, y por ello sabía que Marionne no se había limitado a salir de la habitación, sino que lo había hecho de la propia vivienda del doctor.

Pero antes de llegar me detuve. A los pies de la cama descubrí que Courtain tenía sus abiertos ojos posados en mí.

André Courtain

Cuando desperté sufrí por unos instantes un desconcierto absoluto. Abrí los ojos y miré con pánico a mi alrededor, buscando algo que tuviera la virtud de despertar mi memoria y situarme en un lugar y tiempo concreto. Ni la habitación, ni los muebles y objetos que en ella habían me eran en absoluto familiares. Hasta que vi a Bramont, sentado en un diván. Su visión me devolvió al mundo.

Entonces me di cuenta de que tenía un vendaje en mi hombro izquierdo y recordé. Recordé el ataque de los tres hombres que se me echaron encima en el callejón golpeándome por todas partes y derribándome contra el suelo. Recordé la aparición de Bramont y la herida sangrante. Y después ya todo era muy confuso y no podía distinguir lo que había ocurrido de lo que había soñado.

Bramont se levantó. Tuve la intención de decirle algo, pero no tenía fuerzas para ello. Me sentía muy débil y extraño. Algo no funcionaba muy bien en mi interior.

—¡Hombre! —exclamó al descubrir que estaba despierto—. Esto es un cambio sustancial.

Quise contestar, pero la voz se resistía a salir. Sólo fui capaz de asentir con la cabeza.

—Voy a buscar al médico —repuso con sobriedad—. Ahora vuelvo.

Al salir había cerrado la puerta, y volví a sentirme aislado y abandonado. Intenté levantarme, enderezarme sobre la cama. Pero al elevar la cabeza de la almohada todo empezó a darme vueltas. Me aferré a las sábanas, intentando tomarlas como punto de referencia en ese vacío móvil y desdibujado, pero fui incapaz de sostenerme. Volví a dejarme caer sobre el lecho y cerré los ojos, atormentado por mi incapacidad.

Cuando volvió lo hizo en compañía de otro hombre, mayor, enjuto, con una peluca desgastada y amarillenta. El individuo, al verme, no dijo palabra alguna. Se acercó a mí y me bajó sucesivamente los párpados inferiores de cada ojo.

—Esto ya tiene color —dijo satisfecho—. Veamos ese pulso —añadió tomándome la muñeca—. Bien, bien. ¿Cómo se encuentra, hijo?

—Débil —conseguí articular—. Me mareo.

—Es natural —replicó, como si me quejara por una nimiedad—. Está usted en ayunas y ha perdido la mitad de la sangre de su cuerpo. Lo milagroso es que sólo esté mareado. Ahora le daremos algún alimento. Ya verá como luego se siente mucho mejor.

Después se volvió hacia Bramont, y como si el asunto fuera con él y no conmigo le dijo a media voz:

—Ya está fuera de peligro.

No atiné a comprender a qué se refería exactamente, pero la frase me reconfortó.

—¿Dónde estoy? —pregunté a Bramont cuando el hombre hubo salido.

—En casa de un médico, del doctor Duplais. Lo trajimos aquí directamente.

—¿Cuánto llevo inconsciente?

—Unas doce horas. Esta vez nos ha dado un buen susto. No estábamos seguros de que volviese a despertar.

—¿Puede ayudarme a enderezarme? —le pedí—. Me duele mucho el hombro cuando me muevo.

Bramont me sostuvo mientras recolocaba los almohadones a mi espalda. Cuando creí estar posicionado me recosté sobre ellos, pero no me sentí cómodo e intenté elevarme un poco más apoyándome en mi antebrazo izquierdo. Mas algo en la coordinación de mis movimientos debió de fallar, porque no encontré el apoyo con el que contaba y caí sobre ese costado. Intenté reincorporarme antes de que Bramont, que ya había iniciado una tentativa de auxilio, tuviese oportunidad de hacerlo, pero el brazo no me respondía, y finalmente tuvo que ser él quien me levantara.

—Este maldito vendaje —me quejé— no me deja mover el brazo. No puedo moverlo —repliqué nervioso—. ¿Puede quitármelo? —apremié, mientras yo mismo, con el derecho, intentaba deshacerlo.

—No creo que debamos —replicó, sujetándome la muñeca para detener mi acción—. Esperemos que venga otra vez el doctor.

—Ni siquiera me lo noto —insistí, empezando a asustarme—. Me debe de estar cortando la circulación.

—Esperemos al doctor —repitió Bramont con calma.

Cedí en mi empeño y me recosté sobre los almohadones, respirando con angustia y fijando mi vista en la puerta por la que debía aparecer. Bramont debió de compadecerse de mi impaciencia, porque salió en su busca.

—¿Qué dice? —me preguntó nada más entrar en la habitación—. ¿Que no puede mover el brazo?

Intenté hacerlo, pero no respondía. Centré toda mi atención en él, pero no obedecía a mi voluntad, como si se tratara del de otra persona.

—El vendaje… —murmuré.

—El vendaje no tiene nada que ver —descartó, cogiéndome la mano—. ¿Tiene tacto? ¿Nota mi apretón?

Negué, espantado. No notaba nada.

—¿Qué… qué me ocurre? —supliqué—. ¿Qué me ocurre?

No respondió. Tomó unas tijerillas que llevaba en un bolsillo de su bata y comenzó a darme toques con su punta en las yemas de los dedos, y en la palma de la mano, y en el antebrazo, y en el brazo, observándome cada vez para comprobar mi reacción, pero yo seguía sin notar nada. Luego me golpeó repetidamente la parte exterior del codo, pero el brazo seguía inerte.

—Siento tener que decirle esto —dijo cuando hubo terminado su examen—. La incisión le ha debido de afectar el nervio.

—¿Qué… qué quiere decir?

—Hay un nervio principal que comunica el brazo con el cerebro. Pasa por la zona donde le han herido. Es posible que sólo haya sufrido un desgarro parcial. Si es así, quizá recupere con el tiempo parte de la movilidad y sensibilidad del brazo. Si es muy superficial, hasta puede que lo recupere del todo.

—¿Y si ha sido total? —murmuré con pavor. El hombre no me contestó, pero su expresión fue suficientemente comunicativa para que comprendiera—. Ni siquiera… ¿con cirugía?

—No —repuso—. La cirugía no podría hacer nada en ese caso.

—¿Y cómo puedo saber si ha sido total o no? ¿Cómo puedo saber si recuperaré mi brazo o si me quedaré inválido el resto de mi vida? —exploté angustiado—. ¡Ha de haber alguna forma de saberlo! ¡No puedo creer… no puedo creer…! ¡Usted no lo entiende! ¡No puedo quedarme con el brazo así para siempre!

—Escuche —repuso con suavidad—, no sé si es conocedor del tremendo peligro que ha corrido. Ha ido de un pelo que no le seccionaran la arteria. De haber sido así, o de haber tardado unos minutos más sus amigos en traerle aquí, se hubiese desangrado y habría muerto. Entonces no tendría oportunidad de quejarse de su

brazo. Dé gracias al Cielo de haber podido despertar hoy y de que su máxima preocupación sea recuperar su brazo izquierdo.

Me quedé unos instantes consternado, porque no había sido consciente de que la muerte me hubiese pasado tan cerca; pero no había muerto y sí había perdido mi brazo, y sólo podía pensar en esta pérdida real. El dolor y la desesperación me ahogaron la mente, y la vista se me nubló tras el velo acuoso de las lágrimas. Cerré los ojos y ladeé la cara, ocultándola con la mano derecha de la vista de los demás, y aspiré aire abruptamente, porque el llanto me oprimía el pecho.

—Haremos un seguimiento de su brazo —oí que seguía diciendo el médico—. Y usted esté atento también. Cualquier síntoma que note, cualquier pequeño reflejo, por insignificante que le parezca, significará que no todo está perdido.

Mientras me hablaba, una mujer había entrado en el dormitorio con una bandeja de alimentos. El doctor me instó a que ingiriera el caldo que me habían preparado, pero no podía comer. Casi no podía ni respirar.

Por fin, tras varios intentos fracasados, me dejaron tranquilo. No sé cuánto tiempo permanecí en ese estado de autoabandono. De vez en cuando salía de él, pero era sólo para pellizcarme el brazo una y otra vez, en la estéril esperanza de que todo hubiese sido un mal sueño, y para martirizarme con lacerantes recriminaciones y volverme a sumir en la desesperación. Si hubiese vuelto a mi casa aquella noche nada más salir del Palais Royal…, si no hubiese tomado aquel callejón…, si…

—Courtain…

Bramont había entrado de nuevo en la habitación. No quería ni podía soportar la presencia de nadie. Me volví de lado, dándole la espalda, sin pronunciar palabra, en el deseo de que volviese a dejarme solo. Él llevaba un candil en la mano y lo utilizó para prender la mecha de la vela que había sobre una mesilla próxima al lecho. Me di cuenta de que ya había caído la noche.

—Lucile estará aquí en breve —dijo.

Me volví hacia él, con tal brusquedad que la herida volvió a dolerme.

—¿Aquí? ¿Cómo lo sabe?

—Le escribí anoche, cuando lo hirieron.

—Sólo lo dice para darme ánimos.

—Lo digo para darle ánimos, sí, pero es cierto. La he avisado y vendrá.

Inspiré hondo. Un niño perdido que hubiese encontrado de pronto a su madre no se hubiese sentido más reconfortado que yo al oír ese nombre. Lucile. Comprendí que la necesitaba vitalmente.

Miré a Bramont, detenido junto a mi lecho convaleciente, que me observaba conocedor del efecto que me había producido la noticia.

—Gracias —murmuré.

—Pero tendrá que comer —replicó con socarronería, acercándome el tantas veces

rechazado cazo de caldo.

—Eso es abusar de mi agradecimiento. —Sonreí.

—Desde luego. Pero debe hacerlo.

Tomé el tazón y bebí su contenido de una sola vez, sin hacer pausa alguna. Luego se lo tendí vacío a Bramont. Él lo cogió y se dirigió hacia la puerta. Entonces, como si hubiese recuperado de pronto mi energía, una ráfaga de lucidez me hizo comprender que era él quien me había rescatado de mis asaltantes, quien había cargado conmigo hasta un médico, quien me había velado durante mi convalecencia y quien, incluso, había enviado un mensaje a Lucile, lo que proviniendo de él merecía aún mayor reconocimiento.

—Bramont —lo llamé, cuando ya estaba a punto de salir—, gracias por todo. Estoy en deuda con usted.

Él permaneció unos momentos inmóvil, con la vista fija en el suelo. Luego me miró y me dijo:

—Hay una forma de saldarla.

—¿Cuál?

—Deje en paz a Marionne Miraneau. Fue ella quien se percató de que lo seguían, quien le practicó un vendaje en el hombro para evitar que se desangrara y quien lo trajo a la consulta de su médico. Está más en deuda con ella que conmigo. Déjela en paz.

La gravedad de su tono, y de su expresión, me desveló, sin ningún resquicio de duda, que Desmond me había dicho la verdad respecto de los sentimientos de Bramont hacia ella. Me alegré, enormemente, de que se hubiese interesado por otra mujer, pues era la forma de que Lucile dejara de ser un elemento de enemistad con el hombre que me acababa de salvar la vida sin mostrar hacia mí el connatural rencor.

—Cuente con ello —asentí.

Bramont se conformó con esta afirmación y no añadió nada más.

Luche De Briand

La esquela de Paul fue entregada en la residencia de la baronesa la misma madrugada en que fue escrita, pero la absurda rigidez de su mayordomo, que seguía estrictamente el protocolo que su señora le había marcado, impidió que se la hiciera llegar antes de la hora habitual junto con el resto de la correspondencia, a media mañana, y la baronesa, sin saber que era urgente, aún tardó más en dármela a mí, pues no lo hizo hasta que la vio después de haber leído un par de las que le habían sido a ella dirigidas.

Paul, fiel a su estilo, era en su nota directo y conciso: André Courtain había sido apuñalado la noche de aquel día, su estado era muy crítico y se temía por su vida. Me

informaba de ello por considerar que, de cuantas personas conocía él en París, yo pudiera ser la más interesada en su suerte, y porque quizá él quisiera tenerme a su lado en un momento tan crucial.

Todo se desdibujó. No esperé dos segundos. Con el alma en vilo corrí hasta la cuadra, sin detenerme siquiera a dar explicaciones a la baronesa, monté a horcajadas y salí al galope hacia la consulta del mencionado doctor. Lágrimas de dolor e impotencia me asaltaban cada vez que un obstáculo me obligaba a detenerme o a ralentizar el paso. Cuando un carro se detuvo para descargar en medio de la calle Saint-Denis, lo esquivé sin prudencia alguna y a punto estuve de ser arrollada por otro que salía de una bocacalle. Por fin llegué a la portería del edificio donde estaba la consulta, desmonté, subí corriendo las escaleras y aporreé la puerta del médico, con el corazón martilleándome el pecho y las lágrimas contenidas ahogándome en la garganta. Abrió la puerta el mismo Paul, y tan descompuesta debía de ser la imagen que yo le ofrecía que se apresuró a decir:

—Está bien. Está fuera de peligro.

Al oír esa noticia sentí un leve desvanecimiento, y Paul me ofreció sus brazos para que me apoyara en él. Así lo hice, con la cabeza gacha, intentando recuperar el aliento y restablecerme. Pero las lágrimas se resistían a ser engullidas y brotaron de nuevo. Me tapé los ojos con una mano y me esforcé en dominarme.

—¿Puedo verlo? —conseguí articular—. ¿Dónde está?

—La habitación del fondo —señaló. Iba a dirigirme hacia allí, cuando me interceptó y dijo quedamente—. Ha perdido la movilidad del brazo izquierdo.

Paul y yo intercambiamos una mirada. Una punzada de dolor se añadió a mi padecimiento al pensar en lo que eso significaría para André. Oprimí la mano de Paul, a modo de agradecimiento, y avancé por el pasillo, casi a la carrera, con la visión borrosa por las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Entré sin llamar.

André estaba allí, en una cama de ropas blancas, desnudo su tórax sobresaliente entre éstas, con medio torso cubierto con vendajes que aún mostraban vestigios de sangre, y el rostro pálido y ojeroso. Al verlo en ese estado, otra oleada de llanto volvió a inundarme, y como si así pudiera contenerla, me llevé la mano a la boca.

—¡Lucile! —llamó ilusionado y cálido él al verme, tendiéndome una mano para que me aproximara.

Reparé en el otro brazo inerte sobre las sábanas mientras me acercaba hasta el lecho. Me senté a su lado, a la altura de su cintura, y le acaricié el enmarañado cabello y el rostro con mis dedos y sus labios temblorosos.

—Has venido… —murmuró con ojos empañados, mientras su mano derecha se posaba en mi rostro y en mi cuello.

Me recosté sobre él y nos besamos. Las lágrimas brotaban también de los ojos de André. Las enjuagué con mis manos, pero a cada beso, a cada nueva muestra de

amor, su llanto lo ahogaba más y más. Lo abracé, mientras él, hundido en el torbellino de emoción y dolor que lo abrumaba, me llenaba de incontrolados besos en medio de sus silenciosos sollozos, que se esforzaba también inútilmente en dominar. Y así permanecimos, abrazados y juntos, sin mediar palabra, mezclando besos y lágrimas, durante tiempo y tiempo.

Paul Bramont

En cuanto apareció Lucile, yo desaparecí. Con ella junto a Courtain yo ya no era necesario, y me acuciaba ver a Marionne. Nuestro beso y su fuga me habían dejado en un opresivo estado de ansiedad. Si en aquel momento hubiesen anunciado el fin del mundo, yo hubiese ido de todas formas a su local con la esperanza de encontrarla. Mi local; ese que todavía no había pisado en mi vida.

Entré en la nave del taller y pregunté por ella. Me atendió una joven que se presentó como su hermana y que me saludó efusivamente cuando le di mi nombre.

—Es un placer conocerlo por fin. —Sonrió de oreja a oreja—. Marionne no está en este momento, pero puede que no tarde en volver. ¿Quiere esperarla?

—Gracias —acepté—. La esperaré.

Me condujo hasta un pequeño despacho, próximo a la entrada.

—Si necesita cualquier otra cosa, no dude en pedírmela.

Le agradecí su amabilidad con un gesto de la cabeza, y ella, tras dedicarme otra acogedora sonrisa, salió, cerrando la puerta tras de sí, no sin antes revisarme visualmente de pies a cabeza. Me percaté entonces de que hacía dos días que no me mudaba de ropa ni me afeitaba, y supuse que debía de ofrecer un aspecto penoso.

Me había quedado solo en la estancia. La silla que había detrás de la mesa escritorio me reclamó y me senté en ella, reclinándome en su respaldo, ocioso. Observé el entorno. Pensé entonces que aquél era el recinto donde ella pasaba la mayor parte de las horas del día; «su» despacho de trabajo. Miré la librería, repleta de libros y cuadernos dispuestos de forma algo irregular, como acontece con los que son usados de forma habitual sin demasiado tiempo para reparar en su colocación. Luego contemplé el archivo, arrinconado junto a la puerta, un mueble de madera con grandes cajones y tiradores dorados. Sobre él había un jarrón y un ramo de flores bastante ostentoso. Era el único adorno que se apreciaba en la habitación. No había cortinas en el pequeño ventanuco que debía abocar a un estrecho patio interior y por el que apenas entraba luz natural, ni cuadros en las paredes, de las que sólo pendía un mapa de la región parisina y otro de la ciudad de París. Y sin embargo, no sé por qué causa, sin que hubiese nada estrictamente personal, todo aquel pequeño espacio transpiraba a Marionne.

Me levanté y reparé en las carpetas y cuadernos de la librería. Uno indicaba:

«Pedidos 1787.» Lo tomé y lo abrí. Líneas y columnas dividían el papel, página tras página, indicando el nombre del cliente, el objeto del pedido y el número de unidades. La letra era pequeña, por exigencias del escaso espacio, trazada con rapidez y sin más objetivo que el de resultar inteligible, lo que en ocasiones se hacía difícil. Supuse que era la de ella y la miré con simpatía. Pasando distraídamente las hojas me llamó la atención una línea: «C. de Coboure/Sábanas algodón blancas/10 ud.» Luego, fuera del margen, añadía: «anulada.»

Recoloqué la libreta en su sitio, con extraña melancolía. No sabía exactamente qué buscaba; en realidad no esperaba encontrar nada en particular, pero el deseo de hundirme en su cotidianidad me incitaba a curiosear. Me dirigí hacia el archivo. Dudé unos instantes antes de abrirlo, porque era consciente de que hacerlo suponía una intrusión, pero me autojustifiqué pensando que no habría nada personal. Más carpetas estaban colocadas una detrás de otra. Una de ellas indicaba: «Local.» La extraje y la abrí. Contenía tan sólo un contrato, el de alquiler, pero me impactó porque a sus pies constaba la firma de mi abuelo y el sello del escudo que ahora me pertenecía. Mi abuelo. Permanecí unos instantes con el documento en la mano, recordándolo a él con tanta claridad como si acabara de verlo el día anterior. Era un recuerdo entrañable y nostálgico a la vez, porque comportaba la memoria de un pasado irrecuperable. También para Marionne aquel papel debía de tener valor sentimental, ya que la otra firma debía de ser la de su padre. Guardé cuidadosamente aquella frágil reliquia en su sitio, e iba ya a cerrar el archivo, con la intención de no curiosear más, cuando distinguí una pequeña caja, decorada a mano, arrinconada al final. Me extrañó tanto su presencia, que no se correspondía con el resto del contenido del cajón, que la cogí y la abrí. Contenía cartas que a todas luces eran personales. Las letras eran diversas. Tomé una al azar, pensando que si en aquel momento entraba alguien me iba a resultar muy difícil explicar mi comportamiento. *«Querida Marionne: ¿Por qué me castigas con tu indiferencia? Hace días que espero en el portal de tu casa a que*…. No leí más. La doblegué sobre sí misma y la volví a guardar. Cogí la última, de letra distinta y reconocible para mi. *«De su ferviente admirador*. Alcé la vista hacia el jarrón de las flores y supe quién era el suministrador. Cerré la delicada cajita contenedora de íntimos secretos, pensando que no podría soportar el que una misiva mía acabara en aquel cementerio de corazones destrozados.

Apenas había finalizado mi labor de encajar el cajón del archivo, cuando se abrió la puerta. Me volví presuroso de espaldas a éste, sobresaltado por la posibilidad de ser descubierto en mi poco digna actividad. Era Marionne. Llevaba una pesada caja que sostenía penosamente con sus dos brazos, echándose hacia atrás para que su propio cuerpo le sirviera de apoyo. Al verme se quedó paralizada. Descuidó la inclinación de aquélla y varios retazos de tela cayeron al suelo. Me agaché a recogerlos. Ella hizo otro tanto, acuclillándose.

—Qué torpe, lo siento —se disculpó—. No lo esperaba.

—¿No la ha avisado su hermana de que estaba aquí?

—No me he cruzado con ella. ¿Hace mucho que espera?

—La hubiese esperado mucho más —pronuncié.

Marionne clavó sus ojos en los míos. Debió de leer en ellos algo que la complació, porque de pronto esbozó una sonrisa de felicidad. La expresión era casi infantil, por su transparente inocencia. En ese instante, acuclillado a su lado, una verdad se me reveló: estaba enamorado de ella. Quedé unos instantes transpuesto, fascinado por aquel descubrimiento e impresionado también por su trascendencia. Marionne, que no supo interpretar mi expresión, se apresuró a recuperar las telas esparcidas mientras seguía sintiendo sobre sí el peso de mi maravillada mirada.

—¿Nos sentamos? —preguntó, una vez hubo dejado la caja arrinconada junto a la librería.

Lo hicimos, cada uno a un lado de la mesa escritorio. Percibí su intranquilidad al quedar unos segundos en silencio. Ambos teníamos del todo presente la escena vivida la víspera en la consulta del doctor Duplais.

—El marqués de Sainte-Agnès ha recuperado el conocimiento —le informé—. Está fuera de peligro.

—Ah, qué estupenda noticia. Me alegro mucho —celebró—. Por cierto —añadió abriendo un cajón de su mesa y extrayendo un documento enrollado—, esto es para usted.

—¿Qué es? —pregunté cogiéndolo.

—Un poder. Lo apodera para retirar los documentos depositados por mí en manos de maître Desmond. Desde este instante están a su disposición.

Acaricié, sorprendido, el papel entre mis manos.

—¿Eso significa que ya confía en mí? Perdón —me corregí—. ¿Esto significa que renuncia usted a su seguridad?

—Si no recuerdo mal, es la penitencia que usted me pedía a cambio de su perdón.

La miré. Sentí que Marionne había dejado de ser alguien ajeno a mí.

—No necesito ya su poder —le dije, devolviéndole el documento—. Courtain no hará nada contra ninguno de los dos. Tengo su palabra.

—Por la forma que tiene de decirlo, supongo que confía en ella.

—Por completo. En esta ocasión, confianza y seguridad coinciden.

Se rió abiertamente.

—Pero puede que los necesite usted para utilizarlos contra el vizconde de Saltrais.

—Entonces ya se los pediré.

—¿Significa eso que confía en mí? —Sonrió.

—Sí —sancioné.

Marionne bajó la vista, con expresión de íntima satisfacción.

—He de hacerle una confesión —manifesté—. Mientras la esperaba he curioseado un poco entre sus cosas.

—Se habrá aburrido mucho, entonces. Es usted mi socio. No hay ningún secreto para usted aquí.

—He visto la anotación de las sábanas. ¿Qué fue de ellas?

—Les deshice el escudo y las revendí.

—Ah. Es usted muy práctica.

—Me quedé las originales.

—¿Ah, sí? —Sonreí—. ¿Y qué hizo con ellas?

—Las uso.

—¿En su cama?

—Claro.

—Me deben de estar agradecidas por el cambio.

Se rió.

—Ayer me dijo que quería volver al punto anterior, al momento anterior a que me quitara usted los documentos —abordé—. ¿A qué se refería?

—Creo que está claro.

—No mucho. Recuerdo que en esa ocasión yo le propuse una cita y usted la rechazó con argumentos muy poco esperanzadores para mí. ¿Es a ese punto al que quiere volver?

Se sonrojó.

—Sólo a la primera parte.

—¿A que yo le proponga una cita?

—Sí.

—¿Ya no piensa de mí como pensaba antes?

—Ya no pienso.

—Inteligente medida —aprobé—. No voy a proponerle una cita —desestimé—. No estamos en el punto en que estábamos antes. Han pasado muchas cosas…, cosas relevantes —marqué una pausa y anuncié—: Eso sólo ya no me basta. Quiero cortejarla, Marionne, abiertamente. ¿Me lo permite?

—No se lo permito —proclamó—. Se lo ruego.

No había esperado una negativa, pero tampoco una respuesta tan transparente e inequívoca. Quedé algo sorprendido, y reconozco que su franqueza me afectó. Para disimularlo me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—¿Ya se va? —preguntó.

—Sí. Pero volveré.

—¿Cuándo?

Me volví hacia ella, divertido.

—¡Ah! —la reté—, ése es mi privilegio. En el cortejo la tortura del varón es la

contención, y la de la mujer, la espera. Yo apareceré cuando quiera y usted me esperará contando las horas; y cuando estemos juntos usted se aplicará en mantenerme a distancia mientras yo muero de pasión por usted. Son las reglas del juego. Pero si quiere nos las saltamos. Pase la noche conmigo. Usted no tendrá que esperar y yo no me tendré que contener. Ambos saldremos ganando.

Marionne se limitó a sonreír, en señal de negativa.

No esperaba otra contestación, de forma que recuperé el pomo dispuesto a salir. Antes dirigí una torcida mirada hacia el ramo de Desmond, y volviéndome hacia Marionne le pregunté:

—¿Le haría feliz que yo también le regalara uno?

Ella se echó a reír, como si la ocurrencia hubiese sido muy graciosa. Era una risa natural, de espontánea alegría. Los ojos le brillaron y su rostro se iluminó con una frescura irresistible. Entonces no pude más. Me incliné sobre ella y la besé en los labios. Dejó de reír en seco. Me correspondió tímidamente, con un candor que me atravesó el alma. No me atreví a continuar, por miedo a que huyese de nuevo de mí.

—Respecto al cortejo —le dije, mientras le acariciaba el cabello, todavía conmovido por aquel contacto—, temo que mis sentimientos no me permitirán uno demasiado largo. Váyase preparando para aceptarme. Buenos días, Marionne.

—Buenas días —musitó ella.

Capítulo XV

Paul Bramont

Cuando salí del local de Marionne, subí a mi carruaje y me recosté en el asiento mientras éste recorría las calles de París. Travesías, edificios, monumentos; pasara lo que pasara frente a mis ojos más allá de la móvil ventanilla del vehículo, sólo la veía a ella. Deteniéndome a pensar en mi propio estado, me reí de mí mismo, con sorna pero, al tiempo, con ilusionada felicidad. Había oído hablar, y sobre todo leído, sobre el enamoramiento, y no lo había comprendido, creo que ni siquiera había creído en él. Pero existía. Y yo había caído de lleno.

Cuando llegué a mi residencia, imbuido en mis ensoñaciones, borracho de Marionne y de mi propio entusiasmo, mi mayordomo me anunció que un visitante me esperaba. Era uno de los jóvenes parlamentarios con los que congeniaba.

—¿Dónde estaba? Le he enviado varias notas que no ha contestado —dijo con expresión urgente—. El presidente del Parlamento ha convocado a todas las cámaras con urgencia.

—¿Qué ha ocurrido?

—El rey nos quiere anular. Ha preparado en secreto nuevos edictos que nos quitan la facultad de registro para que ya no podamos hacer oposición. Eprémesnil lo ha descubierto. Al parecer tiene un confidente en la Imprenta Real. Si el rey lo consigue, se acabó nuestra posibilidad de ejercer presión. Adiós a los Estados Generales. Hay que hacer algo de inmediato, antes de que ese edicto vea la luz.

Era ciertamente grave. Aunque estaba agotado, me entretuve sólo quince minutos para afeitarme y cambiarme, y acompañé a mi colega al Palacio de Justicia. El cansancio, sin embargo, desapareció ante el sentimiento de confusión, indignación y alarma que reinaba entre los magistrados. Mientras los ministros nos habían tenido entretenidos intercambiando con nosotros argumentos en pro y en contra de la legalidad del registro del 19 de noviembre, prepararon en secreto una reforma de envergadura con la que pretendían anularnos sin tener que acudir a la medida extrema de disolvernos en un momento en que nuestra popularidad estaba en el punto más álgido. Y habían ideado hacerlo aprovechando la reforma integral del sistema de Justicia, deseada y reclamada desde numerosos frentes. En el conjunto de esa ambiciosa renovación, que acometía la modernización de un sistema de Justicia nacido en el medievo, desaparecía la competencia de los parlamentos para registrar edictos reales, de forma que su función quedaba ceñida a impartir justicia, y la traspasaban a una nueva institución creada ex novo, o resucitada del baúl histórico,

una Corte Plenaria de la que los ministros no esperaban ninguna oposición.

Debatimos. Debíamos contrarrestar el embate del Gobierno, pero ¿cómo? El registro de la reforma iba a hacerse en otro *lit de justice*. también por la fuerza, sin necesitar para nada de nuestro concurso. Todos sabíamos que el único motivo que puede esgrimir una Corte de Justicia, como era el Parlamento de París, para oponerse al acatamiento de una norma, es su ilegalidad. Había, pues, que ingeniárselas para provocar que la normativa que preparaban los ministros naciera ya viciada de ilegalidad. Pero ¿qué estaba por encima de unas normas emanadas del Gobierno de la nación y registradas por orden del rey en un *lit de justice*.

Los principios fundamentales de la monarquía. La inexistencia de una Constitución escrita y articulada propiciaba una indefinición que debíamos aprovechar en nuestro beneficio. Era el momento de proclamarlos en el sentido y en la medida en que nos resultara útil como instrumento para poder oponernos a la reforma que se avecinaba. Empezando por el primordial: «Francia es una monarquía gobernada por el rey, siguiendo las leyes»,[10] léase bien: el rey está sometido a las leyes, no al revés. LEGALIDAD CONTRA DESPOTISMO.

André Courtain

Manco. Inválido. La palabra me martillaba la mente y, lo que es peor, el alma. No me sentía capaz de volver a vivir sin el brazo izquierdo. Consulté a todos los médicos que conocía, y a otros que me recomendaron, sin que ninguno hiciera por mí más que reconocerme a base de pincharme el brazo para concluir que lo tenía tan muerto como un tronco seco. Al principio los convertí en víctimas de mi rencor, como si por no poder curarme fueran culpables de mi mal; pero al final dejé, simplemente, de creer en ellos. Entonces, un día noté un ligero calambre al golpearme con el canto de una mesa. En los días sucesivos, como si algo en mi anatomía se hubiese desatado de golpe, empecé a notar otros síntomas. Recuperé parte de mis reflejos y del tacto, y era capaz de elevar el brazo por mí mismo y sin ningún auxilio casi hasta la altura del hombro. Lo hacía con lentitud, y con gran esfuerzo, pero lo hacía. Lo que peor evolucionó fue la mano, que la tenía como agarrotada. Podía mover un poco los dedos, pero no estirarlos del todo, y tampoco podía cerrar por completo el puño. Aprendí a valerme de ella utilizándola como apoyo, pero carecía de la agilidad y movilidad de cualquier mano sana. Y llegados a ese punto, al poco se vio que la asombrosa mejoría se había detenido, y que ya no avanzaría más.

Al principio no quise aceptarlo. Me hacía dar varios masajes diarios en el brazo y lo sumía en ejercicios de recuperación, a base de levantar pesos para fortalecer los músculos. Pero no pareció tener efecto alguno, y dejé de forzarme cuando el propio doctor Duplais me advirtió del peligro de volver a lesionar la parte recuperada del

nervio y sufrir un retroceso quizá definitivo. A partir de entonces dejé de luchar y comencé a comprender que no me quedaba otro remedio que resignarme con mi suerte y aprender a convivir con mi miembro dañado.

Al tiempo que me atormentaba por mi grave secuela, otra idea me obsesionaba. La imagen de los tres hombres en el Café de Foy aquella noche. En realidad sólo distinguía el rostro de uno de ellos, del gordo con barba, sentado a una mesa. Pero había dos individuos a su lado. Veía claramente la casaca clara y roída de uno de ellos. En mi recuerdo no se movían. Eran impactos de visiones fugaces en las que resaltaban los ojos del gordo, ojos pequeños y aviesos, clavados en mí.

Después de conversar con Bramont y Marionne aquella noche, me había dirigido al Café Caveau y me había sentado a una mesa a jugar con unos desconocidos. Ahí estaban otra vez los ojos del gordo, detrás del cristal. Sólo un segundo. Pero estaban allí. Me vigilaban.

Si así fue, ¿por qué no me inquieté? Perdí unas cincuenta libras en menos de media hora. Luego decidí seguir la velada en otro sitio. Pensé en ir a casa del barón de Trunes a continuar jugando. ¿Para recuperar las cincuenta libras? No, para perder más. Quería perder más. Había torturado a aquella mujer, y la había amenazado de nuevo para forzar a Bramont a facilitarme información. Quería castigarme bebiendo y perdiendo. Sí, quería dañarme. Una autopenitencia. Quizá por eso no reparé en los ojos negros del gordo.

Las escenas se me representaban una y otra vez. La persecución. El empujón que me arrojó contra el suelo. La lluvia de golpes. La confusión de piernas, pies y puños que me pegaban. Me encogí, me cubrí la cabeza. No podía ponerme en pie. No podía evitar los impactos.

«¿Dónde está? ¡No lo tiene!»

«En el suelo, imbécil, en el suelo. Lo ha tirado al caer. Cógelo»

Una patada en el estómago. Me quedé sin respiración y me doblé sobre mí mismo»

«¡Quítale la bolsa!»

«¡Deprisa, deprisa, viene alguien!»

«Espera, quiero el reloj»

«¡Larguémonos de aquí! ¡Acaba con él de una vez!»

Un destello metálico. Y los ojos negros del gordo. Luego el último golpe, esta vez en el hombro.

¿Quiénes eran esos individuos? ¿Por qué me siguieron desde el Café de Foy? Me vieron perder dinero. Sabían que no llevaba mucho. El Palais Royal está repleto de gente adinerada. Carteristas y ladronzuelos acuden allí atraídos por el dinero de los borrachos, en un lugar donde la policía no puede entrar por ser propiedad privada. ¿Por qué entonces salir de aquella isla de oportunidades para seguir a un individuo

que ha perdido en el juego? ¿Y por qué esa vigilancia desde un principio?

«¿Dónde está? ¡No lo tiene!».

«En el suelo, imbécil, en el suelo. Lo ha tirado al caer. Cógelo».

¿Qué había tirado yo al caer? El informe de Marionne. Lo solté para parar el golpe. ¿Por qué iba a interesarles algo así a unos simples ladrones?

Porque no eran simples ladrones. Iban a por mí. Desde un principio. No fui una víctima casual.

«¡Acaba con él de una vez!»

¿Quién querría matarme? ¿Qué enemigos tenía? Tenía que ser alguien que se sintiera amenazado por mí y por ese informe. Alguien relacionado con la fuga de La Motte. Pero ese alguien, ¿cómo sabía que Marionne Miraneau tenía que dármelo? Desmond lo sabía. Se lo exigí cuando la liberé. Sin embargo, Desmond no podía haber sido. La razón no encontraba motivo alguno para descartarlo, pero mi intuición sí. Él no hubiese sido capaz de algo así. Aunque, si estaba implicado en el asunto de La Motte, podía habérselo contado a cualquiera de sus cómplices, y mi intuición ya no me dictaba nada respecto de ellos. Pero ¿cómo sabían que Marionne me lo entregaría justo aquella noche? ¿Llevaban varios días vigilándome? ¿Es que Marionne se lo había anunciado a Desmond y éste a algún otro? No lo sabía. No lo sabía y me devanaba los sesos. ¿Quién o quienes, y cómo y por qué?

—¿Puede concederme unos minutos señor?

Era uno de los dos agentes que tenía asignados, Criseau. Me encontraba en el Châtelet, en el despacho que tenía reservado en la Prefectura de Policía. Era la primera vez que acudía a ese edificio tras el ataque. Había venido a buscar el dossier del asunto de La Motte porque tenía intención de ponerlo a disposición del secretario de la reina junto con mi dimisión.

El hombre cerró la puerta tras de sí y se mantuvo de pie junto a la mesa, con aire indeciso y nervioso.

—¿Y bien? —lo apremié.

—Verá… No me gusta acusar a compañeros, pero creo que es mi obligación ponerlo al corriente.

Aquella introducción me bastó para saber que venía a hablarme de Gosnard, el otro agente que tenía a mi servicio. Ellos dos no simpatizaban. Criseau era un hombre de mediana edad que no había ascendido ni un grado desde que había iniciado su carrera a los veinte, y a pesar de lo cual estaba contento con su suerte. Era un agente disciplinado, sin otra ambición personal que la de obedecer órdenes y cumplir sin excelencias con sus obligaciones. Era de esos individuos que creen que cada sujeto ocupa en este mundo el lugar que le corresponde, quizá porque le ayudaba a justificar su propia medianía, y que por ello era ciego a la mediocridad de sus superiores y,

contrariamente, no soportaba a aquél de entre sus iguales que pretendiera sobresalir por encima de los demás.

Y éste era el caso de Gosnard. Gosnard era joven, y hacía poco que había ingresado en el cuerpo. Era brillante, ágil de reflejos y de entendimiento, se esforzaba en hacer su trabajo rápido y bien, pensaba por sí mismo y tenía iniciativa propia. Pero era arribista, individualista y sin concepto alguno de compañerismo. Por eso se había ganado la antipatía de la mayoría de sus compañeros, en especial de Criseau, que era quien se había visto obligado a tratarlo con más asiduidad.

—Usted me encomendó que mantuviera esta puerta cerrada con llave, para que nadie pudiese entrar aquí a husmear.

—Así es.

—Bien. Pues así lo hice. Pero un día me pareció oír ruido en el interior, de forma que la abrí y descubrí dentro a Gosnard. Estaba detrás de la mesa, y estoy seguro de que cerró de golpe el cajón al oír la puerta. Le pregunté, de malos modos, qué hacía ahí y cómo había conseguido entrar. Me contestó que me fuera a la mierda y salió del despacho apartándome de un empujón. Cuando me dejó solo, examiné el expediente para comprobar si se había llevado algún documento, pero todo estaba intacto.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté interesado.

—Pocos días antes de que usted sufriera… su accidente. Yo no volví a comentarle el tema, pero desde entonces decidí vigilarlo. Al salir por la noche me quedaba en un rincón del patio para observar, y varias veces descubrí luz detrás de la ventana de este despacho. Al día siguiente yo comprobaba la puerta, y siempre estaba cerrada. Estoy convencido que, de alguna forma, consiguió quitarme las llaves y se hizo una copia.

—Pero ¿qué…? —pregunté aturdido, sin comprender—. ¿Qué buscaba?

—Ni idea, señor. Ni idea. Sólo sé que ha prosperado mucho últimamente —añadió con malicia.

Reflexioné unos instantes. Gosnard debía de haber actuado por instigación de alguien. Alguien que buscaba algo en aquel expediente. Algo que no había encontrado y que esperaba que fuese incorporado en cualquier momento, pues de lo contrario no tenía sentido aquella repetida incursión. Pero ¿qué?

—Dime una cosa —continué—, el día en que fui atacado, una mujer llamada Marionne Miraneau vino a buscarme al Palais Royal para entregarme un informe. Me dijo que antes había estado aquí y que fuisteis vosotros los que le dijisteis que podía encontrarme allí. ¿Lo recuerdas?

—Sí, señor. Gosnard le dijo que le diera el informe a él, pero ella se negó, y entonces le indicó que lo podría encontrar a usted en el Palais Royal. Pensé que se excedía en sus funciones, pero no le di mayor importancia, porque eso es muy propio de Gosnard. ¿Es que tiene alguna relevancia?

Fijé en él la vista con los ojos opacos y estáticos. Él me la mantuvo, interrogante,

y al cabo de unos segundos le pregunté:

—Aparte de ti, ¿quién más de entre vosotros detesta a Gosnard?

El hombre se sonrojó, pero no tuvo valor para negar la evidencia, y su única justificación fue la de extender a los demás su propia animadversión, como si fuera algo inevitable.

—Todos, señor. No creo que haya nadie que lo aprecie.

—Pero supongo que unos más que otros, ¿no?

—Montfort y Dumas han tenido varios enfrentamientos con él —se avino a contestar.

—Dile a Gosnard que os he pedido que vayáis a una sala de interrogatorio, la misma a la que condujimos a Miraneau. Lleva contigo a Montfort y a Dumas y esperadme los cuatro allí. Yo no tardaré en ir. No le digas ni una palabra de lo que hemos hablado. No quiero que sospeche nada. ¿Entendido?

El hombre asintió, satisfecho, y salió de la estancia a cumplir el encargo. Yo esperé unos cuantos minutos, mientras les daba tiempo a reunirse y a bajar a aquel calabozo subterráneo. Cogí un papel de mi escritorio, garabateé en él unas líneas y lo doblé, guardándomelo en un bolsillo.

Una vez transcurrido un tiempo prudencial, fui hasta el sitio señalado, recorriendo de nuevo aquellos insalubres y húmedos pasadizos. Estaban los cuatro en la sala y me miraron expectantes cuando entré. Sus semblantes estaban serios, inquietos, alertados por aquella situación inhabitual. Pero el de Gosnard no más que el de los demás.

Cerré la puerta tras de mí y le eché el cerrojo. No estaba muy seguro de tener competencia para llevar a cabo lo que tenía ideado, pero no me importaba. Allí abajo nadie nos oiría y nadie nos interrumpiría. Después ya daría las explicaciones que fueran oportunas a quien correspondiese, si es que era necesario.

Tal y como había pensado, ahí seguía la tabla de tormento con sus correas, aunque faltaban las vasijas llenas de agua.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gosnard al verme aparecer solo y cerrar la puerta—. Pensé que íbamos a interrogar a algún detenido.

—Y así es —repuse.

Lo miré de tal forma que comprendió que me estaba refiriendo a él. Miró a los otros tres, nervioso. Criseau ya debía de imaginarse de qué se trataba, pero los otros dos debieron de comprenderlo también entonces, y ambos avanzaron un paso hacia Gosnard, como pretendiendo encerrarlo aún más de lo que estaba.

—¿Qué…? —balbuceó asustado—. ¿Qué significa esto?

No le contesté. En lugar de ello me coloqué ante él y me abrí el chaleco y la camisa.

—¿Ves esto? —le pregunté, mientras me señalaba la cicatriz del hombro.

Era realmente una cicatriz grande, fea, llamativa. Todavía estaba muy fresca, roja,

hinchada, con la carne quemada al hierro candente, carne apergaminada, magullada, violácea, arrugada en sus lindes.

—¿Y ves mi brazo? —continué, intentando en vano cerrar la mano agarrotada—. He perdido gran parte de su movilidad. Y a pesar de ello, aún debo estar agradecido, porque fue de bien poco que no perdiera la vida.

—Lo… lo siento —se atrevió a pronunciar.

—Aún no todo lo que puedes llegar a sentirlo. Esto me lo hicieron tres hombres que alguien envió para que me mataran y me quitaran el informe que me habían dado esa noche. Alguien a quien tú avisaste cuando vino aquí la señorita Miraneau a traérmelo. Y vas a decirme quién fue ese alguien, o de lo contrario te aseguro que lo sentirás mucho más.

—¿Yo? —replicó, simulando una enorme sorpresa—. Pero ¿qué sé yo de eso? ¡Yo no avisé a nadie!

—Siéntate —le dije cogiendo una silla por su respaldo y acercándola al vuelo junto a él—. Voy a explicarte las opciones que tienes y quiero que las escuches con suma atención. ¡Siéntate! —le repetí, a lo que se avino tras unos instantes de indecisión, mirando con resquemor a sus compañeros—. Una es seguir insistiendo en que no sabes nada, en cuyo caso te acostaremos en esa tabla y te daremos de beber hasta que te venga la inspiración, y luego, si sobrevives, quedarás arrestado y yo mismo me encargaré de que te condenen y te cuelguen. La otra es darme el nombre que te pido, en cuyo caso me firmarás esta renuncia a tu puesto y saldrás libre y sin daño alguno por esa puerta, con toda la vida por delante.

Se quedó callado unos instantes, aunque el brillo de sus ojos delataba que su mente trabajaba con intensidad.

—¡Puedo mentirle si quiere, pero lo cierto es que soy inocente! —se decidió a replicar al fin.

—Lástima —contesté, abrochándome la camisa—. Creí que eras más listo. A mí tanto me da conseguir la información de una forma que de otra. Es a ti a quien afecta, y si ésta es tu elección… —Miré a Montfort y a Dumas y les ordené—: Desnudadlo de cintura para arriba y atadlo a la tabla. Criseau, sube a la cocina y trae dos cubos de agua, que sean grandes.

Todos iniciaron un movimiento para seguir mis instrucciones, pero antes de que ni siquiera llegaran a ponerle una mano encima, Gosnard exclamó:

—¡Espere, espere! Se lo diré. —Se interrumpió hasta que los demás se detuvieron. Entonces añadió—: Pero no me creerá.

—Prueba —lo incité.

—Fue… el conde de Coboure.

Lo miré petrificado unos instantes.

—¿Me tomas el pelo?

—Ya le dije que no me creería. Al parecer hay algo, unos documentos, no sé exactamente cuáles, que comprometen a varias personas en el asunto ese que está usted investigando. El conde de Coboure temía que alguien se los pudiera entregar a usted, de forma que me encargó que estuviera atento y le avisara si eso ocurría. Y es lo que hice. El día que vino esa joven con un documento para usted, pensé que quizá se trataba de lo que el conde me había dicho, y lo avisé. Eso es todo.

—¡Todo eso es una burda patraña! —le repliqué, notando que la ira empezaba a dominarme—. ¡Quizá no sepas que si estoy vivo es gracias a ese hombre!

—Debió de echarse atrás cuando vio el documento y comprendió que no era el que esperaba. Y como ya no podía detener a sus sicarios, intervino él personalmente, y de esa forma ahuyentaba todas las sospechas…

No lo dejé terminar. Un impulso frenético, fruto de uno de esos accesos de cólera que me asaltan en ocasiones, me empujó a tirar de un puntapié la silla en la que se sentaba, haciéndolo caer de bruces al suelo. Luego le propiné varias patadas en el abdomen, notando unas veces la blandura de sus carnes, otras la dureza de sus costillas, descargando con furia toda mi frustración y rabia, mientras él se encogía gimiendo para evitarlas. No sé cuándo me hubiese detenido si Montfort no hubiese intervenido:

—Señor, señor —me dijo sujetándome por mi brazo sano—. Cálmese…

Recuperé entonces la cordura y me detuve, jadeante, con la vista aún fija en mi víctima. Él lloriqueaba y se retorcía de dolor. Cuando el ritmo de mi corazón se acompasó, me acuclillé junto a él y hundiéndole los dedos de mi mano derecha en el cuello, le mascullé, mientras veía que enrojecía y tosía ahogado bajo mi presión:

—¡Y ahora vas a decirme la verdad, maldito bastardo, o te juro que te mato aquí mismo!

—Fillard… —murmuró con dificultad, falto de respiración—. Fillard…

Lo solté y me levanté. Él tosió, y se enderezó también levemente, apoyándose sobre un brazo.

—Bien —le dije—. ¡Explícate!

—Un día un hombre me ofreció dinero a cambio de que le advirtiera si alguien intentaba entregarle unos documentos.

—¿Qué documentos?

—Eso mismo le pregunté yo. Me contestó que eso no era asunto mío, que me limitara a avisarlo si alguien le entregaba a usted o intentaba entregarle unos documentos, y que fuera examinando regularmente su expediente por si se los daban sin que yo me enterara. Que de ser así, lo que tenía que hacer era cogerlos y entregárselos a él. Durante algún tiempo no pasó nada, pero un día Criseau me descubrió. Entonces fui a ver al señor Fillard y le dije que no podía continuar con aquello, que ya me estaba atacando los nervios, y que encima me habían descubierto

y que acabaría por perder mi puesto. Él me amenazó y me dijo que debía continuar, y que si alguna vez usted descubría algo y me veía obligado a delatar a alguien debía decirle que lo había hecho a instancias del conde de Coboure. De forma que continué, hasta que un día vino la mujer esa, Miraneau, diciendo que quería entregarle a usted unos papeles. Fui a ver a Fillard y le dije que posiblemente ella se los entregaría aquella misma noche si lo encontraba en el Palais Royal. Me pagó y me marché, y me dijo que tuviera la boca cerrada. Luego me enteré de que aquella noche usted había sido atacado, pero le juro que yo no conocía sus intenciones. Al cabo de un par de días me esperó otra vez a la salida de la Prefectura. Me dijo que el documento de esa mujer no era el que esperaba, y que debía seguir actuando como hasta entonces. Yo intenté zafarme, porque estaba asustado después de lo ocurrido, pero él me presionó nuevamente.

—¿Por qué quería que acusaras al conde de Coboure?

—¡Y yo qué sé! No me lo dijo, ni se me ocurrió preguntárselo.

—¿Algo más? ¿Te has olvidado de decirme algo?

—No, señor —repuso con voz cansina, derrumbada—. Nada más.

—Bien —repliqué—. ¡Firmarás ahora mismo esta dimisión, si no quieres que yo mismo te acuse de corrupto y acabar en la cárcel! Y mi consejo es que te largues de París antes de que Fillard se entere de lo que me has dicho. Ahora ya sabes cómo las gasta. Criseau, encárgate de que lo firme y de que no vuelva a aparecer por aquí.

—Será un placer, señor —replicó.

Salí de la sala, subí a mi despacho y cogí mi expediente. Me sentía lleno de una energía nueva. Ya no más pensar ni devanarme los sesos. Ya no más navegar en la angustia de la duda y de la incomprensión. Ahora todo mi ser reclamaba acción. Una acción que tenía un objetivo llamado Fillard.

Lo ocurrido en el Châtelet no me había disuadido de la idea inicial de presentar mi dimisión al secretario de la reina, antes al contrario, aun la había reafirmado. Mi sentimiento de agradecimiento a Bramont y mi inevitable enemistad con Fillard y con cualquier otro que hubiese intervenido en el ataque a mi persona habían convertido aquel asunto en una cuestión demasiado personal para que pudiese seguir conservando la imparcialidad y la serenidad que requería el caso.

Eso sin contar con que había perdido por completo la fe en la utilidad de mi misión. La situación había cambiado mucho desde el día en que me la habían encomendado. París y el país entero estaban repletos de folletos y panfletos que insultaban e injuriaban sin ningún pudor y con toda impunidad a los reyes y a sus principales ministros. El descrédito de la Corona, el constante desafío del Parlamento, la oposición generalizada, las manifestaciones callejeras, el déficit no combatido, y la evidente debilidad del Gobierno para imponerse a los repetidos ataques contra su

autoridad, evidenciaban que la crisis era demasiado grave y aguda para que el llegar a demostrar la inocencia de la reina en aquel asunto del collar tuviese ya ninguna influencia en el devenir de los acontecimientos. Después de todo lo que se había dicho y publicado en contra de ésta, el amor y el respeto de su pueblo estaban irremediablemente perdidos.

Ni siquiera serviría de nada que consiguiese demostrar mi teoría, no probada, de que el principal cabecilla de aquel asunto de la fuga había sido el duque de Orleans, por iniciativa propia o instado por los que lo apoyaban. No hacía demasiado se había atrevido a tildar de ilegal una orden del rey, en plena sesión real del Parlamento, en presencia del mismo Luis, y a pesar de ello, así como otros magistrados habían sido encarcelados, a él solo se había atrevido a desterrarlo temporalmente a sus propios dominios. Ante tal falta de energía, de valor, o ante tal exceso de bondad, llámesele como se quiera, ¿qué ejemplar castigo podía esperarse que le impusiese?

¿Merecía la pena que yo arriesgase mi vida, que a punto había estado de perder, y que entregase mi esfuerzo y mi dedicación por conseguir alcanzar una meta que sería estéril y desaprovechada por aquellos en cuyo favor se perseguía?

No. Definitivamente no. Se acabó. Ya había dedicado suficiente esfuerzo, ya había sufrido bastantes sinsabores, ya había perdido hasta mi integridad física, para que todo ello al final no sirviese de nada.

Pero había dado mi palabra, y sólo quien la había aceptado podía liberarme de ella. Así que, al día siguiente de la confesión de Gosnard, me trasladé a Versalles con la intención de entrevistarme con el secretario de la reina. Como no estaba en su despacho me dirigí hacia el Salón de los Espejos, pero al subir por la escalera me lo crucé. Bajaba con paso apresurado y tan reconcentrado en sí mismo que no me vio hasta que lo saludé.

—¡Ah! Courtain… —exclamó, aminorando su marcha pero sin detenerse—. Ahora no tengo tiempo para usted. Ya hablaremos más tarde.

—¿Cuándo? —quise saber.

—Más tarde —repitió sin mirarme y continuando su camino.

—Seré muy breve —le repliqué mientras lo seguía para darle alcance—. Sólo quería entregarle esto.

—¿Qué es? —preguntó, mirándome de soslayo.

—El expediente del asunto de La Motte.

—¡Por el amor de Dios! —refunfuñó—. ¡No me moleste ahora con eso! ¿Es que no sabe lo que ha ocurrido?

No sabía a qué se refería, pero, por mi parte, no estaba dispuesto a desistir de mi empeño, de forma que lo seguí en silencio. Tenía tal ansia de librarme de aquel asunto que hasta el informe me quemaba en las manos.

Cuando hubimos descendido las escaleras y salido al exterior, pareció darse

cuenta de que todavía no lo había abandonado, y entonces se detuvo, volviéndose hacia mí con irritación.

—Marqués —exclamó—; no se parece usted a mi sombra, y sin embargo actúa como si lo fuera. Ya le he dicho que tengo asuntos mucho más urgentes que atender.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunté para calmarlo.

—¿Que qué ha pasado? —bramó, mientras reanudaba su camino atravesando el patio—. ¡El Parlamento se ha atrevido a proclamar lo que llaman los principios fundamentales de la monarquía! Ha proclamado su derecho a verificar la legalidad de las voluntades del rey antes de proceder a su registro, y el hábeas corpus, y la inamovilidad de sus miembros, además de exigir, claro está, la reunión de los Estados Generales. Precisamente el Gobierno había decidido quitarle su competencia en materia de registro, ¡pero era un secreto! No sé cómo diablos se han enterado, y ahora intentan blindarse con esa absurda proclamación. ¡Y para colmo, le han enviado esta protesta a Luis, que sólo puede catalogarse de insulto!

Blandió un documento que extrajo de una carpeta, sacudiéndolo como si tuviera alguna porquería adherida que quisiera desprender. Lo cogí y lo extendí delante de mí, intentando leerlo mientras seguía su rápido paso.

—Como es lógico, Luis ha decretado el arresto inmediato de sus autores —continuó acalorado—, pero se han enterado antes de que el arresto se practicara y se han refugiado en el Parlamento. ¡Y el Parlamento se niega a entregarlos! ¿Cómo es posible —añadió deteniéndose y mirándome de frente— que hayan llegado a semejante grado de insumisión?

No contesté, concentrado en intentar conocer el contenido de aquel escrito, del que sólo había podido leer las primeras líneas, pero mi interlocutor, impacientándose, me lo arrebató bruscamente de las manos.

—¡Traiga! —exclamó—. Yo le leeré lo más significativo. Escuche:[11] «El exceso de despotismo es el único recurso de los enemigos de la nación y de la verdad […]» —Se detuvo y me miró—. ¡El exceso de despotismo! —subrayó indignado—. «La intención de los ministros ambiciosos es siempre la misma: extender su poder bajo el nombre del rey, he aquí su objetivo; calumniar a la magistratura, he aquí su medio. Fieles a este antiguo y funesto método, nos imputan el proyecto insensato de establecer en el reino una aristocracia de magistrados […]» ¡Je! ¿A qué otra cosa aspiran, si no, éstos sinvergüenzas? Pero aún tienen la desfachatez de negarlo y de insultar a los ministros. Escuche, escuche: «No, sire, nada de aristocracia en Francia, pero tampoco de despotismo. Tal es la constitución, tal es la voz de vuestro Parlamento y el interés de Vuestra Majestad […]» ¡La constitución! —bramó—. ¿Qué constitución? La que ellos determinan. Y aquí, aquí —exclamó castigando el papel con los golpes secos de su índice—, lo que dicen aquí tampoco tiene desperdicio: «El rey puede decir: […] abolo vuestras libertades, destruyo vuestros

parlamentos. Ciertamente entonces la voluntad del rey podría ser uniforme. Pero sire […], ¿sería justa, sería prudente?» ¡Acusan al rey de injusto y encima lo amenazan! ¿Qué quiere decir, si no, eso de «prudente»? ¡Amenazar al rey! ¡Hasta ahí podíamos llegar! Y, ¡ah! —exclamó con gesto teatral—, ¡el final!, ¡qué gran final!: «Algunas veces los magistrados son llamados a inmolarse por las leyes; pero ésa es su honorable y peligrosa condición: que deben cesar de ser, antes de que la nación cese de ser libre.» ¡Ahora resulta que ellos son los garantes de la libertad de la nación frente al despotismo del Gobierno!

—¡Es intolerable! —concedí.

Pero no pensaba en eso. Lamentaba que esa fuerza y esa firme determinación que mostraba el Parlamento no fuese adoptada igualmente por el Gobierno, y que esa ostentosa indignación que ahora se me exhibía no se tradujera en la energía y constancia necesarias para enfrentarse a tal oposición. Viendo al secretario frente a mí, que mucho decía pero que nada haría, pensé, por vez primera, que aquel Gobierno estaba acabado, que todo el sistema había tocado a su fin, y que, aunque lo intentase, ya no volvería a levantar cabeza. Desvié la mirada hacia aquel fabuloso palacio que se levantaba a mi alrededor, símbolo de poder, de ostentación y de lujo, y de pronto se me antojó un mastodonte herido de muerte que agonizaba.

—¡Desde luego que es intolerable! —masculló mi interlocutor—. ¡No se saldrán con la suya! El rey ha enviado a la guardia a arrancar a esos dos magistrados del Palacio de Justicia aunque sea por la fuerza armada. ¡Y en cuanto a la reforma que intentan impedir, ya se pueden ir preparando esos obstinados jurisconsultos! ¡Acabarán todos cultivando coles en sus campos, de donde no tendrían que haber salido!

—No creo ni que sirvan para eso —manifesté con contundencia.

Inmediatamente adopté una expresión de gravedad, para disimular que me acababa de burlar de él. Debí de conseguirlo, porque me miró asombrado de mi alegato, como si de pronto creyera que estaba hablando con un cretino indigno de sus confidencias, y entonces prorrumpió, con contrariedad:

—Bueno. ¿Qué es lo que quiere?

—Vengo a presentarle mi dimisión en el asunto de la señora de La Motte —repliqué sin sutilezas.

—¿Qué? —preguntó, como si no le hubiese hablado en su idioma.

—Señor, creo que es evidente que he tocado techo en este asunto y que lo más apropiado es confiárselo a cualquier otro más capacitado que pueda continuar mi labor.

—Pero… —inició, observándome cual si fuera el ser más despreciable que hubiese visto en su vida—, ¿cómo se atreve? ¿Cómo se atreve a proponerme eso en estos momentos? No dudo, se lo aseguro, no dudo de que haya gente mucho más

capaz que usted para eso y para cualquier otra cosa. ¡Si no lo hubiera designado la propia reina, yo mismo lo habría destituido hace mucho tiempo!

—Entonces no tendrá inconveniente… —continué sin dejar que me afectara su descalificación.

—¡Sí, tengo inconveniente! —Enrojeció—. ¡Ya lo creo que tengo inconveniente! ¿Es usted el que se atreve a proclamarse fiel a la reina? ¿Cree que ahora que todos le han dado la espalda, que su pueblo la odia, que su hijo, el delfín, está gravemente enfermo, que la Corona es atacada sin cuartel…, cree que yo voy a ir a molestarla para recordarle este desgraciado asunto y decirle que otro de los pocos que consideraba aún leales a ella también la abandona? Ah, no, amigo mío. ¡Prefiero mantener a un inepto como usted que tener que pasar por ese trago! Fue la reina quien lo nombró y ella es la única que puede aceptar su dimisión. ¡Plantéesela a ella si tiene el valor de hacerle partícipe de su evidente fracaso!

Nos enfrentamos unos instantes en silencio. Sus insultos habían conseguido zaherirme. Opté por hacerle una leve reverencia, que se asemejaba más a un gesto de desdén que a uno de cortesía, y, dándole la espalda, inicié un movimiento hacia el palacio.

—¡Marqués! —me llamó con evidente enemistad—. ¿Puede anunciarme sus intenciones?

—Creo que son evidentes, excelencia —repliqué, pronunciando tal tratamiento con el mismo menosprecio que él había empleado respecto del mío—. Seguiré su amable consejo y le presentaré mi dimisión a la reina.

Iba a reanudar de nuevo mi marcha, cuando volvió a interrumpirme diciendo:

—Por cierto…, creo que todavía percibe usted una pensión del Gobierno, ¿no?

Me quedé inmóvil, lastimado por la certera punzada de aquel dardo. Me volví lentamente hacia él.

—Así es —repliqué.

—Pues me temo que no podrá ser mantenida por más tiempo —alegó—. Sin duda es usted conocedor de las graves dificultades financieras por las que atraviesa el Tesoro. La mayoría de las pensiones han sido suprimidas o rebajadas. La de usted se había conservado en atención a sus «inestimables» servicios a la Corona. Pero, a la vista de su decisión…

—Sabe que son los únicos ingresos que tengo —fue mi pobre argumentación.

—Pues no —respondió mientras enderezaba su espalda—. No lo sabía. Posee usted el marquesado de Sainte-Agnès. Convengo en que no es de los más destacables, pero muchos viven cómodamente con mucho menos.

—Las escasas rentas de esas tierras apenas cubren el mantenimiento de mi familia. No puedo privar a mis padres de ellas.

—¡Oh! —Se sonrió—. Eso es muy loable… muy loable. Pero supongo que tan

nobles sentimientos le impedirán también depender del Gobierno tras zafarse egoístamente de sus obligaciones para con él.

No repliqué. Bajé la vista hacia el expediente, que pendía de mi mano como un apéndice adherido a mi cuerpo del que no me pudiera desprender. El secretario comprendió mi gesto, y lanzando un suspiro de satisfacción dijo, dando por zanjado el tema:

—Buenos días, marqués.

Yo permanecí paralizado en medio del patio, mientras el hombre se alejaba de mí. Había comenzado aquel asunto por principios, y ahora lo continuaba por dinero. Me sentí servil, mercenario y falto de libertad. Pero no quería renunciar a aquella pensión. Comencé a andar hacia la salida, más allá de la verja de entrada, donde había dejado mi carruaje. Luego entré en él, y arrojé el informe en el asiento de enfrente, mirándolo con odio. Entonces pensé en Fillard.

Está bien. De acuerdo. Continuaría con aquel maldito caso, pero a partir de entonces seguiría mis propias reglas.

Marionne Miraneau

Hacía ya cinco días que no sabía nada de él. Recordaba que me había sentenciado a esperarlo contando las horas hasta su reaparición, ¡pero no los días! ¿Qué ocurría, a qué jugaba? Desesperaba en la espera, ciertamente, como él había predicho que ocurriría. ¿Me estaba castigando? ¿O es que en realidad nunca me había llegado a tomar en serio? El último día me había sugerido que pasáramos la noche juntos. Lo interpreté como una broma, pero quizá lo era menos de lo que supuse. Quizá ante mi negativa le había repetido la propuesta a su amante, la «viuda rica y atractiva». Y entonces, teniendo una mujer bella disponible, ¿para qué perder el tiempo conmigo?

Así pensaba, pero lo peor es que estas reflexiones me martirizaban sin hacerme perder la esperanza y sin que, por tanto, dejara de esperar.

Se abrió la puerta. Elevé la vista, con el alma en vilo. Cuando comprobé que era el señor Bontemps, tuve que hacer un soberbio esfuerzo para disimular mi desencanto.

—¿Mi hijo ha estado aquí? —me lanzó enérgico.

—Sí. A primera hora, como de costumbre.

—¿Y le dio usted la liquidación?

—Claro. ¿Es que le he fallado alguna vez?

Se dejó caer en la silla que había frente a mi escritorio.

—Usted no, pero él sí. Ya estoy harto de este muchacho, Marionne, ¡harto! Sabía que dependía de esa liquidación para hacer unos pagos. ¿Y ha vuelto con el dinero? ¡No! Y cuando mi proveedor ha venido a cobrar, ¿tenía yo el dinero para pagarle?

¡No! Es así como un comerciante destruye su reputación, ¿comprende? En cuanto empieza a correr la voz de que no pagas a tiempo, ¡se acabó! ¡Toda una vida esforzándome por hacerme un buen nombre, por hacerme respetar, para que el irresponsable de mi hijo lo eche todo por la borda!

—¿Qué es lo que ocurre, señor Bontemps? —pregunté con gravedad, percibiendo miedo tras su aparente enojo—. Sabe que puede confiar en mí.

El buen hombre me miró con una expresión abatida que no le había visto nunca antes.

—Me estoy quedando sin fondos, Marionne —confesó—. Ya hace varios meses que no cobro del Gobierno. Me están hundiendo. He ido a quejarme al ministerio, pero ni siquiera me han querido recibir. La antesala estaba repleta de acreedores que van allí cada día a reclamar. No sé de qué influencia se vale usted para que le paguen.

—A mí tampoco me han pagado. Me deben las tres últimas partidas de mantas.

—¿Qué dice? —exclamó asombrado—. ¡Pero si me ha estado pagando la liquidación por mis comisiones! ¿Quiere decir que me ha estado pagando las comisiones sin cobrar usted? ¡Pero Marionne! ¿Cómo se le ha ocurrido? ¿Qué clase de aprovechado se cree que soy? ¡Yo se las aceptaba porque creía que usted cobraba! ¡Le devolveré hasta el último son!

—Usted no tiene la culpa de que no me paguen. Además, ya no vale la pena que discutamos sobre ello porque no pienso entregarles ni una sola manta más hasta que no me liquiden la deuda. No soy quien para darle consejos, pero yo en su lugar cambiaría de producto y dejaría de confeccionar uniformes para el Ejército. Tengo bastante trabajo ahora, puede colaborar conmigo. Lo que es inútil es que vaya a quejarse al ministerio, porque el Gobierno no tiene dinero —hice una pausa y agregué—: Su hijo debe de estar en casa de Gérard, el muchacho de la imprenta. Cada día le lleva los artículos que escribe. ¿Los lee usted?

—Nunca leo lo que escribe mi hijo —renegó—. Y tampoco me hablo mucho con él. Descuida sus deberes, Marionne, no me ayuda en nada. En cuanto me doy la espalda lo descubro escribiendo, en lugar de cumplir con sus obligaciones, ¡y hasta me ha amenazado con dejarme! Estoy solo, Marionne, ¡solo! He criado tres hijos y estoy solo. Es triste luchar toda una vida para que luego nadie valore lo que has hecho y nadie quiera tu legado. Usted todavía es muy joven para entenderlo, pero…

Sacudió la cabeza, desmoralizado.

—Venga, anímese —lo consolé—. Lo conduciré hasta la casa del chico de la imprenta —decidí de pronto, viéndome incapaz de seguir allí encerrada esperando que él apareciese cuando se le antojase—. Seguramente su hijo estará allí.

Recorrimos las tres calles de agitado mercado que separaban mi local del apartamento de Daniel y Gérard, y subimos por las angostas escaleras hasta la cuarta planta, donde se encontraba su buhardilla. La puerta estaba abierta. Siempre estaba

abierta porque con el constante movimiento de personas que entraban y salían no se cabía de otra manera. Cuando llegamos debía de haber allí concentradas unas ocho personas, más de lo que permitía con comodidad el espacio libre dejado por la imprenta, las dos camas, el armario, la mesa escritorio y el montón de papel, tinta y publicaciones que se acumulaban de cualquier manera por encima de los muebles y por el suelo.

—¡Gérard! —exclamé desde el quicio de la puerta, elevando la voz por encima del ruido de la imprenta y de las conversaciones—, ¿para cuándo esa genial idea de trasladaros a un local más amplio? ¡No se puede ni entrar!

—¡Marionne! —saludó su compañero Jacques, resurgiendo de algún recóndito lugar oculto tras el escritorio—. ¡Pasa, pasa! ¡Eh, vosotros! —les gritó a los que embotellaban la entrada—, tomad estos ejemplares e id a repartirlos. A ver si hacemos un poco de espacio aquí.

—Oye —protestó uno de los interpelados, cogiendo el paquete que le pasaba Jacques—, ¿has publicado mi artículo? Te dije que te ayudaría si imprimías mi artículo.

—Ya te dije que no había sitio. En el próximo ejemplar. Y ahora vete a repartir eso. ¡Y no me estafes!, ¿eh? ¡Sé bien cuántos te llevas y lo que vale cada uno!

—¡Padre! —exclamó entonces Alain, que tras desaparecer los individuos se había hecho de pronto visible y que escribía sentado en una de las camas—. ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú qué crees? —explotó el viejo—. ¡Vengo a por la liquidación! ¿Piensas que puedo esperar el día entero?

—¿Dónde está mi hermana? —pregunté al no verla—. Gérard, ¿dónde está mi hermana?

—Daniel y ella se han ido al Palacio de Justicia, a intentar enterarse del nombre de los magistrados que han sido detenidos —contestó Alain.

—¿Detenidos? —me sobresalté—. ¿Han detenido a algunos magistrados? ¿A quiénes?

—A dos. Pero no conocemos los detalles.

Extracto de las Memorias de Paul François Bramont, conde de Coboure[12]

Los magistrados Duval d’Eprémesnil y Goislard de Montsabert habían dirigido una atrevida carta de protesta al rey, y los ministros, en represalia, habían decretado su arresto. La detención debía practicarse en la madrugada del 4 al 5 de mayo; pero aquéllos, advertidos, huyeron, y en la mañana del 5 de mayo se refugiaron en la Grand’Chambre del Palacio de Justicia, donde el Parlamento estaba reunido en sesión.

Cuando nos enteramos de la medida dictada contra estos dos colegas, sin más motivo que el de haber expresado su libre opinión, nos negamos en redondo a entregarlos: «[…] considerando que los ministros […] no se ocupan […] sino de desplegar todos los recursos del despotismo […]», la Corte acuerda: «Poner a los señores Duval, Goislard, y a todos los demás magistrados y ciudadanos, bajo la salvaguarda del rey y de la ley.» Seguidamente se envió una diputación a Versalles para exponer al rey nuestro desacuerdo con las recientes medidas adoptadas, y se decidió permanecer en sesión permanente hasta el regreso de dicha diputación.

Pero la reacción ministerial se anticipó. Hacia las once de la noche nos llegó la alarmante noticia de que la fuerza armada estaba tomando el edificio. Los guardias lo habían rodeado, prohibiendo la entrada y salida a toda persona; habían penetrado en el interior, con las bayonetas caladas en los fusiles, haciendo resonar su paso amenazante de tacones sonoros y ecos metálicos por galerías y pasillos. Con el inevitable revuelo, nos apresuramos a avisar a los magistrados que estaban dispersos en otras salas para que acudieran de inmediato a la Grand'Chambre, y esperamos, juntos y tensos, la llegada de las tropas.

Al poco se anunció a quien las comandaba, el marqués d'Agoult, que solicitó comparecer ante la Grand'Chambre. Le esperábamos los ciento veinte magistrados reunidos, estando presentes también duques y pares. El numeroso y adusto auditorio debía de imponer, sin duda alguna, máxime cuando comparecía con las violentas medidas de las que era portador. Desplegó la orden del rey ante sí y la leyó en voz alta:

—«Ordeno al señor marqués d'Agoult, capitán de mis guardias franceses, que acuda al palacio a la cabeza de seis compañías de mi regimiento de los guardias, […] y detenga, dentro de la Grand'Chambre de mi Parlamento o en cualquier otra parte, a los señores Duval y Goislard, consejeros […].»Terminada la lectura, miró a los asistentes. La orden era clara, así que no debía de esperar otra cosa que su acatamiento. Sin embargo, nadie se movió. Se daba la circunstancia de que el capitán no conocía a los magistrados en cuestión, y no podía identificarlos. En tan embarazosa situación, lo único que pudo hacer fue exhortar de nuevo a los presentes a que los dos nombrados le fueran entregados.

—Señor d'Agoult —lo amonestó uno de los pares, el duque de Praslin—, cuando uno se hace cargo de órdenes semejantes a éstas de las que usted es portador, ha de asegurarse de tenerlas lo suficientemente claras como para no sentirse comprometido en su ejecución. Si usted ha creído poderse encargar, no habrá sido suponiendo que nosotros le entregaríamos a dos miembros de la Corte; si usted no los conoce, no seremos nosotros, ciertamente, quienes se los demos a conocer.

—¡¡¡Sí!!! —prorrumpimos todos entonces, con un clamor que se extendió de una punta a otra de la sala—, ¡¡¡todos nosotros somos Eprémesnil y Montsabert!!!! ¡¡¡Si

quiere detenerlos, tendrá que detenernos a todos!!!

El hombre quedó atónito, y no tuvo más remedio que enrojecer, dar media vuelta y salir de la Grand'Chambre, dejándonos con sabor a triunfo.

Pero fue provisional. El capitán marchó, pero dejó a los guardias ocupando el edificio con instrucciones de no dejar salir a nadie. Quedamos retenidos. Toda comunicación quedó interceptada, no podíamos abandonar la sala en la que estábamos confinados salvo en caso de necesidad, y en tal supuesto custodiados por un guardia y para movernos exclusivamente por el interior del palacio. En esa situación, con la incertidumbre de lo que nos depararía el próximo minuto, se nos dejó hora tras hora durante toda la noche y toda la madrugada.

No fue hasta las once de la mañana del día siguiente que apareció de nuevo el marqués d'Agoult. Entró con resolución hasta el centro de la sala, el parquet, y por tres veces, y en medio del más profundo silencio, conminó a los dos magistrados a entregarse. Como en la víspera, nadie se movió. Pero en esta ocasión la reacción era ya la esperada, así que se retiró para reaparecer acto seguido con un oficial adscrito al Tribunal, llamado Larchier.

—Lo requiero —le dijo ante todos—, de parte del rey, a que me diga si los señores Duval y Goislard están aquí presentes, y a identificármelos.

El interpelado, colocado en tan apurado trance, declaró que no los veía. Contrariado, el capitán lo exhortó a que mirara con aplicada atención, pero Larchier se mantuvo en su primera respuesta, y d'Agoult se vio obligado, como la noche anterior, a retirarse sin haber podido cumplir su misión.

Pero la situación era ya insostenible. El leal Larchier había quedado comprometido, y tampoco podíamos permanecer allí sitiados por la guardia durante mucho tiempo. Eprémesnil se mostró dispuesto a entregarse y pidió que se llamara al marqués d'Agoult. Cuando éste entró de nuevo, se levantó y le dijo:

—Yo soy uno de los magistrados que busca […]. Le pido que me diga si en caso de no seguirlo voluntariamente tiene usted orden de arrancarme por la fuerza del sitio que ocupo.

—Sí, señor, y la ejecutaré.

Eprémesnil, entonces, después de declarar que quería evitarle a la Corte esa escena de violencia, descendió hasta el parquet y salió dignamente de la sala custodiado por dos filas de bayonetas. De igual forma se entregó poco después Goislard de Montsabert. Era el 6 de mayo de 1788.

Al día siguiente, 7 de mayo, fuimos convocados al *lit de justic*. que se iba a celebrar el día 8 en el Palacio de Versalles a fin de conocer la reforma emprendida. Dada la oposición que ésta despertó, parece oportuno facilitar un par de breves pinceladas respecto de su contenido.

Considerando, se expuso, que la administración de la Justicia era demasiado lenta

y costosa, acordaba acercarla a los ciudadanos aumentando la competencia de los Juzgados de segundo orden en detrimento de la de las cortes superiores, a fin de aliviar la acumulación de asuntos en éstas y evitar al ciudadano el coste de los desplazamientos y alojamientos en las ciudades en las que se ubicaban. Asimismo, considerando que la existencia de hasta cinco o seis instancias en la resolución de pleitos era excesiva y agravaba dichos males, acordaba reducirlas, en lo sucesivo, exclusivamente a dos grados de jurisdicción. Por otra parte, se suprimían todos los tribunales de excepción, por lo que no existiría más que la justicia ordinaria. En materia criminal se suprimía la obligación de ejecutar las penas de muerte el mismo día en que se dictaba sentencia, pues ello impedía a los condenados solicitar la gracia del rey; y se suprimía totalmente la tortura en los interrogatorios, por cuanto «esas declaraciones, arrancadas por la violencia del dolor, y sostenidas seguidamente por el miedo a ser sometidos a tortura, pueden hacer caer a los jueces en errores funestos».

Y, finalmente, considerando que la competencia de los parlamentos de registrar las disposiciones del rey obstaculizaba la uniformidad de su aplicación en todo el Estado, y que en el último año la oposición de éstos había sido particularmente virulenta en contra del interés público: «revocamos […] el derecho que habíamos concedido a nuestros parlamentos de verificar todas nuestras disposiciones en forma de ordenanzas, edictos, declaraciones o cartas patentadas […]», facultad que se traspasaba a una Corte Plenaria, cuyo origen se pretendía histórico, de ámbito nacional.

Temiendo nuestra demostrada resistencia a obedecer las órdenes con las que no conveníamos, se nos suspendía a todos los magistrados en el ejercicio de nuestras funciones hasta que el rey nos llamase a reanudarlas. Y por si no habíamos entendido tal medida con la suficiente claridad, al volver a París encontramos el Palacio de Justicia tomado por la fuerza armada y la Grand’Chambre cerrada y custodiada por la guardia.

Volví a mi casa después de todos aquellos acontecimientos, que se sucedían sin apenas pausa tras el ataque a Courtain; y cuando creía que la suspensión forzosa de mis funciones me permitiría, al menos, dedicarme a Marionne, Rocard me hizo entrega de la siguiente misiva que había llegado tres días antes pero a la que yo todavía no había podido prestar atención:

Señor.

[…] sin pretender resultar alarmista ni inquietar innecesariamente a su señoría, me veo en la necesidad de participarle que un amotinamiento generalizado ha sublevado a ¡os habitantes del condado de Coboure; que éstos, olvidando las obligaciones que tienen para con usted, se niegan a pagar las rentas que le adeudan; que yo mismo, como castigo a mi celo en el cumplimiento de mi deber, he sido

insultado y hasta agredido cuando he exigido su satisfacción; todo lo cual me mueve a sugerirle muy respetuosamente la conveniencia de su urgente presencia en Coboure a fin de restablecer el orden debido […].

La carta del administrador del condado debía ser tomada en serio, pues era la primera vez desde que yo lo heredara que solicitaba mi presencia, lo que significaba que no recurría a esa petición con liviandad. Las revueltas campesinas no eran corrientes, pero tampoco inusitadas, y fueran o no graves era evidente que debía acudir a atajarlas.

Pero… ¿y Marionne? Desde que me había separado de ella la había tenido constantemente presente. Podía estar ocupado y absorbido por sucesos de la tensión e importancia de los vividos y, en cada entreacto, en cada fisura, filtrarse la luz de su recuerdo. No podía, no estaba capacitado en esos momentos para alejarme de ella durante tanto tiempo. Debía encontrar la manera de conciliar ambas situaciones.

Ese mismo día, sin más dilación, fui a su encuentro. Pero en su taller me dijeron que no estaba, que había salido hacía poco en compañía de un tal Bontemps. Sufrí una gran contrariedad. Subí de nuevo al coche y decidí probar suerte en su casa, cuya dirección me acababan de facilitar. Mas apenas había recorrido tres travesías, cuando casualmente la vi salir con prisas de una portería.

—¡Marionne! —grité.

El vehículo se detuvo y bajé de un salto. Ella, al verme, esbozó tal sonrisa, mezcla de sorpresa y alegría, que una vez más lamenté cada segundo que estaba alejado de ella.

—¡Hola! —exclamó radiante cuando estuvo ante mí—. Oí lo de la detención de los magistrados. Temí que pudiera ser usted uno de ellos.

—No. Pero he sido suspendido en mis funciones. Tengo vacaciones forzosas, y he decidido pasarlas fuera de París.

—¿Ah, sí? —exhaló, borrando de golpe su sonrisa—. ¿Y adonde va a ir?

—Lejos. A Coboure.

En el fondo sentía deseo de volver a Coboure. Adoraba ese sitio, donde había pasado los veranos de mi infancia. Quería ir a allí y quería llevármela a ella conmigo. Pero dudaba de que quisiera aceptar. Tenía que conseguir convencerla.

—¿Y cuánto tiempo permanecerá allí? —preguntó.

—Indefinido.

—Pero… —Pestañeó, tragándose su decepción. Iba a plantear alguna protesta, pero se corrigió y dijo, enderezando los hombros con dignidad—. Si quiere usted retractarse de lo que me dijo el otro día, no es necesario que se vaya tan lejos. Puedo comprender que haya cambiado de opinión.

—Gracias, es usted muy gentil. Pero no, no he cambiado de opinión.

—Pues no lo entiendo. —Dominándose agregó—: ¿Tan imprescindible es su

partida justamente ahora?

—No veo mejor momento que éste, en que he quedado libre tras la suspensión de mis funciones.

—Ya, claro… Libre.

Desvió la vista mientras yo podía oír cómo el alma le caía a los pies. Luego, haciendo acopio de valor, elevó el rostro hacia mí y formuló:

—¿Se va usted con la señora Lymaux?

Aquel planteamiento me sorprendió, pues hacía días que no dedicaba ni un solo pensamiento a Charlotte. La ocurrencia, en sí misma, era graciosa, pero el colmo de mi gozo fue constatar sus celos. ¿Los explotaría? Podían ayudarme a convencerla, pero eran un arma peligrosa, un cuchillo de doble filo. Había que manejarlo con cuidado.

—No —me limité a decir, sin añadir mayores explicaciones—. Me voy solo. Pero —me arriesgué a añadir— lo que no puedo garantizar es que ella no venga a visitarme.

Descubrí un destello de ira en sus ojos, y decidí que era el momento de dar el golpe de timón.

—Supongo que una mujer tan ocupada como usted no tendrá demasiado tiempo para echarme de menos.

—Haré lo posible para sobrevivir sin usted —espetó—. Espero encontrar alguna alma caritativa que quiera entretenerme en su ausencia.

Bueno; ya estaba bien de tonterías y rodeos.

—Venga conmigo a Coboure —solté.

—¿Cómo? —balbució ella.

—Es una invitación formal —aclaré—. La invito a que sea mi huésped en mi castillo de Coboure una temporada. He recibido una carta de mi administrador que me requiere con urgencia allí, no puedo demorar mi viaje; pero quiero verla a usted todos los días. Venga con su hermana, o con su madre, o con ambas. Venga con el señor Bontemps si lo desea, o hasta con Desmond. Tráigase cuanta compañía quiera, pero venga, se lo ruego.

Marionne se había quedado sin habla.

—Tomo su silencio por aceptación —dije resuelto—. Vendré a buscarla mañana a primera hora. Reitero la invitación a su madre y a su hermana. A Desmond no, era una broma. —Me di media vuelta y ya iba a subir a mi carruaje cuando exclamé—: ¡Ah, sí, me olvidaba! —Alargué el brazo hacia el asiento y cogí un ramo de doce rosas blancas que le tendí con premura—. Lo prometido es deuda.

Marionne lo cogió con expresión de desconcierto, y antes de que pudiera superarlo ya estaba yo sentado en la calesa.

—¡Pero…! —farfulló por fin—. No puedo… ¡espere!

No. No quería esperar. No quería darle la oportunidad de oponer sus razones.

—Hasta mañana —me despedí mientras el coche arrancaba.

Llegué a mi casa medianamente esperanzado. Confiaba en que acabaría aceptando la idea. Si deseaba verme a mí tanto como yo a ella, vendría.

—Ah, Rocard —saludé a éste, que me salió al paso en el mismo vestíbulo de entrada—, disponga que preparen mi equipaje. Emprenderé el viaje a Coboure mañana mismo.

—Bien, señor —despachó como si eso no fuera en esos momentos lo primordial —. Por fortuna ya ha regresado usted —añadió a media voz—. El marqués de Sainte-Agnès está aquí, en la biblioteca. Hace rato que le espera, y está que se sube por las paredes. Me ha dado esto para usted.

—¿Qué es? —pregunté alarmado, fijando mi vista en las dos cartas que me tendía.

—Un desafío a duelo y la designación de usted como su padrino.

—¿Un duelo? —me sobresalté—. ¿Contra quién?

—Contra el señor Alexandre Fillard.

Capítulo XVI

Paul Bramont

Con las dos cartas en la mano, sin abrir ni apenas mirarlas, me precipité hacia mi biblioteca.

—Por fin está aquí —saludó Courtain al verme, de pie en el centro de la habitación.

—Me voy mañana. A Coboure.

—Entonces —comentó— tenemos poco tiempo.

—¿Qué ha pasado?

—Fue Fillard quien atentó contra mi vida organizando el ataque del callejón —pronunció agriamente, con perceptible rencor.

La noticia me dejó boquiabierto. Había dado por hecho que se había tratado de un asalto vulgar, de los que abundan en las calles de París todas las noches. ¿Había sido organizado? Rememoré entonces la conversación sorprendida en casa de Charlotte, cuando Fillard propuso atacar a Courtain, y ese recuerdo convirtió la escueta afirmación de éste en una revelación absolutamente creíble.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Uno de mis agentes fue sobornado por él. Me lo ha confesado. Iban a por mí. —Sonrió torciendo el gesto—. Me estuvieron siguiendo toda la noche. Querían el informe que la señorita Miraneau me había entregado, y mi vida, por ende. Pero fallaron —añadió con insidia—, y además los he descubierto.

Apoyé la mano en el respaldo de la silla que tenía próxima a mí y me senté lentamente, sin reparar en lo que hacía, absorbido por las manifestaciones de Courtain.

—¿Y por qué querían ese informe?

—Eso no lo sé. Creí que usted me lo podría aclarar.

—¿Yo?

Courtain me analizó.

—En realidad lo confundieron con otro documento que andan buscando. ¿Sabe cuál?

Medité, concentrado en la cuestión. ¿Qué documento podía buscar Fillard? El borrador de las Memorias arrebatado días antes a Saltrais. Probablemente. Quizá temían que el sustractor pudiera entregárselo a Courtain, o incluso que hubiese actuado por cuenta de éste. Y no era irracional que hubiesen creído que Courtain utilizara para ello a alguien inocente pero comprometido, como Marionne.

Pero no estaba seguro de que debiera hablarle de ello, así que negué con la cabeza. Courtain se mostró opaco. No era ésa para él la cuestión principal en aquellos momentos. Sin embargo, sí tuvo cierta trascendencia para mí. Caí en la cuenta de que mi acción de hurtarle el borrador de las Memorias a Saltrais había desencadenado el ataque a Courtain por parte de Fillard para intentar recuperarlos. Yo no era culpable, pero sí causante del daño perpetrado a Courtain, cuyo brazo izquierdo incapacitado observé ahora con el peso de la responsabilidad.

—¿Por qué yo? —planteé, sintiéndome aún víctima de mi aturdimiento—. ¿Por qué quiere que sea yo su padrino?

—Por reconocimiento. Usted me salvó la vida, y precisamente en ese ataque. ¿Se le ocurre motivo de mayor peso?

—Pero usted cree que yo participé en la fuga —objeté.

—No estoy seguro de su grado de participación —respondió, sentándose en uno de los sillones que había frente a la chimenea—. Siempre me pareció poco acorde con su carácter. Todos los demás sospechosos forman parte del mismo círculo, pero usted ni siquiera se muestra afín a ellos. Que interviniera en mi ayuda demuestra que no participó en mi ataque, pero hay algo más que lo exculpa: Fillard intentó incriminarlo cuando yo descubrí a mi agente. Sin duda lo hizo para alejar las sospechas de sí mismo, pero ¿por qué quiso verterlas sobre usted? Pues porque de entre todos los sospechosos, es precisamente el único que no participó en el complot. Así se aseguraba el que yo lo creyese sin que la pista lo condujera a él. Pero —señaló— la fugitiva se ocultó en su local. Si es usted inocente, debe de haber una explicación racional a eso. Y no la tengo.

No la tenía porque le faltaba el cuarto nombre: Didier Durnais. Pero no sería yo quien se lo facilitara.

—¿Es ése el único motivo? ¿El reconocimiento? —pregunté, sintiéndome algo falso por silenciarle mi recién descubierta acción causal.

—Y la discreción —añadió—. Considero difícil ocultar a los padrinos la causa de la ofensa, y estando relacionada con el asunto de la fuga de La Motte, la discreción aconseja no nombrar a personas ajenas al caso.

Asentí, en señal de comprensión. Esa reflexión era muy razonable.

—¿Quién sería el otro padrino?

—Si usted acepta —contestó encogiéndose de hombros—, quien quiera. Alguien de su confianza. Yo no tengo ninguna preferencia. Pero mi representación quiero que la ostente usted. El otro padrino tendría una función meramente formal. Si pudiera, prescindiría de él.

—No puede —negué tajante—. El código del honor exige dos padrinos. Si intervengo en esto, no quiero contravenirlo un ápice. Los duelos están prohibidos. Bastante riesgo asumo ya participando en uno, siendo encima magistrado.

—¿Entonces acepta?

—Aún no he dicho tal cosa. Preferiría hacerlo desistir. No creo que arriesgar de nuevo la vida sea la mejor forma de agradecer a la Providencia que se la acabe de salvar. Ni tampoco que dar una nueva oportunidad a Fillard de matarle sea lo que merece. Nadie sabe que fue él; probablemente ni él mismo sabe que ha sido descubierto. El honor y valor de usted no están en juego. Puede evitar ese encuentro. Detenga a Fillard cuando tenga pruebas de su participación en el asunto de la fuga y olvide este incidente.

—¿Incidente, lo llama? —rebatió, amargo—. ¿Incidente llamaría usted a quedarse de por vida con un brazo prácticamente inutilizado? —Se tragó su furia y añadió, levantándose—: Podría actuar como él: contratar a unos individuos para que le dieran muerte en un callejón solitario; pero es propio de asesinos y de cobardes, y no me tengo ni por lo uno ni por lo otro. La oportunidad de intentar matarme la tiene él en todo momento, pues un villano ruin que se vale de sicarios para perpetrar sus crímenes no tiene más límite que el fácil de eludir a las autoridades. Pero quienes no somos así sólo tenemos una forma de vengar las afrentas, y es la que voy a seguir.

Comprendí, con pesar, que el encuentro era inevitable. Me levanté y me aproximé a Courtain. Cuando estuve a su lado le tendí la mano y pronuncié con formalidad:

—Después de escuchar sus razones, creo que tiene motivos sobrados para considerarse ofendido y acreedor de una reparación en el terreno del honor. Acepto ser su padrino e intentaré ser un representante digno de tal nombramiento.

—Gracias —respondió estrechándomela.

—Y ahora, marqués, siéntese y deme sus instrucciones. Como bien dijo, tenemos poco tiempo.

Poco después de la entrevista con Courtain, me dirigí a la residencia de Fillard. Iba en compañía del almirante Huguet, conde de Saint-Lazare, viejo amigo personal de mi padre que aquel día le había obsequiado con su visita y que se había prestado a asumir el papel de segundo padrino. Acepté agradecido su predisposición por dos motivos: la celeridad y su reputación, pues como héroe retirado de la Armada y miembro de una antigua familia perteneciente a la nobleza de espada gozaba de un respeto y reconocimiento social de peso. Ante semejante testigo, Fillard cuidaría bien sus actos.

Nos recibió con una fría sonrisa cortés que reflejaba clara extrañeza y absoluta ignorancia de cuál pudiera ser el motivo de nuestra visita.

—Es un placer, caballeros —saludó con amabilidad—. ¿A qué debo tan grata visita?

—Lamentamos que no sea grato el motivo que hasta aquí nos ha traído —explicó el almirante con altivo carraspeo, como hubiese hecho en el puente de mando—. Lo

hacemos en calidad de padrinos del marqués de Sainte-Agnès para hacerle entrega de una carta de desafío —añadió al tiempo que le tendía ésta.

—El encuentro deberá tener lugar mañana —continué sin pausa y sin atender a la estupefacción de Fillard—, por lo que sería conveniente que enviara usted a sus padrinos a mi residencia esta misma noche a fin de concretar las condiciones. Los esperamos a partir de las nueve.

—Pero… —farfulló Fillard, la cicatriz de la ceja roja— ¡debe de tratarse de un malentendido! ¡Hace meses que no cruzo palabra alguna con el señor Courtain! ¡Es absurdo! —Enrojeció de rostro entero—. ¿En qué se considera ofendido el marqués?

—En su carta relata las circunstancias y detalles del agravio —dije sobrio—. En cualquier caso, si se trata de un error, sus padrinos nos podrán dar cumplida explicación.

Fillard miró la carta, que vio lacrada, y optó por abrirla en nuestra presencia pero leerla reservadamente. El color de su rostro fue palideciendo a medida que avanzaba la lectura. Cuando terminó, consciente de que lo estábamos observando, la doblegó sobre sí misma y nos miró con altivez, especialmente al almirante.

—¡Esto es un ultraje! —exclamó—. ¡Las acusaciones que el marqués vierte sobre mí son una calumnia!

—¿Afirma que son falsas?

—¡Completamente! —bramó, con la teatralidad del estrado—. ¡Soy yo el ofendido por haber recibido unas acusaciones semejantes!

—En ese caso —intervino el almirante mirándome—, si niega la autoría, no puede haber encuentro.

No podíamos aceptar la existencia de un duelo salvo que ambas partes reconocieran los hechos o que su existencia y autoría fueran públicamente conocidas.

—Sólo debo advertirle —dije a Fillard, mientras su reciente expresión de alivio se congelaba— que en ese caso el marqués no tiene otra opción que denunciar el hecho ante los Tribunales de Justicia, y que si el día de mañana fuera sentenciada la autoría de usted, o si por cualquier otra azarosa circunstancia ésta quedara acreditada, el acta que como padrinos levantaremos evidenciará que se negó usted injustificadamente a batirse y que no puede seguir siendo considerado caballero ni hombre de honor.

—Eso es cierto —corroboró con imparcialidad el almirante.

Fillard apretó los puños, estrujando el papel que tenía entre las manos. El castigo por el deshonor no afectaba meramente a la esfera íntima. Suponía la proscripción social, el rechazo general, una lacra que se transmitía a los propios hijos. Y cuando además se tenía una profesión liberal, como Fillard, comportaba el fin de ésta. Sus ojos bailotearon inquietos, mientras su mandíbula permanecía contraída. Al fin nos miró con firmeza y concluyó:

—No puedo arriesgarme a que mi reputación se vea maltrecha como

consecuencia de una sentencia injusta o de una revelación falsa. Aunque sigo negando la acusación, no tengo más remedio que aceptar el desafío. Les enviaré mis padrinos a las nueve en punto.

Courtain había permanecido en mi residencia, a la espera de noticias referentes a la reacción de Fillard. Se las relaté brevemente con los pies sobre el heno desmenuzado del establo, donde se había refugiado huyendo del aburrimiento de mi biblioteca. Había pasado revista a todos los caballos, según me explicó él mismo.

—De forma que lo ha negado, ¿eh? —Sonrió oblicuamente.

No hice comentario alguno y esperé su siguiente movimiento.

—He hecho testamento —reveló—. Lo preparé ayer mismo. También escribí una carta para mis padres. ¿Tendrá la amabilidad de hacérsela llegar?

—Mañana abatirá usted a Fillard —imprimí confianza—. Todo esto es innecesario. Pero para su tranquilidad, le prometo que me haré cargo.

Courtain suspiró, elevando la mirada y perdiéndola en la luz liliácea del crepúsculo que resplandecía más allá del umbral de la puerta.

—Bramont, me queda pedirle excusas —dijo de pronto— por Lucile… Nunca quise agraviarlo a usted. Me enamoré. A veces pasa.

—A veces —coincidí—. Lo pasado, pasado está.

Imaginé por un instante que Lucile hubiese permanecido conmigo, y agradecí con profundo alivio mi libertad. Posé mi vista en Courtain, y me di cuenta de que no le guardaba rencor alguno. Hasta mi amor propio herido había quedado restañado. Ahora sólo me importaba Marionne.

—Quien sabe, a lo mejor me hizo un favor.

—Me alegraría de que así fuera. —Me tendió la mano y continuó con grave ceremonia—: Le deseo lo mejor.

—Courtain —repliqué sonriente observando su gesto—, es demasiado pronto para despedidas. Acompáñeme —lo invité dejando caer un golpe seco y amistoso en su hombro—, le mostraré mis perros.

Courtain aceptó la sugerencia y me acompañó hasta la perrera, dejándose conducir hasta el interior del patio enrejado donde los animales, bracos en su mayoría, dejaban pasar el tiempo holgazanamente a la espera de volver a correr por prados y bosques. Allí, en medio del alboroto de ladridos y vivaces coletazos de bienvenida, escuchó distraídamente mis explicaciones sobre los diferentes cruces con canes de otras razas, y las características principales de los que se entretuvo en acariciar. Cuando aquella distracción pareció haber agotado su capacidad de entretenerse, se me ocurrió enseñarle el pabellón de armas, donde le mostré mi reducida colección, de la que me enorgullecía por contar con algunas medievales de no escaso interés, mientras planeaba que la siguiente etapa sería la bodega, donde pensaba ofrecerle un buen vino con el que avivar su brumoso ánimo.

—Señor —me llamó Rocard en el momento en que mostraba a Courtain una cinquedea italiana del renacimiento—, ¿tiene un momento?

Me disculpé ante mi invitado y salí de la estancia alertado por el significativo alzamiento de cejas de Rocard.

—¿Qué ocurre? —pregunté cerrando la puerta tras de mí.

—Un caballero solicita le reciba usted —me informó a media voz—. No ha querido identificarse.

—¿Qué no ha querido identificarse?

—No ha querido dar su nombre, señor. Y oculta su rostro tras un pañuelo que sostiene con la mano.

Miré a mi secretario con incomprensión y extrañeza.

—Ha dicho que lo espera en los jardines. Tampoco ha querido entrar en la casa. Ha insistido en que acuda usted solo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Es un caballero y va desarmado. Se ofreció a que lo registrara y lo hice, señor. Pero no ha dejado su montura.

Dudé unos instantes. Decidí que si iba desarmado el peligro no era excesivo y que mi curiosidad era muy superior a mi miedo.

—Ocúpate del marqués de Sainte-Agnès. Entretenlo. No quiero que se presente por sorpresa.

—Entendido, señor.

Salí a los jardines. El crepúsculo había dado entrada a la noche y la oscuridad velaba todas las siluetas. Anduve con precaución unos cuantos pasos, observando con atención mi entorno, sin dejar el sendero que se abría sobre una explanada ornamentada con robustas y frondosas encinas. Antes de la primera curva del camino, detrás de las columnas semiderruidas de un templo griego al dios Apolo, distinguí un caballo tordo y una sombra oscura sobre él. Me detuve. Sabía que desde su posición yo era perfectamente visible, recortada mi figura en medio del suelo de tierra batida del sendero y de la planicie de hierba sesgada que lo rodeaba. Tras unos momentos, el jinete salió con lentitud de su escondite y se adelantó. A unos diez pasos paró la montura y descendió del animal. La capa lo cubría de pies a cabeza, pero sus movimientos me resultaron familiares. Me aproximé algo a mi vez, tranquilizado por esa impresión. El sujeto vino a mi encuentro, con el equino sujeto por las riendas. Cuando estuvo ante mí, alzó la mano y dejó caer su capucha, descubriéndose.

—Vizconde —identifiqué, más que saludé—. Lo creía a usted en Londres.

—Y allí estoy —replicó—. Pero necesito venir de vez en cuando a París. Tengo asuntos que me reclaman y que no puedo dejar por tanto tiempo descuidados. Pero intento ser discreto. —Sonrió en la penumbra—. Parece que hay alguien que desea

detenerme, y creo que ese alguien no está muy lejos de aquí.

—¿Viene por el duelo? —deduje.

—Así es. Qué pena que los hombres tengamos que seguir solventando nuestras diferencias con la violencia —suspiró con artificio—. Yo soy completamente contrario a ella.

—No se mostró tan contrario a ella cuando intentaron acabar con Courtain —lo tanteé.

—No —rechazó de plano—. Ese ataque se perpetró sin mi conocimiento, y mucho menos con mi consentimiento. Fillard actuó a mis espaldas.

—¿Y por qué lo hizo? Él no está exiliado y pasó con éxito el reconocimiento al que lo sometió Courtain.

—He estado viniendo a París esporádicamente. Supongo que temía que Courtain me descubriera, detuviera, torturara y yo acabara delatándolo. —Sonrió despectivamente—. No tiene los nervios templados. No soporta la tensión. Fue un error confiar en él.

—Ha cometido muchos errores en este asunto —le reproché.

—La fuga fue un éxito, aunque mi objetivo era de más altas miras y reconozco que he sufrido ciertos reveses en su consecución. Pero… —sonrió— aún no me he dado por vencido.

Deambulando habíamos llegado a la sombra de la ruinosa columnata, sombra de luz de luna llena. Soplaba un viento racheado, susurrante entre las ramas de los árboles. Nada se oía, y apenas se veía.

—¿Qué interés le encuentra la gente a las ruinas? —despreció observándolas—. De día son deprimentes y de noche fantasmagóricas.

No repliqué. Saltrais se sentó cansinamente sobre un capitel milenario.

—No me interesa la suerte de Courtain —continuó—. Si muere, mi vida se simplificará, pues sé que no nombrarán a otro investigador solvente que continúe su labor. Pero si vive lo venceré también, aunque sea en otro terreno. Ni tampoco me interesa Fillard. Lo único que en realidad me importa —dijo mirándome— son mi hermana y sus hijos. Sabe usted que Fillard es mi cuñado…

—Sí.

—Fillard ha cometido un acto criminal —condenó—, y temo que el duelo, sea cual sea su desenlace, no sea suficiente para lavar su honor si llega a saberse. Y eso afectaría a mi hermana y a mis sobrinos. No quiero que nadie sepa lo ocurrido. Ni siquiera ellos. Todo debe quedar borrado mañana. Ése es el motivo que me ha conducido hasta aquí. Por suerte estaba casualmente en París.

—¿Y qué puedo hacer yo al respecto?

—Mucho. Usted es padrino de Courtain, es el legitimado para pactar las condiciones del encuentro. Deseo que en las actas relativas al duelo no se indique en

qué consistió el agravio.

Al punto negué con la cabeza.

—No puedo avenirme. Puedo aceptar obviar los detalles, pero que el agravio ha consistido en la organización de un ataque contra la vida del ofendido, veo imposible silenciarlo. Si se tratara de un duelo a primera sangre aún lo podría considerar, pero siendo un duelo *à outrance*. no. En caso de que Courtain dé muerte a Fillard, ése sería su justificante social y su atenuante legal.

—Pues eso no es todo —continuó imperturbable—. También deseo que juren ambos padrinos, en nombre propio y en el de su ahijado, que guardarán absoluto silencio de cuanto conozcan al respecto.

—No hay leyes contra los deseos.

—Y que me jure que Courtain no tendrá conocimiento de mi estancia en París hasta que el duelo haya terminado —continuó Saltrais sin resentirse de mi ironía—. A cambio de cuanto solicito estoy dispuesto a hacer concesiones. Pida usted.

—Soy insobornable. —Sonreí.

—De eso nos jactamos todos, pero lo cierto es que todos tenemos un precio. No obstante, no tengo intención de tentar su conciencia. Me refiero a concesiones en cuanto a las condiciones del duelo. He sido nombrado padrino por Fillard, así que es mi deber y el de usted el concertarlas.

—Sí, pero en presencia de los otros padrinos. La reunión está convocada a las nueve.

—Los otros padrinos son títeres. Negociemos usted y yo, y ellos suscribirán el acuerdo al que lleguemos.

—¿Quién es el otro padrino de Fillard?

—Mounard.

Tenía razón.

—Bien —acepté—. Usted dirá. ¿Qué puede ofrecerme? Tenga en cuenta que por la gravedad de la ofensa Courtain tiene derecho a elegir la clase de duelo, las armas, la distancia, el lugar y el día y hora. Sólo se me ocurre una cosa que pueda usted darme a cambio.

—¿Qué?

—El derecho a utilizar las armas propias.

—¿Por ambos?

—No, por supuesto. Sólo por Courtain.

—¿Qué clase de armas ha escogido?

—Pistolas.

—Con pistolas es demasiada ventaja —opuso—. Si se tratara de espada o sable…

—Si la ventaja es poca, el interés en aceptar el acuerdo también lo es. Si yo aceptara que Fillard utilice también sus propias pistolas, le estaría dando más ventajas

a él que a Courtain. Usted sabe que su cuñado se cuenta entre los mejores tiradores y que en las partidas de caza es quien se suele cobrar más piezas.

—Por eso me extraña que Courtain haya escogido las pistolas. Es mucho más joven que Fillard. Con espada o sable tendría más ventaja.

—¿No lo sabe? Courtain sufre una minusvalía en su brazo izquierdo, secuela del ataque. No está en condiciones de batirse con esas armas.

Saltrais suspiró profundamente, pareció meditar unos instantes, y respondió:

—Bien, no me deja opción. Acepto. Confío en que la puntería de Fillard compense esa ventaja.

—Ahora soy yo quien no ha terminado —repliqué—. En el acta deberá constar que Fillard se reconoce ofensor, que el agravio cometido es de la máxima gravedad, que no consta en el acta a petición del propio Fillard y que, a cambio de tal discreción y por la propia gravedad de la ofensa, acepta que su ofendido pueda esgrimir armas propias, ventaja que considera justificada en este caso.

—No veo inconveniente en aceptar esos términos —convino Saltrais.

Asentí. Ambos guardamos silencio. No tenía noción de si el acuerdo alcanzado satisfaría a Courtain, pero era en su beneficio, y precisamente les estaba prohibido a los propios afectados negociar las condiciones del encuentro para asegurar su objetividad.

—Pues sólo queda redactar el acta —concluí—. Para eso será conveniente esperar a los otros dos padrinos.

Saltrais se levantó, y yo hice lo propio.

—Por cierto —dijo mientras cogía las riendas de su caballo—, supongo que la clase de duelo será la habitual: de cara, a pie firme y disparando a la voz de fuego.

Lo pronunció intentando ocultar la inquietud que de pronto lo había asaltado.

—No —contesté—; de espaldas y disparando a voluntad.

Saltrais me miró fijamente, con la gravedad reflejada en el semblante.

—No me lo había dicho —reprochó.

—No me lo ha preguntado —respondí.

Saltrais mantuvo su mirada, y yo se la sostuve, a la espera de su reacción. Se limitó a iniciar la marcha hacia la salida del jardín. Yo nada añadí y lo seguí silencioso, mientras percibía su preocupación emanando de él como el humo del fuego. Y es que, como él y yo sabíamos, Fillard tenía excelente puntería, pero Courtain era muy rápido.

André Courtain

Avanzábamos por la poco transitada carretera que conducía al bosque de Boulogne. Eran las seis de la mañana. Era el día. Quizá mi último día, quizá mi último

amanecer. La posibilidad de morir aquella mañana me asustaba, no por temor a lo desconocido, sino simplemente porque no quería dejar de estar vivo. Me gustaba vivir. Una obviedad que descubría en ese instante, mientras el sereno paisaje de árboles y prados desfilaba tras la ventanilla del vehículo. Pero la muerte no era lo que más temía. El duelo à *outranc*. no terminaba necesariamente con la muerte de uno de los duelistas, sino cuando las condiciones físicas de uno de ellos ya no le permitía continuar el combate. Temía la ceguera, la invalidez, la pérdida de la razón como consecuencia de una herida craneal grave. Temía la minusvalía física o psíquica que no me sentía capaz de sobrellevar. Tenía miedo. Un angustioso y profundo miedo.

Mi sufrimiento debía de ser intuido por los demás, porque nadie pronunciaba palabra; o quizá en ellos sólo pesara la somnolencia. Me acompañaban en el carruaje el propio Bramont, dueño de éste, el almirante y el doctor Duplais. En todo duelo era preciso que estuviera presente un médico, y generalmente lo estaban dos, uno por cada parte de los combatientes.

Mi respeto por los duelos había nacido hacía mucho tiempo, cuando mi hermano Pierre murió en uno de ellos a los veintidós años. Era jugador y había sido acusado, probablemente con razón, de haber hecho trampas. Su contrincante eligió duelo a pistolas, de espaldas y disparando a voluntad. Mi hermano se había entrenado desde su adolescencia en el manejo de la pistola, pero no practicó otra cosa que la puntería a pie firme contra un blanco fijo. No obstante, hay otras formas de organizar el encuentro, y la escogida por aquél se basaba no sólo en la puntería, sino también en la velocidad. Desde el fallecimiento de mi hermano, que destruyó para siempre la felicidad de mi hogar, sumiendo a mi madre en una tristeza insondable, a mi padre en un silencioso absentismo, y empujando a mi hermano Germain a embarcarse hacia América, donde murió a su vez en un campo de prisioneros, yo me entrené en el disparo en movimiento, a pie y a caballo. Y me dije que, si algún día participaba en un duelo y era yo quien podía decidir su clase, optaría por la misma que mi hermano no había podido superar.

Nos adentramos en el bosque y tras varios minutos nos detuvimos en un claro. Todos sabíamos que habíamos llegado al lugar señalado, y sin mediar palabra descendimos de la berlina. Ya fuera del coche miré a mi alrededor para comprobar si el carruaje de Fillard había llegado. Así era. Se me encogió el corazón unos instantes. En ocasiones uno de los contrincantes no se presenta, acobardado en el último momento. No había sido el caso. En el centro del claro esperaba el cuarteto formado por Fillard, el conde de Mounard, el hijo de éste, y un cuarto que probablemente era el médico. Bramont me dirigió una breve mirada, como diciendo «vamos», y avanzó hacia ellos con la caja de pistolas bajo el brazo, seguido por los demás, yo en último lugar.

Todos nos saludamos cortés y brevemente, incluidos Fillard y yo, que

manteniendo la distancia intentamos no mirarnos a la cara el uno al otro. Cumplido el molesto trámite, me aparté y me senté en un tronco caído que había en el linde de la arboleda, esperando mi momento. Fillard hizo lo propio, pero prefirió calmar su inquietud andando con pasos perdidos por la triste explanada, escenario de muchos otros duelos anteriores al nuestro. No pensé en él. Preferí no pensar en nada en esos momentos.

Bramont había mostrado mis pistolas a Mounard, quien tenía derecho a examinarlas y probarlas. Eligió una, la cargó y disparó contra un árbol. El estruendo de la detonación retumbó en todo mi organismo. Dio en el blanco, aunque no era difícil porque estaba muy cercano. En cualquier caso, comprobó que el arma no desviaba más de lo normal ni tenía ninguna anomalía reseñable. Luego hizo lo mismo con la otra. Fillard había prestado atención a la prueba, pero nada dijo, mero espectador en la distancia.

Una aproximación de los cuatro testigos y un murmullo entre ellos seguido de la entrega de la caja de pistolas al almirante, me hizo comprender que era a éste a quien habían elegido como director del combate. Era el de mayor edad y sin duda el más imparcial de cuantos estábamos allí. Luego Bramont y Mounard se dedicaron a cargar las armas, cada uno bajo la atenta mirada del otro y del almirante, para asegurar que las cargas de pólvora en ambas eran iguales y que se hacía de igual forma. Mientras tanto, el hijo del conde de Mounard midió con una vara los veinticinco pasos que debían separarnos a Fillard y a mí, y señaló ambos extremos clavando una espada en cada uno de ellos. El almirante cogió una moneda y bajo la contemplación de los demás la lanzó al aire para sortear la posición que cada duelista debíamos ocupar.

Enderecé la espalda y suspiré, alzando la vista hacia el cielo. Llegaba el momento. Bramont se dirigió hacia mí. Antes de que llegara, me levanté y lo seguí silencioso hasta mi posición. Ésta no suponía privilegio ni desventaja alguna, puesto que estaba nublado y no había sol que pudiera deslumbrarnos a ninguno de los dos. Fillard había ocupado también su lugar y, aunque lo miré, evité hacerlo a la cara, como cuando nos habíamos saludado. Volví a suspirar. Un parásito me devoraba el estómago.

Se suponía que ahora los padrinos debían hacer el último intento por reconciliarnos, pero la naturaleza del agravio era de tal entidad que ni siquiera se intentó cumplir con el formalismo. El almirante se acercó con solemnidad hasta Fillard y le ofreció las dos pistolas, a fin de que eligiera una. Siendo de mi propiedad, le correspondía a él el derecho a escoger primero. Después se llegó hasta mí y me ofreció la sobrante.

—Caballeros —dijo el almirante, que había regresado a su anterior posición—, voy a repetirles las normas de este encuentro. Ambos se colocarán dándose la espalda en el lugar que se les ha señalado. Daré dos voces, y sólo dos voces. La primera será

de «Preparados» para que se pongan en guardia, pero no podrán volverse ni disparar. La segunda de «Ya», en cuyo momento pueden volverse el uno hacia el otro manteniéndose en su sitio, y dispararán cuando cada uno lo considere oportuno. En consecuencia no habrá voz de «Fuego», ya que el momento del disparo es libre desde entonces. Si uno dispara antes que el otro, permanecerá quieto hasta que el otro dispare a su vez o se le indique que el duelo ha terminado. ¿Alguna duda? —marcó una pausa, seguida por un silencio, y continuó—: En ese caso, señores, dense ambos la vuelta.

Me volví lentamente hacia la arboleda que había frente a mí. El tacto de madera y metal de la empuñadura de la pistola era lo único que sentía en esos instantes. No oía, no veía, no sentía frío ni calor. Mi mente se centró en una sola cosa: mi objetivo. Ahora éste estaba en línea recta respecto de mi posición, pero al girar, yo lo haría hacia la izquierda dando un paso en esa dirección y él haría otro tanto, de forma que quedaría ligeramente desplazado hacia mi izquierda. Y podía agacharse al girar, así que era más seguro el tiro bajo.

—¡Preparados!

Crucé el arma sobre mi pecho para no perder tiempo levantándola, flexioné ligeramente las rodillas y permanecí alerta.

—¡Ya! —tronó.

Me impulsé en un giro veloz y, aún en movimiento, disparé.

Me coloqué inmediatamente de lado, para reducir la superficie vulnerable y esperé. Todavía retumbaba el sonido de mi disparo. No había apuntado, ni pensado lo que hacía, ni siquiera había mirado bien. Sólo me había movido. Había sido todo un movimiento continuado, sin pausa alguna, intuitivo, preconcibiendo mentalmente la posición y figura de mi enemigo. Me había parecido haber disparado antes de que él tuviera tiempo de elevar la pistola hacia mí, y de haber dado en el blanco, pero no estaba seguro de nada.

Oí el sonido de pasos rápidos en dirección a Fillard. Sin mover el cuerpo, volví la cabeza y miré. Estaba desplomado en el suelo, y los dos médicos y el almirante habían corrido hacia él. Se habían aproximado también los demás asistentes. Opté por continuar en mi sitio. Los médicos le abrieron la casaca. La camisa blanca estaba manchada de sangre a la altura del pecho. El almirante, que estaba acuclillado junto a Fillard, se levantó y se volvió hacia mí. Hizo un elocuente gesto de mano con el que me dio a entender que el duelo había terminado.

Suspiré, mientras el cielo se abría frente a mis ojos. Suspiré de nuevo, profundamente. Sentí una debilidad extrema, mientras de pronto mis oídos parecían destaponarse. De pie, todavía ocupando el mismo lugar, cerré los ojos. Seguía vivo. Podía haber muerto, pero seguía vivo.

Los dos médicos colocaron a Fillard en una camilla y Mounard cubrió su rostro y

su cuerpo con su capa. Ese gesto me dio a entender que había fallecido. El almirante estaba escribiendo sobre una tablilla. Era el acta del resultado del encuentro, que debía redactarse por duplicado. No tardó en presentar ambos ejemplares a los demás testigos, quienes la firmaron.

Seguí con la mirada el movimiento de los hombres llevando el cuerpo de Fillard hacia su carruaje. Esperé hasta que en su trayectoria pasaron delante de mí. Pude ver su mano inerte colgando a un lado, saliendo por debajo de la tela que le servía de cobertura. Me detuve unos instantes a analizar mis sentimientos ante la primera muerte humana que había causado, y me impresionó el darme cuenta de que no me producía pena ni remordimiento alguno.

Capítulo XVII

Paul Bramont

Salíamos del bosque de Boulogne. Dentro de la berlina viajábamos los cuatro, los mismos que habíamos acudido a la terrible cita. Hubiese podido no ser así. El pensamiento condujo mi mirada hacia Courtain, sentado frente a mí. Estaba sombrío, perdida la vista en la lejanía que se extendía detrás de la ventanilla. Había sobrellevado con desasosiego la posibilidad de su muerte, y ahora sentía una alegría auténtica, de fondo, por su supervivencia. Había experimentado lo mismo cuando lo atacaron y descubrí que lo había superado. En un orden lógico debería considerarlo mi antagónico, pero nunca había llegado a sentirlo propiamente como tal. Quizá lo natural era nuestra afinidad, y lo artificial todos los avatares que nos habían enfrentado.

Después pensé en Marionne. Desde nuestro último encuentro no había recibido ningún mensaje suyo que desvirtuara mi confianza de que me acompañaría a Coboure; así que como yo no había podido ir personalmente a causa del duelo, había encargado a Rocard que pasara a buscarla con la carroza de viaje y se encontrara conmigo en una posada que había en la carretera del bosque de Boulogne, con todo mi equipaje ya preparado y cargado. Mi intención era continuar con ella el viaje desde ese punto sin necesidad de regresar a París.

A medida que nos aproximábamos al lugar de encuentro, iba aumentando mi ansiedad. La ocasionaba la sola expectativa de verla, y también la intranquilidad de que algo lo impidiera. El coche parecía avanzar con una lentitud desesperante. Por fin divisé el edificio, semioculto a la vista del viajero por una clara arboleda. Frente a él, en su patio delantero, había detenidos varios carruajes y diligencias, con su consecuente trasiego de pasajeros, mozos y animales. Distinguí el mío, no precisamente discreto con su tiro de cuatro caballos y sus baúles y maletas sujetos en la parte trasera. Al llegar descendí el primero y me dirigí directamente hacia el interior del establecimiento en busca de Rocard; pero éste, que debía de haber visto nuestra llegada, se anticipó saliendo a mi encuentro.

—Buenos días, conde. ¿Cómo ha ido todo? —preguntó con interés mientras dirigía una mirada hacia quienes bajaban del coche—. ¡Ah! —exclamó al ver a Courtain—. Veo que el marqués ha salido airoso de la prueba.

—¿Dónde está? —pregunté contenido.

—No ha venido —contestó grave—. Me dio esto para usted —añadió tendiéndome un papel.

—¿Cómo que no ha venido? —me exasperé.

Por toda respuesta Rocard extendió nuevamente la misiva. La cogí con dolorosa decepción. Sabía lo que contenía. Excusas. Me aparté de Rocard y la abrí.

Querido amigo:

Permítame que lo llame así, pues es a un amigo, y con todo mi afecto, a quien dirijo esta breve nota.

No imagina usted hasta qué punto me he sentido privilegiada y honrada por su invitación. Más que eso: me ha hecho feliz.

Me ha atormentado la incertidumbre de si debía aceptar. Mi deseo me empuja a ello, pero me retiene la prudencia. Si voy a Coboure, sé bien lo que ocurrirá. Usted también lo sabe. Lo ocurrido en nuestros dos últimos encuentros son claros indicios. No quiero ir tan deprisa, y no podremos ir despacio conviviendo juntos en un castillo aislado en el campo. Ya le vaticino que yo no superaría ni la primera prueba.

Le esperaré hasta que vuelva, cuando quiera hacerlo. Le agradecería que me escribiera. Se lo agradecería de corazón.

MARIONNE

—¿Malas noticias?

Era Courtain. Estábamos en un rincón del patio, ante la posada. Rocard se mantenía a respetuosa distancia, junto a la puerta de entrada.

—No —respondí escueto doblegando el papel.

—Pues su expresión refleja lo contrario —insistió.

Lo miré. Su actitud era de sincero interés. Estuve tentado por un instante de confiarle mi absoluta contrariedad, pero mi connatural reserva me retrajo. La indecisión, no obstante, fue suficiente para que Courtain confirmara su primera impresión y tendió la mano exigiendo que le mostrara el escrito.

—Gracias por la atención —sonreí—, pero es un asunto privado.

—Quién sabe, a lo mejor puedo ayudarle.

—En esta ocasión lo dudo. En otra será. Ya le daré algún día la oportunidad de hacerme algún favor, si lo necesita.

Se sonrió a su vez, pero no cejó en su empeño y repitió el gesto que solicitaba la nota.

Ante su insistencia me pareció desproporcionado negarme dos veces. Sólo era un rechazo más. Había recibido otros, Courtain lo sabía bien. Le tendí el papel. Él lo cogió y lo leyó.

—La había invitado a ir a Coboure conmigo —aclaré.

—¿Y qué va usted a hacer? —indagó devolviéndomelo.

Medité unos instantes. No lo sabía. Aquella reacción había destrozado todos mis

planes y toda mi ilusión. ¿Para qué ir a Coboure si iba a estar alejado de ella? Pero estaba obligado a hacerlo, aunque fuera por un período mucho más corto de lo ideado.

—Iré a Coboure de todos modos —repuse contrito.

—¿Sin ella?

—¿Cómo que sin ella? —Me irrité ante tal absurda pregunta—. ¡Pues claro, no quiere venir, ya lo ha leído!

—No —replicó, conteniendo la hilaridad ante mi exasperación—. No es eso lo que yo he leído. He leído que usted ejerce sobre ella una atracción tan irresistible que no se atreve a ir por miedo a caer seducida la primera noche. La verdad, Bramont, a mí una mujer que me interese me dice eso y no dudo ni un instante en ir a buscarla. Y usted está aquí, pensando en ir solo. No lo entiendo.

—Ella dice que no quiere ir —repetí, obcecado.

—¡Por los clavos de Cristo, no dice eso! —Se rió ya abiertamente—. ¡Haga el favor de leer bien!

Lo miré dudando, escéptico, pero al tiempo esperanzado.

—A mí no me gusta suplicar.

—¡Bramont! —Sonrió Courtain con dramática expresividad—. ¡Me asombra usted! No le suplique, dele lo que quiere.

—¿Y qué es lo que quiere, usted que sabe tanto?

—Está claro. La garantía de que no va a perder la virtud en sus brazos.

—¿Y eso cómo se garantiza?

—¡No pretenderá que lo piense yo todo! Use la imaginación. Póngase en su lugar. Pero yo partiría ya hacia su casa y lo pensaría por el camino.

Marionne Miraneau

Estaba en mi dormitorio, deshaciendo mi baúl y recolocando todas las piezas de ropa en el armario. Había dudado hasta el último minuto. Hablé con Edith y con el señor Bontemps para que se hicieran cargo del negocio durante mi ausencia, concluí a toda prisa los asuntos que tenía pendientes, hice el equipaje pasada ya la medianoche, mal dormí afectada por los nervios y la angustia de la indecisión, y al despuntar el día la solución me sobrevino sin ulterior reflexión. No debía ir. Si su interés era sincero, no lo perdería, y lo que tuviera que ocurrir ocurriría igualmente pero con la madurez requerida. Y si su interés no era sincero, no debía entregarme. Y en Coboure lo haría. Rememoré la cena en su residencia, el entorno fastuoso, sus dotes seductoras, su atractivo personal. Allí no podría resistirme. Era demasiado pedir.

—La verdad, Marionne —me estaba diciendo mi hermana, sentada en el alféizar de la ventana abierta de par en par que abocaba sobre la calle Saint-Denis—, no te

entiendo. ¿Por qué no vas?

No contesté. Edith llevaba toda la mañana dándome la murga.

—Que rechazaras al baboso de Desmond —continuó— lo entiendo, pero al conde…

—No hables mal de Desmond —reprobé, mientras doblegaba un vestido sobre la cama—. Me ayudó mucho cuando lo necesité. Es una gran persona.

—Pues eres tú quien lo tratas con desprecio soberano.

—¡Yo no lo trato con desprecio! —Me irrité—. Lo desanimo, eso es todo.

—Tanto que el pobre ya no camina, arrastra los pies.

Me enderecé, suspirando con paciencia y desánimo.

—Edith —dije mirándola—, no me ayudas nada… ¿no tienes algo mejor que hacer?

—¡Dios mío! —exclamó de pronto, mientras asomaba el cuerpo hasta el punto de hacerme temer por su seguridad—. ¡Es él! —Se enderezó y me miró, exaltada—. ¡Es él!

—¿Cómo que es él? —me sobresalté.

—Está abajo, está entrando por la portería. ¡Marionne, es él, el conde, está aquí!

Me quedé paralizada, mirando a mi hermana como si fuera un espectro. ¡Él! ¿Qué iba a decirle?

—¿Qué…? —me interrogó Edith, para provocar mi reacción.

—Dios mío —exclamé nerviosa mientras me observaba en el espejo. No esperaba ninguna visita, no estaba arreglada. Llevaba un vestido sencillo de estar por casa—. ¿Qué me pongo?

—Ponte el de flores verdes. Te está muy bien.

—Está manchado —protesté angustiada.

—¿Dónde?

—¡Aquí, aquí! —proferí irritada—. ¿Es que no lo ves?

Se oyó el pomo de la puerta. Dos golpes firmes y secos. Cerré los ojos en un suspiro. No me preocupé más de mi aspecto, o mejor dicho, desistí de la idea de mejorarlo, pues ya no había tiempo. Fui a su encuentro. Le había recibido mi madre y estaba con ella en el salón, intercambiando frases corteses. Al entrar observé el rostro de mi madre mientras conversaba con él. Era la primera vez que lo veía. La primera vez que le hablaba. Estaba azorada. No era para menos. Él deslumbraba a cualquiera. A mí la primera.

—Marionne —anunció mi madre al verme, con las mejillas teñidas de un vivo color y en un tono de afectada gentileza que no solía utilizar conmigo—, el conde de Coboure nos ha honrado con su visita.

—Buenos días —saludó formal.

—Buenos días. ¿Ha recibido usted mi nota?

—Sí, de eso vengo a hablar.

Mi madre se despidió de inmediato y nos dejó solos. Después, aún permanecimos unos instantes en silencio. Yo sentía cierto embarazo pues no me veía capaz de explicarle en persona los motivos que había expuesto en mi epístola.

—Al parecer —inició—, no quiere usted ir al Paraíso por miedo a morder la manzana prohibida.

La explicación fue de un grafismo tal, que me eché a reír, con alegría y alivio. Él lo entendía y no se había ofendido.

—Voy a hacerle una proposición —continuó—: le doy mi palabra de honor, y no se atreva a decirme que no confía en ella, de que no le voy a dejar morder la manzana. Entiéndame: no sólo no voy a ofrecérsela, sino que se la negaré aunque me la pida. ¿Me sigue?

Dudé un instante.

—Creo que sí —repuse, con cierta inseguridad.

—Bien. Pero a cambio de mi juramento y de mi enorme sacrificio, pues contenerme ante usted lo es, tendrá que aceptar una apuesta: si me libera de mi juramento antes de que termine nuestra estancia en Coboure… se convertirá en mi amante para siempre.

—Perdón, perdón —protesté, escandalizada y divertida a un tiempo—, ¿puede explicarme mejor esta última parte? ¿Cómo que me convertiré en su amante para siempre?

—Un castigo por su lujuria. Porque tenga en cuenta que dependerá sólo de su voluntad.

—¿Sólo dependerá de mí? —Seguí el juego.

—Claro, se lo he dicho: habrá tenido que liberarme de mi juramento.

—¿Y cómo haré tal cosa?

—Muy fácil. Tendrá que decir: «Lo libero de su juramento.»

—¡Ah! —Reí, ante la originalidad de la idea—. Sí, es fácil, ya veo. Pero en una apuesta se ha de tener la posibilidad de pérdida, pero también de ganancia. ¿Qué pasa si supero la prueba, si no lo libero a usted de su juramento antes del regreso a París?

—En ese caso, yo la pediré a usted en matrimonio.

Callé un instante. Lo miré a los ojos, mientras me recuperaba de su inesperada propuesta. ¿Era broma? Su expresión no había cambiado. Seguía siendo firme y al tiempo jocosa.

—Eso suena a condena para usted —comenté.

—Mi castigo por no haber sabido seducirla.

—¿Y no teme que la promesa de matrimonio incentive mucho mi resistencia?

—¿Por qué? ¿He de dar por supuesto que desea usted casarse conmigo? —me provocó.

—No —me obligó mi dignidad a responder.

—¿Entonces?

—Pues ya que lo menciona —siguió dictándome mi amor propio— imaginemos, por agotar todos los supuestos, que gano la apuesta pero que no quiero casarme con usted.

—Pues me rechaza. He dicho que la pediré en matrimonio; no que la forzaré a él.

—Ah, o sea, que puedo renunciar al premio —dije, con ligero sarcasmo.

—Si no sabe apreciarlo…

Reí brevemente, algo azorada.

—Tal y como lo plantea —me recuperé—, todo queda en mis manos. Usted no tiene margen de elección.

—Así es. Supongo que no tendrá usted queja.

—Me extraña que no la tenga usted.

—Es que yo tengo un secreto.

—¿Cuál?

Se inclinó hacia mí y susurró:

—Que a mí no me importa perder.

Lo miré y tuve que desviar la vista.

—¿Y de cuánto tiempo se trataría? —intenté volver a retomar el hilo.

—No lo sé. Mi intención es la de quedarme en Coboure hasta que se resuelva la situación que me reclama allí y se levante la suspensión de mis funciones como magistrado. Semanas, posiblemente meses…, no lo sé. Usted, obviamente, puede volver a París en cuanto lo desee. Aunque en ese caso la apuesta quedará anulada.

—Ah, pero… —quise confirmar, manteniendo el tono risueño—, ¿la está proponiendo en serio?

—Por supuesto —replicó en ese mismo tono—. Y el juramento que le he formulado, también. Ha de venir conmigo, Marionne —me conminó grave—. Si he de suplicarle, lo haré.

Sí, hablaba de veras, creí al fin. Respiré con esfuerzo, terriblemente debilitada ante su presencia. Ya sabía yo que si hablaba con él estaba perdida. Si él no podía tener la iniciativa… me intenté reconfortar, si quedaba ésta en mis manos…

—¿Acepta? —preguntó tendiéndome la mano.

—Acepto —me rendí estrechándosela.

Viajábamos en el interior de su fabulosa carroza. El conde iba sentado a mi lado, separados ambos por los cojines en los que alternativamente nos apoyábamos. Habíamos estado hablando de Coboure, de donde decía que tenía buenos recuerdos por haber pasado allí los veranos de su niñez.

—Cuénteme algo de usted —lo animé—. Cuénteme algo de su infancia.

Me miró afable.

—¡Ah! ¿Ya vamos a empezar a conocernos?

—Sí, ¿por qué no? —Sonreí.

—Tenemos tiempo. ¿Quiere un bombón? —me tentó.

—Me parece que no le gusta hablar de usted mismo.

—Eso es porque temo aburrir.

—No, no es cierto. Es porque no le gusta revelar nada de usted. Por eso siempre está de broma.

—Yo no estoy siempre de broma. Al contrario.

—Conmigo sí.

—Es que usted me inspira alegría. —Me guiñó.

—No siempre.

—No siempre, es cierto. —Se inclinó hacia mí sobre los cojines y añadió—: A veces me inspira pasiones incendiarias.

—¿Ve como siempre está de broma?

—No es broma. ¿Ve como me malinterpreta?

Reí con suavidad y desvié la mirada por la ventanilla. Me sentía feliz y segura.

Apenas unos minutos de silencio después, no pude resistir la tentación de volver a mirarlo, y me sorprendió descubrir que se había dormido. Lo observé con atención, por si estuviera tan sólo dormitando, pero un involuntario espasmo muscular de su pierna me desveló que había entrado en el relajamiento propio del sueño profundo. Su rostro mostraba una distensión tal que me ofrecía una imagen distinta a la que le conocía despierto. Estaba hermoso así, en aquel estado de abandono de su propia consciencia, y lo contemplé largamente, deleitándome en la posibilidad de hacerlo sin que él captara mi mirada con la suya vivaz y turbadora.

Al cabo cogí una novela de mi bolsa de viaje, que me molesté en abrir por su punto de lectura, a pesar de lo cual mi atención volvía a él constantemente para perderse luego en una suave marea de vagos pensamientos.

—Será un placer ayudarla, Marionne —me había dicho el señor Bontemps cuando fui a visitarlo la víspera a su despacho—. Quédese tranquila. Yo me ocuparé de todo como si fuera mi propio negocio, se lo prometo. Por desgracia, ahora me sobra el tiempo. He decidido confeccionar trajes de caballero. Pero la gente no compra ropa confeccionada. Los ricos tienen a sus sastres de siempre y los pobres necesitan el dinero para otras cosas. Voy a dejar el local. Es muy grande y me comporta demasiados gastos. Buscaré uno más pequeño.

—No busque otro local de momento —le había contestado—. Utilice el mío. Puede que esté ausente algún tiempo y mientras tanto se ahorrará el alquiler. Si se reorganiza mejor el almacén, hay sitio de sobras. Y luego, cuando vuelva, ya hablaremos.

—¿De qué? —quiso saber.

—No sé —había aventurado—. De la conveniencia de una asociación, tal vez.

La carroza sufrió una brusca sacudida y volví al momento presente. El movimiento lo había despertado también a él, que entreabrió los ojos con pesadez para enderezarse súbitamente un instante después, todavía aturdido.

—Vaya —se lamentó, frotándose con energía la cara—. Me he quedado transpuesto, lo siento. —Se recostó en el respaldo y suspiró con desahogo—. Le pido mil disculpas. Estos últimos días han sido complicados. Me temo que estoy agotado. No estoy siendo un compañero de viaje demasiado ameno para usted.

Parecía sinceramente afligido, como si hubiese cometido conmigo una falta relevante, de forma que dije:

—No he emprendido este viaje en busca de diversiones, sino de su compañía, y ella me basta. Descanse, si lo necesita.

Me miró con una ternura nueva, tomó mi mano izquierda, que reposaba sobre el asiento, cercana a su diestra, y la oprimió afectuosamente, acariciándola con su pulgar.

—Por suerte usted es distinta.

Retuvo mi mano en la suya. Parecía todavía somnoliento, aletargado como consecuencia del brusco despertar. Señaló con un movimiento de cabeza el libro que descasaba abierto sobre mi regazo:

—Veo que ha buscado a otro amigo que la entretenga. Pero ahora ya estoy más conversador, así que no va a necesitarlo. Dígame, ¿qué quería que le contara?

Me encogí de hombros.

—Lo que quiera.

—Yo quiero contárselo todo, Marionne —repuso con dulzura—. Pregunte.

Pensé en mi mano, todavía cobijada en el calor del cuenco de la suya.

—¿Lo que quiera?

—Claro.

—Entonces confieso que siento curiosidad por conocer… —La vergüenza me censuró—. Bueno, usted una vez me preguntó si yo estaba libre y…, en fin…

—¿Me está preguntando por mis romances? —acabó de formular él con una sonrisa, ante mi apuro.

Asentí silenciosamente. Pareció meditar, como si recapitulara sus memorias al respecto, y al cabo contestó:

—La verdad es que ya no recuerdo ninguno.

Rompí a reír. No tenía remedio.

A la hora de comer nos detuvimos en un mesón próximo a la carretera. Cuando entramos en el edificio, me encontré en un comedor ruidoso, amueblado con mesas

largas compartidas por los viajeros que se distribuían en sus bancos casi codo con codo a aquella hora punta: campesinos y transportistas, mano de obra itinerante, soldados de traslado, pequeños comerciantes en sus viajes de negocios, músicos y artistas ambulantes…; todos se agolpaban allí, lugar de paso de varias diligencias de línea, de carretas de mercancías y de vehículos privados. La luz era escasa, el olor a comida denso, el suelo de madera salpicado de restos de alimentos y de líquidos desparramados, las dos sirvientas afanadas entre la cocina y los comensales haciendo equilibrios con sus bandejas cargadas. Yo conocía ese ambiente y ya estaba acostumbrada, pero dudé de que fuera del refinado gusto de mi acompañante. No me extrañó, por tanto, que el mesonero, tras dedicarle una servil reverencia, nos condujera hasta el comedor del piso superior, de condiciones completamente distintas. Allí las pocas mesas eran individuales, el menaje de calidad, el rumor de voces apagado, y los clientes, en reducido número, de visible acomodada posición. Probablemente el precio del menú era también mucho más caro que en el piso inferior.

El mesonero nos invitó a ocupar una de las mesas y apartó cortésmente la silla para permitir que tomara asiento en ella. El conde iba a hacer lo propio frente a mí, pero se detuvo de pronto, como si acabara de ver una aparición. Seguí su mirada y descubrí que la había clavado en los ocupantes de una mesa próxima a la nuestra, una pareja. Ellos también nos habían visto. El conde me indicó con un ademán que nos acercáramos a saludarlos.

La mujer era muy llamativa. No era joven ni destacadamente hermosa, pero su rostro peculiar, de rasgos angulosos y expresivos, reflejaba carácter y seguridad. Era delgada, de nutrido busto que exhibía en un escote casi impúdico, quizá para que tan atrayente visión hiciera olvidar la pequeñez de sus ojos oscuros, la línea delgada de sus labios, su mandíbula rectangular y la curva aguileña de su nariz. Pero la falta de armonía de su fisonomía quedaba compensada con la de sus movimientos, elegantes, elitistas, y con la riqueza de su extremada vestimenta.

—Por fin sé algo de ti —saludó ella al conde, con perfecto equilibrio entre reprimenda y bienvenida—. Aunque habría preferido que lo hubiese propiciado tu voluntad, y no la casualidad.

Él besó su mano con una inclinación galante.

—Voy a Coboure. Iba a despedirme ayer, pero un asunto de fuerza mayor me lo impidió.

—Ya veo —respondió ella mirándome— a qué se debe tu «fuerza mayor». Adivino que he sido relevada. Lo lamento, pues aún no me había cansado de ti.

—Eres muy amable —replicó él con cierta estirada sorna—. Te presento a la señorita Miraneau. La señora Lymaux.

¡La señora Lymaux! La observé con renovado interés. Ella hizo lo propio

conmigo, mirándome de hito en hito.

—Te felicito —dijo con un retintín de despecho—. Es bella y joven. No dudaba de tu buen gusto. Sólo tiene que mejorar algo su vestuario, pero estoy segura de que sabrás refinarla.

—Entiendo su idioma, señora —repliqué molesta—. Puede hablarme directamente. En especial si tiene algo de mi persona que criticar.

—¡Vaya! —Se rió agudamente—. ¡Qué genio! ¿He herido su sensibilidad, querida?

—La señorita Miraneau es dueña de un taller de confección. Lo regenta ella misma —intervino el conde, apaciguador.

—¿Ah, sí? —Me miró—. Siéntese, comparta nuestra mesa. Lamento haber sido algo desabrida, pero me he dejado llevar por los celos. En mi descargo he de decir que son inevitables. Se lleva usted al mejor amante de París, sin contarte a ti, por supuesto —añadió con un guiño a su acompañante.

Aquella forma de expresarse, no sólo descarada, sino incluso descarnada, exenta de sentimiento cuando paradójicamente era de éstos de los que hablaba hasta con exhibicionismo, me dejó perpleja. ¿Era así como estaba acostumbrado el conde a que las mujeres se condujeran? A su lado yo me vi simple, sencilla. Pero por una vez no me sentí desfavorecida con la comparación. Pudiera ser cierto que él estuviera harto de aquel falso artificio.

Mientras nos sentábamos, reparé entonces en su compañero. Algo en él me resultaba muy familiar, como si ya lo hubiese visto en alguna ocasión anterior, pero no llegaba a…

—Lo hacía ya en Londres, vizconde —dijo entonces el conde de Coboure.

—De eso se trataba —sonrió éste—, pero me ha descubierto. Ahora tendré que cambiar mis planes. Decidí quedarme cerca de París por si mi hermana me necesitaba. Intuí que lo haría cuando usted me dijo la clase de duelo escogida por Courtain.

—¿Sabe ya el resultado?

—Sí. Mounard me envió un mensajero. Por ello regresaba a París. —Volvió a sonreír agrio—. Esta falta de libertad me está empezando a exasperar.

—Por mí no hace falta que cambie sus planes. Ya he dicho que viajo hacia Coboure, y Courtain en estos momentos debe de estar ya fuera de la capital. Se ausenta una temporada.

—¿Por miedo a las autoridades? —despreció la señora Lymaux—. ¡Nunca persiguen a los duelistas! No conozco ni a un sólo duelista que…

—A veces los familiares son más peligrosos que las autoridades —apuntó el vizconde de Saltrais—. Es una decisión prudente —aprobó—, que además a mí me conviene.

Estuve a punto de preguntar al conde de qué duelo estaban hablando, atónita de que en cuatro horas de viaje no hubiese sido capaz de mencionarlo siquiera; pero me callé porque no quise demostrar a aquella soberbia Lymaux lo completamente fuera de su vida que yo estaba.

—En fin —dijo el conde de Coboure mientras nos servían nuestros platos—, mis condolencias, vizconde, a usted y a su hermana. Temo que no voy a poder asistir al funeral.

—Mi hermana no estará demasiado desconsolada —aclaró él, con parsimonia—. No amaba a su marido, algo por otra parte muy habitual. —Sonrió—. Pero su hijo, mi querido sobrino, es un crápula aún peor que su padre que dejará a mi hermana sin un céntimo de la herencia, como ella se descuide. Y mi sobrina, que es la única que ahora estará llorando con sinceridad la pérdida de Fillard, quedará desamparada si ha de depender de su hermano.

—Así que acudes en defensa de las débiles e indefensas damas —le punzó burlona la señora Lymaux.

—¿Y tú acompañas al vizconde? —indagó el conde de Coboure—. Qué sorprendente encuentro.

—No es un encuentro —contradijo ella—. Denis se ha alojado en mi casa de campo, ésa que está a cinco horas de París, a la que yo te he invitado varias veces y a la que nunca has querido ir —lo reprendió.

—Mi buena amiga Charlotte ha tenido esa gentileza —corroboró el vizconde—. Es un ángel —la agasajó—. La diosa Afrodita y mi ángel de la guarda fusionados en una sola mujer. ¿No soy afortunado?

Ambos intercambiaron una mirada lánguida y tuve la impresión de que la amistad era más que íntima. Miré rápidamente al conde. Una luz de alerta endureció su expresión.

—Y supongo que no es la primera vez que le hace ese favor —inquirió él.

—Oh, Paul… —suspiró la señora Lymaux con falso desvanecimiento, cubriendo la mano de él con la suya propia a modo de consuelo—. ¡No me digas que ahora eres tú la víctima de los celos! El vizconde es amigo mío desde hace muchos años. Desde antes de que me casara. De hecho, es el único hombre del que he estado enamorada en toda mi vida. Pero quiso casarse con otra. Estuve mucho tiempo sin perdonárselo, pero al final, se impuso mi buen corazón y ahora somos buenos amigos. ¿No es cierto?

—Charlotte, bromeas con todo —repuso el vizconde, algo incómodo.

—No bromeo, y lo sabes bien —le replicó ella lacerante—. Pero tampoco tengo secretos. Hasta mi marido lo sabía. Por eso no me dejaba verte.

—¿Así que es Charlotte quien le ha estado proporcionando a usted hospitalidad en sus viajes a París desde Londres? —preguntó el conde de Coboure.

—¡Oh, vamos, habla sin tanta sutileza! —exclamó ella—. Sí —añadió, con ligero desafío—, yo he sido. Yo lo escondía. A veces en mi casa de campo, y otras en mi residencia de la capital. Ambos habéis coincidido más de una vez en mi casa. En ocasiones he saltado a su cama cuando tú dejabas la mía, y al revés. ¿Vas a denunciarme, magistrado?

No me atreví a mirar al conde. Me limité a bajar los ojos, incomodada por aquella crudeza. ¿Qué la inducía a hablar así?

—Al parecer, vizconde —dijo él—, usted y yo hemos compartido algo de extremo valor. ¿Usted lo sabía?

—Sí —reconoció éste.

—Yo no —replicó mirándola a ella, y se le veía molesto—. No osaba confiar en tu fidelidad, Charlotte, ni siquiera la pedía, pero no imaginé que fuera precisamente con el vizconde… Confieso que me ha sorprendido. ¿Fue el vizconde quien te sugirió tu romance conmigo? ¿Para vigilarme y arrancarme confidencias?

El rostro de la señora Lymaux perdió la forzada superficialidad y enrojeció, iracundo.

—¡Pero por quién me has tomado! —explotó, obligándose a contener el tono de voz, lo que hinchó las venas de su cuello—. ¡A mí nadie me dice con quién me he de acostar! Te tomé porque te deseé. ¡Retira tu acusación o…!

—¿Tú también interviniste, Charlotte? —preguntó él con calma.

—No —respondió el vizconde—. Ella me ha ayudado en mi voluntario exilio, pero nada más.

—Por favor, no hagas eso, ¡no me defiendas! —se revolvió ella—. ¡Yo no soy una de tus indefensas parientes! Pero lo que te quiera decir —añadió dirigiéndose ahora al conde de Coboure—, te lo diré en privado.

—¿Ahora? —replicó éste, impaciente.

La señora Lymaux echó un vistazo a su plato.

—No hay inconveniente. He terminado —aceptó con altivez.

El conde de Coboure se levantó y le tendió la mano. Ella se la tomó y se levantó a su vez.

—¡Charlotte, no…! —empezó a protestar el vizconde, intentando detenerla con un ademán.

Fue inútil. La pareja descendió por las escaleras, mientras el vizconde intentaba controlar su contrariedad dando cuenta de los restos de su comida con gestos enérgicos y bebiendo de su copa con grandes sorbos. Cuando dejó ésta, cuyo contenido había apurado, se levantó, arrojó airado la arrugada servilleta sobre la mesa, y molestándose en murmurar un «perdone», abandonó el comedor a su vez, dejándome sola ante las tres sillas vacías.

Salí con Charlotte del edificio. La intriga por el papel que ella había desempeñado en todo aquel asunto era lo que me dominaba en ese instante. La mera posibilidad de que Saltrais la hubiese utilizado para intentar controlarme, y que Charlotte hubiese actuado sólo con esa finalidad, me sacaba de quicio. A pesar de su enardecida negativa, mis recelos no habían desaparecido.

—Bien —dijo Charlotte, a media voz, nada más atravesar el umbral—, ¿lo tienes tú?

—¿A qué te refieres? —pregunté, mientras me protegía con la mano los ojos del sol radiante de mediodía.

—Al borrador de las Memorias —respondió mientras se cogía de mi brazo al caminar—. Oíste la conversación aquel día, en mi casa, cuando Denis dijo que él lo llevaría a Londres. Al cabo de tres días le fue sustraído en la habitación de la posada que suele frecuentar. Y fue lo único que le quitaron. Sin embargo, Courtain, ciertamente interesado en esa adquisición, no lo tiene. —Me miró con dulzura—. Fuiste tú, ¿verdad?

Me detuve y la miré de frente. Estábamos en la esquina del edificio, en el descampado cubierto de hierba que lindaba con él.

—Si estabas metida en esto —indagué—, ¿por qué me ayudaste ese día? ¿Por qué me dejaste oír la conversación? Yo no sospechaba en absoluto de ti. Si lo hiciste para ahuyentar mis sospechas…

—No —me cortó—. Ahora las apariencias te están engañando. No siempre he estado del lado de Denis. Verás, fui yo quien le transmitió la trama de propiciar la fuga de La Motte. Evidentemente, yo no estaba sola. Personas muy influyentes impulsaban y apoyaban el plan. Por entonces el proyecto ya estaba muy avanzado. Había conversado varias veces con la directora de La Force de la Salpêtrière, consiguiendo que trasladara a la presa a una celda individual, que flexibilizara su vigilancia, que le permitiera recibir visitas en privado y que le asignara a su servicio otra presa afín a nosotros. Después, gracias a diversos contactos, conseguí la libertad de ésta, que fue muy útil sirviendo de correo con la presa. Y también obtuve valiosa información relativa a los nombres y turnos de los guardianes. Por otro lado, había preparado la estancia de La Motte en Londres y contactando con un editor que estaba dispuesto a publicar sus Memorias en cuanto ella llegara. Incluso pagué un adelanto por esa publicación. Todos esos progresos me costaron dinero y esfuerzos, y dedicación personal. Ya casi estaba todo a punto. Sólo me faltaba organizar la ejecución material, el recoger a La Motte a las puertas de la prisión, sacarla de París y conducirla hasta Londres. Dicho de otra forma, sólo me faltaba el transportista. Y confié en Denis. Sabía que por sus convicciones políticas apoyaría la idea, y éramos amigos desde hacía mucho tiempo —marcó una pausa y añadió, con mirada velada

—: Cuando él se casó estuvimos algunos años sin tratarnos, pero después de la muerte de mi marido habíamos vuelto a contactar.

—¿Y qué ocurrió? —impulsé, sin querer entrar en lo que significaba exactamente la expresión «contactar».

—Denis se apropió del proyecto —acusó—. Me lo robó. Organizó la fuga por su propia cuenta, la anticipó sin advertirme, y me quitó a la presa. Quería controlar la redacción de las Memorias, su contenido. Ése era básicamente su interés. Habíamos tenido una discusión al respecto, y supongo que nuestra disparidad de opiniones lo decidió a prescindir de mí y a liderar él la fuga. Puedes imaginar mi enojo. Creó su propio equipo y a mí me dejó al margen, aunque se aprovechó de todos mis logros previos. Encontró el camino desbrozado. Y a pesar de ello, cometió errores. La elección de sus colaboradores fue nefasta. Fillard le disputaba el liderazgo, Mounard carece de iniciativa propia, y tu primo, perdóname, pero es un crío, y estúpido por ende. Tú te viste involucrado, otro error. Que te convirtieran en una víctima involuntaria despertó mis simpatías por ti. Cuando te percataste de que Denis y su grupo iban a mantener una reunión privada en mi casa, sin mi conocimiento y de la que yo estaba excluida, te facilité encantada la escucha porque yo misma estaba interesada en ella, y además, él me debía un desquite y tú merecías la oportunidad de defenderte, de forma que me importaba bien poco lo que pudieras descubrir. De hecho, después de oírla, no me pareció que aquella conversación revelase nada trascendente… hasta que me enteré del hurto del borrador de las Memorias. Entonces supe que la escucha te había sido provechosa.

Se detuvo, esperando que yo le confirmara sus suposiciones, pero me limité a decir, con una semisonrisa:

—Yo creía que te tenía distraída.

—El orgullo masculino. —Sonrió—. Distraída no, pero excitada sí, si te sirve de consuelo.

—Me sirve, gracias.

—Aquella noche, cuando tú y yo estuvimos juntos por vez primera, todavía estaba enemistada con Denis. Cierto que él asistía a las reuniones en mi casa, pero todo el mundo acude a ellas. Sé lo que has llegado a pensar, mas te juro que no había ninguna intención oculta ni maquinación de clase alguna. Fue después cuando Denis me pidió ayuda. Había perdido el borrador de las Memorias, Courtain había detenido al vigilante que podía identificarlo y se veía obligado a refugiarse en Londres. No contaba con nadie más en quien confiar para esconderse en sus venidas clandestinas a la capital. Ni siquiera se fiaba de sus secuaces.

—Y tú lo ayudaste. —Me asombré.

Ella asintió tristemente, con aire derrotado.

—Denis sabe lo que siento por él. Y se aprovecha de ello. No sé qué poder ejerce

sobre mí que no puedo olvidarlo… a pesar de todo lo que me ha hecho. Lo he odiado a ultranza en repetidas ocasiones, pero luego…, no sé, tiene algo especial. Volví a caer, sí. Te asombrará saber una cosa: yo, en realidad, soy mujer de un solo hombre. Si Denis me hubiese amado, me hubiese desposado y me hubiese sido fiel, lo cual habría reunido tres milagros en uno, yo no hubiese amado nunca a nadie más. Pero como no ha sido así, he tenido que buscar la felicidad por otros caminos. Te deseo más suerte de la que yo he tenido. ¿Es seria tu relación con esa joven?

—No existe todavía ninguna relación con esa joven.

—Siempre eludiendo contestar la cuestión principal. —Sonrió—. Está bien, me centraré en la cuestión secundaria. Todavía no. ¿Significa eso que me has sido fiel?

—Significa que mientras nos veíamos, no he estado con nadie más.

—¿En serio?

—No sólo es en serio, incluso es verdad.

Me examinó un instante, clavando con agudeza su mirada en la mía.

—Dime Paul, para que me quede tranquila… ¿he perdido contigo alguna oportunidad?

—¿De ser feliz? —inquirí—. Charlotte, tú no me quieres, recuérdalo.

—Eso no es del todo cierto. Hay algo bueno en ti, algo…

—¿Especial? —la interrumpí, irónico.

Rió apagadamente, con resignada aceptación.

—¿Vas a decírselo? —le pregunté.

—¿El qué y a quien?

—Al vizconde. ¿Vas a decirle que crees que tengo yo el borrador de las Memorias?

—Aún no se lo he dicho. No quiero que se publique, es una bazofia. Pero tampoco quiero que a él le pase nada malo… ni a ti tampoco. Así que no sé lo que haré en el futuro.

Bajé la vista y la fijé en el suelo, con la mente vacía. Habíamos terminado. Debía reemprender mi camino. La miré con cariño y le tendí la mano.

—También tú eres especial —afirmé, esta vez sin ironía—. ¿Amigos?

—Si a partir de ahora sólo vamos a ser eso, quiero una despedida más memorable.

Me echó los brazos al cuello y me besó. Acepté el beso, sin abrazarla. Fue un beso corto, con el sabor agridulce de la despedida, un beso de punto y final. Después la enlacé afectuosamente por el hombro con mi brazo e iniciamos el regreso hacia el albergue. Cuando elevé la vista, descubrí que Marionne, detenida junto a la puerta, nos había estado observando en la distancia.

El beso de Charlotte me costó caro. Reemprendimos el viaje con normalidad, pero la

actitud de Marionne había cambiado. Estaba retraída, acurrucada en su rincón, con la vista obsesivamente fija en algún punto indefinido perdido en el horizonte, los labios tensos en un rictus oblicuo… y muda. Había perdido toda capacidad de hablar. Yo opté por aparentar que no me percataba de ello. Dejé pasar, también en silencio, casi una hora de trayecto, fingiendo somnolencia tras la comida y cabeceando de vez en cuanto. En alguna ocasión pronunciaba una frase trivial para medir la temperatura del enfado, pero como la fiebre seguía alta, volvía a sumirme en mi falsa ingenuidad. Pero el silencio de ella iba cargando más y más de tensión el ambiente, y al final ya no pude más y espeté:

—No me había despedido de ella, Marionne. ¡Ha sido una despedida, nada más!

Ella tardó en surgir de su taciturnidad, pero fue para pronunciar, en un suave hilo de voz, y sin mirarme:

—Bien… No tiene que darme explicación alguna.

A pesar de las palabras, adiviné que pensaba justo todo lo contrario.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Nada. —Sonrió ella amarga—. Nada de nada.

—¿Entonces por qué me ha retirado la palabra?

—No le he retirado la palabra. Le estoy hablando.

—Sabe bien a lo que me refiero.

—No, conde. Yo no sé nada de nada —masculló.

—¿La he molestado en algo? —Empecé a exasperarme—. Si me lo dice quizá pueda corregirme.

—Usted no me ha molestado en nada —replicó, con la misma parsimonia, todavía sin mirarme a la cara—. La culpa es mía. No debería haber venido.

—Ah —musité, dolido—. Estupendo.

Callé, porque ahora era yo quien sentía irritación. Esperé a que ella añadiera algo más que aliviara el peso de sus últimas palabras, pero como no lo hizo, me enroqué en mi propio silencio y en mi propia hosquedad. No más disimulos. Así transcurrió el resto del día, entre sacudidas del vehículo, detenciones intermitentes en paradas de posta, y la belleza del ocaso que estalló con su extraordinario festival de colores sin conseguir ablandar el corazón de ella. El cielo estaba ya violáceo cuando la carroza tomó el desvío del albergue donde íbamos a pernoctar aquella noche.

—Me veo absolutamente incapaz de seguir soportando su silencioso reproche sin entender siquiera a qué obedece. Si va a mantenerse en él, le ruego me lo diga porque entonces prefiero cenar solo en mi habitación.

—Como guste —repuso—. Yo no tengo apetito. No pensaba cenar.

—Bien —zanjé áspero.

Bajé del vehículo y esperé a que ella hiciera lo propio, tendiéndole mi mano con rigidez. A pesar de mi mal humor, ni un mal gesto se me escapó mientras le cedía el

paso y la acompañaba hasta la puerta misma de su dormitorio, situado en el segundo piso.

—Mis sirvientes le cambiarán las sábanas —le anuncié—. Este albergue es relativamente limpio, pero nunca lo son lo bastante.

—Gracias.

Había puesto ya la llave en el cerrojo, girado ésta y entreabierto la puerta, cuando el aroma de su cabello, próximo a mí, me impulsó a atravesar el brazo ante ella, apoyándolo en el marco de la puerta e impidiéndole el paso.

—Marionne —reclamé—, míreme.

Ella, como haciendo un esfuerzo supremo, suspiró y elevó los ojos hacia mí.

—No me diga que ha sido el beso, por favor —supliqué—. Dígame que ve más allá de sus narices.

—Verlo besando a otra mujer —dijo— no me ha llenado de jolgorio, pero ése no es el tema principal.

—¿Y cuál es?

—El problema es que hemos estado media mañana juntos sin que se haya usted dignado mencionarme que acababa de asistir a un duelo entre el marqués de Sainte-Agnès, quien le recuerdo que no es un desconocido para mí, y uno de los organizadores de la fuga de La Motte. Por el amor de Dios, ¡venía usted de presenciarlo justo antes de reunirse conmigo! ¿Y cómo me entero? Por una conversación en la que casualmente me veo inmersa y que he tenido que seguir sin conocer ni entender nada. ¡Pero lo peor no ha sido eso, no!, no ha sido el sentirme una boba ante su amante, y el amante de su amante, que era nada menos que el individuo al que le quitamos los documentos en la posada, sino ir descubriendo, palabra a palabra, que no se había usted molestado en contarme algo que… —resopló, indignada—. Para acabarlo de adobar, desaparece para intercambiar secretitos con su amiga, y yo me quedo sola en la mesa, abandonada como una servilleta usada. Y cuando salgo al exterior en su busca, ¡lo descubro besando a esa mujer! Dígame, ¿cómo demonios quiere que me sienta?

—Usted sabía la relación que había tenido con ella.

—¡Sí! ¡Porque me la explicó Desmond! ¡Fue Desmond, no usted! Y menos mal, porque imagine que no llego a saberlo, ¡vaya impresión me hubiese llevado! ¡Descubrirlo besuqueando a la primera conocida que encuentra por azar en una posada del camino!

Me reí quedamente y la miré con embelesamiento. La tempestad ya había estallado. Ahora sólo podía llegar la calma.

—¿Quiere decir que preferiría que fuera algo más comunicativo? —suavicé.

—¡Pues sí, francamente! Ayudaría mucho.

—Está bien —convine—. ¿Qué quiere que le cuente antes, mi infancia o mis

pasados amoríos? —bromeé, rememorando sus dos anteriores preguntas.

—¡Váyase al cuerno! —estalló ella apartando mi brazo de un manotazo y entrando en su dormitorio.

—La espero en el comedor dentro de quince minutos —le dije meloso, interceptando con mi pie el movimiento de la puerta que ella cerraba—. Seré bueno, se lo prometo. Le contaré muchas cosas.

Bajó a cenar. Tardó más de lo indicado, pero cuando apareció estaba deslumbrante, tanto que los demás comensales se volvían a mirarla a medida que avanzaba entre las mesas. Ningún adorno especial contribuía a su belleza. A ésta le bastaba su cabellera, dispuesta en un recogido suelto que la enmarcaba con dulzura, su vestido de verde oscuro que avivaba la luz de sus ojos, el escote destapado sin la pañoleta que lo había cubierto todo el día y que dejaba a la vista el nacimiento de aquellos senos cuya visión no había podido olvidar. La noche era fresca, por lo que había pedido un sitio próximo a la gran chimenea de piedra, y el resplandor anaranjado de las llamas suavizaba su rostro y le confería una luminosidad cálida y etérea. La miraba hechizado, mientras el calor del vino estimulaba mis sentidos y me desinhibía. Exploté todo mi arte de seducción, y fui consciente de ello a medida que sus mejillas se sonrosaban y su mirada se volvía cada vez más encendida y brillante. En una velada larga, que acabó con nosotros dos solos como únicos ocupantes del local, bajo el efecto aletargador del fuego del hogar y el embriagador del licor, le conté muchas cosas a media voz, algunas impersonales, como el duelo de Courtain o las revelaciones de Charlotte; otras íntimas, como mis recuerdos de infancia en Coboure y los que conservaba de mi abuelo; o simples pensamientos que acudían a mi mente en el flujo de una conversación relajada, espontánea y cómplice como pocas había disfrutado desde hacía mucho tiempo. Cuando finalmente la acompañé de nuevo hasta su dormitorio, pasada ya la medianoche, mi enamoramiento era absoluto. Me aproximé a ella, casi a punto de rozar su rostro con el mío, mirando con avidez sus labios.

—Creo que le hice un juramento —murmuré, tan cerca que fue imposible que no notara mi aliento.

—Sí —susurró.

—¿Me libera? —supliqué.

Negó imperceptiblemente con la cabeza, con una semisonrisa húmeda e irresistible.

—Maldición —me quejé.

Me separé de Marionne tras desearle buenas noches y me enclaustré, tocado, en mi propio dormitorio, preguntándome cuánto tiempo sería capaz de aguantar aquello.

Capítulo XVIII

Paul Bramont

Coboure estaba al sur de Tours, en la Touraine. Cuando cruzamos sus lindes, Marionne observó con curiosidad el paisaje, buscando aquellas excelencias que le había contado, y en algún momento me sentí algo avergonzado por mi exageración. A ambos lados de la carretera tan sólo se divisaban campos de cultivo, algunas arboledas y casas dispersas; nada que lo convirtiese en algo distinto o más espectacular que el resto de la región que acabábamos de atravesar. Quizá mis recuerdos de Coboure no eran más que ensoñaciones que el tiempo y la melancolía me habían hecho confundir con la realidad.

Tras recorrer unas cuantas millas llegamos al pueblo. Entramos en él siguiendo el camino vecinal que en su interior hacía las veces de calle principal. Tuvimos que detenernos en la plaza, a fin de dejar pasar a un rebaño de ovejas. Aproveché la coyuntura para observar la iglesia, de estilo románico, levantada en el siglo XII; y descubrí que tenía un aspecto mucho menos saludable de lo que recordaba. Los relieves de su tímpano estaban gravemente erosionados, las vidrieras de su rosetón central rotas, la fachada afectada por dos remarcables grietas que zigzagueaban entre los sillares de piedra. La casa del párroco, separada de la anterior por un pequeño callejón, no ofrecía mejor aspecto.

—Hay gente que nos mira a través de las ventanas —remarcó Marionne.

Intenté comprobar su aserto, y percibí persianas que se entreabrían y cerraban con discreción. No contesté, pero me recliné hacia atrás, con cierta inquietud. Algo había percibido en aquel movimiento subrepticio que me había parecido hostil.

Pasado el rebaño, continuamos nuestro camino. El castillo quedaba oculto tras una arboleda a un par de millas de la población. Se llegaba a él a través de un sendero que se hundía bajo las altas copas de los árboles, hasta la explanada en la que se levantaba.

La primera construcción de Coboure databa del s. XIII y había constado tan sólo de una pesada torre circular y de una muralla que la circundaba y que acogía un amplio patio en su interior. En posteriores fases la parte habitable se había ido ampliando a base de añadir nuevas edificaciones en el espacio existente, de forma que el conjunto no ofrecía la imagen de un edificio único y compacto, sino de un conglomerado de ellos agrupados tras los límites de la muralla, sobre la que sobresalían a diferentes alturas sus techumbres, algunas a dos aguas, otras a cuatro, y cónicas las que remataban las pequeñas torres y la primitiva torre circular. Aquella

irregular distribución le ofrecía un aspecto fantasioso, como si fuera irreal, diseñado para servir de escenario a una fábula caballeresca. Lo único que le confería unidad era la muralla que, continua, constituía actualmente la fachada del edificio. La influencia del renacimiento italiano había acabado con su aspecto defensivo, sustituyendo sus almenas por ventanas abuhardilladas y abriendo en sus muros amplias ventanas cruciformes. Se conservaba, como recuerdo de su primitiva función, el foso que lo rodeaba a sus pies, pero ya mi bisabuelo lo había secado, transformándolo en una zona ajardinada, pues los calores del verano convertían sus aguas estancadas en un foco de insectos e infecciones.

Entramos a través del puente levadizo, que a pesar de su nombre actualmente restaba siempre fijo. Una vez atravesado, el paso se abría a través del edificio en forma de amplio túnel abovedado, hasta el pequeño espacio que había quedado sin construir y que constituía su actual patio. Allí nos apeamos y nos dirigimos a la entrada principal, situada en uno de los laterales del pasadizo.

No tuve que llamar para que nos abrieran la puerta. Tan pronto subimos los dos escalones que la precedían, ésta, de respetable altura, de madera maciza y labrada con trabajados bajorrelieves, nos fue abierta. Tras ella estaba Vincent, que ostentaba el más alto cargo entre el servicio. El hombre me saludó con una aparatosa reverencia. Detrás de él, en el amplio vestíbulo de piedra desnuda, ante la escalera renacentista, formaba en hilera todo el servicio.

—Traigo conmigo a una invitada, la señorita Miraneau. Supongo que las habitaciones de mi abuela estarán acondicionadas para acogerla.

—Por supuesto, señor —repuso sin atreverse casi a mirarla.

Las habitaciones designadas eran, para Vincent, altamente significativas de la importancia que Marionne tenía para mí. Desde que mi abuela falleciera, nadie las había ocupado. Quizá lo hubiese hecho Lucile, de haber visitado alguna vez Coboure, pero no había sido el caso. El destino normal de cualquier invitado eran las de huéspedes.

Tras un breve gesto al personal del servicio para agradecer su atenta formación de bienvenida, subí las amplias escaleras alfombradas, hasta el rellano del piso superior, acompañado por Marionne. Enfrente se abría la gran galería, que se extendía a lo largo de toda la fachada principal. Fue la primera estancia que quise enseñarle a ella, porque además de ser impresionante por sus dimensiones, era también la más alegre gracias a sus diez ventanales que la inundaban de luminosidad y que ofrecían una grata vista sobre la llanura. Le hice reparar en el techo, de vigas de madera policromada y en las que se repetían los motivos del escudo de Coboure. Luego la conduje al comedor, al que se accedía por la primera puerta, donde resaltaba su monumental chimenea, más alta que un hombre, los tapices flamencos que revestían sus paredes y una armadura del siglo XV que de niño era mi pieza favorita de la casa.

Así, en un largo paseo, le fui enseñando el resto de las salas nobles de aquella planta, entre las que destacaba el salón principal y la biblioteca, y después le mostré las del segundo piso, donde se ubicaban los aposentos privados. Me entretuve especialmente en el dormitorio que había sido de mi abuelo, que ahora me correspondía a mí. No había sustituido ni uno sólo de los muebles que él había dispuesto, ni siquiera había modificado su distribución. El lecho de dosel con cortinas de terciopelo, el reclinatorio que nunca utilizaba, el arca donde guardaba la manta que se echaba sobre las piernas cuando se sentaba junto a la chimenea, el *secrétair*. de numerosos cajones donde escondía su correspondencia y documentos relevantes, la silla donde yo me sentaba de niño a leerle hasta que se quedaba dormido… Todo, absolutamente todo en esa habitación me recordaba a él. Casi parecía que en cualquier momento pudiese aparecer por detrás de los pesados cortinones que ocultaban su cuarto de aseo y su vestidor.

—Debió de ser un gran hombre —dedujo Marionne después de escuchar mis comentarios.

Me detuve a considerar esa conclusión. ¿Merecía ese calificativo? Probablemente no. Fue un vividor. Un amante de la caza, de la buena mesa, del juego y de las mujeres, a quienes agració con más de un hijo que nunca reconoció. Orgulloso de su tosquedad, de sus maneras bruscas y rudas, y de su despótica autoridad. Nada que ver con mi padre, un hombre cultivado, fino y recto en su moralidad. Pero yo conocí a mi abuelo con ojos de infante, y para un niño su manera de ser resultaba mucho más seductora que la de mi padre. Cuando estaba con mi abuelo no tenía que estudiar. En su casa podía correr, introducirme en la perrera para jugar con los animales y revolearme en el suelo si me apetecía. Nunca me obligaba a soportar sus visitas, ni a leer aquellos libros que se consideraban apropiados para mi educación. Fue mi abuelo el primero que me enseñó a montar, quien me llevó de cacería cuando mi padre todavía me tenía prohibido coger un arma. Y me dejó Coboure, a pesar de que tenía otros dos nietos varones mayores que yo. Pero yo era su preferido y siempre me quiso con locura. Para mí fue un gran hombre o, en todo caso, un gran abuelo. Y mi perspectiva de adulto, aunque me permitía descubrir sus defectos, no conseguía borrar esa impresión de niño que tenía grabada en mi corazón.

Marionne se dirigió a una de las ventanas y la abrió para asomarse a ella. La vista que se apreciaba era aún mejor que desde la galería, porque estaba situada a mayor altura.

—Estoy impresionada —me dijo.

Yo no estaba entusiasmado en exceso. Lo había encontrado más rústico y anticuado de lo que recordaba. Era un edificio vetusto, pesado y sombrío. Pero una cosa era cierta: era impresionante, como ella había dicho. A mí me impresionaba. Me impresionaba porque estaba lleno de fantasmas del pasado. Fantasmas entrañables.

—¿Quiénes son aquéllos? —me preguntó ella con tono neutro.

Me aproximé a la ventana. Era un grupo de individuos. Un numeroso grupo de individuos, tal vez unos cincuenta, que avanzaban con hoces, azadas, picas y otros utensilios de labranza en dirección al castillo, surgiendo de debajo de la arboleda. Caminaban a paso rápido, y era evidente que sus intenciones no eran amistosas. Instintivamente aparté a Marionne de la ventana y luego la cerré.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó.

—No lo sé —repuse, intentando que mi entonación fuese tranquila—. Bajaré a averiguarlo.

Descendí apresuradamente las escaleras hasta que, en el tramo del primer piso, me crucé con Vincent, que las subía en mi busca.

—¡Señor! —exclamó agitado—. Un grupo de hombres…

—Sí —lo interrumpí—. Ya los he visto. ¿Sabe qué pretenden?

—Pues… —inició vacilante— hay bastante descontento, señor. La cosecha no ha sido buena este año. Creo que el señor Beltran le ha escrito a usted.

—¿Y qué tengo yo que ver con la cosecha? —repliqué adusto.

—Ayer por la noche se celebró una asamblea en la plaza del pueblo con motivo de su llegada. Y esta mañana vino el padre Gregorio a solicitar que lo reciba usted en cuanto llegue.

—¡En cuanto llegue! —resoplé sarcástico—. ¿Cree ese cura que es para mí una prioridad?

Acabé de bajar el tramo de la escalera y me aproximé hasta una de las ventanas. El grupo ya estaba llegando a las proximidades del edificio.

—¿Has cerrado la puerta de entrada? —le pregunté.

—Sí. Es lo primero que he hecho.

—¿Y las demás?

—Ya he dado las instrucciones. Quizá deberíamos coger las armas y entregarlas a algunos de los hombres del servicio.

—¿Las armas? —me extrañé—. Pero ¿qué dices?

Me volví un momento, porque adiviné la presencia de Marionne detenida en el último escalón, observando la escena. En ese mismo instante nos sobresaltó una explosión de vidrios rotos que cayeron con estrépito en el suelo de la galería. Los individuos se habían detenido en el borde del foso y estaban lanzando piedras contra el edificio. La distancia que aquél les marcaba ocasionaba que la mayoría de ellas no alcanzaran su objetivo y se estrellaran contra el muro, pero unos segundos después otra vidriera se quebraba a mi izquierda, distante apenas tres pasos de mi persona, de forma que pequeños trozos de cristal me impactaron en la pierna y en los pies. Percibí entonces gritos y proclamas ininteligibles de protesta que iban aumentando en intensidad. Me aparté de la ventana y comencé a bajar hacia la planta baja.

—¿Qué va a hacer? —me preguntó Marionne siguiéndome.

—Vincent —le ordené a éste sin detenerme—, ensíllame un caballo. Voy a salir.

—¡No puede salir ahí solo! —protestó Marionne.

—Tiene razón, señor —repuso éste, también forzando su descenso para darme alcance—. Lo mejor es quedarse aquí dentro. Ya se cansarán.

—Igual no se cansan hasta que hayan incendiado el castillo —refuté—. Haz lo que te he dicho.

—Pero ¿para qué va a salir? —volvió a disentir Marionne—. ¡Lo molerán a pedradas antes de que articule ni una palabra!

Como si los hechos quisieran darle la razón, en aquel mismo instante volvimos a oír el estallido de una ventana en la planta superior. Reconsideré lo de salir solo.

—Vincent, ¿cuántos hombres saben montar?

—Todos saben montar —me contestó—. Peor o mejor pero…

—Rápido. Organiza un grupo de hombres montados. Yo iré a por las armas. Venga conmigo —le pedí a Marionne—, me ayudará.

Descendimos los tres a la planta baja. Vincent se dirigió hacia el patio, y nosotros lo hicimos hacia la armería, un cuarto al que se accedía desde el vestíbulo. Marionne me ayudó a cargar y trasladar los fusiles. Cuando salimos al exterior los distribuimos entre la cuadrilla organizada por Vincent. Luego monté en el caballo que me estaba destinado.

—Pase lo que pase —le grité a Marionne para que pudiese oírme por encima del alboroto de los hombres y de los animales—, no se acerque a las ventanas ni salga.

Atravesamos el patio y el pasadizo abovedado hasta el puente. Allí me forcé a avanzar al paso, porque no quería que los insurrectos se temiesen una carga e incrementasen su violencia. Al ver la comitiva, se detuvieron en su acción de lanzar objetos contra el castillo y enmudecieron de pronto, enfrentándose a nosotros en un tenso y estático silencio. Indiqué a mis hombres que se posicionaran en el puente, y yo avancé en solitario, lentamente, haciendo visible el fusil. Cuando estuve a escasa pero prudencial distancia de ellos, me detuve. Los observé con gravedad, reconociendo el rostro de alguno de ellos, de los más mayores. Ninguno se animó a decir nada, pero no había miedo ni sumisión alguna en sus semblantes, tan sólo un desafío expectante.

—Me han dicho que la cosecha este año ha sido mala y que pasáis por ciertas dificultades —inicié dialogante—. Estoy dispuesto a escuchar vuestras quejas, pero ésta no es forma de plantearlas.

—¡No permitiremos que se nos eche de nuestras tierras! —exclamó de pronto uno —. ¡Son nuestras y nadie nos las quitará!

—¡Sí! —exclamó otro—. Somos nosotros las que las trabajamos. ¡Mataremos a todo aquel que intente echarnos de nuestros hogares!

—¡Nadie va a echaros de vuestros hogares! —afirmé.

—¡Su administrador nos ha exigido las rentas y nos ha amenazado con quemar nuestras casas y encarcelarnos si no pagamos! ¡Y no podemos pagar! Apenas podemos comer, ¿cómo vamos a pagar sus rentas? ¡Usted nada en la abundancia!

—¡Si quema una sola de nuestras casas, incendiaremos su castillo hasta que no queden más que cenizas!

—¡No estoy dispuesto a oír ni una sola amenaza! —bramé—. ¡Yo sí que mataré al primero que agreda a cualquiera de los míos o a cualquiera de mis bienes! ¡Oiré las peticiones que tengáis que formularme siempre que lo hagáis con el respeto debido y en la forma correcta! ¿Dónde está el padre Gregorio?

—¡Vino a verlo y usted no quiso recibirlo! —me acusó uno.

—¡Eso es falso! Vino al castillo cuando yo todavía estaba ausente. ¡Y lo sabéis bien, porque me espiasteis cuando atravesé el pueblo! ¡Decidle al padre Gregorio que venga a verme esta tarde! ¡Hablaré con él y estudiaremos la forma de solucionar esta situación! ¡Y ahora idos todos a casa con vuestras familias!

Aproveché el instante de indecisión que recorrió sus filas para volver grupas y regresar al castillo. Crucé el puente, delante de mi pequeña cohorte, que me siguió inmediatamente, felices de no haber tenido que intervenir.

—No descabalguéis aún —les indiqué una vez nos refugiamos en el patio.

Yo, por el contrario, sí lo hice. Entré en el vestíbulo por una puerta secundaria y me acerqué hasta una ventana. Los insurgentes estaban reunidos en grupo, conversando entre ellos, decidiendo lo que debían hacer. Eso ya me hizo confiar en que se disolverían y marcharían, pues emprender acciones violentas requiere de una furia que aquel lapso debía de haber enfriado. Permanecieron aún algún tiempo en su posición, pero al comprobar que nada nuevo ocurría, optaron por retirarse. Los vi alejarse, hasta que el último de ellos desapareció por el camino de la arboleda. Luego volví al patio e indiqué a mis hombres que todo había terminado y que podían volver a sus ocupaciones.

El padre Gregorio. Nada bueno podía esperar del padre Gregorio. La última vez que lo había visto era ya un anciano, pequeño en estatura y consumido en peso, pero repleto de salud, de energía y de mala sangre. Era un contestatario. Toda su vida había sido un contestatario, y desde que había alcanzado una edad en que por respeto nadie se atrevía a replicarle, se había vuelto más contestatario aún. Provenía de clase media y no había abrazado los hábitos para huir de la miseria, como muchos, sino por verdadera vocación. Vocación más social que religiosa. Se creía el defensor de su comunidad, como un san Jorge en lucha permanente contra el rico. Desde un principio había ostentado el papel de portavoz de los campesinos frente a mi abuelo, y en el pasado había tenido sonoras trifulcas con él.

Lo recibí en el austero despacho oficial, desde detrás de mi mesa, cuidando bien de mantener una actitud receptiva pero adusta y nada familiar. Yo era el señor de aquellas tierras, y pretendía que no lo olvidara ni por un momento. Mi única muestra de buen talante fue auspiciar la presencia de Marionne. Pensé que aborreciéndonos como lo hacíamos, yo por herencia y él por extensión de lo que había sentido por mi abuelo, una entrevista a solas auguraba un fracaso seguro. Quizá la presencia de una mujer joven y bella como era ella nos suavizara a ambos.

Lo saludé y lo invité a sentarse. Estaba mucho más consumido que la última vez que lo había visto. Se movía lenta y pesadamente, como si las articulaciones ya no respondieran a sus órdenes, y estaba más delgado, transparentando bajo su arrugada piel el color azulado de sus venas. Parecía un anciano quebradizo y débil, y su inofensivo aspecto despertaba compasión. Eso, cuanto menos, es lo que debió inspirar a Marionne, porque enseguida se acercó a él para tomarlo del brazo y ayudarle a sentarse en la silla que quedaba frente a mi mesa. Luego ella lo hizo en la otra.

—Gracias, señorita —dijo con sonrisa paternal de cura—. Es usted muy amable. Usted también, conde, por recibirme.

—¿Qué ha significado lo de esta mañana? —atajé sin miramientos—. ¿Lo incitó usted?

—¿Yo? ¡Dios me libre! Lo de esta mañana no debió haber ocurrido. Al contrario, yo los intenté calmar. Les dije que le dieran una oportunidad, que yo hablaría con usted. Les dije que era usted un miembro del Parlamento de París, uno de los Padres de la Nación, uno de los defensores de las libertades. Les dije que de usted podían esperar mucha más comprensión que del tirano y egoísta de su abuelo, que en paz descanse. Pero…, ¡qué podía hacer yo si no quisieron escucharme! Afortunadamente los daños que usted ha sufrido se han limitado a unos cuantos vidrios rotos. Ellos, por el contrario, temen perderlo todo.

A pesar de su negación, de sus palabras deduje que sí había sido él quien los había alentado a hacerme esa visita. Había enviado a su camarilla para asustarme, y ahora aparecía como pacífico mediador. Cualquier compasión por su edad y por su estado de salud desapareció por completo. Era el mismo padre Gregorio de siempre, el mismo hombre reivindicativo y beligerante.

—Si vuelve a ofender la memoria de mi abuelo con sus descalificaciones, directa o veladamente, lo echaré de esta casa. Ni por un momento imagine que sus hábitos le dan carta blanca para faltarme al respeto.

—Disculpe, disculpe usted —respondió, elevando las manos en un gesto apaciguador—. No fue ésa mi intención. Pero —añadió mirándome con insidia— me sangra el alma cuando veo a personas afortunadas como usted ser tan insensibles a las desgracias de los más desafortunados. Obtiene grandes rentas de estas gentes, gracias

a las cuales lleva una vida lujosa y llena de comodidades. Tiene un hermoso castillo, lleno de valiosas antigüedades y objetos costosos, que apenas visita porque tiene otros aún más bellos en París. Estas personas sólo tienen sus humildes y modestas casas y dan gracias al cielo porque sus ganancias les permiten comer a ellos y a sus familias. Ganancias que obtienen con el sudor de su frente, con su trabajo y su esfuerzo, ¡no mientras danzan en salas de baile o se divierten en agrestes cacerías a costa del sudor, trabajo y esfuerzo de los demás!

—No está en su púlpito, padre. Déjese de sermones. ¿Qué es lo que quieren?

—No es difícil de adivinar. La cosecha este año ha sido muy mala, supongo que lo sabe. Los campesinos están muy preocupados, y asustados. Deben pagar los diezmos a la Iglesia, y los impuestos al Estado, y las rentas que le deben a usted. Si se obliga a pagar a estas gentes todo lo que se les exige, se les sumirá en la miseria. No quiero que se malinterprete lo que voy a decir, tan sólo me limito a ponerlo al corriente de la situación. Los habitantes de aquí acuden con frecuencia al mercado de Tours y allí se enteran de los últimos acontecimientos. Saben de las manifestaciones callejeras que se han desatado en París desde que el rey impuso por la fuerza los edictos por los que se priva a los parlamentos de su facultad de registro. Saben de la insurrección que estalló en Rennes cuando el Parlamento de Bretaña los declaró nulos; que la multitud atacó al intendente y al comandante, y que desde entonces toda la población está levantada contra las autoridades gubernativas. Saben que más insurrecciones de esa índole se están cociendo en otras provincias. Y ellos no están dispuestos a dejarse desposeer de todo sin defenderse. Están irritados contra la Iglesia, y yo no los culpo. Pagan los diezmos, y sin embargo, los fondos no se invierten en su parroquia para beneficio de la comunidad, sino que yo me veo obligado a entregarlo a mis superiores eclesiásticos que le dan un destino desconocido para ellos y para mí mismo. Pero luego ven a los obispos y cardenales arropados en sus elegantes carrozas, sus espléndidos palacios y en su desvergonzada ostentación de lujo, e imaginan a qué se destina su sacrificio. Mientras, nosotros, los simples sacerdotes, vivimos en la mayor estrechez, y no tenemos con qué aliviar las penurias de nuestros feligreses. Están irritados también contra el Gobierno, que los sangra a impuestos pero que tampoco invierte en mejoras de ningún tipo. El intendente tiene la obligación de socorrer a los pobres, pero nada de eso se ve por aquí. Mientras, oyen hablar de las espléndidas fiestas en Versalles, de los costosos collares que adquiere la reina, y de las elevadas pensiones de los cortesanos. Y también están irritados contra usted. Le pagan cada año las rentas de sus tierras, a la vez que han de destinar parte de su tiempo a cultivar las de usted, han de pagar por recorrer sus caminos y no pueden cazar en sus bosques. A cambio no obtienen ningún beneficio. No hay inversiones en regadíos, no hay mejora en los caminos, no hay institución benéfica que los ayude a cuidar de sus ancianos o de sus enfermos. Nada

hace usted por ellos, ni siquiera se digna asomar la nariz por aquí, y se limita a recoger su dinero para, como su abuelo, invertirlo en las fincas que tiene en París y aumentar así un patrimonio que aunque quisiera no se podría gastar en toda su vida.

Por fin terminó su perorata. Su tono había ido aumentando en calor e intensidad a medida que hablaba, un tono al que yo no estaba acostumbrado y que sublevó mi orgullo. El cobro de las rentas era un derecho ancestral que me correspondía sin discusión alguna, y no tenía ninguna obligación de invertir en los campos o en los caminos. A qué destinara mis ganancias era decisión exclusivamente mía y no estaba dispuesto a aceptar crítica alguna al respecto. Si me hubiese hablado con otra inflexión, si se hubiese limitado a exponer las penurias de sus gentes y a pedirme el favor de mi indulgencia, mi predisposición hubiese sido muy distinta. Pero aquel discurso repleto de reproches y de veladas amenazas no favoreció mi buen talante. Guardé unos instantes de silencio, mientras notaba que el enojo me subía por las venas hasta acumularse en mis sienes, y ya iba a responderle desairadamente, cuando Marionne, quizá adivinando mi reacción, se adelantó diciendo:

—Padre, le agradecemos mucho la información que nos ha facilitado de los problemas de los vecinos de Coboure. Desde luego que el conde no los dejará desamparados, téngalo usted por seguro. El conde ama a estas tierras y a sus gentes, y hará lo que esté en su mano por ayudarlos. Pero no se pueden abordar todos los problemas a la vez —continuó en tono negociador, mientras yo celebraba que su intervención me hubiera dado la oportunidad de calmarme—. Hay que comprender que el conde no puede hacer milagros. Hay ciertas cuestiones que escapan a su competencia. Por ejemplo, el tema de los diezmos o los impuestos. También él tiene una posición que mantener. Es una situación compleja que hay que analizar y que requiere reflexión. Creo que considerará razonable que se tome un tiempo para ello.

—No se puede esperar en exceso —intervino el hombre de inmediato—. Los campesinos están inquietos y preocupados. Un silencio prolongado será interpretado como una negativa.

—No se trata de ninguna elusión —replicó Marionne—. Tendrá una respuesta con prontitud.

Ella entonces me miró, incentivándome a pronunciarme al respecto. En ese instante pensé que, con independencia de los sentimientos que me despertase el padre Gregorio, era cierto que la coyuntura merecía cierta consideración, de forma que levantándome le dije:

—Vuelva mañana a la misma hora y le comunicaré las decisiones que haya tomado.

—Bien —manifestó, con la predisposición de quien acepta un reto—. Puedo esperar hasta mañana.

Marionne lo ayudó a levantarse y lo acompañó hasta el exterior del despacho. Yo,

sin embargo, no me moví, pero mantuve los ojos puestos en él hasta que desapareció de mi vista.

—¿Qué piensa hacer? —planteó Marionne cuando volvió.

—Condonarles las rentas, claro —sentencié. Desaparecida la insufrible presencia del padre Gregorio, la solución se me presentó ineludible—. No hay otra opción.

—Quizá sí —insinuó ella—. Es posible que algunos estén en condiciones de pagar, y otros quizá no puedan satisfacerla toda, pero sí una parte. Si perdona todas las rentas en su totalidad y sin distinción, el año próximo se relajarán pensando que se les condonarán nuevamente. Al final, si algún día se les exige lo considerarán una intolerable injusticia, la derogación de un derecho ya adquirido.

—Entonces, ¿qué propone? —repliqué con impaciencia.

—Le sugiero aplazar el pago de las rentas, con la imposición, claro está, de intereses, o de lo contrario todos solicitarán aplazamientos sine die. De esa forma quien pueda pagar lo hará para evitar el encarecimiento causado por los intereses, y al seguir siendo exigibles no pondrá usted en peligro las rentas futuras. En mi opinión es lo más sensato.

—Sí —contesté con calma, tanto más cuanto era presa de una punzante irritación —. Salvo por un pequeño detalle. Yo no negocio, ni regateo. Yo exijo o perdono. Pero jamás —subrayé— regateo ni hago propuestas mercantilistas. Ésa es la diferencia entre un señor y un vulgar comerciante. Lamento que no aprecie la diferencia.

No había pretendido ofenderla, pero supe que lo había hecho en cuanto vi mudarse su expresión. El enojo le encendió el rostro y contestó:

—¡Por supuesto que la aprecio! Si estas tierras hubiesen pertenecido a un vulgar comerciante, como usted dice, habría invertido en regadíos y mejorado los caminos para incrementar su rentabilidad, y eso no sólo le hubiese comportado mayores ganancias, sino que además hubiese dado trabajo a más gente y aumentado la productividad de las tierras para beneficio de todos. Pero los grandes señores ¡no claro!, ¿cómo van ellos a rebajarse a pensar en el dinero? Los grandes señores sólo piensan en él para decidir cómo gastarlo, los que son listos, y cómo malgastarlo los que son tontos. ¡Pero la prosperidad está en manos de esos vulgares comerciantes que invierten y crean riqueza, y no en la de los grandes señores que se limitan a acumularla para dejarla muerta y que son una lacra para esta sociedad! Haga usted lo que quiera con sus rentas, no es cosa mía; pierda dinero en lugar de ganarlo, le sobra suficiente como para permitirse ese lujo, pero no vuelva a menospreciar mi mentalidad. La suya sólo tiene orgullo de casta y arrogancia. ¡Y eso que se tilda de liberal!

—¿Ha terminado? —la corté.

—Sí, desde luego —repuso con ojos vidriosos—. He terminado.

Me dio la espalda y salió de la habitación. Oí sus pasos marcándose con firmeza

sobre el pavimento de la galería, que la distancia fue amortiguando hasta que los volvió inaudibles. Entonces salí despacio de detrás de mi mesa y me senté en el sillón que había frente a la chimenea apagada. Perdí la vista en su negra cavidad, sintiendo de pronto un cansancio anímico y mental que me dejó postrado en un estado de vacío abatimiento.

No existían los paraísos perdidos. Había olvidado que había dejado mi niñez muy atrás, y ése es el único verdadero Paraíso.

Mi regreso a Coboure no resultó como había imaginado. Pero lo grave es que no se debía a unos acontecimientos casuales, sino a que mi representación mental de lo que era estaba muy alejada de la realidad. Sin darme cuenta había seguido conservando la imagen que del condado tenía durante la vida de mi abuelo, cuando sobre mí no recaía ninguna responsabilidad, cuando sólo venía a disfrutarlo. El castillo medieval que despertaba la imaginación del adolescente, las cabalgadas libres por los bosques, las correrías por los prados… Eso era para mí Coboure, como si se mantuviera solo, como si no existiera una realidad socio-económica que tenía la obligación de administrar y de gestionar, como si no viviesen personas en él cuyo bienestar dependiera de esa administración, como si no fuera, además de un feudo, una unidad productiva que requería atención y trabajo. Las palabras de Marionne, concentradas en escasas frases, pero cargadas de un mensaje tan condensado como demoledor, me habían abierto los ojos de golpe. Tenía Coboure abandonado. Había incumplido gravemente mis obligaciones como señor de estas tierras. Acomodado en mis rentas inmobiliarias de París y en la pensión que había estado percibiendo primero en Versalles y actualmente como magistrado del Parlamento, había despreciado los ingresos percibidos de Coboure y me había desentendido por completo de él.

Necesitaba algún tiempo para rehacerme de esta constatación, que había caído sobre mí como un mazazo. Prácticamente dos horas permanecí sentado frente a la chimenea apagada de mi despacho, sin hacer otra cosa que fijar la vista en su vacío y permitir a mi mente revisar lo ocurrido y oído aquel día. La impresión que había tenido al ver el castillo, de vetustez y cierta dejadez, temía que no fuera más que la muestra de la verdadera situación del condado.

Había ya casi anochecido cuando llamé a Vincent para preguntarle por el autor del mensaje que me había traído hasta Coboure, el señor Beltran. Cinco años administrándolo sin que nadie le solicitara rendición de cuentas. Quizá Rocard lo había hecho formalmente, pero no tenía duda de que sin ninguna comprobación. Cinco años haciendo lo que había querido. Que me hubiera robado más o menos dependía de su mayor o menor honradez, pero suponer que en alguna medida lo había hecho equivalía simplemente a no creer en milagros. Y en cuanto a los campesinos, que los hubiera extorsionado más o menos también dependía de su menor o mayor

bondad, pero no, desde luego, de que alguien le hubiese marcado los criterios de actuación.

—Ve a visitarlo. Ahora. Que te entregue en el acto todos los libros de cuentas. Da a entender que una excusa o una demora será malinterpretada y despertará graves sospechas. Y dile que venga mañana a verme, a primera hora. Que se prepare para pasar el día fuera. Quiero que me acompañe a recorrer el condado.

Vincent volvió con los libros. Cinco. Uno por cada año transcurrido desde que yo heredara Coboure. No había planteado resistencia, me dijo, aunque sí rezumado murmurantes protestas.

Me retiré con ellos a mis apartamentos, con ánimo de examinarlos. Pero, cuando me senté en el sillón, me abordó el reclamo de la pequeña puerta lateral que conducía, por un pasadizo interior, hasta el dormitorio de Marionne. Intenté concentrarme en los renglones de números, mas la vis atractiva de aquella apertura era casi irresistible. Sólo me retenía el amor propio, que dominó la partida durante unos cuantos minutos. No obstante, el pensamiento de que ella no había merecido el recibimiento conflictivo que había tenido, y mucho menos mi desairada respuesta a su buena voluntad.

me acabaron de decidir. Cogí los cinco libros, que me iban a servir de excusa, aún necesaria a mi pundonor, y recorrí con decisión los escasos veinte pasos de pasillo interior que desembocaban en gemela puerta en su otro extremo. Llamé, con dos vigorosos golpes del puño cerrado, y como no obtuve respuesta, entré. Marionne estaba de pie junto a la ancha cama de dosel, mirándome. Era la postura que acababa de adoptar al oírme entrar, pero su ocupación era fácil de adivinar. La delataba el baúl abierto de viaje y la ropa que, dispuesta doblada sobre la cama, esperaba a ser introducida en su interior tras haber sido extraída del armario abierto de par en par.

Se iba.

No esperaba una reacción tan radical, y quedé transpuesto unos instantes.

—Venía a pedir su ayuda —dije pacífico, señalando los libros de contabilidad.

—Usted no necesita mi ayuda.

Me acerqué despacio hasta ella, con la vista puesta en los cuadernos. No sabía cómo iba a atajar aquella nueva crisis, ni cómo iba a poder convencerla de que se quedara, después de todo lo que había pasado. Cuando estuvimos frente a frente, la miré. La proximidad me permitió comprobar el enrojecimiento de sus ojos y los restos de llanto en la hinchazón de su semblante. Al descubrir que yo la había hecho llorar, a ella, que hasta la fecha me había parecido imbatible, solté los libros sobre la cama y me acerqué con ánimo de abrazarla, pero Marionne abortó tal intención dándome la espalda.

—Lo siento… —murmuré condolido, atreviéndome a posar mis manos en sus hombros—. El viejo ése me saca de mis casillas. Lo siento, Marionne, perdóneme.

La sentida y sincera disculpa le arrancó, como mínimo, un suspiro, y el siguiente

comentario:

—Ya le dije una vez que usted nunca me consideraría una igual.

—Por supuesto que no —repliqué, acariciándole los hombros—. Si lo hiciera sería un engreído.

Dicho esto, me animé a intentar de nuevo divisar su cara, y esta vez lo conseguí, pues ella no se movió.

—Si vuelve a hablarme como lo ha hecho esta tarde —advirtió—, me iré.

No se iba. Me costó permanecer impertérrito.

—Bien —dije, bajando mis manos por sus brazos hasta coger las suyas—, pero entonces no me conteste usted como lo ha hecho hoy. Las dos cosas sería un castigo demasiado severo.

—Sus palabras me han herido. Las mías a usted le dan igual.

—Claro. Yo soy un insensible.

No replicó. Se limitó a bajar la cabeza. Su nuca quedó al descubierto, frente a mis labios. Mi voluntad se resistía a no ceder a la tentación, pero al final la vencí y me aparté. Entonces Marionne volvió la vista hacia los libros que yo había abandonado antes en la cama y, en señal de haber dado por zanjado el episodio, y demostrándome con ello que tenía un fuerte pero excelente buen carácter, preguntó:

—¿Qué son?

Al día siguiente partí poco después del amanecer con Beltran, el administrador. Nos acompañó Vincent, pues quería estar asistido de como mínimo dos conocedores del condado para contrastar opiniones y para que la presencia de ambos los disuadiera mutuamente de exagerar, omitir o darme versiones en exceso subjetivas.

Durante todo el día estuvimos recorriendo el dominio a caballo. Bordeamos los campos, visitamos granjas y barracas, atravesamos pastos y bosques, llegamos hasta el curso del afluente del Loira que atravesaba mis tierras y pasamos por casi todos sus caminos. Vi y escuché, y pude hacerme una cabal idea de la situación.

Coboure estaba dividida en tierras de bosques, pastos y cultivos. En cuanto a los primeros, el uso de dos terceras partes de la superficie forestal me correspondía a mí en exclusiva, el resto era para aprovechamiento de la comunidad. No obstante, según me dijeron, las incursiones furtivas en la mía eran frecuentes, bien fuera para proveerse de leña, para recoger champiñones o setas, para arrancar corteza de los árboles, o para poner trampas a los roedores. Beltran confesó haber hecho la vista gorda ante semejantes extralimitaciones, por no considerarlas perjudiciales.

Respecto de los pastos, antiguamente la mitad eran también de uso comunal, pero hacía ya más de cincuenta años que se había repartido, dividiéndola en diversos lotes proporcionales a la riqueza de los adjudicatarios, de tal suerte que a los más humildes apenas les correspondió una porción insignificante que se vieron obligados a vender

enseguida. Esa repartición había perjudicado muy gravemente a los que estaban en situación más precaria, por cuanto habían tenido que deshacerse de sus animales al carecer de pastos, y muy a menudo la leche de la única vaca que poseía una familia, o su carne, se había convertido en su salvación en momentos de malas cosechas. En cuanto a la otra mitad, la que no había sido nunca comunal, me pertenecía, y estaba arrendada en su mayoría; pero la devaluación de la moneda había disminuido mucho el valor de las rentas, motivo por el cual mi abuelo había instado en vida un proceso judicial —que todavía no había sido resuelto— solicitando que su importe fuera actualizado.

Las tres quintas partes restantes de suelo estaban dedicadas al cultivo: trigo, vid y maíz. Debido al régimen feudal imperante, todas ellas, en teoría, me pertenecían también, pero sólo la mitad lo hacían propiamente; el aprovechamiento del resto se había cedido a campesinos a cambio de un porcentaje de su producto o de unas rentas fijas. Aunque los agricultores eran, en puridad, respecto de las tierras, feudatarios y no propietarios, su derecho podía vender se y transmitirse por herencia, de suerte que después de siglos de cesiones, divisiones y agrupaciones, su situación era muy desigual.

Había tres familias que poseían extensiones de terreno muy respetables y granjas prósperas con varias decenas de cabezas de ganado, y su posición era lo bastante desahogada como para que hubiesen enviado a sus hijos a estudiar a las universidades, contándose entre sus miembros abogados, boticarios, médicos y hasta un notario que ejercía en Tours. Éstos, que debido a su cuantioso ganado eran quienes habían tomado en arriendo la mayoría de mis pastos, eran quienes más se habían opuesto a la pretensión de mi abuelo de actualizar sus rentas, y eran también, según me dijeron, quienes peor aceptaban mis derechos señoriales, en especial las rentas que debían satisfacerme como cesionarios de los terrenos que cultivaban, que me pertenecían por su carácter feudatario. Pretendían la abolición del régimen feudal y el reconocimiento de la propiedad plena sobre sus tierras.

Después había una veintena de familias que, en diversa gradación, tenían lo suficiente para no pasar penurias en circunstancias normales. Poseían tierras de cultivo, ganado y huerto en proporciones modestas pero suficientes; una mala cosecha podía situarlos en una posición de estrechez, mas no de desespero. Pero, por debajo de éstas, había un conjunto de unas cincuenta familias que vivían en la miseria o en el límite de la miseria. A causa de las sucesivas particiones hereditarias, las porciones de tierra que tenían cedidas apenas les permitían tener un minúsculo huerto doméstico para plantar algunas verduras y legumbres, completamente insuficientes para la subsistencia. Algunos tenían un par de gallinas, y otros criaban conejos que habían capturado en los bosques, pero vivían en barracas lamentables donde los ocho o diez hijos compartían la única pieza que hacía las veces de cocina, comedor y

dormitorio, y los padres dormían en el altillo junto a las jaulas de los pocos animales que tuvieran. Estas gentes trabajaban en tierras ajenas como jornaleros o braceros durante las temporadas de siembras y recolectas, pero el resto del año se quedaban sin trabajo, sobreviviendo a base de hilvanar telas con husos caseros, buscar productos en el bosque, o desempeñar trabajos ocasionales o mal pagados como el de carreteros o cargadores, si los conseguían. Mas, si la cosecha era mala, no se les necesitaba y nadie los contrataba, de forma que la miseria se traducía en verdadera hambre. Los niños estaban desnutridos, iban harapientos, sucios, con lo que ello comportaba de parasitismo, y el analfabetismo era generalizado. Muchos de ellos, al cumplir los trece o catorce años, emigraban hacia Tours o hacia París, donde irían a engrosar el número de mendigos que dormían junto a las puertas de las iglesias, o los más afortunados encontrarían trabajo en una fábrica o taller donde pasarían encerrados catorce o dieciséis horas al día por un sueldo que apenas les alcanzaría para comprar el pan.

Pregunté, escandalizado, y con inevitable remordimiento, cómo se había llegado a esa situación, pero la respuesta fue una mirada de incomprensión. ¿Qué quiere que hagamos nosotros?, parecían decirme mis dos acompañantes.

Sí…, la pregunta me la formulé yo interiormente mientras extendía la mirada sobre la llanura parcelada de tonalidades verdes y pardas. Y la respuesta me asaltó inquietante y amenazadora. Ni siquiera condonando las rentas saldría aquella gente de la miseria. Porque el problema era la desigual distribución de las tierras, de la riqueza, la estanqueidad de la productividad, las manos muertas, la falta de asistencias sociales para paliar las situaciones de grave necesidad… Era necesario un cambio tan radical, que para conseguirlo haría falta una revolución.

Capítulo XIX

Lucile De Briand

Después del duelo, tuvimos que marcharnos por una temporada.

Primero fuimos a Sainte-Agnès. André deseaba presentarme a sus padres y enseñarme su casa. El deseo me pareció muy natural y lo agradecí. Sainte-Agnès había sido, en algún momento de su historia, un marquesado de relevancia, y así lo demostraba el tamaño del castillo, mucho más espléndido de lo que había imaginado. Sin embargo, el dominio había ido perdiendo paulatinamente sus tierras, hasta el extremo de que las rentas que producían no bastaban siquiera para mantener el edificio, y la familia se había visto obligada a cerrar casi dos terceras partes del mismo. Era una pena, porque cuando visité esas estancias de la mano de André, descubrí hermosos salones que nada hubiesen tenido que envidiar a los mejores palacios de haber podido invertir lo necesario en su restauración. Pero, en contraste con la tristeza de estas habitaciones abandonadas, las ocupadas estaban bien mantenidas y decoradas con gusto, de forma que eran sumamente acogedoras, y el hecho de ser pocas incrementaba esa sensación.

Respecto a los padres de André, creo que nunca había visto devoción mayor de unos progenitores hacia su vástago. El padre, a causa del impositivo concepto de hombría, se veía obligado a disimularlo, pero la madre demostraba una adoración y debilidad por el hijo que eran conmovedoras. Yo, que también era madre, podía comprender los sentimientos de esta otra que había perdido a dos de sus hijos y que hacía más de un año que no veía al único que le quedaba. La compadecía de corazón cuando la descubría mirando enternecida a su niño, ya hecho hombre; cuando se deshacía con él en atenciones, cuando lo escuchaba hablar con el alma tan henchida que parecía que le estallaría en el pecho. Pobre mujer, pensaba yo con afecto, evocando a mi Philippe. Y es que, no sólo se adivinaba que tanto ella como el padre eran buenas personas, sino que además conmigo se portaron insuperablemente bien. Sin duda la relación del hijo conmigo no debió de ser para ellos una buena noticia. Yo estaba casada, era ya madre y encima pobre. Desde su punto de vista, peor no podía ser; máxime cuando las cualidades de André les habían permitido confiar en que conquistara a una mujer de mucha mejor condición. Pero debían de conocer lo bastante bien a su hijo como para saber que no existía posibilidad alguna de desviar su voluntad en este campo, de forma que ocultaron o destruyeron cualquier prejuicio que tuvieran en mi contra y dedicaron todo su esfuerzo en conseguir que yo me sintiera a gusto en su casa, con el objetivo, a mí no se me escapaba, de que no los

alejara de él.

Así transcurrieron unas cuantas semanas, hasta que llegó la fecha del sexto cumpleaños de mi hija, de Ève. Era impensable que no acudiera a Nuartres a felicitarla. No sabía cuál iba a ser la reacción del duque ahora que sin duda estaba ya al corriente de mi relación con André, la que con tanta contundencia me había prohibido profiriendo lo que para mí eran las más terribles amenazas. Pero precisamente a causa de ellas, era imprescindible que acudiera y me enfrentara a él. Y debía hacerlo sola.

Planeé llegar a Nuartres a media mañana, confiando en que ni el duque ni su secretario estuvieran a esa hora. Y acerté. Recibí los alegres y entusiasmados abrazos de los niños y aproveché para entregarle a Ève mi regalo de cumpleaños. Luego aún pude comer con ellos, jugar por la tarde y casi hasta acompañarlos en la cena. Pero, justo cuando me trasladaba al pequeño comedor de sus apartamentos, me anunciaron que el señor había llegado y que, sabedor de mi presencia en el castillo, me instaba a que compareciera ante él de inmediato en la biblioteca.

Bajé y entré en la silenciosa y solemne estancia. El duque, sentado en su sillón frente a la chimenea, debió de oírme entrar, pero no dio señales de ello. Me fui acercando, marcando mis pasos sobre el pavimento de madera. Cuando me detuve a escasa distancia, se levantó y me miró. Era un hombre corpulento y de rostro enérgico que la edad había convertido en adusto y autoritario.

—Así que te has atrevido a venir —fue su saludo.

—Debía hacerlo. Es el cumpleaños de Ève. Ella no entendería que no lo hiciera.

—Creí que había expresado mi voluntad con claridad —contestó con sequedad.

—Lo hiciste. Pero no se trata de ti. Se trata de los niños.

—¡Ah! —me reprobó con desprecio—. ¡Ahora te acuerdas de los niños!

Me dio la espalda y se dirigió hacia la sala contigua, donde estaba preparada la mesa para la cena. Lo seguí. Se sentó a una de las cabeceras, la que ocupaba habitualmente, y destapó el primer plato.

—Un caldo caliente. Estupendo. —Alzó la mirada hacia mí, que permanecía de pie junto a la puerta esperando su invitación formal—. Se te va a enfriar la sopa, querida —añadió cortante—. Siéntate.

Así lo hice, con comedimiento. El duque hizo un gesto al servicio para que se retirara, lo que hicieron cerrando tras sí las puertas. Él se concentró en dar cuenta del plato sin levantar la vista. Respeté su silencio e hice lo mismo. La pausa se prolongó varios minutos, hasta que lo dio por terminado. Después me dijo, o mejor dicho, me ordenó:

—Compartirás mi mesa y recibirás alojamiento en mi castillo esta noche. Y sólo esta noche. Mañana por la mañana, antes de que los niños se despierten, te marcharás

de Nuartres y no volverás a pisarlo hasta que yo te invite a ello; cosa que, ya te adelanto, no haré como mínimo mientras mantengas tu relación con el marqués ese como se llame.

—Marqués de Sainte-Agnès —me atreví a aclarar, aunque el duque lo sabía perfectamente.

—¡De Sainte-Agnès, de Sainte-Adelaine o de pacotilla! —explotó por fin, dejando caer su puño sobre la mesa y haciendo tintinear toda la vajilla—. ¡A pesar de mi prohibición! —bramó, enrojeciendo—. ¡Has desdeñado mis órdenes y te has burlado de cuantas advertencias te hice! —Decidió serenarse, quizá pensando en su estado de salud, que desaconsejaba los excesos; aspiró hondo y añadió—: ¡¿No te das cuenta de todo lo que estás poniendo en peligro entregando tu confianza a un aventurero imprevisible?! He sido un esposo tolerante y justo. Puesto que yo no estoy dispuesto a cumplir contigo con todo cuanto me exige el matrimonio, no he considerado equitativo exigirte estricta fidelidad. ¡Pero siempre te he respetado y me creo con derecho a exigir el mismo respeto! —volvió a vociferar—. El conde de Coboure era un caballero. Sabía dónde estaba su sitio y dónde estaba el mío. Pero son muy distintos los informes que he recibido del marqués ese. Así que, hasta que no finalices tu relación con él, mantendré a nuestros hijos lejos de su influencia.

—No puedes hacerme esto, Albert —repliqué—. Ni a los niños tampoco. Me necesitan.

—Estoy de acuerdo —aseveró—. Por eso tu actitud es imperdonablemente egoísta. ¡Porque te lo advertí! Has antepuesto tu lujuria al bienestar de tus propios hijos. ¡Y hasta que no recuperes la responsabilidad, la madurez y el equilibrio, hasta que no se consuma la fiebre de esa pasión irracional y del todo punto inadecuada, no te considero capacitada para que vuelvas a tratarlos!

Guardé unos instantes de silencio, con el corazón martilleándome el pecho. No serviría de nada que rebatiera sus acusaciones. No lo convencería con argumentos y no quería enzarzarme en una estéril discusión. No tenía más remedio que utilizar la argucia que había estado ideando. Suspiré hondo, me enderecé sobre mi espalda y, con aparente desafío, le dije:

—Entonces no me dejas más alternativa.

No comprendió a qué me refería, pero intuyó que se trataba de una amenaza. Torció el gesto en una sonrisa que pretendió ser desdeñosa, y respondió:

—¿De qué alternativa estás hablando?

—Si no puedo ver a mis hijos, me obligas a solicitar la nulidad de nuestro matrimonio y su custodia.

—Creo que ya hemos hablado de eso en alguna ocasión. —Sonrió despreciativo —. Tengo buenas influencias. No tendrías nada que hacer en un pleito contra mí.

—No estoy tan segura. Si se alega la verdadera causa de nuestro fracaso

matrimonial nadie en la Iglesia se atreverá a defenderte. Y obviamente, condenando ésta tus inclinaciones, por ella calificadas contra natura, no será muy difícil que me concedan a mí la custodia de nuestros hijos.

—¡No te atreverás! —exclamó ronco, mientras un reflejo nervioso le hacía aletear uno de los párpados.

—¡Ya lo creo que me atreveré! —me enardecí yo—. ¡¿Pero es que concibes que haya para mí algo más importante que mi unión con mis hijos?! Nunca me he enfrentado contigo porque no quería poner en peligro la posibilidad de verlos. Pero si me lo impides, ya no tengo nada que perder. ¿Lo comprendes, Albert? ¡¡¡No tengo nada que perder!!!

Él estaba agitado. Me miró iracundo, los ojos inyectados en odio. Bordeó la mesa y se acercó a mí con movimientos enérgicos y pesados, como un toro dispuesto a embestir.

—¿Hasta tal punto te ciega el egoísmo que eres incapaz de pensar en el daño que les infligirías? —gritó casi en mi oído—. ¡Nuestros hijos fruto de un matrimonio nulo! ¿Crees que eso no iba a afectarles? Y encima, el escándalo, que también te rociaría a ti, porque como comprenderás, no aceptaré que me ataques sin defenderme, y con tu vida adúltera, que es del dominio público, tus dos sonados romances, tu amistad con la reina, a quien se acusa de mantener amoríos también con mujeres, será un contencioso muy divertido para todos los que quieran burlarse de nosotros. Y, evidentemente, nadie libraría a nuestros hijos de la duda de su legitimidad. Bastardos. ¡Bastardos! La madre adúltera y el padre homosexual. La conclusión es casi inevitable. Se diría por lo bajo a sus espaldas, a su alrededor, algunos hasta en su misma cara. Al final hasta ellos mismos dudarían de quién es su verdadero padre y de su legitimidad. Y cuando sea adulto, ¿a cuántos duelos tendrá que enfrentarse tu hijo para defender su honor y el de sus padres? ¿Y nuestra hija? ¿Qué oportunidades de contraer un matrimonio digno de su nacimiento crees que tendrá con semejante tacha? ¿Es eso lo que quieres para ellos?

—No, Albert —dije mirándolo—. No es lo que quiero para ellos. Yo sólo quiero verlos. Deja que siga viéndolos y nada de todo esto ocurrirá. ¡Pero no me dejaré sacrificar, como pretendes! No seguiré con un hombre al que ya no amo y dejaré a otro al que amo sólo para calmar tus temores, que yo sé infundados. ¡Y no renunciaré a ver a mis hijos sólo para satisfacer tu deseo de castigarme!

Apretó los dientes, marcando amenazante la mandíbula, y se inclinó sobre mí, apoyando sus manos en el respaldo de mi silla, como si su imponente presencia física pudiera intimidarme. Pero no di signo alguno de flaqueza, sino de ratificación, al desviar la mirada de la suya y mantenerla fija al frente.

Nos mantuvimos así escasos segundos, como estatuas. Finalmente él se enderezó, atravesó la estancia hasta la puerta, la abrió y salió de la habitación, evitando dar un

portazo, como queriendo demostrar que no había perdido el control, el control de nada.

Cuando me quedé sola me levanté y me dirigí hacia el balcón. Entonces me di cuenta de que todavía temblaba. Si no había sido capaz de convencerlo de la autenticidad de mi amenaza, lo tenía todo perdido, porque no pensaba llevarla a la práctica. Nunca sometería a mis hijos a la vergüenza y al bochorno de un proceso judicial semejante. No. Jamás. Antes renunciaría a ellos. La única cuestión era, pues, si mi esposo me había creído capaz de hacerlo.

A la mañana siguiente no me marché como él había ordenado. No podía hacerlo sin más. Si abandonaba Nuartres a la espera de que me comunicara su decisión, cada día que transcurriese sin que lo hiciera jugaba en mi contra y desvanecía la credibilidad de mi postura. Ordené que me sirvieran el desayuno en mi dormitorio y que me advirtieran en cuanto los niños se despertaran. La noticia, por supuesto, llegó a oídos del duque. Estaba sentada ante la pequeña mesa auxiliar, vestida todavía con mi camisón de dormir y mi bata, cuando irrumpió como un vendaval en la alcoba.

—¿Qué haces aquí todavía? Te dije que partieras a primera hora, ¡y ni siquiera están preparando tu carruaje!

—No te inquietes —repuse con calma—. Estoy desayunando. Cuando termine me vestiré, me despediré de los niños y me marcharé. Vuelvo a París, donde me reuniré con el marqués e iniciaré los trámites de nuestro proceso de nulidad matrimonial. Ni siquiera tendrás que volver a hablar conmigo. Nuestra próxima comunicación será ya a través de nuestros abogados. Y ahora te ruego que salgas de mi habitación, pues aún no estoy vestida, como puedes ver.

—¡¡¡No pensarás en serio llevar adelante semejante locura!!!

—Querido —repuse despacio, pero con contundencia—, no renunciaré a mis hijos. Te lo he dicho y te lo repito. Y te hago notar que tienes mucho más que perder que yo. Todo aquello de lo que puedas acusarme ya es del dominio público, como dijiste. Eres tú quien todavía tiene secretos.

Me miró unos instantes y luego, con un gesto rápido, dio media vuelta. Parecía que iba a salir de la estancia, pero cuando tenía el picaporte ya en la mano, se volvió de nuevo hacia mí.

—Pero bueno —espetó—, ¿qué esperas de mí? ¿Crees que voy a ceder sin más?

—Sin más, no. Estás equivocado respecto del marqués de Sainte-Agnès. Yo te garantizo que ningún problema habrá de causarte, ni ahora ni en el futuro. Te lo garantizo —reiteré—. Tendrás que confiar en mí. Si me permites visitar a los niños con la asiduidad habitual, nada haré y todo seguirá igual. Es un acuerdo, Albert. Acéptalo.

Una mirada furibunda fue toda su réplica y salió, ahora sí, con un portazo. La violencia del golpe me hizo pegar un respingo.

Abandoné mi desayuno, pues mi aparente calma era mera ficción y en realidad no podía pasar bocado. Llamé a mi lacayo para que preparara el carruaje, con instrucciones de que lo hiciera de la forma más ostentosa posible. Luego me vestí y me coloqué junto a la ventana para observar el exterior.

Al cabo de un rato apareció el vehículo, guiado por mi cochero, que manejaba las riendas con una energía y brusquedad inapropiadas para lo corto del trayecto entre las caballerizas y la entrada principal. Después, en lugar de venir a avisarme en persona, no se le ocurrió otra cosa que hacer sonar con reiteración la campana del coche, con lo que, si hasta entonces la maniobra le había pasado desapercibida a alguien, en aquel momento debió de enterarse el castillo entero.

Me retrasé expresamente. Esperaba todavía, con el alma en un puño, una señal de que podía quedarme.

Parecía que no iba a llegar. La campana no dejaba de repiquetear, destrozándome los nervios. Tendría que bajar.

Justo cuando me apartaba ya de la ventana, percibí un movimiento extraño y volví esperanzada a mi posición anterior. El mayordomo se había acercado a mi sirviente y estaba conversando con él. Mi cochero dejó la campana y desapareció en el interior del edificio. ¿Le había ordenado que dejara de armar escándalo y viniera a avisarme personalmente? ¿O se trataría de algo más?

Seguí esperando, impaciente. Por fin llegó.

—Señora, el duque ordena se descargue el carruaje y se devuelva a las caballerizas. Como usted me ha ordenado lo contrario, quisiera saber cómo he de proceder.

Me cubrí los ojos con la mano para ocultar la emoción. Durante unos segundos no pude pronunciar palabra. Al fin conseguí decir:

—Descárgalo.

Después de aquello me quedé un mes en Nuartres. Para afianzar mi victoria era necesario que me comportara como hasta entonces, y habitualmente mis estancias no eran de menor duración. Pero, cuando ya estaba pensando que la actual empezaba a alargarse más de lo que el duque podía tolerar sin irritación añadida, me sorprendieron con la noticia de que tenía una visita. André se había presentado, sin previo aviso. Lo había decidido súbitamente, me dijo, pues no soportaba seguir en Sainte-Agnès solo. Además de necesitar verme, declaró, deseaba conocer a mis hijos, deseo que, como es natural, me conmovió.

Como el duque no estaba y no llegaría hasta la noche, no me inquieté por el momento por su reacción, y me centré en el importante acontecimiento de la presentación entre André y los niños. Como a él se le daban bien las bufonadas y los juegos físicos, que a los críos les arrancaban alegres carcajadas, al final de la mañana

habían congeniado con facilidad, y yo me sentía feliz viéndolos jugar a los tres juntos.

Después de comer, sin embargo, insinué a André que lo mejor sería que nosotros dos nos trasladáramos a casa de mis padres, pues estaba convencida de que mi esposo no le dispensaría un buen recibimiento. Pero se negó. No era su forma de proceder, me dijo, personarse en casa de alguien y marcharse sin presentar sus respetos al dueño. Él no iba a huir del señor de Nuartres.

No lo convencería de lo contrario, lo supe. Me resigné, pero temí el encuentro. Esperé al duque nerviosa y al final salí sola al exterior para esperarlo frente a la entrada, pues consideré conveniente darle la noticia yo misma. André, que imaginó mi intención, nada objetó, ni vino en mi busca cuando la espera se prolongó más de hora y media, que consumí dando cortos e inquietos paseos.

Por fin apareció. Esperé a que la carroza se detuviera frente a la puerta y descendiera del vehículo.

—Albert —inicié suave—, ha venido alguien: el marqués de Sainte-Agnés.

Me miró incrédulo.

—¿Cómo se te ha ocurrido? —se enojó—. ¿Hasta dónde quieres forzar la situación? Si viene a hablar de la nulidad de nuestro matrimonio, te juro que…

—No viene a hablar de nada de eso. Sólo quiere presentarte sus respetos.

—¡No quiero sus respetos ni nada de él! Que se marche. O lo haré yo hasta que él desaparezca.

—Albert —intenté aplacarlo—, ¿y en qué va a beneficiarte demostrarle tal enemistad? Permítele que te salude y nos iremos. ¿No es más sencillo?

Reflexionó un instante, sin desfruncir el ceño.

—Está bien. Lo recibiré un minuto en mi biblioteca cuando a mí me plazca. Ya lo haré llamar. Y después os vais los dos.

Volví al salón y conté a André el resultado de mi conversación con el duque, temerosa de que ahora fuera él quien se ofendiera.

Pero no dio señales de ello. Asintió y ambos esperamos, yo angustiada y él en apariencia relajado, la augusta llamada. Por fin tuvo ésta lugar, pronunciada por boca del mayordomo como si se tratara de una audiencia real. André se levantó y me obsequió con un beso de despedida, como si en realidad fuera a acudir a alguna sesión solemne de una institución relevante. Los aires de grandeza del duque me ponían enferma.

Yo esperé sola, en la enorme estancia, sin saber qué hacer. Esperé rato y rato. El minuto concedido en un acto de suprema benevolencia se había multiplicado por más de sesenta. Ya no pude aguantar más y salí de la sala. La curiosidad me carcomía. Avancé hasta la biblioteca. La puerta estaba entreabierta. De su interior emanaban voces masculinas y no tardé en divisar al duque, a su secretario y a André sentados en

los sillones conversando amigablemente. Me quedé perpleja tras la puerta, sin entender nada. El tema de conversación, audible desde donde yo me encontraba, versaba sobre los futuros Estados Generales.

Decidí retirarme en silencio, antes de ser descubierta. Me trasladé a la sala utilizada como comedor para los niños y permanecí con ellos. Luego los acompañé a su dormitorio para acostarlos. No fue hasta media hora después que André apareció. Me informó de que venía a mudarse de ropa, pues íbamos a cenar con el duque y su secretario en el comedor principal. Parpadeé confusa.

—Pero ¿qué has hecho? ¿Lo has hechizado?

—No. —Sonrió—. Sólo hemos hablado de política. Es un tema que apasiona al duque. Un hombre muy sensato, por cierto, no me lo habías dicho.

No entendía nada, pero no pregunté más. Cómo conseguía André ganarse a todo el mundo, era un misterio para mí indescifrable.

Cenamos esa noche con el duque, que trató a André con abierta simpatía bajo mi estupefacta mirada, y ni qué decir tiene que lo convidó a permanecer en su residencia cuanto tiempo desease. Durante las siguientes semanas André no sólo compartió la mesa del duque, sino también las partidas de caza y hasta lo acompañó a una de las Asambleas de los Estados del Languedoc. Al cabo de unas semanas yo tenía la impresión de ser aceptada en esa casa más por mi condición de pareja de André Courtain, que por ser la esposa del dueño.

La estancia de André en Nuartres también permitió que conociera a mis padres, a los que visitamos, y que tratara diariamente a mis hijos. En él sobrevivía todavía una faceta adolescente que le permitía divertirse con los juegos infantiles y desplegar con los niños una complicidad traviesa que los divertía sobremanera. En poco tiempo todo el mundo en aquella casa adoraba a André, y yo estaba tan enamorada que la opresión de ese sentimiento no me permitía ser del todo feliz.

Una noche, en la que habíamos empezado a hacer el amor, André se detuvo en sus inicios y, mirándome mientras me tenía abrazada, me preguntó:

—Lucile, ¿querrías tener un hijo conmigo?

Capítulo XX

Edith Miraneau

La oposición del Parlamento de París a cumplir los edictos por los que se le privaba de la facultad de registro fue seguida por otros, y ello desencadenó rebeliones y ataques a las autoridades por doquier. En París se sucedían las manifestaciones y los altercados, pero se tenían noticias semejantes de otros lugares, como de Toulouse, Rennes, Pau o Grenoble.

Finalmente el Gobierno capituló. Durante meses los ministros habían capeado contra viento y marea para conseguir imponer su reforma y anular el poder político de los parlamentos; pero la resistencia había sido formidable y el rey estaba cansado de desobediencia civil, de desórdenes, y de carecer de fondos, así que el 5 de julio dictó un decreto por el que anunciaba la próxima convocatoria de los Estados Generales.

Cabe imaginar que acontecimiento tan reivindicado provocó el consecuente entusiasmo acompañado de un latente sentimiento triunfalista. Pero la euforia del primer momento no nos impidió comprender, casi de inmediato, que todavía no estaba todo ganado. El decreto no sólo no fijaba la fecha de la convocatoria, sino que tampoco se pronunciaba sobre la composición y funcionamiento de los Estados, sumiéndonos a todos en un debate que debía de saber no era en absoluto pacífico y que nos iba a enfrentar a unos con otros.

Sobre la composición y funcionamiento de los Estados se barajaban dos posibilidades, y ambas eran irreconciliables. Una era la tradicional, la que había regido los últimos celebrados en 1614. Los Estados Generales debían su nombre a la reunión de los tres estamentos reconocidos: el clero, la nobleza y los comunes, que se denominaban, respectivamente, Primer, Segundo y Tercer Estado. En los de 1614 cada uno de esos Estados, u órdenes, se componía del mismo número de miembros. Su funcionamiento era por votación entre los tres órdenes. Los miembros de cada uno de ellos deliberaba por separado en su propia cámara, votaban internamente, y luego cada orden emitía un único voto. Tres eran, pues, los votos posibles, uno por orden, y ganaba la mayoría de los tres. Este sistema convertía en inatacables los privilegios del Primer y Segundo Estado, porque si el clero y la nobleza hacía causa común, siempre estaban en mayoría de dos a uno respecto de los comunes. Los Estados Generales concebidos de tal forma constituían una institución ideal para las clases privilegiadas: por un lado no tenían nada que temer de los comunes, cuyas reivindicaciones no podrían progresar sin su aceptación, y por otra conseguían intervenir en el gobierno

del reino y limitar el poder del monarca. Frente al gobierno de uno solo, el de unos pocos. Frente a la autocracia, la aristocracia.

La otra fórmula difería esencialmente de la anterior. Mantenía la existencia de los tres órdenes, pero abogaba por que el Tercer Estado tuviese doble número de miembros que cada uno de los otros dos, que el voto fuera por cabeza y no por orden, y que se deliberara y votara en común. Teniendo el Tercer Estado igual número de miembros que los del clero y la nobleza juntos, y siendo el voto por individuo, no prosperaría ninguna decisión que no aprobaran los comunes, y, deliberando y votando en común, cabría la posibilidad de captar el voto de algún miembro de los otros dos órdenes y conseguir así la mayoría. Este sistema ponía gravemente en peligro los privilegios de las clases favorecidas, que serían fácilmente atacados, y abría la puerta a importantes reformas. No sólo limitaba el poder absoluto del rey, sino que propiciaba el gobierno de todos frente al de uno o al de unos pocos. Democracia frente a autocracia y aristocracia.

Evidentemente, la elección de uno u otro sistema no era una cuestión baladí, porque de ello dependía el mantenimiento de los privilegios de unos o la consecución de la igualdad de todos. Y nadie estaba dispuesto a perder esa batalla. Si el Gobierno, despertando ese debate, había pretendido dividir a sus opositores, consiguió su propósito con creces. Individuos que hasta entonces se habían mostrado unidos en su lucha contra el poder absoluto se vieron completamente distanciados, porque no hay que caer en la simplicidad de suponer que todos los clérigos o nobles eran defensores del primer sistema. Algunos de ellos eran convencidos liberales dispuestos a renunciar a determinados privilegios a cambio de las profundas reformas que necesitaba el país.

Durante los días que siguieron a aquel 5 de julio, la discusión estuvo presente en todos los salones, cafés, clubs y en la misma calle. Eran discusiones encendidas que pusieron en evidencia los verdaderos fines de muchos de los que hasta entonces se habían presentado como enardecidos opositores del poder absoluto. Éstos ahora acusaban al Gobierno de pretender asustarlos para que desistieran de su propósito. Como el clero y la nobleza, decían, se habían opuesto al rey y al Gobierno, ahora los castigaban favoreciendo al Tercer Estado y amedrentándoles con la posibilidad de perder sus privilegios y el poder que acariciaban. Los demás, por el contrario, les acusábamos a ellos de buscar el gobierno de los privilegiados en contra del interés de la nación, de no pretender ni la libertad ni la igualdad, como falsamente habían propugnado, sino el mantenimiento y fortalecimiento de sus intereses.

La escisión entre la oposición estaba servida. Habíamos quedado *partido*. en dos, haciendo patente una división que ya se había ido perfilando desde hacía algún tiempo. Un *partid*. se llamaba a sí mismo «patriota» o «nacional». Al otro lado se le llamaba, despectivamente, «aristócrata».

La tormenta política no fue la única que se desató. Otra, climatológica, cayó el 13 de julio con su tromba de agua, su poder devastador y sus fatídicas consecuencias.

En la ciudad los daños fueron cuantiosos. Se hablaba de inundaciones, de tejados derrumbados y de accidentes por desprendimiento de objetos. Las calles se convirtieron en intransitables rieras que arrastraban en su fluir detritus y desperdicios, y cuyas aguas se filtraban por las rendijas de las puertas de bajos y locales. El taller, afortunadamente, se salvó, pero algo muy distinto ocurrió con el local de Daniel.

Él y sus compañeros se habían decidido finalmente a trasladar la imprenta a un local más espacioso. Habían concebido la idea hacía tiempo, pero después de recorrer todo el barrio en busca del lugar apropiado, casi habían desistido al comprobar el elevado precio de los alquileres; hasta que un bodeguero cuyo negocio había venido a menos les ofreció el sótano de su tienda. Como no tenía acceso directo al público, porque sólo contaba con una puerta en un estrecho y angosto callejón nada transitado, y como tras atravesarla aún debía descenderse un buen tramo de desgastados escalones hasta la nave propiamente dicha, y como además ésta era húmeda, oscura y carente de ventilación, y, en consecuencia, insalubre, su renta era muy módica.

Instalamos en él la imprenta que antes estaba en el apartamento de Daniel, y otra nueva que encargamos a un maestro carpintero, y teníamos proyectado instalar una pequeña fundición para confeccionar nosotros mismos las letras de molde. También habíamos colocado una rudimentaria pero amplia mesa sobre la que trabajar, y varios estantes para colocar el papel, los folletos ya impresos, los recipientes de tinta y todos los demás utensilios.

Parecía que la tormenta hubiese esperado a que lo tuviéramos todo adecuadamente habilitado para venir a visitarnos. Allí el agua entró a su antojo por el bajo de su roída y carcomida puerta y se remansó con toda comodidad entre las paredes hasta alcanzar una profundidad de casi dos codos. Al día siguiente el local era una balsa de agua fría y turbia en la que nadaban cuartillas y panfletos medio deshechos. Dos días nos llevó achicarla llenando y vaciando cubos y más cubos, y durante varias semanas los muros apestaron a una podrida humedad que impregnaba el ambiente con su aire malsano.

Pero, analizando el avatar con perspectiva, la pérdida fue sólo aparente porque, gracias a él, nuestra publicación dio un vuelco decisivo. Hasta la fecha no había sido más que un soporte material para la divulgación de cualquier género de mensaje susceptible de ser impreso. Eran cuartillas de papel que tanto podían contener artículos de cualquier tendencia, como anuncios, caricaturas, chistes, incluso cartas personales, cuentos y relatos breves; todo ello sin orden ni proporción en cuanto al espacio que ocupaba cada uno de ellos. La riada no sólo nos trajo desperdicios. En compensación condujo hasta nuestras puertas a un individuo que cambió nuestra

concepción sobre nuestra propia publicación y que engendró en nosotros una aspiración nueva.

Nuestro inspirador era amigo de Alain. Se llamaba August, y aunque nos doblaba la edad, como el propio Alain, congenió inmediatamente con Jacques y los demás. Carecía del aire algo conformista y conservador de Alain, que, a pesar de su afición a escribir, era un hombre acomodaticio y acomodado en la clase media a la que pertenecía. August, por el contrario, participaba del aire bohemio y voluntariamente inadaptado de muchos pretendidos artistas e intelectuales que abundaban en el barrio en el que vivía, el de los Cordeliers, en la orilla izquierda del Sena, y, como la mayoría de ellos, era un convencido patriota. Su liberalismo exacerbado nos conquistó de inmediato porque, a diferencia del nuestro, no se trataba sólo de un sentimiento instintivo de rebeldía y descontento, sino de un discurso reivindicativo hilvanado con un razonamiento lógico y coherente. Soltero, avejentado, delgado, de manos huesudas y nerviosas y profundas ojeras bajo unos ojos que parecían adormecidos, nos dirigió a todos en cuanto llegó, con una autoridad no impuesta pero indiscutida.

A instancias suyas dejamos de imprimir todo lo que no fueran estrictamente noticias de acontecimientos y artículos de opinión, y ya no ofrecíamos nuestra imprenta a todo aquel que quisiera pagar para que algo le fuera publicado. Las noticias las redactaban los propios August y Alain, y los artículos de opinión eran también, en su mayoría, obra suya o de sus compañeros y colegas escritores. En poco tiempo, casi sin darnos cuenta, nuestra publicación había pasado de ser un mero panfleto divulgativo a convertirse en un modesto periódico; aunque la «periodicidad» no siempre era respetada, pues a pesar de que intentábamos que su edición fuera diaria, a veces no lo conseguíamos. Pero lo que sí habíamos logrado era que adquiriera una identidad propia y definida y fuera conocida por un círculo cada vez más amplio de personas que pagaban por ella. *El Desperta*. fue el nombre que le asignó Alain y con la que la divulgábamos.

Desde que el señor Bontemps había cerrado su propio taller y sus oficinas de la calle Saint-Marc, Alain se había desvinculado definitivamente del negocio de su padre y se había volcado en el periódico; al igual que August, que no tenía otra ocupación conocida que la de trabajar como ayudante de vestuario en el Teatro Francés, y a quien el naciente esbozo del periódico que estaba viendo crecer al ritmo de sus ideas lo acabó absorbiendo por completo. Cierto que encontró alguna resistencia a adueñarse de toda la iniciativa, dado que era inevitable que los que se sentían, y en realidad eran, verdaderos dueños de la imprenta, no quisieran vender tan barata su criatura. August tuvo que enfrentarse, de vez en cuando, a reticencias y oposiciones a sus propuestas que sólo se basaban en un mero instinto de conservación y de defensa; pero, afortunadamente, poco a poco la resistencia fue cediendo y acabó

siendo, sin discusión, el director de la publicación.

De todos, yo era la única que no formaba parte integrante del equipo. La mayoría de mi tiempo la dedicaba al taller, a pesar de la presencia del señor Bontemps. Yo era quien se encargaba de las anotaciones contables y de la correspondencia. Y del trato con el personal, porque el señor Bontemps tenía una bondad huraña difícil de comprender, sobre todo cuando se irritaba, lo que ocurría a menudo. Aquel mal genio gruñón que encendía su rostro a la menor contrariedad, descargando culpabilidades imaginarias a diestro y siniestro y tildando de inutilidad a todo ser viviente, no habían despertado precisamente mis simpatías durante las primeras semanas que tuve que tratar con él. Se entabló entre nosotros una contenida rivalidad, porque yo replicaba con rebeldía a sus arrebatos de cólera, y a veces lo desobedecía sólo para no dar mi brazo a torcer. Pero un día, de improviso, vi el fondo de aquel buen hombre, como si el agua de un pozo negro se hubiese tornado cristalina en un segundo. Estábamos discutiendo, como otras veces, sobre el precio de un suministro que yo había concertado sin su aprobación. Él gruñía, como era habitual, blandiendo los brazos y tensando tanto el cuello que parecía le iba a explotar. Y entonces vi su miedo. Estaba ahí, ocupando su alma entera, tan visible que era incomprensible que no lo hubiese percibido antes. Todo su mal humor, su ira, sus exabruptos, no era más que la reacción nerviosa a un arraigado temor al fracaso. Había vivido el hundimiento de su propio negocio y zozobraba ante la posibilidad de ahogarse por segunda vez mientras regentaba el de otra persona que había depositado la confianza en él y le estaba dando la oportunidad de salvarlo de la ruina. Eso comprendí, en la inspiración de un instante, y desde entonces cambió completamente mi relación con él. No llegué a dispensarle el sincero afecto que sabía que le tenía Marionne, pero sí un cierto sentimiento de solidaridad.

Como dedicaba la mayor parte de mi tiempo al taller, no participaba en exceso en el periódico. Pero, en cuanto daba por concluida mi jornada laboral, acudía al sótano y colaboraba en lo que podía. Alain me encargó la revisión del primer ejemplar de cada una de las publicaciones. Curiosamente, nadie se había dedicado hasta entonces a esa labor; las páginas se imprimían tal como habían sido inicialmente construidas en las tablillas de la imprenta con la ordenación de las letras de molde, y la existencia de erratas se consideraba normal y tolerable. A partir de entonces las corregimos, porque al descubrirlas en el primer ejemplar tal acción no era costosa ni difícil y sin duda aumentaba la calidad de la edición.

Pero no me limité a remarcar las erratas. La revisión de los formatos comportaba la lectura de los artículos, y no me privé de comentarlos con Alain y con August. A August le costaba aceptar críticas y tendía a defender sus planteamientos con fervor, obcecación e inmovilismo. Afortunadamente Alain era de otra naturaleza, más abierta y flexible, y me escuchaba con atención e interés, recibiendo mis opiniones como una

contribución y no como una descalificación a su trabajo. El propio August, ante su actitud, se suavizó un tanto, y, aunque en la mayoría de las ocasiones mis comentarios no eran aceptados, de vez en cuando tenía yo la satisfacción de ver en sus semblantes la expresión de quien reconoce que la opinión encontrada a la suya es mejor y más correcta, y en base a ella rectificaban sus escritos. Con la práctica y la asiduidad, el acierto de mis observaciones fue en aumento, su profundidad también, y noté que mi criterio ganaba peso hasta el extremo de ser solicitado incluso al tiempo o antes de la redacción de los artículos.

Casi sin darme cuenta, como una consecuencia natural de aquella colaboración, mi afinidad con Alain y con August fue en aumento. Cuando llegaba al sótano de la imprenta, nos reuníamos los tres en la mesa para hacer la lectura de los artículos redactados y programar el tema y enfoque de los siguientes. Y habitualmente los acompañaba al Palais Royal, o a las reuniones o cenas que alguno de sus amigos del barrio de los Cordeliers organizaba en su casa.

Daniel intentó desde un principio incorporarse a aquella relación, con la finalidad principal de mantener su ligamen conmigo y acompañarme en mi vuelo. Pero, aunque lo intentó, no pudo. Le faltaba el nivel cultural necesario. Daniel era espabilado y despierto, pero no había sido escolarizado y apenas sabía leer y escribir. Muchos conceptos políticos y económicos le eran desconocidos, igual que la mayoría de los nombres de filósofos y escritores que se mentaban; cuando quería expresar una idea le faltaba el vocabulario adecuado y tenía que recurrir a gesticulaciones que mutilaban su mensaje y hacía perder el interés de su interlocutor. Y de esa forma, por culpa de una deficiente educación, una mente inteligente se veía desaprovechada para todos, y una persona de buenas cualidades se veía limitada frente a quien había tenido mejores oportunidades que ella.

Quisiera decir que mi generosidad y nobleza de espíritu me hicieron apoyarlo y compensarlo con mi comprensión y lealtad. Porque lo conocía tan bien que podía sentir la amargura y desesperación de su inferioridad en mis propias carnes. Y su vergüenza. Cuando estaba conmigo era tan suya como mía. Los demás nos vinculaban de tal forma que disimulaban ante mí el desvalor que conferían a sus pronunciamientos y a sus actitudes como si provinieran de mí misma. En ocasiones notaba sus fugaces miradas de compasión, que se detenían en mí apenas unos instantes, pero que laceraban como punzones afilados. Y las peores eran las de silenciosa incomprensión. ¿Cómo es posible, parecían decirse, que se conforme con semejante patán? Y poco a poco, el desprecio de los demás fue calando en mí y, sin darme cuenta, todas las virtudes y atractivos que fluían de su personalidad y que antes me habían deslumbrado, empezaron a perder brillo, a desdibujarse, a apagarse.

De esa forma me fui alejando de Daniel, y él, tras un discreto y fracasado intento de retenerme, me dejó ir, con una pesadumbre tan vívida que casi podía tocarse. Mas

fue inevitable. Mi amistad con Alain y August me abrió unos horizontes que me atraían con tal fuerza que sólo hubiese podido renunciar a ellos con rencor y resentimiento.

Ni qué decir tiene que mi madre acogió el cambio con satisfacción, porque tanto ella como Marionne siempre habían desaprobado mi relación con Daniel. Aunque, pobre madre, la suya fue una alegría efímera, sustituida enseguida por la preocupación de encontrar para mí un buen partido, lo que resultaba sumamente difícil, según ella, tras haber destrozado mi reputación ventilando a los cuatro vientos mi deshonrosa relación con aquel don nadie. Pero yo no pensaba por entonces en matrimonio ni en ligámenes. Me sentía liberada, fuerte y capaz de todo, dueña de mis actos y de mi futuro, y no quería limitaciones.

Porque, además, me había enamorado desesperadamente de alguien que, para variar, no me convenía lo más mínimo, y no estaba dispuesta a renunciar a mi deseo ni siquiera por mi propia conveniencia.

Lo conocí una noche en el Café de Foy. Estaba yo en compañía de Alain, August y una amiga de éste llamada Nicole Cambon, actriz secundaria del Teatro Francés. El primero, centrado en su vena artística, leía en voz alta, al tiempo que corregía, un artículo que había redactado aquella misma mañana. Pero la atención de su escaso auditorio había disminuido mucho. Era ya el tercer artículo que comentábamos, las bebidas estaban hacía rato consumidas, el local se había ido llenado de gente y el ruido ambiental había aumentado considerablemente; algunos escritores y poetas declamaban sus versos puestos en pie ante su corrillo de oyentes, otros recorrían las mesas repartiendo o intentando vender panfletos políticos; otros, al fondo, mantenían un debate sobre la composición de los futuros Estados. Todo contribuía a que nadie escuchara al esforzado Alain, que finalmente se dio por vencido y acabó leyendo para sí mismo sin que nadie protestara por el exclusivismo.

El debate mantenido entre los del fondo fue engrosando filas, tanto a uno como al otro bando, que se distinguían no sólo por su posicionamiento espacial, uno a la derecha y otro a la izquierda de una larga mesa, sino incluso por la indumentaria de sus miembros, de seda bordada y encajes los unos, de paños oscuros y austeros los otros. Aristócratas y patriotas se diferenciaban al primer golpe de vista. La atención que despertaban fue silenciando a los que estaban próximos a ellos, en una corriente que se fue extendiendo hasta llegar a nosotros, y luego hasta abarcar el local entero. Los poetas dejaron de declamar y se sentaron silenciosos en sus sillas, los vendedores de diarios y panfletos paralizaron su actividad y se convirtieron en espectadores.

Por un instante tuve la impresión de estar frente al ensayo de lo que yo imaginaba debía de ser una cámara parlamentaria. Los dos partidos, enfrentados; los líderes de ambos, rivalizando en oratoria; sus correligionarios, interrumpiendo los discursos del

propio con escandalosas ovaciones y del ajeno con pateos y rechiflas. Mientras, el público, atraído al principio por el espectáculo, iba sumergiéndose poco a poco en el fondo de la cuestión y tomando partido, y hay que reconocer que los de seda y tafetán quedaron en una clara minoría.

De entre los oradores más destacados había uno especialmente brillante. No era propiamente tal, porque sus intervenciones, por su brevedad, no podían calificarse de discursos. Un par de frases intercaladas en momentos clave de la declamación del contrario, pero tan agudas, tan incisivas, que en ocasiones conseguían desmoronar por completo la argumentación de éste. Apenas iniciado el debate, ya se había ganado el respeto y temor de sus adversarios, el liderazgo entre los suyos, y las simpatías del público, que esperábamos con ansia la siguiente de sus intervenciones.

Volví a verlo en otras ocasiones. Acudía a menudo al Café de Foy. Iba siempre rodeado de un grupo de afines que se enzarzaban en pláticas en las que él, con cierta pose de desdén, no se molestaba en participar. Permanecía recostado en su asiento, con oídos y ojos vigilantes, y cuando entraba en el Café alguien que, por la causa que fuere, despertaba su interés, se aproximaba a él, se sentaba a su lado y entablaba conversación.

No tuve ocasión de presenciar de nuevo una de sus lucidas y admirables actuaciones, pero no lo olvidé. La impresión que me había causado el primer día no desapareció, y me acostumbré a buscarlo con la mirada cada vez que entraba en el local, o incluso cuando paseaba por el Palais Royal, porque también lo había visto entre sus arcadas. Pasaron los días y hasta las semanas, mas mi admiración se mantuvo incólume. En realidad, no tenía una pretensión concreta respecto de él, ni siquiera alimentaba la esperanza de conocerlo. Pero, un día, inesperadamente, el astro se puso a mi alcance; y desde ese día todo cambió para mí.

La víspera, yo había escrito un artículo. Era el relato del asalto a la panadería del señor Martin, el panadero con el que había trabajado Daniel.

Los estragos de la tormenta del 13 de julio en la ciudad habían sido leves en comparación con el desastre que había ocasionado en el campo y cuyas consecuencias se habían descubierto como una catástrofe de magnitud y consecuencias incalculables. La región parisina, y con ella los principales cultivos de trigo, habían quedado arrasados, destruida por completo una cosecha que ya había sido muy mala. Ello había comportado el aumento desmesurado del precio del pan: si se mantenía la tendencia, no tardaría mucho en duplicar su precio en apenas unas semanas. Empezaba a ser habitual ver colas delante de las panaderías antes del cierre, a la espera de que los panaderos bajaran los precios en el último momento. Por el contrario, los salarios de los obreros no habían sufrido incremento alguno. Tampoco nosotros, en el taller, habíamos aumentado los sueldos. ¿Cómo hacerlo con la

inseguridad que provocaba aquella descontrolada subida? El precio del pan marcaba el de muchos otros productos, a los que podía hundir provocando la ruina. Era la prioridad de las gentes, seguida de la vivienda. Destinaban el sueldo primero a cubrir esas dos necesidades, y si no había excedente, no consumían ni compraban nada más. Era cierto que los teatros, los cafés, la ópera, las salas de conciertos, estaban siempre llenos, y era cierto que por los jardines del Luxemburgo y de las Tunerías se seguía la moda con escrupulosa puntualidad y exhibición de lujo y buen gusto. Pero la miseria empezaba a brotar en las esquinas de las calles, en los alrededores de los mercados, en los barrios obreros de la orilla izquierda del Sena y en el de Saint-Antoine y en los arrabales, debajo de los puentes donde gentes sin hogar buscaban techo, en las escaleras de las iglesias a la espera de una limosna, en las puertas de los comercios y pequeños talleres suplicando trabajo. Se veían ahora más manos sucias y vacías, más andrajos, más mendigos y pedigüeños, más miserables. Y mucho más miedo en los semblantes de los que estaban en el límite de la pobreza, en esa frontera que separa al pobre decente del marginado social, del paria, del indeseado, aquél en quien nadie confía y hasta a quien se niega la mirada. Producía temor la avalancha de arruinados y hambrientos que el campo había expulsado y que llegaban a París como luciérnagas atraídas por una luz que nada podía ofrecerles.

Habíamos oído que se habían producido asaltos a panaderías. Son historias que cuando se oyen suenan a rumores lejanos, sucesos que dadas las circunstancias parecen hasta inevitables. Pero que no ocurren en el propio barrio. No en la propia calle. No al lado de casa. No en la que uno ha acudido desde la infancia.

Yo no solía ir temprano a la panadería, ni necesitaba hacer cola. El señor Martin nos reservaba siempre un pan. No éramos las únicas que gozábamos de tal privilegio. También reservaba a otros vecinos que, como nosotras, eran clientes suyos desde hacía décadas. A diferencia de la extendida creencia popular, el negocio del panadero no era fácil ni seguro. El señor Martin tenía una producción pequeña y necesitaba un margen de beneficio amplio para obtener ganancias, pero tras la tormenta el precio de la harina había subido notablemente y él no tenía tanta facilidad para trasladar la subida a su clientela. Y, sin embargo, se veía en la necesidad de vender todo el pan, porque no podía conservarlo de un día para otro, y eso lo obligaba a bajar el precio antes del cierre, con la consecuente pérdida. Desde que había empezado la crisis, se rumoreaba que habían cerrado varias panaderías.

Un martes pasé por la tienda pocos minutos antes del cierre. Como era habitual, había una cola de unas veinte personas, la mayoría de ellas conocidas, gentes del barrio de Les Halles, que esperaban desde hacía horas la bajada de precios de último momento. En aquella ocasión, sí tuve que esperar, porque el señor Martin ya las estaba despachando. No obstante, sólo repartió cinco panes después de bajar un tercio el precio del día. Pero la cola no se disolvió. El señor Martin repetía que ya no

quedaba más pan, y la cola seguía sin disolverse. Lo miraban como si no les hablase a ellos, como si se tratase de una broma. Y es que, tras el panadero, en la estantería, se divisaban todavía varios panes, aquellos reservados a los que íbamos a pagar el precio íntegro, sin rebaja de última hora. Miraban los panes que reposaban en los estantes, enharinados, crujientes, que todavía emanaban el suave olor a leña de horno y a harina cocida. Luego miraban al panadero y no se movían.

—¿Y eso qué es? —explotó una mujer.

—Ésos están reservados —contestó el señor Martin.

La cola por fin se había deshecho, pero no para disolverse, sino para formar una triple fila delante del mostrador. El señor Martin, como si temiera algo, retrocedió un paso.

—Seguramente encontrarán panes en los puestos del mercado de Les Halles —añadió.

—A estas horas ya han cerrado —replicó alguien—. ¡No puede dejarnos sin pan!

—Éstos están reservados —repitió el hombre.

—Pero ¿cómo se atreve, ladrón? —rugió un joven, Grillon, en paro desde que lo despidieran de su trabajo de dependiente hacía unas semanas—. ¿Es que cree que no sabemos lo que están haciendo? ¡Retienen el pan para subir los precios mientras nos matan de hambre!

—¡Eso es falso! —replicó Martin, ahora con más indignación que temor—. ¡Fuera de mi tienda! ¡Todos fuera!

—¡Y adulteran el pan! —secundó la señora Horlas, una lavandera del barrio, levantando una voz estridente y violenta—. ¿Creen que no tenemos paladar? El que nos vendió ayer tenía más maíz y patata que harina.

—La harina escasea —se defendió el señor Martin—. Cuesta a precio de oro.

—¿Y a qué precio nos cobra usted el pan sino a precio de oro? ¡Esos que tiene reservados para los ricos seguro que sí son de harina!

—Y también nos engañan con el peso —intervino otro hombre, el señor Clervé, obrero de una fábrica de tapices—. Antes un pan alimentaba, a una familia, ahora uno se levanta de la mesa con más hambre de la que tenía cuando se sentó.

—¡No dicen más que disparates! —contestó Martin, ronco—. ¡Todo eso son calumnias! ¡Fuera de mi tienda, he dicho!

—¡Desde luego! —exclamó Grillon—. ¡Nos iremos, pero no con las manos vacías!

A partir de entonces todo se sucedió con una asombrosa velocidad. Grillon, de un ágil salto, traspasó el mostrador y llegó hasta las estanterías. Dos hombres más, el obrero y otro, lo secundaron en apenas unos instantes y empezaron a coger los panes que había en los estantes. Cuando el señor Martin intentó impedírselo, lo golpearon. Bastó un puñetazo para que el hombre, asombrado de la agresión, retrocediera. Pero

el obrero no quedó convencido de haberlo neutralizado, y le volvió a propinar dos puñetazos seguidos: uno en la cara, el otro en el vientre, y se detuvo sólo al ver que el señor Martin, inclinado sobre sí mismo, se doblegaba desapareciendo detrás del mostrador. Nadie lo ayudó. Nadie lo defendió. Los demás sólo miraban los panes, esperando que los tres hombres los repartieran, ávidos por cogerlos, dándose codazos y empujones entre ellos para ocupar una buena posición, porque no había unidades para todos. Grillon, viendo la barrera humana que amenazaba desbordar el mostrador o arrebatárselos a la fuerza, los empezó a lanzar bien lejos, al otro extremo del establecimiento, provocando que todos se arrojaran desesperados hacia ellos y se pelearan por arrancárselos de las manos unos a otros. Yo fui retrocediendo hacia la pared, atónita. En apenas unos minutos todos los panes habían desaparecido, enteros o desgarrados, y los iniciadores, Grillon, Clervé y otro desconocido, consiguieron salir de la tienda con dos panes cada uno bajo el brazo.

Tras el saqueo, sólo quedamos en la tienda la joven Adelaine, hija del zapatero remendón de la calle Saint-Denis, Charles, el hijo de uno de los tenderos del mercado, y yo. Nos miramos los tres, pero no nos dirigimos la palabra. Me asomé detrás del mostrador y vi al señor Martin. Estaba recostado en el suelo, apoyado sobre la cadera y el codo derecho. Con una de sus manos intentaba detener la hemorragia que le brotaba de la nariz, pero mantenía contraproducentemente la cabeza gacha. Y lloraba. Era un llanto sobrecogedor por su amargura, por la desgarrada impotencia que lo provocaba. Entre los tres nos organizamos para conducirlo hasta la consulta del doctor Duplais y avisar a su familia.

Cuando al día siguiente conté lo sucedido, Daniel sufrió un arrebato de rabia, y en un arranque de violencia quiso ir al encuentro de Grillon y de Clervé para, según sus palabras, arrancarles los ojos. Había trabajado con el señor Martin el tiempo suficiente para odiarlo y estimarlo a un tiempo, pero, especialmente, para considerarlo una especie de pariente suyo en una ciudad en la que no tenía familiar alguno. Los demás hicimos lo posible por detenerlo, pero quien lo consiguió fue Jacques, el único que tenía en verdad ascendencia sobre él. Para compensarlo de alguna forma, Alain sugirió escribir un artículo sobre lo sucedido, a modo de denuncia.

De ahí nació el relato, que, por ser de entre ellos la única testigo de lo sucedido, narré y supervisé en esencia.

Aquella noche habíamos llegado temprano y conseguido una buena mesa junto a los ventanales. Él llegó más tarde, en compañía de otros dos individuos. Pasó junto a nosotros, y todos lo vimos. A todos nos llamó la atención. Llevaba, enrollado en la mano derecha, un ejemplar de nuestra publicación. Nuestra tirada era escasa, y siempre nos emocionaba ver a alguien pasearse con uno de ellos. Lo dejó sobre la

mesa, una vez se hubo sentado, y allí, abandonadas, permanecieron las cuartillas durante algún tiempo. Pero al cabo las cogió, las desplegó frente a sí y comenzó a leerlas. Por la distribución de los párrafos lo reconocí. Aquél era el ejemplar confeccionado la víspera, el que contenía el artículo sobre la panadería.

Tras leerlo, revisó el contenido del resto de las tres hojas que componían la publicación y dirigió la palabra a uno de sus acompañantes. Éste elevó la vista hacia nosotros y le dijo algo señalándonos con un leve gesto de cabeza. Nos miró a su vez, se levantó y se acercó.

—¿El señor Bontemps? —preguntó, mientras Alain se levantaba en una reacción instintiva de respeto—. Permita que me presente. Mi nombre es Denis de Brezé, vizconde de Saltrais. Me acaban de decir que es usted el editor de esta publicación. Quisiera comentar sus artículos, si tiene la amabilidad de invitarme a su mesa.

—Será un honor —lo invitó Alain, mientras con el rabillo del ojo nos lanzaba a todos la mirada asombrada de quien es objeto de un privilegio inesperado.

El vizconde no vio el gesto, o mejor dicho, no se molestó en verlo. Se sentó con ostentación, lanzando al vuelo el largo bajo de su casaca y cruzando posteriormente las piernas en una exhibición de calzones de seda e indulgente deferencia. Alain estaba tan desbordado por la ilustre presencia, que ni se le ocurrió presentarnos, pero tampoco el recién llegado posó en nosotros ni una sola mirada de curiosidad.

—Me ha interesado el artículo del asalto a la panadería —comentó sin preámbulo —. ¿Lo ha escrito usted?

—Bien —replicó Alain algo turbado por lo que interpretó como una alabanza—; la señorita Miraneau colaboró conmigo.

—No explica los motivos —atajó.

—¿Qué motivos?

Entonces se sonrió. No era una sonrisa ni amable, ni alegre. Era la sonrisa de desdén de quien se cree superior, en inteligencia y en condición. Alain no era hombre combativo, ni persona que se creciera ante los desafíos, de forma que fue inmediata víctima de aquel talante. Algún rictus en su faz me mostró que había pasado de sentirse honrado, a molesto e inseguro.

—Dígame —continuó el vizconde, con el tono paciente que se emplea cuando se quiere inducir a alguien a razonar—, ¿qué pretendía cuando publicó este artículo?

—Nada en particular —repuso Alain, encogiéndose de hombros—. Bueno…, sí —reaccionó—, queríamos… denunciar lo que ha pasado.

—¿Denunciar qué?

—Pues… —contestó inquieto— el asalto, la agresión…

—Sí —convino con artificiosa dejadez—. Eso es lo que me ha parecido.

—Si tiene alguna crítica o idea que aportar, la escucharemos encantados —saltó entonces August, con una tirantez cortante que más bien invitaba a todo lo contrario.

—Gracias. Será un placer. Dije que el artículo me había interesado porque tiene una gran fuerza narrativa. Pero la noticia está completamente desaprovechada. ¿Qué pretendían con este relato? ¿Emocionar a sus lectores, conmoverlos? Una injusticia más en el mundo, qué lamentable. Hagamos una cuestación para ayudar al pobre panadero. Denunciar, dicen. ¿Denunciar qué? ¿La violencia? ¿La necesidad? ¿Los bajos sueldos? ¿El precio del pan? ¿Qué, exactamente, están denunciando?

—Pues… —inició Alain confuso.

—No, no es preciso que me conteste. Fuera lo que fuese, no está en este papel. No está en su publicación. Y si no está aquí, ¿de qué sirve lo que haya querido denunciar? Las personas como usted, los que tienen en sus manos medios de divulgación de noticias y de ideas como éste —añadió agitando el ejemplar—, no saben el poder que tienen en sus manos, la influencia que pueden llegar a ejercer, la posibilidad que tienen de crear conciencia colectiva, de crear opinión. La opinión pública, señores, en parte, está en manos como las suyas. Teniendo un medio del alcance e importancia de éste, es un crimen que lo desaprovechen.

—Usted nos dirá, sin duda, con su superior criterio, qué es lo que le falta —contestó August con acidez.

—Por supuesto. —Sonrió—. Hay carestía de cereales y eso provoca la subida de los precios. Algunos dicen que la causa es la tormenta, otros que la culpa es de los especuladores. Puede ser. Pero catástrofes naturales y aprovechados los ha habido siempre, y seguirá habiéndolos. ¿Hemos de conformarnos y compadecer a los más desafortunados? ¿O hay alguien a quien podamos exigir responsabilidades? ¿Acaso no tenemos un Gobierno que ha de velar para impedir que se produzcan situaciones como ésta? ¿Qué ha hecho para evitar este desastre? ¿Qué está haciendo para paliarlo? ¿Ha importado grano de otras regiones o de otros países? ¿Vigila la regular distribución de la harina? ¿Racionaliza el pan? ¿Castiga el fraude? —hizo una pausa, miró a Alain y a August y sentenció—: Eso le falta a este artículo. Verdadera denuncia, verdadero compromiso. Os quedáis en lo anecdótico. Falta lo esencial para remover las conciencias, para llamar a la reacción, para canalizar las protestas…

—Quizá podría usted orientarnos —tercié tímidamente, animándome por fin a intervenir—. No tememos comprometernos ni defender posiciones o ideas. Pero somos pocos y nuestras fuentes de información son limitadas.

Por fin me miró. Y cómo. De tal forma que por unos instantes deseé no haber abierto la boca. Me repasó el cuerpo entero, sin reparo alguno en dedicar más atención a determinadas partes de mi anatomía, con un descaro casi insultante. Pero en su mirada no había ni admiración, ni deseo, ni apreciación, sólo castigo por atreverme a participar a pesar de mi extrema juventud y de ser mujer. Pero soporté con entereza su duro y despiadado impudor y le dije, sin amilanarme:

—Lo vimos el otro día en el debate que se mantuvo aquí mismo sobre la

composición de los Estados. Fue un privilegio escucharlo. Estuvo usted brillante. No creo que nadie hubiese deseado estar en la piel de sus contrincantes.

Se quedó parado unos instantes, asimilando una respuesta que no se había esperado, y luego rompió a reír. Era la risa de una vanidad satisfecha. Paseó la mirada por los demás, a quienes mis palabras parecían haber petrificado por la sorpresa, y luego volvió a mí.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó. Ahora, de pronto, su voz se había dulcificado.

—Edith Miraneau.

—Sí… es cierto, señorita Miraneau. Lo olvidé una vez, pero ya no volverá a ocurrir —concedió.

—Gracias.

—¿Usted también ha intervenido en esto?

—Sí —contesté—. Y es lo que quería comentarle. No sabemos qué medidas ha adoptado el Gobierno ni las que piensa adoptar. ¿Cómo vamos a escribir sobre lo que desconocemos?

—En ocasiones son más importantes las preguntas que las respuestas. En este caso, el simple planteamiento de la cuestión hubiese bastado. Si el precio del pan no está estabilizado y si continúa la carestía de cereales, la incompetencia de los ministros es evidente.

—Es decir, usted lo único que quiere es que contribuyamos a hostigar al Gobierno —replicó Alain—, que lo acusemos de todos los males y que utilicemos nuestra publicación para alimentar el malestar y el descontento contra él. En resumen, quiere instrumentalizarnos. Pero nosotros no hacemos política.

—¿Y por qué no? —contestó con calma—. ¿Qué es, exactamente, hacer política? ¿Defender las propias ideas es hacer política? ¿Intentar convencer de ellas a los demás es hacer política? ¿Pretender el advenimiento de las libertades, el respeto de los derechos, es hacer política? ¿Qué es para usted hacer política? ¿Y qué es, exactamente, lo que no quiere hacer? El rey acaba de convocar los Estados Generales. Todo un avance, teniendo en cuenta que no se reunían desde hace más de siglo y medio. Lo que éstos discutirán no será trivial, se lo aseguro. El próximo 1 de mayo, si es que se cumple la fecha que acaba de fijar el rey, este país comenzará una nueva etapa de su Historia. Y en tal trance, usted, que dirige lo que pretende ser un periódico, me dice que no puede criticar al Gobierno porque su alma es tan pura que no se permite hacer política, de forma que deja que otros defiendan por usted sus propias convicciones y luego aún los despreciará por ensuciarse las manos en tal indigna actividad. El 1 de mayo, amigo mío, la política será una ola inmensa que lo devorará, una marea que lo engullirá, y no crea que habrá una roca elevada desde la que pueda usted observarlo todo sano y salvo en recompensa por su inocente

espiritualidad. Yo lo invito a colaborar en una causa que es común. Lo invito a asumir su responsabilidad, en su beneficio, en el de su nación, y en el de sus propios principios.

Alain no replicó. Tampoco August se animó a decir nada. Y yo menos que ninguno de ellos, pero los tres cruzamos una silenciosa mirada, porque habíamos disentido a menudo sobre el enfoque de nuestros escritos, y las palabras del vizconde me pareció que apoyaban y defendían mi postura, más activista que la de mis compañeros.

—La cuestión es si podremos llegar al 1 de mayo —continuó el vizconde percibiendo la impresión que había causado con su corto discurso—. El Tesoro está agotado. No hay oro, y el Gobierno se ha visto obligado a pagar con papel. Y el descrédito de la Hacienda es tal, que ya no es posible cubrir las necesidades inmediatas emitiendo deuda pública, porque nadie la suscribiría. Por todas partes estallan disturbios que no pueden ser neutralizados. El precio del pan se ha disparado y el Tratado de Edén con Inglaterra ha restado competitividad a nuestros productos manufacturados arruinando a nuestra industria. Versalles está inundado de quejas, reclamaciones y comisiones de protesta que llegan de todas las partes del país. Los ministros son unos incompetentes; la reina, que por fin parece haber despertado de su letargo de diversiones, una inexperta en cuestiones de Estado, y el rey está tan desbordado por los acontecimientos que se ha desentendido por completo de los asuntos públicos y se pasa el día cazando. Nadie maneja el timón, y mientras tanto la crisis adquiere dimensiones catastróficas.

—No presenta un panorama muy alentador —intervino August.

—Planteo el que hay —repuso—. Cuán negra debe de ser la situación, que la reina le ha pedido a Necker que vuelva, a pesar de lo mucho que lo detesta, tan sólo porque sabe que tiene el favor del pueblo. La orgullosa y soberbia María Antonieta se doblega ante la opinión pública. Si ese milagro se ha producido, todo es posible.

—¿Necker va a ser nombrado ministro? —pregunté.

—No si antes no se destituye a Brienne. Necker se niega a volver mientras continúe Brienne. Así que —se interrumpió mirándonos unos instantes intencionadamente, y continuó—, así que hay que exigir la destitución de Brienne y el nombramiento de Necker. Y ello por tres motivos: uno, porque Brienne es un inútil; dos, porque sólo con Necker podremos llegar al 1 de mayo; y tres, porque la designación de Necker no ha de parecer una iniciativa de la reina, sino un éxito del pueblo.

—Antes me preguntó qué es hacer política —resopló impaciente Alain—. Ésas son las maniobras propias de quienes hacen política. Yo no pienso entrar en ese juego. Con todos los respetos y agradecimiento por su interés en nuestras humildes personas, señor —añadió con inconformista retintín—, no estoy dispuesto a poner mi

periódico al servicio de astutas estrategias ni de un partido en concreto.

—Sino sólo de la verdad. —Sonrió el vizconde con sorna.

—Pues así es, aunque le parezca grotesco —reaccionó Alain, ahora visiblemente ofendido—. Con su permiso —continuó, levantándose—, los que tanto admiran su ingenio —dijo lanzándome una mirada de reprobación— estarán encantados de seguir apreciando sus muestras. Pero yo estoy muy cansado y me retiro.

—Por favor —respondió conciliador el vizconde, levantándose a su vez—, ésta es su mesa, le ruego que se quede. Siendo yo el que lo ha fatigado, permita que sea quien se retire. Pero, respecto de lo que ha dicho, está equivocado. Algún día comprenderá que la verdad y la integridad pueden adoptar muchas formas.

Alain no replicó, no porque estuviera conforme, sino porque pareció darse por satisfecho con que el vizconde cumpliera con su anunciada retirada, de forma que se limitó a permanecer mudo mientras éste nos insinuaba una mínima reverencia en señal de despedida y volvía con sus acompañantes.

—La integridad puede adoptar muchas formas —repitió Alain a media voz cuando el vizconde ya estaba de nuevo entre los suyos—. Eso es lo que dicen los que carecen de ella.

Pero yo no escuché lo que decía. Mi mente quedó cerrada, abstraída, zozobrada por las emociones que me había despertado aquel soñado pero inesperado conocimiento.

El vizconde condensaba en sí, con señorío y lustre, todo aquello que yo había echado de menos en Daniel. Yo deseaba y admiraba todo aquello que él exhibía: inteligencia, cultura, liderazgo, razonamiento combativo, oratoria, solidez… Quería aprehender la conjunción de todas esas cualidades poseyendo al hombre que las encarnaba. Mi deslumbramiento del primer día se mutó en adoración. Desde aquella noche, él se convirtió en mi único pensamiento. Necesitaba otro encuentro vitalmente, y puse en ello mi tesón. Mientras para Alain y August la entrevista no había sido más que un suceso concluido, para mí constituía sólo el primer paso de un caminar en el que no pensaba detenerme, que me impulsaba desde lo más hondo, con una fuerza que durante mucho tiempo no me dejaría conocer la paz.

Alain escribió aquel artículo. El relativo a Necker. Fue August quien lo incitó a ello, pues, con más visión que aquél, comprendió que no podíamos desaprovechar la importante información que habíamos obtenido de su próximo nombramiento. Cuando estuvo redactado y revisado, sugerí la conveniencia de recabar la opinión del vizconde antes de su publicación. Ambos me miraron adustos, pero August se limitó a soltar un arisco «como quieras» y Alain a guardar hosco silencio. Aunque era obvio que a éste el vizconde no le había gustado lo más mínimo, no había pronunciado palabra alguna en su contra. Al parecer, por una de esas casualidades, el señor

Bontemps conocía al padre de aquél y le debía alguna clase de favor. Al enterarme lamenté no tener más confianza con el viejo para sonsacarle información, pues cuando lo intenté sólo obtuve un gruñido y la orden de despachar un pedido.

Ahora ya tenía una excusa para ir a su encuentro, pero no me fue fácil dar con él a pesar de acudir al Palais Royal y al Café de Foy día tras día. Tres tardes seguidas estuve vagando infructuosamente con mi artículo en la mano, y no fue hasta la cuarta, cuando ya alicaída y decepcionada regresaba a mi casa sin haber conseguido verlo, que alguien a mi lado pronunció:

—Señorita Miraneau…

—¡Ah, hola! —lo saludé. Habíamos coincidido en el pasaje que comunicaba las galerías con la calle—. No confiaba en tener el privilegio de que me recordara.

—Para muchos el privilegio sería que los olvidara —bromeó, no sin cierta petulancia—. Naturalmente que la recuerdo. Ya le dije que lo haría.

Su tono era apresurado y superficial. No pretendía más que intercambiar un breve y cortés saludo y despedirse de inmediato.

—Me alegro de encontrarlo —dije precipitadamente— porque tengo algo que quisiera que viera. Mi amigo ha escrito aquel artículo que usted sugirió, el relativo a Necker. Dado que la idea fue de usted, quisiera pedirle que lo leyera.

—Si no lo publican pronto, la noticia ya estará pasada —advirtió.

—Llevo tres días buscándolo —me justifiqué.

—No era preciso —dijo mirándome con cierta sorpresa—. Le agradezco su atención, pero creo que lo más práctico es que lo publiquen sin mi concurso o el nombramiento de Necker se adelantará a su noticia. Con su permiso, he de marcharme —terminó con ligera impaciencia.

Se me escapaba. Se me escapaba y no volvería a tener motivo para conversar con él.

—Podría acompañarlo en su trayecto —solté sin reflexionar—. Le dará tiempo a leerlo antes de llegar. No es muy largo.

Marcó una pausa unos instantes, supongo que intentando encontrar la fórmula para rechazar mi propuesta sin caer en la incorrección. Antes de que se le ocurriese, añadí:

—Si no es molestia, claro está…

—No —se vio obligado a claudicar con una sonrisa de compromiso—. Molestia ninguna. Será un placer.

Me hizo un gesto invitándome a que lo siguiera, y eso hice hasta su carruaje. Subí al coche, y le ofrecí de inmediato el artículo. Él, después de acomodarse con ostentosa lentitud entre sus almohadones, se avino a cogerlo esbozándome una forzada sonrisa de fastidio.

—Bien —pronunció—. Veamos. Leer esto es sin duda lo que más me apetece en

estos momentos.

Pero lo leyó. Era un escrito que sugería el beneficio de la destitución de Brienne y su sustitución por Necker. La idea que Alain tenía de Necker participaba de la que existía en la conciencia popular, que lo había elevado en su imaginación a la categoría de semihéroe. Necker era quien, nombrado director del Tesoro en 1776, había combatido el despilfarro de la corte, había establecido Asambleas Provinciales en algunas provincias, en las que el Tercer Estado tenía igual número de representantes que el clero y la nobleza y en las que los tres órdenes deliberaban y votaban en común, y había liberado a los últimos siervos que quedaban en los dominios reales.

Y además de disponer otras medidas liberalizadoras. Pero, especialmente, era quien, rompiendo el secretismo que había regido hasta entonces, había publicado el estado de gastos e ingresos de la Hacienda Pública, informando al público, por vez primera, sobre cuestión tan importante.

Gozando de tal popularidad, la destitución de Necker en 1781 recibió las mayores críticas y despertó el enojo popular. Se decía que había sido víctima de la reina, que irritada por la constante oposición de Necker a sus costosos caprichos había labrado para lograr su destitución, lo que había conseguido sin mucha dificultad dado que el rey, ferviente católico, no miraba tampoco a Necker con simpatía por ser éste protestante. De esa forma, por el egoísmo de una reina irresponsable y por la debilidad de un rey intolerante, la nación se había visto privada de uno de sus mejores hombres. Tras Necker ningún otro ministro había demostrado mayor valía, y menos que ninguno, Brienne, el amigo de la reina que había llevado al país a la bancarrota. Era hora, pues, de enmendar tales irreparables y costosos errores y de llamar al único hombre que podía salvar a Francia: Necker.

El vizconde había iniciado la lectura con gesto de indiferencia y de absoluta desgana, pero poco a poco su rostro fue animándose con una expresión de satisfacción cada vez más evidente. Al finalizar me devolvió el escrito y dijo:

—Es perfecto —sentenció—. Sinceramente, mejor de lo que me esperaba. No cambie ni una coma.

—¿De veras es de su agrado? —me regocijé—. Verá, no teníamos ninguna fuente de información fidedigna sobre Necker y temíamos que…

—Ya se nota —interrumpió riendo brevemente—. Ya se nota que no están demasiado bien informados, por eso el artículo ha salido tan bien. Hágame un favor —añadió con mirada alegre—: no indaguen más. Publíquenlo así. Es perfecto.

—Pero —me sorprendí—, si no se ajusta a la verdad…

—¿Y a quién demonios le importa la verdad? —replicó—. Lo único que importa es que Necker sea nombrado ministro. No me diga que es usted otra de esos puristas hipócritas. ¿Quiere saber la verdad? La verdad es que Necker se considera a sí mismo

un genio financiero, y permítame que le diga que las grandes reformas que ha hecho no han sido sino pequeños parches sin relevancia. ¿Introdujo verdaderas libertades? No. Abolió la servidumbre de los dominios reales, sí, pero no la prohibió en los dominios privados; introdujo algunas Asambleas Provinciales, pero nunca pensó, ni por asomo, en convocar los Estados Generales que beneficiaran a la generalidad de la nación. Se opuso a las pensiones a los privilegiados, pero tampoco instauró un régimen fiscal igualitario que salvara al Estado de la bancarrota. Publicó una relación de gastos e ingresos, pero con ella engañó a todo el mundo, incluido el rey, planteando como real una situación imaginaria de paz cuando Francia estaba sosteniendo la guerra contra Inglaterra por sus colonias americanas. ¿Cree que Luis odiaba a Necker porque era protestante? El rey lo apoyó hasta que el ministro posterior le abrió los ojos. —Se detuvo un instante en observar la expresión de mi rostro y sonrió con cierta paternal ironía—. Ya ve, joven idealista, los héroes no existen. Ésa es la verdad. Necker no fue el peor de todos, ni siquiera de los más malos, pero tampoco el héroe que ha creado la imaginación popular. Y, sin embargo, es el único que tiene credibilidad suficiente para mantener la Hacienda hasta la convocatoria de los Estados Generales. Quizá él consiga el milagro de colocar nuevamente deuda pública con la que el Gobierno pueda hacer frente a los gastos más necesarios, porque es el único que conserva la confianza de los inversores. ¿Y quiere contarle a la gente la verdad? ¿Quiere con ella destruir la sola valía del único hombre que ahora puede ayudarnos? Porque la valía de Necker sólo se basa en lo que le he dicho, en su credibilidad.

Me devolvió el escrito, que tomé en silencio, sintiéndome torpe por no tener los conocimientos suficientes para apoyar o discutir sus argumentos.

Perdí la mirada por la ventanilla. No había prestado atención al recorrido, pero al divisar por encima de los edificios la elevada y adusta torre del Temple, supuse que recorríamos la calle del mismo nombre. Detuve mi atención en aquella magna e inhóspita construcción, a la que seguí con la vista mientras el vehículo avanzaba. Su silueta se recortaba con claridad contra un cielo violáceo recorrido por móviles y grisáceos nubarrones; un cielo ya oscuro pero que aún no había perdido toda su luminosidad y sobre el que la maciza y estilizada torre adquiría un aire siniestro de cuento de terror.

—¿Hay algún otro tema sobre el que le interese que escribamos? —se me ocurrió preguntarle, con la esperanza de tener motivo para volver a conversar con él.

—Ya nos iremos viendo —me despachó, con inequívoca semisonrisa despectiva.

Su respuesta me dejó tan frustrada y avergonzada, que me enroqué en el silencio durante el resto del trayecto, silencio que él no rompió hasta que el coche se detuvo delante de una gran mansión.

—Mi cochero la conducirá a su casa —ofreció mientras descendía—. Ha sido un

placer volver a verla —cumplimentó cerrando la puerta—. Buenas noches.

Correspondí con un gesto a su despedida y me escondí de su mirada recostándome en el respaldo del asiento mientras el vehículo arrancaba.

Capítulo XXI

Paul Bramont

Quise que fuera Marionne quien intermediara en mi relación con el padre Gregorio. La animadversión recíproca que ambos nos teníamos no iba a favorecer el entendimiento. Por el contrario, ella podía facilitarlo mucho. Era mujer, joven y hermosa, y cualquier hombre, incluso uno seco y viejo como el padre Gregorio, sería sensible a sus encantos; además Marionne no era noble, lo que desarmaría su desconfianza, y por ende era amable y respetuosa con él, como había podido apreciar. Era la baza que necesitaba.

Marionne sonrió refulgente ante la proposición. Que contara con ella la satisfacía enormemente. También me animé a solicitarle que examinara los libros de contabilidad, los que le había pedido al administrador Beltran.

—Temo que existan irregularidades —comenté—. Es lo que quisiera descubrir. Pida cuantos comprobantes necesite. Y también deseo conocer la situación económica de ingresos y gastos, por supuesto.

—Claro —replicó segura—. No se preocupe, me puedo encargar.

—He solicitado una reunión con un agrónomo que reside en Tours —revelé al cabo—. Quiero pedirle un estudio sobre la posibilidad de mejorar el sistema de regadío.

Lo dije porque era cierto, pero también porque quería ganármela, quería borrar de su concepción sobre mí cualquier rastro de las descalificaciones que me había dirigido tras la entrevista con el padre Gregorio.

Las jornadas no se sucedieron vacuas. Enseñé a Marionne el condado. Y ella visitó al padre Gregorio en su vivienda, sita junto a la iglesia del pueblo. Prefirió tener esa muestra de condescendencia que exigirle a él que se trasladara al castillo. Era un hombre mayor, me dijo, su edad merecía ciertas consideraciones. Reconozco que yo no hubiese tenido ese gesto, pero no me opuse. Precisamente había delegado en ella porque no me fiaba de mi actitud con el cura. El entendimiento entre ambos fue inmediato, como también suponía que ocurriría. Marionne era sensible a la penuria ajena. Había vivido el terror de la pobreza en carnes propias y su interés en que nadie sufriera de miseria debió de parecer sincera a los ojos y oídos del padre Gregorio. Sin que ella planteara nada en concreto, salvo la vaguedad de que el conde, o sea yo, estaba dispuesto a considerar con generosidad la situación de cada una de las familias del condado, el sacerdote la creyó y le prometió que de momento apaciguaría a los campesinos y que no tendría lugar ninguna nueva acción contra el

castillo o contra mí. A aquel primer encuentro siguieron varios más, en los que ambos se reunieron para estudiar la situación económica de cada familia, pues el padre tenía el detalle de los ingresos y gastos de cada una, ya que necesitaba saberlo al ser el encargado de distribuir la cuota del impuesto de la *tall*. correspondiente al municipio entre los miembros de la comunidad. Tras dichas sesiones, Marionne me presentó un listado exhaustivo y volvió a sugerirme que plantease el aplazamiento de pago a quien lo solicitase, con devengo de intereses moderados.

Paseé la vista por el listado. Estábamos ambos sentados en mi despacho, en los sillones que había frente a la chimenea, apagada en aquella tarde de verano. Marionne me miraba con atención, esperando mi respuesta.

—Necesito que gane tiempo con el padre Gregorio —contesté—. Dígale que está intentando convencerme. Que lo estoy pensando, pero que está segura de que acabaré por avenirme. Gane tiempo.

Había estado pensando mucho en aquella cuestión y tenía mis propias ideas. La visión de la casi indigencia de las familias más necesitadas, el conocimiento de la oposición de las más pudientes al pago de las rentas feudatarias, la comprobación del funcionamiento del régimen feudal en sí mismo, me habían descubierto la realidad. Mejor dicho, me habían visionado el futuro. Este sistema no se sostendría. Había tenido sentido en una época en que los castillos ofrecían amparo defensivo a las gentes en tiempos de frecuentes guerras e invasiones, pero hoy en día no tenía más razón de ser que el de beneficiar a los dueños de los feudos, perteneciesen a la nobleza o a la Iglesia, y la pujante burguesía lo atacaría a fondo en cuanto pudiera. Los Estados Generales acabarían con este régimen. Propondrían y conseguirían no sólo la igualdad fiscal, sino también la abolición del feudalismo y de las rentas feudatarias. Dentro de tres años, a lo sumo, ya no existirían.

Con este convencimiento, la idea de aplazar su pago no me parecía la mejor. Los que actualmente no podían hacer frente a las corrientes tampoco estarían en condiciones de satisfacer las acumuladas más sus intereses en años venideros, y si alguna de las familias que sí podían pagar solicitaba el aplazamiento, pudiera ocurrir que cuando éste venciera ya no fueran exigibles. Aprovechando que mi previsión no era compartida por la gran generalidad de la gente, decidí intentar llegar a un acuerdo con las familias bien situadas para redimir definitivamente las rentas feudatarias a cambio de su importe capitalizado a, por ejemplo, diez años. El pago anticipado de la renta de sólo esos años, a su importe devaluado actual, a cambio de su redención definitiva y de la supresión del riesgo de perder el pleito iniciado por mi abuelo, era una solución apetecible para quienes podían permitirse su satisfacción. Si llegaba a ese acuerdo, el dinero lo emplearía en implantar un sistema de regadío que hiciera más productivas mis propias tierras y, por supuesto, condonaría definitivamente las rentas de las familias empobrecidas que ni ahora ni nunca podrían pagarme. Pero si

esa condonación la planteaba ahora, las familias ricas no aceptarían el acuerdo. Debía cerrarlo con éstas antes, y para ello era esencial que Marionne consiguiera que el padre Gregorio esperara.

—¿Puedo demostrarle su buena voluntad con algo tangible? —planteó ella—. Temo que en caso contrario desconfíe, que crea que la dilación es una mera excusa.

—Tengo la impresión de que está pensando en algo concreto.

—Rehabilitar la escuela, por ejemplo. No costará mucho porque es pequeña. Hay que instalar cristales en las ventanas, que ahora cubren con pergamino, pavimentar el suelo y arreglar el techo.

Sonreí.

—Ya está empezando a confabularse con él. Seguro que esa petición procede del padre Gregorio. El mantenimiento de la escuela no es de mi competencia, es de la comunidad.

—Es cierto —admitió encogiéndose de hombros—. Pero los niños necesitan una escuela decente y la comunidad no tiene fondos para repararla.

—Pídale al padre Gregorio un presupuesto y veremos —acepté—. Eso lo mantendrá distraído.

Las conversaciones con el padre Gregorio no eran la única ocupación de Marionne. También examinó las cuentas, como le pedí, pero no sólo las del condado, sino también las del castillo. Mantenía sesiones frecuentes de trabajo con el administrador, señor Beltran, y con Vincent, y me trasladaba sus conclusiones. Las cuentas del condado eran aparentemente correctas, salvo algunos errores menores, me dijo, pero eso no demostraba que reflejaran todos los ingresos. Quiso contrastar los datos con los del padre Gregorio, y el resultado fue el esperado: el señor Beltran había estado distrayendo fondos en una cuantía aproximada de una décima parte anual, ingresos que no anotaba en los libros de cuentas y que se embolsaba directamente. Sobre la gestión del castillo también caían sombras de sospecha, pues se mantenía el mismo gasto, o incluso se había incrementado, que en la época en que mis abuelos vivían, a pesar de que yo no lo había habitado. Pero así como decidí prescindir de Beltran, con Vincent me limité a formular la correspondiente advertencia y a hacerle saber que habían terminado los tiempos de licencia. No en balde había servido a mi abuelo toda su vida.

Marionne recibía además cada semana un abultado paquete de Bontemps con prolijas explicaciones y legajos de números relativos a su taller, que ella analizaba aplicadamente tras horas de trabajo y respondía en otra larga réplica, amén de atender a la correspondencia con su familia, especialmente con su madre. Los ratos libres los pasaba en mi biblioteca, leyendo tratados de economía, estudios sobre textiles, su confección y su tratamiento, y otras extravagancias que yo ignoraba poseer, además de alguna buena novela, que en ocasiones la absorbía durante horas.

A mí tampoco me sobraba el tiempo. Atendía la correspondencia de mis colegas parisinos, suspendidos en sus funciones como yo mismo, así como ejemplares de periódicos y artículos que desde diversas fuentes me hacían llegar. Inicié los diversos encuentros con los representantes de las familias con las que quería negociar la redención de las rentas, y a quienes quise tratar una a una, para evitar que se aunaran y me plantasen un frente común. Recibí también en un par de ocasiones al agrónomo, y recorrí con él las tierras para que me explicara sobre el terreno sus proyectos.

Algunas de dichas actividades me resultaban incluso gratas. Las que había empezado a detestar eran las sociales. Recibía visitas de otros nobles de la comarca, visitas que debía corresponder. Me invitaban a cacerías, cenas, bailes, conciertos. En los meses de verano la alta sociedad desertaba de París y se trasladaba a sus palacios y residencias en el campo, y en el valle del Loira y alrededores los había en abundancia. Intentaba eludir dichos compromisos en lo posible, pero debía guardar el equilibrio entre mi deseo y la obligación que me imponía la cortesía. Lo que me los hacía tan ingratos era el hecho de que Marionne no quería acompañarme, y yo entendía el motivo: aparecer públicamente con ella sin haber anunciado un compromiso matrimonial era lo mismo que presentarla como mi amante, lo que ella no aceptaba. Y también evité, en lo posible, celebrar acontecimientos sociales en mi castillo precisamente porque ella, por el mismo aludido motivo, permanecía recluida en sus habitaciones sin querer participar, y esa situación aún me incomodaba más. Había llegado un momento en que cualquier diversión sin ella dejaba de ser tal para convertirse en un tedio del que deseaba librarme cuanto antes. Tan sólo las sobrias reuniones de signo político con los magistrados del Parlamento de Tours, que también mantenía semanalmente, me complacían.

Y así iban pasando los días, y las semanas, casi sin darme cuenta.

En cuanto a mi relación con Marionne, estaba claro que ella había temido perder su virtud en mis brazos sin que yo la honrase con el matrimonio. Courtain lo había adivinado enseguida. A mí me había costado más por dos motivos: primero, porque yo no concebía que se pudiera desconfiar de mí, percepción ilusa, sin duda, pero bastante inevitable; segundo, porque yo no me veía atraído por la institución del matrimonio y no me resultaba fácil adivinar ese interés en los demás. A mi parecer, el matrimonio sólo era útil en dos circunstancias: si se deseaba conseguir o incrementar el patrimonio, o si se deseaba tener hijos. Y yo no sentía ninguna de ambas necesidades. Fuera de ellas, no servía para nada, salvo para privar de libertad. No demostraba amor, ni lealtad, ni unión, ni aseguraba ninguno de esos valores. Y, por el contrario, ataba cuando se perdían. Pero tampoco estaba en contra si ello servía para hacer feliz a la mujer amada, si bien entonces yo exigía un requisito ineludible: que el amor fuera correspondido. Y eso no era tan fácil de constatar. ¿Cómo estar seguro de

ello sin una previa convivencia? Yo me sabía en ventaja en mi relación con Marionne. Mi posición y riqueza, muy superiores a las de ella, me permitían deslumbrarla. Pero habiéndome enamorado, la ventaja se convertía en desventaja. Era obvio que yo la amaba a ella por sí misma, pero no era tan obvio en su caso, y, lo que me parecía peor, si ella confundía una cosa con otra, pudiera ser que ni siquiera fuera consciente de ello. Y yo concedía al matrimonio la suficiente trascendencia como para temerlo.

Mi estrategia, si es que se le puede llamar así, perseguía seducirla. Quería amarla en libertad, sin compromisos, y, sobre todo, quería que me amase sin esperar nada a cambio salvo a mí mismo. Después, cuando la madurez de nuestra relación me diera tal convencimiento, no tendría inconveniente en casarme si ella lo deseaba. Pero después. Cuando el tiempo y la costumbre hubiese matizado el brillo de cuanto de material y honorífico me rodeaba, cuando la ilusión basada en la ambición no engrandeciera engañosamente la que sólo debía basarse en el amor. Entonces y no antes.

Sabía que ella no se iba a prestar con facilidad a lo que yo pretendía, máxime cuando, para su eficacia, era menester ocultarle la parte más bondadosa de mis intenciones. Pero, precisamente porque era conocedor de las reticencias de su mentalidad, la posible cesión por su parte tendría un enorme valor en cuanto a la significación de sus sentimientos hacia mí. Antes, no obstante, yo debía ganarme esa cesión, debía aplicarme en ganar su amor y su deseo en intensidad bastante como para que, por conseguirme, ella fuera capaz de renunciar a sus propias intenciones, que buscaban, no me cabía duda, el compromiso matrimonial.

Mi juramento, que tenía toda la intención de respetar, había tenido el objetivo de darle la seguridad necesaria para que aceptara acompañarme a Coboure y propiciarme campo para mi campaña de conquista. Había sido un arma útil, pues había conseguido no sólo que aceptara la invitación, sino además que en lugar de mostrarse precavida disfrutara abiertamente de mis insinuaciones al saberlas inofensivas y hasta que participara de ellas con atrevimiento, lo que sin darse cuenta iba despertando su sensualidad. Pero a la vez, ese juramento me ataba de manos, y en ese escenario en el que me veía limitado a desempeñar el papel de provocador sin poder ejercer el de atacante, mis avances se convertían en un arma contra mí mismo, pues cuanto más incentivaba yo su voluptuosidad y más voluptuosa se mostraba ella, más rendido estaba yo, sin que ella diera el paso decisivo que yo pretendía con mis provocaciones. En ocasiones incluso me invitaba claramente con su actitud a besarla, o a tomarme alguna pequeña licencia que su moralidad podía permitir, llevándome al límite de la tentación, que me costaba horrores superar, y a la que, sin embargo, debía resistirme, no sólo en honor a la palabra dada, sino también porque sabía de antemano que si caía en ella sería para ser frenado a la mínima extralimitación, y yo no estaba

dispuesto a castigarme durante semanas espoleando mi encendido deseo con superficiales caricias o esporádicos besos. Ya había comprobado el efecto que los de Marionne me producían. Yo quería mucho más. Pero cada renuncia equivalía a cien latigazos, y llegó un momento en que la piel de mi voluntad estaba tan hecha jirones que creí que había perdido la guerra, pues estaba dispuesto a todo, a cualquier cosa, por tenerla.

—¿Y la señorita Miraneau? —fue lo primero que pregunté a Vincent mientras le tendía el sombrero y me aplanaba el pelo.

Regresaba de Tours, de una de las reuniones habituales que tenía con algunos de los magistrados de su Parlamento.

—En sus apartamentos, señor. Con el señor Mallet.

—¿Con quién? —me sorprendí.

—Con el señor Mallet, el maestro, señor.

—¿El maestro de qué?

—El maestro de la escuela señor, de la escuela de niños. Llevan tiempo reunidos. El señor Mallet ha venido varias tardes cuando el señor conde estaba ausente. Encuentra muy agradable la compañía de la señorita, señor.

Clavé los ojos en Vincent.

—¿Intentas decirme algo?

—En absoluto, señor. —Lo acusó monocorde—. Sólo que el señor Mallet tiene la amabilidad de entretener a la señorita Miraneau cuando usted no está. Es un joven muy atento.

—¿Dónde dices que están?

—En el gabinete privado de la señorita. ¿Quiere usted que lo anuncie?

No respondí a aquella sarcástica pulla. Subí de dos en dos las escaleras. En apenas un minuto estaba en el segundo piso y me precipité hacia las habitaciones de Marionne. Principiaban éstas por una antecámara, tras la que estaba el dormitorio, y una vez atravesado éste, el gabinete interior. Abrí la puerta de la alcoba bruscamente. No sé qué esperaba ver, pero dirigí la mirada de inmediato hacia el lecho. Estaba vacío, al igual que el resto de la pieza. La crucé procurando no hacer ruido. La puerta del gabinete estaba entreabierta y miré por su rendija antes de abrirla.

Marionne estaba allí, en compañía de un hombre que aún no tendría los treinta años. Ambos estaban sentados en el canapé, inclinados sobre una mesa baja redonda en la que descansaba un libro abierto. Marionne observaba el volumen y comentaba algo relativo a su contenido. Pero él la contemplaba a ella. Me bastó ver su expresión para comprenderlo. Estaba embelesado, tragando saliva y conteniendo la respiración ante su proximidad.

Irrumpí en la estancia y después golpeé la puerta para advertir de mi presencia.

Ambos se volvieron, casi al unísono. Marionne sonrió, con el rostro iluminado. Él

se levantó como empujado por un resorte, con el azoramiento del culpable que ha sido pillado *in fraganti*.

—¡Conde! —me recibió ella con espontánea alegría—. Creí que no volvería en tres días.

—Decidí hacerlo antes de que me echara de menos. Por suerte, el señor Mallet estaba aquí para aliviar su espera —añadí.

Mallet y yo cruzamos la mirada y fue bastante para que quien comprendiera ahora fuera él. Enrojeció aún algo más y balbució:

—Creo que me voy. Es tarde. Ya nos veremos, Marionne —se despidió con camaradería. Luego, volviéndose hacia mí, agregó—: Ha sido un honor saludarlo, señor conde.

No pronuncié ni una palabra más. Me limité a marcar una levísima inclinación de cabeza mientras me mantenía rígido.

—Hasta mañana, Marc —correspondió ella con naturalidad—. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta —excusó él mientras se arrimaba a la puerta al pasar detrás de mí, que permanecía inmóvil detenido frente a ésta—. Conozco el camino.

Esperé quieto y en silencio mientras oía cómo se alejaba a mis espaldas. Marionne empezaba a adivinar que algo pasaba, porque me observó arqueando las cejas con curiosidad. Tras parecer descubrirlo, se recostó sobre el canapé, los brazos abiertos, el busto enarbolado, el rostro encendido en una expresión jocosa mezcla de triunfo y desafío.

—¿Marc? —repetí burlón, remarcando que a mí aún no se dignaba llamarme por mi nombre.

—Sí —parpadeó ella—. Un nombre precioso, ¿no le parece?

—No tanto como el sujeto que lo ostenta, supongo.

—¡Ni de lejos! —canturreó—. Es el hombre de mis sueños.

Me sonreí, vencido. Era un estúpido. Me acerqué hasta el sillón que había junto al sofá y me senté en él, mirándola con complacencia y cansancio. Con la complacencia de saberla, en el fondo, mía. Con el cansancio de no tenerla aún.

—Creo que la dejo demasiado sola —reflexioné.

—Estaba sola antes de venir aquí, y trataba diariamente con hombres a causa de mi trabajo. ¿Qué es lo que lo inquieta?

No me inquietaba nada. Eran celos. Era mi talón de Aquiles, lo sabía. Desearía no sentirlos, pero no podía evitarlo. Tan sólo controlarlo y disimularlo.

—¿Qué hacía aquí? —formulé.

—Hablar de la escuela. Del sistema de enseñanza. Considera que es muy deficitario.

—¿Cree usted, de verdad, que es de eso de lo que él hablaba?

Me miró analítica.

—¿Y qué me dice de usted? —contraatacó—. ¿Cuántas mujeres lo cortejan cuando me deja aquí sola para divertirse en esas fiestas a las que lo invitan?

—¿Cree que me divierto en esas fiestas?

—Por supuesto. ¿Por qué va, si no?

—No, no me divierto —aclaré con sinceridad—. Voy porque no es voluntaria la asistencia. O se está o no se está. O estás integrado o te dejan al margen. No se puede ir sólo cuando apetece. Es así de simple.

—Y es muy grave no estar integrado.

—Si eres un ermitaño, no.

Me dirigió una mirada nacarada y cruzó los brazos en señal de recogimiento. Había cesado en su actitud de reto.

—Y a mí no me cortejan mujeres —continué con relajamiento—. Me cortejan sus padres. Les interesa mi título, mi patrimonio y mi herencia. Yo no les intereso en absoluto.

—Bueno. —Se encogió ella de hombros—. Yo sufro algo parecido.

—¿Usted? —Sonreí—. ¿Quiere decir que Marc —remarqué intencionadamente el nombre— está interesado en su taller?

—En mi taller no —clarificó ella—. En mi cuerpo.

La miré asombrado unos instantes y luego sonreí.

—Marionne —dije llevándome la mano al corazón—, le confieso abiertamente que yo también.

—¿Es lo único que quiere de mí?

Retuve la respuesta unos segundos. La sospecha que ella esbozaba planeaba sobre mí desde el día del albergue y, por lo que parecía, yo aún no había sido capaz de destruirla.

—Lo único, no —contesté sobrio—. Pero disociarla a usted de su cuerpo es un ejercicio bastante difícil, ¿no le parece?

Bajó la vista y apretó levemente los labios.

—Dígame —quise cambiar de tema—, si es con Marc —volví a remarcar— con quien habla de la escuela, ¿por qué sigue viendo al padre Gregorio? Ya no tiene nada que tratar con él, ¿no?

—Hablamos.

—¿De qué?

Se encogió de hombros.

—De cosas diversas. A veces de usted.

—¿De mí? ¿Habla de mí con el padre Gregorio?

—Bueno… —se corrigió—, no de usted, sino de mí. De lo que yo siento por usted.

—¿Le dice al padre Gregorio lo que siente por mí? —No podía creerlo—. Y dígame, ¿por qué no me dice a mí lo que siente por mí?

—No puedo. Tampoco usted me dice lo que siente por mí.

—¿Ah, no? ¿No se lo digo?

—No —ratificó.

—La quiero —anuncié lisa y llanamente—. La quiero, Marionne. Estoy enamorado de usted.

Marionne abrió los ojos y se arreboló.

—¿Lo dudaba? —le pregunté, con dulzura—. No creo que pueda mirarla sin que se me note.

—Sabía lo que quería de mí —cuestionó suave, mas firme y franca—, pero no estaba segura de que me quisiera a mí. Gustar es una cosa, pero ser querida es otra; y serlo no es fácil, ni tan evidente.

—Pues la quiero —despejé contundente—. Y perdone que la contradiga, pero quererla a usted sí es fácil.

Marionne reprimió una sonrisa de felicidad y tuvo que desviar la vista para ayudarse a ello, consciente de que yo la observaba. Cuando creyó haberlo conseguido, se atrevió a volverla de nuevo hacia mí. Yo le correspondí con una expresión prendada y amable, pero nada añadí. Al cabo de unos segundos, se animó a musitar:

—¿Y…?

—Y, ¿qué?

Bajó la cabeza, constreñida, y recogió con pulso alterado un rizo de pelo tras la oreja. Estaba emocionada, pero al mismo tiempo decepcionada sin poder reconocerlo. Una declaración semejante solía ir seguida de algo más, algo que yo no estaba todavía dispuesto a conceder.

—Bien… —cambié de tercio—, como no me dice lo que le cuenta al padre Gregorio tendré que preguntárselo a él mismo. A lo mejor, a cambio de la condonación de unas cuantas rentas me lo revela…

—No puede —soltó ella—. Se lo dije en secreto de confesión.

—¿Ah, sí? —me asombré—. ¿Se ha tenido que confesar de los pensamientos que le inspiro? Esto sí que es interesante —comenté jocoso—; el padre Gregorio se lo debe de pasar muy bien con usted.

—No le explico nada que lo pueda divertir —se enardeció.

—Pero se ha confesado. Luego ha pecado.

Lanzó un suspiro mezcla de resignación y desafío, y soltó:

—Está bien, se lo diré: le he dicho que estaba tentada de… de entregarme a usted.

No me miró al pronunciar esa confesión. Y me alegré de ello porque, probablemente, quien enrojeció en esos momentos fui yo.

—Pues si le ha pedido opinión al padre Gregorio, estoy apañado. ¿Y qué le ha dicho?

Marionne dudó en responderme. Por fin dijo:

—Que rece y me confíe a Dios.

No era cierto.

—El padre Gregorio no es un sacerdote mojigato de ese tipo —repliqué, alertado por el amago de ocultación—. ¿Qué le dijo?

—Nada —respondió de inmediato—. Nada. Ya se lo he dicho.

—Dígamelo —la conminé, más que le pedí.

—Dijo —cedió— que su abuelo dejó el condado plagado de bastardos, y que tuviera cuidado con usted, que después de todo es sangre de su sangre. Eso es lo que dijo.

Marionne no se atrevía a mirarme. Yo, por el contrario, dejé la vista posada en ella, aturdido. Tras unos momentos me levanté lentamente, como si de pronto tuviera ochenta años, y salí de la sala en completo silencio.

Marionne Miraneau

A aquellas alturas conocía bien a Paul François Bramont. Y creía en él. Creía en la estabilidad de su carácter, en el equilibrio de su personalidad, en la constancia de su comportamiento. Él no se dejaba arrastrar por caprichos momentáneos, por pasiones combustibles, por arrebatos efímeros. Era centrado, reflexivo y sensato. Si me había dicho que me quería, es que era cierto. Y no era cierto sólo por hoy. Lo sería mañana y pasado mañana. Lo sería dentro de un año y de dos, podría serlo incluso siempre. No dudaba de eso. No dudaba porque creía en él.

Él, sin embargo, no creía en mí. Pero a mí no me ofendía esa falta de fe. Era normal que no creyera. Debía de haber una lista de miles de jóvenes que se convertirían sin dudarlo un instante en la condesa de Coboure. Esa certeza le planteaba la duda racional de que yo lo amase de verdad. Pero ¿cómo convencerlo de lo contrario?

Soportaba que se cuestionara la autenticidad de mis sentimientos. Pero lo que detestaba, lo que no podía asumir, era que pudiera llegar a pensar que mi negativa a entregarme a él era una artimaña para forzarlo al matrimonio. Mi actitud parecía tan culpable, incluso a mis propios ojos, que había tenido que detenerme a analizar con profundidad si inconscientemente estaba actuando de esa forma.

No, me decía, y creo que con sinceridad. No me entregaba a él porque no podía hacerlo, porque me estaba prohibido. Me lo prohibía la Iglesia, que me acusaría de pecadora en caso contrario. Me lo prohibía la sociedad, para quien una mujer sin virtud equivalía a un hombre sin honor. ¿Perdería él su honor por mí? Sin duda no.

¿Debía yo perder mi virtud por él? Virtud no es sinónimo de castidad, parecía escuchar. Para la sociedad sí, en el caso de las mujeres solteras, y sinónimo de fidelidad en el caso de las casadas. Pudiera ser que en los estratos sociales más altos las aventuras extramatrimoniales fueran consideradas un lujo extravagante, pero sin duda no las prematrimoniales. Una mujer casada que quedara embarazada de su amante estaba cubierta por el marido cornudo, pero una mujer soltera encinta no tenía quién la amparara, ni a ella ni al desheredado e ilegítimo de su pobre hijo. No era una broma. Edith era como era, aventurera y rebelde hasta en eso, pero había perdido para siempre la reputación de mujer decente. Se la consideraba una excéntrica porque se codeaba con un sector que se consideraba a sí mismo fuera de las normas preestablecidas y alardeaba de ello. Pero en los salones burgueses, entre la gente burguesa, Edith había dejado de ser una joven que los padres desearan como prometida de su hijo. Así era. Ésa era la presión social.

Para los hombres era distinto, claro, porque para ellos no había castigo a la promiscuidad y no podían quedarse encinta. Así que, un hombre como Paul Bramont, ¿qué interés podía tener en el matrimonio? Ninguno. Yo lo sabía y hasta lo entendía. Los hay que desean fundar una familia, tener hijos, esposa que les confiera respetabilidad y la estabilidad de un hogar. No era su caso. Él no tenía esa necesidad. Se sentía completo y satisfecho en su soltería. Si amaba a una mujer, convivía con ella, como había hecho con la duquesa de Nuartres, o la visitaba esporádicamente, como había hecho con la Lymaux. No necesitaba ni quería complicarse más. Todo esto lo había ido descubriendo yo en el curso de las conversaciones que habíamos mantenido durante las veladas que seguían a las cenas, o durante las excusiones, o por pensamientos que se le escapaban a veces. No creo que él supiera que me lo había revelado, pero a poco que se lo quisiera comprender, resultaba evidente. Y yo no quería arrastrarlo a algo que no deseara. No quería arrastrarlo al matrimonio si él no lo deseaba. Pero quería amarlo. Y no podía hacerlo fuera del matrimonio. ¿Cómo salir de esa encrucijada?

La situación, de todas formas, requería encontrar una solución. La actual era insostenible. Yo ya no podía más. No sólo lo quería. Me moría porque me tocara. Como fuera. Necesitaba que me besara como había hecho en París, o como mínimo, que me cogiera la mano, o que me acariciara el pelo o que me abrazara… Pero no lo hacía. Se mantenía en la distancia y por mucho que yo lo provocara, por mucho que con mi comportamiento le pidiera a gritos un beso, un bendito beso, sus labios se mantenían inalcanzables, y sus manos… adoraba esas manos que se resistían a posarse sobre mí. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué para él tenía que ser todo o nada? ¿Qué tenía de malo un beso, de vez en cuando? ¿Por qué un beso no podía quedar sólo en eso?

Me preguntaba si, así como yo pudiera parecer que con mi reserva intentaba

arrastrarlo al matrimonio, ¿estaría él, al obligarme a tan exagerada castidad, intentando arrastrarme a la entrega completa? ¿Era sólo eso lo que perseguía? Lo había dudado, seriamente, hasta que él me lo había desmentido. No, no quería sólo eso, pero tampoco quería casarse, o me lo hubiese propuesto. Quería una convivencia extramatrimonial. Quería convertirme en su amante, como me había dicho cuando con tono juguetón formuló su apuesta.

En su amante. Quizá no era consciente, o no pensaba, en la deshonra y en la humillación que eso suponía para mí. Pero yo tendría que ceder. Ceder o renunciar a él.

A la mañana siguiente me levanté temprano porque el mal sueño me hacía desear abandonar la cama cuanto antes. Pero él había sido mucho más madrugador. Había salido de caza al despuntar el día, según me informaron. Y había ido solo, sin compañía alguna, ni siquiera del sirviente que solía asistirle.

Sabía que aquel arranque se debía a la conversación del día anterior. Sabía que se debía a las palabras del padre Gregorio transmitidas a través de mi boca. Apoyada en el marco de la ventana, observando a través de sus cristales el bosque en el que posiblemente él estaría, intuí su consternación. No debería habérselo dicho. Me arrepentía de ello.

Lo esperé. Desayuné en mi dormitorio y me aposté junto a la ventana con un libro, alzando la vista intermitentemente para descubrir su regreso. Lo hizo una hora después. Lo vi avanzar por el camino a lomos de su caballo, en mangas de camisa arremangadas, sombrero de fieltro, chaleco de cuero, botas de caña alta, la escopeta colgada a la espalda, y sin ninguna pieza de caza. Estuve observándolo durante todo su recorrido hasta que mi posición me lo impidió. Dudé entre salirle al encuentro o esperar a que se mudara de ropa, como sin duda haría después de montar. Opté por esperar. Lo hice un tiempo prudencial, impaciente, y al final me decidí a ir a sus habitaciones.

Llamé con firmeza a la puerta de su dormitorio principal. Su ayuda de cámara me la abrió.

—¿El conde? —pregunté.

—Se está bañando —me informó.

—Deja que entre —lo oí.

El hombre se apartó y traspasé el umbral. La bañera de bronce había sido colocada en el centro de la estancia, frente al gran ventanal. Él estaba sumergido de medio cuerpo en su interior, las manos colgando de sus laterales, la cabeza apoyada en su respaldo y los ojos cerrados. No supe qué hacer. Me detuve en la distancia, al otro lado de la enorme y suntuosa cama de baldaquín. Su criado volvió a aproximarse a él y con una jarra le vertió agua de un barreño en la cabeza.

—Gracias, Gilles —pronunció él sin abrir los ojos ni moverse, mientras el agua se

escurría por su cabello—, pero la señorita te sustituirá. ¿Le importa, Marionne?

Gilles, que sin duda había entendido más de lo que se le había dicho, dejó la jarra en el suelo, marcó una reverencia que su destinatario no vio, y salió de la habitación, dejándonos solos.

—Puede acercarse —me animó él—. El agua está enjabonada. No verá nada desagradable.

Desagradable. En fin… Ahogué un suspiro y avancé hasta él. Como seguía con los párpados entornados fijé con curiosidad la vista en el agua, pero era cierto que la película flotante de espuma impedía cualquier visión. Sólo sus brazos y la parte superior de su pecho quedaban al descubierto. Sin mediar palabra me senté en la pequeña banqueta que ocupara antes el tal Gilles, cogí la jarra, la hundí en el barreño de agua clara y empecé a verterla con delicadeza sobre su pelo, intentando que no se desparramara sobre su cara. Para ayudarme a ello utilicé la mano libre, que apoyé en el inicio de su cuero cabelludo retirando el líquido hacia atrás. Tras esos tímidos movimientos, me animé a hundir la mano en su cabello, mientras el agua se escurría entre sus mechones y yo observaba su rostro. Suspiró y emitió un apagado ronroneo. Seguí masajeando su cabeza y jugando con su pelo, comprobando por su expresión el relajante placer que le proporcionaba, sin dejar de apartar mi mirada, hasta que estuve tan henchida de él que no pude contenerme y le dije:

—Yo también lo amo. También estoy enamorada de usted.

No se movió. Un suspiro retardado, algo más profundo, fue la única señal de haberme oído. Yo me mantuve asimismo en silencio, conteniendo la respiración a la espera de que él lo rompiera. Quizá adivinándolo, acabó por semisonreír y dijo:

—Ha esperado a que estuviera indefenso para decírmelo.

—Por lo que veo, usted no lo dudaba —me quejé de su inmutabilidad.

—¿Eso cree? —Abrió los ojos, se enderezó y pidió—: ¿Me alcanza una toalla, por favor? Voy a salir.

Algo zaherida por su aparente indiferencia, obedecí. Las toallas estaban dobladas sobre una mesita auxiliar. Cogí una con manos expertas. Eran de buena calidad, de un blanco inmaculado. Me acerqué a él. No me pidió que me volviese de espaldas cuando inició el ademán de levantarse, de forma que no lo hice. Se puso en pie al tiempo que con un gesto me pedía la toalla. La retuve voluntariamente. Él quedó enderezado dentro de la bañera, pero ahora el agua sólo le cubría las pantorrillas. Permaneció con la mano tendida solicitándome la prenda, hasta que de pronto comprendió mi intención y bajó el brazo, soportando con estoicismo la exhibición a la que lo estaba sometiendo. Yo dejé resbalar mi vista por su cuerpo, con la respiración entrecortada por el rubor, y acabé por subirla hasta sus ojos, que clavó en los míos.

—La toalla, por favor —exigió grave.

La desdoblé y me acerqué hasta el borde de la bañera, hasta que casi podía rozarlo. La extendí e hice ademán de cubrirle con ella yo misma. Él se mantuvo impávido, mirándome con la misma seriedad, pero acabó por separar las manos de sus caderas para permitirme pasar la toalla alrededor de su cintura. Así lo hice, y terminé por manipularla con mis dedos en su costado hasta que quedó fijada. Cuando terminé me incliné sobre él, hasta que rocé con la nariz los rizos oscuros de su pectoral. Él estaba más alto de lo habitual respecto de mí al permanecer dentro de la bañera, elevada sobre sus cuatro patas de garra de león.

—Huele muy bien —susurré, borracha por la presencia de su cuerpo desnudo, por el deseo que me despertaba, por el amor que me inspiraba.

—Marionne… —advirtió.

Otro rechazo no, por favor. Apoyé la mejilla en su pecho mojado mientras lo rodeaba con mis brazos y oprimía con mis manos su espalda húmeda.

—No puedo más, Paul —supliqué—. ¿Qué tengo que decir para que me abraces?

No aparté la cara. Me apreté más contra él y cerré los ojos. Podía oír su corazón, como una cálida bomba de vida. Me quedaría allí, para siempre. Su latido era acelerado, única muestra de lo que debía de sentir. Al cabo noté la presión acariciadora de su mano sobre mi cabeza, la otra en torno a mis hombros. Y su abrazo. Ahí estaba, por fin. Elevé la cara en busca de su boca, y la encontré. Me besó, con un beso intenso que, sin embargo, abrevió de pronto con contención forzada. Aspiró hondo y me susurró:

—Llama a Gilles, por favor. Quiero vestirme.

Lo miré consternada, sin comprender.

—¿Ahora te vas a vestir? —pregunté, sin deshacer mi abrazo.

—Sí. Es lo que la gente hace a media mañana.

—Por favor, no bromees ahora. No lo entiendo…

—Perdí mi apuesta —declaró—. Tendremos que elegir fecha de boda.

—No —refuté con dignidad—. La he perdido yo.

—He hecho trampa —afirmó—. Los asuntos que me reclamaban aquí están resueltos. Ya podíamos haber vuelto. No lo he hecho todavía por ti.

—Es por lo que dijo el padre Gregorio —deduje, escudriñándolo—. Quieres demostrarle que está equivocado. ¿Vas a casarte conmigo por eso?

—No —desmintió suave, pero categórico—. Voy a casarme contigo porque te quiero, y porque me quieres. ¿Vas a rechazarme?

—¿Quieres que lo haga?

Se rió con alegría y me abrazó con calor.

—No, por favor. Sólo te pido —me dijo mirándome a los ojos— que sea pronto.

Capítulo XXII

Paul Bramont

No habían sido las condenatorias palabras del padre Gregorio las que habían cambiado mi opinión, por más que me impactaran y desagradaran, pero sí la brevísima reseña que Marionne había hecho del objeto de sus conversaciones con él, porque me hizo comprender algo en lo que yo, imperdonablemente, no había caído: que ella no sería feliz de otra forma. Visioné a una controvertida Marionne buscando en el viejo cura consuelo y apoyo espiritual por haberse entregado a mí con quebranto de sus principios, y me vi a mí mismo a través de los ojos del sacerdote mientras intentaba consolarla. Era inaceptable. Yo quería a Marionne lo suficiente para desear su dicha, y si ésta pasaba por que la desposara, no podía ser yo, a mi vez, más afortunado, así que no había vuelta de hoja.

Ahora bien, una vez concertado el matrimonio, necesitaba casarme enseguida. Desde que se había levantado la veda, vivía en un infierno de deseo insatisfecho. Marionne me besaba, me abrazaba haciéndome notar el volumen mullido de sus pechos, se tumbaba encima de mí en la hierba del prado, su bajo vientre contra el mío mientras hundía sus manos en mi cabello y me besaba en la boca… Ya sabía yo que ése sería el efecto de la parcial liberalización y por eso había querido evitarlo. Si sólo el verla ya me alteraba, aquello era demasiado. Porque, además, esos días, la exultante felicidad que irradiaba Marionne tras nuestro compromiso la había elevado a la condición de criatura sublime. Yo me consumía en un deseo y un enamoramiento obsesivo y ansioso. Necesitaba amarla con normalidad para volver a recuperar el equilibrio y la serenidad.

El casamiento podía tener lugar en la capilla del castillo, oficiado por el padre Gregorio, con Vincent y algún otro de testigo, y ya está. Rápido, sin pompa ni boato. Era un trámite y cuanto antes pasara, mejor.

Seguramente Marionne, como la mayoría de las mujeres, había soñado con una ceremonia más festiva y con un hermoso vestido de novia de los que tardan no menos de un mes en confeccionarse. Pero si era así, me lo ocultó hábilmente y aseguró estar encantada con la sencillez de la propuesta por mí. Sólo tenía una petición, y era innegociable: no podía casarse sin haber invitado a la boda a su madre. No podía matarla del disgusto obviándola en algo tan importante, me dijo. Me avine sin discutir y envié con un mensajero urgente la carta a su familia. Fue inevitable entonces la paralela: suponía Marionne que… ¡no se me ocurriría casarme sin notificárselo a mis padres…!

Había pensado en ello y decidido no hacerlo. Por un motivo claro: estaba seguro de que no aprobarían este casamiento. Mi intención era comunicar el hecho consumado y evitar toda discusión al respecto. Pero no quería decírselo a Marionne con tanta crudeza por temor a herirla, máxime cuando, por alguna incomprensible razón, ella estaba convencida de que mi madre la veía con buenos ojos.

—¿Y por qué crees eso? —le pregunté—. Si no te conoce…

—Pero se interesó por mí.

—¿Mi madre?

Marionne me explicó entonces una extrañísima visita que había recibido de la baronesa de Ostry, al parecer motivada por el secreto interés de mi madre en casarme. La excusa era absolutamente increíble para mí, que por supuesto conocía a mi madre, y debo decir que también a la baronesa. La interrogué sobre el suceso y empecé a abrigar oscuras sospechas sobre las intenciones de ésta. Marionne leyó en mis ojos y su creencia en la buena fe de la mujer desapareció súbitamente. La tristeza ensombreció su semblante y no volvió a mencionar a mis padres. No obstante, decidí notificárselo para no demostrarle que temía un rechazo tan frontal.

Pero las dos sencillas cartas, la dirigida a la madre de Marionne y la dirigida a mis padres, tuvieron una repercusión que confieso sobrepasó todos mis cálculos.

La vi llegar antes de que la anunciaran. Divisé su carroza acercarse a través de los ventanales de la galería del primer piso. Después de haber comunicado a mis padres mi propósito de contraer matrimonio con Marionne, sabía que habría alguna reacción por su parte, pero no había supuesto que la enviaran a ella. Aunque si la dignidad no les permitía venir personalmente, sin duda no hubiesen encontrado a nadie más dispuesto a entrometerse en las controversias ajenas.

Bajé a recibirla al propio patio del castillo. Yo mismo abrí la puerta de su vehículo, adelantándome al movimiento de su sirviente.

—Es un honor recibirla en mi casa, baronesa —la saludé.

—Eso será si antes puedo salir de esta caja infernal —protestó la mujer, hundida en el fondo de su asiento, mientras se balanceaba esforzadamente para conseguir enderezarse.

Esperé a que lo consiguiera, a pesar de que sus balanceos no habían modificado ni un ápice su inicial posición, hasta que mirándome huraña explotó:

—Joven, si no me ayuda, nunca conseguiré la hazaña de salir de aquí.

Me introduje medio cuerpo en el coche, y asiendo con firmeza a la anciana por un brazo y por la espalda, la impulsé vigorosamente hacia mí. Con tal esfuerzo conseguimos que avanzara hasta quedar sentada en la punta del asiento. Nos detuvimos ambos para tomar aliento y de nuevo otro empuje similar consiguió ponerla en pie.

—¡Ah! —suspiró con una mezcla de cansancio y regocijo cuando consiguió pisar tierra firme—. Hubo un tiempo —me dijo mirándome con picardía— en el que cualquier caballero se hubiese sentido feliz de tenerme en sus brazos como usted ahora.

—Y feliz me he sentido, señora, de poder serle de utilidad —reverencié.

—Ésas son las virtudes de la buena educación —contestó—. El arte de pronunciar evidentes mentiras y resultar grato con ellas. Gracias conde, por su gentil mentira. —Sonrió con amabilidad—. Son mis huesos, ¿sabe? —aclaró—. Ya no me sostienen como antes. Debería perder peso. ¡Pero me gustan tanto los dulces…! A mi edad, ¿qué otro goce me queda? ¡Ay, señor! —suspiró, subiendo pesadamente los cuatro escalones que precedían la puerta de entrada—. La vejez es un castigo divino. Pero a los jóvenes no les gusta oír las quejas de los viejos. Alegría, alegría. Sólo alegría quieren los jóvenes. Alegría, diversiones, y más alegría y más diversiones. ¿Y quién puede culparlos? Es por aquí, supongo… —inquirió, señalando el sombreado interior del vestíbulo.

—Adelante, por favor —la invité—. Está usted en su casa. ¿Ha tenido un viaje agradable?

—¿Y qué viaje es agradable? —protestó—. ¿Cómo puede ser agradable ser sacudida y bamboleada durante horas y horas y acabar con el cuerpo molido? ¿Y cómo alguien puede tener buen viaje con este calor? Hace mucho calor en su provincia —me reprendió, como si fuera una falta mía—. Mucho más que en París. Y en este maldito campo, no hay ni una sombra que proteja a los viajeros de la impiedad del sol. Todo son cultivos y cultivos y cultivos.

—También hay bosques, señora.

—¡No junto a los caminos! —se alteró de pronto—. ¡No junto a los caminos! ¡No me discuta esto, joven, que lo he estado padeciendo todo el trayecto! ¡Cuatro infernales días de viaje sin una bendita sombra! ¡Bosques… bosques…! ¿Dónde están los bosques? ¡Donde no prestan servicio a nadie!

Sin que le indicara el camino, ella misma comenzó a subir las escaleras hacia el primer piso. La baronesa nunca había estado en Coboure desde que era mío, pero tal vez lo había visitado alguna vez en vida de mi abuelo. Y si era así, podía acordarse perfectamente de su distribución. Aquella mujer tenía una memoria reconocida, a pesar de que a menudo jugase a hacerse la olvidadiza.

—¿Quién fue el que habló de las cualidades del campo? —desdeñó, en clara alusión a la exaltación rousseauniana de la Naturaleza—. ¿Quién dijo que en el campo florece la virtud y en la ciudad la corrupción? ¡Tonterías! No hay más virtud en el campo que en la ciudad, se lo digo yo. ¡Lo que encontrará más y más abundantemente en el campo son moscas y avispas y arañas e insectos de todas clases, a cual más molesto o más horripilante! Hace tiempo que me obligué a no

viajar en verano, y menos al campo, a pesar de que París, en verano, es aburridísimo. ¡Y heme aquí! Y ciertamente he pagado mi propia desobediencia. Tengo el corsé tan pegado al cuerpo que mi doncella necesitará arrancarme la piel para quitármelo. Disculpará usted que le mencione una prenda femenina tan íntima, pero la ventaja de mi edad es que puedo permitirme ese tipo de licencias. ¡Y el polvo del camino! No quiero molestar su sensibilidad evocando humedades ingratas, pero cuando me sueno en mi pañuelo, ¿sabe lo que veo en él? ¡Polvo! Tengo la pituitaria rebozada. ¡Que me hablen a mí de los maravillosos perfumes del campo! ¡Y los baches…! ¡Dios del cielo! ¡Pero cómo tienen esas carreteras!

—Espero poder compensarla de tan amargos sinsabores.

La baronesa se detuvo en el último escalón y me miró con una sonrisa maternal acompañada de un destello de astucia en sus ojos cansados. Comprendí que había captado el leve tono socarrón que latía bajo mi cortés amabilidad.

—Lo encuentro muy apaciguado, conde —repuso regañona—. Casi se podría decir que está dispuesto a aceptar cualquier crítica o censura con la mayor docilidad. Eso es ideal a mis proyectos. Espero que no cambie de talante.

La conduje hasta sus aposentos. Las habitaciones de invitados las había decorado mi abuela, que tenía un gusto muy semejante al de la baronesa: nada de pesados tapices antiguos ni de madera oscura, como las estancias de mi abuelo. Moda rococó, con muebles modernos lacados en colores claros y ribeteados en dorado, seda en tonos pastel y cuadros revistiendo las paredes. Todo claridad y luz, y el sol que a aquella hora entraba por las amplias ventanas ayudaba a que el aspecto fuese elegante, alegre y acogedor.

—Magnífico, magnífico —aprobó la anciana después de examinarlo todo con su exigente mirada—. Es todo lo que tengo que decir. Magnífico.

—Celebro que sea de su agrado —repuse—. Con su permiso, me retiraré para que pueda reposar. ¿A qué hora desea almorzar, señora?

—A la que usted tenga por costumbre, conde —replicó enérgica—. No he venido aquí a alterar las normas de nadie. Yo siempre me amoldo a las de las casas a las que me convidan, del mismo modo que espero de mis invitados que se amolden a las mías. Pero le ruego que me haga compañía un rato más —solicitó—. Ayúdeme a sentarme en aquel sillón. Creo que mi reputación podrá soportar el que ambos nos quedemos a solas unos minutos más en mis apartamentos privados.

Hice lo que me pedía, sabiendo que su solicitud tendría algún objetivo. La sostuve del brazo mientras se dejaba caer con pesadez sobre el asiento. Aunque no recordaba haberme fijado en ello, ahora me pareció que, en efecto, había ganado peso, y que estaba más inflada y redonda que la última vez que la había visto. Luego tomé una silla y la coloqué cerca de ella.

—Bien, bien… —comenzó la mujer—. ¿Así que va usted a casarse?

—Sí —contesté. Luego añadí, a modo de sarcástica advertencia—: Espero que haya venido a felicitarme.

—¿Y dónde está su prometida? ¿Cómo es que no ha venido a saludarme?

—Se la presentaré con mucho gusto en cuanto usted desee.

—Bien, después, primero quiero conversar a solas con usted. Sus padres me han enviado para que intente disuadirle de su proyectado casamiento —espetó abiertamente.

—Entonces lamento decir que su viaje, además de desagradable, ha sido en balde.

—Ya lo sé, joven. —Sonrió—. ¿Cree que soy tonta? Ya se lo dije a sus padres. ¿Creéis, les dije, que un hombre independiente, con su propia fortuna, acostumbrado a hacer su voluntad, va a renunciar a la mujer que ama, y a su felicidad, porque esta pobre anciana se lo pida? Por eso no, me dijeron, porque se lo piden sus padres, dile, de rodillas, dile, con lágrimas en los ojos, dile. Dile que si es necesario, se arrastrarán ante él para suplicarle que no haga algo de lo que luego se…

—¿El discurso se lo ha dictado mi madre?

Conseguí sorprenderla. Esperaba resistencia, pero no aquella burlona indiferencia.

—¡Está bien, está bien! —reaccionó—. Por lo que veo, no le importa ni el qué dirán ni el rechazo social que puede despertar con su acción. Un hombre libre, ¿no es así?

—Todo lo contrario. —La miré penetrante y añadí—: Soy un esclavo del amor.

La baronesa explotó en una carcajada sincera y alegre que la hizo balancearse ligeramente sobre sus posaderas como una peonza.

—¡Ay conde…! —se serenó enjugándose las lágrimas—. Es usted incorregible. En fin —asintió con suavidad—, no seré yo, en verdad, quien critique su decisión. Voy a contarle un secreto —añadió—. Un verdadero secreto que deberá guardar confidencialmente. Mi esposo, el barón de Ostry, que Dios tenga en su gloria, era un hombre extraordinario. —Me miró, sonrió con tristeza y continuó—: Pero yo amaba a otro. Ocultaré su nombre por respeto a su intimidad. Este hombre pidió mi mano cuando mi corazón sangraba ya de amor por él. Pero fue rechazado por mi padre porque me había prometido a otro, al barón de Ostry. Supliqué, pero mi elegido era de peor fortuna, y mi padre consideró que mi juventud me impedía decidir correctamente sobre mi conveniencia. Lloré con desconsuelo, pero me sometí. El destino quiso que mi marido y él se hicieran buenos amigos. Cuando ambos estaban en París, yo lo veía casi a diario. Jamás dejé de amarlo. Y creo que él a mí tampoco, o, al menos, ésa es la dulce esperanza que me consolaba. Mas nunca fuimos el uno del otro. Él por lealtad a su amistad. Yo por respeto a mi esposo —hizo una pausa, me miró con una calidez dulce, y continuó—: Si ahora volviera a nacer, no me sometería. Huiría, si fuera necesario. Haría lo que fuera por no soportar toda la vida esta renuncia que me ha carcomido por dentro.

Guardé un respetuoso silencio, sin apartar la vista de la anciana, dándome cuenta, por la sencillez y brevedad con la que había explicado su historia, que me acababa de hacer partícipe de su única y auténticamente sentida confidencia personal.

—No ceda, conde —continuó, con ojos secos—. Cásese con aquélla a la que elija. Y no tema nada. Sus padres sienten por usted tal debilidad, que no podrán mantener su enfado ni dos meses. En cuanto a los demás… —negó con la cabeza—, no se someta a los dictámenes de los que, en realidad, ningún derecho tienen a decidir sobre la felicidad de usted y cuya opinión es del todo voluble.

—Le agradezco su comprensión.

—En esto sí, ¡pero en otras cosas, no! —me riñó, sacudiendo su índice—. ¡En otras cuestiones sí que tendrá que oírme! ¡¿Pues no he oído que ha perdonado las rentas a sus campesinos en recompensa por osar lanzarle piedras?! ¡¿Dónde está esa autoridad y firmeza de carácter de las que alardea delante de mí?! ¡Sólo de pensar que pueda cundir el ejemplo se me ponen los pelos de punta! No, no se librará de mis reproches. Pero —añadió levantando una mano para contenerme— antes vamos a terminar esta cuestión. Con independencia de cuál sea mi opinión personal, tengo que cumplir el encargo que me han hecho, de forma que me veo en el deber de transmitirle la propuesta y ruego de sus padres. Ellos, basándose en que ninguna de sus anteriores relaciones ha durado más de dos años, consideran que debería esperar uno más a casarse, y si así lo hace y respeta este ruego suyo, apoyarán sin reserva alguna el enlace que celebre entonces. Eso es lo que le piden en esta carta que me han encargado le entregue.

¿Esperar un año?, sonreí. Pobres padres. No sabían lo que pedían.

—Gracias —repliqué tomando la misiva—. La leeré con mucho gusto después de mi boda.

—¿Sabe, conde? —Sonrió brevemente la mujer, tocándome juguetona el hombro con el puño de su bastón—. Creí que su prometida era una mujer afortunada, pero empiezo a dudar de ello. Me parece que no va a ser usted un marido fácil de manejar —tras una leve pausa añadió, devolviendo su bastón a su posición marcial—: Bien. También yo he cumplido ya mi misión. Ahora tenga la amabilidad de descubrir dónde se esconde mi doncella. Necesito un baño con urgencia.

—Por supuesto. Pero antes quisiera formularle un par de preguntas.

—¡Ah! —se sorprendió—. Me encanta que me hagan preguntas. Demuestra que despierto curiosidad, y aunque eso no sea lo mismo que el interés, se le parece lo suficiente para crear la ilusión. Adelante, joven, haga sus preguntas.

—Gracias. La primera es, ¿asistirá usted a mi boda?

—¡Naturalmente! —exclamó—. ¿Cree que he hecho todo este via je para nada? ¡Y con lo que me gustan las bodas! Siempre lloro, no lo puedo evitar. Es delicioso.

—Gracias de nuevo. La segunda pregunta es, ¿por qué entregó a la señorita

Miraneau al marqués de Sainte-Agnès con ánimo de que me delatara?

Su benévola sonrisa quedó congelada en su rostro. Durante apenas un escaso segundo, el tiempo de abrir y cerrar una puerta, se le cayó la máscara y vislumbré a la verdadera baronesa de Ostry. Duró poco, pues enseguida se rehízo y me dirigió una mirada cargada de sorpresiva indignación.

—¡Joven!, qué pregunta más impertinente.

—Al contrario, señora —repuse—. A mí me parece de lo más pertinente. ¿Sabe mi madre que ha mandado en su representación a quien intentó enviarme a la cárcel, para que no me case con quien me libró de ella?

Ahora la preocupación de su mirada era sincera.

—Su madre —contestó— es amiga mía desde hace muchos años. Nunca creería esa acusación.

—¿Y cree usted que se comportó como una amiga?

—Supongo que está usted dispuesto a responder de sus propios actos —replicó digna.

—Sí, pero no de los que no lo son. Yo nada tuve que ver con ese asunto.

La baronesa bajó la cabeza. Mantuvo la vista fija en el suelo unos momentos, tras los que se levantó pesadamente, ayudándose de su bastón. Se enderezó con lentitud y se acercó hasta mí, mirándome de frente.

—Me alegro de oír eso. Pero yo hice lo que debía hacer y dejé las consideraciones personales al margen. Ése es el motivo, querido conde, por el que yo nunca pido excusas, porque siempre he hecho aquello que creía que debía hacer. Y este caso no fue distinto. No le deseo mal alguno, ni a usted ni a su prometida. Y francamente.

en nada le beneficiará el guardarme rencor. Y menos el manifestarlo.

Me sonreí. Resultaba admirable esa facultad que le permitía, con toda tranquilidad y sin turbarse un ápice, reconocer su culpa, solicitar que no se le tuviese en cuenta a pesar de no molestarse en pedir disculpas, y encima hasta amenazar veladamente.

—¿Por qué lo hizo?

—Recibí órdenes —admitió con llaneza.

—¿De Courtain?

—¿De Courtain? —descartó—. No, por Dios. ¿Cree que el marqués puede darme a mí órdenes? ¡De mucho más arriba! ¡Prácticamente de la reina!

—Entiendo. Y dígame, ¿qué nuevas actuaciones he de temer?

—Ninguna que yo sepa. Ya estoy apartada de este desagradable asunto. Tuve una intervención puntual solamente. Y créame, celebro que no le haya pasado nada.

—Es cierto. A mí nada me pasó, gracias a la señorita Miraneau. Pero a ella sí. Fue sometida a tortura, como sin duda sabe usted.

—Esa no fue decisión mía, gracias a Dios.

—No, pero cuando la acusó debía de saber a lo que la exponía. ¿Ha pensado en cómo compensarla?

—Nada me complacería más —elevó el mentón—. Pero no se me ocurre qué podría hacer por ella.

Cogí la regordeta mano de la anciana cargada de joyas, la agasajé con un beso y sugerí:

—A mi prometida le apenará sentir el rechazo de mis padres. Sé que yo no conseguiré que vengan a mi boda, pero confío ciegamente en sus manipuladoras habilidades.

La mujer rompió a reír, aliviada de comprobar que el episodio de su actuación no iba a comportarle mayores contratiempos, y replicó:

—Joven, ¡no sabe hasta qué punto! Si me lo propongo —añadió señalándome con su bastón, cual si fuera una advertencia— puedo conseguir que acuda a su boda hasta el mismo papa de Roma.

Sonreí pensando en mi pobre madre. No me había costado mucho convertir a su embajadora en la mía propia y precisamente frente a ella. Algún día debería recordarle que el propio Luis XIV contrajo matrimonio secreto con una burguesa, la venerada Madame de Maintenon.

Marionne Miraneau

Paul hubiese querido casarse de inmediato, en un acto sencillo y rápido. En mis sueños de niña mi boda había sido algo más ceremoniosa, con música, flores, invitados, convite y vestido blanco. Pero me pareció acertada la opción de una sencilla teniendo en cuenta la clase social a la que pertenecía mi prometido. Con excepción de mi madre, mi hermana, el señor Bontemps y quizá Alain, no había nadie que me importara lo suficiente para desear que acudiera al enlace y, por el contrario, los compromisos de Paul atraerían a un enjambre de estirados miembros de su sociedad entre los que yo no me sentía nada cómoda. Por otra parte, aunque Paul había intentado pasarlo por alto, yo sabía que sus padres se oponían a su matrimonio conmigo, y una celebración aparatosa pondría en evidencia su ausencia, lo que supondría, sobre todo, un oprobio para mí.

Así pues, nos casaría el padre Gregorio en la pequeña y austera capilla del castillo. Desde que Paul se había avenido a condonar las rentas de sus feligreses, las relaciones con éste habían cambiado radicalmente. Yo le había anunciado el aplazamiento de los pagos con el devengo de intereses, pero cuando Paul cerró un acuerdo con las familias pudientes para capitalizar sus rentas y liberar sus tierras, condonó de forma definitiva, y no sólo por aquel año, las rentas de las familias más

necesitadas. Según Paul, nada perdía pues nunca podrían pagarle. Pero el padre Gregorio quedó de una pieza, sin dar crédito a lo que oía, y desde entonces se había convertido en un ferviente defensor del buen conde que Dios en su infinita misericordia les había enviado en sustitución del déspota de su abuelo. Paul además había aceptado sufragar la rehabilitación de la escuela, había ofrecido a la comunidad el aprovechamiento del bosque para obtención de leña de consumo particular y caza menor, había renunciado a sus derechos de molienda y había eximido del pago de tasas de circulación a los habitantes del condado. El cura besaba el suelo que pisaba, y aunque Paul no acudía nunca a sus oficios religiosos, en todos sus sermones el agradecido sacerdote bendecía su nombre. Sin duda su actitud había reblandecido a Paul por completo. Se reía cuando se lo explicaba, pero bajo las carcajadas yo veía el hielo derretirse y el rencor evaporarse hasta desaparecer.

La ceremonia debía tener lugar en cuanto llegaran mi madre y mi hermana. Pero se adelantó la baronesa de Ostry. Llegó un par de días antes, se encerró a conversar con Paul mientras yo moría de angustia imaginando que pretendía disuadirlo de nuestro casamiento, y después se mostró conmigo amigable y ostentosamente afectuosa, como cuando había acudido a mi taller a visitarme con falsos pretextos. Lo sorprendente fue que tomó las riendas de la situación con absoluta aquiescencia de Paul. Decidió que la boda quedaba pospuesta hasta que ella lo decidiera, bajo la sonrisa cómplice de éste, como si tuvieran los dos algún secreto que no quisieran participarme. Al principio me sentí algo inquieta por el aplazamiento, qué duda cabe, pero cuando manifesté mis dudas a Paul, se limitó a decirme, con una sonrisa risueña y un beso derretidor, que confiara en él, y lo cierto es que lo hice y dejé de preocuparme, con el convencimiento de que tarde o temprano me enteraría de lo que quiera que se trajeran entre manos.

En realidad, la que se traía algo entre manos era sólo la baronesa.

Comenzó su quehacer visitando a todo el mundo y obligando a todo el mundo a que la visitara, en una actividad social frenética e incansable, en apariencia sin ninguna otra finalidad que la mera cortesía. Y, naturalmente, en cada reunión se le escapaba la gran confidencia, lamentándose luego de su incapacidad para guardar secretos: el conde de Coboure se casaba con su prometida, la señorita Miraneau, en la catedral de Tours. Una gran ceremonia. El propio obispo, por supuesto, la oficiaría. Acudirían los padres del conde, los duques de Toulanges, y representantes de las familias más sobresalientes de Francia. Todavía no conocía la lista de invitados, pero confiaba en que contarían con ella, porque imagínense el desprestigio de no ser convidado a semejante ocasión. Se celebraría un gran banquete y una gran fiesta en el castillo que duraría varios días. Ella se había enterado por casualidad en París y había hecho ya su regalo a los novios para que no tuviesen más remedio que invitarla. ¿A que había sido una buena astucia?, decía, riéndose alegremente. Sin duda ése era el

motivo por el que la habían convidado a Coboure. Pero bueno, sus interlocutores no debían preocuparse; seguro que la familia Coboure Toulanges se acordaría de ellos siendo como eran de tan respetable posición.

Así que de pronto empezaron a llegar felicitaciones y regalos y más felicitaciones y más regalos. Los más osados hasta los traían en persona esbozando sonrisas de felicidad y examinándome con curiosidad maliciosa. Cuadros, tapices, objetos exóticos, porcelana, bandejas de plata… De repente, todo se había desbordado.

Yo no salía todavía de mi sorpresa, cuando recibimos una carta del obispo de Tours. Por supuesto que la catedral sería un escenario digno de tan digno acontecimiento, y para él un honor que lo distinguiéramos eligiéndolo para oficiar el casamiento. Miré a Paul, entre ilusionada y aturdida. Pero él mantenía una absoluta reserva respecto de lo que opinaba de todo aquello. Parecía dispuesto a dar carta blanca a la baronesa y hasta a seguirle pasivamente el juego, pues aunque ninguna iniciativa le era atribuible a él, no desmintió tampoco las falsas expectativas que la mujer estaba levantando con sus manipulaciones. Y me pregunté cuál era el precio o la recompensa que esperaba obtener por ello.

Y al poco llegó una carta de los padres de Paul. Le reprochaban no sólo su decisión de casarse con su oposición, sino además su osadía de, a pesar de ésta, celebrar una boda por todo lo alto. ¿Cómo era posible que tuviera tan poca consideración? Desde hacía días les llovían las felicitaciones, y el eco de la boda había llegado al mismo París, donde sus amistades esperaban ser invitadas y no cabía otra cosa si no querían ofenderlas. ¿Cuántas habitaciones le quedaban disponibles? ¿Los vecinos de los alrededores prestarían sus residencias para acoger a los que no cupieran en Coboure? ¿Quién lo estaba organizando todo? ¿Ya se estaba dejando aconsejar por la prudencia y buen hacer de la baronesa? Una celebración de esa envergadura comportaba un sinfín de detalles. Paul no tenía experiencia en estas cuestiones, y a mí ni se dignaban mencionarme. Se trasladaban de inmediato a Coboure. ¡Pobre de él que fijara la fecha antes de su llegada!

Si las bendiciones del padre Gregorio le había arrancado carcajadas, la carta de sus padres le hizo esbozar una risa contenida cargada de reconocimiento a la astucia de la baronesa. Y supe entonces que eso era lo que ambos habían tramado, aunque para conseguir el objetivo Paul hubiese renunciado a su deseo de una boda rápida y sencilla.

Yo esperé a mis futuros suegros con el estómago encogido. Su llegada no fue precisamente discreta. «¡Jesús!», fue la escueta exclamación que Paul murmuró cuando los vio llegar. Venían con una comitiva que hubiera podido parecer la de un rey. A su carroza, enorme, pesada, de puro estilo barroco de mediados de siglo, la seguían otras diez más sencillas y cinco carromatos cargados con equipaje. Los duques traían consigo nada menos que a treinta sirvientes, que presuponían el mínimo

refuerzo necesario para atender la horda de invitados convocados.

El encuentro con el hijo, que tuvo lugar en el vestíbulo de entrada, fue en apariencia frío y distante. Los duques conservaban su expresión adusta de padres ofendidos. Un beso en la mejilla fue lo que le permitieron, con expresión seria, labios apretados y barbilla altiva. A mí una leve y desdeñosa inclinación de cabeza. Mas adoptaron la postura de quien nunca perdonará pero ha desistido de seguir discutiendo la cuestión y viene dispuesto a tratar otros temas. A media tarde, tras el esfuerzo organizativo de acomodar a todos los recién llegados y a ellos mismos, a quienes Paul cedió sus propias habitaciones, el duque parecía haberse olvidado ya de todo mientras examinaba la biblioteca y comentaba con su hijo algunos de su volúmenes y, en cuanto a la duquesa, empezó a sonreír mientras la baronesa de Ostry le contaba anécdotas de sus visitas de los últimos días. Por la noche, en la cena, todo enojo parecía haber desaparecido, y el entusiasmo por la celebración de la inmediata boda, así como la urgencia de fijar ya una fecha definitiva, se impusieron sobre todo lo demás. La madre de Paul incluso, en un descuido, me dirigió el cariñoso apelativo de «querida mía».

Todo lo relativo a la organización del casamiento quedó fuera de nuestra competencia. El comité estaba liderado por mi futura suegra, con la inestimable colaboración de la baronesa de Ostry. Ésta tuvo la delicadeza de incluir a mi madre, a la que llamaba constantemente «mi estimada amiga», como si antes de la llegada de la duquesa de Toulanges hubiesen sido íntimas. En cuanto a mí, no intenté recuperar las riendas. Prefería no asumir esa responsabilidad. No tenía deseos de discutir con mi futura suegra, y si algo salía a disgusto suyo era preferible que no me lo pudiese atribuir. En lo único que me mantuve firme fue en mi vestido y mi retoque personal. E incluso en eso tuve que transigir. A la dama no le parecía acorde la sencillez de mi indumentaria con el boato de la ceremonia, y tuve que aceptar el añadido de una cola de quince pies y un velo que me cubriera el rostro.

La boda tuvo lugar en la catedral de Tours el 10 de septiembre de 1788. Cuatrocientos veinte fue el número de asistentes, cincuenta los componentes de orquesta y coro, de colores las flores que lo inundaban todo, y dos horas duró la ceremonia. Entré en el templo del brazo del señor Bontemps, orgullosísimo y emocionado de desempeñar tal papel. En el interior, la estilización de la espléndida arquitectura gótica, el tenue olor a incienso, la luz matizada que incidía a través de las vidrieras policromadas, el silencio respetuoso de los asistentes, y, sobre todo, la música, ese indescriptible estallido de voces celestiales que se elevaban y descendían, se añadían y restaban, en cascadas de fuegos artificiales que estremecían el alma y trasladaban a otro mundo de paz y perfección absoluta, me hicieron sentir por fin que estaba viviendo una experiencia única e inolvidable. A partir de ese momento todo se sucedió con total armonía. A los pies del altar Paul tomó mi mano y en su expresión

vi que hasta él se sentía en esos momentos feliz y transportado. La ceremonia siguió con solemnidad, sucediéndose los salmos, las lecturas, los cánticos. Y nuestra promesa de mutua aceptación y entrega.

El banquete que se ofreció aquella noche en Coboure fue como yo había ideado, al aire libre, pero multiplicado por diez en su dimensión. Más de treinta platos se sucedieron cubiertos uno tras otro, entre vino de la mejor calidad. Manteles bordados de encaje, vajilla de porcelana, cubertería de plata, copas de fino cristal. Servicio suficiente. Nada faltó. Mi suegra sonreía, satisfecha. A mi madre se le saltaban las lágrimas de vez en cuando, sin creerse todavía lo que estaba sucediendo. Paul me miraba con enamoramiento. No, nada me faltaba. Nada más podía pedir.

Aquella noche nos amamos por fin al completo y en total libertad. Paul parecía desear y adorar cada pulgada de mi cuerpo con tal anhelo que consiguió hacerme superar todo mi pudor y hasta hacerme sentir extraordinaria. Me besaba y acariciaba con tal sensualidad, exploraba y cumplimentaba mis partes más íntimas con tal ternura y naturalidad, y manifestaba tal amor y excitación en todos sus actos que no creo que mujer alguna se haya sentido en el lecho más deseada y amada que yo aquella inolvidable noche. No ansiaba yo menos su cuerpo que él el mío y no perdí la ocasión de abordarlo, conocerlo y aprehenderlo cuando pude, henchida de un deseo que el enamoramiento convertía en ávido y posesivo. El sol nos sorprendió sin apenas haber dormido, y a pesar de la mutua satisfacción, con la pasión renovada apenas intacta.

Las fiestas continuaron durante los dos días siguientes. Juegos campestres, conciertos, baile de gala y un festival espectacular de fuegos artificiales que las culminó. Durante el día tenía que compartir a Paul con todos los demás, pero por las noches era sólo, y por entero, mío. A todas horas estuve borracha de felicidad y apenas era consciente de lo que ocurría a mi alrededor. Sentía un júbilo interior constante y sostenido como nunca antes había sentido, y como no creo que nunca más vuelva a sentir.

Capítulo XXIII

Marionne Miraneau

Tras la boda, volvimos a París.

Instalamos nuestro domicilio en la residencia de Paul. Después de Coboure, el palacete de Saint-Jacques, que tanta impresión me había causado la primera vez que lo visité, me parecía amable y acogedor. No emprendí ninguna reforma personal de las que se esperan de una esposa recién casada, ni intenté tomar ningún control sobre su gestión. Ésta estaba bajo la dirección de Rocard, jefe absoluto de todo el personal, que desempeñaba funciones tanto de secretario privado de Paul, como de mayordomo mayor y hasta de gestor de su patrimonio con el asesoramiento de maître Desmond.

El estirado señor Rocard era medianamente competente. Digo competente porque era leal y responsable en el desempeño de su cargo, y digo mediano porque tenía espíritu burócrata y no era ni emprendedor ni imaginativo ni luchador. Hacía lo que debía hasta que se encontraba con el primer obstáculo, en cuyo caso se detenía como si nada más le fuera exigible. Medidas extraordinarias y de urgencia no eran concebibles para él. Sin embargo, yo aceptaba las limitaciones que ello suponía porque en general la casa estaba bien dirigida, y, además, no me interesaban demasiado los asuntos domésticos. Pero otra cosa era la gestión del patrimonio. Sobre esa cuestión tomé las riendas enseguida, y he de reconocer que no encontré resistencia alguna por su parte. Creo que incluso se sintió aliviado de librarse de esa responsabilidad.

Rocard puso a mi disposición todos los libros de cuentas y demás documentación relativa a los bienes y propiedades de Paul. El orden era irreprochable, pero la ignorancia sobre la situación de fondo, evidente. Rocard no sabía prácticamente nada. Ni lo que rendían los inmuebles, ni las tierras, ni los costes de unos y otros. Cuando le preguntaba arqueaba las cejas, como si la consulta fuera de lo más excéntrica y hasta descortés, y luego consultaba sosegadamente sus libros, con el monóculo en el ojo izquierdo, pasando página tras página sin entender en realidad ni las letras ni las cifras. Sus respuestas eran siempre vagas y solían iniciarse con un «por lo que parece…», «según consta aquí…». Y siempre acababa: «Tal vez maître Desmond pueda facilitarle más detalles, condesa.» La palabra «condesa» la pronunciaba con una entonación peculiar, como si quisiera recordarme que mi reciente posición no casaba bien con tales intereses materialistas.

Acudí, pues, a Desmond, a quien visité en su despacho. Me acogió con una cortesía exquisita, también con un esforzado distanciamiento. Me felicitó por mi

matrimonio, con corrección pero sin calor ni afecto, manteniendo siempre esa frialdad que parecía serle necesaria a su dignidad. Sólo algunas miradas esquivas y algún traidor rubor delataron la controlada turbación que le produjo su reencuentro conmigo después de tanto tiempo. Pero cuando le dije que a partir de entonces iba a ser yo, y no Rocard, quien despacharía con él, su expresión de preocupada aflicción fue tan transparente que todo disimulo anterior resultó inútil, y sólo pude confiar en que la regularidad de las reuniones de trabajo y la aceptación de mi nuevo estado acabaran por atemperar sus sentimientos hacia mí y hacerle nuestros encuentros mucho más llevaderos.

En apenas media hora Desmond me presentó un cuadro resumen de la situación, y ésta requería de cierta atención. Los bienes inmuebles de Paul, que se cifraban en unas diecisiete fincas en París y el dominio de Coboure, no eran despreciables; pero las dificultades económicas de los habitantes del condado, que habían comportado una notable reducción del aprovechamiento de éste, eran padecidas también por los arrendatarios de la ciudad, que renqueaban pagando lo que podían y cuando podían, de forma que el capital anual con el que Paul se había acostumbrado a vivir en sus mejores tiempos se habían visto reducido a algo menos de la mitad, y con tendencia a disminuir más. Puse a mi esposo al corriente de la mengua de los ingresos, y le comenté la necesidad de hacer economías, así como de trasladar, por prudencia, el grueso del capital ahorrado a un banco londinense. Asintió con relajada aceptación y se limitó a besarme y a decirme que lo dejaba todo en mis manos.

Él tenía otras preocupaciones que lo absorbían. Necker, al volver a ocupar el ministerio, había repuesto las anteriores funciones de los parlamentos, y el 25 de septiembre el de París iba a pronunciarse sobre la composición y el funcionamiento de los Estados Generales. París y toda Francia tenían los ojos puestos en los Padres de la Nación. ¿Seguirían éstos comportándose como tales ahora que estaban en juego sus intereses de clase?

Ese día, mientras se celebraba la célebre sesión, acudí al taller. Ahora era el señor Bontemps quien se sentaba tras la mesa del despacho, y yo la que lo hacía en la silla de las visitas, y ambos sabíamos que la situación había devenido definitiva. Como yo ya no necesitaba los ingresos de ese negocio, les había cedido mi parte a él y a mi hermana. Sin embargo, la participación en beneficios que Paul había acordado conmigo en su momento me servía de excusa para seguir involucrándome, y el señor Bontemps parecía encantado de ello y feliz de comentarme sus proyectos. Éstos consistían en hacer trabajos más lujosos y delicados para poder vender a las casas ricas. En su opinión, sólo las clases adineradas seguían gastando sin contención; a los demás la crisis los inducía a ahorrar y reducir al máximo las reposiciones. Tapizar muebles, confeccionar cortinas y revestir paredes a juego de los elegantes salones era lo único que ahora permitía mantener los ingresos. Requería telas más costosas,

bordados más finos y contratar un par de oficiales de tapicero; una inversión si, pero era la única apuesta posible. Lo contrario era dejarse morir poco a poco, porque esta maldita crisis no se superaría en dos días.

Edith llegó entonces. Se quitó el sombrero y se sentó, aún con las mejillas sonrosadas por la agitación de la marcha.

—¿De dónde vienes? —le pregunté.

—Del Parlamento.

—¿Acabó la sesión? —pregunté con interés.

—Así es —dijo, con un hondo suspiro—. Señores… volvemos a ser huérfanos. La nación se ha quedado sin padres.

Comprendí y pensé en Paul. Sabía que habría tenido un grave disgusto.

—Sólo podemos confiar en nosotros mismos —dijo Edith—. Ningún aristócrata nos ha ayudado ni nos ayudará nunca. Bien, me voy. Tengo un artículo que escribir.

Se levantó y me besó fugazmente en la mejilla.

—Por cierto —me dijo cuando estaba ya junto a la puerta—, añadiré una anécdota a mi artículo. Después del pronunciamiento del Parlamento un magistrado tuvo la decencia de dimitir. Indicaré su nombre porque lo merece. Supongo que sabes a quién me refiero.

Me miró un instante para asegurarse de que era así, pero como sólo descubrió en mí una expresión de asombro, no tuvo paciencia y desapareció tras la puerta. Me volví entonces hacia el señor Bontemps para comprobar si había entendido lo mismo que yo, pero el buen hombre ya había vuelto a enterrar su atención en los libros de cuentas.

Paul Bramont

El Parlamento se pronunció a favor de que la composición y funcionamiento de los Estados fuera como en 1614. Pero ¿qué autoridad creían que tenían? ¿Qué peso esperaban que tuviese semejante pronunciamiento en abierta oposición al reclamo popular? El apoyo y aclamación de la opinión pública los había deslumbrado, les había hecho creer que podían dirigir la nave, cuando su único éxito se debía a que hasta entonces habían dicho y hecho lo que aquélla quería y ansiaba. En el mismo momento en que el presidente hizo público el resultado de la votación, supe que aquella institución de la que yo formaba parte había perdido drásticamente la confianza del pueblo. El Parlamento de París acababa de autoexcluirse de aquel proceso de cambio.

Fue entonces, todavía quieto en mi asiento mientras los demás pares y magistrados se levantaban para salir de la sala, cuando comprendí la absurdidad de permanecer en el cargo. ¿Para qué? Había aceptado el que mi padre me cediera

porque buscaba compromisos, aunque tal necesidad fuera incomprensible para muchos. Impartir justicia y formar parte de una institución con pretensiones reformistas, satisfacía con creces esa aspiración personal. Pero ahora volvía a sentir que no estaba donde me correspondía. ¿Qué hacía, en realidad, sino colaborar con un régimen que consideraba obsoleto y degradado?

—Si ésa es su voluntad —me dijo el presidente cuando le presenté mi dimisión —, se le dará a esto el curso que corresponde. Lamento decirle que me ha decepcionado, y sin duda a su padre también.

Sus palabras no me afectaron en lo que a su persona se refería. Pero sí en cuanto al anuncio de la reacción de mi padre. Mi padre era aristócrata hasta la médula, y aún más de lo que detestaba el despotismo de un monarca que negaba a la nobleza su participación en el gobierno del país, aborrecía las pretendidas aspiraciones democráticas de esa vilmente enriquecida y vulgar burguesía que se hacía llamar «pueblo» y estado «llano», arrogándose con tales apelativos la, representación generalizada de toda la población, que en realidad no le correspondía. Y más que a los burgueses, a los que despreciaba pero no condenaba, odiaba a los nobles que hacían causa común con ellos, que los arropaban y defendían, en traición flagrante a su clase y a su condición. Que yo pudiera ser uno de ellos era tan insoportable para su mentalidad que hacía tiempo que había optado por no hablarle del tema. Pero ahora no bastaron elusiones ni silencios. Tuve que comunicarle que acababa de renunciar al cargo que él me había cedido con tanto orgullo y enfrentarme a su sucesiva incredulidad, consternación y honda decepción. Pero yo no podía hacer nada. Debía actuar de acuerdo con mis propias convicciones.

El pronunciamiento del Parlamento produjo el aluvión de sangrantes críticas que era de esperar. La prensa fue inclemente, más aún por la confianza que se había depositado en aquellos presuntos defensores de la causa popular. Traidores a la nación, tiranos que no querían sino seguir manteniendo al pueblo bajo el yugo del sometimiento y la explotación; aristócratas, en fin, fueron algunos de los calificativos que sancionaron su decisión y que lo enterraron políticamente.

A la par, las voces reclamando la duplicidad del Tercer Estado y el voto por cabeza se hicieron ensordecedoras. Por todas partes se exigían tales requisitos. Los escritos estaban repletos de justificaciones sobre su procedencia, pero por encima de las discusiones más o menos académicas, la única realidad que se imponía es que ésa era la voluntad popular.

Ésa era la voluntad popular que Necker no podía desoír. Necker, el favorito del pueblo, el ministro ensalzado, aquél en quien toda la nación había puesto sus esperanzas. Necker se veía en la necesidad de decidir. No quería enfrentarse a los aristócratas, no quería perder el favor de la opinión pública, y con la simpatía de los monarcas nunca había contado, de forma que se balanceaba en la cuerda floja sin

atreverse a saltar. Y entonces tomó una determinación incomprensible: decidió someter la cuestión a una nueva Asamblea de Notables. Una Asamblea de Notables compuesta, naturalmente, por una mayoría significativa de privilegiados y cuyas ideas no podían diferir mucho, como no habían diferido con anterioridad, de las del Parlamento de París. Y con ello alargar aún más el debate, exaltar aún más los ánimos y alentar una revolución que estaba ya en puertas.

A nivel personal, mi dimisión comportó cambios en mis relaciones sociales. Los círculos conservadores me cerraron las puertas, y los liberales me acogieron con el mismo entusiasmo que en su momento me habían manifestado los otros. Unas reuniones por otras, unos cafés por otros salones. Pero aquel partido era también demasiado heterogéneo para que su unidad se mantuviera durante mucho tiempo. Sin duda en el futuro se escindiría de nuevo, y luego otra vez, y así sucesivamente. Constaté una vez más que la política era el lazo más quebradizo y cambiante que podía unir a las personas, y unas arenas muy movedizas para poder construir en ellas cualquier tipo de amistad. E incluso de enemistad.

André Courtain

Lucile no tardó en quedar encinta. La noticia me produjo una alegría profunda. Sin embargo, pronto vino el sobresalto: sufrió pérdidas y una amenaza de aborto, de forma que tuvo que guardar reposo absoluto. Aunque ya había pasado el tiempo suficiente para que pudiera considerar seguro mi regreso a París tras el duelo, ella no estaba en modo alguno en condiciones de realizar un largo viaje y yo me sentía incapaz de dejarla sola en ese estado. Me entristecía la posibilidad de perder aquel embarazo pero, por encima de todo, estaba aterrorizado con la idea de que esa pérdida resultara fatal para la propia Lucile. Me arrepentía de habérselo pedido, y sabía que si algo malo le ocurría me culparía de ello toda mi vida.

Gracias a Dios mis preocupaciones fueron vacuas y mi hijo nació, felizmente, el 9 de diciembre de 1788. Los nueve meses de embarazo habían sido para mí angustiosos, y para ella largos y pesados, y quizá en compensación el parto fue relativamente rápido y sin complicaciones. El nacimiento tuvo lugar en la casa de los padres de Lucile, adonde nos habíamos trasladado en cuanto se quedó en estado. Aunque médico y suegra quisieron dejarme aislado al otro lado de la puerta del cuarto donde mi mujer y futuro hijo intentaban superar un trance arriesgado en el que otros habían perecido, no lo consiguieron. Cuando ya no pude aguantar más la ansiedad, entré con decisión en la habitación y me coloqué a la cabecera de la cama de Lucile, que sufría ya los dolores del parto y que me asió la mano con una sonrisa de bienvenida mientras se contraía y sudaba de dolor. Al fin, tras el consecuente suplicio, el doctor sacó de su interior una criatura rebozada en sangre y otros fluidos,

y manejándola con manos expertas, le dio pequeñas palmadas y el recién nacido rompió a llorar. Cuando oí por vez primera la voz de aquel ser diminuto que era mi hijo, la emoción y felicidad me anegaron, y cualquier angustia anterior quedó del todo borrada.

Era un varón, y decidimos llamarlo Gérard André.

Pocas semanas después, el duque nos invitó a pasar las Navidades en Nuartres. Regresaba de París, donde había sido llamado de nuevo para formar parte de la segunda Asamblea de Notables que se había iniciado el 6 de noviembre y se había disuelto el 12 de diciembre. Y volvía verdaderamente afectado e impresionado por los acontecimientos vividos. La presión de la calle intentando doblegarlos había sido indecente. ¿Habíamos leído los escritos del abad de Sieyès, ese seguidor de Satanás? ¿Cómo un ensayo tan poco fundamentado había tenido tanto éxito y soporte popular?

—«¿Qué significa el Tercer Estado?[13] —leyó—. Todo.» ¡Todo! —repitió indignado—, ¡todo! ¿Qué han hecho esas ratas de ciudad no preocupadas en otra cosa que en ganar cuatro miserables monedas?

¡Todo! —despreció—. «¿Qué ha representado hasta ahora en el orden político? Nada.» ¿Cómo que nada? El Tercer Estado ha tenido representatividad en los Estados Generales desde siempre. «¿Qué pretende? —siguió leyendo—. Convertirse en algo.» ¡Yo os diré lo que quieren! Quieren nuestros puestos en el Ejército y en la Administración, quieren nuestros bienes y propiedades. ¡Convertirse en algo! ¡Lo quieren todo, en nombre de la nación! La Asamblea de Notables se ha declarado favorable a la igualdad de las cargas fiscales. ¿No era eso lo que querían el Gobierno y la burguesía? Pero ahora ya no les basta. Se han vuelto avariciosos ¡y quieren más, y más! Decidme, ¿en qué más esperan que cedamos? ¿Dónde estará el límite de su ambición? La situación es preocupante, creedme. La ira que existía contra el Gobierno se ha volcado contra nosotros. Ahora al Gobierno tan sólo se lo desdeña, mientras que a nosotros nos odian.

No quise resaltar que había sido la imprudencia de la primera Asamblea de Notables y del Parlamento de París, que se habían negado a aprobar la igualdad fiscal que ahora se apresuraban a ofrecer, la que nos había llevado a todos a aquella inquietante situación. Soliviantar a la opinión pública para oponerse a la Corona en defensa exclusiva de sus derechos de clase había sido un craso error sólo a ellos atribuible que pagaríamos todos.

A los pocos días de aquella conversación, llegó a nuestro conocimiento la decisión de Necker al respecto. Había sido fruto del Consejo del Rey celebrado el 27 de diciembre, al que, según se decía, había acudido la propia María Antonieta para apoyar al ministro que tanto detestaba contra la oposición aristócrata de los demás. La resolución anunciaba la duplicación del Tercer Estado, pero seguía sin resolver la cuestión relativa al voto. La brecha seguía abierta y la cuestión principal sin resolver.

Tras el período navideño, volvimos al caserón de los padres de Lucile. Corría ya el mes de enero de 1789 y hacía un frío como nunca había vivido. El aire gélido cubría de nieve los campos y congelaba los ríos, filtrándose por las rendijas y hasta por el tiro de las chimeneas. Las gentes del lugar no habían conocido un invierno tan duro como aquél. Nuestro regreso a París fue otra vez pospuesto por dicha causa. Muchos de los caminos vecinales debían de estar impracticables por la nieve o el barro, y el frío era tan cortante y feroz que no podía someter a mi hijo recién nacido a esas condiciones climatológicas extremas. Por otra parte, las noticias que llegaban de la capital no invitaban a lo contrario. La ola polar la había invadido también, y decían que hasta el Sena se había helado.

Y quizá hubiésemos pasado allí todo el invierno, si una inesperada visita no me hubiese arrojado de nuevo al mundo y me hubiese recordado que nadie puede aislarse completamente de él y dar la espalda a las propias responsabilidades por mucho tiempo.

Edith Miraneau

Regresé a París después de la boda de Marionne sin esperar siquiera el final de los festejos, y eso a pesar de que mi estancia allí había sido mucho menos árida de lo que esperaba. Al principio había estado aislada de todo y de todos, pensando sólo en el vizconde, pero al poco trabé conocimiento con un joven que, sin llegar a aliviar mi pena, consiguió al menos endulzarme un poco la vida.

Lo conocí una tarde, al regreso de un corto paseo en solitario. De camino hacia mi dormitorio del castillo de Coboure, pasé por la galería y me detuvo la visión de la espectacular puesta de sol. Quedé hipnotizada con la vista fija en el horizonte, dándome cuenta de la versatilidad y fugacidad del espectáculo que se me ofrecía, cambiante a cada instante, del que surgían rosados fluorescentes, violáceos soberbios en el contorno del escenario, con un astro refulgente ocultándose segundo a segundo tras los prados. El sol se había puesto del todo, aunque su luz aún no se había apagado, cuando volví accidentalmente el rostro y lo descubrí mirándome. No me había percatado de su presencia hasta ese mismo instante, pero supe que me había estado observando desde que me detuviera allí. Extrañada, le pregunté a bocajarro:

—¿Me estaba usted mirando?

—Sí, lo confieso —respondió levantándose, pues había estado sentado en un banco—. Espero no haberla molestado.

—No, si tiene la amabilidad de explicarme el motivo —protesté—. ¿Hay algo inconveniente en mí? ¿Alguna mancha en mi vestido, algún insecto adherido, algo ingrato en mi aspecto?

—No —dijo aproximándose—. Todo lo contrario. La observaba por el mismo

motivo por el que usted contemplaba la puesta de sol.

Para un corazón castigado como el mío, aquella simple frase, pronunciada con cristalina sinceridad, sonó a música celestial. Ahí se inició nuestra amistad, que se prolongó durante toda mi estancia en Coboure. Nunca había tenido un admirador más incondicional ni volcado que aquél, y aunque a mí no me inspiraba la atracción que él deseaba, reconozco que me resultó agradable dejarme acunar por su ternura y su romanticismo adolescente. Me miraba con embeleso, me cubría de atenciones, me halagaba constantemente, y, en definitiva, me elevó la moral y el espíritu. Era pariente del conde de Coboure, por eso estaba también allí con motivo de la boda. Su nombre era Didier Durnais.

—La he visto escribir —me susurró una noche en un rincón del salón, al que me había conducido para aislarme del resto de los presentes—. Mi habitación está en el piso superior, perpendicular a la de usted.

—¿Que me ha visto en mi propio dormitorio?

—Sí —admitió—. Se sienta usted frente a la mesa, con un candelabro de tres velas sobre ella, y escribe cartillas y cartillas. Yo me coloco junto a mi ventana y la observo en la oscuridad, y a veces fantaseo imaginando qué y a quién escribe.

—Me deja usted de piedra —lo amonesté, en el fondo divertida—. ¿Y sólo me ve escribir? —pregunté con picardía.

—Sí. —Se sonrojó al captar mi insinuación—. La doncella de usted siempre corre las cortinas cuando se retira a dormir —añadió con ingenuidad.

—¡Ah! Veo que no es una medida inútil… —Durnais se encendió al punto de que hubiésemos podido prescindir de la chimenea—. Y dígame —desvié risueña—, ¿qué imagina que escribo?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá un diario. Quizá cartas de amor… —sondeó.

—Nada de eso. Escribo artículos para un periódico. Unos amigos míos tienen uno y colaboro con ellos. El *Despertar*. ¿Lo conoce?

—¡Sí! —exclamó con entusiasmo—. ¡Lo conozco! Lo distribuyen por el Palais Royal.

—¿Va a menudo por el Palais Royal?

—Por supuesto. Formo parte del círculo próximo al duque de Orleans —presumió.

—¡Ah, sí? —me asombré—. Entonces… —Dudé unos instantes pero al final aventuré—: Yo conozco a uno de sus miembros; el vizconde de Saltrais. ¿Lo conoce?

—El vizconde… —asintió con una sonrisa de desencanto.

—Un día presencié una de sus intervenciones en el Café de Foy que me pareció extraordinaria.

Didier desvió la mirada.

—El vizconde tiene la facultad de despertar admiración —dijo—. Yo reconozco haber sido víctima de ella. Pero me utilizó. Las personas no le interesan sino como medio de alcanzar sus fines. Me he sentido engañado, y debo aconsejarle que no confíe en él, menos siendo mujer.

Lo miré con cierta desazón. La confesión de su admiración parecía poner en evidencia la mía propia. ¿Tan común era? ¿Tan inevitable? ¿Tan general?

—¿Menos siendo mujer? —remarqué la matización—. ¿Y por qué?

—Es muy conocida la fama de mujeriego de Saltrais —explicó—. La evidencia muestra que es un peligroso seductor. Ninguna joven está segura a su lado, por decente que sea.

—A lo mejor es él quien no está a salvo cerca de las mujeres. —Sonreí, cuestionando el papel de víctimas que el bueno de Durnais les atribuía—. ¿Y por qué se sintió usted engañado?

—Bueno… —murmuró bajando la voz—, por el asunto de La Motte…, ya sabe…

—Ya sé ¿el qué?

Se extrañó al ver mi expresión.

—Su hermana, ¿no le ha explicado nada?

—¿Explicarme el qué?

—Pues… —quedó suspenso— ¡el encuentro que tuve con ella en el bar Marie! —exclamó al fin—. Ya sabe… ¿o no?

Lo miré atónita. ¿Qué? Así que el misterioso individuo del Marie, que yo había convertido en mi imaginación en un ser misterioso y enigmático, ¿era el inofensivo de Didier Durnais? Ni que decir tiene que en cuanto superé mi inicial sorpresa lo cosí a preguntas hasta conseguir desmenuzar el gran secreto de mi hermana: ¡¡¡Marionne involucrada en el asunto de la fuga de La Motte…!!! Increíble. No obstante, dejé pronto de pensar en ello, porque Durnais captó toda mi atención al desahogarse con amargura por el desprecio e indiferencia con los que el vizconde había pagado su lealtad y su desinteresada entrega. Ni siquiera le había escrito cuando estaba exiliado en Londres, ni había contado con él para nada en las ocasiones en que había vuelto furtivamente a París. Se había desentendido de él en cuanto no lo había necesitado.

Lo lamenté por mi joven amigo, pero yo no me sentí concernida. Mi interés por el vizconde era ligeramente distinto del suyo, y, a ese respecto, sus palabras más bien tuvieron el efecto de alentarme. Si las mujeres eran la tentación de Saltrais, yo estaba de suerte, pues era mujer, y si tan mujeriego era, no debía de ser muy exigente.

Así que en cuanto volví a París, me centré en el objetivo de volver a verlo y conseguir despertar su deseo por mí. Pero ¿cómo? La única excusa que tenía para aproximarme a él eran los artículos, por lo que decidí enviarle uno por correo con el pretexto de recabar su opinión, petición a la que añadía otra de índole mucho más

personal: «Con el artículo adjunto un retrato de mí misma que mis colegas me han pedido permiso para publicar. Yo me resisto por una cuestión de pudor. Pero ¿tengo derecho a ello? ¿No debo desear ante todo la máxima difusión de nuestro periódico y de nuestras ideas?. El retrato era el cebo. Nadie lo había visto. Nadie me había pedido publicarlo. Había sido encargado exclusivamente para los ojos del vizconde y sólo a él exhibido. Había acudido en secreto al estudio de un pintor y encargado uno al carbón representando una escena algo peculiar: me estaba desnudando frente a un espejo; me había liberado ya del corsé, caído en el suelo como pieza inservible, y desabrochado la parte superior de la camisola, cuya apertura permitía la visión parcial del pecho izquierdo y total del derecho. La imagen estaba congelada en el momento en que deslizaba esa última prenda por los hombros.

Se lo envié acompañando a la carta, y esperé. Ningún hombre inteligente creería que el verdadero motivo era el consejo pedido. No podía ofrecerme con más claridad. Era tan inequívoco el mensaje, que ahora no podía ir a su encuentro sin perder mi dignidad. Él podía localizarme si lo deseaba. ¿Lo desearía lo suficiente para molestarse en buscarme?

No. Esperé un día, y otro, y otro más, y nada pasó. La vergüenza me impedía incluso asistir al Café de Foy por miedo a encontrármelo. Pero, tras dos semanas de no tener respuesta suya, opté por hacerme la desentendida y le escribí una nueva carta en la que, quejándome de su descortesía por no haberme contestado, le adjuntaba el último ejemplar de *El Desperta*. y el nuevo artículo que íbamos a publicar en el siguiente número. Tampoco obtuve respuesta, pero seguí manteniendo mi unilateral envío con frecuencia semanal. Y lo que ya nunca más hice fue acompañarle ningún retrato ni ninguna insinuación que pudiera avergonzarme si casualmente me lo encontraba. Aunque esto último tampoco ocurrió, y no puedo decir que no lo lamentara.

Una tarde regresaba a mi domicilio para comer. Volvía del taller, donde las ventas disfrutaban de un repunte tras la campaña de suministro a casas ricas particulares. En ello estaba mi mente concentrada cuando mi corazón dio tal salto que tuve que interrumpir la marcha. Delante de la portería de mi casa estaba detenido el carruaje del vizconde.

Me acerqué a él titubeante, y lo vi en su interior a través de la ventanilla. Él no me divisó a mí en un primer instante, ocupado en la lectura de algo que tenía entre manos, hasta que golpeé con los nudillos el cristal cerrado. Entonces elevó la vista, esbozó un gesto de saludo al reconocerme y abrió la portezuela.

—Entre un momento —me invitó—. Hace mucho frío para conversar en la calle.

Así lo hice, ocupando el sitio que él dejara libre al trasladarse hacia el otro extremo del asiento.

—Hola —pronuncié, aturdida—. ¿Qué… qué hace aquí?

—He venido a darle los consejos que me pidió, algo tardíos quizá, y a agradecerle su tesón enviándome ejemplares de su periódico. También a despejar una incógnita; reconozco que aún no estoy muy seguro de lo que quiere usted de mí. Pero he perdido tanto tiempo esperándola, que ya no me puedo entretener más. Parto ahora mismo de viaje y tengo prisa. Lo máximo que le puedo ofrecer es invitarla a acompañarme un trecho. Hasta la primera posada.

Allí podré alquilarle un coche o dejarle el mío para que pueda regresar.

Estaba tan sorprendida que no supe qué decir.

—Tengo los minutos contados —me apremió—. Decídase.

—De acuerdo —acepté—. ¿Partimos ahora mismo?

—Sí. Pero supongo que tendrá a alguien de su familia a quien advertir de su marcha. Si me acompaña estará ausente algunas horas, puede que no regrese hasta mañana. No quiero que me acusen de rapto.

—Ahora vuelvo —prometí.

Subí a casa, que por suerte estaba vacía, me proveí de dinero, preparé una bolsa de aseo en previsión de la insinuación, que no me había pasado desapercibida, de que no volviera hasta el día siguiente, y dejé una escueta nota a mi madre que garabateé a toda prisa. Después me lancé por las escaleras. En la calle el vizconde seguía esperándome.

Subí y el vehículo se puso en marcha. Él había reiniciado la lectura interrumpida, y apenas intercambió conmigo un par de frases fugaces mientras salíamos de la ciudad. Yo opté por cederle toda la iniciativa hasta en lo que concernía al momento y objeto de cualquier posible conversación. Así estuvimos, él centrado en su trabajo y yo en mis pensamientos, por lo menos una hora entera de reloj.

—No es usted muy habladora —comentó de pronto, doblegando los papeles y guardándolos de nuevo.

—Tampoco usted.

—Aunque no le he dicho nada, he estado leyendo sus artículos.

—Hubiese agradecido su opinión.

—Era innecesaria. Se defienden muy bien.

—Gracias —respondí sin ninguna satisfacción—. Me extraña que después de tanto tiempo haya venido a buscarme. Ya no lo esperaba.

—Hasta ahora no me había ido bien dedicarle a usted mi atención. —Me miró zumbón—. ¿Es demasiado tarde?

—¿Demasiado tarde para qué?

—Eso quisiera saber yo. —Sonrió—. Ya le he dicho que no tengo todavía muy claro lo que quiere usted de mí.

Desvié la mirada por la ventanilla.

—¿Puedo preguntarle adonde se dirige? —tercié.

—A mi ciudad. Ahora que han publicado el Reglamento Electoral debo estar allí. Quiero presentarme como diputado para los Estados Generales.

Enmudecí de admiración. ¡Diputado de los Estados Generales!

—¿Por la nobleza? —especifiqué, aunque era obvio.

—Sí, claro. Tengo esperanzas. Fui expulsado de la Corte hace años, lo que me granjea simpatías entre los nobles, y aunque soy afín al duque de Orleans nunca he alardeado de ello, así que confío en no ahuyentar el voto conservador.

—Estos días he conocido a un amigo suyo: Didier Durnais —solté sin pensar. La mención del duque de Orleans me lo había recordado.

—Enhorabuena —respondió con indiferencia.

—Nos conocimos en la boda de mi hermana con el conde de Coboure —quise decirle, para ganar algo de relevancia a sus ojos.

Y algún efecto tuvo, porque clavó la mirada en mí con reconocible sorpresa.

—¿Es usted hermana de…? Sí, claro, me dijo que se llamaba Miraneau. ¡Vaya! ¡Qué casualidad! Porque…, es casualidad, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—¿También usted participa en los negocios de su hermana? —inquirió, con todo el doble sentido posible.

—Estoy al corriente de todos ellos, sí —aclaré con intención, sin detallar que hacía de ello apenas unos días y gracias precisamente a Didier—. Creo que tiene alguno en común con usted.

—¿Es por eso que se acercó usted a mí? —sospechó.

—Es usted quien se acercó a mí —rebatí.

Reflexionó unos momentos, supongo que sopesando si mi condición de cuñada de Bramont debía de ponerlo en alerta sobre mis intenciones respecto de él, pero debió de descartarlo, porque no hizo comentario alguno.

Cuando llegamos al desvío de la posada, había caído la tarde. El carruaje abandonó la carretera principal y siguió un sendero estrecho y en penoso estado aprisionado por la vegetación, que a duras penas podía transitarse. Tras unos eternos minutos de sacudidas, llegamos por fin a la puerta del edificio.

—Buenas noches —nos recibió el posadero desde detrás de su mostrador—. ¿Desean alojamiento?

—Sí —contestó él—. La habitación número ocho. ¿Está libre?

—Ah —se congració el hombre—, es usted un cliente asiduo…, sí, creo reconocer su rostro, caballero. Pues… —dudó—, veamos. He de consultar el libro. A ver…, pues no, no. —Elevó la vista hacia el vizconde y repitió—. Lo siento. Está ocupada. Si hubiese reservado…; admitimos reservas solicitadas por correo. Hasta las seis de la tarde. Más tarde ya no porque más de una vez nos…

—Hable con quien la ocupa —ordenó con suavidad—. Trasládelo de habitación. Dígale que ha habido un error, que la tenía reservada. Yo le pagaré el doble de su precio, por adelantado. ¿Es buen negociante, posadero? —lo retó.

—Lo intento.

—Lo veremos. Vaya. Lo espero.

Así lo hizo, titubeante al principio, pero enderezando los hombros a medida que avanzaba por el pasillo hasta el comedor, donde a aquella hora se estaba sirviendo la cena.

—¿Por qué ese interés? —me atreví a preguntarle.

—Es la mejor alcoba.

—¿Siempre es usted tan caprichoso?

—Hay quienes me califican de sibarita —aceptó, y en ese momento me dirigió una rápida mirada lasciva que me repasó el cuerpo entero. Noté una corriente de agitación que debió de reflejarse en mi rostro, porque sonrió con socarronería.

El posadero regresó.

—Todo arreglado. Lo he invitado a vino. Tenemos un buen vino aquí. Tiene que probarlo. No tendrá que pagar de más. Nos gusta contentar a nuestros clientes habituales, especialmente a los caballeros como usted. Ahora mismo me ocuparé de trasladar el equipaje de habitación. Pueden ustedes cenar mientras tanto, si lo desean.

El vizconde me hizo una señal para que avanzara hacia el comedor y así lo hice. El salón era pequeño y habíamos llegado a la hora punta, de forma que las mejores mesas, las cercanas a la chimenea, estaban ocupadas y tuvimos que contentarnos con una próxima a la cocina. El ruido de las conversaciones era elevado, especialmente a causa de dos familias numerosas y de un grupo de cazadores alborotadores. De la cocina nos llegaba también el estruendo de las ollas, cazuelas y voces.

—Apacible lugar —se quejó distraído el vizconde mientras fijaba la vista en la camarera, una muchacha joven que nos traía dos platos humeantes de sopa—. Lo mejor es que comamos rápido y acabemos con este suplicio lo antes posible. Pero le recomiendo que saboree la comida. La cocina es remarcable.

Hice como me indicaba y comí en silencio. Me sentía algo humillada y confundida. Había subido al carruaje sin saber muy bien lo que me esperaba y, en realidad, dispuesta a todo, y era cierto también que yo me había insinuado enviándole aquel retrato, y persiguiéndolo con mis misivas no correspondidas durante todas aquellas semanas, y acompañándolo a una posada a pesar de que él ya había insinuado que no volvería hasta el día siguiente. Pero había esperado de su caballerosidad cierta cortesía, cierto disimulo, aunque sólo fuera por delicadeza. Mas había solicitado un solo dormitorio para ambos sin ni siquiera consultarme, y me había mirado con la seguridad de quien sabe que va a disfrutarme, como si yo fuera algo así como una profesional que ya tuviera contratada.

Trajeron el segundo plato, la carne estofada que había dado gusto a la sopa anteriormente servida. Dimos cuenta de ella en el mismo silencio, yo empecinada en ni siquiera levantar la vista de mi plato.

—Percibo en usted cierto cambio de humor —dijo, en un tono meloso que me sonaba a mofa—. ¿Puedo saber el motivo?

—Estoy bien, gracias —murmuré, alicaída.

—¿He de creerlo?

—No ha pedido una habitación para mí.

—No, naturalmente —fingió desconcierto—. No sabía que quisiera pasar la noche aquí. Mi idea era cederle mi coche para que volviera a París después de cenar. Puede llegar a su casa a las doce de la noche lo más tardar. El carruaje volverá a buscarme a mí durante la madrugada. Pero… si quiere quedarse… Sin duda tienen más habitaciones. ¿Por qué no lo dijo cuando estábamos en el mostrador? Oyó que sólo pedía una. ¿Cómo es que no dijo nada entonces?

No podía con él. Era listo como un zorro. Se burlaba de mí, por supuesto. Ridiculizaba mi enojo, ponía en evidencia lo pretencioso de mi sospecha, me acusaba de connivencia por haber callado en el momento oportuno. Y todo ello sin réplica posible.

—Bien, ¿quiere que pidamos ahora una habitación para usted?

—Lo pensaré.

—Como quiera —sonrió, con una sorna desesperante—. De amigo a amiga voy a contarle una confidencia —añadió inclinándose hacia delante, en la mesa, de la que ya habían retirado los platos—. Sólo una vez en mi vida he estado enamorado. ¿Y sabe de quién?

—¿De su esposa?

—No. De la reina, de María Antonieta.

—¿De verdad? —me fasciné.

—Palabra de honor. Yo era muy joven. Y ella también. Yo por entonces estaba en la corte y estaba loco por ella. Y María Antonieta era coqueta y nos incitaba a todos. Su esposo, el rey, no podía satisfacerla en la cama. Dicen que padecía fimosis. ¿Sabe lo que es?

—Sí.

—Otros hacían también lo que podían, pero ninguno de ellos la tuvo. Al menos, que yo supiera. Yo tampoco. Un día, jugando en los jardines, hice trampa y oteando a través de la venda que me cubría los ojos observé hacia dónde se dirigía. Equivoqué la trayectoria intencionadamente al principio, hasta que todos se hubieron dispersado algo, y entonces fui a por ella. Fue fácil cogerla porque se dejó pillar. «Os tengo», le dije, fingiendo que, ciego, no sabía de quién se trataba, pero la abracé y la besé. Luego me hizo jurar que no levantaría la venda hasta contar hasta diez, se escabulló

de entre mis brazos y corrió hacia los demás. Aquel beso me prometía muchas delicias pero, por el contrario, pagué un alto precio por él. Fui un incauto. Alguien debió de vernos y al día siguiente fui expulsado de la corte. Demasiado peligroso cortejar a una reina virgen. —Se retiró hacia atrás—. Y ésa es toda la historia. Hay quien dice que si ataco ahora a la reina es por rencor. Pero no es cierto. Estoy seguro de que ella no fue la artífice de mi expulsión. Supongo que tampoco debió de defenderme en exceso, pero hay que tener en cuenta que su situación era comprometida. Las Memorias de La Motte son falsas. Falsas, injuriosas, deleznables. Pero ni sus sentimientos personales, ni siquiera su dignidad, están por encima del bien de toda una nación formada por millones de almas que también tienen derecho a buscar y encontrar la felicidad.

—Y después, ¿no se ha vuelto a enamorar nunca?

—No. Pero no como secuela de esa experiencia, sino simplemente porque me hice adulto, me hice hombre. Aquello fue una locura de juventud. El amor es para los adolescentes y las mujeres.

—No es cierto —quise creer.

—Puede ser. —Sonrió para no discutir—. Posiblemente no sé un comino de ello. Bien, ¿ha terminado su cena? Entonces, si hace el favor, acompáñeme arriba. Deseo enseñarle algo. Así no se le hará demasiado tarde para regresar a París.

Regresar a París. ¿Quién quería regresar a París?

Me cedió el paso en las escaleras de madera crujiente, desgastadas en su centro, que conducían hasta el piso superior. La puerta número ocho estaba al final del pasillo. El vizconde la abrió y entró. Sobre la cama, que era de matrimonio, estaban su maletín de viaje y mi bolsa de aseo. También la chimenea estaba ya encendida. El posadero debía de haberse quedado muy impresionado por su exigente cliente.

—Pase —me invitó, pues yo permanecía prudentemente en el quicio de la puerta.

Así lo hice, cerrando por instinto ésta a mis espaldas.

—Siéntese —me indujo de nuevo, señalando uno de los dos sillones que había frente al hogar.

Él, por su parte, abrió su maletín y extrajo un rollo de papel. Se acercó a mí, por el respaldo del sillón en el que ya me había sentado, y lo desenrolló ante mis ojos manteniéndolo extendido con las dos manos, en medio de las que estaba mi cabeza. Los cerré deseando que me tragara la tierra. Era el retrato de mi desnudo.

—¿Lo publicaron? —me preguntó.

—No —repliqué seca.

—¿Por qué me lo envió?

—Ya se lo dije en la carta.

—Sí, pero no dijo la verdad —sentenció.

Soltó el papel por uno de sus extremos y éste recuperó su posición inicial. Con él

todavía en la mano se dirigió hacia la mesa escritorio que había junto a la ventana y apagó con los dedos, una a una, las cinco velas de su candelabro. Después hizo otro tanto con las del aplique de tres brazos que había junto a la chimenea. Tras ello sólo nos iluminaba el resplandor de ésta. Se sentó entonces en el otro sillón y volvió a desplegar el dibujo, pero esta vez sólo ante él.

—¿Es usted? —preguntó, observando el retrato.

—Sí —admití—. Es bastante reconocible.

—El rostro sí, desde luego. Me refiero al cuerpo. ¿Es el suyo?

—Por supuesto.

Me miró tibiamente.

—Pudiera ser que no —cuestionó—. Pudieran haberse añadido sus facciones a un cuerpo ajeno predibujado. Igual hay decenas de mujeres exhibiendo su rostro en el mismo cuerpo.

—Pudiera ser, pero no es. Soy yo, de arriba abajo.

—Ah. ¿Quiere decir —inquirió— que se desnudó ante el pintor?

—¿De qué otra forma me hubiese podido retratar?

—¿Y por qué se lo hizo? —me apretó aún más—. ¿Por qué sintió la necesidad de hacerse retratar desnuda?

—No estoy desnuda —fue todo lo que se me ocurrió decir.

—Casi.

—¿Y usted por qué me hace todas esas preguntas? ¿Qué le importa, en realidad?

Guardó silencio, cobijado en las sombras vacilantes.

—No creo que sea usted —repuso al final—. No creo que una muchacha recatada se desnude delante de un pintor para hacerse este tipo de retrato. Creo que ha pretendido ofrecerme la imagen de mujer liberal, pero que es una falsa imagen. Usted en realidad está encorsetada con los mismos prejuicios y estrechez de miras que todas las jóvenes de su condición que han recibido una estricta educación religiosa.

—Se equivoca —contradije—. Yo no pretendo aparentar lo que no soy. Incluso aunque no guste cómo soy.

—Pues entonces demuéstremelo —pronunció a reglón seguido.

—¿Que le demuestre el qué?

—Que es usted. Si se desnudó ante el pintor, puede hacerlo también ante mí, ¿no?

Ahora fui yo la que guardó silencio unos instantes. Lo hice para ocultar mi sensación de triunfo. Hasta ese instante había considerado la posibilidad de que estuviera dudando de mi autenticidad. Pero no. Ni me juzgaba ni me cuestionaba. Él buscaba lo que yo había provocado enviándole aquella imagen.

—Usted no es pintor —jugué a resistirme.

—Si ése es el requisito, puedo hacerle un retrato.

—¿Sabe dibujar? —me sorprendí.

—En absoluto.

Posé mis ojos en él. Respiré hondo en silencio un par de veces, para serenarme. Hasta ese momento había estado nerviosa y crispada. Quería ser sensual ante él, quería obtener de sus bajas pasiones lo que no podía conseguir despertando sus elevados sentimientos. Me daba igual el motivo por el que me tomara; quería ser suya.

Me levanté lentamente y me detuve delante de él, a pocos pasos de su persona. Me di la vuelta y coloqué los brazos en jarras.

—Tendrá que desatarme el corpiño.

Oí el susurro de su movimiento de aproximación, que hizo inclinando el cuerpo hacia adelante sin levantarse, y noté sus movimientos en mi espalda al tiempo que percibía aflojarse la prenda. Me despojé del corpiño y me volví de cara a él, que había recuperado su relajada pose de observador. Me desabroché la falda, que con un leve empujón y movimiento de caderas dejé caer en torno a mis pies. Aún me cubrían la blusa y mi camisola de hilo blanco, de tirantes, larga hasta los tobillos. Tomé los extremos de la primera y la levanté pasándola por la cabeza y brazos, para arrojarla luego sobre el sillón que había ocupado. Empecé entonces a desabrocharme la camisola en su larga sucesión de botones, descubriendo en el lento avance la parte central de mi cuerpo, hasta que el corte de la prenda quedó del todo abierta. Después deslicé el tirante derecho por mi hombro, de forma que quedó el pecho de ese lado al descubierto, y me detuve en la pose que representaba el retrato.

—Bájese el otro tirante también —lo oí musitar.

Lo hice. La prenda resbaló por mis brazos y mis caderas, arremolinándose asimismo a mis pies. Quedé del todo desnuda, excepto por las medias blancas que sujetaba con ligas por encima de las rodillas.

Él me contempló largamente, sin moverse.

—¿Qué edad tiene? —espetó de pronto.

—Diecinueve.

—Yo, más de cuarenta —comparó.

—No me importa —obvié.

—No le importa porque tiene diecinueve. Cuando traspase los cuarenta, empezará a importarle.

—Es usted joven aún.

—*Aún*. —Sonrió lánguido—. A los veinte años no me hubiese entretenido a conversar con una mujer bonita que se acabara de desnudar para mí.

Se levantó. Posó sus manos calientes y acariciadoras sobre mis hombros desnudos, deslizando su vista desde mis ojos hasta mis pechos para volver de nuevo a aquéllos.

—Dígame, ¿qué busca una joven en un hombre que le duplica sobradamente la

edad?

Tuve la certeza de que sería incapaz de comprenderlo.

—Usted ocúpese de lo que usted busca, y yo me ocuparé de lo que busco yo —fue mi respuesta.

Pareció complacerle, porque esbozó una sonrisa.

—¿Quiere decir que se hace única responsable de sus propios actos?

—Así es —ratifiqué—. Seré joven, pero no soy una niña. Sé lo que me hago y lo que quiero. Y esta noche lo quiero a usted.

—Bien —celebró sedoso—. En ese caso, me lavo las manos.

Se inclinó sobre mi y me besó, al tiempo que oprimía mis senos.

Dos años de relación con Daniel me habían otorgado suficiente experiencia como para saber proporcionar placer a un hombre y saber disfrutar en sus brazos. Pero con el vizconde me entregué como nunca había hecho antes, pues mi deseo y pasión eran tan encendidas que, a pesar de que no suelo creer demasiado en mí misma, estoy convencida de que nunca tuvo en su cama amante mejor, pues probablemente nunca nadie le había hecho sentirse tan deseado; tanto que no dudo de que por esa noche se reencontró con sus perdidos veinte años.

André Courtain

Hacía poco que habíamos regresado a la casa. Volvíamos del pueblo, si es que se podía llamar así a la diminuta aldea de cuatro casas y una ermita que había a unas dos millas de distancia. Nada más entrar nos refugiamos en la cocina, la pieza más cálida, donde Lucile dio su toma de leche al niño. Cuando terminó, colocó al bebé saciado en mis brazos y lo mantuve derecho sobre mi hombro para ayudarlo a expulsar el aire. Con él a cuestas atravesé el vestíbulo de entrada y me dirigí hacia el salón de la planta baja para comprobar si el fuego del hogar que habíamos encendido antes de salir requería ser avivado. Pero, nada más abrir la puerta, me quedé inmóvil en su umbral, paralizado por el susto.

Dos hombres armados, desconocidos, aguardaban silenciosos en su interior, y se pusieron en pie al entrar yo. No exhalaron ni un solo sonido, pero mostraron de inmediato sus armas de fuego, para hacerme comprender mi situación. Supuse que eran bandoleros, que por desgracia abundaban en aquellos tiempos de agitación y necesidad, y me culpé por no haber tenido nunca la precaución de cerrar la casa con llave, acostumbrados como estábamos a que nadie pasase por aquel apartado paraje en medio del campo. Pero entonces divisé una figura sentada en un rincón, que al contrario que los demás, no se había levantado ni mostraba actitud alguna amenazante. Era Saltrais.

Verlo me alivió en parte, en lo que a las mujeres se refería. Saltrais no cometería

ni permitiría cometer ningún abuso contra ellas. A mi hijo, por cuya vida había temido hacía unos instantes, también podía considerarlo a salvo. Pero yo me di por muerto. Había venido a matarme y me había cogido completamente desprevenido. Con mi bebé en brazos y dos hombres armados atentos al menor de mis movimientos, no tenía opción alguna de reacción. Me haría subir a un carruaje y a mitad de camino me mataría dejándome tirado en algún bosque, aparentando haber sido víctima de asaltantes. Era la mejor solución para él, sin duda, después del fracaso de Fillard, y yo debí haberlo previsto.

—¿Qué ocurre, marqués? —pronunció Saltrais cuidándose de no elevar la voz—. ¿Ha enmudecido? Ya veo, está sorprendido —añadió al tiempo que se levantaba—. Pero eso no le excusa de presentarme a mi sobrino. He venido de muy lejos para conocerlo.

—¿Su sobrino?

—Mi sobrino, sí. —Sonrió mientras se aproximaba—. El hijo de la hermana de mi esposa. Soy el tío de su hijo. ¿No había caído en la cuenta? Ahora somos parientes, Courtain. Qué vueltas da la vida, ¿verdad?

—No se acerque —dije, mientras instintivamente apartaba al niño.

—Pero ¿qué le ocurre? —se burló—. ¿A qué viene ese nerviosismo? ¿Me cree capaz de hacer daño a mi tierno sobrino? ¿O a usted, estando presentes en la casa mi querida suegra y mi cuñada? ¡Por favor…! Es una visita cordial. Tranquilícese.

—Sus acompañantes no tienen un aspecto muy cordial —objeté.

—¿Y qué otro remedio me queda que protegerme? Me han dicho que quiere detenerme. Comprenderá que ante esas habladurías haya tomado mis precauciones. Aunque si me asegura que no son ciertas…

—¿Qué quiere? —espeté secamente, empezando a creer que no tenía, en verdad, intención de atentar contra mí, al menos en aquella ocasión.

Me miró con fijeza, borrando la sonrisa falsa que había esbozado hasta entonces.

—Pactar mi libertad. Es una oportunidad que le doy. Ya ve que no me es difícil llegar hasta usted. Hoy la visita es cordial, pero otro día puede no serlo. Me he cansado de desempeñar el papel de ratón en este juego de persecución eterno. Tengo mis planes y usted me estorba. O llegamos hoy a un acuerdo, o acabaré con usted de la forma que sea.

—Supongo que eso es una amenaza.

—He de poner fin a esto, marqués. Quisiera hacerlo de la mejor de las maneras, por eso estoy aquí, pero si no es posible, lo será de cualquier otra. Si eso es una amenaza para usted, nada tengo que contradecir.

Era obvio que tendría que escucharlo, me gustara o no.

—Bien —empecé—, acabemos cuanto antes. ¿Qué quiere proponerme?

—Siéntese, haga el favor —me invitó, como si fuera él el anfitrión, señalando una

silla junto a la cabecera de la gran mesa de centro.

Ambos nos sentamos, algo apartados de los dos hombres que permanecían de pie en el fondo de la estancia como soldados haciendo guardia. La criatura se había adormecido tumbada en mi brazo derecho.

—¿Qué quiere a cambio de olvidarme? —preguntó Saltrais—. ¿Puedo comprarlo con dinero? Me han dicho que Versalles le ha retirado su pensión. Ahora que tiene una familia a su cargo y que las cosas en la campiña no van demasiado bien, quizá le ayudarían unas cuantas decenas de miles de libras.

—¿Decenas de miles de libras? —Sonreí escéptico, casi divertido por el intento de soborno—. No sabía que fuera tan pudiente.

—Yo no. Pero mis amigos sí. Y se preocupan por mí.

—Es usted afortunado.

—¿Sesenta mil libras, por ejemplo?

—No está mal —me resentí, porque la tentación, en verdad, mordía. Sesenta mil libras bien dosificadas podían durar unos pocos años, los suficientes para superar la crisis—. Aceptaría encantado —respondí para disuadirlo de seguir insistiendo— pero he de advertirle que no soy de fiar. Me lo gastaría y luego volvería a chantajearlo.

—No lo haría si me diera su palabra —dudó.

—Quien acepta un soborno —apuntillé— pierde su honor y su palabra.

Saltrais calló. Posiblemente nunca había confiado en el éxito de tal intento, así que suspiró hondo y abordó su segunda opción:

—Yo no fui el único que intervino en la fuga de La Motte. Supongo que lo sabe.

—Lo sé, sí.

—No lo sabe todo. Unos cuantos intervinimos activamente, pero otros nos respaldaron y nos ayudaron a su consecución. A cambio de mi persona, puedo entregarle a todos los que participaron activamente y a algunos de los que lo hicieron intelectualmente.

—Ahora sí que lo escucho.

—Activamente intervinimos Mounard, Didier Durnais, vuestro amigo Fillard y yo. Se los puedo entregar a todos.

—¿Didier Durnais? —remarqué, pues no estaba en mi lista.

—Así es. Fue él quien aportó el local de Bramont.

—Entiendo —musité—. Luego Bramont no tuvo nada que ver…

—No. ¿Qué tal sienta equivocarse, marqués?

—Dígamelo usted; sin duda sabe mucho más que yo al respecto. ¿Y qué piensa hacer para entregármelos?

—Le firmaré una declaración, si quiere. Testificaría contra ellos en el juicio.

—Veamos: a cambio de usted, me ofrece a Durnais, un joven manipulable que debió de limitarse a seguir instrucciones, al anciano de Mounard que a nadie interesa,

y a un fallecido. No sé si se da cuenta, pero la balanza no queda equilibrada. Tendrá que ofrecerme a alguien más. Alguien realmente de peso. Alguien a cuyo lado sea usted el insignificante. ¿Comprende?

—Eso será fácil. —Sonrió, en un alarde de falsa modestia—. Puedo hacerlo. Hay un par de individuos de relevancia, declarados enemigos de la Corona, que contribuyeron y apoyaron la idea.

—¿Quiénes?

—No puedo decírselo antes de cerrar el acuerdo. Después le facilitaré los nombres. Sólo con una condición: en este caso mi participación debe quedar totalmente oculta. No firmaré declaraciones, ni testificaré. Si se supiera que los he delatado, perdería todos mis apoyos y arruinaría mi carrera política, que es lo que me interesa en estos momentos.

—Si no va a testificar, ¿de qué me servirá tener los nombres? ¿Qué pruebas tendré?

—Búsquelas usted mismo. Yo lo pondré sobre la pista, que ya es bastante.

—No suficiente. Acláreme al menos algo, para que comprenda la importancia de lo que estamos hablando: ¿uno de ellos es el duque de Orleans?

Saltrais sonrió enigmáticamente, pero no contestó. Nos miramos unos instantes, y al cabo me tendió la mano, invitándome a que se la estrechara.

—Espere —interrumpí cauto—. Los nombres sin las pruebas no me sirven de nada. Hagamos una cosa, vizconde: encuéntrelas usted. Deme nombres y pruebas, y le doy palabra de que ocultaré su participación y de que borraré su nombre de cualquier sospecha relativa a este asunto. Quedará del todo libre. Ése es el único pacto al que puedo llegar con usted en este momento.

El rostro de Saltrais se cerró. Me mantuvo una mirada opaca unos instantes y luego se levantó cansinamente. Hizo un gesto a sus acompañantes para que abandonaran la estancia y recuperó la capa y los guantes que había dejado en una silla.

—Recuerde que lo intenté —me dijo, ya a punto de salir—. Que intenté llegar a un acuerdo con usted.

Dicho esto abrió la puerta y salió, dejando tras de sí un frío remolino de viento y nieve.

Capítulo XXIV

Paul Bramont

La fiebre electoral se había extendido por todo el país. Desde la publicación de su Reglamento regulador todos los rincones de Francia se preparaban para el gran acontecimiento. Las elecciones a unos Estados Generales, los últimos de los cuales habían tenido lugar hacía 175 años, era algo que nadie había vivido con anterioridad y, dada la agitación política del momento y las enormes expectativas que habían levantado, la población entera se había volcado en ellas con entusiasmo.

Hasta la fecha, los ocasionales Estados Generales celebrados habían carecido de competencias legislativas. Los diputados habían sido meros mandatarios de sus electores, y frente al monarca, meros peticionarios, sin capacidad alguna para proponer o dictar leyes. Su función era comunicar al rey la lista de quejas que sus electores les habían facilitado por escrito, e intentar conseguir alguna gracia real para eliminar o aliviar los males que las ocasionaban, gracia cuya concesión era discrecional. Pero el sentir general era que estos Estados no debían limitarse a formular peticiones al rey, a la sazón completamente desautorizado y sin credibilidad alguna, sino que tenían el ingente cometido de regenerar todo un sistema político, y por consiguiente era esencial conceder a los diputados una capacidad de obrar y de decisión muy superior a la tradicionalmente concebida.

Aprovechando que el Gobierno se había inhibido en la labor de 592 organizar y dirigir las elecciones, los partidos, asociaciones y grupos de opinión se apresuraron a redactar y publicar sus recomendaciones sobre el apoderamiento de los diputados y el listado de quejas. El primero debía contener términos lo más generales posibles y las facultades más amplias, y el listado de quejas debía ser meramente enunciativo, no exhaustivo ni limitativo. Y respecto de éste, llamado Memorial de Quejas y Peticiones, se elaboraron, por iniciativa privada, numerosos modelos que contenían lo que en opinión de sus autores eran las cuestiones cruciales a resolver por los Estados Generales, los cuales se distribuyeron entre los diferentes municipios y distritos electorales, aunque de forma algo irregular, por lo que en algunos tuvieron donde escoger y en otros quizá no recibieron ninguno.

Las elecciones, en el caso del Tercer Estado, no eran directas. Los ciudadanos de cada municipio elegían, de entre ellos, a unos *electores*. los cuales, a su vez, se reunirían con los demás electores de los demás municipios de su división electoral, y elegirían en asamblea a los *diputados por el Tercer Estad*. de su demarcación. Por otra parte, no se celebraban en todo el país el mismo día, sino que cada municipio lo

hacía cuando mejor le convenía, generalmente en domingo, pues así se aprovechaba la congregación originada con motivo de la celebración de la misa para, a continuación, convertirla en asamblea electoral, que se solía desarrollar en la misma iglesia.

Por el contrario, como los dueños de feudos éramos menos que los habitantes del estado llano, los nobles teníamos el privilegio de gozar de sufragio directo y poder elegir directamente a nuestros diputados; así que fui convocado a la asamblea de mi orden que se celebraba en Tours con ese fin.

Programé llegar a Coboure con unos diez días de antelación, pues quería conocer de antemano a los posibles candidatos para decidir mi voto. Era ésta una cuestión para mí nada sencilla, ya que la mayoría de los nobles de la zona eran declarados aristócratas. La nobleza de provincias, que no se había visto tan favorecida como la nobleza de la corte, ansiaba aún más que ésta el resurgimiento de la antigua influencia señorial. Encontrar entre ellos liberales no era tarea fácil, y menos aún que aquellos pocos que hubiese contaran con el respaldo de los demás para ser elegidos.

Pero apenas nos instalamos y comencé a organizar mi estancia, recibí la inesperada visita de tres habitantes de Coboure. Se trataba de Descault, el boticario; Bertrand, el empleado municipal, y Simount, el veterinario. El comité lo encabezaba, cómo no, el padre Gregorio, que entró en mi despacho con soltura y seguridad, observando con una sonrisa de complacencia la respetuosa reverencia que me hicieron sus acompañantes, como si se estuviera limitando a presentármelos y él mismo no me debiera signo de respeto alguno.

—Bien, caballeros —comencé—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Verá —inició con alegre decisión el padre Gregorio—, estos señores desean hacerle una proposición.

—¿Una proposición? —Sonreí extrañado, paseando la vista por los tres individuos—. ¿La proposición es también suya, padre? —me temí.

—No —se apresuró a tranquilizarme—. Me limito a acompañarlos.

—Me alegro. Hagan el favor de tomar asiento, por favor.

Lo hicieron así los cuatro, el padre Gregorio manteniéndose intencionadamente en segunda fila. Yo hice lo propio, tras la mesa de mi escritorio, y esperé a que alguno hablara. Intercambiaron miradas entre ellos, como preguntándose quién debía asumir esa responsabilidad, y por fin el boticario dijo:

—Señor conde…, como sabe, hace unos días celebramos la asamblea electoral de Coboure. Nosotros tres hemos tenido el honor de ser designados electores.

—Mi enhorabuena —felicité.

—Gracias, gracias, señor. Hemos redactado el Memorial de Quejas de nuestra comunidad tomando como modelo uno recibido de París, al que hemos añadido algunas peticiones singulares de los habitantes del condado —dijo poniendo sobre mi

mesa un librillo de octavillas—, y quisiéramos rogarle que lo examine. Es sólo un borrador. Nosotros no somos hombres de tantas luces e ilustración como usted, y nos sometemos a su guía y consejo.

—Muy amables. Lo leeré, pero pueden dar el texto por definitivo, porque ninguna enmienda introduciré en él. No me compete inmiscuirme en la redacción de este documento.

Los tres asintieron con sonrisa de agradecimiento y yo, dando el objeto de la visita por concluido, iba ya a levantarme cuando el padre Gregorio, adelantándose a mi gesto, dijo:

—Espere, hay algo más.

Miré a los tres visitantes, que se limitaron a afirmar con la cabeza.

—Estoy a la escucha, señores —los invité a continuar.

—Verá, señor… —reanudó esta vez el veterinario—, quisiéramos decirle, sin que ello deba considerarse adulación, que goza usted de gran popularidad no sólo en nuestro municipio, sino también en los alrededores y en la propia ciudad de Tours.

—¿Ah, sí? —repliqué gratamente sorprendido—. ¿Y a qué es debido?

—Es evidente, señor. —Se animó ahora el empleado municipal—. Su trayectoria política y sus actos avalan su pensamiento liberal y democrático. Abandonó la corte voluntariamente, fue magistrado del Parlamento de París mientras éste se opuso al despotismo del rey, renunció a dicho cargo cuando sus decisiones fueron contrarias a la voluntad popular, es afín al Partido de los Patriotas y, lo que ha impresionado más, ha condonado las rentas a los habitantes de Coboure. Su nombre se pronuncia con admiración y respeto en todas las comarcas de los alrededores.

—Me honra —respondí cortés.

—Por eso consideramos —continuó el funcionario— que sería una gran aportación a la nación que alguien de su elevada educación, experiencia política y conocimiento de las altas instituciones del Estado y de la Administración de Justicia, de demostrado pensamiento liberal y de credibilidad y prestigio, ocupara un asiento en los Estados Generales.

Lo observé unos instantes, asimilando su exposición, y después rompí a reír. Era una risa amable, por supuesto, porque la propuesta no podía por menos de halagarme. Y mi hilaridad también obedecía al intento de refrenar mi posible ilusión ante un proyecto que, aunque me atraía irresistiblemente, era irrealizable y sólo podía haberse concebido en las mentes ingenuas y quizá algo ignorantes de aquellos tres bienintencionados pero modestos individuos.

—Gracias por sus palabras, señores. Pero la nación tendrá que prescindir de mí, lo que sin duda no supondrá una gran pérdida. Precisamente todo lo que ensalza mi comportamiento a sus ojos me desmerece irremisiblemente frente a la mayoría de los nobles de la región. Ahora se esfuerzan en recordar mi odioso pasado cortesano, mi

amistad con la «austríaca» y los enormes favores de los que me he beneficiado a costa del Tesoro. De forma que, salvo alguna honrosa excepción, a duras penas me siguen dirigiendo la palabra, con lo que mucho menos cabe esperar que deseen elegirme.

Los tres hombres se miraron desconcertados, y hasta dirigieron su mirada hacia el padre Gregorio, como esperando de él, como estaban acostumbrados desde hacía décadas, la solución a su conflicto.

—Todo eso lo sabemos —los socorrió éste—. Pero no ha entendido. El Reglamento electoral permite que los miembros de la nobleza y del clero se presenten por el estado llano. Nos consta que en algunas bailías nobles y clérigos han sido elegidos como diputados en tal representación. Y estos señores tienen el deber de elegir a sus diputados en la próxima asamblea de Tours. De ahí su propuesta —hizo una pausa observándome, y viendo que yo todavía no reaccionaba y me limitaba a mirarlo con extrañeza, añadió con energía—: Señor, no le están proponiendo que se presente por la nobleza. Le están proponiendo que se presente como diputado a los Estados Generales por el Tercer Estado.

André Courtain

No teníamos casa en París.

Yo había dejado la que alquilé en Versalles, porque dada mi prolongada ausencia resultaba un despilfarro mantenerla, y Lucile hacía tiempo que había abandonado la suya. Mi situación financiera había empeorado gravemente con la crisis. Entre las economías que introdujo Necker para intentar sostener las arcas del Estado hasta la apertura de los Estados Generales, le llegó el turno a mi pensión. Por suerte algo tenía ahorrado y la estancia en la casa de campo de los padres de Lucile había permitido reducir al máximo los gastos. Pero el ritmo de vida en París era muy distinto. Aquí era necesario que ella y yo tuviéramos residencias oficiales separadas, por convencionalismos sociales, lo que duplicaba el gasto, y que aparentaran el lujo que se esperaba en personas de nuestra clase. Demasiado dinero que no teníamos, porque además a Lucile su marido le había suspendido el pago de su pensión desde que tuviera un hijo conmigo. Lo poco que sus padres le podían dar a ella, y lo poco de las rentas del marquesado de Sainte-Agnès de lo que yo podía privar a mi familia era todo lo que teníamos.

Qué hacer y dónde acudir. Volvíamos a París antes de tener esa crucial cuestión resuelta, y Lucile recurrió una vez más a su vieja amiga, la baronesa de Ostry.

La respuesta de ésta fue todo lo generosa que cabía esperar de ella. Lucile podía hospedarse en su propia residencia todo el tiempo que desease, su vida entera si era menester, y a mí me cedía su mansión de la isla de Saint-Louis. Y, por supuesto, no

nos cobraba suma alguna en concepto de alquiler, lo cual deducimos de los términos de su invitación. No se podía pedir más, y tuve que sentir, inevitablemente, agradecimiento hacia ella. Desde ese momento la baronesa pasaba a ser una de las personas con las que me sentía en deuda.

—Oh, no, no, queridos —nos dijo al recibirnos en su casa a nuestra llegada—. El favor me lo hacéis vosotros a mí —tuvo además el tacto de decir—. Me causaba pavor y una tristeza inmensa dejar mis casas solas y vacías. Pensaba en todos esos indigentes que han venido a la ciudad, en los saqueadores y en los malhechores, y las veía ultrajadas sin remedio. Por suerte os tengo a vosotros, que cuidaréis de ellas.

—¿Cuidar de ellas? —le preguntó Lucile—. ¿A qué se refiere, Catherine?

—¡Pues a que yo me marcho de París, naturalmente! —exclamó, como si debiéramos estar al corriente de sus proyectos y los hubiésemos olvidado con imperdonable descuido—. Oh, queridos, ¿no lo sabíais? Llevo días anunciándolo, pero claro, vosotros estabais ausentes y acabáis de llegar. Ya hace mucho tiempo, cuando empezaron los desórdenes, decidí que si llegaban a convocarse los Estados Generales abandonaría Francia y me refugiaría en lugar seguro. Entonces todos creyeron que era una alarmista exagerada. Pero peino ya muchas canas, y os digo que la anarquía precede al caos, y que en el caos sólo los que no tienen nada pueden ganar algo, a los demás sólo nos queda perder. Los bienes, la integridad, la libertad, hasta la propia vida. Sí, sí, miradme como a una vieja chiflada. Pero yo os aseguro que otros me seguirán. Dentro de poco Inglaterra no dará abasto para acoger a los emigrados franceses. Un año. Os doy a todos un año para seguir mis pasos. Y me encontraréis bien aposentada, con todos mis bienes a salvo, excepto mis fincas claro, que desgraciadamente no me puedo llevar, y con mi integridad, mi libertad y mi vida intactas. Ahora todavía seré una novedad en Londres y se me acogerá bien. Y no soy egoísta. A todo el que quiera oírme le aconsejo que me imite. ¡Pero la juventud se cree fuerte! ¡Cree que nada puede abatirla!

—¿No cree, Catherine, que se precipita?

—No —respondió rotunda—. No. Ha llegado el momento. Quería esperar hasta la apertura de los Estados Generales, por si acaso ocurría un milagro y sobrevenía un cambio que devolviera la estabilidad y la cordura a este país. Pero —añadió negando con la cabeza— no hay solución. Duplicidad de miembros del Tercer Estado. Y apoyada la moción por la propia María Antonieta. Qué ciega está. La devorarán. Nos devorarán a todos. Conseguirán el voto por cabeza, no me cabe duda, conseguirán las riendas absolutas del poder. Y si hubiese entre ellos un líder destacado, un cabecilla que pudiera reinstaurar rápidamente el orden y la autoridad… aún estaría yo dispuesta a perder algo a cambio de quedarme. Pero se arrancarán los ojos entre ellos hasta que alguien consiga imponerse. Se avecina una inestabilidad como no habéis conocido nunca. ¿Es que no veis sus signos ya? Mirad las calles de nuestra ciudad.

En cada esquina se arriesga uno a ser atracado. Y no sólo es la capital. No hay ni un rincón de Francia que se libre de las sublevaciones, de los ataques, de los altercados. En Aix el primer cónsul ha tenido que saltar por una ventana del Ayuntamiento para huir de las turbas. En muchas otras poblaciones se han saqueado los graneros, los molinos, hasta los conventos. ¿Y en Marsella? Han instaurado una milicia ciudadana. Los propios ciudadanos convertidos en agentes de la autoridad. ¡Dios nos asista! —La baronesa suspiró—. No, amigos míos. Éste ya no es mi país. Quiero vivir tranquila los últimos años de mi vida. Yo ya no puedo saltar por las ventanas, y no estoy dispuesta a esperar a que en cualquier momento un grupo de manifestantes o amotinados entren en mi casa, la saqueen, la destrocen y a mí me arrastren por el suelo cogida por los pelos. Me voy. Es definitivo.

—Pero… —protestó Lucile—. En fin, estamos atónitos. No cuestionamos sus motivos pero… la noticia es para nosotros tan repentina e inesperada… Yo pensaba que iba a convivir aquí con usted…

—¿Y para qué me quieres a mí, querida mía, con un joven guapo y gallardo a tu lado? Ya sé bien que no me echarás de menos, por mucho que ahora sueltes un par de lágrimas. Aunque aún tendrás que aguantarme un par de semanas. Mis bienes van por delante. No quiero trasladarme a mi nuevo piso de Londres hasta que todas mis cosas estén debidamente instaladas. Voy a encontrarme sola allí, al principio. Todas mis amistades más queridas están en París. Tú, por ejemplo. Hasta usted, querido joven —añadió apoyando su mano en mi antebrazo con un tono melancólicamente afectuoso—, a quien también considero ya un amigo. Por eso es indispensable que, como mínimo, mis cosas estén allí. Me ayudará a sentirme menos desarraigada. Tengo varios conocidos en Londres, pero tienen la desagradable costumbre de hablar en inglés y es un idioma que se me resiste. Además, me molesta que se rían de mi acento, cosa que estoy segura que hacen a mis espaldas. Pero sólo me queda aceptarlos, a ellos y a su eterna niebla, y aun estarles agradecida por acogerme. —Miró de pronto a Lucile con viveza y sonrió—. Pero pronto os tendré a todos allí. Podremos hablar nuestra lengua y criticar la comida inglesa. Entonces será casi como estar en casa. Casi. Porque Londres no se puede comparar con París, naturalmente.

La baronesa marchó, como había prometido, al cabo de dos semanas. Organizó una espléndida velada de despedida, con cena, música y baile. Lloró tanto como pudo. De todos sus conocidos se despidió como si cada uno de ellos fuera el hijo de sus entrañas y aún estuvo llorando durante una eternidad cuando todos hubieron marchado. Lucile tuvo que acompañarla a su dormitorio y quedarse a su lado consolándola hasta que la buena mujer cayó rendida de sueño. Al día siguiente, no obstante, se levantó de un humor excelente. Tomó un largo baño, desayunó copiosamente con nosotros y después, tras una retahíla de recomendaciones sobre el cuidado de sus muebles y de su casa, nos obsequió con un maternal abrazo y, con

ojos secos y expresión radiante, subió a su carruaje tras hacernos prometer que le escribiríamos a diario. La víspera había cerrado un capítulo de su vida y ahora iniciaba entusiasmada una nueva aventura.

Por mi parte, apenas hube resuelto el esencial problema de mi residencia, me trasladé a Versalles, donde solicité dos audiencias. La primera con el secretario de la reina. La segunda con la reina misma. Del primero pretendía el milagro de que me restituyera mi pensión de consejero. De la segunda, la no menos milagrosa liberación del encargo de descubrir y detener a los autores de la fuga de La Motte. Los motivos que me habían impulsado en su día a presentar mi dimisión seguían tan vivos como entonces. Olvidarlo todo hubiese sido mi deseo, pero había dado mi palabra y asumido un compromiso, y sólo la reina podía liberarme de él.

Esperé algunos días la respuesta a mi petición. Y ocurrió lo contrario de lo que esperaba. Del secretario no obtuve más que veladas e indefinidas promesas que no eran sino una forma cortés de rechazarme. Y contrariamente, de la propia María Antonieta obtuve el honor de una entrevista.

Me recibió en su gabinete interior privado. Era la primera vez que obtenía ese privilegio. El saloncito era pequeño, con paredes y puertas profusamente decoradas con relieves dorados sobre fondo blanco. María Antonieta vestía un traje ocre, sin joyas llamativas. Quien antes iluminaba los salones con su sola presencia, parecía buscar ahora la discreción. Tras la ceremonia del saludo y recibimiento, me invitó a tomar asiento en una butaca frente a la pequeña mesa de centro redonda.

—Cuánto tiempo sin verlo, marqués —inició.

—Es un honor que me recordéis, Señora.

—Me quedan muy pocos amigos —se lamentó—. No necesito tener demasiada memoria para recordarlos. Desde que ya no puedo dispensar favores, han ido desapareciendo. Espero que usted no pretenda pedirme alguno. Ya no estoy en condiciones de concederlos. Ahora ya no gobiernan los reyes, gobierna ese monstruo intangible llamado «opinión pública» que exige economías. Sólo podemos hacer lo que a ella satisface.

—No, Señora. No vengo a solicitar ningún favor. Venía a interesarme por vuestra salud y a informaros del estado de aquel asunto que me encomendasteis.

—Mi salud… —repitió con los ojos súbitamente empañados—. Mi salud es buena, marqués, gracias. Pero mi hijo, el delfín, se muere. Padece una horrorosa enfermedad que lo consume… —no continuó porque notó que su voz flaqueaba. Bajó unos instantes los ojos, suspirando hondo y parpadeando en un claro intento de superar un amago de llanto—. En fin… ¿cuál era el otro asunto?

—La fuga de aquella estafadora… la condesa de La Motte —indiqué rápidamente, para distraer su atención de su tragedia personal.

—Sí, por Dios, qué pesadilla… el cardenal de Rohan… y aquella horrible

mujer… y sus abominables calumnias. Ahí empezó todo, marqués. Después de aquella humillación del Parlamento, aquella sentencia afrentosa…, levantaron al pueblo contra mí. Sí, así es. El pueblo es bueno, pero manipulable, y ellos, la nobleza, llena de envidia, despecho, maldad y ambición, ellos utilizaron al pueblo para oponerse a la Corona y me convirtieron a mí en blanco de todos los odios. «Madame Déficit», «la Austríaca», y otros calificativos que prefiero no repetir… ¿Cree que no sé bien lo que me llaman? —suspiró con amargura y añadió—: Bien, dígame, ¿quiénes fueron?

—Señora…, he dedicado grandes esfuerzos personales a este asunto, pero no todos se han visto coronados por el éxito —inicié—. Tengo pruebas contra el organizador principal, pero aún no he conseguido detenerlo. También he descubierto a otros colaboradores suyos que intervinieron materialmente en la operación. En cuanto al inductor de esa acción, a quien debió apoyarla e incitarla…, no he conseguido prueba alguna, sino tan sólo sospechas. Ésa es la situación.

—Dos años después… —remarcó.

—Sí, Señora —reconocí—. Dos años después.

—No puedo juzgar su diligencia. Ni tampoco quiero hacerlo. Que esté hoy aquí demuestra que aún me es leal, y eso, hoy en día, es mucho más de lo que puedo esperar de la mayoría. Cuénteme pues, ¿de quién sospecha? ¿Quién es el máximo responsable?

—Los partícipes materiales formaban parte del círculo afín al duque de Orleans. No tengo prueba alguna, pero mi sospecha es que fue el duque, o sus partidarios, quienes debieron inducir la acción.

—El duque de Orleans… —Sonrió tristemente María Antonieta—. Nuestro querido primo. La rama destronada de la familia. No me extraña lo que me dice, marqués, ni pongo en duda su veracidad, aunque no tenga pruebas. Es bien conocida la postura hostil que el duque mantiene contra Nos, ya ignoro si por mero deseo de popularidad, por animadversión ancestral, o por ambicionar personalmente la Corona que tanto ataca. Pero sí, es del todo verosímil. Hubiese querido tener pruebas contra él para desacreditarlo ante la Historia. Ella lo juzgará, y juzgará también la traición que nos ha hecho y toda la que todavía es capaz de hacer. Pero de todas formas hubiese sido imposible detenerlo. Está tan encumbrado en el favor popular, que cualquier acto en su contra se volvería contra Nos —hizo una pausa y añadió—: ¿Quién más?

—Los participantes materiales son individuos de poca monta. Uno de ellos es el conde de Mounard.

—¡El conde de Mounard! —Sonrió la reina, por vez primera—. No sabía que aún existiese. Lo recuerdo sí… No le guardo rencor. Un pobre hombre sin suerte en la vida. Aunque ahora pienso que quizá mejor que la mía. No se lo trató demasiado bien

aquí, en la corte. También yo a veces reflexiono y me arrepiento de ciertos actos… Pero en fin. Hechos están.

—Otro fue el señor Fillard. No sé si lo conocéis.

—No. ¿Es a quien abatió usted en un duelo?

—Compruebo con agrado que estáis al corriente de todo. —Sonreí—. Pero por mi seguridad debo negarlo.

—No tiene por qué. Perseguir duelistas no es mi función. ¿Quién más?

—El organizador, el principal cabecilla ejecutor… es el vizconde de Saltrais.

María Antonieta clavó en mí la mirada unos instantes, como si esa fijación permitiera a su mente remontarse al pasado.

—El vizconde de Saltrais… —evocó lánguidamente—. ¿Ve usted, marqués, como no puedo fiarme de nadie? Los amigos de antaño son los enemigos del presente. El vizconde de Saltrais… Si supiera lo que en el pasado… Bien. No merece la pena hablar del pasado. Pero no le voy a negar que he sufrido una pequeña decepción. Él no tiene motivo alguno para odiarme. Ninguno. Lo favorecí mientras pude y aunque fue expulsado de la corte no fue a instancias mías y ni siquiera hubiese podido evitarlo. ¿Y así que también él me ha traicionado? —remarcó—. Por desgracia nada puede extrañarme ya. ¿Lo ha detenido?

—No, Señora. Huyó un tiempo a Inglaterra, sólo volvió a París cuando yo estaba ausente, y ahora que estoy aquí, ha vuelto a huir. Pero puedo detenerlo. Es sólo cuestión de tiempo. Sin embargo, previamente he querido saber si ése seguía siendo vuestro deseo, dado el tiempo transcurrido, o si puede contar con vuestro perdón.

—¿Con mi perdón? —espetó—. ¿Con mi perdón dice? ¿Acaso ha venido a solicitar mi perdón? ¿Acaso ha confesado ante mí su culpa, mostrado su arrepentimiento y solicitado mi gracia? ¿Qué perdón, marqués? ¿De qué perdón está hablando? ¿Cree que el trato que he recibido puede incitarme al perdón?

—No, Señora —acepté desalentado.

—No hay perdón que valga. Si es culpable, deténgalo, marqués. Deténgalo.

María Antonieta se levantó, dando así por concluida la entrevista. Había todavía mucha fuerza y mucha resistencia en esa mujer, y también determinación y orgullo regio. Nada conseguiría con insistir. Pronuncié una reverencia, en señal de respeto y obediencia, con la que reafirmaba la antigua promesa de la que me había intentado librar sin éxito.

No me quedaba otro remedio. Tendría que detener a Saltrais.

Edith Miraneau

A nadie confié mi experiencia con el vizconde, ni siquiera a mi madre, ni a Marionne, pues sabía que la desaprobarían aún más que mi relación con Daniel. Y eso que

hubiese necesitado desahogarme con alguien, porque la noche que había pasado con él, lejos de consumir mi deseo y curarme de mi torturador enamoramiento, lo había potenciado hasta niveles catastróficos para mi estabilidad emocional. Al día siguiente, él había continuado su viaje sin muestra alguna de pesar por la separación, mientras yo me había visto obligada a volver a París en un coche de alquiler con el corazón henchido y dolido, sin saber si a su regreso querría volver a estar conmigo alguna otra vez.

Sobrellevé mi ansiedad continuando con mis actividades habituales, repartidas entre el taller y el periódico. La ciudad estaba alborotada con la organización de las elecciones y de los distritos electorales. El Reglamento electoral del 24 de enero afectaba a toda Francia excepto a París, que había estado esperando hasta entonces el suyo propio. Cuestiones burocráticas relativas a la competencia de una u otra institución (preboste de París o preboste de los comerciantes) lo habían detenido en una red de borradores e informes. Y ahora que por fin veía la luz, era para añadir indignación al descontento provocado por el retraso: el reglamento establecía el sufragio indirecto incluso para la nobleza, al contrario que en el resto de Francia, y mayores requisitos para votar a los electores del Tercer Estado que en el resto del país, de suerte que sólo podían hacerlo los inscritos en gremios o corporaciones o que pagasen como mínimo seis libras de impuesto de capitación. Las protestas se dejaron oír, pero ello no impidió que la norma se aplicara y que se organizaran las asambleas primarias de los sesenta distritos electorales en los que se había dividido la ciudad.

Yo pude participar un poco en un acontecimiento tan importante gracias a la señora Lymaux. Era ésta una rica banquera a cuyas tertulias fui inesperadamente invitada al haberle sido recomendada como una «joven periodista de talento» nada menos que por el vizconde, con el que al parecer tenía amistad. Al principio acudí sólo por curiosidad, pero sus sesiones me interesaron enseguida, pues estaban dedicadas a la redacción de un listado de quejas de mujeres. La señora Lymaux había solicitado la colaboración de las corporaciones profesionales de lavanderas, floristas, costureras, plumajeras, así como de asociaciones benéficas que ayudaban a viudas, madres solteras o niños huérfanos, o directamente de trabajadoras como obreras, camareras o criadas. Cuando el cuaderno estuvo concluido, encargó a varias de sus habituales que hablaran con los presidentes de las asambleas electorales para asegurarse su lectura y su defensa. A mí me correspondió la labor de escribir diversos artículos exponiendo y justificando sus principales capítulos y hasta de publicar el cuaderno entero, lo que me costó una ardua discusión con August y Jacques, quienes no lo consideraban de suficiente interés ni una prioridad. Pero, por el contrario, los ejemplares de estas impresiones se vendieron con suma facilidad, principalmente entre un público femenino que se sorprendió e interesó de verse protagonista por una vez.

Nuestro proyecto no fue el único que intentó hacerse oír en las asambleas de los electores. Corrillos de gente esperaban a éstos a la salida de las sesiones para exponerles sus problemas y rogarles que los tuvieran en cuenta al confeccionar los cuadernos de quejas. La agitación política se respiraba en el aire y una tensa inquietud flotaba en todas partes. La cotidianidad de la vida se mantenía casi intacta, pero danzando en un compás de espera nervioso y expectante, sabiéndose en vísperas de un importante acontecimiento que pronto la alteraría. Y cada día amanecía con la incertidumbre de qué nuevo altercado o violencia había estallado en alguna parte del país o de la propia ciudad.

Una mañana estaba en el sótano puliendo con Alain y August un artículo que habíamos escrito entre los tres. Trataba de los desórdenes y manifestaciones que habían tenido lugar los días inmediatamente anteriores, el 26 y 27 de abril, ocasionados por las palabras de dos empresarios, llamados Réveillon y Henriot, que al parecer habían dicho algo relativo a que era necesario bajar los salarios. Tal comentario, aunque seguramente se había sacado de contexto, había provocado la reacción airada de los más desesperados, que se habían congregado en numeroso grupo en el barrio obrero de Saint-Marcel, en la orilla izquierda del Sena, para marchar después en manifestación hasta la plaza de la Grève, donde quemaron dos muñecos colgados de horcas que representaban a los dos empresarios, e ir hasta la casa de uno de ellos, Henriot, que por suerte encontraron vacía, de la que destruyeron cuanto no pudieron llevarse.

Ya habíamos entregado el artículo a Gérard para la impresión, cuando Jacques y Daniel entraron apresuradamente en el sótano, bajando las desiguales escaleras agrandes saltos.

—Esto no ha acabado —anunció Jacques sudoroso y alterado—. Hoy se está preparando una movilización mucho mayor que la de ayer. Es un gentío inmenso el que está ahora concentrado ante la fábrica de Réveillon. Los guardias la protegen con barricadas. Hay que volver allí. Olvidad ese artículo. Lo que ocurra hoy será mucho más importante.

Discutimos sobre quién debía ir. Alain y August se negaron. Yo estaba indecisa, pero Daniel, que me conocía y debió de adivinar mi titubeo, se acercó en dos zancadas hasta mí y me cogió de la mano para arrastrarme acto seguido hacia la puerta.

—Vamos —me ordenó—, nos lo vamos a perder.

No opuse resistencia y salimos con Jacques al exterior. Fuimos serpenteando por las calles hasta la fortaleza de la Bastilla, y luego continuamos por la calle Saint-Antoine, hasta encontrarnos con la aglomeración.

La manifestación no se movía. Había llegado al final de su trayecto y las gentes

estaban detenidas, apelotonadas unas con otras. Pero ni Jacques ni Daniel estaban dispuestos a quedarse en retaguardia, y penetraron entre los manifestantes, abriéndose paso a empujones. Yo los seguía aprovechando la brecha que iban abriendo, y así, penosamente, avanzando un palmo aquí, otro palmo allá, conseguimos llegar a las proximidades de la esquina con la calle Montreuil.

Hubiésemos seguido más allá, pero entonces se produjo un movimiento en la marea humana, porque varios carruajes, incomprensible e imprudentemente, intentaban abrirse paso. «Los aristócratas» se oyó pronunciar. Se celebraban carreras en Vincennes, y debían atravesar el barrio de Saint-Antoine para llegar hasta allí. Las gentes se apartaron, abriendo un canal en medio de la manifestación, y fueron arropando a los coches a medida que se iban sumergiendo en ella, lanzándoles insultos y haciéndolos víctimas de una lluvia de golpes y zarandeos mientras continuaban su penoso avance.

Nosotros estábamos algo alejados del paso de los carruajes, observando de lejos las incidencias que estaban sufriendo. Sólo cuando llegó la carroza del duque de Orleans, que fue reconocida por los manifestantes, tuve suficiente interés para aproximarme. Había oído hablar mucho del duque, como todo el mundo, pero además el vizconde formaba parte de su círculo, de forma que tenía gran curiosidad por verlo en persona. Su coche, al contrario que los demás, fue vitoreado y aclamado, hasta el extremo de que el duque descendió de él e instó a la calma recordando que faltaban escasos días para la apertura de los Estados Generales. Luego, como oyera quejas de que mientras tanto no tenían qué llevarse a la boca, sacó su bolsa y esparció su contenido entre los que lo rodeaban.

Los vehículos, a pesar de todo, consiguieron pasar, y nosotros continuamos nuestro avance por la calle Montreuil hasta las proximidades de la fábrica. Allí la vía estaba cortada por la barricada tras la que los guardias se parapetaban con sus fusiles cargados. Probablemente las barreras no hubiesen resistido el ímpetu de toda aquella masa si nos hubiéramos decidido a cargar al unísono, pero las armas imponían su respeto, y a pesar del enojo y la frustración que encendían los ánimos, nadie parecía dispuesto a arriesgar la vida en el intento.

Así que permanecimos detenidos durante horas, sin nada que hacer, pero sin disolvernos tampoco. La mayoría no tenía ocupación, algunos ni siquiera un sitio adonde ir. Allí, agrupados, unidos, juntos, sentían que se defendían de algo, que no abandonaban la lucha. Hubo tiempo de estar de pie, sentado, de andar, de entablar conocimiento con otros, y hasta de debatir si valía la pena permanecer allí.

En esa indecisión estábamos cuando se oyó cierto alboroto detrás de las barricadas. Jacques me ayudó a encaramarme a sus hombros, y por encima de las cabezas, más allá de los guardias, vi una carroza que pretendía se le abriera paso a través de la barrera y se supone que también a través de la manifestación. Las

carreras de Vincennes debían de haber terminado ya, pero no se esperaba que tras el recibimiento de la ida los asistentes tuviesen deseos de volver a pasar a su regreso por la calle Saint-Antoine, y mucho menos por la calle Montreuil, donde estaba la fábrica de Réveillon y que ni siquiera les venía de paso. ¿Qué hacía entonces allí aquella carroza? ¿De quién era y qué pretendía?

—Es la duquesa de Orleans —se oyó.

Lo incomprensible fue que, en una situación de tal riesgo, con una muchedumbre frente a ellos, los guardias decidieron abrir la barricada para dejarle paso. Y al instante la masa se movió, aprovechando aquella asombrosa imprudencia. Jacques me bajó precipitadamente, tanto que a punto estuve de perder el equilibrio y hubiese caído de no haberme auxiliado Daniel. La carroza había traspasado la barrera, pero ahora estaba detenida rodeada por la multitud, como un aluvión en medio de la impetuosa crecida de un río cuyas aguas lo esquivan y sobrepasan sin prestarle atención. La brecha que había abierto no había sido desaprovechada, y por ella habían penetrado los manifestantes, primero por la estrecha apertura, pero después desbordando sus límites y sobrepasando la barricada entera. El abordaje había sido masivo, imparable. En una exhalación, los guardias se habían visto sumergidos en el gentío. Cuando llegamos, saltamos los obstáculos que aún permanecían allí, desparramados, perdida su función, y vimos a los militares desperdigados entre los manifestantes, con las armas en las manos pero con expresión de desconcierto, sin poder actuar.

La horda traspasó los lindes de la residencia de Réveillon y penetró en ella. Nada ni nadie podía detenerla ya. Me vi dentro de la casa, adonde la corriente de gente me había llevado, sin saber muy bien por dónde había entrado. Conseguí detenerme arrimándome a una pared. Allí intenté situarme, pero el desorden y caos que había a mi alrededor no me ayudaron a ello. La manifestación compuesta de miles de personas se había convertido en una avalancha de igual número que no cesaba de entrar y esparcirse por todas partes. Lo hacían con una mezcla de ímpetu e ira, de entusiasmo y odio que daba miedo porque no tenía contención. Todo a mi alrededor empezó a derrumbarse. Los cuadros de las paredes fueron descolgados. Los jarrones y adornos de los muebles arrojados al suelo y hechos añicos. Tres hombres, a quienes encaramaron otros tantos, se colgaron de los brazos de una enorme lámpara de techo y se balancearon hasta que consiguieron hacerla caer. Tuve que apartarme porque una estatua fue mutilada de cabeza y miembros al ser estrellada contra la pilastra de la que había sido derribada. Intimidada por aquella brutalidad, entré en la primera habitación que encontré al paso. Un grupo de individuos habían cogido una gran mesa de madera y tomando carrerilla la estrellaron contra una amplia ventana. Los cristales se rompieron y éstos y la mesa cayeron por la balconada. Le siguieron otros objetos: un carillón, sillas destrozadas, cuadros rasgados…, todo cuanto encontraban,

con un frenesí destructivo y arrasador. Pronto empezó a esparcirse olor a quemado. En algún sitio, decían que en jardín, habían encendido hogueras alimentadas con los papeles de la fábrica y a las que arrojaron también muebles y los libros de la fabulosa biblioteca de Réveillon, de la que luego se dijo que tenía miles de volúmenes. Cuántos objetos valiosos, cuántas obras de arte, cuantos incunables insustituibles debieron de ser destruidos aquella noche.

Estuve allí, pero no participé. Me horrorizaba lo que veía, la destrucción sin sentido, el placer por el desenfreno, la violencia sin razón. El griterío, el ruido ensordecedor y estrepitoso de los objetos al romperse, el caos. Para culminar la fiesta algunos encontraron la bodega y el vino empezó a correr. Pronto estarían borrachos, porque bebían sin saborear, tragaban a chorro, estrellando el resto de las botellas semillenas contra la pared. Pero no era la sed lo que los movía, sino el deseo de sobrepasar todo límite, toda cordura. Acabarán por incendiarlo todo, pensé, toda la casa, y habrá víctimas.

Ese pensamiento me resolvió a abandonar aquel infierno antes de que la pesadilla llegase a su fin. Aún me animé a buscar a Daniel para arrastrarlo conmigo fuera de allí. Tras recorrer toda la casa lo encontré en el jardín, junto a una de las hogueras, contribuyendo a arrojar libros a sus llamas. Me acerqué a él e intenté convencerlo de marchar de allí. Al principio no quiso escucharme. Es posible que ni siquiera pudiese hacerlo. Parecía febrilmente obsesionado en destruir todos los libros que estaban a su alcance, y los restos de muebles, y las telas, y los papeles, y cualquier cosa que estuviese a su alcance. Fue Jacques quien, apareciendo por sorpresa, me ayudó en mi empeño.

—Hay que marcharse de aquí —me dijo, corroborando mis temores—. Esto se ha desbordado. Las fuerzas del orden no tardarán en aparecer.

No fuimos los únicos en abandonar el lugar. Poco quedaba ya por hacer, salvo ver consumirse las hogueras. La fábrica y residencia de Réveillon había quedado arrasada. Sólo quedaban en pie las paredes. La gente había empezado a desfilar paulatinamente, como una riada de aguas tranquilas tras la tormenta, algunos llevándose algún que otro objeto robado, pero la mayoría con las manos vacías y el mismo descontento y la misma desesperación que los habían empujado a aquel vandalismo.

Cuando llegamos a la plaza de la Bastilla aparecieron de pronto los pelotones de las fuerzas del orden anunciadas por Jacques. Se oyeron gritos de sobresalto en nuestro entorno y nos detuvimos, buscando escapatoria a nuestro alrededor. Otros reaccionaron de igual modo y empezaron a retroceder, pero la visión de los guardias avivó la rabia de los más violentos, que les arrojaron objetos o se lanzaron contra ellos exhibiendo palos o armas blancas. Los militares prepararon las suyas para responder.

—A la pared, ¡rápido! —exclamó Jacques, empujándome hacia un edificio de la calle Montreuil.

Apenas alcanzábamos nuestro objetivo, cuando oí disparos de armas de fuego. A la detonación siguió la estampida de gente despavorida y el griterío de pánico. Entré en una portería seguida de Jacques y de muchos otros que me sobrepasaron por las estrechas escaleras empujándome sin contemplaciones. Algunos penetraron en las viviendas de los incautos vecinos que abrieron la puerta movidos por la curiosidad, y el resto siguió hasta la azotea. Yo conseguí apartarme en el primer rellano. Fuera seguían oyéndose detonaciones, exclamaciones, alaridos. Daniel había quedado atrás, y me preocupaba. Me preocupaba que se hubiera enfrentado a los guardias, de forma que, cuando pude, retrocedí sobre mis pasos y me acerqué con precaución al quicio de la puerta.

—¿Estás loca? —oí a Jacques a mis espaldas, desde el primer tramo de las escaleras—. ¡Vuelve!

Asomé la cabeza a la calle, con precaución. Los guardias estaban casi encima, disparando a discreción sobre las personas que desde ventanas y terrados les tiraban tejas y piedras. Un hombre ensangrentado se precipitó desde lo alto, herido o muerto. Otros cuerpos caían desde los edificios y en plena calzada mientras corrían en su huida. Entonces vi a Daniel. Estaba refugiado en el entrante de una portería, con otros individuos, en un edificio del otro lado de la calle, con un fusil en la mano que habría quitado a algún guardia, presto a disparar. Lo vi hacerlo una sola vez, pues no tenía munición para recargar el arma. De pronto se apoyó en la puerta, la mano al vientre, y se dejó caer lentamente, hasta que quedó de cuclillas en el suelo. El pelotón ya estaba casi a mi altura y me refugié corriendo escaleras arriba para esconderme. No me asomé a la terraza, ni a ninguna ventana. Seguía oyendo las detonaciones, los gritos, las consignas, los objetos contundentes arrojados por los manifestantes. Yo me quedé en el último rellano, esperando. Esperando que todo pasase y esperando salir ilesa de tanta violencia.

Los guardias avanzaban hacia la fábrica de Réveillon y acabaron pasando de largo. Los refugiados sobrevivientes fueron saliendo poco a poco. Yo lo hice también, cuando me aseguré de que ya no había peligro.

La calzada estaba salpicada de cuerpos heridos o sin vida. Eran numerosos, a lo largo de toda la calle Montreuil. Había sido una masacre. Algunos eran guardias, pero la mayoría eran civiles. Me quedé sobrecogida. El aire olía fuertemente a pólvora. Algunos de los que estaban a mi alrededor reconocían entre los caídos a algún familiar o a algún amigo y empezaron a oírse gritos y llantos de dolor. Entonces miré hacia donde viera a Daniel por última vez. Seguía allí, en la misma postura, en cuclillas, apoyada la espalda contra el portalón. Los ojos abiertos. Inmóvil. Y comprendí que estaba muerto.

Capítulo XXV

Vizconde De Saltrais

Me hallaba en Auvernes, mi ciudad natal, adonde había llegado tras mi frustrado encuentro con Courtain. Estaba allí desesperando de la proximidad de la apertura de los Estados sin poder regresar a París por temor a ser detenido, cuando llegó la noticia del desastre de la llamada Revuelta de Réveillon. Un comentario de un enemigo personal del lugarteniente general de policía, De Crosne, presuponiendo lo comprometido de su situación tras tan lamentables y nefastos sucesos que había sido incapaz de controlar, me dio la idea. Quizá De Crosne estuviera dispuesto a hacer algún esfuerzo por rehacer su maltrecha imagen ante el rey, si es que realmente le habían afectado aquellos acontecimientos, algo que no podría saber hasta que no hubiese puesto en práctica el plan que acababa de concebir.

Me trasladé a París, donde debía ocultarme de Courtain. Y me faltaba llegar hasta De Crosne, a quien no conocía, y que además tenía la obligación de detenerme en cuanto me viera, pues existía una orden de arresto contra mí que debía respetar y que sin duda conocía. Y para conseguir ambas cosas recurrí a mi vieja y querida amiga Charlotte Lymaux.

Charlotte era el recuerdo constante del precio que tuve que pagar por mi insensatez juvenil. La expulsión de la corte fue el menor de los males. En aquella época hubiese podido desposar a una Charlotte joven y heredera de una cuantiosa fortuna. Aunque mi posición económica no era la deseada por su familia, mi título nobiliario les brindaba la oportunidad de entrar a formar parte de la nobleza, de forma que me aceptaron y hasta señalaron fecha para anunciar el compromiso. En el ínterin tuvo lugar el deseado beso robado a la reina y el escándalo de mi expulsión de la corte. Charlotte, que tenía carácter suficiente para autodesgarrarse el corazón a fin de salvar su dignidad, no me lo perdonó. Y aún hubo una tercera secuela: mi posterior matrimonio con Claire, la hija de un barón campesino empobrecido. En otras circunstancias no hubiese aceptado tan desfavorable enlace, pero necesitaba con urgencia el dinero anticipado de la herencia que mi padre había prometido darme cuando me casara, pues en la corte había acumulado deudas, y tras mi expulsión los acreedores se me echaron encima. Si hubiese esperado, si hubiese permanecido soltero, estado que en realidad era mi vocación natural, quizá hubiese tenido una segunda oportunidad con Charlotte tras su prematura viudez, y hubiese podido convertirme en un hombre rico, además de tener por esposa a una mujer que me gustaba y por la que seguía sintiendo un admirativo respeto. Sólo una cosa me

consolaba: el pensar que Charlotte no me hubiese perdonado mis infidelidades como había hecho Claire, y yo no hubiese podido limitarme sólo a ella.

—¡Denis! —exclamó sobresaltada cuando me subí en su coche a la salida de la ópera.

—Siento, querida, presentarme de esta forma —repliqué descubriéndome la cabeza y cerrando la portezuela a mis espaldas—. Pero he vuelto a perder mi libertad de movimientos en la capital. Supongo que sabes que Courtain ha regresado a París y que tiene la irritante obsesión de detenerme.

Sonrió oblicuamente.

—El precio por tus malas acciones.

—Este castigo que sufro debería redimirme ante ti. —Sonreí meloso, intentando ganármela—. Te libré de sufrir pareja suerte.

—Lo dudo —desdeñó—. Yo no hubiese sido tan torpe. A mí no me hubieran descubierto.

—Puede —condescendí—. Aunque no deja de ser una conjetura.

—Ni siquiera conseguiste tu principal objetivo. Supongo que sabes que La Motte ha vuelto a redactar sus Memorias prescindiendo totalmente de ti y de tus amigos.

Lo dijo con placer. No podía reprochárselo; Charlotte nunca había aprobado mi iniciativa de manipular ese documento. Y sí, lo sabía. El hurto del borrador no sólo había comportado la pérdida material de éste, sino también de la confianza de la fugada, que había prescindido de nosotros desde entonces y las había redactado por su propia cuenta. Confiaba en que algo de nuestras directrices hubiese quedado impregnado en el ánimo de la autora, pero sin duda el resultado estaría muy lejos del que se hubiese podido obtener con nuestra intervención. Una verdadera lástima.

—Otro motivo para que me abras tu corazón —dije dulzón, apoyando mi brazo en el respaldo del asiento por detrás de ella—. Ya ves cuán necesitado estoy de consuelo.

—¿Cómo está tu joven amiga periodista? —me cortó.

—No lo sé —respondí con aire indiferente, retirando el brazo—. Hace tiempo que no la veo. Ni siquiera sabe que estoy en París.

—Pero te has acostado con ella, ¿verdad?

—No. ¿Y tú, con quién te acuestas ahora?

—Está bien —admitió seca—. Dejemos ese tema y vayamos al grano. Supongo que si te has arriesgado a volver a París y me abordas con nocturnidad y secretismo, es porque tienes algún favor que pedirme.

—Dos —concreté.

—Son menos que tres —ironizó—. Bien, habla.

—El primero es que me ocultes en tu casa. Serán sólo un par de días.

—Ese favor es viejo —aceptó—. ¿Y el segundo?

—Consígueme una entrevista con el lugarteniente general de policía, con De Crosne. Necesito entrevistarme con él bajo garantía de que no me prenderá.

—¿Qué pretendes?

—Mi libertad, Charlotte. He sido elegido diputado de los Estados Generales. Pero los diputados carecen de inmunidad, como sabes.

—Vaya, qué pena. Tu carrera política en peligro por tu afán de protagonismo y por robar proyectos ajenos.

—¿Me perdonarás alguna vez? —protesté, ahora cansado.

—Creo que he demostrado haberlo hecho ya —musitó agria—. Y no percibo haber ganado algo con ello. En fin —decidió dejarlo de lado—. Te equivocas. No puedo ayudarte. No conozco a De Crosne.

—Pero conocerás a quien lo conozca. No hay nadie en París que te sea inaccesible.

—Puedo mover hilos, sí. Pero no estoy segura de querer hacerlo. Dame una razón para que me tome esa molestia.

—Lo necesito —ratifiqué contundente—. Lo necesito de verdad.

—Quizá sólo me interesa lo que yo necesito.

—Pues pide. Pide lo que quieras.

—Lo que quiero no me lo podrás dar nunca —sentenció.

—Pero —contesté, imaginando a qué se refería— habrá alguna otra cosa que desees y que te pueda dar.

Pensó unos instantes, sin apartar sus ojos de los míos. Por fin hizo un gesto de resignación, como si en verdad no hubiese nada digno que pudiera ofrecerle, y terminó por formular:

—Si te ayudo quiero que defiendas en tu condición de diputado lo que yo te pida, aunque no converja con tus ideas o aunque no lo creas importante.

—¿Derechos para las mujeres? —adiviné—. Si se trata de eso, con mucho gusto. Nada tengo en contra de las mujeres. De hecho, no podría vivir sin ellas —añadí zalamero, tomando su mano, que retiró bruscamente.

—¿También estás en contra de su discriminación?

—He dicho: todo lo que quieras —confirmé solemne.

—Está bien —capituló—. Veré lo que puedo hacer.

Charlotte no me falló. Me ocultó en su casa y compartí su lecho. Ambos sabíamos que ocurriría, como siempre que pasábamos la noche bajo el mismo techo, pero antes ella necesitaba recriminarme un rato mi falta de amor o de lo que sea, y mostrarse dura y resentida. Aquella vez me resultó algo más molesto, quizá porque lo comparé con la entrega desinteresada, dulce y exquisita de mi nueva amiga. Pero tuve motivos para volver a estarle agradecido porque, aunque no sé cómo lo consiguió, me brindó la entrevista solicitada.

—Bien —comenzó De Crosne mientras se deshacía de la capa que lo había ocultado, más que abrigado—. Debo decirle que no me complace en absoluto este encuentro. Si he acudido es sólo en atención a la persona que me lo ha solicitado. Así que le ruego prescinda de toda ceremonia y lo hagamos lo más breve posible.

Estábamos en el gabinete privado de Charlotte, en su presencia, que ella se esforzaba en hacernos olvidar sentada quieta y muda en un extremo. Yo hubiese preferido que no oyera cuanto iba a decir, pero no estaba en condiciones de imponerle mis condiciones.

—Puedo ayudarle a recuperar el favor del rey —introduje— después del desastre del otro día.

De Crosne resopló con irritación.

—Viniendo de usted, eso es una impertinencia. ¿Qué fiabilidad puedo esperar de un amigo del duque de Orleans? Fueron el duque y sus amigos los que organizaron la revuelta. Fue aclamado por sus seguidores y les lanzó monedas.

—Eso —contesté con calma— no son más que rumores y habladurías. Pero lo que es una realidad es que la residencia de Réveillon fue arrasada sin que la policía lo evitara, y que después ésta añadió daño al daño disparando contra la multitud indefensa y ocasionando centenares de muertos.

—La situación estaba controlada —replicó De Crosne ronco—. Nada hubiese pasado si la duquesa de Orleans no nos hubiese obligado a abrir la barricada.

—Es probable, pero es extraño que la guardia haya obedecido sus órdenes en lugar de seguir las de usted.

—¿Insinúa que fui yo quien ordenó que abrieran las barreras? —explotó.

—Sólo que las apariencias le son desfavorables —lo apacigüé—. Pero yo puedo ofrecerle la posibilidad de rehabilitarse a los ojos del rey deshaciendo una injusticia de la que tengo conocimiento.

—Déjeme adivinar —pronunció De Crosne con ligera sorna—, ¿es usted la víctima de la injusticia?

—Qué sagacidad la suya. El rey nunca debió confiar un asunto tan delicado como el de la fuga de La Motte al marqués de Sainte-Agnès ni apartarlo a usted del caso. Además de ocasionarle una humillación que no merecía, su criterio fue equivocado. El marqués no sólo ha fracasado, sino que está encubriendo al verdadero culpable, y para hacerlo ha encontrado un chivo expiatorio en mi persona.

De Crosne volvió a suspirar con despectiva paciencia.

—Como usted bien ha dicho, este asunto fue encargado personalmente por el rey al marqués de Sainte-Agnès. Así que nada tengo que decir ni hacer al respecto.

—El verdadero culpable —insistí— es el conde de Coboure, y el marqués lo está encubriendo por puro amiguismo. Lo que le estoy diciendo es que el propio Courtain tiene pruebas de la culpabilidad de Paul Bramont, y a pesar de ello no lo detiene y me

acusa a mí, que nada tuve que ver con el asunto. Le pido justicia, y al mismo tiempo le brindo la oportunidad de demostrar al rey la traición del marqués y desquitarse de la humillación sufrida.

De Crosne guardó un silencio que interpreté como frío interés.

—Aunque fuera cierto que hubiese pruebas contra el conde de Coboure —objetó —, el que Courtain no lo haya detenido no sería calificado necesariamente de traición.

—Pero si recibe orden de detener al conde y lo advierte a tiempo para que huya, sí habrá cometido traición.

—¿Y cree que lo advertiría? —cuestionó.

—Sin duda alguna.

—Sólo el rey o la reina podrían dar al marqués una orden así. Yo no podría. Este asunto no es de mi competencia. Precisamente fui relegado de él.

—Pero le puede usted exponer el caso al secretario de la reina. Estoy seguro de que valorará su aportación.

De Crosne suspiró.

—No tengo nada en contra del marqués de Sainte-Agnès —concluyó.

—En mi opinión, no se trata de eso. Es usted el lugarteniente general de policía: si hay un criminal libre, es su deber prenderlo, y si hay un traidor, es su deber descubrirlo. Aunque bien es cierto que hacerlo le restaurará la confianza del rey, no es ésa la principal motivación, ¿no?

De Crosne clavó la vista en mí, con desconfianza.

—Bien, vizconde —dijo recogiendo su capa—, lo he escuchado. Y de momento no espere nada más de mí.

Charlotte Lymaux

De Crosne no creyó en la inocencia del vizconde, ni tampoco en la culpabilidad de Paul. Pero casualmente tenía cita aquella misma tarde con el secretario de la reina para despachar varios asuntos, y después de hacerlo, como por mera curiosidad, le preguntó por el *affair*. de la fuga de La Motte. Es de suponer que prefirió tantear el respaldo con el que seguía contando el marqués antes de inmiscuirse en forma alguna. Y, sin duda para su sorpresa, el secretario lanzó pestes contra André Courtain, acusándolo de la mayor incompetencia y mostrando el profundo enojo que sentía contra él. Dicha inesperada reacción animó a De Crosne a ofrecer su colaboración, oferta que fue inmediatamente aceptada. Hasta le pidió que actuara con rapidez, pues quería ver resuelto dicho asunto de una vez por todas.

De forma que a su regreso, De Crosne citó al marqués en su despacho de la Prefectura solicitándole, con autorización del secretario de la reina, que le exhibiese

el expediente. Y el citado acudió, sin suspicacia alguna, con la carpeta bajo el brazo.

De Crosne sabía lo que buscaba, y allí estaba, con más claridad de lo que esperaba. Un minucioso informe, elaborado gracias a las pesquisas e investigación del propio Courtain, detallaba que la evadida se había refugiado la noche de su fuga en un inmueble propiedad del conde de Coboure. ¿Se había interrogado a Paul Bramont, preguntó De Crosne, sobre tal sospechosa circunstancia? El marqués no debía de esperarse la pregunta, y sólo supo defender categóricamente la inocencia de Paul, pero sin dar una explicación lo bastante convincente a quien ya estaba advertido de su falta de imparcialidad. Por el contrario, no había nada en el expediente que acusara al vizconde de Saltrais: no estaba el comprometedor borrador de las Memorias, no constaba su identificación por el vigilante de la Salpêtrière, no había testimonio ni prueba alguna en su contra. Courtain argumentó todos los indicios de la culpabilidad de Denis que estaban en su conocimiento, pero De Crosne ya no lo escuchaba. Había pruebas contra el conde de Coboure y no las había contra el vizconde de Saltrais. Tenía base suficiente para actuar, marcarse méritos y rehacerse del descrédito sufrido. Así que le dijo que no le parecía adecuada la forma en que se había llevado aquel caso y que era su deber dar inmediata cuenta de ello al secretario de la reina.

André Courtain

Después de mi entrevista con De Crosne, éste y el secretario me citaron en el despacho del segundo en Versalles.

Acudí sin sospechar nada. Pensé que se trataba de un mero trámite de rendición de cuentas, de aquéllos a los que ya me tenía acostumbrado el secretario y en los que invariablemente me tildaba de incompetente, negligente, inútil, vago etc., pero sin dejarme renunciar al caso, para lo cual no había escatimado ni siquiera el uso de la coacción. Por eso me quedé estupefacto cuando, de pie detrás de su escritorio y adoptando aire marcial, me espetó:

—Marqués, en muchas ocasiones le he puesto de manifiesto mi descontento por la forma en que ha llevado este asunto. Creo que se le ha dado suficiente oportunidad para demostrar su competencia, oportunidad que ha desperdiciado reiteradamente. Seguimos sin ningún resultado positivo, en vísperas ya de la apertura de los Estados, cuando la autoridad del rey debe estar sólidamente afianzada. Yo solicité al señor De Crosne que examinara su expediente para ver si podía arrojar una nueva luz sobre el caso que permitiese llevar a cabo alguna actuación como muestra de que aquélla no puede ser burlada. Y, después de su valiosa colaboración, he de poner incluso en duda, no sólo la capacidad de usted, que ya estaba en entredicho, sino incluso su objetividad e imparcialidad. ¿Puede explicarme, marqués, por qué no ha cursado

orden de detención contra el conde de Coboure a pesar de que está claramente involucrado en el caso?

—Porque es inocente —me precipité. Y dándome cuenta de que la mera afirmación no bastaba, añadí—: Hay una declaración de la inquina del local en la que se ocultó la evadida, vertida en el curso del proceso de *questio*. a la que fue sometida, que lo prueba.

Hice gesto de buscar el documento en el expediente, pero De Crosne, crecido ante mí, preguntó, con burla:

—¿Se refiere usted a la declaración de la condesa de Coboure?

—Entonces no era la condesa de Coboure —repliqué.

—Marqués —intervino el secretario—, ¿quiere que demos credibilidad a la declaración de una mujer, única prueba de la inocencia del conde, que poco después contrae matrimonio con él?

—El principal organizador, el vizconde de Saltrais, me confirmó la falta de participación de Paul Bramont, y además, tengo la convicción personal de su inocencia. En cuanto a los demás sospechosos…

—Ninguno de los cuales ha sido detenido… —censuró el secretario.

—El señor Fillard ha muerto y no tengo suficientes pruebas para detener al conde de Mounard —justifiqué.

—Pero sí para dictar una orden de arresto contra el vizconde de Saltrais. Y no veo aquí —indicó señalando el expediente— más pruebas contra él que contra el conde de Mounard, y sí, por el contrario, contra Paul Bramont, respecto del que no ha dictado orden alguna.

—Si detengo al vizconde de Saltrais lo someteré al reconocimiento de un vigilante…

—De la Salpêtrière, sí —continuó el secretario, cortante, que no me daba cuartel. Me di cuenta entonces de que no buscaba explicaciones, sino que se estaba limitando a fingirlo para justificar una decisión que ya tenía tomada—. ¿Dónde está, por cierto, ese presunto detenido?

—En lugar seguro —contesté seco, viéndome ya en una encerrona pero sin alcanzar a entrever en qué consistía.

—¿Esa elusiva respuesta significa que no está usted dispuesto a revelar su paradero para que podamos confirmar su existencia y su detención? —intervino De Crosne.

—¿Confirmar? —me revolví—. ¿Pone usted en duda mi palabra o se trata simplemente de ofenderme? No revelaré su paradero por su propia seguridad. Pero existe y está detenido y no consiento que se ponga en duda.

—¡No consiente! —se burló el secretario, sonriendo—. Bueno, marqués. Basta. Ya que usted se mueve por convicciones personales, comprenderá que yo también lo

haga. Tengo la convicción personal de que está protegiendo al conde de Coboure por motivos de amistad personal, lo cual no puedo consentir. Y tengo la convicción personal de que para encubrirlo ha acusado sin prueba alguna al vizconde de Saltrais, lo que tampoco puedo consentir. De forma que, con la autoridad que la reina me ha conferido —añadió elevando el tono— he levantado la orden de arresto dictada contra el vizconde de Saltrais y he dictado esta otra contra el conde de Coboure, de la que le hago a usted entrega —pronunció con solemnidad mientras extendía su brazo derecho en toda su longitud, apuntándome con el amenazante documento—, la cual deberá ser debidamente cumplida en el plazo máximo de tres días. En caso contrario, el señor De Crosne se encargará de hacerlo, pero entonces tendrá también en su poder una orden de arresto contra usted por desacato al rey. ¿Lo ha entendido?

Quedé mudo, mirando el hosco rostro de ambos hombres, sin acabar de creerme lo que me estaban diciendo.

—Comete usted un gravísimo error —fue todo lo que se me ocurrió replicar.

—Permita que lo ponga en duda. Le recomiendo que no lo cometa usted y que cumpla con su deber.

Vizconde De Saltrais

Faltaban dos días para la ceremonia de la apertura de los Estados Generales. Era el 2 de mayo de 1789. Aquel día, sábado, los miembros elegidos en representación de los tres órdenes íbamos a ser presentados ante el rey: primero los pertenecientes al clero, después los de la nobleza, y por último los del estado llano. Y yo iba a poder participar, después del milagroso levantamiento de la orden de arresto dictada contra mí. Casi no podía creer en mi buena estrella mientras subía, junto con los demás diputados de la nobleza, la escalera de la Capilla Real, la entrada al Palacio de Versalles que nos había sido asignada.

Formábamos una alborotada y ruidosa procesión. Para muchos de los que se agolpaban a mi alrededor, ataviados con sus trajes de gala de casaca negra bordada con hilos de oro, cuellos y puños de encaje, capa de seda y sombreros de plumas, ésta era la primera vez que iban a ser presentados ante el rey. Toda una aspiración para cualquier noble, por muchas voces que se hubieren alzado contra el soberano.

La escalera nos condujo hasta el Salón de la Capilla, situado en la primera planta, desde el que podía observarse toda la espléndida nave de la iglesia, y de éste pasamos al espacioso Salón de Hércules, contiguo al anterior. Ahí se produjo el primer atasco. El joven marqués Dreux-Brezé, que ostentaba el título de gran maestro de ceremonias, tenía el ingrato deber de recibir a los componentes de la horda de visitantes, y lo hacía, además de con la lentitud propia de todo burócrata, con la altivez y paciente desgana de quien debe organizar a un grupo de provincianos

ignorantes del protocolo de la corte. Pero mis colegas no estaban dispuestos a dejarse tratar con el mínimo desaire. Sabiéndose despreciados por los cortesanos, pero conscientes de su importancia por su condición de diputados de los Estados Generales, hablaban fuerte y ostentaban, en general, una actitud protestona e intolerante. Era pues un ambiente ruidoso y confuso el que creábamos con los hombros erguidos y la voz recia, mientras el marqués de Dreux-Brezé intentaba superar las dificultades de ordenarnos por bailías, esfuerzo que estaba ralentizando la entrada y que originó airados reproches. Y éstos se convirtieron en encendida indignación cuando el maestro de ceremonias pretendió impedir el paso a los que no vistieran el traje de gala preceptivo, pues había sido precisamente la tardanza de la corte en especificar sus detalles lo que había impedido a algunos encargarlo con la suficiente antelación. El tono de las protestas fue tan elevado que el mismo Luis XVI fue informado del episodio, y el sentido común provino de él, quien manifestó que recibiría con placer a los miembros de la nobleza fuera cual fuese la indumentaria que llevasen.

Por fin quedó el cortejo organizado y pudimos ponernos en marcha, con Dreux-Brezé a la cabeza, recorriendo, uno tras otro, los suntuosos salones del Palacio de Versalles hasta el gran Salón de los Espejos. Allí estaba formada la corte, separada en dos hileras de cortesanos, entre los cuales avanzamos. Nos miraban éstos con soberbia curiosidad, que demostraba lo poco conscientes que eran de su propio descrédito. Pero su estupidez me tenía sin cuidado, y si los miraba con atención era porque buscaba entre ellos un rostro en particular.

La procesión estaba desfilando ya ante el rey. Estaba éste en su gabinete, de pie, entre sus hermanos el conde de Provenza y el conde de Artois, con los demás altos dignatarios detrás de él. Un ujier pronunciaba el nombre de cada diputado, éste marcaba una reverencia ante Su Majestad, y continuaba la marcha para no interrumpir el cortejo. Por la mañana habían desfilado los miembros del clero, y después lo harían los del Tercer Estado.

Estaba a punto de traspasar la puerta de la Galería de los Espejos que conducía al gabinete del rey, cuando de pronto lo vi. Estaba en segunda o tercera fila, blanco como el papel, la ira y la incomprensión reflejados en la mirada que tenía clavada en mí. Marqué un cortés saludo con la cabeza, cargado de burla y de intención. El color del rostro de Courtain pasó del blanco al rojo, y entonces sonreí, lo que provocó que reflejara la rabia e impotencia que le podía suponer.

El gesto tenía su objetivo. Courtain aún no debía de sospechar que yo estaba detrás de toda aquella maniobra. Debía de pensar que el vuelco que había dado la situación se debía a las conclusiones erróneas a las que había llegado el lugarteniente de policía al examinar el expediente. Y no quería que, en su caballerosa ingenuidad, creyera que todo se debía a un mero error interpretativo y que razonables

explicaciones y motivos de justicia devolverían la situación a su cauce. Porque de ser así, era capaz de desgastarse ante el despacho de De Crosne y del propio secretario de la reina, o incluso ante ésta misma, hasta convencerlos de sus razones. Era necesario que supiera que todo era un complot, y que como tal no cabían explicaciones ni razonamientos. O Bramont era detenido en el plazo indicado, o lo sería por la policía.

Por eso había querido que me viera. Por eso lo había provocado, para que aquel hombre, que no era tonto, pero sí impulsivo, irreflexivo y temperamental, y que ya estaba siendo vigilado por agentes secretos de policía, se cegara por la ira y la impaciencia y actuara sin pensar, cayendo de cabeza en mi trampa.

André Courtain

Cuando vi a Saltrais, lo entendí todo. Lo creía en Auvernes, escondiéndose de mí, y ahí estaba, restregándome en la cara su recién ganada impunidad, cuando yo apenas acababa de salir del despacho donde se la habían concedido.

Impaciente, notando una rabia creciente que hacía cada vez más insoportable la inactividad, esperé a Bramont a la salida de la procesión del Tercer Estado. Por fin, tras lo que me pareció una eternidad, surgieron del edificio los comunes como una riada negra, pues tal era el color de su indumentaria.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando me acerqué a él, al ver mi expresión transpuesta.

Lo llevé hasta un lugar apartado y por toda contestación le alargué la orden que había recibido. La desplegó ante sí con extrañeza y la leyó. Permaneció con la vista fija en el papel tiempo después de haber terminado su lectura. Luego, con lentos movimientos, la enrolló de nuevo y me la devolvió.

—Se la puede quedar —rechacé.

—¿Va a detenerme ahora? —preguntó.

Su sola suposición de que yo fuera capaz de cumplir aquella orden contra él me dejó desconcertado. Yo confiaba plenamente en Bramont, no había nadie a quien considerara más fiable, pero, al parecer, esa confianza no era mutua.

—Tiene que huir —me limité a decir—. Esto es una maniobra de Saltrais. No sé de qué influencias se ha valido, pero detrás están el secretario de la reina y el lugarteniente general de policía. Si no lo detengo yo en el plazo que indica, lo harán ellos.

Bramont sonrió sombrío.

—Vaya —se lamentó—. Yo que estaba empezando a creer que me había preocupado en exceso viéndome involucrado en este asunto…

—No es tiempo de caer en el victimismo, conde. Hay que actuar —lo incité.

—Ah —murmuró molesto—. Actuar. ¿Y cómo sugiere que actúe?

—Ya se lo he dicho. Tiene que huir.

—Si huyo, lo responsabilizarán a usted.

—Ya lo he pensado. Se escapará mientras intento detenerlo. Lo haré con mucha parafernalia por la puerta principal de su residencia, y mientras usted huirá por la de atrás. Me tildarán de incompetente, pero a eso ya estoy acostumbrado. Sólo hemos de acabar de perfilar los detalles.

Bramont bajó la vista y no replicó. Esperé unos instantes, pero como lo vi absorto, exclamé, ansioso:

—¿Y bien?

—Hay que pensarlo con calma —dijo amortiguadamente.

—Bramont…, no hay nada que pensar, no hay otra salida.

—Mañana encontraré el modo de ponerme en contacto con usted —dijo, iniciando su retirada. Había avanzado ya un par de pasos cuando se volvió hacia mí —. Ah, y gracias por la advertencia.

Charlotte Lymaux

No volvió. Ni siquiera me advirtió de que no lo haría. Sólo había estado conmigo una noche, la de su llegada a París, cuando vino a pedirme ayuda, cuando necesitaba que lo ocultara y le consiguiera la entrevista con De Crosne. Me había amado una noche. Debía de imaginar que con ello había pagado el precio por los favores recibidos. Y ahora que había conseguido su preciada libertad gracias a mí, ahora que no me necesitaba, me dejaba de lado de nuevo sin una sola palabra, sin ni siquiera prever que pudiera estar esperándolo, como así era. Y como no creía que lo hiciera por maldad o crueldad, la única explicación es que él ya había dejado de pensar en mí, me había olvidado por completo.

Creía que ya estaba inmunizada. Creía que con la madurez me había hecho fuerte, que había conseguido enterrar mis ilusiones. Pero allí, de pie junto a la ventana desde la que había estado esperando la llegada de su carruaje, toda la amargura enterrada durante los últimos años brotó. Me permití soltar unas lágrimas de rabia, de amor propio herido y de frustración.

Cuando me hube tranquilizado, me lavé la cara, esperé hasta que los rastros del llanto hubieron desaparecido, me cubrí con mi capa y pedí mi carruaje.

Paul Bramont, cuyos besos aún recordaba, no merecía convertirse en otra víctima de Denis. Y yo me había hartado de ser inofensiva.

Lucile De Briand

Hacía muy poco que había tenido la ocasión de conocer a la reciente esposa de Paul. Cualquier mujer que hubiese contraído matrimonio con él habría despertado mi curiosidad, pero Marionne Miraneau lo hacía más de lo que lo hubiese hecho cualquier otra, porque hacía tiempo que oía hablar de ella y siempre con relación a acontecimientos impactantes: su detención e interrogatorio, su intervención salvadora en el ataque de André, la decidida regencia del negocio paterno…

Hubiese deseado asistir al enlace, mas mi embarazo me lo impidió, pues no podía viajar. Y al parecer me perdí la boda del año, porque los ecos del enlace aún resonaban en París cuando volvimos a la capital. Y no precisamente en sentido favorable a ella. Excepto su belleza, cuyo reconocimiento no tenía detractores, se referían sus sencillos orígenes y se presuponía el interés, por su parte, como causa de su casamiento; críticas que, sin embargo, no impedían que todo el mundo hablase en todas partes de la nueva condesa de Coboure.

Como yo no podía formarme una opinión personal, recabé la de André. Éste, fiel a su estilo, no se había enterado de ninguno de los malévolos comentarios que se decían al respecto, de forma que, cuando se los participé, se indignó a niveles inesperados. Por su cólera y la defensa a ultranza que de ella hizo, deduje que la había colocado en el altar de los intocables. Lo que ella había hecho por él era determinante en su consideración; que además fuera la mujer de Paul Bramont la convertía en objeto de veneración. Valentía, lealtad, arrojo, entereza, ésos eran sus fundamentales atributos, que en la expresión de André alcanzaban la categoría de virtudes absolutas.

Así que, a esas alturas, mi deseo de conocerla había alcanzado ya el grado de necesidad. ¿Cómo era? Nada más aposentarnos en la residencia que la baronesa nos había cedido, sugerí organizar un pequeño convite para celebrar nuestro regreso. No podíamos permitirnos un gran dispendio, de forma que los invitados apenas alcanzaron el número de diez, y entre ellos se encontraban, por supuesto, los condes de Coboure.

Y Marionne Miraneau apareció, por fin, ante mí. En un primer instante no se me antojó tan hermosa como decían, lo que me reconfortó algo, y esa beatífica impresión me indujo a saludarla con calidez, a lo que ella respondió con modoso agradecimiento y sonrojo, grata reacción que me incitó a acentuar mi manifestación de afectuosa bienvenida. Pero mi primera apreciación había sido engañosa. Había oído ensalzar tanto su hermosura que esperaba que ésta fuera agresiva, imponente, de las que dejan impresionado a primer golpe de vista. Y no era el caso. La suya era una belleza dulce, gentil, de las que calan poco a poco, como agua filtrándose en suelo poroso, de forma que el confiado interlocutor, tras departir con ella, quedaba encandilado sin comprender muy bien lo que le había ocurrido. Y de ese encanto fui yo también víctima. Durante la cena no pude dejar de observarla con disimulo, y

cuando terminó, no resistí la tentación de acercarme a ella a conversar. Me senté a su lado en el sofá y principié por felicitarla por su matrimonio. Ella tuvo el acierto de darme la enhorabuena por mi reciente maternidad y de preguntarme por el niño, y dado lo que me pareció su sincero interés, acabé por conducirla al dormitorio del pequeño, en cuya penumbra ambas nos introdujimos con sigilo para observar al angelito entregado a su relajado sueño. El rostro de Marionne se enterneció al mirarlo, y desde ese instante la coloqué, yo también, en el altar de los intocables.

Pero ahora debíamos encontrarnos por una cuestión muy distinta.

Vislumbré su silueta donde habíamos convenido, ante la catedral de Notre Dame. Nos saludamos y paseamos por sus alrededores, en apariencia con tranquilidad y aire ocioso. Pero yo le estaba trasladando el plan de André, y Marionne a mí, a su vez, las reflexiones a las que Paul y ella habían llegado tras una madrugada de insomnio. Éramos nosotras las que debíamos intermediar en la comunicación entre ellos, porque la víspera Paul se había enterado, gracias a una confidencia de su ex amante, Charlotte Lymaux, de que ambos estaban siendo vigilados.

Si a mí me había angustiado la preocupación, en Marionne descubrí un espíritu aún más atormentado. André corría peligro, pero cabía la esperanza de que se librara del riesgo que lo amenazaba. El destino de Paul, sin embargo, le era en todo caso perjudicial. En el peor de los supuestos sería detenido, pero en el mejor debería huir, refugiarse en un país extranjero. Intercambiamos los mutuos planes, perfilamos sus detalles, y cuando nos separamos tres horas después, mi nerviosismo e inquietud no podían ser mayores.

Capítulo XXVI

Informe de los agentes Riseau y Monteará sobre las actividades del conde de Coboure el 3 de mayo de 1789

[…] Tal y como se nos había ordenado, estuvimos vigilando la residencia del conde de Coboure durante toda la madrugada del 2 al 3 de mayo, sin que nada señalado ocurriese.

En la mañana del 3 de mayo, hacia las nueve horas, Paul Bramont se trasladó en carruaje hasta el muelle de Orsay, que recorrió después a pie un trecho, hasta detenerse frente a una barcaza atracada en la orilla del Sena, de unos cien pies de eslora, de color negro, con una caseta cerrada en cubierta. Pareció estudiarla y dio voces al barquero para que se le aproximara. Estuvieron conversando unos minutos y al cabo el conde le entregó unas monedas.

Tras ello, el agente Riseau, quien suscribe el presente, lo siguió, pero el sospechoso se limitó a regresar a su residencia, de donde no volvió a salir en todo el día. El agente Montcard, por su parte, interrogó al barquero, pudiendo enterarse de que el conde había alquilado para la noche siguiente, 4 de mayo, la barca, que el interrogado debía conducir por el Sena hasta unas cinco millas de París.

Lo anteriormente narrado es compatible con la posibilidad de huida del conde por el Sena en la noche del 4 de mayo, de lo que se da cuenta a los efectos de la adopción de las medidas de prevención oportunas.

París, a tres de mayo de 1789

Extracto de las Memorias de Paul François Bramont, conde de Coboure

El 4 de mayo tuvo lugar el acto solemne de celebración de la apertura de los Estados Generales. Todos los diputados habíamos sido citados en la iglesia de Notre Dame, situada en la parte antigua de la ciudad de Versalles, y de allí nos trasladaríamos en formal y protocolaria procesión hasta la iglesia de Saint-Louis, donde se celebraría la misa solemne que bendeciría la apertura de los Estados.

Al fin había llegado el gran día. El día esperado por toda una nación y reivindicado durante meses. Era lunes y durante todo el fin de semana la ciudad de Versalles había estado recibiendo visitantes procedentes de todas partes, que querían acudir como público a la ocasión. Las pensiones, hoteles, casas de huéspedes… estaban completos, pues, además de al público, debían asimismo acoger durante varias semanas, quizá durante meses, a la gran mayoría de los mil doscientos diputados de los Estados Generales. Sin embargo, los de la ciudad de París no

participarían en la procesión de ese día, pues las elecciones de la capital se habían retrasado mucho y aún no habían concluido.

En torno a la iglesia de Notre Dame, construida por orden de Luis XIV cuando el palacio sólo disponía de una capilla, nos acumulamos los diputados a la espera de que se nos asignase el lugar que debíamos ocupar en el interior del templo. Era una cargada sobreexcitación la que dominaba mis colegas, los miembros del Tercero. Creíanse, o quizá debiera decir más exactamente, sabíanse, los verdaderos representantes del pueblo, los llamados a regenerar todo un sistema político, aquellos sobre cuyos hombros caía la enorme responsabilidad de vencer la férrea oposición de los privilegiados a las reformas y la vulnerabilidad y debilidad del monarca. Eran en su mayoría inexpertos en política, llegados de todos los rincones de Francia, abogados y notarios locales, cargos administrativos de poca relevancia, médicos, librepensadores sin experiencia de gobierno, que debían enfrentarse al alto clero y la nobleza que desde siglos dominaban todas las instituciones del Estado. Se habían alejado de sus familias y de sus hogares, dejado sus trabajos, profesiones y oficios, y de percibir los ingresos que éstos les reportaban; habían tenido que destinar fondos económicos que quizá no tenían a alquilar una habitación en un hotel o una casa de alquiler en Versalles. A pesar de esos sacrificios, sentíanse honrados con el cargo que ostentaban, pues eran conscientes de la carga histórica de aquella crucial institución de la que iban a formar parte. Estaban insuflados de energía, de entusiasmo y de fuerza, y a su vez de una desasosegante inquietud, nerviosismo y temor al fracaso. ¿Qué pasaría si nada conseguían, si los privilegiados ganaban al fin y los Estados se disolvían sin apenas cambios? ¿Y qué era, en concreto, lo que perseguían conseguir? ¿Una nueva Constitución, un nuevo Régimen? ¿No era acaso una ambición descabellada?

En ese estado de alteración cualquier detalle los exasperaba. Haber sido citados a las siete de la mañana, tres horas antes de la llegada del rey, fue interpretado por algunos como una muestra de servidumbre intolerable. Otro de los motivos de amarga queja fue la diferente indumentaria que había sido establecida para distinguir a los diferentes órdenes: los cardenales debían vestir con su capa roja; los arzobispos y obispos con collar y sotana violeta; los nobles con adornos en hilos de oro sobre sus trajes negros y alados sombreros de plumas; el Tercero, por el contrario, debía vestir sencillamente de un riguroso negro, medias y corbata incluidas. Para algunos, una nueva humillación, una muestra más del intento de rebajar la importancia de los diputados del Tercero frente a los privilegiados.

En cualquier caso, si el trato despectivo, la sencilla indumentaria o el ostentoso y deslumbrante cortejo del rey y de la reina, llegando en sus carrozas de gala acompañados por todos los príncipes y princesas de sangre y custodiados por los guardias suizos, pudo crearles algún sentimiento de inferioridad o complejo, éste

quedó inmediatamente superado en cuanto la procesión se puso en marcha. Las calles estaban repletas de un público festivo, entusiasmado, adornado con flores, plumas, sombreros y pañuelos que agitaban al paso, amontonado tras la fila de guardias franceses y suizos que guarecían el camino por el que debíamos pasar, y abarrotando las ventanas, balcones, tejados, desde los que exhalaban sus gritos y vítores. Y éstos no se dirigían ni al clero ni a la nobleza. Tan sólo el Tercer Estado levantó el clamor popular, tan sólo sus diputados fuimos objeto de apasionados saludos y proclamas desde la misma salida de Notre Dame hasta la llegada a la iglesia de Saint-Louis. Ninguno de los demás estamentos recibió un solo «¡Viva!», una sola voz de reconocimiento o apoyo. A pesar de sus deslumbrantes indumentarias, de su inflamada importancia, fueron completamente ignorados, y pudo comprobarse que la afirmación del Tercero de que él era el verdadero representante de la nación no era mera presunción.

En la iglesia de Saint-Louis se celebró la obligada y solemne misa y soportamos el tedioso discurso del obispo de Nancy, que duró una hora y media. Tras las correspondientes bendiciones, la ceremonia se dio por concluida.

Mañana tendrá lugar la verdadera sesión de apertura de los Estados Generales. Lo de hoy no ha sido más que una ceremonia previa de celebración. Pero yo no tendré el gusto de relatar ese acontecimiento, porque no podré estar allí presente, muy a mi pesar. Asuntos personales ajenos al contenido de estas anotaciones me lo van a impedir, y sólo puedo consignar cuánto lamento que haya de ser así.

Informe de los agentes Riseau y Montcard sobre la huida del conde de Coboure el 4 de mayo de 1789

En la mañana del 4 de mayo seguimos al conde hasta Versalles, donde participó junto con el resto de diputados en la procesión de apertura de los Estados Generales. Terminada ésta, lo vigilamos estrechamente ante la posibilidad de que aprovechara la coyuntura para no regresar ya a Paris e iniciar su huida. No obstante, el temor no se confirmó, pues volvió a su residencia.

Acechamos ésta durante horas sin novedad. Pero hacia las tres de la madrugada, una calesa sencilla se detuvo frente a una puerta lateral del edificio y fue cargada con un baúl por dos sirvientes. Al poco, un hombre cubierto con capa y sombrero subió al vehículo.

Siendo más que sospechosa tal actuación, seguimos al coche que, como conjeturamos la víspera, se dirigió al Sena. A la altura del Pont Royal, el sujeto bajó, seguido por los dos sirvientes que cargaban el baúl, y descendió al muelle de Orsay.

La barcaza que habíamos visto la víspera estaba atracada en el lugar esperado. El conde y dos sirvientes subieron a bordo sin necesidad de intercambiar palabra alguna

con el barquero, que se apresuró a soltar amarras. El sospechoso se ocultó rápidamente en el interior de la caseta y la barca inició su avance por el río.

Dada la situación, el agente Montcard partió al galope hacia un punto previamente establecido, al final de la Cours de la Reine y frente a la île des Cygnes, donde lo esperaba una patrulla de la Guardia Francesa dispuesta allí por si se cumplía la hipótesis de la huida del conde por el Sena. Al llegar a destino, encontró al sargento Sincard con sus hombres, a quien advirtió de lo ocurrido.

París, a cinco de mayo de 1789

Informe del sargento Sincard de la Guardia Francesa sobre la detención del conde de Coboure

[…] Tras escuchar el informe del agente Montcard, ordené el bloqueo del río en el punto más estrecho, entre la orilla en que nos encontrábamos y la île des Cygnes. Para ello cinco barcas ya preparadas maniobraron hasta quedar atravesadas a lo ancho del río, de forma que todo paso quedó trabado. A esas horas el tráfico fluvial era escaso, pero aun así tuvimos que obligar a detenerse a un bote que circulaba en sentido contrario. Sobre las barcas distribuí a mis hombres en estado de alerta.

A los veinte minutos vislumbramos la barcaza negra. La noche era clara, pero a pesar de ello el barquero no divisó la barrera hasta que estuvo demasiado cerca para maniobrar. Mis hombres lo apuntaron a la voz de mi mando y le ordené el alto. El sujeto pareció espantado al verse blanco de diez fusiles y levantó los brazos en señal de rendición. Le ordené que atracara, y a mis hombres replegarse hasta allí sin dejar de apuntarle. Cuando la nave arribó, la abordé con cinco guardias; los otros cinco nos cubrían desde tierra. Mientras uno de ellos se bastaba para detener y maniatar al barquero, que no ofreció resistencia alguna, conminé desde el quicio de la puerta de la caseta a quienes estuvieran en su interior a que se entregaran. Tras repetir la amenaza, un caballero salió al exterior. Su porte era altivo y grave. Cuando le informé de que debía proceder a su detención, pues existía una orden contra él, nada replicó y se sometió al arresto sin oponer resistencia.

El señor Paul François Bramont, conde de Coboure, ingresó en la prisión del Châtelet a las seis y diez minutos de la mañana del cinco de mayo de 1789.

De ello informé seguidamente al señor De Crosne, cual tenía encomendado.

París, a cinco de mayo de 1789

Informe del sargento Sincard sobre la detención del marqués de Sainte-Agnès

Tras la detención del conde de Coboure, el lugarteniente de policía, señor De Crosne, me entregó una orden de arresto, firmada por el secretario de la reina y fechada la víspera, contra el marqués de Sainte-Agnès, y me ordenó que procediera a su ejecución de manera inmediata.

Acudí con mis hombres a la residencia del marqués en la isla de Saint-Louis. Eran las siete de la mañana. Nos abrió la puerta un sirviente, abordamos la casa y le ordené que me condujera hasta el señor André Courtain. Nos llevó hasta el dormitorio, en el que irrumpimos. El marqués estaba en el lecho en ropa de cama junto a una dama que no se identificó y a quien no se pidió identificación, y expresó indignadas protestas por la incursión. Le notifiqué la orden de arresto, a la que no quiso dar crédito y que solicitó leer por sí mismo. Cuando al parecer reconoció la firma, quedó aún más perplejo. Preguntó entonces si el conde de Coboure había sido detenido. Le contesté que no estaba autorizado a facilitarle dicha información. Pidió permiso para que la dama se retirara y él pudiera vestirse. Se le concedió lo primero pero no lo segundo, salvo para cubrirse con su capa y calzarse. Se le maniató y se procedió a su arresto.

El señor André Courtain, marqués de Sainte-Agnès, ingresó en prisión del Châtelet a las ocho y treinta y cinco minutos de la mañana del cinco de mayo de 1789.

París, a cinco de mayo de 1789

Lucile De Briand

Apenas hube visto desaparecer por la ventana de mi dormitorio el carruaje de detenidos en el que habían encerrado a André, me precipité hacia mi *secrétair*. y extraje la carta a medio redactar que tenía ya preparada y a la que sólo debía añadir los recientes acontecimientos desconocidos la víspera, cuando la inicié. Veinte minutos después un mensajero salía al galope hacia Versalles con la instrucción de entregarla lo antes posible en mano a la princesa de Lamballe y con una gratificación extraordinaria si lo lograba en menos de dos horas.

Posteriormente me vestí y yo misma partí en carroza hacia Versalles. Este medio de transporte era bastante más lento que el caballo y era esencial que la misiva llegara lo antes posible, de ahí que hubiese adelantado al jinete.

El tráfico en el interior de esta ciudad era lento, pues muchos curiosos permanecían aún en ella tras la ceremonia de apertura de los Estados celebrada el día anterior. Ese acontecimiento era uno de los posibles obstáculos. ¿Tendría eco mi llamada de auxilio en medio del estruendo de aquel suceso?

Me dirigí directamente a los apartamentos de la princesa de Lamballe. Había salido, me informaron, haría media hora. ¿Había llegado mi mensaje? Sí, fue la

respuesta. La señora había salido al leerlo. ¿Podía esperarla allí? Por supuesto, aunque pudiera ser que estuviera ausente durante horas…

Me senté y esperé, nerviosa. Por fin, hacia mediodía, Marie Thérèse entraba por la puerta. Apenas me vio se lanzó a abrazarme.

—¡Mi querida amiga! —exclamó trágica—. ¡Qué cosa tan horrible! ¿Cómo ha podido ocurrir algo tan disparatado! ¡El marqués, detenido! Pero ¿qué ha ocurrido?

—¿Le has dado la carta a la reina? —pregunté impaciente, sin apenas entregarme a su abrazo.

—Claro, querida, por supuesto, he salido disparada en cuanto he leído tu misiva. María Antonieta quedó pasmada al saber lo ocurrido y me dijo que esperara noticias suyas. De momento no podemos hacer nada más. ¿Has comido?

La miré como si hubiese dicho un dislate. ¿Comer? Intenté serenarme, consciente de que mostrar histeria no iba a ayudar en nada. Yo no pasé bocado, pero acompañé a mi amiga durante su frugal almuerzo, obligándome a mantener una correcta compostura, aunque nunca me había costado tanto permanecer enhiesta en una silla. Su congoja, al contrario que la mía, parecía haber desaparecido por completo mientras comentaba a mis oídos sordos y desinteresados los últimos chismorreos. Pero por fin llegaron, como había predicho, noticias de María Antonieta. Nos citaba en el gabinete del rey a última hora de la tarde.

Llegado el momento, acudí acompañada de Marie Thérèse, mi inestimable embajadora. Había ya oscurecido. En la antesala confluimos con el secretario de la reina y con el marqués De Launay, gobernador de la Bastilla, pero apenas intercambiamos breves saludos. Cuando estuvimos los cuatro, nos hicieron pasar. En el interior nos esperaban Luis y María Antonieta. Tras las preceptivas reverencias, el rey, sentado tras su mesa escritorio, dijo, dirigiéndose al secretario:

—Veamos, me han informado de que el marqués de Sainte-Agnès ha sido detenido por una orden suya. ¿Es cierto?

El secretario arqueó las cejas, sorprendido, y me miró con altivo reproche. Era evidente que hasta ese instante no había sabido, ni siquiera adivinado, cuál era el motivo de su citación. Tras la sorpresa inicial enrojeció devolviendo la mirada al monarca.

—Así es, sire —se envalentonó—. El marqués ha cometido traición contra la reina y era mi obligación…

—¿Se había informado a la reina de esa supuesta traición y de que se iba a detener al marqués?

El secretario eludió mirar a María Antonieta que, de pie junto a su esposo, contraía levemente los labios.

—No quise molestar a Su Majestad con un asunto tan desagradable precisamente cuando Sus Majestades tienen tan trascendentes temas entre manos y tan grandes

preocupaciones.

—Puede que consideremos al marqués un tema trascendente —replicó Luis—. Eso no es algo que deba juzgar usted. Como bien recordará, fui yo mismo quien le encargó la investigación de la fuga de la señora de La Motte y puede fácilmente suponerse que sólo yo puedo quitarle las atribuciones que le di. Porque otra cosa que he oído es que ha apartado usted al marqués de la investigación del caso y se la ha traspasado al señor De Crosne, precisamente a quien yo descarté para llevar este asunto, y todo ello sin consultarme, ni a mí ni a la reina. Dígame, ¿qué autoridad creía usted que tenía para ello?

El secretario empezaba a transpirar y, con evidente sofoco, optó por marcar una profunda reverencia.

—Sire, os debo a vos y a la reina una disculpa. Mi única excusa es que me dejé arrastrar por el celo. En cuanto supe que el marqués había cometido un acto de traición, mi indignación fue tal que sin pensar siquiera…

—¿Qué acto de traición? —no pudo contenerse más María Antonieta—. ¿Podemos saber cuál fue ese acto que le hizo a usted olvidar a quién debe obediencia?

—Sí, Señora —replicó sumiso el soberbio secretario—. Analizando el expediente de la fuga descubrí indicios de culpabilidad del conde de Coboure, contra quien, sin embargo, el marqués no había adoptado ninguna medida. Para tener la seguridad de que no lo estaba encubriendo, dicté contra Paul Bramont una orden de arresto que entregué en mano al propio marqués, e hice vigilar a ambos. Como sospechaba, el marqués advirtió al conde aquella misma noche, y dos días después el segundo intentó huir sin que el primero adoptara medida alguna para impedirlo. El conde fue detenido *in fragant*. durante su huida por los agentes de De Crosne y encerrado en el Châtelet. Encubrir a un culpable, ignorar una orden de arresto que tiene el deber de ejecutar y advertir al presunto delincuente para que huya, máxime cuando se tiene encargada la investigación del caso precisamente por el rey es, a mi juicio, traición, y por eso ordené su arresto inmediato sin ni siquiera tiempo de poderlo comentar con Sus Majestades no fuera a ser que huyera también.

—Pues parece que hay versiones contradictorias —dijo Luis, a quien el relato del secretario no parecía haber impresionado lo más mínimo—. ¿Tiene usted algo que aclarar al respecto, señor De Launay? —preguntó dirigiéndose al gobernador de la Bastilla.

—Sí, sire. La noche del 4 de mayo el conde de Coboure se presentó en la Bastilla a entregarse pues, según manifestó, le había sido notificada por el marqués de Sainte-Agnès una orden de arresto contra él firmada por el secretario de la reina, orden que me dio. La he traído por si Sus Majestades quisieran verla.

—Nosotros no —declinó Luis—, pero quizá usted —continuó, dirigiéndose al

secretario— quiera comprobar si es la que firmó.

La expresión del secretario se había fundido. Intentaba mantener una serenidad imposible dándose cuenta de la trampa que se le había tendido. También debió de comprender que los Monarcas habían sido informados de todo con carácter previo a aquella reunión, como así había sido mediante mi carta, pues era la única forma de explicar la presencia allí del gobernador de la Bastilla.

—Así pues, señor —intervino lacerante María Antonieta—, parece ser que no se ha enterado usted de nada. Permitió que el señor De Crosne arrestara a un desconocido y lo encerrara en el Châtelet cuando hacía horas que el conde de Coboure se había entregado voluntariamente al gobernador de la Bastilla. Y no contento aún con tanto desatino dictó usted una orden de arresto contra el marqués acusándolo falsamente de traición. Dígame, ¿tiene usted idea de a quién tiene el señor De Crosne encerrado en el Châtelet?

El secretario mantuvo un derrotado y contrito silencio. Al cabo pronunció:

—Es obvio que he sido deliberadamente engañado con ánimo de hacerme errar.

—Y es obvio que quien haya tenido tal intención lo ha conseguido con absoluta facilidad —lo castigó María Antonieta.

—Bien —concluyó Luis—, supongo que sabe lo que tiene que hacer.

—Preferiría no dejarlo a mi torpe deducción, sire.

—Pues está claro. Deje en libertad al marqués y restitúyalo en sus funciones hasta que la reina o yo ordenemos lo contrario.

—Se hará conforme a vuestra voluntad, sire —reverenció el humillado secretario.

André Courtain

Había sido encerrado en una celda individual de la prisión del Châtelet. Podía dar medio paso a lo ancho antes de toparme con el catre, y dos para recorrer la estancia a lo largo. Me faltaba el aire, que apenas parecía entrar por el mísero ventanuco enrejado. Rezaba para no tener que pasar un solo día más en aquel horrible lugar. ¿Cómo podían sobrevivir los demás presos? ¿Cómo se podía vivir sin libertad?

Cuando por fin oí el cerrojo de la puerta y apareció en su umbral el secretario, supe que el plan había funcionado, al menos en su primera parte.

La idea había sido de Bramont. Se enteró de que su huida era lo que esperaban que organizáramos para poder detenerme a mí y apartarme del caso, y de que ambos estábamos siendo vigilados, de modo que una posible fuga era sumamente arriesgada. ¿Y qué pasaría si ellos conseguían su propósito? Seríamos encarcelados sin esperanza alguna de liberación, pues ni De Crosne ni el secretario tendrían el mínimo interés es aclarar una situación que comportaría reconocer que ellos estaban equivocados y yo en lo cierto. La dejarían así hasta que fuéramos juzgados sin pruebas que defendieran

nuestra inocencia.

Por tanto Bramont pensó que la única baza que podíamos jugar era la de conseguir que yo siguiera en la investigación. Para ello era necesario desacreditar a De Crosne, que el secretario hiciera el ridículo por culpa de éste, y que mi autoridad saliera reforzada de todo ello. De ahí la huida ficticia protagonizada por Rocard, el secretario de Bramont, a fin de provocar la errónea detención y, aún peor, la evidente falsa acusación levantada contra mi por el secretario. El plan era arriesgado porque tenía un factor azaroso: la intervención de María Antonieta. Mi autoridad sólo podía ser restituida por ella, y la reina tenía demasiadas graves preocupaciones en esos momentos como para poder tener la certeza de que se ocuparía de mí. Afortunadamente había mantenido una entrevista personal con ella hacía poco, por lo que tendría mi recuerdo reciente, y le había expuesto con sinceridad el resultado de mi labor. Si ella nos fallaba, estábamos perdidos los dos; por ello mi angustia durante las últimas horas había rayado el desespero.

—Tétrico lugar —comentó el secretario echando un rápido vistazo mientras se descubría—. Supongo que me esperaba. Ciertamente lo he menospreciado. Se ha burlado de mí y me ha puesto en entredicho ante los reyes. Lo felicito.

—Usted me ha encarcelado —respondí agrio.

—Por poco tiempo. He venido, como sin duda habrá usted previsto, a devolverle su libertad. Es usted libre.

—Gracias.

—Pero antes de que nos separemos quisiera aclarar algunas cosas —añadió mirándome por vez primera a los ojos—. El rey me ha ordenado su libertad y que lo reponga en la investigación, pero nada más. Así que mantendré la prisión del conde de Coboure y la revocación de la orden de arresto contra el vizconde de Saltrais.

—El vizconde es culpable y Bramont inocente.

—Puede ser, ¡pero tendrá usted que demostrarlo! —estalló—. No ha menoscabado mi influencia tanto como cree, y no se burlará de mí una segunda vez. No voy a consentir que siga dilatando este asunto negligentemente como ha hecho hasta la fecha. Sé que el conde es amigo suyo. ¡Así que seguirá en prisión hasta que demuestre usted su inocencia! ¡Y Saltrais quedará libre hasta que me demuestre usted su culpabilidad! Y le aconsejo que esta vez no envíe usted a su amante a llorarle a la reina porque entonces sabrá lo que es tenerme como verdadero enemigo —me amenazó.

No le contesté. Ni siquiera objeté que si no podía detener a Saltrais no podría someterlo al reconocimiento que me serviría de prueba para sustentar una acusación formal contra él. No valía la pena desgastar argumentos con un hombre que estaba tan deseoso de castigarme como fuese. Recogí mis escasas pertenencias y, sin sensación alguna de triunfo, antes bien, con inconmensurable alivio, abandoné aquel

espantoso lugar sin dirigirle ni una mirada de despedida.

Paul Bramont La Bastilla.

Era ésta, de todas las existentes, la prisión más odiada y temida por la ciudadanía de París. Su ingrata construcción, una mole intimidatoria de ocho torres unidas por sendos muros, había sido levantada a finales del siglo XIV como una fortaleza defensiva en una de las puertas de la ciudad amurallada, la Puerta de Saint-Antoine, y de hecho había sido ciudadela militar durante bastante tiempo, hasta que el crecimiento de la ciudad la absorbió. Entonces la construcción perdió su utilidad contra ataques externos y sus cañones se convirtieron en una amenaza para la propia ciudad, pues, aunque sólo habían sido utilizados para lanzar salvas en ocasiones especiales, parecían prestos a descargarse contra la población en caso de insumisión.

Además de por esa causa, los parisinos la odiaban como prisión de Estado que era y en lo que se había convertido tras perder su papel defensivo. En ella habían sido y eran encarceladas las víctimas de las *lettres de cache*., y aunque por lo general se trataba de nobles o personajes políticos de relevancia y no de gentes sencillas, que tenían por destino las prisiones comunes, se la odiaba incluso más que a éstas por lo que representaba de tiranía y opresión. Dichas *lettres de cache*., órdenes de arresto selladas, no comportaban necesariamente un juicio posterior, de forma que el preso podía permanecer indefinidamente encerrado, a veces durante décadas, sin que nadie lo juzgara y sin que su causa se conociera. La indefensión tras aquellos gruesos muros era total para el desgraciado que en ellos caía, pues no sólo no podía hacerse oír por ningún medio, sino que además el régimen de aquella prisión imponía el máximo secretismo respecto de la identidad de los presos. Cuando un detenido traspasaba sus lindes, su nombre permanecía oculto hasta para sus propios carceleros, que lo denominaban por el de la torre en la que estaba su celda y el número de ésta, de tal suerte que nadie sabía a ciencia cierta quiénes eran los sujetos en ella encerrados, y el tiempo pasaba para éstos inexorable, olvidados del mundo exterior y del interior. El caso más legendario, por su teatralidad, había sido el del hombre de la Máscara de Hierro, en realidad un antifaz de tela, encerrado durante el siglo anterior y que había ocultado su rostro hasta su muerte en la prisión varios años después.

Tal secretismo, tal opacidad, no ayudaba a confiar en la justicia del rey. Ni tampoco el que hombres ilustrados, entre ellos el mismo Voltaire, hubiesen sido objeto de encarcelamiento en persecución por sus ideas o como castigo por sus publicaciones. Los deseos de libertad chocaban frontalmente con todo lo que aquel fantasma de piedra representaba, y ya hacía algunos años que se estaba pensando en la conveniencia de su derribo.

Pero seguía en pie, y en su interior había caído yo, en una celda del segundo piso

de la Torre de la Bertaudière.

No había elegido la Bastilla sin reflexión. Podría haberme presentado en el Châtelet o en cualquiera de las otras prisiones comunes. Había optado por ella por tres motivos: porque al ser una prisión de Estado estaba fuera de la jurisdicción de De Crosne y bajo la más imparcial de su gobernador, el marqués De Launay; porque no había en ella más que unos pocos presos, a diferencia de la masificación de la prisión del Châtelet, que por esa causa propiciaba las constantes y mortales epidemias; y, por último, porque su régimen penitenciario era algo más benévolo que el de otras prisiones comunes. Y esperaba que, quedando Courtain en libertad, yo no caería en el olvido ni en el anonimato que amenazaba a todos los encarcelados en esa prisión.

Permanecí casi cuarenta y ocho horas sin que me llegara mensaje alguno del exterior. No fue hasta la tarde del segundo día que la blindada puerta se abrió. Dormitaba yo en mi cama y me levanté como empujado por un resorte, sediento de noticias. El primero que atravesó su linde fue un carcelero, pero como se apartara a un lado como cediendo el paso a alguien, miré con expectación hasta que una alegre esperanza casi me ahoga al ver a Courtain.

Se acercó hasta mí y me tendió la mano, que me estrechó con fuerza.

—¿Lo apresaron? —pregunté.

—Sí —repuso—. En el Châtelet. Me han liberado hace dos horas. He venido directamente a verlo. —Soltó mi mano y miró a su alrededor—. Esta celda es mejor que la que yo ocupaba. Mucho más amplia. Me hubiese asfixiado allí, Bramont —confesó acto seguido, como si reconociera una debilidad—. No hubiese podido soportarlo.

—Bien. —Lo golpeé, animado, en el hombro—. Está libre. Me alegro por usted. Ahora me toca a mí.

—Sí, por supuesto —replicó—. Voy a sacarlo de aquí enseguida. He recuperado mi autoridad en la investigación. El secretario quiere mantener la prisión contra usted hasta que presente pruebas de su inocencia, pero ahora quien manda en este asunto soy yo.

Me quedé perplejo. Había abrigado la esperanza, quizá demasiado optimista, de que la libertad dictada a favor de Courtain se extendiera también a mí o, como mínimo, que no se mantuviera expresamente lo contrario. Eso no había entrado en mis cálculos. El secretario, que yo supiera, nada tenía contra mí para aferrarse a esa orden de arresto después de haber recibido la reprimenda de los monarcas. Pero, al parecer, sí lo tenía contra Courtain, y me utilizaba a mí para castigarlo y para ponerlo a prueba. Me derrumbé en una silla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Courtain.

—¡No puede ponerme en libertad! —opuse agrio—. ¿Es que no lo ve? No sin antes demostrar mi inocencia. ¡Es la prueba que el secretario espera de que actúa por

afinidades personales! Hay un indicio claramente acusatorio contra mí. ¡¿Qué explicaciones va a dar para justificar mi puesta en libertad contra las órdenes del secretario sin haberlo rebatido antes?!

—Pero… ¡no puedo dejarlo aquí! —exclamó Courtain como si fuera una evidencia indiscutible.

—¡No! —corroboré nervioso—. No. Claro que no puede dejarme aquí. Pero va a tener que demostrar antes mi inocencia, marqués. Y rápido, ¡porque aquí me voy a pudrir!

—Es fácil de decir —se defendió él—, ¿Y cómo sugiere que lo haga? Lamento recordarle que realmente La Motte se ocultó en su local la noche de su fuga. No se trata de ningún error.

—Hay algo que puede ayudarlo —respondí imponiéndome calma. No me había lanzado a aquella aventura completamente desarmado. Yo tenía una carta que había conseguido en su momento y que había llegado la hora de jugar—, Marionne se lo facilitará.

—¿Qué es? —preguntó con curiosidad.

—Prefiero no hablar de ello aquí. Hable con Marionne.

—De acuerdo —aceptó con sorprendida resignación. Guardó silencio y continuó —. Si va a quedarse, intentaré mejorar en lo posible las condiciones de su estancia aquí. Prepare una lista de lo que desee e intentaré conseguirlo.

—Papel, tinta y libros —repliqué de inmediato—. Un colchón nuevo, ropa limpia de cama y mudas de ropa. Agua, jabón y navaja de afeitar. Y velas. También quisiera mantener correspondencia y poder pasear por el patio de la prisión. Y visitas, en especial de mi esposa.

—Veo que ha pensado en ello. —Sonrió tristemente—. Bien. Lo conseguiré.

—Gracias.

Courtain volvió a tenderme la mano en señal de despedida. Luego se dirigió hacia la puerta, la golpeó dos veces y ésta se abrió de la mano del carcelero.

—¡Ah, Courtain! Y una cosa más… —dije cuando ya estaba a punto de salir—: mi libertad.

André Courtain

Marionne Miraneau extendió el precioso documento ante mis extasiados ojos. Lo hizo sobre la piedra histórica y torturada de su jardín que había sido en sus tiempos el altar de un templo griego.

—Es un borrador manuscrito de las Memorias de la señora de La Motte —reveló con trascendencia, tocando las hojas expuestas como si se tratara de un incunable de Platón—. Como puede apreciar —señaló mientras las pasaba con delicadeza—, hay

anotaciones de diferentes caligrafías. Creemos que algunas de ellas pertenecen a Saltrais, a Mounard y posiblemente a Fillard.

—¿Desde cuándo tienen esto en su poder? —exclamé dolido, con atónito reproche—. ¿Sabe lo que hubiese podido hacer con esto?

—Había una pequeña complicación —explicó ella—: otra de las caligrafías es de alguien a quien Paul no quería perjudicar.

—¿Didier Durnais? —adiviné, recordando la información que me había dado Saltrais.

Marionne no contestó, pero la falta de negación fue suficiente confirmación. No podía apartar los ojos del documento pensando en las posibilidades que su tenencia me proporcionaba.

—¿Sabe las puertas que esto me abre? —exclamé entusiasmado—. ¡Dios Santo! ¡Si lo hubiese tenido antes…! ¡Todo lo que nos hubiéramos podido evitar!

—Sí —asintió con pesar Marionne—. Pero ya se lo he dicho…

—Respecto de eso… —advertí— no puedo demostrar la inocencia de Bramont y al tiempo proteger a Durnais: la intervención de éste es la que explica la falta de la de Bramont. Y si encima su caligrafía consta también en este documento…

—El bueno del primo de Paul. —Sonrió ella con amargura—. Mi esposo encarcelado en la Bastilla por su culpa y el muy cobarde sigue sin dar la cara. ¿Qué quiere que le diga? ¿Que me preocupa Durnais?

Asentí en silencio y recogí el documento. Marionne pareció sudar sangre mientras veía cómo yo lo guardaba en su cartera de piel y lo sujetaba bajo el brazo.

—Marqués —murmuró, apoyando su mano en mi antebrazo—, mi esposo confía en usted, se ha puesto en sus manos…

—Esa confianza me honra —dije sincero y amable, percibiendo intranquilidad en su frase. Cubrí su mano con la mía y añadí—: Les debo mucho a usted y a él, lo tengo cada día presente. Le juro que no cejaré hasta que Bramont quede en libertad.

Capítulo XXVII

Edith Miraneau

Yo había estado allí el 4 de mayo, entre el gentío, observando la procesión. Lo había buscado ansiosamente con la mirada y lo había descubierto, bajo su sombrero de plumas, y el corazón me había dado un vuelco. Tal fue la emoción de verlo que ese sentimiento eclipsó el que debiera haber sentido al presenciar al fin el inicio de los Estados. Pero sólo podía pensar en él. Ya había vuelto a París. ¿Vendría a mi encuentro?

No lo hizo aquel día, poco esperable en realidad, así que, por él y porque además me interesaba, acudí al día siguiente a la sesión de apertura de los Estados Generales.

El lugar asignado para su sede era el Palacio de Menus-Plaisirs, situado en el centro de la ciudad de Versalles, entre la calle Des Chantiers y la avenida de París. Era allí donde se habían celebrado también las sesiones de las dos Asambleas de Notables. No obstante, los miembros de éstas lo habían sido en número mucho más reducido. Los Estados Generales tenían unos mil doscientos diputados, y la sala más espaciosa no lo era lo bastante como para acogerlos a todos ellos, más un público que se estimaba en unas dos mil personas. Fue necesario acometer obras de ampliación que, haciendo de nuevo gala de falta de previsión, no se habían iniciado hasta hacía apenas dos meses, por lo que se tuvieron que ejecutar a toda prisa. Se rumoreaba que uno de los motivos de retraso de la apertura había sido precisamente la falta de terminación a tiempo del acondicionamiento del palacio.

La sesión inaugural se celebró en la gran sala. Yo estaba francamente emocionada, más incluso que la víspera, cuando había tenido lugar la procesión de celebración. Jamás había presenciado el funcionamiento de ninguna institución, y por primera vez iba a poder acudir a la solemne sesión inaugural de la, para mí, más importante de todas.

Cuando abrieron el recinto al público, entré en él, siguiendo la riada de los demás espectadores, y una vez aposentada, observé la sala, que me pareció espectacular. Era inmensa, no en vano era capaz de acoger a cuatro mil personas; de altísimo techo, franqueada a ambos lados y al fondo por filas de monumentales columnas circulares. En la parte frontal se alzaba el estrado, en el que resaltaba majestuoso el trono, bajo un dosel de cortinajes. Abajo, frente a éste, una larga mesa destinada a los ministros. En medio de la sala se alineaban los bancos de los diputados, distribuidos en tres claros grupos: uno a derecha y otro a izquierda del trono, colocados perpendicularmente a éste, y el tercero en la parte posterior, paralelo al estrado. El

escenario era, sin duda, lo magnífico que aquella histórica ocasión requería.

Más público seguía llegando y ocupando entre conversaciones sus asientos. Las mujeres habíamos sido advertidas de no llevar ni sombreros ni plumas. Tras las puertas de la parte frontal de la sala, y otra en la parte posterior, se adivinaba movimiento y se percibía el rumor propio de aglomeración de gente. Los diputados. Allí estaban, esperando impacientes, e imagino que aún más nerviosos e ilusionados que yo misma, su entrada: por la solemne puerta delantera, los pertenecientes a los dos primeros órdenes; por la trasera, los comunes.

Cuando empezaron a entrar los miembros de la nobleza, no aparté la vista de ellos. Pero el desfile era exasperantemente lento. No entraban libremente, sino poco a poco a medida que los heraldos de armas los iban llamando: a algunos, los altos prelados, pares y príncipes, individualmente, pronunciando con grandilocuencia sus nombres y títulos; a los restantes, en grupo por bailías. Y cuando penetraban en la sala, un maestro de ceremonias les indicaba el asiento que les había sido asignado: en los bancos de la derecha, el clero; en los de la izquierda, la nobleza. Al fondo, el Tercero.

Tuve tiempo de escuchar las críticas que corrían de boca en boca a mi alrededor. La principal era el trato discriminatorio que estaba recibiendo el Tercero. A la sencillez de la vestimenta que se había decretado para éste, a la asignación de la puerta trasera para su entrada en la sala y al posicionamiento de sus bancos en la parte posterior, se sumaba el conocimiento de que a cada uno de los dos primeros órdenes se les había reservado, en el Palacio de Menus-Plaisirs, una sala privada donde podrían celebrar sus reuniones, pero, por el contrario, el Tercero no tendría otra que aquella en la que ahora nos encontrábamos, que en principio era la común para todos los órdenes. Sin embargo, las criticadas disposiciones a mí no me irritaban; todo lo contrario. Cuanto más evidente fuera la desigualdad, más tesón se emplearía en combatirla.

Tan lento fue todo, que se requirieron aproximadamente cuatro horas para acomodar a todos los diputados. ¡Cuatro horas! ¡Con la ilusión con la que había entrado, estaba ya sin saber cómo sentarme ni qué hacer! Hasta tuve tiempo de ver aparecer, y de aburrirme de mirar, al vizconde, que se entretenía conversando con uno y otro de sus colegas entre los bancos de la nobleza, sin molestarse en dirigir una sola mirada al público. Y aún no estábamos todos. ¡Aún faltaba el rey!

Por fin, a mediodía, se anunció su llegada, que ganó la atención de todo el mundo, y lo cierto es que su entrada no defraudó en espectacularidad. Lo hizo fornido con su atavío real y acompañado de su séquito de príncipes o de lo que fuera, porque a mí todos me parecían igual de impresionantes. Se le recibió con un estallido de entusiasmados aplausos y vivas. A continuación entró la reina, magníficamente vestida, también con su séquito de damas, que formaban un conjunto deslumbrante.

María Antonieta, la Austríaca, Madame Déficit, la culpable de todos nuestros males. La odiada reina. Apenas unos escasos y apagados aplausos le fueron dedicados, aunque despertó tanta expectación como el mismo monarca. Si aquella muestra de frialdad, por no decir de hostilidad, le afectó, no lo demostró. Subió al estrado, a la izquierda del trono, mientras los miembros de los séquitos ocupaban también sus puestos detrás y alrededor de éste.

El rey se descubrió un momento, a guisa de saludo, se volvió a cubrir y se sentó. Iba a hablar. A pesar de la numerosa concurrencia, el silencio dominó todo el inmenso espacio, de punta a punta:

—Señores[14] —dijo Luis XVI—, este día, que mi corazón esperaba desde hace tiempo, por fin ha llegado, y me veo rodeado de los representantes de la nación que me honro comandar. […] Una inquietud general, un deseo exagerado de innovaciones se ha adueñado de todos los espíritus, y acabaría por extraviar totalmente las opiniones si no nos apresuramos a fijarlas en una reunión de pareceres prudentes y moderados. […] La esperanza que he concebido de ver los tres órdenes unidos en sentimientos concurrir conmigo en el bien general del Estado no se verá defraudada. […]. ¡Que pueda, señores, reinar un feliz acuerdo en esta Asamblea, y que esta época devenga para siempre memorable por la felicidad y la prosperidad del reino! […].

Cuando pronunció la última sílaba, estallaron calurosos y emocionados aplausos, aunque, en realidad, aparte de sentidas palabras y buenos deseos de concordia, no había expresado nada más. Para el rey los Estados Generales eran una institución más, después de la Asamblea de Notables y de los parlamentos, a la que someter la aprobación de la creación de nuevos impuestos y de las demás reformas que él había presentado y que habían chocado con la oposición de las anteriores. Poco más pretendía. Pero ¿cabía esperar que él pretendiera algo más? Tras él habló el guardasellos, que lo hizo básicamente en el mismo sentido.

Mas, después, se levantó Necker. El nuestro. El ministro del pueblo. De él esperábamos mucho más. Una llamada a reformas más profundas, tal vez a la promulgación de una Constitución, a la separación de poderes, a la instauración de un régimen parlamentario. Y, como mínimo, que se pronunciara sobre si los Estados debían funcionar con el voto por orden o por cabeza, cuestión todavía no decidida. El resultado de los Estados dependía de esa cuestión crucial, y aquél era el último momento para pronunciarse. Si no lo hacía, se rumoreaba que el conde de Mirabeau, famoso miembro del Tercero, formularía al rey la pregunta después de los discursos.

La concurrencia contuvo el aliento esperando sus palabras. Y Necker habló, habló y habló. Juro que intenté prestar atención, pero me costaba horrores seguir el hilo. Llegó un momento en que él mismo pareció cansado o aburrido de su discurso, porque le pidió a otro que continuara su lectura. Tres horas duró. Tres largas y soporíferas horas. Cuando acabó, descubrimos que no había dicho nada nuevo. Nos

miramos unos a otros, para ver si entre tantas palabras nos habíamos perdido algo importante, pero no lo había habido. Habló de la necesidad de nuevos impuestos, de alguna otra reforma menor y de poco más. Por supuesto, ni mención al sistema de voto, a constituciones o a cambios de régimen.

En un murmullo volátil se confirmó que el conde de Mirabeau tenía intención de intervenir. Pero en cuanto acabaron los discursos oficiales, el rey se levantó y con ello dio por concluida la sesión. Se comentó, quizá con malicia, que lo había hecho precisamente para evitar que Mirabeau hablase. Las órdenes dadas fueron que al día siguiente los diputados debían reunirse a fin de exhibir y permitir el examen de sus poderes. Cumplida dicha formalidad, los Estados podrían considerarse válidamente constituidos e iniciar sus sesiones.

Los asistentes empezaron a evacuar la sala, después de la larguísima sesión. Pero yo no me moví de mi asiento. Esperé hasta el último momento que el vizconde alzase la vista hacia el graderío del público y me viera, pero no lo hizo. En cuanto desapareció, corrí hacia la salida, al objeto de encontrarlo. Lo conseguí en la calle, delante de la puerta. Iba él acompañado de otros dos diputados y, al verme, pues se topó conmigo de frente, interrumpió unos instantes su conversación, reanudándola inmediatamente después de superada la sorpresa. No obstante, detuvo su marcha para concluirla, y tras ello se acercó a mí.

—Hola —me saludó familiar y alegre—. ¿Qué haces aquí?

—He asistido, como público.

—Ah —respondió con indiferencia—, estupendo. Pero la guerra empieza mañana.

—Puede que también asista —se me ocurrió en ese instante.

—Bien —replicó mientras desviaba su atención hacia unos diputados que salían en ese instante—. Tengo que irme —cortó—. Ya nos veremos.

—¿Cuándo? —inquirí decepcionada.

—Te avisaré —dijo a modo de consoladora despedida mientras se alejaba tras los que viera antes.

Eso dijo, pero yo supe, intuí, que no lo haría.

Y efectivamente, ninguna noticia recibí de él. Ni un mensaje, ni una nota. Yo acudí al Palacio de Menus-Plaisirs al día siguiente y los sucesivos, aunque ya no lo esperaba a la salida, limitándome a estar localizable por si él quería encontrarme.

No era éste el único motivo que me empujaba a ese edificio. La trama política me apasionaba. La guerra empieza mañana, me había dicho el vizconde. Qué cierto. Pero ¿cómo se plantearía? ¿Y cómo se desarrollaría?

Se partía de una situación de desventaja. El ministro de Justicia había dado instrucciones claras la víspera: los diputados debían reunirse para la verificación de

sus poderes, y había aclarado que, a pesar de haber acordado la duplicidad de los miembros del Tercero, el rey no había cambiado la forma de las antiguas deliberaciones. Todo parecía encaminado a la constitución de tres cámaras, a la deliberación por separado y al voto por orden. La nobleza entró en su sala, el clero en la suya y el Tercero en la gran sala común. Lamentablemente, ésta era la única que admitía público. No estuve sola. Dos mil espectadores ocupaban las graderías. Al principio la sensación fue de total caos y desorganización. Los propios diputados, que lo eran en el abultado número de casi seiscientos, rodeados por todo aquel público bullicioso, sin conocerse entre ellos, sin líderes destacados, sin reglamento interno, parecían desconcertados y desbordados por la situación. Con todo, el grupo de los de Bretaña y del Delfinado consiguió hacerse oír para abogar por no constituirse en cámara independiente ni revisar los poderes por separado, pues era el preludio de reconocer el voto por orden, y limitarse a invitar a los otros dos órdenes a unirse a ellos. Debía existir una sola cámara y los poderes habrían de verificarse en común. Se desató el debate. Algunos se oponían. Temían contrariar tan pronto al Gobierno. Pero cuando la cuestión se sometió a votación, ganó el voto rebelde, y decidieron autodenominarse «comunes» y no «Tercero», para manifestar que no aceptaban la existencia de los tres órdenes. Más tarde supe que en la sala de la nobleza la minoría liberal había propuesto la unión con el Tercero, lo que había originado encendidos debates, decidiéndose por amplísima mayoría constituirse en cámara independiente y proceder a la verificación de poderes por separado. La discusión se planteó también en la sala del clero, que por mayoría, pero ésta muy ajustada, votó a favor también del examen por separado, aunque, a diferencia de la nobleza, no se declararon constituidos.

AI final del día, una sola cámara, la de los nobles, se había declarado constituida. No lo habían hecho ni el clero ni los comunes, y éste incluso se había negado a la verificación separada de poderes. Los Estados Generales no podían considerarse operativos.

La situación no varió al día siguiente. Ni en los sucesivos. Cada uno se mantenía enrocado en su posición. En vista de la situación, aceptaron crear una comisión de conciliación, pero tras días de exposición de sus respectivas posturas, ya sobradamente conocidas, no consiguieron acercarlas ni un ápice. El intento de conciliación fue un auténtico fracaso.

Los días fueron pasando y los Estados seguían detenidos en el escollo fundamental de su funcionamiento.

Pero la opinión pública estaba al corriente de cuanto ocurría y de los intentos de sus diputados por ganar la partida. La asistencia de público a las sesiones lo facilitaba, pero también las cartas que los propios diputados dirigían a sus electores. Algunos de ellos se seguían reuniendo en las asambleas electorales de distrito, que se

convertían en centros de información, de opinión y de debate. Contestaban a sus diputados insuflándoles ánimos y llamándolos a la resistencia. La gente, en general, culpaba a las clases privilegiadas del bloqueo de los Estados en los que tantas esperanzas se habían puesto, y acudían hasta el Palacio de Menus-Plaisirs para esperar a los miembros de la nobleza al pie de las escaleras y abuchearlos e insultarlos.

También en el Palais Royal las amenazas e insultos contra los aristócratas aumentaban cada día de tono. Allí acudía yo con frecuencia, y aunque a quien buscaba era al vizconde, con quien me encontraba era con mi leal, constante y único admirador, con Didier Durnais. Siempre estaba donde yo estuviese, fuese en el Café de Foy, fuera en cualquier otro, incluso si me detenía a conversar en las galerías. A él no tenía ocasión de echarlo de menos. Bastaba girar la cabeza y allí estaba, mirándome con embeleso. Incluso aunque aún no me hubiera encontrado con él, tenía la constante sensación de que me estaba observando o esperando.

Como me había ocurrido en Coboure, su devoción no me molestaba. Lo hubiese hecho sin duda si no hubiese sufrido el desamor del vizconde, pero no me encontraba en situación de desdeñar el aprecio ni la admiración de un hombre cuando me sentía dolorosamente rechazada por otro. Aliviaba mi amor propio, mi confianza en mi propio atractivo como mujer. Agradecía esa cura a mi vanidad que el bueno de Durnais restañaba cada noche, aunque yo sufriera por el olvido de mi verdadero amor, pero era más llevadero llorar sabiéndose con capacidad para agradar que sintiéndose además indeseable. Aceptaba, por tanto, su compañía y su conversación, recibía sin signo de agobio sus excesivas muestras de enamoramiento, y hasta acudí a veladas celebradas en su casa con conocidos suyos.

Una noche asistí a una de ellas pero, para mi sorpresa, en esta ocasión la mesa estaba dispuesta sólo para dos.

—¿No habrá más comensales? —pregunté, quejosa de que no me hubiese advertido.

Adiviné que había llegado el momento que había estado evitando. No quería que se me declarara, pues entonces debería rechazarlo y mi admirador desaparecería dejándome sin el consuelo que tanto necesitaba. Por ello, de haberlo sabido no hubiera acudido, pero ahora ya era demasiado tarde.

Dejé transcurrir la cena aceptando las deferencias y muestras de amable cortesía de Durnais. Al terminar me invitó a conversar en el saloncito contiguo. Me senté en el canapé que me ofrecía, a la espera de lo inevitable, sabiendo que él lo haría a mi lado y tan próximo como pudiera. Pero, en lugar de ello, se arrodilló directamente delante de mí, cogiéndome la mano.

—Edith —pronunció solemne y encendido—, la amo.

De haberme imaginado antes esa escena, probablemente me hubiese producido

hilaridad, pero la expresión del joven, entregada, apasionada y expectante, no invitaba a ello. Lo miré con compasión. Yo sentía lo mismo por el vizconde, y él sentía por mí lo mismo que yo por Durnais. Eso pensé en ese instante. Apenada por el sufrimiento que estaba a punto de infligirle, que yo padecía en propias carnes, le ofrendé un beso; después de todo, era lo mínimo que su abnegada y constante devoción merecía. Él, que no se lo esperaba, quedó petrificado en su postura arrodillada mientras notaba mis labios sobre los suyos. Al cabo pareció darse cuenta de lo que estaba pasando, pues súbitamente perdió toda su contención, entreabrió la boca y me correspondió con apasionamiento. Ahora fui yo la que, habiendo pretendido un simple beso de consuelo, me vi sorprendida y desbordada por su reacción, que hasta me resultó seductora por su atrevimiento. Didier, sin despegar su boca de la mía, se había sentado a mi lado y me abrazaba con arrojo. Su deseo era tan vehemente que consiguió despertar el mío.

De pronto las puertas se abrieron de par en par. Durnais se apartó de mí sobresaltado. Cuatro guardias franceses de uniforme irrumpieron con brusquedad, exhibiendo sus armas. Didier se puso en pie, pálido como la cera. Yo hice otro tanto, sin comprender. Quien parecía de mayor graduación preguntó:

—¿Es usted Didier Durnais?

—Sí —murmuró con inseguridad.

—Queda detenido. Le aconsejo que no ofrezca resistencia. Tengo, además, orden de incautar todos sus papeles. Si nos dice dónde se encuentran, evitará que lo registremos todo.

—Pero ¿qué significa esto? —protesté yo ante el mutismo de Durnais—. ¿Quién ha ordenado esta detención?

—El marqués de Sainte-Agnès —aseveró el sargento exhibiendo la orden de arresto mientras uno de los guardias ya estaba maniatando a Didier bajo la salvaguarda de la bayoneta de su compañero—. Se le acusa —continuó firme dirigiéndose a Durnais— de haber participado en la redacción y publicación de una obra difamatoria contra la reina y de haber orquestado la fuga de la criminal evadida conocida como condesa de La Motte.

Miré a Didier, sin atreverme a pronunciar palabra, pues sabía que la acusación era cierta.

—¡Fui engañado! —exclamó con desespero mientras lo empujaban hacia la salida —. ¡Fui el instrumento inocente de los verdaderos culpables!

—No se preocupe —sonrió ladino el sargento—, sus cómplices también han sido arrestados. —Luego, mientras sus dos hombres conducían a Durnais fuera de la estancia, me miró a mí de arriba abajo—. ¿Su nombre, señorita?

—Edith Miraneau —espeté desafiante.

—Siento la interrupción. —Se sonrió lascivo—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¿Quiénes otros han sido detenidos? —pregunté, haciendo caso omiso a su ofensiva insinuación y pensando en el vizconde.

—Lo siento. No puedo facilitar esa información. —Me observó una vez más, calculando si podía extraer algún beneficio de su conversación conmigo, y debiendo de adivinar, por mi adusto semblante, que no sería así, dio media vuelta y salió a su vez de la estancia.

André Courtain

Quería detenerlos a los tres a la vez. En caso contrario el arresto del primero hubiese podido alertar a los otros dos. Durante varios días los sometí a vigilancia para conocer sus actividades y sus horarios, y tras ello decidí llevar a cabo las tres detenciones simultáneamente entre la una y las dos de la madrugada.

Distribuí a los quince hombres que me fueron asignados entre las tres residencias: la de Mounard, la de Durnais y la de Saltrais. Sus instrucciones eran sencillas. Debían detenerlos y registrar e incautarse de todos los papeles que encontraran. Esta medida tenía que servirme para conseguir documentos indubitados que permitieran el cotejo de las caligrafías que obraban en el borrador de las Memorias de La Motte. También cabía la posibilidad de encontrar correspondencia comprometida que involucrara a más copartícipes o que aportara más pruebas contra los detenidos.

Tenía tanto temor a las infiltraciones, a que alguno de los guardias que me habían sido destinados advirtiera a los sospechosos, que no impartí instrucción alguna hasta la misma madrugada en que las detenciones debían llevarse a cabo. Sólo entonces, en la Prefectura de Policía, cuando las patrullas ya estaban formadas y justo instantes antes de salir, entregué un papel lacrado a cada uno de los sargentos que debía comandar el arresto de Mounard y de Durnais. Yo me reservé el de Saltrais, y mis hombres me siguieron sin que les dijera adonde nos dirigíamos ni cuál era su cometido.

Llegamos a la vivienda del vizconde. Ocupaba el principal y primer piso de un edificio palaciego, que podía tener, y tenía con toda seguridad, puertas secundarias o de servicio por las que tendría opción de escapar. Por ello era importante detenerlo en la calle, antes de que traspasara el portal. A fin de saber con certeza cuándo tendría lugar su llegada, un agente lo estaba vigilando esa noche en las inmediaciones del Palacio de Menus-Plaisirs con la misión de seguirlo desde Versalles a París y adelantarse a él en cuanto atravesara las murallas de la capital para advertirme con algunos minutos de antelación.

El jinete llegó jadeante y con la montura sudorosa pasada la una de la madrugada. Haría unos veinte minutos que Saltrais había entrado en París y estaría al llegar, informó. Dispuse velozmente a todos mis hombres en su posición y esperamos

expectantes. La circulación a aquellas horas era nula y la calle estaba vacía y silenciosa. Las órdenes consistían en rodear el carruaje en cuanto se detuviera y detener al vizconde. Para evitar que una acción irracional y heroica del cochero pusiera el vehículo a la fuga, un carro había sido atravesado unos pasos más adelante, a guisa de barrera.

Seguimos esperando. El tiempo parecía no pasar, haberse detenido. Pero en realidad seguía transcurriendo, y el vizconde no llegaba. Estábamos ocultos en los portales de los edificios colindantes. No era probable que nos hubiera visto a tiempo de huir. Algo pasaba. Algo se había torcido, me empecé a impacientar. Un sudor frío me cubrió la frente. No podría soportar que volviera a burlarme. Ahora que ya creía que era cosa hecha…, pero ¿qué demonios podía haber ocurrido? ¿Me había traicionado el agente a quien encargué su vigilancia?

—Puede que se haya entretenido —me susurró el hombre, parado a mi lado, como si hubiese leído mis pensamientos.

Me volví hacia él con rabia y lo cogí violentamente por el brazo.

—¿Lo advertiste tú, canalla?

—No, señor. —Estaba asustado—. Lo juro.

Lo observé por vez primera. No tendría apenas diecisiete años.

—¿Qué ha ocurrido entonces?

—No lo sé —contestó apurado—. Dejé de seguirlo a las puertas de París para venir a avisarlo a usted, como me indicó.

Llamé a otro de mis hombres con un gesto de cabeza. Salió éste de su escondite en una de las porterías cercanas y cruzó corriendo la calle como si estuviese atravesando zona de fuego en lugar de una calzada abandonada y silenciosa.

—Regístrale —le ordené—. Busca dinero. No olvides los bolsillos ni las botas.

Lo volvió hacia la pared, le alzó los brazos e hizo como le había indicado. Pero ya era mera precaución. Que lo hubiera advertido era en realidad menos probable que lo contrario. Saltrais podía haberse detenido en el Palais Royal, o quizá había ido a visitar a su amante, la señora Lymaux.

Esperaría aún un par de horas. Después tendría que actuar. Las detenciones de Durnais y de Mounard debían de haberse practicado ya. La noticia volaría rápidamente a sus oídos y no quería perder lo único que podía salvar entonces: los posibles documentos comprometedores que tuviese en su residencia.

¡Pero qué poca cosa era aquello en comparación!

¿Qué diantres habría ocurrido? ¿Dónde estaba Saltrais?

Vizconde De Saltrais

Había transcurrido más de un mes desde la apertura de los Estados y éstos seguían

bloqueados. Quemada había quedado la ilusión y el entusiasmo de la sesión inaugural. Vacuos se veían ahora los deseos regios de concordia. La confrontación nos escindía en posturas cada vez más irreconciliables.

En el seno de la nobleza había un fuerte enfrentamiento entre la minoría liberal, apenas unos cuarenta y siete, y los conservadores a ultranza. Los discursos eran encendidos; a menudo, aunque sin llegar a perder las formas, hasta insultantes. Los liberales habíamos tenido que oírnos llamar traidores a nuestra orden, nosotros los llamábamos a ellos traidores a la patria.

El clero aún estaba más escindido, entre el bajo clero, curas y abades, y el alto, cardenales, arzobispos y obispos. Los primeros veíanse desdeñados por los segundos y los miraban con desconfianza y reproche, sintiéndose mucho más próximos a los comunes que a aquellos altos prelados. Éstos, que pertenecían en su casi totalidad a familias nobles, miraban a los individuos del bajo clero con desdén, los trataban con superioridad y eran afines a la línea conservadora de la nobleza. Pero, así como en el seno de la nobleza los liberales éramos clarísima minoría, las fuerzas estaban mucho más equilibradas entre el clero.

El propio Gobierno estaba dividido entre los ministros más progresistas, el más representativo de los cuales era Necker, y los más conservadores, encabezados por Barentin, el ministro de Justicia.

La división se trasladaba a la calle. Los liberales habían creado un club donde se reunían. Lo hacían también en salones privados, como en el salón de la señora Necker y en el de la señora Genlis, la antigua amante del duque de Orleans. En ellos nos informábamos mutuamente de lo ocurrido en la sala de cada orden, intercambiábamos opiniones, compartíamos temores, se fraguaban alianzas, se ideaban estrategias en medio de corrillos o en conversaciones de a dos mantenidas a media voz, con frecuencia mezclados los liberales de las distintas órdenes.

Los conservadores habían formado también el suyo propio. El núcleo duro de los ultraconservadores, el más peligroso, estaba en la corte. El grupo de los Polignac lanzaba sus tentáculos de captación entre los vulnerables nobles de provincias, diputados del Segundo. Los invitaban a sus veladas, los trataban como iguales, y éstos, que no parecían percibir el interés que se escondía tras ese trato, radicalizaban sus posturas hacia la línea más inmovilista. Después, cuando los invitados, a quienes en realidad despreciaban, marchaban, los anfitriones y sus allegados se quitaban la máscara de la hipocresía y entre ellos maquinaban para conseguir la disolución de los Estados, que era su objetivo.

No eran los únicos activistas. También nosotros preparábamos algo, pero de signo diametralmente opuesto. Los afines al duque de Orleans teníamos en el Palais Royal nuestro centro de operaciones. Allí nos dedicábamos a ganar a la opinión pública a favor del duque, y a éste a favor de sí mismo. En las paredes del Palais Royal lucían

carteles ensalzando al duque como un nuevo Enrique IV, el monarca más, idolatrado que había tenido Francia, el defensor del pueblo, el salvador de la patria, y agitadores contratados hablaban por los cafés en su favor. Necesitábamos un monarca constitucional, y si Luis XVI no se amoldaba al papel, el duque nos serviría de reemplazo. Para ello era necesario que fuera querido y apoyado por el pueblo, y que él mismo, que a menudo navegaba entre su inercia a la inacción y la satisfacción y ambición por su protagonismo, se creyera su papel y tomara decididamente partido por su propia causa.

Los reyes eran los únicos que de momento parecían no atender a las llamadas de unos y otros. Una tragedia personal los tenía absorbidos. María Antonieta no se apartaba del dormitorio de su hijo, el delfín, donde el niño agonizaba. Se esperaba su fallecimiento de un momento a otro. Pero era evidente que si alguien los ganaba para su causa, sería la línea más conservadora, la cortesana que diariamente los rodeaba.

Y es que, si las cosas seguían así, ganarían sin duda los aristócratas. Cinco semanas habían transcurrido desde la inauguración de los Estados Generales sin que éstos pudieran ni siquiera considerarse constituidos. ¿Y de qué servía una institución bloqueada? De nada. El desenlace que ya se fraguaba era su disolución. Tantos meses insistiendo en la necesidad de su convocatoria y luchando para que se hiciera realidad, tanta ilusión depositada en ellos, para que no corriera otra suerte que la de este estrepitoso fracaso. ¿Y qué pasaría después? ¿Qué esperanza podíamos concebir de mejora, de salida de la crisis, de profunda reforma del régimen?

Pero ¿qué hacer para evitarlo? Se había intentado todo. Una y otra vez se había invitado a la nobleza y el clero a unirse a los comunes, se había trabajado infructuosamente para llegar a un consenso mediante la creación de comisiones conciliatorias, se había apelado a la mediación del rey…, se había esperado, pacientemente, un cambio de actitud. Pero no bastaba. Todo eso no bastaba. Y lo peor era que la inactividad sólo perjudicaba a los comunes y a los que hacíamos causa con ellos. Para el alto clero y para la línea conservadora de la nobleza la perspectiva de la disolución de los Estados era, atendiendo al alcance de nuestras reivindicaciones, una solución ideal. Sólo a nosotros, repito, perjudicaba.

Los liberales estábamos en tan franca minoría en el seno de la nobleza, que no teníamos margen alguno de maniobra. El bajo clero tampoco había conseguido imponerse en su cámara. Y los comunes sólo tenían, en apariencia, dos opciones: continuar en la inacción ensayando una y otra vez estériles negociaciones, lo que desembocaría en un callejón sin salida y en la consecuente disolución de los Estados; o aceptar la división de las tres cámaras y el voto por orden, lo que comportaría una reforma fiscal y poco más. ¿Teníamos que resignarnos con cualquiera de estos dos nefastos desenlaces?

No. No podíamos. Debía de existir una tercera opción, había que buscarla y

encontrarla como fuera. Costara lo que costase. Había que dar el golpe y traspasar los límites. Si era necesario, incluso, había que romper con la legalidad. Y sólo el Tercero tenía la capacidad de hacerlo.

El miércoles 10 de junio alguien compareció con una propuesta en la Cámara de los Comunes ante los seiscientos diputados y los numerosísimos espectadores que seguían ocupando diariamente las gradas. El diputado en cuestión era el abad Sieyès, ya conocido por su famoso panfleto sobre el Tercer Estado («¿Qué es el Tercer Estado?»).

—[…] La Asamblea no puede permanecer más tiempo en esta inercia sin traicionar sus deberes y los intereses de sus comitentes[15] —proclamó, y, tras exponer sus motivos, propuso convertirse ya en Asamblea activa, previo requerimiento al clero y la nobleza para que se unieran a ellos, con la advertencia de que no iban a demorar más el comienzo de su misión.

La moción fue aprobada y el mensaje llegó, ciertamente, a la cámara de la nobleza y a la del clero. Pero la gran mayoría de sus miembros no comprendió la trascendencia de la propuesta que los comunes acababan de hacer. Contestaron que deliberarían sobre ello y darían una respuesta. Dilataban y ganaban tiempo, como en las ocasiones anteriores; pero esta vez ya no les iba a servir. Porque los comunes acababan de decirles que prescindían de ellos. Acababan de decirles que a partir de entonces iban a ser ignorados. Entrar en acción no significaba simplemente ponerse a trabajar; significaba ponerse a trabajar solos, sin el concurso de los otros dos órdenes, a los que daban la espalda, tras invitar a sus diputados a unirse a ellos. Los que lo hicieran serían bien recibidos y pasarían a ser miembros de pleno derecho de su Asamblea, pero a los que no lo hicieran les negaban la calidad de representantes de la nación, les negaban voz y voto, por lo que nada de lo que hicieran a partir de entonces nobleza y clero en sus respectivas cámaras sería considerado válido por los comunes.

¿Podían los comunes hacer esto? ¿Podían los comunes declarar unilateralmente que su Asamblea era la única que representaba a la nación, y negar representatividad a los otros dos órdenes?

A pesar de la importancia de esta moción, de su carácter vital, pues de ella dependía la supervivencia de los Estados mismos, aún los comunes perdieron un tiempo precioso discutiendo pormenores en eternos debates, como el que los ocupó respecto del nombre que debían dar a la Asamblea que naciera de esta resolución. Pero por fin eligieron uno y concluyeron la verificación de poderes. Y el 17 de junio, siete largos días después, conscientes e intranquilos ya por el peligro que suponía alargar más aquellos preámbulos dando pie a la reacción contraria de los otros dos órdenes, o incluso del rey, que pudiera abortar aquel intento, la cámara de los comunes aprobó, por una inmensa mayoría de votos, la siguiente resolución:

La Asamblea (…) reconoce que está ya compuesta por representantes enviados directamente por las noventa y seis centésimas partes, al menos, de la nación. […] La Asamblea declara, pues, que la obra común de la restauración nacional puede y debe comenzarse sin tardanza por los diputados presentes, y que ellos deben seguirla sin interrupción y sin obstáculo. La denominación de Asamblea Nacional es la que conviene a la Asamblea en el estado actual de cosas […]; ningún diputado, sea cual sea el orden o clase que haya escogido, tiene el derecho de ejercer sus funciones separadamente de la presente Asamblea […].

Ahí estaba. Lo acababan de pronunciar. Las órdenes del clero y de la nobleza quedaban anuladas, barridas, suprimidas. Los propios Estados Generales dejaban de ser tales para convertirse en una nueva institución, una Asamblea única de representación nacional y poder legislativo que nacía exclusivamente de la determinación de los comunes. Los Estados Generales habían dejado de existir. Ahora sólo existía la Asamblea Nacional.

Por fin entendieron. Entendieron todos. Y se les heló la sangre. Y la preocupación del alto clero y de la nobleza, por grande que fuera, estaba plenamente justificada.

Porque los comunes, con su decisión, acababan de detonar el estallido de la Revolución.

Esa noche, la del 17 de junio, tras la memorable sesión, me trasladé al Palais Royal en busca de Edith Miraneau. Edith colaboraba en un periódico, y el nacimiento de la Asamblea Nacional debía tener la máxima difusión posible. El apoyo popular era nuestro poder. Sin él los comunes no hubiesen osado hacer lo que acababan de hacer.

Me dirigí directamente al Café de Foy, pues sabía que era el local que Edith más frecuentaba. La busqué con la mirada entre las mesas y distinguí a su amigo, el tal Alain Bontemps del diario. Me acerqué y le pregunté por ella.

—Tenía una cita con Didier Durnais en su residencia. Una cena o algo así —me informó.

Decidí mi siguiente paso mientras salía del local. ¿Volvía a mi casa y le enviaba un mensaje para quedar con ella al día siguiente, o me presentaba en casa del estúpido de Durnais? El artículo tenía que escribirse aquella misma noche para que viera la luz al día siguiente, no había tiempo que perder. Una noticia como ésa no podía demorarse. Además…, me dictó el orgullo, ¿merecía Durnais disfrutar tan pacíficamente de la compañía de Edith?

Yo había huido, en general, de los enamoramientos de las mujeres, pues siempre iban acompañados de un sentimiento posesivo insoportable y de una reivindicación de fidelidad y correspondencia sentimental que me era imposible dar. En cuanto una

amante me decía que me amaba sentía la necesidad de huir de ella y de no volver a verla. Pero tal vez me había hecho viejo, o me sentía viejo, y no combatía ese depresivo sentimiento el afecto ya tibio y algo resentido de mi esposa o de Charlotte, pues el caso es que de pronto eché de menos la adoración de mi joven amiga. ¿Iba a renunciar a ese grato sentimiento en favor del mentecato de Durnais?

Me trasladé hasta su residencia, pero tuve un susto mayúsculo. Mi cochero se detuvo en el cruce de su calle. Cuando asomé la cabeza por la ventanilla, algo airado por lo que consideré un inconveniente, avisté un piquete de cuatro guardias que estaban practicando una detención. El sujeto que con las manos atadas subía al carruaje de detenidos era nada menos que Durnais. En un acto instintivo me oculté en el interior de la caja y ordené a mi cochero que siguiera calle abajo y se detuviera en la siguiente bocacalle.

Toda mi tranquilidad y confianza desapareció. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué estaban deteniendo a Durnais y por orden de quién?

Permanecí agazapado en mi vehículo hasta que vi el coche de detenidos y a los guardias montados que lo custodiaban pasar junto a mi ventanilla. Cuando se hubieron alejado me apeé, y oculto con mi capa me aproximé a pie hasta la puerta de la residencia de Durnais. El portalón del edificio estaba abierto, lo traspasé y subí las escaleras. Sólo había estado una vez en su casa, pero recordaba que vivía en el primero. No había llegado todavía al rellano del principal cuando oí un portazo proveniente precisamente del piso superior y unos pasos apresurados que descendían por las escaleras. Por su ligereza, eran pasos femeninos. Me detuve y esperé, intuyendo que se trataría de ella. Edith bajaba deprisa y se sobresaltó al ver la oscura figura detenida junto a la pared. Cuando hube descubierto mi rostro quitándome el sombrero, pareció sobresaltarse aún más.

—¡Usted! —exclamó atónita—. ¿Qué hace aquí? ¿Ha tenido algo que ver?

—Vamos a mi coche. Tenemos que hablar y éste no es lugar.

Edith se avino. Estaba nerviosa y disgustada. Cuando ganamos la calle le pregunté:

—He visto cómo se llevaban a Durnais detenido. ¿Estabas con él?

—Sí. Quizá hubiese preferido estar con usted si hubiese tenido la delicadeza de verme, como prometió.

Ya estábamos. El reproche sentimental. No fallaba nunca.

—¿Por qué lo han detenido? ¿Por orden de quién?

—Por el asunto de La Motte, por supuesto. Por orden del marqués de Sainte-Agnès. Han dicho que estaban deteniendo a todos sus cómplices. Pensé que quizá también lo estaban deteniendo a usted. Pero si está aquí es que lo sabía…

¡Por orden de Courtain! ¿Cuándo lo habían liberado y cuándo lo habían repuesto en sus funciones? ¿Habrían ido también aquella noche a mi casa a detenerme? ¿Me

había salvado de milagro? Miré a Edith. Aún no estaba tan resentida conmigo como Charlotte o mi mujer y podía serme de gran utilidad. Pero debía tener cuidado. También ella, a pesar de su enamoramiento incondicional, podía llegar a odiarme con tanta intensidad como me adoraba si se sentía emocionalmente traicionada.

—No sabía nada —decidí explicarle—. Había ido al Palais Royal a buscarte y tu amigo Alain me dijo que estabas aquí.

Ella pareció contener la respiración unos instantes, mirándome con ojos ilusionados e incrédulos.

—¿Es eso cierto? —se emocionó.

—Sí, te lo juro.

—Eso significa que… —pensó sus siguientes palabras y midiéndolas pronunció —. Creí que se había olvidado de mí.

En ese mismo instante decidí ocultarle el verdadero motivo por el que había ido en su busca y confirmar su ingenua creencia. Eso suponía renunciar al artículo, pero ahora ya no importaba. Resolver mi situación personal era mucho más acuciante.

—Ya ves que no —respondí contrito—. Sin embargo, ahora ya es tarde.

—¿Qué quiere decir?

Habíamos llegado hasta mi vehículo. No había querido detenerlo en las proximidades de la vivienda de Durnais para evitar que fuera reconocido. Invité a Edith a subir a él y ordené al cochero que nos condujera hasta su casa.

—Edith —pronuncié, estudiadamente cariñoso, cuando el carruaje se puso en marcha, complementando mi tono con una caricia en su cabello—, voy a necesitarte. ¿Me ayudarás?

Edith me echó los brazos al cuello y me abrazó con ojos llorosos mientras me besaba en la mejilla con fervor, humedeciéndola con sus lágrimas. La abracé a mi vez.

—Lo amo —declaró—. Lo amo. Haría cualquier cosa por usted.

Edith buscó mi boca y me besó. El raciocinio calculador se caldeó con una estimulante excitación. Me entretuve en el beso acariciando su rostro.

—Edith —llamé su atención al poco—, escúchame bien. —Como ella siguiera besándome, la aparté e insistí—: ¿Me escuchas?

—Sí —dijo sin convencimiento—. Creí que no volvería a estar con usted. Lo vi en la procesión del 4 de mayo. No me había dicho que había vuelto. Creí que nada quería saber de mí.

—Conmigo hay que tener un poco de paciencia —me limité a decir.

—¿Sabe por qué me había invitado Durnais a cenar?

—No —reprimí un suspiro. No me interesaba un rábano Durnais.

—Se me ha declarado.

Estuve a punto de sonreír, pero me contuve. Supuse que ella esperaba que me

mostrara celoso.

—Lo habrás rechazado…

—¿Por qué debería hacerlo? Es joven, soltero, noble… y está enamorado de mí.

—Pero no te llega ni a la suela del zapato —objeté sincero—. Ni a mí. No consiento que una mujer se conforme con Durnais después de haber estado conmigo.

—Es usted muy modesto —se sonrió.

—Niégamelo —la miré directamente a los ojos—: dime que has estado en sus brazos sin pensar en mí para lamentar el no estar en los míos.

La sonrisa desapareció del rostro de Edith y desvió la mirada con embarazo.

—Eres aún muy joven. A lo largo de tu vida habrá más hombres que se enamoren de ti. Escoge bien.

Ahora sí me miró.

—¿Usted, por ejemplo?

—Yo estoy casado. No te intereso.

—Sólo me interesa que me quiera. ¿Me quiere?

—Claro —respondí superficial—. A mi manera…

—A su manera… —parafraseó ella con decepción.

Como su rostro se ensombrecía decidí abrazarla de nuevo y ganarla a besos. Su resistencia se derritió como esperaba. Suspiraba como si estuviera tocando el cielo y lágrimas de emoción se escapaban de entre sus párpados cerrados. Llegábamos ya a su casa. Tomé su rostro entre mis manos para fijar su atención.

—He de saber por qué han detenido a Durnais y si han detenido a alguien más. Quiero saber si hay alguna orden de detención contra mí. Necesito saber si Courtain está otra vez al frente de la investigación y por qué. Tengo que saber cuándo puedo volver a París.

—¿Volver? ¿Qué quiere decir? ¿Se va?

—Naturalmente. Ahora mismo. Escríbeme a la Posada del Pescador, en Calais. Yo enviaré regularmente a alguien allí para buscar la correspondencia.

—Quiero ir con usted —me abrazó.

—Ve a visitar a Durnais a la prisión —la seguí instruyendo—. Sonsácale cuanto puedas. Edith —continué grave—, estoy en tus manos. Eres lista y sabes moverte con audacia, además de conocer el caso y a las personas involucradas. Nadie más puede ayudarme tanto como tú. ¿Lo harás?

Edith asintió y se aferró a mí.

—No quiero perderlo —se lamentó—. No quiero separarme otra vez de usted.

—Es necesario —afirmé—. Pero cuanto antes resuelva mi situación, antes podré volver, y en parte dependerá de ti.

Debía pedirle que bajara del coche, pues tenía que partir enseguida de París. Cada minuto que pasaba aumentaba la posibilidad de que Courtain advirtiera a los agentes

vigilantes de las puertas de la ciudad para que impidieran mi huida. Sin embargo, era cierto que me costaba separarme del cuerpo de ella y de sus entregados abrazos. Era dulce y sus besos tenían sobre mí un efecto excitante como no tenían los de otras. Pero no había tiempo para grandes cosas y la caja de mi carruaje no era lo bastante espaciosa como para practicar otra postura que la de permanecer incómodamente sentado. Así que opté por la solución rápida y que requería poco movimiento. La invité con una caricia en su cabello a que descendiera hacia mi entrepierna. Edith así lo hizo. Nunca se negaba a nada. En este campo era estupenda. Mientras duró el placer no pensé en nada más, y cuando hubo acabado me despedí de ella e inicié de nuevo mi exilio.

Capítulo XXVIII

André Courtain

Sin miramientos. Ordené que ambos ingresaran en el Châtelet y que fueran encerrados en una de las celdas comunes compartidas por más de quince presos. Para unas personas de la calidad de Durnais y del conde de Mounard, y especialmente para éste, que estaba ya viejo y enfermo, ese habitáculo era el infierno. Los presos que permanecían en las celdas comunes eran los que no tenían los medios para procurarse algo mejor. Estas pobres gentes, prácticamente indigentes, vestían con harapos malolientes, pues la prisión no les facilitaba ropa ni les lavaba la que llevaban sin mudar durante días y semanas y meses e incluso años. Sus cuerpos, también carentes de higiene, apestaban a suciedad, orines, sudor, porquería. Todos ellos tenían parásitos y estaban cubiertos de eccemas y costras resecas de las picaduras. Dormían en el suelo, sobre paja vieja infecta de piojos y pulgas, unos junto a otros, lanzándose mutuamente sus alientos pestilentes provocados por sus malestares gástricos y sus caries. El exiguo alimento no aportaba en absoluto los nutrientes que el organismo necesitaba para conservar la salud, y propiciaba enfermedades como el escorbuto y la ictericia. Miccionaban y defecaban en unos cubos rociados de vinagre en la propia celda, en los que se acumulaban durante todo el día la orina y las heces de los diversos presos, impregnando el aire de un hedor insoportable. Allí es donde encerré a Durnais y a Mounard. Sin alivio alguno. No podían tener visitas, no podían recibir alimentos ni ropa limpia. No podían disponer de papel ni tinta para escribir. No podían salir de la repugnante celda en todo el día, ni siquiera media hora a pasear por el patio y respirar algo de aire puro. Y no fui a verlos. No se les interrogó. Quedaron abandonados, sin noticias del exterior, cual si hubiesen sido enterrados en vida en aquella estancia en la que la sola permanencia era en sí misma una tortura.

Mi intención era animarlos a colaborar. Calculé que una semana en esas condiciones era suficiente. Yo había pasado un solo día encerrado en una celda individual infinitamente más confortable que aquélla y aun así había desesperado. Y más tiempo podía comportar un riesgo importante para su salud. Si contraían alguna enfermedad grave o morían, no servirían a mis fines. Pero Mounard no soportó ni una semana. Al cabo de tres días ya se retorcía de fiebre y escalofríos con la gota a punto de reventarle el pie. Lo llevaron a la enfermería de la prisión, donde tardó cerca de cinco días en recuperarse. Después decidí interrogarlo.

Cuando lo vi, me compadecí de él. Estábamos en uno de los despachos de la Prefectura de Policía del Châtelet, adonde lo habían trasladado. Había perdido mucho

peso, estaba demacrado y surcado de arrugas de sufrimiento, el rostro macilento. A pesar de tenerme delante, no me miraba. Su vista era opaca, muerta; su expresión también.

—¿Sabe por qué ha sido detenido, conde? —empecé.

—No —repuso con un murmullo.

Puse sobre la mesa el borrador de las Memorias de La Motte y le mostré una página señalada donde figuraba su letra.

—Usted colaboró en la redacción de este documento. Es inútil que niegue su caligrafía pues su autoría ya ha sido comprobada.

—¿Así que las tenía usted? —reaccionó alicaídamente.

—También se le acusa de haber participado en la fuga de La Motte. Usted esperó a la presa fuera de la prisión en un carro de mercancías. Condujo el vehículo hasta un local sito en la calle Saint-Denis. Allí pasó la noche ocultando a la evadida y al día siguiente la llevó hasta las afueras de París, donde subió al carruaje en el que la esperaba Fillard.

—Veo que conoce todos los detalles —confirmó con la misma apatía.

—Aún sé mucho más. Sé que hizo cuanto estuvo en sus manos para impedir que detuviera al vigilante de la Salpêtrière a quien perseguí hasta Lisboa. Utilizó toda su influencia ante el embajador británico para entorpecer mi misión. Recibió una carta de Fillard, que imprudentemente ha conservado usted, en la que éste lo felicita por su labor. ¿Quiere verla?

—No —declinó.

—En cuanto a su participación en la fuga de La Motte, me lo explicó la propia La Motte, pero además tengo una confesión completa de Didier Durnais redactada de su puño y letra —añadí extrayendo las páginas de la supuesta declaración—. En ella explica cómo se planeó y ejecutó la fuga y quiénes fueron sus participantes. ¿Quiere que se la lea?

—¿Durnais ha hecho eso? —preguntó Mounard mirando el documento, asombrado.

No lo había hecho. Era una falsificación. Pero una buena falsificación.

—Así es. ¿Quiere verla?

—Supongo que estoy perdido. —Sonrió roto, amasándose los canosos y desaliñados cabellos—. Pero prefiero morir que volver a esa repugnante celda. ¿Qué he de hacer para ser ejecutado?

—Ser juzgado. Pero mientras espera el juicio permanecerá encerrado aquí, en el Châtelet, salvo… —sugerí.

—Salvo qué. Si tiene usted humanidad —suplicó en un hilo de voz—, no me dejará allí, marqués…

—Salvo que haga usted como Durnais. Si hiciera de igual forma lo dejaría libre

hasta el juicio. Piense que, tal y como está la situación, nadie sabe cuándo se celebrará ese juicio. Quizá incluso no llegue a celebrarse nunca o quizá en ese momento lo que ha hecho sea contemplado como una hazaña y no como un crimen. No se sabe. La inestabilidad política posibilita cualquier desenlace. Lo único que es seguro es que si se queda usted aquí no sobrevivirá ni un año.

Mounard guardó silencio. Confesar la propia culpa y delatar a los demás era completamente contrario a su instinto de conservación y a sus principios, pero yo confiaba en la eficacia de la amenaza.

—Lo dejaré solo durante una hora —le dije—. Aquí tiene papel, pluma y tinta. Si cuando vuelva ha redactado usted un relato de todo lo ocurrido con nombres y datos, podrá salir de aquí acto seguido y volver a su casa. En caso contrario, lo devolveré a su celda comunitaria y lo abandonaré a su suerte. Usted decide.

Me levanté y salí de la estancia, que dos guardias custodiaban al otro lado de la puerta, con la completa seguridad de que a mi regreso tendría aquella confesión.

Tras conseguir la declaración de Mounard y ponerlo en libertad, hice llamar a Durnais. Al igual que me había impresionado el aspecto de aquél, el de éste también lo hizo, pero por una causa completamente contraria. Había perdido peso pero, aparte de eso, su talante era vivo, despierto, casi alegre. Sólo verlo adiviné que mi tarea no iba a ser tan fácil como con su compañero.

—¿Sabe por qué ha sido detenido? —inicié, al igual que había hecho con Mounard.

—Por causa de una falsa acusación —replicó con aire de abogado en ejercicio—. Nada he hecho que justifique esta arbitraria detención.

Le mostré el borrador de las Memorias y algunas de las páginas en las que constaba su caligrafía.

—No había visto nunca antes este documento —se defendió.

—Es inútil que lo niegue. La autoría de las anotaciones ha sido comprobada por expertos.

—Es una argucia. Todo es falso.

Me interrumpí y lo observé, estudiándolo. Era obvio que la estrategia debía ser otra que la empleada con Mounard.

—¿No quiere recuperar la libertad?

—Desde luego. Pero no a costa de inculparme falsamente o delatar a otros.

Callé. Su entereza no era normal. Él, a diferencia de Mounard, que había estado unos días en la enfermería, no había salido de aquella apestosa celda insufrible. Sin embargo, estaba inusitadamente aliñado, incluso su ropa estaba mucho más limpia de lo esperado. Una sospecha me asaltó.

—Creo que necesita recapacitar —suspendí—. Lo devuelvo a su celda. Si cambia

de actitud, hágamelo saber.

Durnais nada dijo. Golpeé la puerta y dos agentes entraron en el despacho. Ordené que lo trasladaran de nuevo a la prisión y después hice llamar a Criseau, mi fiel agente, el que en su día había delatado a Gosnard, el espía de Fillard. Desde entonces había promovido su ascenso y el agradecimiento del hombre se manifestaba en una entregada lealtad.

—Creo que está recibiendo visitas a pesar de la orden contraria que he dado —le confié—. Puede que el carcelero haya sido sobornado. ¿Puedes comprobarlo?

Al día siguiente Criseau me dio su primer informe. El preso constaba oficialmente en la celda comunitaria, pero en realidad ocupaba una individual que no estaba asignada a nadie, y además gozaba de casi una hora diaria de patio.

—Es el vigilante de la celda comunitaria. Probablemente tiene usted razón y ha recibido una recompensa por dispensarle tal privilegiado trato.

—¿Recibe alimentos o ropa de alguien? ¿Visitas?

—Aún no lo sé, señor.

—Sigue vigilando. Debe de haber algo más.

Transcurrieron cuatro días sin ninguna noticia. Yo desde entonces acudía diariamente a la Prefectura para facilitar los informes de Criseau. Ocupaba mi tiempo encerrado en el despacho que tenía asignado leyendo y releyendo los documentos que había incautado a los tres: Durnais, Mounard y Saltrais. Los dos primeros habían sido unos incautos y conservaban la correspondencia cruzada entre ellos y Fillard: y, por el contrario, nada comprometido conservaba Saltrais ni poseían los demás de él. Pero la medida de poco le había servido, pues en la de los otros se lo mencionaba tan a menudo que no sólo no cabía duda de su participación, sino que incluso se hacía más que evidente que había sido el organizador de la fuga. Conseguir el borrador de las Memorias con aquellas anotaciones manuscritas me había abierto todas las puertas probatorias en aquella dificultosa investigación. Y pensar que hacía tiempo que Bramont las tenía en su poder… ¡cómo me hubiese facilitado las cosas el haberlas tenido antes!

Criseau entró súbitamente en mi despacho, sin apenas llamar.

—¡Ahora, señor! —anunció excitado—. ¡Una visita! ¡Está ahora mismo con él en la celda individual que ocupa! Es una mujer.

Me precipité al pasillo. Corrí por escaleras, corredores y salas detrás de Criseau hasta llegar a la prisión y a la puerta de la celda de Durnais.

Era de hierro macizo con una pequeña apertura enrejada en forma de ventanuco a la altura de los ojos cubierta por una chapa de hierro corredera. La abrí silenciosamente apenas un dedo y fisgué por la pequeña ranura. La mujer era nada menos que Edith Miraneau. Bien había percibido yo el interés de Durnais por ella cuando lo había estado vigilando con motivo de su detención. Y ahora recordaba que

en el informe de su arresto se mencionaba que en ese momento se encontraba en compañía de una dama en actitud «cariñosa», según describían, aunque no se especificaba el nombre. Y esa actitud se descubría también ahora entre ellos. Durnais asía a Edith por la cintura y le daba besos esporádicos en el rostro y el cuello, mientras ella lo toleraba pero parecía esforzarse en mantenerlo a raya. La celda era muy pequeña, de una anchura que apenas permitía encajar el camastro y de no más de cuatro pasos de largo. Edith y Durnais, por tanto, estaban a escasa distancia de la puerta a través de la que los estaba observando, y sus palabras llegaban hasta mí del todo inteligibles.

—Pienso en ti a todas horas —gemía él—. Si no pudiera verte me volvería loco.

—Has de ser fuerte, Didier —le decía ella, intentando desasirse de su abrazo suavemente.

—Sólo puedo ser fuerte estando contigo —pronunció con fervor buscando su boca, que ella eludía volviendo levemente el rostro—. Dime que me amas o me moriré.

—Ten paciencia. Ya te he dicho que pronto saldrás de aquí, —repuso ella, retirándole las manos para separarse—. Ahora tengo que irme.

—¿Cuándo? —se desesperó él.

—Dentro de muy poco. Ten confianza.

—No confío en el vizconde —protestó mientras intentaba volver a abrazarla—. Sólo se mueve por su propio interés.

—Pues piensa que le interesa liberarte para que no le acuses.

—Si lo acusara podría salir de aquí hoy mismo —masculló Durnais con rencor—. Mounard ya está libre.

—¡Pero tú no eres un delator! —le reprochó ella con un deje de profunda alarma.

—¿Cuándo volveré e verte?

—No delatarás al vizconde, ¿verdad?

—No respondo de mí si no puedo volver a verte pronto. ¿Por qué has de irte ya? Aún no ha venido el vigilante.

Edith golpeó la puerta por toda respuesta, en una llamada que me sonó a petición de auxilio. Él la abrazó por la espalda y la besó en la nuca, por debajo de su recogido. Edith, que creía que nadie la veía, pero que estaba frente a mí al otro lado de la puerta, elevó los ojos en inequívoco gesto de agotada paciencia. Por el contrario, el rostro de Durnais estaba consumido por la pasión. Era ella, y el amor que le inspiraba, lo que le insuflaba aquella entereza, que no hubiese podido provocar exclusivamente los beneficios penitenciarios recibidos. Pero Edith, ¿qué buscaba Edith? Era evidente que no le correspondía.

Dudé unos instantes sobre si descubrirles, ya que habían sido descubiertos, o mantenerlos en la creencia contraria por el momento. Opté por lo último. Antes de

actuar quería saber qué perseguía Edith Miraneau.

—Síguela cuando salga de aquí —ordené a Criseau, apartándome de la puerta—. Síguela con mucha atención.

—¿Hago que el preso vuelva a su celda común?

—De momento no. Dejemos que siga soñando un poco más. Ya lo despertaremos a su debido tiempo.

Al día siguiente, Criseau, con aire triunfal, dejó caer una carta sobre la mesa de mi despacho.

—La entregó esta tarde en la estafeta. Pagó un servicio de urgencia. La hemos rescatado, pero podemos devolverla mañana a primera hora antes de la salida de la diligencia de correos.

Tomé la misiva y leí el destinatario: *«Posada del Pescador, Calais, a la atención de V. S.»*. Pudiera significar, y sin duda significaba, vizconde de Saltrais. Dirigí una mirada de aprobación y reconocimiento a Criseau. Era un buen agente.

—¿Cree que se aloja en esa posada? Podríamos ir a detenerlo —sugirió Criseau, animado por sus repetidos éxitos.

—Primero vamos a leer la carta —le participé.

Rompí el sello y la abrí. Se iniciaba con un *«querido amig*.», sin mencionar nombre alguno. *«En mi segunda visit*.… —continuaba— *he insistido para que no firme nada, pero temo que su resistencia es muy débil. Es necesario sacarlo de allí lo antes posible. Yo puedo encargarme, pero necesito fondos. ¿Puede proporcionármelos? Con el otro hemos llegado tarde: declaró y está en la calle. Parece que, además, tienen cartas y otros papeles. No vuelva a Francia. No por el momento. Cuando acabe con esto quisiera reunirme con usted. No me importa abandonarlo todo. Lo seguiría al fin del mund*..»

A pesar de que la autora había evitado escribir nombre alguno, su contenido era tan transparente e inteligible para mí como para el vizconde, a quien sin duda iba dirigida. Y las revelaciones que contenía eran de enorme valor.

Crucé una mirada de inteligencia con Criseau y sonreí con satisfacción.

—¿Vigilamos la posada? —insistió.

—No. De momento consígueme una entrevista con el director de la prisión del Châtelet.

—Sí, señor. ¿Hacemos algo con la carta?

—Me la quedaré yo. Me va a ser de mucha utilidad.

Criseau sabía dónde estaba su límite, y llegado a este punto, me saludó y se retiró.

Ella desvelaba que Saltrais no estaba en Francia, luego no estaba en la posada de Calais, que debían de utilizar únicamente para intercambiar correspondencia. La población de Calais señalaba a Inglaterra, y si Saltrais estaba en Inglaterra, sin duda

se ocultaba en Londres, como en todas las demás ocasiones en que había huido de mí. Ahora sólo faltaba confirmarlo y saber dónde residía exactamente.

Me senté en mi escritorio, extraje papel del cajón y tomé mi pluma. También yo iba a escribir una carta.

«Mi querida baronesa: —*la inici.*—. *¿Cómo le sienta su estancia en Londres? […*.»

Tras mi entrevista con el director de la prisión del Châtelet, el vigilante corrupto fue destituido y encarcelado, y Didier Durnais fue conducido a una de las celdas de máxima seguridad de los húmedos y horrendos sótanos. En el traslado, al que lo acompañé yo mismo, le hice saber que había sido descubierto el soborno y la cábala para liberarlo, por lo que podía olvidarse de visitas y de fugas. Permanecería eternamente en aquella tumba viviente hasta que entrara en razón o hasta que se celebrara el juicio de su causa, que con la cantidad de pruebas que tenía en su contra derivaría con toda probabilidad en una condena.

Dos días de encierro fueron suficientes para que el desquiciado solicitara verme.

—¿Dispuesto a colaborar? —lo conminé.

—Necesito ver a una persona —respondió él con voz suplicante. Había perdido la seguridad y el desafío de su actitud anterior. Tampoco su aspecto era ya tan ufano.

—¿A Edith Miraneau? —Lo sorprendí al acertar—. Ha estado intrigando para liberarlo. Como usted sabe, liberar a un preso es un delito. Va a ser detenida y encarcelada en la prisión de mujeres de la Salpêtrière.

Durnais palideció.

—No puede… —dijo aturdido— Ella no… no puede…

—Ya lo creo que puedo —aseveré—. Tengo pruebas. ¿Conoce su letra?

—Sí.

—Pues lea —ataqué, exhibiéndole la carta de Edith.

Durnais empezó a leerla. Esperé a que terminara y entonces dije, haciendo caso omiso a su expresión de desolación y sorpresa:

—Es una confesión clara. Iba a salvarlo a usted para proteger a su amante, el vizconde de Saltrais.

Durnais parecía haberse convertido en piedra, piedra caliza, blanca y quebradiza. Releía las últimas líneas una y otra vez, hasta que decidí apartar el papel que yo mismo sostenía frente a su vista. Entonces sus ojos se velaron de lágrimas.

—Es falsa. Esta carta es falsa. No la ha escrito ella. O la ha obligado a escribirla bajo coacción.

—No me importa lo que usted crea —repuse con indiferencia—. Es la verdad, quiera aceptarla o no. Ella ha sido seducida y utilizada por el vizconde de Saltrais para a su vez manipularlo a usted y conseguir que no lo delate. Y usted, ¿qué gana?

Nada. Hay tantas pruebas en su contra que en poco puede dañarle una confesión. Quizá hasta le exima en algo teniendo en cuenta su juventud si sabe descargar sobre Saltrais la verdadera iniciativa y organización de la fuga. Pero, en lugar de eso, se empeña en no colaborar frustrando su posibilidad de quedar en libertad y propiciando la del vizconde para que la joven Edith pueda correr a echarse a sus brazos. Así él se queda con todo, incluida su amada, y usted, como un estúpido, se pudre solo aquí dentro mientras ellos dos gozan juntos.

Los ojos de Durnais se habían secado.

—Déjeme ver la carta de nuevo —pidió, traspuesto y sudoroso.

La desdoblé otra vez ante sus ojos. Ahora le dejé todo el tiempo que necesitó para convencerse de su autoría.

—¿Desde cuándo…? —preguntó absorto.

—Desde cuándo… ¿qué?

Desde cuándo ellos se amaban y desde cuándo lo estaban engañando. Era la pregunta. Pero su dignidad no le permitió formularla.

—Dígame una cosa, Durnais —no pude evitar reprocharle—, ¿qué siente al saber que su primo, el conde de Coboure, está encarcelado en la Bastilla por su culpa? ¿Es posible que no sienta la más mínima obligación moral hacia él?

Durnais me miró turbiamente.

—¿Puedo ayudarlo?

—Por supuesto. Puede declarar también su inocencia.

—Culpándome a mí mismo —objetó.

—Eso podía haberlo perjudicado antes, antes de que cayera en mis manos el borrador de las Memorias. Pero ahora… la verdad, con confesión o sin ella, es francamente difícil que quede exonerado, pero como mínimo podría reparar el daño que le está causando al conde.

Durnais bajó la vista, abatido, mientras aspiraba los fluidos nasales que el llanto le había provocado.

—¿Quiere pensarlo un poco más? —incité a lo contrario—. Yo no tengo prisa. Es usted el que está metido en ese agujero irrespirable. ¿Cuánto tiempo se ve capaz de vivir allí? ¿Cree que aguantará hasta el juicio?

—Si confieso… ¿quedaré libre?

—Inmediatamente. Bajo juramento de que se presentará a juicio y de que no saldrá del país.

—¿Y Edith Miraneau será detenida?

—Detenerla por urdir la liberación de un preso que ha quedado legítimamente en libertad no parece tener mucho sentido. Si usted confiesa retiraré los cargos contra ella.

—No tengo muchas alternativas…

—Lógicas no.

Durnais suspiró hondo y dijo:

—Facilíteme papel y pluma. Le redactaré mi confesión.

Paul Bramont

Courtain había solicitado que se me aplicara el régimen penitenciario más benigno posible pero, a pesar del aceptable trato, vivía angustiado. Llevaba ya casi un mes y medio encerrado y aunque me mantenía la esperanza de ser liberado, mis circunstancias dependían casi exclusivamente de Courtain. Si a él le pasaba algo, si las suyas variaban, podía quedar enterrado de por vida entre aquellos tenebrosos muros. El temor a no recuperar nunca la libertad era lo peor, la peor de mis pesadillas.

Aquella noche mi padre estaba conmigo, pues se me permitía recibir visitas con gran flexibilidad. Era tarde, ya habían tocado las once. Él sabía, claro está, el motivo por el que había acabado allí, circunstancia que, según dijo, no había concebido que pudiera ocurrir en la vida, y tenía, en este aspecto, toda su solidaridad. Había intentado hacer valer sus influencias para conseguir mi libertad, no en vano era amigo del actual ministro Barentin, pero sólo había conseguido largas y buenas palabras. Barentin no quería indisponerse con el secretario de la reina ni meterse en el espinoso asunto del collar. Otro motivo que incrementaba mi inquietud y me confirmaba lo precario de mi situación.

De vez en cuando cruzábamos algún comentario. Él estaba sombrío, preocupado. Desde que me encarcelaran, ésa era su expresión habitual, pero aquella noche, a su tragedia personal, pues así vivía mi prisión, se añadía la política. La declaración del Tercero de autoproclamarse Asamblea Nacional los había dejado, a él y a sus amigos conservadores, perplejos y asustados. Hasta ese momento habían confiado en su posición ventajosa. Sus derechos estaban reconocidos. Eran la nobleza del país. No tenían intención de ceder en la cuestión del voto, los precedentes apoyaban su tesis. Pero con lo que no habían contado era con que el Tercero rompiera con la legalidad. Si se quebraba la legalidad, ya nada los protegía. Nada excepto el rey. Pero había sido contra el rey contra el que habían estado luchando desde hacía tres años, desde la sentencia por el asunto del collar. Luis había sometido a la primera Asamblea de Notables la reforma fiscal, que ésta había rechazado. Después se la había presentado a los parlamentos, que la rechazaron nuevamente exigiendo la convocatoria de los Estados Generales. Y ahora que el rey, cediendo a sus presiones, había convocado éstos, ahora la nobleza veíase corriendo a sus pies a suplicarle protección contra un Tercero indómito al que no podían controlar.

—La situación es grave. Barentin está preocupado. Ha solicitado al rey que reciba

a una diputación de la nobleza. Creo que hoy ha recibido a la del alto clero. Pero el rey no está en su mejor momento —se lamentó mi padre—. El pequeño delfín ha muerto. Supongo que ya lo sabías.

Me había llegado la noticia, sí. Yo recordaba al niño doliente de mirada apagada y tez pálida, y no pude por menos que entristecerme.

—María Antonieta está destrozada —explicó—. Nunca he sentido simpatía por ella, pero en estos momentos es digna de compasión. También el rey está sumamente afectado. A la tragedia de tal inconmensurable pérdida deben añadir la maledicencia de quienes especulan con la delicada salud de su hijo menor, el nuevo delfín, poniendo en duda la sucesión de la Corona, en un oportunismo tan cruel como despreciable. El conde de Artois y el conde de Provenza aspiran al trono más de lo que muestran. Pero, aunque pueda comprender su dolor de padres, tendrán que sobreponerse. Hay que poner al Tercero en su sitio —mordió, mirándome de reojo con encono.

No tuve tiempo de contestar, porque en ese momento se abrió la puerta de mi celda. Era algo inesperado y la observé con inquieta curiosidad. Entraron dos guardias uniformados y armados marcando pasos marciales. Más allá del umbral vislumbré, en el pasillo, a mi amigo el carcelero, en cuya figura se reflejaba la luminosidad de una antorcha que avanzaba por el corredor y que no tardó en hacer su aparición de la mano del marqués De Launay, gobernador de la Bastilla. Ahora sí me levanté, carcomido por la duda.

—Buenas noches —saludó amable De Launay—. Perdone la intromisión a estas horas, pero el marqués de Sainte-Agnès me ha entregado esta notificación proveniente de Versalles y creí que le interesaría conocerla cuanto antes.

Cogí el documento que se me entregaba. Era una carta dirigida a él. El lacre estaba roto, ya había sido leída por su destinatario. Leí rápidamente.

—Enhorabuena, conde —me felicitó el gobernador con formal cortesía—. Es usted libre.

Esta vez no pude controlar una amplia sonrisa involuntaria, que mi alegría me obligó a esbozar, y miré inmediatamente a mi padre, en cuyo rostro se reflejaba también un jubiloso alivio.

Cuando pisé la calle minutos después, suspiré hondo y elevé la vista hacia el cielo. No se veía, pues era tan sólo un manto negro, pero no importaba. Representaba el infinito, la ausencia de límites, la libertad. Mi padre no pudo contenerse y a los pies del carruaje me abrazó. No abrazaba a mi padre con frecuencia, en realidad, no recordaba la última vez que lo había hecho, y quizá pasaría muchísimo tiempo antes de que volviera a hacerlo. Eso pensé, mientras apreciaba ese momento único. Mi padre, cuya emoción amenazaba con desbordarse, decidió cortar súbitamente y subió con rapidez al coche, evitando que viera su rostro. Cuando yo lo hice tras él, estaba

haciendo uso de un pañuelo que se apresuró a guardar.

—Antes de ir a casa quisiera pasar por la residencia de Courtain —le dije—. Mi libertad se la debo a él. Tengo que agradecérselo.

—Por supuesto —asintió.

Durante los siguientes minutos permanecimos en silencio, mientras el carruaje atravesaba las calles de la ciudad. Pero cuando ya nos aproximábamos a nuestro destino, mi padre preguntó, censurador:

—¿Qué piensas hacer mañana?

—Ya lo sabes —no quise discutir—. O no me harías la pregunta.

—Si yo te pidiera que no fueras, no me harías caso, ¿verdad?

—Sin una razón, no.

Me miró de frente.

—Puedo darte razones, pero antes quisiera saber si estoy hablando con mi hijo o con un diputado del Tercero.

Lo miré a mi vez. Conocía a mi padre y lo adiviné enseguida. Era amigo del ministro Barentin, y tenía información reservada.

—Soy ambas cosas. Pero la cuestión es —repuse—, ¿podría un miembro del Tercero cambiar el curso de los acontecimientos si supiera tus razones?

Mi padre suspiró y dijo:

—El rey vuelve esta noche a Versalles desde Marly. Mañana ordenará clausurar la gran sala del Menus-Plaisirs. Los diputados del Tercero encontrarán su sala cerrada. Así que no vale la pena que te traslades hasta Versalles.

—¿Y por qué ordena cerrarla?

—¿Crees —se soliviantó de pronto— que el Tercero puede saltarse las normas tan tranquilamente? ¿Crees que puede autoproclamarse Asamblea Nacional y dejarnos a los demás fuera? Pero ¿quiénes se han creído que son?

—¿Por qué cierra la sala? —insistí con calma.

—¡Pues está claro! Para que no se sigan reuniendo hasta la sesión real que piensa celebrar dentro de pocos días, una sesión en la que pondrá de nuevo las cosas en su sitio. ¡Y cuarenta mil efectivos tomarán Versalles ese día para asegurar el cumplimiento de sus órdenes!

—¿Va a disolver los Estados? —me inquieté.

—Si no entran en razón, es lo que debería hacer. Así que mi consejo, hijo, es que, ya que todavía no has pisado el Palacio de Menus-Plaisirs, no lo hagas precisamente ahora que vienen tiempos revueltos. Te vaticino que dentro de una semana los Estados Generales ya no existirán. Espera a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Sonreí.

—No imaginé, padre —dije con cariño—, que algún día me aconsejarías la

cobardía.

—Acabas de salir de la Bastilla —se enardeció—. ¿No tienes suficiente?

Habíamos llegado frente a la puerta de la residencia de Courtain y no respondí. Bajé del vehículo y llamé a la puerta. El carruaje de mi padre esperaba a mis espaldas.

—¿El marqués? —pregunté al hombre que me abrió.

—No está, señor, lo siento. Ha salido de viaje.

—¿De viaje? ¿Adónde?

—No lo ha dicho, señor.

Capítulo XXIX

1

Extracto de las Memorias de Paul François Bramont, conde de Coboure

Este 20 de junio he acudido, por vez primera desde la inauguración de los Estados Generales, al Palacio de Menus-Plaisirs. Pero la sala de los comunes estaba cerrada. Un cartel en la puerta lo anunciaba y un cuerpo de guardias la custodiaban.

El desconcierto reinaba entre los seiscientos diputados que se aglomeraban a la entrada sin poder franquearla y el público asistente que los rodeaba. El pretexto de la reforma de la sala para acondicionarla en vistas a la próxima sesión real no engañaba a nadie. Que el rey pretendía disolver los Estados e impedir, mientras tanto, que la Asamblea Nacional siguiera reuniéndose, era la medida que se adivinaba tras ese anuncio. El señor Bailly, nombrado hacía poco presidente de la Asamblea, protestó formalmente, y algunos diputados, enardecidos, hasta parecían dispuestos a entrar por la fuerza, pero el oficial que comandaba a los guardias advirtió que ordenaría a sus hombres hacer uso de las armas si era menester.

En medio del tumulto, se propuso seguir la reunión en otro lugar. Se oyó sugerir la plaza de Armas, a la entrada del Palacio de Versalles, o incluso bajo los balcones del rey en muestra de reivindicación y protesta. El doctor Guillotin sugirió ocupar la sala del juego de pelota, que aquel día estaba vacía. La idea fue aceptada enseguida. La sala en cuestión, que estaba destinada a la práctica por los cortesanos del ancestral juego de pelota con raqueta, se encontraba cerca, y allí nos dirigimos con indignada rebeldía la numerosa procesión.

La estancia era rectangular, alargada, de techos altos, abiertas sus paredes en la parte alta por ventanales, a los que consiguieron encaramarse desde fuera algunos espectadores, y como estaba dedicada al juego carecía de mobiliario, excepto unos cuatro o cinco bancos. Entramos. Una especie de mesa fue colocada en el centro, a guisa de tribuna o lo que se terciase. Los demás, de pie, la rodeábamos.

Había que decidir lo que hacer tras la clausura de la sala de Menus-Plaisirs. El abad Sieyès sugirió trasladar la Asamblea a París. El presidente Bailly lo consideró poco prudente. El abogado Mounier, diputado por el Delfinado, propuso que, ante el temor de que los Estados fueran disueltos, los diputados prestaran juramento de no separarse hasta que redactaran una Constitución para el reino. La propuesta fue acogida con entusiasmo. Era una solución inmediata, que podía adoptarse en aquel mismo instante, de una fuerza simbólica indiscutible, que enfervorizaba los ánimos

tras el golpe recibido y que suponía un paso adelante después de haberse autoproclamado Asamblea Nacional. El abad Sieyès, ayudado por el abogado Mounier, redactó en unos minutos el texto del juramento. Pasaron el escrito a Bailly, quien le dio lectura en voz alta subido sobre la improvisada tribuna, rodeado por todos los diputados:

—[…] La Asamblea Nacional[16](…) resuelve que todos sus miembros prestarán, en este mismo instante, solemne juramento de no separarse jamás y de reunirse cuando así lo exigieran las circunstancias, hasta que la Constitución del reino sea establecida y afirmada sobre fundamentos sólidos, y que, habiendo prestado dicho juramento, todos los miembros, y cada uno de ellos en particular, confirmarán con su firma esta resolución inquebrantable.

Encendidos aplausos me ensordecieron. Me emocioné, lo confieso. Yo aún me sentía más espectador que protagonista. Ellos llevaban reuniéndose diariamente desde hacía mes y medio, ya se conocían, habían oído los discursos de unos y otros, habían vivido día a día la pugna con los otros dos órdenes, habían acabado por seguir el camino menos cómodo, el rompedor, el revolucionario. Viéndolos, sintiendo su determinación, me maravillaba. Mostraban una firmeza inquebrantable, que iba mucho más allá de un puro afán de rebelión. Las rebeliones pueden sofocarse, pueden transigirse. Pero estos hombres se levantaban cada mañana con el convencimiento de que estaban llamados a cumplir una misión encargada por toda una nación. Con esa convicción, su voluntad era un coloso que las fuerzas conservadoras no conseguirían detener.

Y, sin apenas darme cuenta, me vi a mí mismo firmando el solemne juramento junto con todos los demás asistentes; todos menos uno, cuya oposición levantó agrios reproches.

A la salida, todavía conturbado por la escena que había vivido, tropecé accidentalmente con un diputado al pasar por el dintel de la puerta.

—Lo siento —me disculpé.

—No lo había visto antes —comentó él, observándome—. ¿Es diputado de los comunes?

—Sí. No he podido asistir hasta ahora a las sesiones por motivos personales. Mi nombre es Paul François Bramont —me presenté, tendiéndole la mano.

—Bienvenido entonces —dijo estrechándomela—. El mío es Maximilien de Robespierre.

Hoy, 23 de junio, ha tenido lugar la sesión real anunciada, en la sala común del Palacio de Menus-Plaisirs. La escenografía era la misma que en la de apertura, pero no existía ahora la alegría y el entusiasmo que debía de haber reinado en la anterior,

cuando los Estados iniciaban su andadura. En la presente, sus miembros estaban abiertamente enfrentados entre sí. La tensión se cortaba con cuchillo. Se desconfiaba del rey, de quien se temía la disolución de los Estados. Se sabía que la nobleza, el alto clero y los cortesanos habían intrigado cerca de él a tal fin. Las tropas armadas rodeaban el Palacio de Menus y los alrededores. La facción conservadora de la nobleza y del clero miraba a los comunes con mezcla de desdén, temor y odio contenido. Algunos nobles, nerviosos, habían acudido armados, espada al cinto. Necker no aparecía, y se decía que no lo haría como muestra de su oposición a las intenciones del rey. Se había prohibido taxativamente la presencia de público en el interior de la sala, pero una muchedumbre soliviantada rodeaba a su vez el Palacio de Menus y exclamaba vítores a favor de la Asamblea Nacional y contra los aristócratas, lo que inquietaba a los guardias, que, fusil en mano, se veían rodeados por aquella multitud alterada.

En el interior, a los comunes se nos destinó nuevamente la puerta trasera de la sala, ante la que los seiscientos tuvimos que esperar apretados durante más de hora y media en la angosta galería, pues fuera llovía, mientras los miembros de los otros dos órdenes entraban por la puerta principal. El presidente Bailly protestó por la demora, y cuando al fin se abrieron las puertas, la irritación impulsó a que, siguiendo a éste, entráramos directamente de dos en dos, negándonos a supeditarnos al largo trámite de las llamadas por bailías. Después hizo su entrada el rey con su cortejo de príncipes y cortesanos. Esta vez ninguna dama lo acompañaba, ni siquiera la reina, lo que demostraba cuán distinto era el ambiente de aquella sesión ceremonioso de la de apertura.

—Señores[17] —comenzó el rey ante un profundo silencio—, creía haber hecho todo lo que estaba en mi mano por el bien de mis súbditos cuando tomé la decisión de reunirlos […], [pero] los Estados Generales están abiertos desde hace casi dos meses y todavía no han podido entenderse sobre los preliminares de sus operaciones. Una perfecta inteligencia debería de haber nacido del solo amor a la patria, y [sin embargo] una funesta división arroja la alarma sobre todos los espíritus […]. Debo al bien común de mi reino, me debo a mí mismo, el hacer cesar estas funestas divisiones. Es con esta resolución, señores, […] que vengo a restablecer el verdadero espíritu, que vengo a reprimir los atentados que se hayan podido producir.

Pronunciada esta desalentadora introducción, cedió la palabra a uno de los secretarios de Estado:

—El rey quiere que la antigua distinción de los tres órdenes del Estado se conserve por completo como parte esencial de la constitución de su reino […]. En consecuencia, el rey declara nulas las deliberaciones tomadas el 17 de este mes por los diputados del orden del Tercer Estado —es decir, la de constituirse en Asamblea Nacional—, así como las que hayan podido seguirse, por ilegales e inconstitucionales

[…].

Tras este golpe, dio anuncio a las reformas que deseaba fueran abordadas por los Estados Generales. Algunas de ellas eran de envergadura, tales como la igualdad fiscal, la libertad de prensa, la reforma de la Administración de Justicia, la supresión de las lettres de cachet, la formulación y publicidad de los presupuestos del Estado y el sometimiento de nuevos impuestos a la aprobación de los Estados Generales.

—Acaban de escuchar, señores —pronunció Luis—, el resultado de mis disposiciones y de mis deseos; son conformes al vivo deseo que tengo de operar el bien público; y si, por una fatalidad lejos de mi pensamiento, me abandonan en tan bella empresa —amenazó— yo solo haré el bien de mi pueblo, sólo yo me consideraré su verdadero representante. […] Les ordeno, señores —terminó—, que se separen inmediatamente y que mañana por la mañana cada uno asista a la cámara asignada a su orden para continuar sus sesiones.

Terminada su intervención, que fue ferviente y triunfalmente aplaudida por clero y nobleza en medio del completo silencio de los comunes, el rey se retiró seguido de todo su séquito y con todo su majestuoso aparato, y lo mismo se apresuraron a hacer, con visible satisfacción, los diputados de la nobleza y del clero.

Pero los comunes permanecimos inmóviles en nuestros bancos. La perorata del rey había durado media hora escasa. Las reformas propuestas por Luis eran considerables, pero llegaban demasiado tarde. Lo anunciado, frente a la intención manifestada en solemne juramento de dictar una nueva Constitución, que en la mente de todos debía establecer la separación de poderes, la igualdad de los ciudadanos ante la ley y la regeneración de todo el régimen, era muy poca cosa, era prácticamente nada. El tono paternalista y severo de Luis, insuficiente para intimidar pero bastante para irritar, el ambiente conminatorio creado, las fuerzas armadas rodeando el edificio, la sensación de connivencia del rey con los órdenes privilegiados, la impresión de cerco contra los comunes, no ayudaba a que nadie se moviera de sus asientos. Hacerlo era signo de sometimiento, de retroceso, de pérdida de todo lo conseguido tan arduamente. Ni siquiera podía confiarse en que las reformas anunciadas por el rey llegaran a buen puerto, como no lo habían hecho ninguna de las que había intentado en los últimos tiempos, que habían chocado siempre con la oposición de las clases privilegiadas.

Permanecimos así, quietos en nuestros asientos, durante un largo rato. A medida que discurrían los minutos, la consternación daba paso a la indignación y al resurgimiento de ese espíritu indómito que yo ya les conocía.

Al cabo entró el gran maestro de ceremonias, Dreux-Brézé. Dos piquetes de guardias se hicieron visibles en la puerta.

—Señor —dijo, dirigiéndose a Bailly en su calidad de presidente—, ¿no han oído la orden del rey?

Bailly vaciló un instante. Ciertamente se trataba de una orden del rey.

—Señor, la Asamblea se ha prolongado después de la sesión real —contestó, apurado, pero firme—; no puedo disolverla sin que haya deliberado.

—¿Es ésta su respuesta? —lo retó—. ¿Se la puedo participar al rey?

—Sí, señor. —Luego, dirigiéndose a los que lo rodeaban, dijo—: Creo que la nación reunida en Asamblea no puede recibir órdenes.

El conde de Mirabeau saltó en su apoyo y, en tono desafiante, aseguró que sólo por la fuerza de las bayonetas abandonarían la sala.

Las bayonetas de las que hablaba Mirabeau estaban allí mismo. Pero Dreux-Brézé no se atrevió a recurrir a ellas para evacuar a la fuerza a seiscientos diputados con un gentío que los aclamaba en el exterior, ni probablemente una decisión de tal envergadura formara parte de sus competencias como gran maestro de ceremonias. Así que, altivo, se limitó a retirarse para informar al rey.

Mis colegas no esperaron la decisión de éste. Aprovecharon para iniciar la sesión y comenzó el debate sobre el discurso pronunciado por Luis. El abad Sieyès se levantó entonces y dijo:

—Señores, hoy son lo mismo que eran ayer.

Esta breve frase, que demolía de un solo golpe cuanto de conminatorio habían tenido las palabras del rey, fue acogida con atronadores aplausos. Recuperada toda la confianza, que había zozobrado en algún momento, ratificamos nuestra constitución en Asamblea Nacional y el juramento de no separarnos hasta promulgar una nueva Constitución. Asimismo, para protegernos de la posible reacción ministerial, la Asamblea proclamó «inviolables» a sus miembros y declaró «infames, traidores a la nación y culpables de crimen capital» a quienes los persiguieran o detuvieran.

Pero no hubo reacción alguna. La reunión terminó pacíficamente sin que nadie nos molestase. Más tarde supe que, habiendo sido informado Luis de la situación y advertido también sobre la posibilidad de que la expulsión por la fuerza de los diputados del Tercero provocara altercados violentos, había exclamado: «Pues bien, *foutr*., que se queden.»

Paul Bramont

La consternación de los otros dos órdenes al enterarse de lo ocurrido, ellos, que habían creído todo peligro conjurado, fue de órdago.

Si el Tercero se había atrevido a desobedecer, más que eso, a contradecir tan abiertamente las órdenes del rey, y si éste lo había tolerado sin mover un solo dedo por intentar imponer una autoridad tan ventilada minutos antes, es que la batalla estaba perdida. El clero deliberó su unión al estado llano, y la mayoría vino a unirse a la Asamblea Nacional. Lo mismo hizo la minoría liberal de la nobleza, entre ellos el

duque de Orleans, que entró por la puerta de la sala común, entre el alborozo de bienvenida de los comunes. Los más recalcitrantes de los conservadores se mantenían tenazmente en su sala, en la confianza de que su actitud permitiera tildar de nulas las disposiciones del Tercero, pero el propio Luis los invitó, con gran pesar, a que se unieran al estado llano.

La Revolución había triunfado.

—¿Qué ocurre? —pregunté a mi padre pocos días después, al descubrirlo con aire de reflexiva pesadumbre mientras mantenía en la mano una carta que acababa de leer.

—Es de la baronesa de Ostry —me informó—. Se ha enterado de los últimos acontecimientos y me invita a que abandone París.

—Es innecesario —opiné, confiado—. La Asamblea ha empezado a trabajar en la redacción de la Constitución con la aceptación tácita del rey. Ahora todo está encarrilado. No hay motivo para temer nada.

Mi padre me miró, sombrío.

—¿Por qué crees que el rey ha pedido al clero y a la nobleza que se unan al Tercero? Está ganando tiempo. Ha llamado en secreto al Ejército: al regimiento suizo, a los alemanes de infantería, al Royal Allemand, a los dragones, a los húsares de Lauzun… Las tropas marchan sobre París. Se calcula que estarán todas concentradas en la capital entre el 13 y el 14 de julio. Entonces Luis dará su golpe.

2

André Courtain

En cuanto vio las pruebas que le exhibí, el secretario de la reina no se atrevió a negar, ni siquiera a dilatar, la orden de puesta en libertad de Bramont. Me tendió ésta, junto con la de detención de Saltrais, sin mirarme, como quien entrega la correspondencia a su criado para que le dé trámite. Teniendo en cuenta que acababa de reponer todas las resoluciones que yo había adoptado en su momento y que él había revocado equivocadamente, creo que yo hubiese merecido un leve gesto de disculpa o, como mínimo, de reconocimiento a su corrección. Pero lo que merecía no es lo que esperaba. Lo que esperaba del secretario era justo lo que me demostró: desdén, desinterés e injustificado aire de irritación. Pero se hubiese ofendido de haber sabido lo indiferente que me resultaban sus desprecios. Cogí las dos órdenes, que era lo único que me interesaba de él, y salí de su despacho sin marcar siquiera una mínima reverencia de despedida.

La orden de libertad se la entregué en mano al gobernador de la Bastilla, a quien

interrumpí durante su cena, y acto seguido, sin aceptar su cortés invitación a unirme a su mesa, me dirigí hacia el inmueble donde vivía Criseau, mi leal agente. Su vivienda estaba situada en el barrio de los Cordeliers, en el segundo piso de un estrecho edificio de cuatro plantas. Subí de dos en dos los desiguales peldaños de la oscura escalera y llamé a su puerta con un par de golpes de mi puño.

Quien apareció al otro lado era una mujer. No me lo esperaba. Era delgada, entrada en la treintena, el rostro anguloso, ojeroso; un vestido sencillo cubierto con un delantal manchado. Detrás de ella quedaba al descubierto lo que debía de ser la pieza principal de la vivienda, ocupada en su centro por una mesa alrededor de la cual se agrupaban cuatro niños de edades comprendidas entre los tres y los diez años. Su objeto de atención era una cazuela de barro, de la que extraían el alimento con unas cucharas de madera. Junto a la mesa, de pie, estaba Criseau, con una criatura de unos ocho meses en brazos, mirándome como si lo hubiese descubierto en su madriguera, que era lo que en realidad había hecho. Yo estaba sorprendido y tardé en reaccionar. Hacía tiempo que lo conocía, habíamos viajado juntos por media Europa, y nunca me había hablado de su familia. Tampoco yo le había preguntado. No sabía por qué, pero siempre lo había imaginado solo. Interiormente me reproché mi falta de interés, y el cuadro familiar me hizo dudar de proponerle lo que me había llevado hasta su puerta.

La mujer, que debió de adivinar quién era yo y lo que venía a buscar, obvió dirigirme la palabra y se limitó a volver la cabeza hacia su marido. Éste ya estaba a su lado, tendiéndole al bebé. La criatura me miraba con ojos curiosos, y se me escapó una semisonrisa de ternura. Me recordó a mi propio hijo.

—No sabía que fueras padre.

Criseau salió y entrecerró la puerta tras de sí, como quien corre el telón, permaneciendo conmigo en el rellano de la escalera.

—¿Cuántos hijos tienes? ¿Cinco?

—Ahora sí. He tenido siete. Pero dos murieron.

Velé los ojos con pesar, compasión y temor. La mortalidad infantil era muy elevada en todas las clases sociales. No respetaba ni el trono. Los reyes habían perdido ya a dos de sus cuatro hijos, la mitad de ellos. No podía imaginar cómo superar una tragedia semejante cuando pensaba en el mío.

—Dígame, señor —animó Criseau.

—Voy a por el vizconde —le anuncié brevemente.

—¿Ha vuelto a Francia?

—No. Voy a Londres a buscarlo.

—Allí no podemos detenerlo —objetó.

—No. Pero sí puedo secuestrarlo y hacerlo en cuanto le obligue a pisar Francia.

—Eso es delictivo —calificó.

—Sí —confirmé.

—No puede obligarme a hacer algo delictivo.

—Es cierto —liberé—. No puedo.

Criseau guardó silencio unos instantes.

—¿Cuándo parte?

—Ahora. Mi carruaje espera abajo.

—Deme dos minutos para recoger un par de cosas.

Asentí, reconfortado. Sabía que podía contar con él. Criseau se había convertido, en aquel asunto, en mi mano derecha. Era serio, poco hablador, respetuoso sin ser servil, valiente sin ser temerario, decidido sin ser arribista. Se había creado un buen entendimiento entre ambos.

Perdimos un día en Calais a la espera de una embarcación con la que cruzar el Canal, por lo que llegamos a Londres cuatro días después. Cuando lo hicimos era ya de noche, y decidí pasarla en una posada de las afueras. Asaltaría a Saltrais al día siguiente en su domicilio, apenas amaneciera. A cualquier otra hora aumentaban las posibilidades de que se hubiese ausentado o de que tuviera visitas. Pudiera ser que compartiera cama con alguien, pero eso me preocupaba poco, mucho menos que encontrarme con diez comensales alrededor de su mesa o con un apartamento vacío.

Sentado en el borde de mi lecho del albergue, a la tenue luz de la única vela que había, extraje una vez más la carta. Era de la baronesa de Ostry: «[…] *El compatriota por el que usted preguntaba e*. su *última misiva está, efectivamente, aquí. Se aloja en el primer piso de un apartamento en St. James Square*.» A este primer dato añadía después diversos detalles de interés, minuciosos algunos de ellos, que demostraban que había llevado a cabo una labor de investigación deliberada y concienzuda. Su informe había sido determinante para que me animara a trasladarme hasta Londres en persecución de Saltrais. Si me hubiese visto obligado a llevar a cabo por mí mismo las pesquisas pertinentes, el vizconde fácilmente hubiera descubierto mi presencia en la ciudad antes de que hubiese podido sorprenderlo.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, estábamos Criseau y yo en la esquina de una de las callejuelas que desembocaban en la plaza en cuestión. Íbamos ambos cubiertos por oscuras capas que nos ocultaban el cuerpo de pies a cabeza. Bajo ellas, dos pistolas al cinto, ambas cargadas, y un sable. A esa hora la claridad del día apenas diluía la oscuridad en una tonalidad grisácea enturbiada por una niebla baja, característica de Londres. La humedad era intensa y la soledad sólo la rompían un par de transeúntes que cruzaban la plaza como sombras.

—Es aquella portería —señalé a Criseau con el mentón—. Parece que sólo tiene dos personas de servicio: una cocinera y el mayordomo. Tú neutraliza al personal, yo me encargaré de Saltrais.

Asintió con la cabeza y avanzamos hacia allí, cruzando la plaza. Yo iba delante, Criseau me seguía a un par de pasos. Llegamos a la portería, que estaba abierta. Sabía

que lo estaría, pues, según el informe de la baronesa, estimablemente detallado, diez minutos antes había entrado el vendedor ambulante de leña. Subimos los tramos de escalera hasta el primer piso. Sólo había una vivienda en esa planta. La puerta principal estaba a la derecha del rellano, la de servicio a la izquierda. Me aposté a un lado de esta última, pegado a la pared. Criseau hizo lo propio al otro. Desde mi posición, invisible a través de la mirilla enrejada de la puerta, la golpeé suave pero reiteradamente varias veces. Pretendía que me oyeran desde la cocina, pero sin despertar a Saltrais, si es que, como esperaba, estaba durmiendo. Yo estaba junto a los goznes, Criseau junto a la apertura. Al cabo de unos minutos sin que nada pasara, reiteré la llamada. Esta vez surtió su efecto y al poco oímos un «¿Quién hay» masculino desde el otro lado. No contestamos, tensos en nuestras posiciones. Crucé una mirada con Criseau, instándolo a que actuase en cuanto se abriese la puerta. Ésta lo hizo, empujada por la curiosidad del mayordomo, aunque con cautela, apenas unos dedos. «¿Quién es?», volvió a repetir.

Criseau no dudó un instante. Aprovechó la brecha para empujar con brusquedad la puerta. Yo lo seguí, el arma encañonada. Criseau había tapado con su mano la boca del espantado hombre, al que mantenía sujeto por el brazo doblado en su espalda. Yo lo amenacé con la pistola. Era casi un anciano, frente amplia, nariz aguileña, ojos azules desorbitados por el susto, cuello estirado de pollo desplumado.

—Silencio —le susurré, blandiendo el cañón ante el garfio de su nariz—. No hagáis ruido y no os pasará nada.

Estaba en un recibidor. Hacia la derecha se adivinaba la parte noble de la vivienda. Dejé al mayordomo al cuidado de Criseau, que ahora tendría la difícil misión de someter a la cocinera sin que profiriese ningún grito, y me dirigí en busca de Saltrais.

El recibidor precedía al salón principal, vacío y todavía con las cortinas de terciopelo corridas. En cuatro largas zancadas, marcadas casi de puntillas, lo atravesé. Comunicaba con otra sala destinada a despacho, cuya puerta de doble hoja estaba abierta. Me asomé con precaución. También vacía. El apartamento estaba silencioso, sumido todavía en el sueño, por lo que fue perfectamente audible el alarido de una mujer que estalló un par de paredes más allá y el estruendo de unas cacerolas, o lo que fuese, al caer al suelo. Eso me impulsó a actuar con celeridad. La estancia exhibía tres puertas más, todas ellas cerradas, pero me abalancé sobre la que estaba enfrente, la que, según su posición, comunicaba con la habitación que daría a la calle.

Aceité. Era el dormitorio, tan oscuro como el resto de la casa. La apagada luz diurna que se filtraba por las ranuras del cortinaje era cuanto la iluminaba, permitiendo tan sólo percibir los objetos, más que vislumbrarlos. Mi vista se dirigió hacia la cama, sobre la que un cuerpo masculino de torso desnudo se había puesto en movimiento en cuanto había notado mi irrupción. Por su gesto adiviné que me había

lanzado algo, y el instinto me obligó a anteponer frente a mi cuerpo, en un rápido movimiento, la hoja de la puerta, que todavía no había soltado. Una daga se clavó en ella, a la altura de mi pecho, con un sonido seco de madera atravesada. La sensación de inmediato peligro me insufló energía. Miré de nuevo hacia el lecho, pero su ocupante se había apresurado a abandonarlo y estaba a punto de desaparecer por el quicio de una puerta de pequeñas dimensiones que se abría junto a la cama, tras una cortina corrida. Elevé el arma y disparé. La detonación retumbó atroz en medio de la calma, mientras la humareda y el olor a pólvora se esparcían frente a mí. Un círculo negruzco y una hendidura de astillas rotas en el marco de la puerta me indicaron dónde se había estrellado la carga.

—¡Maldita sea, Courtain! —oí a Saltrais exclamar al otro lado—. ¡Me ha dado!

—¿Es grave? —pregunté mientras me protegía rápidamente tras su cama, sentándome en el suelo y apoyando la espalda en el mueble.

—No lo sé —se quejó colérico—. Me sangra la espalda. ¡Maldita sea! ¡Es un asesino!

—Para estar muerto, habla demasiado —dije, pensando en mi siguiente acción mientras cogía la otra pistola, la que todavía estaba cargada. ¿Podía arriesgarme a ir a por él? Estaba herido, y probablemente desarmado.

—Me ha dado en la cintura, ¡ah! —se quejó de dolor—. Me ha incrustado una bala de plomo en el riñón. ¿Se ha vuelto loco? Yo he tenido muchas ocasiones de matarlo, ¿lo sabía?

—Su daga voladora no parecía tener muy buenas intenciones. Entréguese. Es la única alternativa que le doy.

De pronto oí un crujido de somier y, al volverme, vi a Saltrais saltando sobre el colchón, lanzado contra mí blandiendo una espada militar en la mano. No tuve tiempo ni de preguntarme de dónde la había sacado. Elevé la pistola y apretaba ya el gatillo cuando ésta salió volando al ímpetu del golpe del filo del arma de Saltrais. El cañón, al ser desviado, descargó contra la cabecera del lecho, forrada de seda, que prendió. Sin perder un segundo, pues Saltrais preparaba ya su próximo golpe, lo así con mi mano derecha por uno de los tobillos y lo hice caer de espaldas, sobre el colchón. A pesar de la caída, no soltó la espada, y yo aproveché para levantarme velozmente y desenfundar mi sable. El mío también era militar, de húsar, un arma sólida de hoja ancha. Saltrais, mientras, se había puesto en pie a su vez, pero él por el otro lado de la cama, el más alejado a mí, y se había colocado tras un sofá que había en medio del dormitorio. Seguía con el torso desnudo.

—No está herido —comprobé observándolo—. Me ha mentido.

—Me ha magullado el omoplato —replicó jadeante—. Me ha dolido. Pero es una herida superficial.

Quedamos uno frente a otro, ambos con las armas en la mano, a unos cuatro pasos

de distancia, separados por el mueble, tensos, sudorosos, en estado de alerta, respirando para recuperar fuerzas.

—Y dígame, ¿qué vamos a hacer ahora exactamente? —preguntó.

—Yo, detenerle.

—¿Y si no me dejo?

—Entonces tendré que reducirlo.

—¿Y si no me dejo reducir? ¿Está dispuesto a arriesgar la vida en este estúpido intento?

—Sí.

—¿Y qué le dirá mi cuñada a mi sobrino si usted muere? Valió la pena que te quedaras sin padre antes de cumplir el año, hijo; gracias a su sacrificio la nación se libró de un terrible delincuente.

—No va a salir de ésta con discursos —repliqué, desviando un instante la vista hacia la cabecera de la cama, cuya tela ardía. El humo empezaba a esparcirse por la habitación.

—Creo que tengo derecho a saber por qué es tan importante para usted detenerme. ¿Cree, en verdad, que fue tan criminal lo que hice?

Sabía que debía atacar. Él sólo estaba ganando tiempo. Pudiera ser que pronto el aire fuera irrespirable. O que el incendio se extendiera. O que él supiera que estaba a punto de llegar alguien que pudiera ayudarle. El tiempo jugaba a su favor y en mi contra. No obstante, desobedeciendo a mi propio sentido común, le seguí unos instantes el juego y contesté:

—Sí condeno lo que hizo. Pero lo que me guía no es mi propio juicio al respecto. Di mi palabra y la cumpliré.

—Ah —exclamó—. ¿No se trata, entonces, de algo personal? ¿Sólo de cumplir una obligación?

—Efectivamente. No me importa la suerte de usted. Sólo quiero cumplir mi compromiso.

—¿Y cuándo lo habrá cumplido y se sentirá libre?

—Está claro. Cuando lo meta entre rejas.

—¿Y si me escapo al día siguiente? Soy un experto en fugas, como sabe —ironizó.

Consideré la posibilidad. Me había comprometido a descubrir y detener a los culpables, no a garantizar la seguridad carcelaria.

—Supongo que ése ya no sería mi problema.

—¿No se sentiría obligado a detenerme de nuevo?

—No —repuse con convencimiento. Sólo me faltaba pasarme la vida tras aquel individuo. Éste era mi último esfuerzo.

—Y, aparte de la detención, ¿hay alguna otra forma de que me deje en paz?

—No, salvo su muerte o la mía.

Arqueó las cejas.

—¿Se está usted oyendo? —se burló—. Habla como un obseso desquiciado. ¿Tan poco arbitrio tiene? ¡Es usted un hombre, no un perro de caza! Las circunstancias en las que dio su palabra han cambiado radicalmente. Hace tiempo que la razón le ha liberado de una misión tan estéril.

—No pienso discutirlo —zanjé—. ¿Se entrega o voy a por usted?

—Lo estoy pensando.

Sonreí, incrédulo.

—¿Está dispuesto a entregarse?

—¿Está en condiciones de garantizarme que seré encarcelado preferentemente en una prisión de Estado, por ejemplo en la Bastilla, y que se me aplicará un régimen penitenciario benigno, como mínimo tan benigno como el que debe de haberle procurado a Bramont?

—¿Y qué más? —pregunté, identificando el olor a madera quemada. Como temía, el fuego había impregnado el mueble.

—Nada más. Si está en condiciones de garantizarme eso, me entrego ahora.

Lo miré, escudriñador, como si su rostro pudiera revelarme dónde estaba el engaño. Algo tramaba, tenía pleno convencimiento. Pero era incapaz de adivinar qué. Y, obviamente, era absurdo no detenerlo sólo porque se entregaba él mismo. Mi única opción era extremar las precauciones.

—Suelte el arma —le ordené—, y apague ese fuego.

—Aún no me ha confirmado las condiciones —quiso asegurar—. ¿Tengo esa palabra suya inquebrantable e inamovible aunque caiga el Diluvio Universal?

—Sí —ratifiqué.

Me mantuve atento, aún esperando alguna extraña maniobra por su parte, pero tomó la espada por la hoja y aproximándose lentamente a mí, me la ofreció por la empuñadura. La cogí.

—El fuego —recordé.

Saltrais no protestó. Descolgó con un movimiento de arranque brusco las cortinas del dosel, y ahogó a golpes, y entre toses, las llamas de la cabecera, hasta que se extinguieron y sólo brillaron aisladas brasas en el interior carbonizado. Mientras, yo había llamado con un grito a Criseau, que se presentó corriendo, temiendo una emergencia.

—Átalo —le indiqué.

—¿Es necesario? —protestó Saltrais al oírlo—. Le doy palabra de que no huiré.

—¿Qué palabra? —desprecié—. ¿Ésa que cambia con las circunstancias según su racional arbitrio?

Permití que Saltrais se vistiera, sin dejar de apuntarlo con una de las pistolas de

Criseau, todavía cargada, y éste le ató las muñecas a la espalda. Le pedí entonces que fuera a buscar el carruaje y lo estacionara frente a la portería mientras yo vigilaba a Saltrais y a las dos personas de su servicio. Cuando Criseau regresó con el coche, bajamos los cinco. Temía que el mayordomo o la cocinera dieran la alarma de lo ocurrido, de forma que tuve que llevarlos con nosotros hasta atravesar el Canal. Los liberé en Calais.

Después los tres iniciamos viaje hacia el monasterio de los Pirineos donde estaba escondido el vigilante de la prisión, a fin de conseguir mi última prueba contra Saltrais, tras lo que volveríamos a París y podría encarcelarlo definitivamente, dando por concluida, al fin, mi misión.

3

Edith Miraneau

Tuve conocimiento de la liberación de Didier Durnais por el registro de la prisión del Châtelet, al pretender hacerle una nueva visita. Deduje, sin dificultad, que la causa había sido su declaración acusatoria contra el vizconde. Mi irritación contra él fue inevitable. El muy cobarde y el muy traidor, pensé, se había doblegado al fin, había cedido a pesar de las promesas de liberación que le había hecho y de mis instancias para que resistiera. Envié al vizconde carta tras carta, pues no me eran contestadas y no sabía si las recibía todas, ninguna o sólo alguna, advirtiéndolo una y otra vez de las adversas circunstancias y aconsejándole, muy a mi pesar, que no se acercara a París.

Mientras tanto, aquí la tensión había llegado a unos niveles insostenibles.

Las calles estaban llenas de gentes sin hogar ni medios de subsistencia. No había trabajo, y el precio del pan era prohibitivo, además de ser de una calidad pésima. La ciudad se había vuelto terriblemente insegura. La mayoría de los atropellos quedaban sin castigo alguno. La policía estaba desbordada y se veía incapaz de mantener el orden. Los que tenían negocios u ocupación temían la ruina ante la crisis producida por la carestía del pan y de los alimentos, y aquellos que habían invertido en deuda pública, grandes o pequeños rentistas, por la caída de su valor.

Ante todas nuestras penurias, sólo teníamos dos salvadores, y en ellos confiábamos y en ellos estaba depositada nuestra esperanza: la Asamblea Nacional y el ministro Necker. A este último se atribuía el mérito de evitar la bancarrota del Estado, el desplome de la deuda pública y el hambre. De la primera se esperaba una profunda regeneración que nos llevara a una situación de igualdad y de supresión de

los abusos. Después de que tras la sesión real del veintitrés de junio, nobleza y clero se uniesen a los comunes, y de que el rey se hubiese avenido a mantener a Necker en el ministerio ante las peticiones del pueblo, parecía que el complot de los aristócratas había sido superado.

—«[…] La naturaleza ha hecho a los hombres libres e iguales»[18] —decía el marqués de La Fayette mientras leía ante la Asamblea Nacional su propuesta de Declaración de Derechos—. «Todo hombre nace con derechos inalienables, imprescriptibles […]. El principio de toda soberanía reside en la nación […]. Todo gobierno tiene por único objeto el bien común; este interés exige que los poderes legislativo, ejecutivo y judicial sean distintos […]. Las leyes deben ser claras, precisas, uniformes para todos los ciudadanos […].»

Nunca antes de que la Asamblea Nacional iniciara sus trabajos sobre la Constitución y la Declaración de Derechos, se habían pronunciado ni escuchado palabras semejantes de igualdad, libertad, legalidad y democracia en el seno de una institución oficialmente reconocida.

Sin embargo, tales alentadores avances sólo habían sido un espejismo. Poco a poco, provenientes de diversas plazas fronterizas, habían ido llegando, y se habían ido concentrando alrededor de Versalles y de París, regimientos militares de infantería, de caballería, de húsares y dragones, de guardias franceses, con sus carros de artillería, sus cañones, sus mosquetones y bayonetas, su lucimiento de uniformes, sus pasos marciales; ocupaban puentes, caminos principales, colinas, acampaban o se acuartelaban incluso en el interior de las ciudades. Las tropas del rey nos envolvían por todas partes. Un ejército compuesto por decenas de miles de soldados, algunos hablaban de treinta mil, otros de cuarenta mil, otros de cincuenta mil, pudiera ser que todos tuvieran razón pues su número aumentaba de día en día, nos rodeaba como si fuéramos una ciudad sitiada a punto de ser tomada por la fuerza armada. Se decía que el mariscal Broglie, al mando de las tropas, había convertido sus departamentos del Palacio de Versalles en los propios de un Estado Mayor en tiempos de guerra, reuniendo en ella a los altos oficiales de los regimientos como si tuviera que idear estrategias de conquista; que los jardines de Versalles se habían convertido en un campamento militar, y, desde luego, eso era ahora el Campo de Marte en París; que habían sido tomados los puentes de Sèvres y de Saint-Cloud y controlado todas las comunicaciones entre Versalles y París. Y lo cierto es que veíamos soldados por todas partes, la mayoría de ellos extranjeros, alemanes y suizos contratados por el Gobierno para defendernos de los enemigos, pero que ahora parecían destinados a atacar a la ciudadanía.

Nosotros, la población civil, hambrienta y desarmada, estábamos espantados. ¿Para qué ese ejército? Nunca se había visto un despliegue semejante. Un rey absoluto, un régimen despótico, podía cometer impunemente cualquier exceso. ¿Iba a

volar la ciudad con sus cañones? ¿Iba a masacrarnos mientras su caballería nos encerraba en callejones sin salida? ¿Iba a incendiar nuestras casas y fusilarnos mientras huíamos por las plazas públicas? ¿Qué pretendía el Gobierno?

Al temor a un ataque, se unía el desespero por el desabastecimiento de la ciudad. Se decía, y probablemente con razón, que las subsistencias destinadas a la capital eran desviadas hacia los campamentos militares y cuarteles para cubrir las necesidades de los soldados antes que las nuestras; y además los parisinos debíamos pagar un impuesto aduanero en las puertas de las barreras de la ciudad. Por mucho que los comerciantes intentasen bajar los precios, éstos se mantenían necesariamente altos por culpa de esos malditos impuestos.

Suponer que aquel despliegue militar pretendía cubrir una decisión impopular del rey era casi obligado. Y que dicha decisión era de tal trascendencia que se temía un levantamiento generalizado, era lo único que podía explicar que se considerara necesario recurrir a todo un ejército para sofocarlo. ¿Y qué medida podía ser tan grave y tan impopular? La destitución de Necker y la disolución de la Asamblea Nacional. Acto seguido el rey ordenaría la detención de los diputados que más se habían destacado en la lucha por las libertades, el ejército reprimiría con contundencia a la población que osara oponerse, masacraría a los manifestantes, fusilaría o ahorcaría a los detenidos, mermaría con el hambre y la carestía el espíritu de rebeldía que subsistiese y daría una lección ejemplar para someter de nuevo bajo el despotismo a los que sobrevivieran. La catástrofe estaba en puertas. El rey no podría mantener por mucho tiempo la concentración de tropas. Su golpe era inminente.

Era necesario hacer algo, ¡había que defenderse! Pero ¿cómo organizarse? ¿Cómo los habitantes de una ciudad podían organizar la resistencia, la defensa contra su propio ejército?

Tres focos de representación popular existían en esos momentos, los tres precarios y carentes de poderes reconocidos oficialmente. Uno era la Asamblea Nacional, con sede en Versalles, rodeada de tropas, amenazada su propia existencia por su posible inminente disolución, y sus diputados con su posible inminente detención. Otro, la Asamblea de los Electores de París. Una vez concluidas las elecciones en la capital, los electores designados por los habitantes de cada distrito decidieron continuar reuniéndose para seguir dando instrucciones a los diputados elegidos y mantener comunicación con ellos. Al principio lo hicieron en una sala, llamada del Musée, de la calle Dauphine, mas solicitaron poder hacerlo en el Ayuntamiento, en el Hôtel de Ville, y les fue concedido. Pero estos electores, a pesar del lugar de reunión, no ocupaban ningún cargo municipal, ni estaban investidos de ninguna autoridad. Y el tercer foco era el Palais Royal. Allí tampoco había autoridad alguna, ni oficiosa ni oficial, pero era un centro de agitación tal, que se había erigido

en una ágora popular. Los más extremistas lanzaban en él sus discursos, animando a la gente a la resistencia y a la rebelión, en medio de un público que les aplaudía con fervor.

En el Palais Royal también se identificaba y señalaba a los enemigos del pueblo. Éstos eran, en general, los aristócratas, a los que se acusaba, entre otras cosas, de conspirar para conseguir la destitución de Necker y de haber confabulado aquella extraordinaria medida de represión militar que se cernía sobre nosotros. Eran enemigos del pueblo declarados: el conde de Artois, hermano del rey; la camarilla de la reina, con la Polignac y su grupo a la cabeza; el ministro Barentin, el diputado por la nobleza Eprémesnil, y otros con nombres y rostros conocidos. En el Palais Royal se representaban farsas en las que se les juzgaba y sentenciaba, y las condenas a castigos diversos se imprimían y se colgaban en paredes y muros.

—Conozco a los pérfidos consejeros de estos atentados contra la libertad pública —exclamó el conde de Mirabeau desde la tribuna de la Asamblea Nacional—, y juro por mi honor y mi patria que algún día los denunciaré.[19]

—Pido que se desvele —le había seguido el diputado abad Grégoire— […] a los autores de estas detestables maniobras, que se les denuncie a la nación como culpables de un crimen de lesa majestad nacional […].

«¡Oh, ciudadanos —había escrito un tal Marat en un folleto— [20] […] observad la conducta de los ministros para regir la vuestra! Su objetivo es la disolución de nuestra Asamblea Nacional; su único medio es la guerra civil. […] Nos rodean con el aparato formidable de los soldados, de las bayonetas […]. ¡Los miserables! […]. ¡Dejad colmar la medida: el día de la justicia y de la venganza llegará!»

Pero no sólo teníamos enemigos. También teníamos amigos. Y éstos se encontraban, precisamente, entre las tropas. Los guardias franceses estaban a favor del pueblo, o, mejor dicho, eran pueblo. Lo eran sus padres, hermanos, esposas, hijos…, lo eran ellos mismos. Los soldados y suboficiales, al igual que el resto, deseaban la igualdad que, entre otras cosas, les permitiera acceder a los grados superiores, que actualmente les estaban vedados. Ellos, al igual que nosotros, tenían puestas sus esperanzas en la Asamblea Nacional, y deseaban una nueva Constitución. La posible orden de cargar contra su propia gente, de atacar la institución en la que tenían, como los demás, puestas sus esperanzas, no podía ser más contraria a sus sentimientos. Había sido descubierta, recientemente, una asociación secreta en el seno del cuerpo en la que sus miembros habían jurado que no acatarían ninguna orden que entrañara un ataque a la Asamblea Nacional. Un grupo de guardias franceses habían sido detenidos y encerrados en la prisión de la Abadía, y desde el Palais Royal, pasando por la Asamblea de los Electores de París, y hasta por la misma Asamblea Nacional, había habido una movilización popular generalizada para lograr su liberación. De tal resonancia y amplitud había sido ésta, que el rey se había visto

obligado a indultar a los rebeldes insumisos y dejarlos en libertad. Eso había ocurrido hacía apenas unos días, y desde entonces, el vínculo de hermandad entre la ciudadanía y los guardias franceses era inequívoco.

Tampoco estaba muy clara la posición del resto de las tropas, de los regimientos extranjeros. Con frecuencia se veía a patrullas enteras confraternizar con la gente, fuera en la calle o en tabernas, donde se las invitaba a beber a la salud del Tercer Estado y de la Asamblea Nacional. Pero, en su caso, la posible simpatía que pudiéramos inspirarles, ¿sería suficiente para provocar un motín generalizado, para que rompieran la inercia de la obediencia a sus superiores y se negaran, masivamente, a obedecerles? Desde luego, no podíamos confiar en ello. No era prudente, ni siquiera razonable, confiar nuestra suerte en algo tan improbable.

Los electores de París no lo hacían. Ni, aunque no se confesara, confiaban tampoco en el éxito de la petición elevada al rey por la Asamblea Nacional para que alejara las tropas de la ciudad. Había que procurar la propia defensa.

«La Asamblea de los Electores de París —decretó ésta—, no pudiendo disimular que la presencia de un gran número de tropas en esta capital y sus alrededores, lejos de calmar los espíritus y de impedir las emociones populares, no sirve, por el contrario, sino para producir vivas alarmas en los ciudadanos […], está convencida de que el solo y verdadero medio que puede proponer en semejante circunstancia para mantener la tranquilidad es el de establecer la Guardia Burguesa |…].»[21]

La Guardia Burguesa suponía armar a la ciudadanía. Hasta este extremo se había empujado a la población de París. Creo que no había ni un ciudadano que no estuviera dispuesto a coger un arma para defender a su familia, su vida, sus propiedades, la libertad de su patria y su futuro.

Se nos había llevado al límite, y el polvorín estaba a punto de estallar.

Capítulo XXX

Domingo, 12 De Julio
Edith Miraneau

Estaba en casa cuando llamaron a la puerta con cierta contenida energía y clara impaciencia. Abrí. Era Alain. Me miró gravemente, apoyó su mano en el marco de la puerta y dijo, como quien anuncia una desgracia esperada:

—El rey ha destituido a Necker.

La nueva me sentó como un puñetazo en el esternón.

—¿Y la Asamblea Nacional? ¿La ha disuelto?

—No sé nada más.

Salí con Alain. La calle era un hervidero de gente. La noticia corría ya de boca en boca y la ciudad parecía una colmena conturbada. Nadie trabajaba por ser domingo, y todo el mundo estaba desocupado, conmocionado y asustado, y se arrojaba a la calle en busca de noticias. En nuestra desorientación, sólo podíamos acudir allí donde sabíamos que podíamos encontrarlas, donde nos podíamos congregar, donde podíamos debatir: al Palais Royal. Cuando llegamos, sus galerías y el jardín estaban llenos a rebosar. Un gentío inmenso estaba concentrado allí y continuaban llegando en una riada constante. El nerviosismo y el miedo cargaban el ambiente, electrizaban el aire. Alain me cogió de la mano para no perderme, y juntos intentamos llegar hasta el Café de Foy. En el trayecto oí fragmentos de discursos de diversos oradores que anunciaban los inminentes terrores que todos teníamos en mente e instaban a la resistencia armada, en medio de exclamaciones de aceptación. Todo el mundo parecía dispuesto a hacer algo, sin saber qué.

Conseguimos entrar en el Café de Foy, abriéndonos paso entre la desbordante clientela. Divisamos enseguida a August, Jacques y Gérard, pues estaban donde solían, aunque en lugar de ocupar una mesa, pues no debieron de encontrar ninguna libre, permanecían de pie apoyados en el marco de una ventana abierta.

—Han destituido a Necker —fue el trascendente saludo de August.

—¿Habéis visto los carteles? —preguntó Gérard—. Han colocado carteles ordenándonos, *en nombre del re.*, que nos quedemos en casa, que no nos reunamos y que no nos asustemos del movimiento de tropas, que es sólo una precaución contra desórdenes y bandidos.

—Será esta noche —añadió Jacques, tremendista—. Estoy seguro. Esta noche las tropas invadirán la ciudad. El regimiento del Royal Allemand y otros regimientos de caballería recorrerán, sable en mano, la calle Saint-Honoré; los húsares y dragones

marcharán desde el Campo de Marte; los regimientos de alemanes con sus cañones entrarán por la puerta de Enfer; la artillería nos acribillará desde Montmartre; tomarán todas las salidas de la ciudad y los puentes de Saint-Cloud y Sèvres, y cortarán todas las comunicaciones entre París y Versalles. Esta noche habrá una matanza.

—Ya deben de estar preparando los calabozos de la Bastilla para encerrar en ellos a los diputados de la Asamblea Nacional y a los electores de París —escupió August —. Mañana los detendrán a todos acusándolos de sedición, disolverán ambas Asambleas y anularán todas sus decisiones.

—Y después estallará una guerra civil —concluyó Alain.

—Deberíamos hacer algo —dije, nerviosa.

—Deberíamos armarnos —opinó Jacques.

—Ayer la Asamblea de los Electores propuso la formación de una Guardia Burguesa —apuntó Alain.

Alain solía acudir a la Asamblea de los Electores, así como yo lo había hecho a la Asamblea Nacional; de esa forma pretendíamos cubrir la información de lo que se debatía y acordaba en ambas.

—Tendrá que ser una Guardia Burguesa tan numerosa como un ejército —señaló Jacques—. Las tropas no son menos de cincuenta mil hombres o sesenta mil, ya no sé.

—¿Y de dónde vamos a sacar las armas? —cuestionó August.

—Mirad, allí hay uno que ya las tiene.

Seguimos la mirada de Gérard que, a través de la ventana, se dirigía hacia el exterior, a la entrada del Café. Camille Desmoulins, escritor y orador, a quien reconocí por haberlo visto en diversas ocasiones, se estaba encaramando a una mesa, o silla, o ambas cosas, con dos pistolas en las manos.

—¡Ciudadanos![22] —clamó, mientras el gentío que lo rodeaba interrumpía sus conversaciones para atender a sus palabras— ¡no hay un momento que perder! Vengo de Versalles; M. Necker ha sido destituido; ¡esta destitución es la señal de un San Bartolomé de los patriotas! ¡Esta noche todos los batallones suizos y alemanes saldrán del Campo de Marte para degollarnos! Sólo nos queda una solución: ¡la de recurrir a las armas!

Un unánime y ensordecedor clamor de aprobación y decisión acogió su llamamiento. Dijo entonces algo de colocarse una escarapela para identificarse y a su alrededor se optó por el color verde, color de la esperanza:

—¡Amigos! —continuó—. ¡La señal ha sido dada!; ahí están los espías y satélites de la policía que me vigilan. ¡No caeré, al menos vivo, entre sus manos! —Blandiendo las dos pistolas clamó—: ¡Que todos los ciudadanos me imiten!

Descendió entonces de su improvisada tribuna, de donde fue recibido con

aclamaciones y abrazos, se colocó una hoja verde en el sombrero, mientras los castaños eran objeto de general expolio, y la muchedumbre, así señalizada, se puso en movimiento detrás de Desmoulins.

—¡Vamos! —exclamó Jacques.

—¿Adónde? —preguntó August.

—¡Pues con ellos, a donde sea!

—Yo iré al Hôtel de Ville —me susurró Alain cuando pasábamos entre dos mesas, cerca ya de la puerta.

Iba a recordarle que aquel día no había sesión, algo que Alain sabía perfectamente, pues era quien me había informado de que la próxima se había señalado para el día siguiente, lunes, cuando una mano me asió por el brazo, deteniéndome. Me volví y mi asombro fue mayúsculo al reconocer a Didier Durnais.

—¡Vaya! —exclamé, mientras todos, conocidos y desconocidos, me sobrepasaban para unirse a la multitud—, ¡qué sorpresa!

—Sí, supongo que aún me creías entre rejas —me reprochó.

—No, ya sabía que estabas en libertad —lo contradije, sin ápice alguno de remordimiento por nada, algo que al parecer él esperaba, pues me miraba con aire de severidad, como si tuviera algo que reprenderme—. Imagino que se debe a que denunciaste al vizconde, ¿no es así?

—Me habías ocultado que eras su amante —me soltó con acritud.

No sé por qué causa, porque no me avergonzaba de ello, pero quizá por la forma que tuvo de espetarlo me sonó a insulto. Enrojecí de cólera y repliqué:

—Y tú que eras un cobarde.

—No soy un cobarde. Simplemente no soy un estúpido. A ti sólo te interesa Saltrais.

Observé a mi alrededor y remarqué que había perdido a todo el mundo. Miré a Didier con irritación.

—Pues sí, así es. Sólo me interesa el vizconde. Hiciste bien en salvar tu pellejo, eso lo haces divinamente, como cuando mi cuñado estuvo semanas en prisión por tu culpa mientras tú te escondías en tu casa. Déjame en paz. Tengo que irme.

—Tú no lo amas —dijo de pronto, en un sorpresivo giro—. Lo admiras, como una vez lo admiré yo. Y te manipula, como me manipuló a mí. No te guardo rencor, Edith. Eres víctima de su carisma, como lo fui yo. Pero un día lo mirarás y de pronto descubrirás que es un hombre como lo demás, y entonces dejarás de sentir algo por él, como me pasó a mí, y comprenderás los errores que has cometido por su causa.

—Didier —perdí la paciencia—, espero que a mí no me ocurra nunca nada de lo que te haya pasado antes a ti. No hay nadie a quien tenga menos deseos de emular. Tengo que irme. Que te vaya bien. Suerte con tu libertad y con tu vida.

Salí precipitadamente del Café, mirando ansiosa en todas direcciones, sin

esperanza de divisar a ningún conocido. Las galerías y el jardín se habían despejado. Recordé que Alain me había dicho que se dirigiría al Hôtel de Ville, y pensé en ir hacia allí.

Comencé a andar bajo las arcadas, cuando noté que alguien me seguía. Me detuve en seco al vislumbrar que era Didier.

—Creía que me había despedido —le dije seca.

—¿No quieres saber cómo he sabido que sois amantes?

—Está bien —concedí—, ¿cómo lo has sabido?

—Leyendo una carta tuya.

No repliqué, porque no entendí.

—Una carta que le habías escrito a Saltrais y que interceptó el marqués de Sainte-Agnès.

Palidecí. ¿Habían estado interceptando mi correspondencia con el vizconde? Mis cartas, con todas sus advertencias, ¿no habían llegado hasta él? ¿Había cometido en ellas alguna imprudencia? Me apoyé en una columna. La cabeza me daba vueltas. Sin reflexionar, porque no podía, decidí en ese mismo instante que tenía que encontrar al vizconde. Iría a la posada de Calais y esperaría a quien le recogía la correspondencia. ¡Debía advertirlo! ¡Nunca me perdonaría que lo detuvieran por mi culpa!

Salí corriendo, sin despedirme esta vez de Didier. A paso acelerado, sin reparar en todo el movimiento que había en las calles, llegué hasta mi casa. Tras preparar una sencilla bolsa de viaje que podía llevar a cuestas con comodidad, bajé al establo, ensillé uno de los caballos del carruaje que Marionne nos había dado, y monté a horcajadas sobre el animal.

En la calle, el tránsito, compuesto aquel día por una muchedumbre de personas, no me permitía ir más veloz que al paso. Decidí dar un rodeo, en busca de una ruta más despejada, pues temía que la lentitud me hiciese fácil víctima de ladrones, pero fue peor el remedio que la enfermedad, pues me topé de frente con una multitudinaria manifestación que me obligó a detenerme.

Parte de ella era la que había nacido en el Palais Royal, pero en su recorrido se había engrosado considerablemente. Iba encabezada por dos bustos, que correspondían, según me dijeron, a Necker y al duque de Orleans, extraídos ambos del Museo de Cera de M. Curtís. Dejé pasar la manifestación, con las banderas y crespones negros que se exhibían en señal de duelo por la destitución del ministro idolatrado.

Cuando el camino me lo permitió, reinicié la marcha por la calle Saint-Martin y continué sin tropiezos hasta la altura del edificio de la Ópera, próximo a la puerta del mismo nombre. Frente a ésta encontré otra aglomeración de gente alterada, y aunque conseguí sortearla, no sin dificultad, alguien se abalanzó sobre las riendas de mi montura, encabritándola. Supuse que el temido asalto ya estaba teniendo lugar, pero

dudé de ello al percatarme de que mi asaltante era una mujer, y sola.

—¡Señorita Miraneau! —me llamó, mientras ella misma intentaba contener al caballo sujetándolo firmemente por el bocado.

Entre cabriola y cabriola del animal, conseguí mirarla. Era la señora Lymaux.

—La he visto pasar —alzó la voz, para sobreponerla al jaleo que nos envolvía—. La necesito, ¿puede ayudarme?

Cuando conseguí dominar al animal, le pregunté:

—¿Qué ocurre?

—Han destituido a Necker —me anunció.

—¿Ah, sí?

—Un gentío ha entrado en la sala de la Ópera gritando como demonios y han impedido la función. Cuando he salido no he podido encontrar mi carruaje, y tengo que ir urgentemente a visitar a una persona.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

—Déjeme su caballo, se lo ruego.

—Lo siento —me negué tajante, asombrándome de que se atreviera a formular una petición semejante—. Lo necesito.

—¿Sabe usted lo que comportará la destitución de Necker? —se desgañitó, para convencerme—. He de ir a ver a una persona, un banquero amigo mío. Mañana lunes el valor de la deuda pública se desplomará y la Caja de Descuentos hará quiebra. ¿Lo entiende? ¡Hay que evitar la bancarrota como sea! ¿Se hace cargo de lo que puede comportar el desplome de la economía?

—¿Y usted y su amigo pueden evitarlo? —cuestioné.

—Mañana no debería abrir la Bolsa. No hasta que la estabilidad de los valores quede garantizada. Es urgente discutir las medidas a adoptar. Por favor…, déjeme su caballo.

—Lo necesito, ya se lo he dicho —volví a negarme—. Pero si no le importa subir a la grupa, la llevaré donde me pida.

El ofrecimiento pareció bastarle, porque sonrió aliviada. Tendí mi brazo, al que ella se aferró mientras hacía uso del estribo para montar sobre el animal. Iba vestida aparatosamente, con guardainfantes, sobrefalda, capa de seda y joyas, pero consiguió posicionarse a mis espaldas.

—¿Adonde la llevo?

—A la plaza Vendôme.

Suspiré. Ahora que había llegado ya a una de las puertas de la ciudad, tenía que regresar al centro, al núcleo de los disturbios. Recorrimos de esta guisa la ciudad, que parecía más alborotada a cada hora que pasaba. Se empezaban a ver, aquí y allá, grupos dispersos de cincuenta, cien, doscientos individuos armados con palos, bastones, picas; algunos, los menos todavía, hasta con pistolas. La mayoría estaban

compuestos por ciudadanos corrientes, pero alguno de estos grupos no ofrecía un aspecto muy tranquilizador. Temí de nuevo por mi caballo y me atreví a ponerlo al trote, porque a pesar de que el animal cargaba con dos personas, Lymaux era ligera y tampoco yo era pesada. Pero nadie nos importunó seriamente y conseguimos llegar a nuestro destino. En la plaza Vendôme, Lymaux me indicó una portería y mostró su extrañeza al encontrarla cerrada. Se agarró a mí para ayudarse a bajar de la montura y llamó concienzudamente a la puerta valiéndose del picaporte de bronce. Tras comprobar quién era el apelante a través de un ventanuco del enorme portalón de madera maciza, un sirviente abrió con cautela la portezuela peatonal.

—Soy Charlotte Lymaux. Quiero ver a tu señor. ¿Está en casa?

—Sí señora, pase.

—¿Por qué está la puerta cerrada?

—Por precaución, señora. Ha llegado hasta aquí una manifestación multitudinaria. Llevaban los bustos en cera de Necker y del duque de Orleans, que han paseado en torno a la estatua del Luis XIV. Luego han continuado su marcha hacia el jardín de las Tullerías. —Decidí desmontar, para oír mejor las explicaciones del hombre—. Aquí los estaba esperando un destacamento de dragones y temimos un enfrentamiento, pero los soldados quedaron sumergidos por la multitud; sin embargo —añadió mirándome, al aproximarme—, sí lo ha habido en las Tullerías. Mi señor está enviando a menudo a alguien de la casa para que lo informe. El regimiento de caballería del Royal Allemand estaba en la plaza Luis XV y ha entrado a la carga en las Tullerías para disolver la manifestación, pero han sido recibidos a pedradas por la gente, que les tiraba de todo desde la terraza de los jardines, de forma que se han visto obligados a retroceder, pero lo han hecho a golpe de sable para abrirse camino y parece que ha habido heridos. Ahora el regimiento está replegado de nuevo en la plaza Luis XV, pero sabemos que han solicitado y esperan refuerzos para acometer de nuevo contra la manifestación. Hay varios regimientos acampados en el Campo de Marte, y otros en los Inválidos y en la Escuela Militar. Pronto la rodeará un ejército.

Pensé en August, Gérard y Jacques, que probablemente estaban allí, y el recuerdo de Daniel, inmóvil con el disparo en el pecho, me asaltó. Lymaux, que se había vuelto hacia mí con el rostro alterado, me cogió por el brazo y me llevó a un aparte, arrimándome a la pared. Abrió su bolso de mano y extrajo un objeto pequeño que no pude distinguir y que depositó en la palma de mi mano.

—Es la llave de un local que está frente a mi residencia —me apremió, casi al oído— donde hay almacenadas armas. No son muchas, pero debe de haber unas doscientas entre mosquetones, fusiles y pistolas. Tienes que llevarlas al Hôtel de Ville para repartirlas entre la gente.

La miré asombrada.

—¿Y cómo voy a trasladar yo doscientas armas?

—Busca ayuda, tienes amigos.

—¿Y por qué no lo haces tú? —la tuteé, como hacía ella conmigo.

—Yo tengo que luchar en otro frente —replicó, dirigiendo una significativa mirada hacia el portalón del que se había separado—. ¡Edith, no puedes pensarlo! —me arengó, oprimiendo imperiosa mi mano—. La Revolución ha de triunfar. ¡Necker tiene que volver a toda costa o será la ruina para todos!

Pensé. Tenía mis planes, que comenzaban a estar ya algo difuminados. Podría ir a buscar a Alain al Hôtel de Ville, si es que todavía estaba allí, y pasarle a él aquel muerto mientras yo continuaba mi constantemente interrumpido viaje en pos del vizconde. Pero si entraba en el Hôtel de Ville, ¿dónde dejaría mi caballo en condiciones de poder recuperarlo a la salida?

—Buena suerte —se despidió con premura Lymaux sin darme opción a negarme y, antes de que yo pudiera pronunciar palabra, desapareció por la puerta donde el sirviente la había esperado.

Volví a montar para dirigirme hacia el Ayuntamiento en busca de Alain. Pero cuando llegué a la plaza de la Grève me di cuenta de lo difícil de mi cometido. Ingenuamente había supuesto el Hôtel de Ville en las mismas condiciones en que lo conocía, es decir, despejado y en perfecto orden, pero aquél no era un día cualquiera. La plaza estaba repleta de gente, así como la entrada al edificio, y supuse que también su interior. ¿Qué podía hacer con el caballo? En una esquina, debajo de una farola que llamaban Lo *Lantern*., vi a un muchacho de unos doce años y pensé que no tenía más remedio que jugármela. Le di un luis, lo cual era una pequeña fortuna, pero no tenía moneda más pequeña, y le prometí otro si me guardaba el animal. Después me armé de decisión para entrar en el *palacio del puebl*..

El edificio del Ayuntamiento estaba, en verdad, tomado por la ciudadanía. El amplio vestíbulo, la solemne escalinata, hasta la gran sala donde se reunían los electores, todo estaba lleno a rebosar. El ambiente era, además, caótico; el alboroto, tremendo. Un clamor universal exigiendo armas se extendía de una punta a la otra, desde el exterior hasta el interior pasando por cada una de las estancias. La gente exigía armas como único medio para defenderse del ataque del ejército, que temían inminente. Reinaban el pánico y la exacerbación. Pasé entre los sudorosos cuerpos, los gritos, las exclamaciones y la agitación, hasta la sala de los electores. Estaban éstos acorralados por la multitud, que había sobrepasado la barrera del público y lo inundaba todo. Agrupados junto a la mesa de la presidencia, oían los clamores unánimes exigiendo armas, la petición de convocar a todos los distritos, de tocar a rebato, las amenazas incendiarias si no se atendían sus peticiones. Intentaban, en medio del caos y del tumulto, debatir y explicar a aquella masa enardecida que ellos no eran ninguna autoridad, que no sabían dónde había armas ni tenían poder para disponer de ellas. Pero la gente no estaba para atender a razones. La armería de los

guardias de la ciudad en el edificio fue asaltada una vez descubierta y las armas requisadas e inmediatamente repartidas, pero eran pocas. Se necesitaban muchas más. La carga del regimiento del Royal Allemand en las Tullerías se alegaba como muestra del peligro en que estábamos la población indefensa. Yo había participado antes en manifestaciones, pero lo que presencié allí era de naturaleza distinta. La actitud, las exigencias de la gente, la disposición de buscar su salvación traspasando toda barrera, todo límite, era una auténtica sublevación. Finalmente, en medio del mayor alboroto, los electores resolvieron convocar a todos los distritos a la mañana siguiente a toque de rebato.

Pretender encontrar a Alain en medio de aquel torbellino era ilusorio. Lo intenté infructuosamente durante más de una hora, pero cuando la riada humana, en sus diversas oleadas, me empujó de nuevo a la entrada del edificio, desistí de volver a intentarlo y salí al exterior, atravesé la plaza y fui en busca de mi montura.

Lo sentía, pero no podía hacer nada más, me dije. Doscientas armas más o menos no cambiarían el curso de nada, seguí diciéndome y, en cualquier caso, yo no podía trasladarlas sola, no había encontrado la ayuda necesaria y no podía confiar las llaves de un pequeño arsenal a cualquiera de los miles de desconocidos que estaban allí concentrados exigiendo precisamente lo que yo tenía. Me iba, estaba decidido.

Milagrosamente el muchacho seguía allí, con mi caballo. La hora de espera debía de haber sido la mejor remunerada de su vida, pues, tal y como le prometí, le entregué otro luis. Monté y me dirigí hacia una de las puertas de acceso a la ciudad, por donde pretendía salir de ella, preguntándome qué habría ocurrido o qué estaría ocurriendo en el jardín de las Tullerías y evitando la proximidad a éste, que, según todos los informes, debía de estar siendo rodeado por los regimientos acampados o acuartelados en la otra orilla del Sena.

Era ya bien entrada la noche y la ciudad estaba muy oscura. La luminosidad artificial era escasa y tenue, y el cielo estaba negro y opaco. Cualquier sombra o ruido parecía más amenazador en esas condiciones, y la única ventaja era que pude avanzar a mayor velocidad por unas calles menos transitadas a aquellas horas, aunque no desiertas, pues seguía encontrándome, de vez en cuando, grupos más o menos numerosos provistos de antorchas que deambulaban en busca, los bienintencionados, de armerías o cualquier depósito de armas que asaltar, y los que no lo eran, de cometer cualquier otra clase de asalto o atropello. Evitándolos, lo que podía hacer gracias al anuncio que suponían sus antorchas y la capacidad de reacción y maniobra que propiciaba mi cabalgadura, llegué hasta una de las barreras de la muralla.

Pero la situación allí no era tampoco tranquila y comprendí que no podría salir.

—¡Vamos, baje, necesitamos el caballo, señorita!

Tres individuos me apremiaban ya, uno agarrando las riendas, otro cogiéndome por el brazo para obligarme a desmontar, otro sacando a la fuerza mi pie del estribo

para derribarme del animal si no lo abandonaba voluntariamente. Apenas había podido percatarme de mi concreta situación ni emitir sonido de protesta, cuando me vi en el suelo, mientras dos de los sujetos se llevaban el equino y el tercero me ayudaba a levantarme.

El grupo era más numeroso, quizá compuesto por treinta o cuarenta personas. Habían derribado la puerta de entrada al edificio de las oficinas aduaneras a golpes de hacha, y tras penetrar en su interior estaban lanzando por las ventanas sillas, archivadores, mesas, estanterías, papeles y objetos diversos, que se estrellaban con gran estrépito haciéndose añicos en el suelo, donde otros recogían y amontonaban sus restos para formar una hoguera. Mientras, los restantes intentaban derribar la barrera, a cuyo fin había resultado providencial la aparición de mi caballo. Algunas personas se limitaban a observar a prudencial distancia, sin presentar oposición alguna, como tampoco lo hacían los cuatro guardias franceses que observaban el destrozo con apariencia de estar más dispuestos a intervenir si alguien intentaba evitarlo que en caso contrario.

Al poco, la barrera saltaba de sus goznes y el fuego hacía presa del edificio aduanero. Observé absorta las llamas que iluminaban su interior y lamían los marcos de las ventanas, con su festival de chispas flotantes, mientras notaba su calor en la piel del rostro, y el denso y embriagador olor a quemado que se esparcía por el aire.

Luego me acerqué a los jóvenes que sujetaban mi caballo y les dije:

—Sé dónde hay armas.

Lunes, 13 De Julio
Marionne Miraneau

Me senté en la cama de golpe, sobresaltada. Parecía que todos los campanarios hubiesen decidido despertar a la ciudad entera. El repiqueteo persistente y agudo de decenas de campanadas entraba por el balcón abierto sin paliativo alguno, con la brisa borrascosa de julio, transmitiendo un inquietante mensaje de alarma. ¿Qué ocurría?

Miré a mi lado. Paul no estaba en el lecho. La noche anterior, ya entrada la madrugada, había venido a visitarlo Charlotte Lymaux con un par de personas más, amigos suyos, banqueros ambos, por lo que pude entender. Venían a exponerle la necesidad de que la Asamblea Nacional exigiese al rey el regreso de Necker y para que adoptase cualquier medida que impidiese la bancarrota. Estaban francamente asustados. Si se necesitaban medios económicos, llegaron a ofrecer, para conseguir el triunfo de la Revolución, ellos podían aportar fondos estimables. La bancarrota era la ruina, el desastre, el hundimiento de la economía. Paul los escuchó, y en cuanto se hubieron marchado, no pudo permanecer un minuto en casa. A la impaciencia

transmitida por esta reunión se unían las informaciones que le llegaron de que algunos diputados de la Asamblea Nacional habían acudido aquel domingo espontáneamente al Menus-Plaisirs sin poder decidir nada ante la ausencia de muchos diputados y de su mismo presidente. Montó a caballo y salió a galope hacia Versalles, a pesar de las noticias relativas a que los regimientos militares tenían tomados los puentes y los caminos.

Las campanadas seguían azuzando. Me levanté y me precipité a la balconada abierta, que daba sobre el jardín interior. Un resplandor anaranjado y humeante reverberaba en diversos puntos de la lejanía, sobre el violáceo del cielo matutino. Olía a quemado. El olor impregnaba toda la atmósfera, el aire de la ciudad, y provenía seguramente de aquellos focos flameantes. ¿Era la ciudad la que ardía? ¿Había empezado el temido ataque? Cuando las campanadas lo permitieron, oí redobles de tambores y voceríos de llamada a generala recorriendo las calles. Entonces comprendí: estaban tocando a rebato.

Salí del balcón, corrí hacia mi ropero y me vestí rápidamente. Luego, apenas recogido el cabello en un moño improvisado, atravesé pasillos y estancias y bajé las escaleras. No tenía una idea precisa de adonde me dirigía. Mi inmediato objetivo era la calle.

Pero, nada más pisar la memorable galería de la planta baja, me detuve en seco. Un grupo numeroso, de decenas de individuos, tal vez treinta o cuarenta, armados con fusiles, escopetas, pistolas…, entraban por el otro extremo. Estaban en el interior de mi casa, allí, a pocos pasos. Al verme, se pararon, formando una masa compacta de numerosos rostros que me miraban con expresión resuelta y adusta. Una figura avanzó, sobresaliendo de entre los demás. Era Edith. Quedé estupefacta al verla. Parecía una Juana de Arco surgida de una ciudad en llamas, con su ejército a sus espaldas. Su aspecto era lamentable. Sus ropas sucias, rasgadas en los bajos y en zonas de las mangas, el peinado medio deshecho, el rostro manchado de hollín, los ojos enrojecidos, la expresión dura y extraviada. En la mano derecha sostenía un fusil.

—Venimos a por armas —me soltó con voz de mando desde el extremo de la galería.

La sorpresa me impidió pronunciar palabra.

—¡Armas, Marionne! —repitió en tono requirente.

—¿Los has traído tú? —articulé al fin.

—Sí. Necesitamos armas. Tu marido tiene una armería.

—¿Has venido a asaltarme en mi propia casa?

—No es un asalto. Sólo venimos a por las armas. En tus armarios no prestan ningún servicio. Te aseguro que hasta a ti misma te interesa más que estén en manos de la Guardia Burguesa.

Observé al grupo, que se removía inquieto tras Edith, esperando que terminara aquel preámbulo, impacientes por seguir adelante y concluir la gestión, dando por hecho que las armas ya eran suyas. No había posibilidad alguna de resistencia.

—La armería está fuera —indiqué—, en el pabellón contiguo a los establos.

Anduve hacia ellos. Cuando llegué, hice ademán de continuar mi camino, y se apartaron para dejarme pasar. Luego me siguieron; Edith de nuevo a la cabeza de todos ellos. Yo estaba tan sorprendida que apenas había podido enojarme con ella todo lo que merecía por haber llevado aquel peligro a mi casa. Atravesé los salones hasta la salida de la mansión y los conduje a la armería.

—Sólo las armas modernas —advertí a Edith antes de apartarme para franquearle la entrada al pabellón—. No toquéis las antiguas.

Sus acompañantes ahora no esperaron. Nos sobrepasaron a ambas, entrando brusca y apelotonadamente. Cuando conseguí hacer lo mismo, una vez hubieron entrado todos, comprobé el destrozo que estaban acometiendo. Las carabinas, pistolas, arcabuces, lanzas, espadas, sables…, todas las armas que Paul había reunido con espíritu coleccionista, todas distintas entre sí, casi todas con algún valor especial, habían desaparecido de sus estantes, y con las que tenían en sus manos habían golpeado y hecho añicos los cristales de las vitrinas que guardaban y exhibían las antigüedades. Cuando todos se hubieron marchado, comprobé el daño. El suelo estaba alfombrado con cristales rotos, y prácticamente todas las piezas de colección habían desaparecido. Edith se había detenido junto a la puerta y observaba mi expresión de desolación.

—Esto no es nada en comparación con lo que puede hacernos el ejército si nos ataca y no podemos defendernos —se justificó.

Guardé un enojado y condenador silencio.

—¿De dónde sales? —le espeté al cabo, mirándola de nuevo de hito en hito.

—He pasado la noche ayudando a destruir e incendiar las barreras de la muralla. Y acopiando armas.

—El fuego que se ve, ¿es de las barreras de la muralla?

—Sí, esta noche han sido incendiadas la mayoría. Los productos que entren en la ciudad ya no pagarán impuestos.

—Ya veo. Y tras convertirte en incendiaria y asaltante, ¿qué vas a hacer ahora?

—Vamos a llevar las armas al Ayuntamiento —replicó, sin aparentar reparar en mi descalificación—. Después no lo sé, lo que sea necesario. Estamos al servicio de la defensa de la ciudad.

—Al servicio de la defensa de la ciudad… —repetí pasmada.

—Así es. Tú quédate aquí, en tu casa, a salvo, cuidando tus riquezas —contraatacó despreciativa—. Pero si quieres conservarlas, te aconsejo que la cierres mejor. Hemos entrado sin la mínima dificultad. Esta madrugada han sido asaltadas

varias mansiones de aristócratas.

No repliqué. Edith me sostuvo la mirada un instante más, y desapareció tras sus secuaces.

No permanecí en mi casa. No podía quedarme allí aislada, sin enterarme de nada, percibiendo sólo señales confusas e inquietantes de las que no conocía ni la causa ni sus efectos. No podía concentrarme en nada que me distrajera, y nada me interesaba salvo saber lo que estaba ocurriendo.

Caminaba por el sendero que bordeaba el jardín interior, pues había decidido ir a pie, cuando me sorprendió ver al señor Bontemps, que rebasaba en ese instante la verja de entrada. Iba también a pie, cojeando ligeramente, con la respiración agitada, sudoroso, mostrando una enorme fatiga, y con aspecto descompuesto.

—¡Marionne! —exclamó al verme, tendiendo los brazos hacia mí.

—¡Señor Bontemps! —exclamé, acelerando la marcha hacia él.

Cuando estuvimos uno frente al otro, tomó aire, respiró afanosamente, y apoyó las manos en las rodillas, recuperando el aliento.

—Marionne…, la ciudad… —pronunció jadeante—, la ciudad…, se han vuelto todos locos…

—¿Qué ocurre?

—Han asaltado…, esta mañana, casi de madrugada…, han saqueado el convento de Saint-Lazare…, todo el grano y los alimentos. El grano lo han llevado al mercado, a Les Halles, carretas y carretas llenas de harina…, por eso me he enterado…, yo estaba en el taller, pero lo he cerrado, porque ha venido mi nuera, llorando desesperada, porque mi hijo, mi hijo Alain, no ha aparecido en toda la noche, y ha ido a buscarlo a la imprenta, pero estaba vacía, y… —respiró— entonces he ido a la casa de la madre de usted, por si su hermana Edith sabía dónde estaba mi hijo, pero su madre no sabía ni siquiera dónde estaba su hermana, y la pobre está también destrozada por los nervios… ¿Ha oído usted el toque de rebato? ¿Sabe que han incendiado las barreras de las murallas? ¡Están locos, están locos…! ¡El fuego podría haberse propagado a toda la ciudad! Han atacado también la prisión de la Force y han soltado a todos los presos… Parece que también ha habido un motín en la prisión del Châtelet… Y han asaltado el guardamuebles, se han llevado todas las armas…, piezas de museo…, auténticas antigüedades… Es… —hizo un gesto con las manos, como si lo ocurrido lo sobrepasara—. No sé…, no sé qué va a ocurrir… Es una locura… Y he pensado… —volvió a su relato—, he pensado que usted igual sabía dónde estaba su hermana Edith, y quizá así yo pueda averiguar dónde está mi hijo Alain…

—Mi hermana está bien. La he visto hace apenas unas horas —me limité a explicar, sin añadir nada más—, pero no estaba con Alain. Yo ahora iba hacia el Hôtel de Ville, en busca de noticias. Quizá esté allí. Si quiere acompañarme…

Salimos a la calle. El ajetreo era ciertamente considerable, e inusual, pues se percibía que la ciudad, en extraordinaria agitación, no se dedicaba a sus quehaceres habituales. Se respiraba un ambiente excitado de estado de alarma general. Me apenaba el señor Bontemps, que renqueaba sin resuello y parecía que cada paso que daba fuera a ser el último. Por ello, cuando un carro de mercancías se detuvo a nuestro lado, pregunté al conductor si iba hacia el Hôtel de Ville y si podía acercarnos hasta allí.

—Sí, claro —ofreció el hombre—. Suban.

Así lo hicimos, aunque el señor Bontemps con gran dificultad, y nos sentamos encima de los sacos que transportaba. En el pescante viajaban dos individuos, el que nos había hablado y otro de expresión ruda que apoyaba un trabuco en sus rodillas y que no se molestó en saludarnos, aunque nos observó con expresión hosca, que parecía permanente en él. En el carro descubrimos a un matrimonio de mediana edad que, sentados sobre los fardos, nos miraron con aire resignado y contrariado a un tiempo.

—Los pillamos cuando intentaban salir de la ciudad —nos explicó nuestro amigo desde el pescante mientras agitaba las riendas para arrancar—. Iban a transportar todas estas provisiones a uno de los campamentos militares de las afueras. Por suerte, hemos podido evitarlo a tiempo.

—No es cierto —contradijo la mujer, rencorosa—. Somos comerciantes; íbamos a hacer lo de cada día: trasladar nuestra mercancía a Saint-Cloud. ¡Y estos sujetos nos han robado!

—Calla, mujer, calla —le siseó, seco y cauto, el marido.

—¡No hemos robado nada! —negó el del trabuco, escupiendo tabaco mascado acompañado de una estela de saliva marronácea—. Vamos a llevar esto al Hôtel de Ville —añadió mostrando sus dientes negros—, y que la Asamblea de los Electores decida lo que hay que hacer con ello.

El señor Bontemps y yo optamos por un prudente silencio, y así continuamos hasta llegar a la plaza de la Grève.

Cuando ésta apareció ante nuestros ojos, vi un espectáculo inusitado. Un caos de carros, carruajes y vehículos de diversas clases, cargados con comestibles, muebles, utensilios varios, se acumulaba y convulsionaba en aquel espacio urbano. Al parecer, la idea de incautarse de todas las mercancías y dirigirlas hacia el Hôtel de Ville para asegurar que fueran destinadas al bien común, es decir, al avituallamiento de la ciudad, era algo así como una espontánea consigna general. Nuestros conductores no parecieron tan sorprendidos como yo, lo que me hizo suponer que aquélla no era la primera *misió*. confiscatoria que llevaban a cabo. El vehículo se detuvo, atascado en medio de aquel abigarrado desorden.

—¿Por qué no vais vosotros? —nos soltó de pronto—. Informad al Comité

Permanente de que tenemos cincuenta sacos de legumbres secas y preguntadle qué hacemos con ellos.

—Está bien —aceptó, para mi sorpresa, el señor Bontemps con talante colaborador.

Ni siquiera sabíamos lo que era el Comité Permanente, pensé para mis adentros mientras bajaba del carro y observaba el barullo que nos rodeaba, que hacía difícil incluso llegar hasta las puertas del Hôtel de Ville. No obstante, seguí dócilmente al bien dispuesto señor Bontemps, que parecía haberse contagiado de pronto del patriótico espíritu ciudadano, esquivando carros, cajas, barriles, baúles, bestias, personas y cuantos obstáculos encontramos hasta llegar a la entrada del edificio, donde un flujo agitado de gente entraba y salía constantemente en la mayor actividad, anunciando lo que nos esperaba en el interior.

Dentro, todo estaba invadido. Nos detuvimos en el vestíbulo, desorientados en medio del ajetreo. ¿Qué demonios era, y dónde estaba, el Comité Permanente?

Pero mi buen maestro, sin perder su diligente empuje emprendedor, entabló enseguida conversación con cuantos le pareció que podían estar bien informados, y así nos enteramos de las decisiones que se habían adoptado hasta el momento y hacia dónde debíamos dirigirnos.

En las últimas horas se habían creado dos nuevas instituciones que se habían convertido en la máxima autoridad de la ciudad: la Asamblea del Hôtel de Ville y el Comité Permanente. No existían la víspera, ni al amanecer de aquel mismo día, pero la ciudad se encontraba en estado de alarma, sitiada por un ejército que amenazaba con atacarla y bloquear sus suministros, así que era necesario reorganizar la defensa y la resistencia. ¿Cómo se habían creado estas dos instituciones? La primera de forma casi espontánea: los electores, que contaban con la confianza y simpatías de la ciudadanía pero que carecían de autoridad, habían llamado a unirse a ellos a los cargos municipales —entre ellos, al preboste de los comerciantes, señor Flesselles, es decir, al jefe de la Municipalidad—, que no tenían ni la confianza ni las simpatías del pueblo, pero sí la autoridad que los primeros necesitaban. De tal forma la Asamblea de los Electores se había convertido en la Asamblea del Ayuntamiento. Y ésta había nombrado un comité ejecutivo que gestionara las decisiones que se adoptaban en la Asamblea, el cual funcionaría sin interrupción hasta que se superara la crisis: el Comité Permanente.

La recién nacida Asamblea no había perdido el tiempo, y para la organización de la defensa había decretado que los distritos crearan la Milicia parisina para la defensa de la seguridad pública, la cual estaría formada por los ciudadanos que se registraran al efecto; que la Milicia estaría constituida por dieciséis legiones compuestas a su vez por cuatro batallones doce de ellas y tres las restantes, y por cuatro compañías cada batallón; que la insignia de identificación de la Milicia serían los colores de la ciudad,

por lo que cada miliciano debía llevar una escarapela azul y roja; que el cuartel general de la Milicia parisina estaría en el Hôtel de Ville; que quedaba establecido un Comité Permanente que trabajaría para atender las necesidades de la ciudad, que en esos momentos tenía dos acuciantes: la provisión de armas y la provisión de alimentos; que todo el que estuviera en posesión de fusiles, pistolas, sables, espadas u otras armas debía entregarlas en su correspondiente distrito para ponerlas a disposición de la Milicia parisina…

El Comité Permanente, por su parte, estaba presidido por el preboste, señor Flesselles, y compuesto por varios cargos municipales y electores, y se había ubicado en uno de los despachos del edificio, distinto de la gran sala donde paralelamente tenía lugar la Asamblea, a fin de gestionar los numerosos asuntos que se le planteaban. Acudimos allí para cumplir con nuestro encargo, pero el gentío que esperaba en la antesala del Comité para ser atendido por éste era apabullante. En realidad era apabullante todo lo que estaba ocurriendo. Estaba asombrada de aquella masiva capacidad de reacción que había creado, de una forma tan improvisada y espontánea, un centro de decisión y gestión de la crisis, cuando el señor Bontemps, más pragmático y menos filosófico, me dijo:

—Es imposible que nos atiendan, ni tampoco quiero molestarlos con esta minucia. Tienen asuntos mucho más importantes de los que ocuparse que pensar en qué hacer con cincuenta sacos de legumbres secas. Les diremos que los lleven al gran mercado de Les Halles. Es lo que han hecho los que han asaltado el convento de Saint-Lazare esta mañana.

Asentí, sin discutir, pero no me moví. Yo todavía estaba aturdida por cuanto me rodeaba, y me quedé observando la puerta abierta del despacho del Comité, donde un nutrido grupo, que por lo que entendí representaba a algún distrito, estaba exigiendo armas que suministrar a la Milicia que habían formado en cumplimiento de la resolución de la Asamblea. La petición de armas era, en general, la reivindicación más insistente y extendida, y la falta de ellas la que ocasionaba las protestas más airadas. ¿De qué servía la Milicia sin armas?

Después de cuanto estaba presenciando, ya no me pareció tan grave la incursión de mi hermana en mi casa aquella mañana. Se necesitaban armas, hasta yo lo entendía ya, y la sensación de estar en una situación de emergencia estaba calando en mí, y sin duda había calado ya entonces en ella tras haber estado toda la noche dedicada a buscarlas y a la desmedida acción de incendiar las barreras de la muralla.

El señor Bontemps, ante mi abstracción, me instó a seguirlo, cogiéndome por el brazo. Quiso, no obstante, antes de salir del edificio, asomarse a la gran sala de la Asamblea para comprobar si su hijo estaba allí. A pesar del bullicio que reinaba también en ella, se había conseguido que las comparecencias se desarrollaran con un cierto orden, y a la sazón era el turno de los representantes de otro distrito para

informar de las medidas y decisiones que habían adoptado y para pedir, cómo no, armas. Yo presté atención a lo que decían mientras el señor Bontemps buscaba visualmente a Alain entre el público. La labor no era fácil, porque la asistencia era numerosa y en constante movimiento.

—No está —concluyó pesaroso, tras esperar hasta cuatro comparecencias—. No está.

Pero apenas hubo pronunciado estas palabras, lanzó una exclamación. Alain acababa de aparecer, acompañando a la delegación del distrito que informaría seguidamente a la Asamblea. Sonreí, sintiendo la alegría y el alivio del anciano. Éste esgrimió señales ostentosas con los brazos desde nuestro puesto en la tribuna del público, hasta que consiguió llamar la atención de la mitad de la sala y, finalmente, la del propio Alain, que nos devolvió el saludo desde la distancia.

—Primero estuve aquí, anoche —nos explicó cuando nos encontramos al cabo, fuera ya de la sala—, luego fui al Palais Royal y me sorprendió la madrugada y el toque de rebato antes de volver a casa, así que regresé aquí a primera hora y después me dirigí hacia mi distrito para registrarme en la Milicia. Necesitamos armas. Flesselles ha prometido miles de fusiles que espera que lleguen de un momento a otro.

—¿Se sabe algo de Versalles? —le pregunté pensando en Paul—. ¿De la Asamblea Nacional?

No me contestó, porque el revuelo de un excitado rumor nos alcanzó. Pólvora. Unos hombres habían comparecido para manifestar que habían descubierto y detenido un barco en el Sena con un cargamento de pólvora proveniente del Arsenal, cuya carga se habían incautado y trasladado hasta el Hôtel de Ville. La noticia fue acogida con entusiasmo primero, pero con gran sobresalto después, cuando se supo que los barriles, que habían sido depositados en el patio del edificio, estaban rodeados por un gentío que exigía su distribución inmediata y que amenazaba con hacerlos explotar si no se atendía su petición. Permanecimos imprudentemente anclados donde estábamos, hasta que, de pronto, se oyó un disparo proveniente del patio, al que siguió un grito colectivo de pánico y una estampida de gente en todas direcciones. Por fortuna, a la detonación no siguió ninguna explosión, pero el episodio aumentó la tensión considerablemente.

—Padre —dijo Alain cuando el peligro parecía superado—, deberías volver a casa. Usted también, Marionne. Esto se va a poner cada vez peor. Los nervios están a flor de piel.

—¿Y tú? —respondió el señor Bontemps, regañón—, ¿qué piensas hacer? ¿Es que para ti la situación será distinta?

—Yo voy a esperar las armas —repuso Alain secamente—. La pólvora tampoco sirve de nada sin fusiles.

—Yo voy a esperar noticias de la Asamblea Nacional —repuse a mi vez.

Alain me miró.

—Esta mañana unos electores salieron hacia Versalles para informar a la Asamblea Nacional de lo que está ocurriendo en la capital —explicó—. Que yo sepa, aún no han regresado. Pero la falta de noticias es buena noticia. Si el rey hubiese disuelto la Asamblea, ya se sabría.

Suspiré con angustia.

—Y de Edith, ¿sabes algo de Edith? —le pregunté.

—Sí. Apareció aquí a primera hora comandando un nutrido grupo de gente y con un carro repleto de armas. Se fue con sus compañeros a repartirlas entre varios distritos. No debes preocuparte por Edith; sabe cuidarse sola.

A uno de los electores, el abad Lefevbre, se le encomendó la misión de repartir la pólvora que, tras la desbandada, había sido puesta a buen recaudo, y los representantes de los distritos fueron invitados a esperar las armas prometidas por Flesselles en un despacho. Ya hacía tiempo que aguardaban, que recibían largas y se les instaba a la paciencia, y empezaban a transparentar un irritado nerviosismo, y hasta a poner en duda la promesa de Flesselles.

—Después de todo —nos dijo Alain entre dientes—, es un agente de la Corona, un funcionario nombrado por el rey. ¿Por qué hemos de creer en su lealtad? Puede que sólo pretenda ganar tiempo sabiendo que el Ejército no tardará en atacar. Nos han dicho que volvamos a nuestro distrito y regresemos dentro de un par de horas, ¡pero yo no pienso moverme de aquí hasta que esos fusiles aparezcan!

—Habrá que decirles algo a aquéllos… —recordó el señor Bontemps, refiriéndose a los del carro— si es que aún nos esperan…

—Yo iré —me ofrecí rápidamente, deseosa de escapar de la exasperación que impregnaba el ambiente y de hacer algo que me tuviera ocupada.

Salí al exterior. Fuera, el caos seguía siendo el mismo, o quizá había empeorado con el transcurso del tiempo y la acumulación de vehículos y mercancías. Dirigí la mirada hacia el lugar donde habíamos dejado el carro, pero no lo vi. Era de esperar, pero aquello me contrarió, pues tuve que hundirme en el galimatías y recorrer la plaza en su busca. Sin embargo, a pesar de la dedicación, no pude encontrarlo, así que volvía al Hôtel de Ville decidida a abandonar el intento cuando, cerca de la fachada, casi choqué con el conductor, convertido ahora en peatón.

—¡Eh! —exclamé al reconocerlo—. Los sacos de…

—¡No importan ya los sacos! —me interrumpió sin apenas detenerse—. Mi amigo los ha llevado a Les Halles. ¡Han llegado los fusiles! ¡Aparta, mujer!

Se alejó apresuradamente de mí y lo seguí con la vista hasta que distinguí unas cajas cerradas marcadas con la palabra «Artillería» que unos hombres estaban trasladando al interior del Ayuntamiento. ¡Por fin!, me dije. Atendiendo a la cantidad

que estaba viendo, el número de fusiles debía de ser considerable. Volví la cabeza hacia el Hôtel de Ville. Dentro, la explosión de alegría y de alivio iba a ser descomunal.

Entré entusiasmada, en medio del alborozo general, pues el acontecimiento era ya del conocimiento público, y fui en busca de Alain y del señor Bontemps para compartir con ellos la noticia. El Comité, sobre el que recaía la grave responsabilidad de repartir el armamento entre aquel gentío exaltado y en medio de aquel tumulto, y temeroso, especialmente después de la peligrosa experiencia sufrida con la pólvora, de que la situación se desbordara y acabara en catástrofe, decidió solicitar la colaboración de los guardias franceses, que habían expresado su adhesión a la ciudadanía; de forma que nombró dos diputaciones de electores para que se dirigieran a sus casernas y solicitaran su presencia a dicho fin.

Partieron, diligentes, las diputaciones, conscientes de la urgencia e importancia de su misión. Los demás, aguardamos. Los barriles de pólvora habían sido depositados en el despacho de los pagadores de rentas, las cajas de rifles trasladadas a las cavas del edificio. Allí estaban, pólvora y rifles. Los representantes de los distritos, ávidos, apenas podían contener su impaciencia. Tampoco la muchedumbre que lo invadía todo.

Por fin volvieron las diputaciones, y con ellas un destacamento de guardias franceses, recibido con clamores y vivas. Se formó enseguida el comité encargado de bajar hasta las cavas a fin de abrir las cajas y distribuir los fusiles. Era numeroso. Estaba compuesto por el coronel de los guardias de la ciudad, el procurador del Châtelet, diversos electores y varios representantes de los distritos. Los seguía la inevitable estela de curiosos.

Yo permanecí con el señor Bontemps en las proximidades de la entrada a la sala de la Asamblea. Al cabo de unos minutos nos llegó una ruidosa y alborotada bocanada de furor proveniente de las cavas. Al parecer, al abrir las cajas habían descubierto, con la consecuente consternación, que en su interior no había fusiles, sino sólo trapos viejos.

¿Trapos viejos?, no comprendimos, ¿cómo, trapos viejos?

La acusación de traición se expandió como la onda de una explosión y dominó el edificio entero. Los miembros del Comité Permanente, y especialmente el preboste Flesselles, se vieron aplastados bajo un alud de acusaciones, de insultos, acorralados por una oleada humana efervescente de ira.

Pero ¿cómo podía ser?, seguía yo sin entender. Si se quería negar las armas, ¿no bastaba con no hacer llegar las cajas? ¿Qué necesidad había de llenarlas con trapos viejos y llevarlas al Hôtel de Ville despertando semejante expectación y consecuente frustración?

—¡Para hacernos perder el tiempo! —explotó Alain—, ¿es que no ves todo el

tiempo que hemos perdido? ¡Es cosa de Flesselles! ¡No tiene ninguna intención de entregarnos armas! ¡Traidor!

En medio de la marabunta, y como alguien, no sé quién, dijera que había fusiles en el convento de los Cartujos y de los Celestinos, Flesselles expidió orden a dichos centros para que entregaran las que tuvieran, así como al Arsenal. Cuando vi salir disparados a los portadores de dichas órdenes, con la impaciencia y la urgencia reflejada en el rostro, empecé a dudar, yo también, de la sinceridad de los actos de Flesselles. No podía creer seriamente que esas congregaciones religiosas tuviesen los miles de fusiles que necesitaba la Milicia, en realidad ni tan siquiera algunos, y más bien parecía que había pretendido quitarse de encima a aquellos pesados e insistentes peticionarios. Después de todo, Alain tenía razón al señalar que Flesselles era un funcionario nombrado por la Corona, y por tanto su situación era altamente comprometida. Hiciera lo que hiciera, cometía traición: si armaba al pueblo, traicionaba al rey; si no lo hacía, traicionaba al pueblo. Visto así, ganar tiempo parecía su única opción.

Tras expedir aquellas dos órdenes desesperadas, el Comité declaró que el Hôtel de Ville no estaba en condiciones de facilitar armas a la ciudadanía, por lo que ordenaba a todos los distritos que intentaran fabricar picas, alabardas, y servirse de cuantas otras pudieran conseguir.

La consternación por el aparente desamparo siguió a la furia, y a aquélla la determinación de procurarse la salvación fuera como fuese. Si no se tenían fusiles, se fabricarían picas y alabardas, y si no se conseguían las suficientes a tiempo, se lanzarían piedras. Cualquier cosa antes que sucumbir sin defensa. Así que muchos marcharon a transmitir la orden a los distritos.

La sesión de la Asamblea se levantó oficialmente hasta las ocho de la mañana siguiente, pero la gente se resistía a marchar. Yo seguía esperando, cada vez más impaciente, cada vez más nerviosa, contagiada por el ambiente de inquietud y alteración que me rodeaba, noticias de la Asamblea Nacional.

—Marionne —intentó tranquilizarme Alain—, ya es de noche. Vuelva a casa. Si recibimos alguna noticia, yo iré a avisarla.

—¡Tú tienes que ir a casa también! —espetó el señor Bontemps—. ¿Cuántas horas llevas sin dormir? ¡Por lo menos más de veinticuatro!

—Su padre tiene razón, Alain. Debe retirarse a descansar un poco. En cualquier caso, yo no pienso moverme de aquí hasta que tenga noticias. En mi casa me desesperaría…

—Yo me he registrado en la Milicia —opuso Alain—. No puedo irme a dormir sin más…

—Vaya a su distrito —sugerí—. Habrán organizado turnos. Comprenderán que no está usted en condiciones de patrullar esta noche.

—¡Ve! —instó su padre—. Yo me quedaré con Marionne.

Alain aceptó la orden. Era visible que estaba completamente agotado.

—Buena suerte, Marionne —me dijo estrechándome la mano con calor, como si partiera hacia la guerra y aquello fuera nuestra despedida; después se fusionó en un abrazo con su padre, y marchó.

Apenas nos quedamos solos, anunciaron, por fin, la llegada de los electores que volvían de Versalles. Corrimos hacia la sala de la Asamblea, como muchos otros. La Asamblea Nacional, que aglutinaba a los diputados de toda Francia, pero también a los de la capital que habían sido elegidos por los electores, se consideraba, en cierta forma, superior jerárquicamente a la Asamblea del Hôtel de Ville, y las noticias que pudieran llegar sobre su situación y las posibles medidas que hubiese adoptado despertaron una completa expectación. Los pasillos quedaron prácticamente vacíos mientras los ciudadanos que aún permanecíamos en el edificio, que no éramos pocos, nos congregábamos en la gran sala para escuchar, casi conteniendo el aliento, el informe del recién llegado, el elector Delavigne.[23]

—[…] Hemos visto a la augusta Asamblea Nacional ocupándose con celo inquieto de lo que puede restablecer el orden y hacer la felicidad de esta capital; una numerosa diputación llegó hasta el rey para solicitarle el alejamiento de las tropas […] y el establecimiento de la Guardia Burguesa. […] La respuesta del rey no ha sido favorable […].

Un grave silencio acogió esta información que, aunque no podía sorprender, sí preocupar y entristecer.

—[…] Ésta [la respuesta del rey] ha consternado a la Asamblea, pero no la ha descorazonado. La Asamblea ha escuchado el relato que le he hecho de las desgracias de la capital (…], ha deliberado y ha acordado lo que voy a tener el honor de haceros lectura: «La Asamblea, interpretando los sentimientos de la nación, declara que el señor Necker, así como los otros ministros que han sido destituidos, llevan consigo su estima y su pesar. […] Declara […] que los ministros actuales y los consejeros de Su Majestad […], son personalmente responsables de las desgracias presentes, y de todas aquellas que puedan venir. Declara que […] ningún poder tiene el derecho de pronunciar el infame nombre de bancarrota, ningún poder tiene el derecho de faltar a la fe pública, bajo cualquier forma o denominación […].»

El relato del señor Delavigne, relativo no sólo a las disposiciones de la Asamblea sino también a la actitud de las gentes y tropas que habían visto por el camino, fue escuchado en el más profundo silencio. Ninguna otra intervención había despertado más expectación. Después, suponiendo que en las próximas horas no habría más noticias al respecto, el señor Bontemps y yo dejamos el Hôtel de Ville, cuya actividad se adivinaba iba a continuar sin interrupción durante toda la noche, con intención de volver a casa.

Salimos al exterior. El cielo encapotado amenazaba lluvia. En la calle descubrimos que el Hôtel de Ville no era el único foco de actividad. La ciudad entera estaba de vigilia, preparándose para el inminente ataque, que esperábamos de un momento a otro. Se había solicitado a los vecinos que ayudaran a iluminar las calles, puesto que el alumbrado público era pobre y escaso, y las sombras habían facilitado los atropellos y abusos de la noche anterior; de forma que en las repisas de las ventanas lucían velas, candiles, linternas…, brillando en medio de la noche miles de lucecitas tintineantes cual si el firmamento se hubiese desplomado sobre la ciudad. A su beatífico y sobrecogedor resplandor, anduvimos por unas calles en desconocido estado de alerta. Las patrullas de la Milicia Burguesa habían comenzado sus rondas, y en nuestro trayecto nos encontramos con más de una: iban precedidas con antorchas, y sus componentes, que lucían la escarapela roja y azul, armados en su mayoría con palos, algunos con picas, y los menos con alguna pistola o fusil. Vimos a hombres y mujeres levantando barricadas con piedras, muebles, puertas, carros volcados y objetos diversos. Muchas ventanas de los primeros pisos estaban cerradas con contraventanas, los que las tenían, o protegidas con muebles y maderos los que no. La actividad en las herrerías era frenética; tenían, nada menos, la misión de fabricar miles de picas con las que armar a la ciudadanía en cumplimiento de la orden dada por el Hôtel de Ville. Los que no patrullaban, levantaban barricadas, fabricaban picas o protegían sus hogares, deambulaban confusos y angustiados por las calles, se reunían en los centros de información, como en el Hôtel de Ville o en el Palais Royal, observaban desde las ventanas o en los portales entreabiertos, y parecía que nadie durmiera ni pudiera hacerlo aquella tensa madrugada.

—Creo que no volveré a casa aún —anuncié de pronto al señor Bontemps—. Iré al Palais Royal a ver si veo a Edith. Váyase usted; no se preocupe por mí.

—De ninguna manera pienso dejarla sola —contestó—. Está fuera de toda discusión.

Llegamos allí. La exasperación y alteración que inundaba el Hôtel de Ville era tibia en comparación con la que incendiaba el Palais Royal. Los exaltados lo estaban más que nunca, y la gente, asustada, mucho más permeable a los excesos que en cualquier otro momento. Daban miedo ciertas manifestaciones de ira y de odio que tuve que escuchar en mi recorrido por las galerías y en algunos cafés, como en el Caveau y en el Café de Foy. Habían fijado carteles condenando a penas diversas, ninguna de ellas leve, a los llamados aristócratas enemigos del pueblo, y la animadversión hacia ellos era tal que si hubiesen aparecido en esos momentos probablemente hubiesen sido asesinados. Las acusaciones contra Flesselles, a quien se consideraba complotado con los aristócratas para negar armas al pueblo, hacían temer seriamente por su seguridad, y tampoco se libraban de sospecha los demás miembros del Comité Permanente, lo que era sin duda una injusticia después del

esfuerzo que estaban haciendo. El flujo de información entre el Hôtel de Ville y el Palais Royal era constante, pero aquí llegaba también procedente de otros sitios, y las falsas alarmas relativas a que se había iniciado el ataque sobresaltaron en más de una ocasión, aumentando el desespero y la confusión.

Por fin, después de dar varias vueltas, la encontré. Edith estaba tumbada en el escalón de uno de los portales, dormida, apoyada en el hombro de un hombre. Cualquier otro día la imagen de mi hermana durmiendo de madrugada en el suelo de la calle me hubiese parecido insólita, pero aquél era un día especial. Sin duda no había querido dormirse y al final la había vencido el cansancio, el cansancio provocado por su lucha en pro de la defensa de la ciudad, como me había dicho, por lo que su actitud no sólo no era reprobable, sino que hasta debía considerarse patriótica. Miré al hombre sobre el que descansaba, quien a su vez dormía apoyado en la pared, y me sorprendió reconocer en él a Didier Durnais, lo que, en parte, me tranquilizó: al menos no era un completo desconocido y había mostrado afecto por mi hermana. Consideré el despertarla para llevarla a casa, pero supe que no valía la pena. No me haría caso, y mi acción sólo serviría para turbar un reposo que debía de necesitar tanto o más que Alain.

—Ahora ya podemos regresar —le murmuré al leal señor Bontemps.

—No puede dejarla aquí —me discutió escandalizado—. ¿Y si el Ejército ataca esta noche? No dude que uno de sus principales objetivos será el Palais Royal.

Miré a Edith, cansada a mi vez, sintiendo el cúmulo de todos los miedos y temores que solidificaban la atmósfera tornándola pesada y densa; y corroborando mi certeza de que no podría arrastrarla hasta casa, me limité a repetir, en un intento de consuelo o, más bien, de esperanza, lo que oyera a Alain:

—Sabrá cuidar de sí misma.

Martes, 14 De Julio
André Courtain

Llegamos a París el 14, pasado el mediodía. Volvíamos cansados después, del largo viaje al monasterio de los Pirineos, donde el vigilante, que para mi gran sorpresa había apreciado tanto la vida monacal que había decidido abrazar los hábitos, no dudó en reconocer a Saltrais y dejar constancia de ello por escrito con el testimonio del propio abad. El vizconde, sin embargo, en momento alguno dio muestra de nerviosismo, y se mostró sereno y resignado durante todo el viaje.

En cuanto pisamos las proximidades de la capital, nos percatamos de la inhabitual presencia de tropas, que despertó nuestra curiosidad y nuestra inquietud. Entramos en la ciudad por el sur, por la barrera de Enfer, sin contratiempo mencionable, pero a medida que fuimos avanzando hacia el centro de la ciudad, hacia el Sena, que

debíamos atravesar para llegar hasta la Bastilla, descubrimos con angustia y sorpresa que la ciudad estaba completamente convulsionada. Un gentío inhabitual recorría las calles, llevaban escarapelas prendidas en sombreros o ropa, mayoritariamente rojas y azules, aunque podían distinguirse también algunas verdes; muchos de ellos iban en grupos, y la casi totalidad armados, ya fuera con palos, picas o incluso rifles, que se veían en asombrosa abundancia. Las calles estaban levantadas con barricadas, las ventanas tapiadas, la mayoría de las tiendas cerradas.

¿Qué ocurría?

Ante esas extraordinarias circunstancias no puse cortapisa alguna al afán interrogador de Saltrais. Preguntaba éste a unos y a otros, y no tardamos en enterarnos de la situación. La concentración de tropas en Versalles y París, la destitución de Necker, la seguridad de la inmediata disolución de la Asamblea Nacional y de un ataque del ejército, el miedo, la convocatoria de los distritos, la creación de la Milicia Burguesa, la desesperación por encontrar armas con las que abastecerla, la gestión de la crisis por la Asamblea del Hôtel de Ville, la creación de un Comité Permanente, la crispación de nervios que habían sufrido aquella madrugada los parisinos asaltados constantemente por falsas alarmas de ataques militares… todo ello nos fue revelado con la mayor excitación por cuantos nos lo relataban.

—De los Inválidos —nos contestó un hombre a la pregunta relativa a la procedencia de los fusiles que ostentaban tanto él como el puñado de individuos que lo acompañaban—. Esta mañana hemos asaltado los Inválidos. ¿No se han enterado?

—Acabamos de llegar a la ciudad —se excusó Saltrais.

—Ayer nuestro distrito formó la Milicia y envió una diputación al Hôtel de Ville para pedir armas, pero todo fueron promesas falsas del traidor de Flesselles, así que esta mañana a primera hora una multitud ha asediado el cuartel de los Inválidos exigiendo las que éste tenía, que nos las negaron no sé con qué excusa, pero en un descuido en que abrieron la puerta entramos en tropel y nos hicimos con los treinta mil fusiles que había allí almacenados. Aunque están descargados —añadió exhibiendo el arma—. Faltan las municiones y la pólvora, que están en la Bastilla. Una muchedumbre ha acudido a reclamarlas, pero el gobernador se niega a entregarlas, y ahora se está luchando allí.

—¿En la Bastilla? —me frustré incrédulo—. ¡Pero si es una fortaleza! ¿Qué lucha pueden entablar unos ciudadanos contra una fortaleza?

—No lo sé, amigo —contestó espoleado—, pero nosotros vamos allí a ayudar. Tenemos algunos cartuchos y algo de pólvora que el abad Lefevbre repartió anoche en el Hôtel de Ville. Veo que también tú estás armado —me acusó divisando las dos pistolas que llevaba al cinto—. Supongo que no dudarás en colaborar.

Me replanteé mi idea inicial de llevar a Saltrais a la Bastilla, pero la lógica

vaticinaba que cualquier ataque a esa fortaleza acabaría siendo sofocado, y yo le había dado mi palabra. Sólo en caso de que realmente la situación impidiera que pudiese cumplirla, buscaría una prisión alternativa. Decidí, pues, cruzar el Sena por la isla de Saint-Louis, a fin de evitar las proximidades del Hôtel de Ville, y dirigirme a la Bastilla para conocer personalmente lo que allí estaba ocurriendo.

En cuanto llegamos a sus inmediaciones, antes siquiera de que apareciera ante nuestra vista, ya presenciamos las muestras de la refriega. Por la calle Saint-Antoine oímos los disparos y los gritos, olimos el fuerte olor a pólvora y nos cruzamos con un grupo de hombres con fusiles al hombro que trasladaban presurosos a un herido sangrante. Cuanto más nos acercábamos, más intensas eran estas señales, así que nos aproximamos con cautela hasta que la inmensa y adusta mole apareció con toda su contundencia frente a nosotros.

Distinguimos en sus almenas a varios guardias suizos e inválidos disparando a discreción, por encima del hondo foso seco que rodeaba la construcción, a la gente que, en caótico y considerable número, se acumulaba a sus pies intercambiando fuego con ellos sin apenas protección; tanto en la calle Saint-Antoine como en los patios exteriores que precedían a la fortaleza, donde nos pareció que el intercambio de fuego era especialmente intenso.

Tras ver el panorama, nos refugiamos en una pared de un edificio de la calle Saint-Antoine.

—Criseau —le dije—, ¿te sientes capaz de aproximarte y enterarte de la situación?

—Lo estaba deseando, señor —replicó.

Sin esperar respuesta, echó agazapado una carrera hacia la entrada del primer patio exterior de la fortaleza, arrimándose a muros y paredes cuanto pudo, pero sin poder evitar quedar durante un buen trecho al descubierto en un terreno bañado por una lluvia constante de metralla y tener que sortear el cuerpo de más de un combatiente caído. Al poco lo perdimos de vista, en cuanto traspasó la entrada del primer patio, donde se luchaba tanto o más encarnizadamente que en el frente de la calle Saint-Antoine. Tuve un funesto presagio y me arrepentí de haberlo enviado.

Sin embargo, al cabo de unos minutos reapareció a nuestro lado, ileso y agitado. Mi presagio sólo había sido preocupación.

—Allí dentro te juegas la vida —suspiró alterado—. Desde la fortaleza utilizan artillería pesada. Han caído tres personas delante de mis narices, a apenas veinte pasos. Cinco minutos bajo ese fuego te pone los nervios de punta. Los asaltantes quieren que el gobernador entregue las armas y la propia Bastilla, para que quede bajo el control de la Milicia Burguesa, o sea, de la ciudad. Parece que ya son cuatro las diputaciones enviadas por el Ayuntamiento para entablar negociaciones con el gobernador, pero infructuosamente. Recibió a las dos primeras, y aunque no entregó

ni las armas ni la plaza, retiró los cañones de las troneras de las torres y prometió que no dispararía contra los ciudadanos si no era atacado. Pero, según me han contado, aunque no sé si es del todo cierto, bajó los puentes, abrió la puerta de acceso al segundo patio y cuando la gente se abalanzó a su interior, descargó sobre ellos un cañonazo y la artillería. Ése fue el detonante de la lucha, a partir de entonces se abrió el fuego entre los asaltantes y la Bastilla. Las otras dos diputaciones no han conseguido ni siquiera entrar, aunque enarbolaban símbolos pacíficos y parlamentarios; una de ellas incluso ha sido víctima de una descarga de metralla precisamente cuando estaba haciendo intentos para que cesase el fuego. Por tanto, continúa la lucha. Y ésa es, brevemente, la situación.

—Pero —me extrañé, casi incrédulo—, ¿y la policía, por qué no la envía el Parlamento? ¿Y el Ejército? ¿No hay tres regimientos de suizos acampados en el Campo de Marte?

—El Parlamento no pinta ya nada —opinó Saltrais—. Manda el Ayuntamiento, ya lo ve, y pide la entrega de la Bastilla. Los agentes de policía están con la Revolución; si duda, pregúntele a Criseau, aquí presente, y también, por los uniformes que distingo entre los asaltantes, los guardias franceses. En cuanto al Ejército, supongo que deben de considerar innecesario intervenir. Deben de creer que la fortaleza es inexpugnable y que De Launay se las podrá arreglar con lo que tiene.

La Bastilla parecía, en verdad, inexpugnable, pero no era suficiente para justificar aquella pasividad del resto de las fuerzas armadas, lo cual me parecía inexplicable.

—Vigila a Saltrais —ordené a Criseau mientras montaba—. No te muevas de aquí. No tardaré en volver.

—¿Adónde va? —preguntó Saltrais.

No respondí.

—¡Detenle! —ordenó inesperadamente Saltrais a Criseau. De pronto estaban en el mismo bando—. ¡Es un contrarrevolucionario!

Criseau me miró desconcertado, sin saber qué partido tomar, pero yo ya había vuelto grupas y me había lanzado al paso más veloz que las circunstancias permitían hacia el Campo de Marte.

No era posible que los regimientos acuartelados en la ciudad conocieran con exactitud el ataque que estaba sufriendo la Bastilla, o habrían intervenido.

Tomé el camino de la ida, es decir, crucé el Sena por la isla de Saint-Louis para evitar la plaza de la Grève y, buscando las calles más despejadas, llegué hasta la École Militaire, en el extremo del Campo de Marte, donde solicité ver al barón de Besenval o a cualquier mando que tuviera disposición sobre las tropas. Mi tono apremiante, casi en el paroxismo, de nada me sirvió. Ningún alto mando estaba disponible para mí y todo lo que conseguí fue que me atendiera por compasión un teniente de uno de los regimientos suizos de dragones que casualmente pasaba por

allí de regreso hacia el campamento. Le comuniqué los graves sucesos que estaban teniendo lugar en la Bastilla y la necesidad urgente de que se restableciera el orden y de detener lo que podía convertirse en una tragedia. El teniente me escuchó pero sacudió negativamente la cabeza.

—Sabemos lo que está ocurriendo en la Bastilla. También sabíamos lo que ocurría esta mañana en el cuartel de los Inválidos, que está aquí mismo, y tampoco intervinimos. No intervendremos. Esta efervescencia es imposible de reprimir sin una masacre, y el barón de Besenval sabe que las tropas no están dispuestas a atacar a la población. Los inválidos del cuartel tenían los cañones cargados y preparados para disparar cuando lo asaltaron esta mañana, y nada hicieron por impedir el saqueo. Los soldados no obedecerán la orden de atacar a la población; tampoco los suizos.

Quedé aturdido. Ahora ya no pensaba en el socorro de la Bastilla, sino en la posible intención del rey de disolver la Asamblea Nacional.

—¿Ni siquiera una orden directa del rey?

El teniente negó imperceptible pero categóricamente con la cabeza.

Permanecí unos instantes pasmado, intentando comprender el alcance de lo que se me estaba diciendo. Si el rey no podía contar con las tropas, no le quedaba nada sobre lo que sustentar su autoridad. Todo aquel despliegue militar en torno a las dos ciudades había sido completamente inútil, sin duda hasta contraproducente, pues había precipitado las cosas de la peor forma para él. El monarca estaba en manos de la Asamblea Nacional, desposeído de todo poder, y ésta, a su vez, en manos del pueblo, pues de pronto era quien mandaba, ya que no había ninguna fuerza que se le opusiera. Una situación así era tan inusitada, y tan trascendente, de consecuencias tan imprevisibles, que mi consternación apenas me permitió saber lo que hacía mientras salía de la Escuela Militar y recorría de nuevo la ciudad para regresar a la Bastilla, donde había dejado a Criseau y a Saltrais.

Cuando llegué, me sobresaltaron sucesivos cañonazos, que explotaron atronadores contra los muros de la prisión. La agitación a los pies del edificio era aún mayor que antes, el olor a pólvora también, la refriega se había intensificado, y pronto supe, informado por Criseau, que a los asaltantes se les habían unido unos cien guardias, franceses y varios centenares de ciudadanos armados con cuatro cañones que habían conseguido aquella mañana en el cuartel de los Inválidos. Esos cañones eran los que estaban ahora castigando la fortaleza, aunque provocando poco daño.

—No conseguirán derribar los muros —me comentó Criseau, como reflexionando para sí mismo—. Deberían atacar la puerta. Si consigue entrar esta muchedumbre, están perdidos, los engullirán.

—La Bastilla también tiene cañones —recordé—. Pudieran tenerlos detrás de la entrada y descargarlos contra los asaltantes si éstos tiraran abajo el puente levadizo y la puerta.

—Sólo una vez —musitó Criseau, como si considerara aceptable las numerosas víctimas que acarrearía la medida—. No tendrían tiempo de recargar.

—Para hacer eso necesitan colocar los cañones en el segundo patio —meditó a su vez Saltrais—. Tú has visto el terreno, Criseau, ¿crees que podrán?

—El fuego es muy intenso allí. Los acribillarán. Además, hay un carro obstaculizando el paso. Lo arrojaron incendiado antes, para que el humo dificultara la visión de los defensores. Tendrán que sacarlo primero, y no creo que los suizos los dejen.

Guardamos silencio unos momentos mientras, en medio del exasperante estallido de disparos, gritos y exclamaciones, observábamos desde nuestra resguardada posición lo que podíamos, e intentábamos adivinar lo que acontecía más allá de la entrada al primer patio exterior.

—Por cierto —añadió Criseau—, hemos visto a unos amigos del vizconde.

Seguí su mirada, que la tenía fija en el objeto de su comentario con el fin de señalármelos, y los vi también. Primero a ella. Era Edith Miraneau. Por lo poco que la conocía, no me extrañó que estuviera allí. Su situación era muy apurada. Estaba tumbada en el suelo, en medio de la calle Saint-Antoine, delante de la fortaleza y de pleno en su campo de tiro, sin protección alguna, con un fusil colgado al hombro. Intentaba arrastrar el cuerpo de un hombre que permanecía inerme, tal vez muerto, aunque pudiera ser que sólo malherido o desvanecido, pues en caso contrario no era lógico que ella arriesgara su vida por trasladarlo. El peso del individuo parecía excesivo para que ella lo moviera con la celeridad que requerían las circunstancias, pues parecía que estaba maltrecha de una pierna, lo que explicaría que avanzase a rastras y no de pie. Era poco probable que un soldado de las almenas se ensañase con una mujer caída que se arrastraba penosamente en plena retirada, teniendo, como tenía, más de un centenar de guardias franceses y unos cuantos más de cientos de individuos armados que descargaban sus fusiles y cañones contra él, pero nada la libraba de una bala perdida.

—¡Hay que sacarla de allí! —reproché a Criseau, pareciéndome injustificable que no lo hubiesen hecho ya.

—Hasta ahora no he podido —se defendió de inmediato—. El vizconde se hubiese escapado.

—Es cierto. —Sonrió éste.

—¿Y usted? —lo ataqué—. Creía que esa mujer era algo para usted.

—Si es estúpida, yo no tengo la culpa —replicó—. No he arriesgado mi vida enfrentándome a usted por mi libertad; así que imagine lo dispuesto que estoy a hacerlo por reparar las locuras de una jovencita idealista.

—En verdad es usted un cobarde —lo desprecié.

—No. Si algún día he de recurrir a mi valor, comprobará que no me falta. Pero no

lo desperdicio ni permito que destroce mi vida.

No me entretuve en discutir más. Saltrais no pensaba mover un dedo por salvar a su querida, a la joven entusiasta que le había escrito aquella entregada carta de amor que yo interceptara. Salir de nuestra segura posición para entrar en el campo de tiro requería no poca decisión. Pero estaba en deuda con Marionne Miraneau, y aquélla era su hermana. Estaba obligado a ayudarla. Me lancé evitando pensar, y corrí agachado, como antes hiciera Criseau, hacia ella, temiendo a cada segundo que una bala me impactara en el cuerpo. Cuando llegué a su lado, me acuclillé, y sin mediar palabra, mientras oía los disparos silbar a mi alrededor y me estremecía el estruendo de un nuevo cañonazo, pasé un brazo bajo sus hombros y otro bajo sus rodillas, y levantándola así, sin encontrar resistencia alguna por su parte, ni siquiera mera protesta, la llevé lo más veloz que pude, trastabillando a causa de su peso y del estorbo de su cuerpo, hasta nuestro cobijo. La dejé en el suelo, jadeante por el esfuerzo y la angustia vivida, y desvié la vista hacia el hombre que habíamos abandonado.

—¿Está muerto? —le pregunté con sentido práctico. Estaba vuelto de bruces al suelo.

Edith no me escuchaba. Se había dejado caer, junto a la pared, pues una pierna parecía no sostenerla, pero su atención no estaba centrada en mí, a quien había tenido ocasión de reconocer durante el traslado, ni siquiera en el compañero tirado en la calzada por quien segundos antes se había arriesgado. Miraba a Saltrais, con expresión de tal perplejo éxtasis que parecía que se le hubiese aparecido Jesucristo.

—¿Estás bien? —se limitó a preguntarle éste cariñosamente, como si en algún momento le hubiese importado su bienestar.

—¿Está muerto? —le grité a ella insistente.

Edith reaccionó y me miró.

—No lo sé —respondió al fin—. Tiene una bala en el vientre. Es Didier Durnais.

Didier Durnais, el primo de Bramont. Maldita sea; también tendría que ir a por él. Suspiré armándome de determinación y de resignación, y salí de nuevo a la intemperie del fuego de mosquetería, tirándome al suelo junto a Durnais, pegándome contra su cuerpo y cubriéndome la cabeza con las manos, como si esta triste medida pudiese protegerme de algo. Sin embargo, en cuanto la inmovilidad me lo permitió, noté algo raro y elevé la cabeza.

Los asaltantes seguían disparando sin percatarse del cambio, pero yo ya no oía las balas caer a mi alrededor, y al pasear la vista por las almenas, vislumbré en una torre a dos soldados dando vueltas con una bandera blanca y tocando un tambor. Me quedé mirándolos unos segundos, absorto. La Bastilla se rendía; apenas lo podía creer.

Volví la atención hacia Durnais. Le busqué el pulso en la yugular. Estaba caliente y palpitaba débilmente. Vivía. A él debería llevarlo cargado al hombro, pues su peso

debía de ser considerablemente superior al de Edith. No obstante, antes de exponerlo a este brusco movimiento, que dependiendo de cuál fuera su herida podía perjudicarle, esperé acontecimientos. Si todo había terminado, quizá se le pudiera trasportar debidamente en una camilla o incluso propiciar que lo examinara un médico y le practicara el vendaje o la cura de urgencia que fuera precisa antes de moverlo.

Tras hacer este razonamiento y comprobar, por la inexistencia de rastros en el suelo, que no sangraba demasiado, me levanté, aprovechando la tregua concedida desde las torres, y me adentré en el primer patio exterior de la fortaleza, el patio del Pasaje. Allí, un número considerable de ciudadanos y guardias franceses estaban apostados, armados de muy diversa forma, y continuaban disparando contra las murallas. Conseguí aproximarme hasta los puentes levadizos caídos que permitían acceder al segundo patio exterior, el llamado del Gobierno que precedía a la entrada a la fortaleza, y vi dispuestos en dicho patio, apuntando contra la puerta de la Bastilla, dos cañones. La carreta incendiada que había mencionado Criseau había sido retirada, y era evidente que la puerta de la fortaleza no podría resistir la embestida de estos dos cañones, lo que permitiría la entrada tumultuosa de los numerosos asaltantes.

Cuando éstos se dieron cuenta por fin de que ya no se disparaba desde la prisión, empezaron a exigir a gritos que se bajaran los puentes para permitir la entrada. Siguió un breve intercambio de comunicaciones con el interior de la Bastilla, donde un oficial solicitó que se les permitiera salir con honores de guerra, lo que le fue negado, y el gobernador De Launay hizo llegar una nota en la que informaba de la tenencia de pólvora y amenazaba con hacer estallar la guarnición y todo el barrio si no se aceptaba la capitulación. Pero la exaltación que dominaba a aquellas gentes tras horas de peligroso combate y de haber visto caer muertos o heridos a sus compañeros no los hacía proclives a hacer concesiones de ningún tipo, y estaban dispuestos a disparar los cañones cuando, de pronto, cayeron los puentes levadizos y la entrada quedó expedita. Me aparté a un lado mientras la multitud se precipitaba con griterío hacia el interior, e intenté salir arrimado a las paredes a fin de sortear en lo posible aquella imparable avalancha de gente.

Cuando franqueé la entrada del primer patio y salí a la calle Saint-Antoine, donde aún reinaba la desorganización, hasta el extremo de que algunos todavía no habían abandonado sus posiciones ni bajado sus fusiles, me percaté de que estaba agotado. El cansancio provocado por el viaje y la tensión cayó sobre mí de golpe. Llegué hasta Criseau casi arrastrando los pies, y contemplé con aletargamiento a Edith Miraneau, que rodeaba con sus brazos el cuello de Saltrais, sentado en el suelo a su lado, a quien regalaba, de vez en cuando, apasionados besos en cualquier parte que éste, que no se los devolvía y se limitaba a tolerarlos, le dejara. Entre beso y achuchón, Edith contemplaba con alborozo a los asaltantes triunfantes en las almenas de la Bastilla.

Saltrais, aunque más comedido, mostraba en el fondo la misma alegría.

—Dios mío —exclamó Edith extasiada, sin apartar su vista de las torres—. Ya es nuestra. Y ya tenemos fusiles, cartuchos y pólvora. Es una auténtica victoria.

Yo, tras conocer la inutilidad del ejército, sabía que la victoria era completa. Ninguna acción podría emprender el rey contra la Asamblea Nacional ni contra París, hicieran lo que hiciesen. Ni siquiera aunque hubiesen asaltado el cuartel de los Inválidos y la prisión de la Bastilla haciéndose con todo el armamento; ni siquiera aunque promulgaran una nueva Constitución que estableciera la división de poderes; ni siquiera aunque le obligaran a abdicar; ni siquiera aunque decidieran encerrarlo en una prisión y decapitarlo. Si no podía contar con la lealtad de las tropas, había quedado completamente desprotegido a merced de una población desesperada. La única cuestión era ya saber cuánto tardarían unos y otros en adquirir conciencia del inesperado vuelco del poder, y el uso que sus nuevos titulares harían de él.

Sin embargo, por ahora mi inmediato objetivo era alejarme de allí con premura. Sabía que a los triunfos costosos y sangrientos como éste les solían seguir los desmanes y la saña de los triunfadores, y prefería evitar presenciar el trato que iban a recibir los vencidos de una muchedumbre enfurecida. Pensé en el gobernador De Launay, a quien conocía personalmente, y dirigí una rápida mirada a la prisión donde bullían en efervescencia los asaltantes en cuyas manos se encontraba, con el convencimiento de que hoy sería el último día de su vida y aquéllos, probablemente, sus últimos momentos, si es que aún vivía.

Volví a Edith. No estaba herida. Se había torcido un tobillo al intentar cargar con Durnais.

—Se ha portado como un valiente —dijo lacónicamente acordándose de pronto de él, mientras le dirigía una mirada compasiva desde la distancia—. No merece morir.

—Puede que no lo haga si lo ayudáis —repliqué—. Puedes encargarte de ello con ayuda de Criseau. Usted y yo, vizconde —añadí dirigiéndome a éste—, no hemos terminado nuestro camino. Póngase en marcha. Vamos al Châtelet.

—¿Por qué no a la Bastilla? —bromeó con desgana—. Ahora está abierta. Creo que podríamos entrar sin cortapisas.

—En marcha —repetí la orden.

—Se equivoca —cortó Edith—. El vizconde no va a ninguna parte.

Edith, sentada en el suelo, me estaba apuntando con su fusil, directo a mi cuello, y no dudé de que estuviera cargado. Dejé de respirar de la estupefacción. Todo lo que me estaba ocurriendo aquel día parecía irreal. Acababa de arriesgar mi vida por ella, y en gratitud me amenazaba para salvar a quien no había ni siquiera pestañeado al saberla en peligro. No podía aceptar perder a mi prisionero en el último momento, justo a punto de llegar ya a la meta. Tenía que ser una pesadilla.

—Vaya —recriminé agrio—. De nada.

—Ya ve, Courtain. —Rió satisfecho Saltrais, a carcajada limpia—. Usted la ha rescatado, pero me ama a mí. La prueba de que el amor es ciego. Por eso yo no cometo la torpeza de enamorarme.

Esta jactancia desconcentró a Edith, que lo miró molesta. Ese segundo me bastó. Le arrebaté el arma de un manotazo. El cansancio había desaparecido. Los apunté a ambos y juro que en esos momentos estaba dispuesto a disparar a la menor tontería. Criseau, que había sido sorprendido por la acción de la chica, apuntó a su vez con su arma a la pareja, intentando compensar su descuido. Edith me miraba con ojos inundados de rabia, a punto de saltársele las lágrimas. Saltrais, por el contrario, mostraba la serenidad de siempre. Era obvio que aquél no era su plan; la acción de la muchacha había sido espontánea e inesperada. Debía de tener otro.

—¡Vamos, en pie! —grité.

—Se están llevando a Durnais —comentó Saltrais con parsimonia—. Dos hombres lo han cogido por brazos y piernas y se lo están llevando.

—Mejor para él —contesté—. Está visto que de nosotros no puede esperar mucha ayuda.

La escena estaba a mis espaldas y no quise cometer el error de Edith, de forma que no aparté la vista de ellos. Finalmente Saltrais obedeció y montó a caballo con desgana. Criseau maniató a Edith, a la que no me podía permitir dejar suelta, ni siquiera desarmada. No sólo podía armarse nuevamente con facilidad, sino que además podía pedir ayuda para socorrerlo.

Nos pusimos en marcha, en la que no bajé la guardia, convencido como estaba de que Saltrais tenía alguna carta escondida en la manga. Pero el trayecto hasta el Châtelet transcurrió sin incidentes, y aquella noche conseguí por fin, tras las correspondientes explicaciones y trámites burocráticos, encerrar al vizconde en prisión, acusado de haber organizado la fuga de La Motte y de ser el máximo responsable de su ejecución.

—Marqués —dijo Saltrais, que había mantenido una imperturbable calma hasta el último segundo, antes de que la pesada puerta de su calabozo se cerrara frente a él—, recuerde su palabra: cuando salga de aquí, ya no seré asunto suyo.

—No saldrá de aquí —negué, irritado por su serena confianza—. Esta prisión es de alta seguridad, y en lo que a usted respecta, especialmente reforzada, pues he dado instrucciones en ese sentido. Permanecerá aquí mucho tiempo, así que póngase cómodo.

—Yo me pondré cómodo —replicó con una sonrisa amable—, pero, por su parte, recuerde su palabra: en cuanto esa puerta se cierre, habré dejado de ser de su incumbencia.

Lo dejé por imposible y la cerré yo mismo, casi con rabia. Ésta aún me carcomía

cuando salí poco después del edificio.

Había cumplido mi misión y mi compromiso, pero en lugar de experimentar la satisfacción y alivio que siempre había supuesto que disfrutaría cuando llegase esta feliz ocasión, me sentía frustrado y amargado. Quizá los traumáticos momentos vividos aquel día contribuían a ello, quizá la sensación de desasosiego e inseguridad causada por el indiscutible triunfo de la Revolución, quizá el temor a los desmanes que seguirían, quizá la convicción de que Saltrais se había burlado de mí…; no sé, quizá era todo junto lo que me tenía tan abatido.

Llovía. La lluvia caía por fin como si el cielo quisiera descargarse también de la tensión acumulada durante aquella jornada. Atravesé París por unas calles que el aguacero había desalojado. Me pesaba el ánimo mientras acompañaba a la maltrecha y taciturna Edith a su casa, recorriendo una ciudad en la que la alegría por la victoria se mezclaba con el miedo a la reacción del Ejército, que aún era esperada por la generalidad de la población. Viendo sus semblantes a través de las puertas y ventanas de los muros de las viviendas y locales donde se habían cobijado, en los que se alternaba la sonrisa del entusiasmo con el rictus sombrío del temor, y sus manos, en las que con una sostenían vasos de vino de celebración y con la otra fusiles cargados, sentí una terrible aprensión, tan acongojante o más que la que pudieran sentir ellos.

Capítulo XXXI

André Courtain

Cuando aquella noche volví a casa, encontré a Lucile acostada, mas no dormida. Se sobresaltó al percibir que traspasaba el umbral de la puerta de su dormitorio, sumido en una silenciosa penumbra, pero en cuanto me reconoció exhaló un grito ahogado de sorpresa y alegría y levantándose de un salto se lanzó a mis brazos. La abracé yo a mi vez, notando su fino y delgado cuerpo bajo la suavidad de su camisón de raso blanco. Después de haber tragado el polvo del camino, el vapor del sudor de los caballos, el humo de la pólvora de los mosquetones, los hedores del Châtelet, abrazar ese cuerpo de seda y hundirse en el delicado aroma de Lucile era entrar en el Paraíso.

—Gracias a Dios —suspiró con profundo alivio, casi rayano en el llanto—, por fin estás aquí.

A los pocos segundos de estar en contacto con ella, mis abrazos y besos se tornaron tan apasionados que tuvo que detenerme suavemente. Ella prefería, primero, hablar.

—Estás mojado —me regañó risueña.

—Sí. Llueve. ¿Y el niño?

—Durmiendo.

Me señaló con un gesto de cabeza la cuna, que estaba junto a su cama. Me acerqué a contemplarlo. Al verlo tan tierno, tan indefenso, la garra de la aprensión, que el reencuentro con Lucile había debilitado, volvió a rasgarme.

—¿Lo conseguiste? —quiso saber—. ¿Detuviste al vizconde?

Le expliqué brevemente mi aventura y su resultado. Lucile, sentada en mis rodillas, me escuchó afectuosa. Después me participó las congojas que la habían atormentado los últimos días, la peor de las cuales había sido el temor de que no pudiéramos reencontrarnos. Estaba tan dichosa de que estuviéramos por fin juntos, que ahora ya sus muestras de cariño acabaron con ambos en la cama.

Más tarde, tumbados sobre el lecho, intenté tranquilizarla en lo que se refería a un posible ataque del ejército, pero cuando le participé lo que sabía al respecto, se angustió aún más: si el rey no podía contar con las tropas, me dijo, estábamos en grave peligro. Basaba su alarma en los ataques que había sufrido en la madrugada del lunes pasado, cuando un grupo de individuos violentos había arrojado piedras contra las ventanas de la planta baja, acusándola de aristócrata y de amiga de la reina; y en el horror provocado por la desafortunada visión de las cabezas decapitadas del gobernador De Launay y del preboste Flesselles, que los vencedores de la Bastilla

habían enarbolado clavadas en dos picas, y que en su exhibición por las calles de la ciudad habían paseado por debajo de su ventana. Quedé impresionado al conocer el final de estos dos hombres. Ambos habían sido asesinados en plena calle, inmediatamente después de la toma de la Bastilla: De Launay antes de llegar al Hôtel de Ville, adonde lo conducía la masa enardecida de los vencedores; Flesselles, apenas atravesada la plaza de la Grève, después de salir del Ayuntamiento, de donde la muchedumbre lo había arrancado para llevarlo al Palais Royal, donde pretendía juzgarlo por traición. Tenía el convencimiento de que, con mayor o menor acierto, ambos habían creído actuar en el cumplimiento de su deber.

—No sólo los han asesinado a ellos —aclaró Lucile—, también a otros seis defensores de la Bastilla. Y con nosotros harán lo mismo. Hemos de salir de París, André. De Francia incluso. La baronesa de Ostry reitera constantemente su invitación de acogernos en Londres. Vayámonos —apremió—. Vayámonos. Antes de que sea demasiado tarde.

—Bueno —contemporicé, sin sentir la acuciante alarma que la sacudía a ella—, acabo de llegar. Mañana ya veremos.

Al día siguiente dormí hasta tarde y pasamos el resto de la jornada en casa.

Nuestro retiro no impidió que nos llegaran las noticias de los acontecimientos del día, tranquilizadores para la población. El rey había capitulado: los regimientos acampados en el Campo de Marte se habían retirado hacia Sèvres ya la noche anterior, y aquella mañana Luis había comparecido ante la Asamblea Nacional, después de trasladarse a pie desde el Palacio de Versalles al de Menus-Plaisirs, sin cortejo ni pompa de clase alguna, para anunciar que retiraba todas las tropas, negar que nunca hubiese tenido intención alguna de actuar contra la Asamblea Nacional ni atacar a la población de París, y para pedir a los diputados que hicieran lo posible por restablecer el orden en la capital. El rey pedía a la Asamblea Nacional que restableciera el orden. Los diputados, llenos de alborozo, habían nombrado una numerosa delegación que había comparecido en el Hôtel de Ville para dar cuenta a la ciudadanía de la retirada de las tropas y, por tanto, de su completa y aplastante victoria.

La noticia me dejó postrado durante unos minutos en la meditación. Que el rey había perdido su poder lo supe en cuanto tuve conocimiento de que no podía apoyarse en el Ejército, y así lo demostraba el hecho de que hubiese sido él quien compareciera ante la Asamblea Nacional en lugar de ser ésta la que enviara una diputación al rey, como había acontecido hasta entonces, salvo en las solemnes sesiones reales o *lits de justic*.. Pero tampoco había sido el Hôtel de Ville el que había enviado una diputación a la Asamblea Nacional para conocer las decisiones del rey, sino que era ésta la que, en gran y abundante procesión, compareció ante el Hôtel de Ville, que, a su vez, rindió cuentas a la ciudadanía. El poder efectivo, real, estaba

ahora en el otro extremo de la pirámide, en su base. No lo tenía el rey, pero tampoco la Asamblea Nacional, y personajes de cierto calibre y en cuyo buen sentido se podía confiar, como el marqués de La Fayette, a quien acababan de nombrar por aclamación en el Hôtel de Ville comandante general de la Milicia Burguesa, o el señor Bailly, el recién elegido alcalde de la ciudad, deberían obedecer la voz del verdadero mando, que residía ahora en la población de París; o serían barridos por ésta.

Tal era el vuelco que la situación había dado, y comprendí que Lucile tenía razón: debíamos huir de París.

Al día siguiente, 16 de julio, Lucile y yo nos trasladamos a Versalles. La intención de ella era visitar a algunos amigos comunes para enterarse de la situación y saber si nuestra alarma estaba justificada antes de tomar una decisión tan radical y traumática como la del exilio. La mía era la de rendir visita al secretario de la reina para informarle de la culminación de mi trabajo y para hacerle entrega de aquel pesado y voluminoso expediente, que ocupaba a la sazón un cofre de cuero reforzado, y darle la espalda para siempre.

Nos separamos ante el Palacio de Versalles, y yo me dirigí, seguido por los dos sirvientes que cargaban con la recopilación de mis más de dos años de trabajo y sufrimiento, hacia el cuerpo del edificio donde se encontraba el despacho del secretario de la reina.

Subí escaleras y atravesé pasillos y antesalas vacías, en los que me impactaron el silencio y el abandono que reinaban allí donde antes se afanaba un hormiguero de peticionarios, burócratas y empleados. Más me extrañó aún encontrar el despacho del secretario abierto de par en par, sin ujier que custodiara la puerta ni nadie que interceptara el paso. Me aproximé lentamente al umbral, moviéndome con parsimonia para amoldarme al deprimido ambiente, creyendo que no estaría, pero lo vi detenido frente a la ventana, inmóvil como una estatua, con la vista perdida más allá de los cristales, y con su mesa escritorio tras él completamente impoluta.

Carraspeé. Se volvió hacia mí.

—Ah —exclamó con desgana—, es usted.

—Sí —dije, avanzando hacia él—. Le traigo el informe de la detención del vizconde de Saltrais, actualmente encerrado en el Châtelet, así como el expediente con todas las pruebas que acusan a los cuatro ejecutores: confesiones, testimonios, correspondencia y un borrador de las Memorias de La Motte. En cuanto a los implicados: Fillard fue muerto por mi mano, el vizconde de Saltrais está detenido y preso, Didier Durnais denunciado y gravemente herido, y el conde de Mounard enfermo e igualmente denunciado. Considero que he cumplido con mi misión.

—Sí —asintió el secretario cansinamente—. Supongo que no es culpa suya que

ya no le importe a nadie.

—Me importa a mí. Cumplí mi palabra, a pesar de ciertas desafortunadas intromisiones —no pude reprimirme—, y quiero dejar constancia de ello.

—No quiere dejar constancia de ello —se volvió—, quiere frotármelo por la cara. ¿Cree que su éxito supone alguna victoria sobre mí? Yo no he perseguido otra cosa en este asunto que precisamente el que concluyera su misión. Es más, le recuerdo que fui yo quien lo impulsó a continuar cuando quiso abandonar. Por otra parte, ha descubierto a los autores materiales, pero no ha descubierto a los políticos. Nada de lo que ha averiguado y puede probar sirve al fin para el que se le encargó la investigación: para el descargo de la reina ante la opinión pública por las falsas acusaciones vertidas sobre ella. Pero lo cierto es que ahora ya no importa. Nada puede ya rehabilitarla.

No respondí. No buscaba una discusión. Hice una señal a mis criados para que dejaran el expediente encima de la mesa del secretario.

—¿Se puede saber qué hace? —me interrumpió.

—Entregarle el expediente. He terminado la instrucción, ya no es de mi competencia.

—Tampoco de la mía, marqués —respondió brusco—. Entréguesela a quien corresponda.

Quedé aturdido unos instantes.

—Ahora compete a la justicia de los Tribunales —aclaró el secretario, viendo mi confusión—. Entréguelo en el Châtelet, o en el Parlamento. Desde luego, yo nada tengo que hacer con él.

Cerré los ojos con pesadez. ¿Cuándo podría desprenderme de aquel fardo?

Me volví, dispuesto a salir tan cargado como había entrado.

—Marqués —me interrumpió, suavizando de pronto su tono—, ¿cuáles son sus inclinaciones políticas?

—Pues… —balbuceé, ante una pregunta tan inesperada.

—¿Se considera aristócrata o patriota?

—Supongo —articulé dudoso— que ninguna de ambas cosas.

—Sí, eso creo yo también. Los caracteres como el suyo suelen decidir sus apegos por empatía personal, mucho más que por ideas abstractas. De ser así, me atrevo a suponer que Sus Majestades aún pueden contar con su lealtad.

—Por supuesto —no dudé en contestar.

Se aproximó a mí, me tendió la mano y me dijo:

—Así se lo transmitiré. Se alegrarán de saberlo. Buena suerte, marqués.

—Gracias —respondí desconcertado, estrechándosela—. Igualmente.

—El rey ha tenido una reunión esta mañana para comentar la situación y estudiar las

alternativas —me informó Lucile cuando nos reunimos de nuevo—. El mariscal de Broglie ha reconocido que no puede contar con las tropas. Ni siquiera se siente capaz de custodiara la familia real sana y salva hasta Metz. Se van todos, André, todos. Es una desbandada. El conde de Artois se irá esta noche, también el duque y la duquesa de Polignac, los ministros nombrados recientemente y que tanto odia la opinión pública, el propio mariscal Broglie, el duque de Angoulême, el duque de Berry, sus hijos, el príncipe de Condé, el duque de Bourbon y el duque de Enghien, el príncipe de Conti, el mariscal de Castries…

—¿Todos?

—Todos.

—¿Y Luis y María Antonieta?

—Se quedan. Solos. No puedes imaginarte el ambiente que se respira ahí dentro. Da escalofríos. Es el ambiente propio de un fin de régimen.

Recorrimos el viaje de regreso a París en silencio, ambos abstraídos en nuestros pensamientos. La inseguridad del presente y la incertidumbre del futuro estaban empezando a corroernos.

—Nos iremos esta noche —le propuse a Lucile cuando entramos en la ciudad, observando los restos derruidos y quemados de la barrera incendiada—. Puede que mañana ya no sea posible.

Ella asintió.

—Quiero despedirme de Bramont —le anuncié—. No tardaré.

Dejé a Lucile en la casa y yo continué trayecto hasta su residencia. No quería exiliarme al extranjero, probablemente por mucho tiempo, sin participarle mi partida. Ni siquiera había tenido ocasión de verlo desde que estaba en libertad.

El mayordomo me dejó en una antesala esperando a ser anunciado, pero fue el propio Bramont quien, al cabo, apareció por su puerta exhibiendo una sonrisa abierta de franca alegría:

—¡Courtain! —exclamó, avanzando hacia mí con la mano extendida.

Tendí la mía a mi vez y me la estrechó con calor.

—¡Cuánto me alegro de verlo! —manifestó—. No sabía que hubiese vuelto. Fui a visitarlo en cuanto salí de la Bastilla, pero no tuvo la decencia de esperarme. Quería agradecerle mi puesta en libertad. Como no pude entonces, lo hago ahora. Gracias.

—No me agradezca nada —repuse, complacido—. Por mi culpa se perdió salir aupado en hombros como un héroe nacional. Es lo que han hecho los vencedores de la Bastilla con los pocos presos que quedaban en su interior.

Bramont negó con la cabeza.

—Para mí es tanto o más importante el que se hayan retirado oficialmente todos los cargos que había en mi contra.

—Ahora que lo menciona… —se me ocurrió—, quizá pueda ayudarme…

—¿Sobre qué?

—Detuve a Saltrais —proclamé—. He concluido mi instrucción. Y ahora no sé qué hacer con el expediente. Quise entregárselo al secretario de la reina, pero no ha querido hacerse cargo de él. Y, sinceramente, tampoco tengo tiempo de hacer demasiadas gestiones o averiguaciones. Marcho esta misma noche de París.

Me observó grave. Entendía a qué tipo de viaje me refería.

—¿Se van?

—Sí —confirmé pesaroso—. De momento a Londres, luego ya veremos. Tanto Lucile como yo somos amigos de la reina, y se sabe. Y he de pensar en el niño. Todos se van, Bramont. Quizá usted, en su calidad de diputado de los comunes, esté algo más seguro, pero…

—Pero mi padre no —reflexionó en voz alta.

—¿Cómo?

—Mi padre era amigo del ministro Barentin. Lanzaron antorchas encendidas contra sus ventanas en la madrugada del lunes, y ayer apedrearon su coche en la calle. Quisiera que se marchara también, pero se niega. No hay forma de convencerlo.

—Si se fuera usted —sugerí—, se iría él.

Clavó la mirada en mí, y luego la desvió, meditabundo. Esperé en silencio.

—¿Cuándo se van? —preguntó al cabo de unos momentos, incisivo.

—Esta misma madrugada. Mañana pudiera ser tarde.

—¿Podríamos viajar juntos?

—¡Por supuesto! —me animé.

Bramont exhaló un suspiro reflexivo, y a continuación dijo:

—Podríamos encontrarnos dentro de cuatro horas a la salida de París, pasada la Puerta de Saint-Martin.

—Sí —afirmé sin disimular mi contento—, podríamos.

Bramont seguía circunspecto. Lo noté inquieto, y me lo confirmó la mirada esquiva que me dirigió.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

Resopló con un amago de sonrisa incómoda.

—Ahora que ya estamos en paz… —inició titubeante—, ¿puedo seguir contando contigo? —Me tuteaba por vez primera—. Quizá tenga que pedirte un favor más adelante. Un favor importante. Un favor de amigo.

—Con ese preámbulo —sonreí, marcando un leve gesto de aceptación—, ya quedo obligado.

Bramont asintió con la cabeza en muestra de reconocimiento.

—En cuanto al expediente —añadió—, dámelo a mí. He sido magistrado del Parlamento y sé qué trámite hay que darle. Daré las instrucciones precisas.

Confieso que recibí el ofrecimiento con sorpresa, alivio, y también con una sombra de desconfianza. Su primo, Didier Durnais, estaba postrado en cama con el intestino delgado perforado por una bala de mosquetón, luchando, febril, contra la infección; su estado era muy grave y se temía seriamente por su vida. Si moría, no dudaba de que Bramont daría trámite al expediente. Pero si sobrevivía…, su primo era uno de los principales acusados. ¿Qué haría entonces?

—Bien —contesté—, pero si te traspaso el expediente, quedará bajo tu responsabilidad y tu conciencia.

Sostuvimos la mirada. En un primer instante él mostró extrañeza y contrariedad, pues mi respuesta estaba más en la línea de la exigencia que en la del agradecimiento; pero acabó proyectando una expresión de entendimiento.

—De acuerdo —aceptó—. Lo asumo bajo mi exclusiva responsabilidad, y juro que actuaré respecto de él conforme a mi conciencia.

Reí para mis adentros. Actuaría conforme a su conciencia…; ahora estaba seguro de que mis sospechas eran acertadas. Pero ¿qué más me daba? Y, sobre todo, ¿qué alternativas tenía? Si lo entregaba en la sede de un Tribunal de Justicia, ¿tenía la seguridad de que correría mejor suerte, después de cuanto había ocurrido y estaba ocurriendo? Después de todo, si tenía que fiarme de una conciencia, prefería hacerlo de la de Bramont.

—Estupendo —concluí—, pues es tuyo.

Bramont me acompañó hasta mi berlina. Sus criados descargaron el cofre que contenía el expediente. Lo seguí con la mirada mientras observaba cómo los dos hombres lo transportaban al interior de la residencia, sujetándolo por sus asas, uno a cada lado. Me despedí mudamente de él, con profundo alivio.

—Quedamos dentro de cuatro horas —me recordó Bramont al despedirse—, en la primera parada de posta más allá de la Puerta de Saint-Martin.

En aquel lapso de tiempo Lucile había preparado el equipaje de los tres: una única bolsa de piel que podíamos transportar oculta en el bajo del asiento. Yo iba a viajar en el pescante, desempeñando la función de cochero; Lucile y el niño lo harían en el interior, solos, sin ninguna persona de servicio. El carruaje elegido no era el nuestro, sino el que solía utilizar el mayordomo, con un solo caballo de tiro. Esta medida nos restaría velocidad, pero era esencial no parecer una familia de aristócratas en plena huida, o podíamos tener serios problemas.

Salimos de madrugada, amparados por las sombras vespertinas y aprovechando el sueño de los parisinos, que por primera vez después de tres angustiosos días podían conciliar con tranquilidad. El orden reinaba en las calles, por obra y gracia de las patrullas de la Guardia Burguesa que las recorrían. Nos topamos de frente con una de ellas en la calle Saint-Antoine. Era un grupo de hombres, identificados con la

escarapela roja y azul, precedidos por antorchas llameantes que portaban dos de ellos. Nos dieron el alto. Me detuve. Yo llevaba una pistola cargada oculta al cinto; otra y la munición, en el suelo del pescante, tras su pantalla frontal, a mis pies. Pero ellos eran muchos más, y también estaban armados. Quien parecía dirigir la patrulla se acercó a la ventanilla y miró al interior.

—¿Qué haces a estas horas por la calle, ciudadana? —preguntó a Lucile.

—Mi hijo ha estado vomitando. Lo llevo al médico.

El pequeño Gérard fue oportuno y en ese momento se despertó y rompió a llorar. Tenía un buen vozarrón, y su llanto era estridente y exasperante.

—Está bien —gritó el hombre, para hacerse oír—. Pero vuelve a tu casa cuanto antes.

Reanudé la marcha con calma, y llegamos así hasta la Puerta de Saint-Martin. La franqueamos sin ningún percance, y continué hasta la primera parada de posta. Detuve el vehículo, pero ni Lucile ni yo nos movimos de nuestras posiciones. Los minutos transcurrían con desesperante lentitud en la soledad y oscuridad de la noche, y la espera se hizo inquietante y larga. Pero por fin apareció el coche de Bramont, surgiendo de la bruma. Él llevaba las riendas, como hacía yo, y se detuvo en medio de una nube de polvo, mas sólo para saludarme con un mudo gesto de cabeza desde el pescante y reemprender la marcha.

Hicimos el viaje sin apenas detenernos, tanto por la urgencia de abandonar cuando antes suelo francés, como por la conveniencia de dejarnos ver lo menos posible en lugares públicos. Llegamos a Calais al día siguiente, tras un viaje agotador, especialmente para Bramont y para mí, que no soltamos las riendas durante todo el trayecto.

Frente a la puerta de la posada, los viajeros descendieron por fin de los vehículos. Nos saludamos todos con brevedad, con aire alicaído y cansino. Fue entonces cuando pude comprobar que Marionne no había venido.

—Se reunirá conmigo dentro de un par de días —explicó superficialmente Bramont mientras descargaba el baúl de viaje de sus padres—. Tenía cosas que ultimar antes de marchar.

Me extrañó, pero estaba tan rendido que no hice comentario alguno. Entramos en el albergue, pedimos alojamiento y comimos algo. Después Bramont y yo salimos en busca de un barco con el que atravesar el canal y compramos pasajes en uno que zarpaba al día siguiente a primera hora.

La mañana nos sorprendió a todos algo más descansados, aunque no más alegres. Habíamos sorteado los peligros de la salida de París, pero estábamos a punto de abandonar nuestros hogares y nuestro país. El sentimiento de pérdida y desarraigo planeaba agriamente sobre nosotros. Lucile, además, sufría por el alejamiento de sus otros dos hijos, y apenas le había aliviado el mensaje urgente que había enviado a su

esposo la víspera informándole de los recientes acontecimientos e instándole a que se trasladara también a Londres o a que, como mínimo, enviara allí a los niños. Hasta que no le prometí que iríamos personalmente a por ellos si el duque no entraba en razón, no se tranquilizó un tanto.

Llegada la hora, nos trasladamos hasta el puerto y subimos a bordo. Era agradable el olor a salitre, los sedantes colores del amanecer, el marino graznido de las gaviotas, la brillante extensión del mar; pero, en cierta forma, cargado de melancolía también. Permanecimos todos en cubierta durante un rato, pero cuando el viento empezó a molestar, los padres de Bramont y Lucile con el niño descendieron a los camarotes. Iba yo a hacer otro tanto cuando Bramont me detuvo con un ademán.

—Quedémonos un rato —me invitó.

Apoyó los codos en la barandilla de babor, la que ofrecía vistas sobre el puerto. Me coloqué a su lado y adopté la misma postura.

—Ha llegado el momento de pedirte aquel favor que te anuncié antes de partir —dijo.

—Tú dirás.

—Yo regreso a París.

Nada dije, ni siquiera lo miré. Lo había temido. Era inconcebible que hubiese dejado a Marionne sola en la capital. Pero lo lamenté. Lo lamenté mucho más de lo que me atreví a demostrar.

—No puedo abandonar mi puesto en la Asamblea Nacional —se justificó.

Seguí sin pronunciar palabra.

—He venido para arrastrar hasta aquí a mis padres —me explicó—. No tendrían que descubrir que he desembarcado hasta que no puedan volver atrás. Y una vez en Dover, es preciso que continúen hacia Londres. He de pedirte que consigas todo eso y que cuides de ellos hasta que estén bien instalados.

—Bien —contesté.

—¿Lo harás?

—Sí, por supuesto. Queda tranquilo. Ataré a tu padre si es preciso, pero no los dejaré volver.

—Gracias —dijo sentida y escuetamente.

Aún estaban cargando mercancías en la embarcación. Teníamos algunos minutos.

—Le pedí a Marionne… —suspiró y se interrumpió—. Intenté que Marionne se fuera con mis padres. Me hubiese sentido mucho más tranquilo sabiéndola a ella también a salvo, pero… —dejó morir la frase, negando con la cabeza.

—Pero no te ha querido abandonar —concluí.

Bramont esbozó una semisonrisa de reconocimiento, una sonrisa emotiva e íntima.

—Pues no se lo perdono —remugué—. Si hubiera venido, tú no hubieses tardado

ni tres días en seguirla.

Bramont replicó ahora con una tenue risa franca, de feliz rendición. Después permanecimos unos cuantos minutos en silencio, con la vista perdida en la actividad de un muelle que en realidad no mirábamos. Yo estaba en verdad afectado. La compañía de Bramont había paliado, en parte, el desgarro del exilio. Haber contado con su amistad en tierra extranjera hubiese tornado ésta menos extranjera. Pero él se volvía y yo me iba; y me sentí, por vez primera, un emigrado, y empecé a experimentar una opresión en el estómago.

Bramont volvió de su particular evocación y reparó en mi sombrío estado de ánimo.

—Bueno, no te lo tomes tan a pecho —me alentó—. Podrás sobrevivir sin mí.

—No estoy tan seguro —chanceé alicaído—: Voy a cortarme las venas.

—Entonces te daré una noticia que te hará reír.

—La verdad —dije—, no creo que haya nada que me pueda hacer reír en estos momentos.

—Ésta seguro que sí —dijo—: el vizconde de Saltrais ha quedado en libertad.

Me enderecé como si me hubiesen golpeado en los riñones con un garrote. Bramont contempló mi expresión de sorpresa e indignación y soltó una carcajada.

—¿Ves? —exclamó—. Sabía que te animaría.

—¡No es posible!

—Ya lo creo que es posible. Nos encontramos en la Asamblea Nacional. Me ha informado de todo él mismo.

—Pero… ¿cómo? ¿Ha conseguido escapar?

—No. Algo mucho más sencillo. Supongo que recordarás que el 23 de junio la Asamblea Nacional decretó la inviolabilidad de sus diputados…

No. No sabía nada de eso. Perdí la voz.

—Hizo llegar una carta al presidente de la Asamblea Nacional apelando a la inviolabilidad de su condición de diputado para solicitar su inmediata puesta en libertad, y éste, que no tenía ningún interés en cuestionar la eficacia o los límites de dicha prerrogativa, cursó la correspondiente orden al Châtelet, orden que su director recibió al día siguiente del asesinato del gobernador de la Bastilla, así que puedes imaginar cuánto tardó en obedecer la orden de la Asamblea.

—Y lo dejó en libertad…

—Sí.

—Sin más…

—Sin más.

—Por curiosidad, ¿cuánto tiempo estuvo encerrado?

—Creo que no llegó a veinticuatro horas.

Me levanté el sombrero para amasarme los cabellos. Recordé a la joven Edith

abrazada a él y cerré los ojos con desmoralización. Adivinaba quién había escrito la carta en nombre de Saltrais y quién le había servido de correo. Había tenido sobrado tiempo para darle sus instrucciones. Sin duda ya pensaba en esa solución cuando se entregó en Londres, y la aparición de ella le había facilitado extraordinariamente su ejecución.

—Me la pegó bien —acepté derrumbado.

—Me alegro que te lo tomes tan deportivamente —soltó Bramont dejando caer una palmada animosa en mi hombro—. En fin, tú cumpliste con tu deber.

—Sí; inútil y penoso deber.

Estaban subiendo ya las últimas cajas.

—Dime, Bramont —solicité meditabundo—, ¿era esto lo que queríais?

Me miró interrogativo, porque en un principio no me entendió. Tras observarme, pareció hacerlo y contestó:

—La Asamblea Nacional está redactando una nueva Constitución; una Constitución que establece la separación de poderes y cuyo preámbulo es una Declaración de Derechos.

—¿Eso es un sí?

—No exactamente.

El tiempo se había acabado. Retiraban la pasarela.

Me tendió la mano. Se la estreché.

—Confieso que lamento que nos separemos —se me escapó al fin.

—Y yo —replicó Bramont. Obligándose a sonreír añadió—: pero mejor dejemos de confesarnos nuestro mutuo aprecio o acabaremos echándonos a llorar.

Recordé las palabras que le había dirigido yo hacía ya mucho tiempo, cuando me enteré de que abandonaba Versalles. Lo que entonces había sido una frase sarcástica estaba ahora cargada de todo su auténtico significado. Su eco me restalló en el alma, y la emotividad provocada por el desgarro del momento ascendió efervescente, anegándome. Bramont alargó el apretón de manos unos instantes más, y pronunció, en un nuevo intento de aligerar la tensión:

—Despídeme de Lucile. —Esperó a que asintiera y añadió—: Dale un apasionado beso de mi parte.

—Será un placer —articulé con dificultad—. Y tú otro de la mía a Marionne.

—Ni lo sueñes —guiñó.

Me soltó la mano, cogió su bolsa de viaje, se la echó al hombro y descendió de la nave. Cuando pisó tierra firme, se volvió y me lanzó un saludo breve, que devolví desde cubierta.

Luego lo vi alejarse, calle abajo, hacia la convulsa París. Lo seguí con la mirada, preguntándome si alguna vez volveríamos a vernos.

y cuál sería su destino. Todavía no estaba en primera línea del odio popular, pero

cuando los que ahora la ocupábamos desapareciéramos, él y otros nobles liberales quedarían al descubierto. Quién sabe, quizá dentro de poco también él seguiría el camino del exilio…; o quizá no. O quizá yo por entonces habría emprendido ya otro. ¿Quién podía saberlo? ¿Quién puede saber lo que le deparará el mañana?

Bramont acabó por desaparecer de mi vista, arrastrando tras él mis brumosos pensamientos como estelas en la niebla. Mientras, habían retirado la pasarela, y cuando quise darme cuenta, ya habíamos zarpado.

Nota aclaratoria de la autora

Las palabras atribuidas en esta novela a personajes históricos en actos o sesiones públicas son asimismo históricas (incluida la carta de convocatoria del rey a la Asamblea de Notables), que he extraído, extractado y traducido de las fuentes documentales que se citan al final de este libro.

No creo que el lector tenga ninguna dificultad en distinguir a los personajes históricos de los de ficción, pero quisiera hacer dos aclaraciones: el lugarteniente general de Policía, Thiroux de Crosne, es un personaje histórico; el secretario de la reina es un personaje de ficción.

La conocida como condesa de La Motte se fugó de la prisión de La Force de la Salpêtrière meses después de ser condenada y se refugió en Londres, donde escribió sus Memorias. Todo esto es histórico, pero, como el lector habrá adivinado, los detalles de la fuga y la trama orquestada en torno a ésta nada tienen que ver con los narrados en esta novela.

No existe la certeza histórica de quién o quiénes fueron los organizadores de la fuga, pero las sospechas apuntan al duque de Orleans, a quien, por otra parte, se le atribuyen muchas acciones durante esa época. Trasladando esa falta de acreditación al argumento de la novela, puede entenderse la causa por la que Courtain no consigue ninguna prueba contra el duque, ni siquiera la confirmación de sus propias sospechas, en concordancia con la misma laguna histórica.

No he encontrado en las fuentes documentales consultadas rastro alguno de la posible existencia de un proceso penal que enjuiciara a los presuntos y desconocidos autores de la fuga de la condesa de La Motte. Este dato, la inexistencia de juicio al respecto, trasladado de nuevo a la historia de ficción, quizá contribuya a que el lector extraiga sus propias conclusiones sobre la suerte de Didier Durnais y sobre el trámite que Bramont dio al expediente de la investigación.

Agradecimientos

Mi más cariñoso agradecimiento a mi querida amiga Cristina Margalef por su fe inquebrantable y por las enormes dosis de moral que ha intentado inyectarme, y a mi querido tío Diego, pintor y artista, por su sincero interés en esta novela desde que era un borrador inacabado y por sus acertados consejos. Gracias también a Graciela, Montse Suriol, Francesc y Marta Muñiz, Alfonso Alcrudo, Jordi Rigola y Janet Trepat por su apoyo y ánimos. Y un entrañable recuerdo a mi abuelo Francisco, apasionado de la Revolución francesa.

También mi más sincero agradecimiento al equipo editorial de Planeta, y en especial a la editora Puri Plaza, por creer en esta obra y apoyarla. Y a Rosa M.ª Prats de la Iglesia, por su profesional opinión y amable atención.

Y muchas gracias también al lector/a, por haber dedicado su tiempo a este libro.



CRISTINA MUÑIZ (Barcelona,1965). María Cristina Martínez Muñiz es licenciada en Derecho. Becada para trabajar durante una breve estancia en un despacho de abogados francés, ha realizado desde entonces frecuentes visitas al país galo. Durante años fue responsable del departamento jurídico de una empresa española de ámbito internacional, que la llevó a desplazarse por las principales ciudades europeas. Aficionada a escribir, empezó Jaque al trono, su primera novela, hace varios años. Ahora la obra ve la luz, tras un proceso de maduración y rigurosa documentación.

Notas

[1] La carta del rey convocando a la Asamblea de Notables ha sido extractada y traducida del «Extrait du Procès-verbal de F Assemblée des Notables, tenue à Versailles en 1787» de la «Réimpression de l'Ancien Moniteur, depuis la réunion des États-Généraux jusqu'au Consulat (Mai 1789-Novembre 1799). Introduction historique, contenant un abrégé des anciens États-Généraux, des Assemblées des Notables et des principaux événements qui ont amené la Révolution.», p. 179, Paris, 1843. <<

[2] Los discursos de la sesión inaugural de la Asamblea de Notables han sido extractados y traducidos del «Extrait du Procès-verbal de l'Assemblée des Notables, tenue à Versailles en 1787», ibídem, réf. 1, pp. 180 y ss. <<

[3] Las citas de las comisiones de la Asamblea de Notables han sido extractadas y traducidas del «Extrait du Procès-verbal de l'Assemblée des Notables tenue à Versailles en 1787», ibídem, réf. 1, pp. 214 y ss. <<

[4] Las palabras del conde de Provenza instando a guardar el secreto de las deliberaciones han sido extractadas y traducidas de: Ibídem, réf. 1. (segunda sesión), p. 201. <<

[5] El discurso de Lafayette ante la comisión de la Asamblea de Notables ha sido extractado y traducido de las «Mémoires, correspondance et manuscrits du général Lafayette publiés par sa famille», segundo tomo, H. Fournier Ainé, Paris, 1837; Saunders de Otley, Londres. <<

[6] Las frases «¿qué les he hecho yo?, ¿qué quieren de mi?» son de María Antonieta citadas por Stefan Zweig en su biografía sobre la reina: María Antonieta. <<

[7] Los textos del Acta del lit de justice de 6 de agosto de 1787 han sido extractadas y traducidos del «Procès-verbal de ce qui s'est passé au lit de justice, tenu par le Roi à Versailles, le lundi 6 août 1787», ibídem, réf. 1, p. 241. <<

[8] El edicto del rey por el que se revoca la normativa sobre la contribución territorial y el timbre ha sido extractado y traducido del «Édit du Roi, donné à Versailles au mois de septembre 1787, registré en parlement le 19 septembre audit an […]», ibídem, réf. 1, p. 255. <<

[9] Los discursos e intervenciones de la sesión del 19 de noviembre de 1787 han sido extractados y traducidos de la «Séance du Roi en son parlement de Paris, du 19 novembre 1787», ibidem, réf. 1, pp. 262 y ss. y «Annales françaises, depuis le commencement du règne de Louis XVI, jusqu'aux États-Généraux. 1774 à 1789», Guy-Marie Sallier, pp. 112 y ss. P. N. Rougeron, Paris, 1813. <<

[10] El texto de la declaración de los principios de la monarquía francesa (sesión del 3 de mayo de 1788) ha sido extractado y traducido de: Ibídem, réf. 1, pp. 284-285. <<

[11] Los textos e intervenciones de la sesión del Parlamento de París de 5 y 6 de mayo 1788 han sido extractados y traducidos de: Ibídem, réf. 1, pp. 288 y ss. <<

[12] La carta de Duval D’Epréménil y Goislard De Montsabert ha sido extractada y traducida de la «Remontrances du parlement», ibídem, réf. 1, pp. 285 y ss. <<

[13] El panfleto de Sièyes ha sido extractado y traducido del «Qu’est-ce que le tiers-état?, par M. Abbé Sièyes, 1789; brochure de 130 pages (…]», ibídem, réf. 1, p. 606. <<

[14] El discurso del rey pronunciado en la sesión inaugural de los Estados Generales ha sido extractado y traducido de la «Histoire parlementaire de la Révolution française ou journal des Assemblées Nationales depuis 1789 jusqu'en 1815», primer tomo, pp. 353 y ss., B. J. B. Bûchez et P. C. Roux, Paris, 1834. <<

[15] El discurso de Sieyès pronunciado en la sesión de los comunes de 10 de junio y la resolución de la sesión del 17 de junio de 1789 han sido extractados y traducidos de: Ibídem, réf. 14, pp. 429 y ss. <<

[16] El juramento del Juego de Pelota ha sido extractado y traducido de las «Mémoires de Bailly, avec une notice sur sa vie, des notes et des éclaircissements historiques», MM. Berville et Barrière, primer tomo, p. 190, Baudouin Frères, Paris, 1821. <<

[17] El discurso del rey y las demás intervenciones de la sesión de 23 de junio de 1789 han sido extractados y traducidos de: Ibídem, réf. 16, pp. 207 y ss.; e «Histoire parlementaire de la Révolution Française ou journal des Assemblées Nationales depuis 1789 jusqu'en 1815», segundo tomo, pp. 11 y ss., B. J. B. Bûchez et P. C. Roux, Paris, 1834. <<

[18] La propuesta de declaración de derechos del hombre de Lafayette ha sido extractada y traducida de: Ibídem, réf. 17, pp. 77 y ss. <<

[19] Las intervenciones de Mirabeau y del abad Gregoire han sido extractadas y traducidas de: Ibídem, réf. 17, pp. 50-51. <<

[20] El artículo de Marat ha sido extractado y traducido de: Ibídem, réf. 17, p. 37. <<

[21] El decreto de los electores de París relativo a la formación de la Guardia Burguesa ha sido extractado y traducido de: «Procès-verbal des séances et délibérations de l'Assemblée Générale des électeurs de Paris, réunis à l'Hôtel-de-Ville le 14 Juillet 1789», redactado entre el 26 de abril y el 21 de mayo de 1789 por M. Bailly, y desde el 22 de mayo hasta el 30 de julio de 1789 por M. Duveyrier, primer tomo, pp. 173-174, Baudouin, Paris, 1790. <<

[22] Las palabras de Desmoulins pronunciadas el 12 de julio de 1789 son las que él mismo escribió haber dicho en «Le Vieux Cordelier, journal politique, rédigé en l'an II par Camille Desmoulins, député a la Convention Nationale […]», pp. 81-82, Baudouin Frères, Paris, 1825; mismo editor, Bruselas. <<

[23] El discurso del elector Delavigne en el Hôtel de Ville el 13 de julio de 1789 ha sido extractado y traducido de: Ibídem, réf. 21, pp. 238 y ss. <<